


1817

1817

1817

48

 GOBIERNO GENERAL
ORGANIZADA POR
J. L. ESTRADA

1988

c/3611

1988

LA CIVILIZACION.

REVISTA RELIGIOSA,
filosófica, política y literaria

BARCELONA.

TOMO TERCERO.

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6104336797

BARCELONA:

IMPRESA DE A. BRUSI.

1842



LA CIVILIZACION.

INFLUENCIA de las leyes civiles sobre la civilizacion en general.

ARTICULO 4.º

LEYES CIVILES DEL KORAN.

Antes de volver á fijar nuestras miradas sobre la legislación romana, y á fin de amenizar con algun asomo de variedad la aridez indispensable para muchos lectores en investigaciones de esta clase; demos una ojeada rápida sobre la legislación árabe que á principios del siglo VII se levantó para dominar despues sobre las dos terceras partes del globo entonces conocido. Prescindirémos del genio y del carácter del legislador de la Meca, de su nacimiento, de su supuesta revelacion, de sus primeras persecuciones, de su fingido viaje al cielo, de las vicisitudes de sus doctrinas, de sus rápidas victorias y del asombroso prestigio que supo dejar entre los suyos para des-

pues de su muerte. La historia de Mahoma es un tejido de acontecimientos extraordinarios empujados por las circunstancias á un punto casi increíble de grandeza y de impostura. Aquel hombre singular, mezcla portentosa de prendas naturales, de astucia para la seducción, de valor indómito, de trato embelesador y de talentos adquiridos, sintióse con audacia para fascinar á un mudo medio idólatra y corrompido, predicar una religion nueva, hija monstruosa y enemiga á un tiempo de las que se conocian; trastornar por decirlo así el orden religioso, político y social de su siglo, para esclamar en medio de pueblos ardientes y belicosos: Hijos de Ismael! yo os traigo el culto de Noé y de los patriarcas. Proclama la unidad de Dios, exalta sus grandezas con algunos bellos rasgos de los sagrados libros, usurpa y desfigura algunos dogmas del Cristianismo, y algunos de sus preceptos morales, al paso que quita del hombre el libre albedrío, al paso que hunde toda la moral en el caos del fatalismo. Nunca se vió impostor mas sagaz y mas afortunado. Su religion, apenas nacida, se derrama como un torrente por las Arabias y por la Etiopía, y aun cuando el legislador guerrero, al ir á lanzarse como un leon sobre Heraclio, muere de un veneno; con todo no se detienen los progresos de su religion, que penetra la Siria y la Palestina, la Turquía y la Persia, hace temblar el Asia, conquista el Egipto y la Alejandría, rinde y avasalla la Mauritania, y avanzando hasta las extremidades del África occidental, no se detiene hasta las orillas del océano.

Esta inundacion inmensa, que somete bajo la media luna la mitad de nuestro hemisferio, llegó tambien hasta nuestra patria, y dominó tambien en ella por luengos años la legislacion mahometana. Prescindirémos ahora de la vasta historia de esta transformacion social y religiosa, y nos fijarémos únicamente en el espíritu de la legislacion civil, que formó parte del código sagrado que tantos pueblos adoraban como bajado del cielo. Notable debió de ser la influencia de aquel grande suceso

en la marcha del mundo y de la humanidad. El fue preparando la posterior invasión que había de suspender por algunos siglos en las mas bellas regiones del mediodía de Europa la civilización cristiana. Cuando los moros ó los nómadas de Mauritania asombrados por las rápidas conquistas de los musulmanes dueños ya de la mitad del Asia y del África, abrazaron con ardiente entusiasmo la religion de un descendiente de Ismael; fue cuando Mussa, vencedor á la frente de cien mil hombres de las potencias berberiscas, se apoderó de Tánger, posesion entouces de los godos españoles, y meditó trasladar al corazon de la Península las armas vencedoras del islamismo. Conocida es ya la triste página de nuestros anales en la que consigna la servidumbre de nuestra patria bajo la cuchilla agarena.

No es nuestro objeto rectificar aqui con datos históricos la idea exagerada de barbarie y de crueldad con que la iguorancia de los hechos, y hasta cierto punto el orgullo nacional mancilló indistintamente el largo dominio de los árabes en España. Imparcialmente hablando, y á pesar de la natural antipatía que nos inspiran los enemigos de nuestra fe, hemos de confesar que la civilización mahometana llegó en España al colmo de su esplendor y grandeza. El poder de Córdoba bajo el imperio magnífico de sus reyes califas de occidente, es de lo mas grande y admirable que nos ha dejado la historia del mundo. Pero no era para la España la civilización musulmana. La Providencia tenia decretada la caída de aquellos poderosos de la tierra, que embriagados de poder y de deleites habian hecho de su capital la morada encantadora de todas las bellezas, de todas las pompas y de todas las cieucias humanas. Una tosca cruz, clavada entre ásperos montes, habia de triunfar del poder del Islam, derribando sucesivamente el soberbio trono de los Omniadas, y la diadema de los últimos reyes de Granada.

Pero dejando á la historia sus tesoros, y circunscribiéndonos al curso que deben seguir nuestros artículos, entremos á examinar el carácter de aquella legislación árabe que despues de

once siglos de su aparición, y después de haber fomentado en la carrera de su primitiva pujanza los cimientos de una civilización brillante que parece debía ser eterna, ha ido caducando como obra de las manos del hombre, y como cimentada en los goces de la materia y en las pasiones, ha acabado por detener en gran parte del globo el progreso civilizador del Cristianismo; embruteciendo á los pueblos bajo la doble opresión de la molición y del despotismo.

Preciso sería ante todo examinar detenidamente el carácter del libro, muy nombrado pero poco conocido entre nosotros; código á un tiempo dogmático, religioso, civil y moral, que abrazaba todos los elementos de un cambio social y de una revolución repentina en las ideas del siglo en que apareció. Ante todo, el legislador de la Arabia debía dar á su *Koran* (1) el carácter de un libro divino ó inspirado, para lo cual se necesitaba un ingenio tan eminente como audaz. La religión cristiana, la judaica y las tradiciones de su país debían entrar en esta confección asombrosa y extravagante; y para dar á sus ideas inconexas un aire sorprendente de novedad y valentía, no podía encontrar mejor auxilio que su lengua nativa, la más rica y la más armoniosa del mundo, llena de figuras y de magestad, que sabe imitar en sus sonoras modulaciones el grito de los animales, el murmullo de las aguas, el ruido del trueno y el silbido de los vientos. Sus preceptos, embellecidos con el encanto del metro, presentados de parte de un ángel, por un profeta guerrero, poeta, legislador, al pueblo más ardiente del universo, al más apasionado por lo maravilloso, por la voluptuosidad, por el valor, por la poesía, debía hallar infinidad

(1) La voz *Alcoran* es derivada del verbo arábigo *Kara* que significa leer; se compone del artículo *al* que equivale á nuestro *el*, y del nombre *Koran* que significa libro. En español debería decirse *el Coran* de la misma suerte que se dice *el libro*, pues diciendo el *Alcoran*, se repite un mismo artículo en dos diferentes lenguas como si dijéramos *el El-Libro*. Nosotros hemos adoptado la palabra *Koran* como la más genuina y sencilla.

de prosélitos, cuyo número se aumentó por la persecucion, pues cuando sus enemigos forzaron al fementido apóstol á huir de la Meca, su patria, y á refugiarse á Medina, dató de entonces la época de su gloria, y quedó aquella huida (*hegira*) por era de los musulmanes.

No hablaremos aqui del cúmulo de absurdos é imposturas de que entretejió su libro, bajo la máscara de un colorido brillante y de un tono profético; siendo un triste y perene monumento de la debilidad y de la miseria humana el que parlo tan monstruoso de la imaginacion de un impostor haya podido fascinar y arrastrar tantos millones de hombres por espacio de tantos siglos. (2) Las traducciones que se han dado de este famoso Código y de sus comentadores demuestran hasta

(2) El Koran comprende 114 capítulos divididos por versículos. Cada capítulo lleva por epígrafe estas palabras: *Besm ellah elrhoman etrahim* (en nombre de Dios clemente y misericordioso) que los musulmanes pronuncian al principiar cualquier obra de importancia, como hacen con la señal de la cruz los cristianos. Este libro fue publicado en el transcurso de 23 años, parte en la Meca y parte en Medina, y segun las circunstancias en que el astuto legislador tenia necesidad de hablar con el cielo. Los versículos se iban escribiendo por sus secretarios en hojas de palmera ó en pergamino, porque este impostor, aunque habia aprendido á leer y escribir, siempre afectó ignorarlo para hacer mas portentosa su doctrina, y dar á sus ficciones el aire de inspiracion divina. Desde el momento que le eran revelados los versículos; sus discípulos los aprendian de memoria, y desde luego los depositaban en una arca donde quedaban todos revueltos, y de este desórden en una obra que es una coleccion de preceptos dados en distintos tiempos, donde los primeros son muchas veces derogados por los segundos, nace la mayor confusion. Asi pues no hay que buscar en ella ni órden, ni enlace, ni consecuencia: no hay mas que una muestra del alto punto á donde puede llegar la astucia para fascinar á los hombres. Dividido en versículos, como los libros santos, é imitando el estilo de los profetas, se permite la valentía de imágenes y las espresiones figuradas de la poesia, y remeda el tono y la autoridad de la inspiracion. De este mismo ardid se valió recientemente otro sofista para dar á sus imposturas y falacias el aire de inspiradas. Pero por fortuna pasó ya el tiempo de fascinar á los hombres con el aparato de la diction, y por mas que se haga, *las palabras de un Creyente* no hallarán sus Kaledes y sus Omars como el Koran de Mahoma.

qué punto puede dejarse seducir un pueblo ignorante y apasionado por la astucia de un impostor y por la magia del estilo (3).

A la primera ojeada sobre las leyes de Mahoma se echa de ver, que si bien las cimentó en parte sobre ciertos principios de justicia, de humanidad y hasta de beneficencia, de que le

(3) Varios han sido los traductores del Koran. El docto P. Maracci, empleó cuarenta años en traducirle al latín y refutarle. Bien que separó los versículos como están en el texto original, vertió con demasiada escrupulosidad palabra por palabra, de lo que resultaron muchas voces aisladas que apenas forman sentido, y á fuerza de fidelidad literal desfiguró los pensamientos, vertiendo el original en palabras de un latín semi-bárbaro. Esta traducción la enriqueció con notas muy eruditas, y un gran número de pasajes árabes sacados de los autores musulmanes: mas como su fin principal era la refutación, escogió cuidadosamente los que le dejaban mas campo para ser impugnados. Mr. Ryer hizo despues una traducción en francés, bien que mejor debe llamarse una rapsodia insulsa y pesada por su modo de traducir. Con frias conjunciones y finales amanerados destruyó la nobleza y precisión de los pensamientos y la gracia de la dición, dejando el original desfigurado. Y por el prurito de interponer pensamientos propios para juntar los conceptos que el autor dejó sueltos y separados, convirtió en un cuerpo informe é indigesto y en una prosa fria é ingrata una obra escrita con calor y energía. Posteriormente Mr. Sale publicó una version del Koran en inglés á que atribuyen bastante mérito las *Observaciones históricas y críticas sobre el Mahometismo* que andan al frente de la última edición de M. Ryer. Despues M. de Savary cónsul francés en el Cayro trasladó á su lengua los pensamientos del autor del Koran con todo el colorido y la energía que le permitió la diversidad de ambos idiomas; traduciendo tambien versículo por versículo, y procurando conservar aquel aire misterioso y sombrío en el cual se envuelve muy á menudo el falso profeta, y que constituye, por decirlo así, el mejor mérito artístico de su libro y le hace propio al fin para que se le destinaba; prefiriendo dejar oscuros algunos pensamientos que debilitarlos queriéndolos aclarar. Los lugares mas difíciles van ilustrados con notas que esplican las opiniones de los comentadores, las costumbres de los árabes y algunos hechos importantes. Confiesa el autor de esta ilustrada traducción que no se hubiera atrevido á emprender la traducción de un libro tan difícil, si su larga mansión entre los orientales no le hubiese proporcionado la inteligencia de un gran número de pasajes.

prestaban modelos sublimes los libros de los hebreos y los preceptos evangélicos; con todo, dejó en cierto modo el ejercicio de estas virtudes bajo el imperio de las pasiones humanas. Después de publicado en el mundo el Evangelio, era imposible dejar de proclamar algunas de sus máximas de santidad en un libro que se suponía del cielo, y en el cual Moisés y Jesús son proclamados por grandes profetas. Y aun cuando las leyes de Mahoma en su parte moral ostenten un lujo de santidad y de templanza, prescriban y amonesten la caridad y la limosna, recomienden la piedad filial y las virtudes conyugales, detesten algunos vicios por sí mismos odiosos como la avaricia, la soberbia, la envidia, la vengauza etc., aun cuando condene la opresion, y prescriba leyes para el pudor; con todo, si examinamos el espíritu de sus leyes civiles que son las que mas de cerca tocan á la conducta del ciudadano, y las que arreglan sus costumbres exteriores, veremos sancionada la opresion doméstica, la disolucion, la poligamia y el repudio; veremos que todo este aparato de moralidad, asi como el aparato dogmático, que habla de la Divinidad, del paraíso, del juicio final, del infierno, de los ángeles y de los demonios, no eran mas que estratagemas para ocultar una corrupcion profunda y satisfacer pasiones ardientes y condenadas. La moral de Mahoma se parecia á la moral de nuestros escépticos, moral basada sobre la conveniencia y los goces de la personalidad, moral flexible y cómoda en sus aplicaciones, moral de lenguaje y de oropel, moral en la que ni aun se halla escrita la palabra *humildad*, que es la que aplaca la altivez del corazon, el celeste fundamento de los sacrificios heroicos y de las grandes virtudes; virtud divina, que solo un Dios podía prescribir á los hombres.

En el Koran la jurisprudencia que pudiéramos en cierto modo llamar canónica, no difiere casi de la civil; y la union tan comun en los antiguos pueblos del magistrado con el sacerdote se encuentra tambien entre los musulmanes. Mahoma

fue juntamente Profeta y Rey; y de ahí concluyeron algunos de sus discípulos en su extremado entusiasmo, que el gobierno civil pertenece de derecho á los ministros de los altares. Sin embargo esta opinion no es general. La mayor parte de ellos y los mas doctos opinan, que si bien es Dios la fuente de toda potestad sobre la tierra, no la confió precisamente á los intérpretes de su voluntad soberana: que el príncipe es el verdadero representante del poder y de la magestad de Dios, y que la jurisdiccion religiosa, aun en las materias que le pertenecen, está subordinada á la autoridad real (4).

La jurisprudencia de los secuaces de Mahoma es uniforme en los puntos principales. Arregla la sociedad doméstica en su formacion y en su sucesion, los derechos recíprocos de sus individuos, las últimas voluntades, las tutelas, los actos civiles, los contratos entre particulares, y la administracion de justicia. Examinemos rápidamente el espíritu de esta legislacion.

Nadie duda que la sociedad doméstica es el origen, el tipo, el fundamento de la sociedad civil, y que cuando en la familia se fomenta ó se tolera el desorden, la discordia ó la opresion, no hay orden razonable, no hay libertad pública en la sociedad, porque esta no es sino una gran familia, asi como cada familia es un pequeño estado. El legislador de Oriente, apar-

(4) Véase á Chardin en su *viage á Persia* tomo VI cap. 2 y 15.

Los primeros califas, sucesores de Mahoma reunieron tambien estas dos autoridades. Véase á Pridesaux pág. 133. Posteriormente se dividió esta doble potestad, y verosimilmente en esta época fue cuando se empezó á conocer una gerarquía entre los sacerdotes musulmanes. Ademas de la cabeza suprema de la religion, hubo las de los templos reales, denominados *Sacerdotes mayores*, *Principum seu Regum Antistites*, é inferiores á estos los luanes, que ejercian los oficios curiales: *Sacerdotes minores parochiales*. Hubo ademas de estos otras personas dedicadas al servicio divino: los unos para dirigir al pueblo en todos los movimientos del cuerpo que se usan en la oracion; los otros para cantar en dias y horas fijas himnos en honor de Mahoma; y otros para cuidar del alumbrado etc. Véase á Bobóvio de *Turcarum liturgia*, pág. 265 y siguientes y las notas de M. Hyde á este autor. *Ibid.*

tándose en esta parte de la práctica y de la institución cristiana, separó el matrimonio de toda forma religiosa, bastando para autorizarle el deseo de tomar esposa. Este deseo, ora se declare, ora se tenga secreto en el pecho, no puede, según el supuesto Profeta, hacer caer jamás al hombre en desgracia de Dios. Prohíbe sí, prometerse en secreto, á menos que la honestidad de las palabras no encubra el afecto que se siente (5). Toda unión es legítima, siempre que la preceda un contrato. No se requiere la igualdad en la sangre, ni se exige el consentimiento de los padres.

Con esta última circunstancia, quedó debilitado el poder paternal, considerándose como inútil el consentimiento de los padres; y se deja al capricho de niños inespertos el acto más grave é importante, el que decide de la felicidad ó de la desgracia de la vida. A la edad de nueve años las muchachas y trece y un día los muchachos, quedan por este mero hecho emancipados y libres para contraer matrimonio (6). ¿Cómo abandonó así el legislador la suerte de los hijos, con esta independencia que tan fatal puede serles, desconociendo para regular ó dirigir sus enlaces la autoridad, y hasta el consejo paternal?

Recomienda Mahomá la elección de esposa á gusto del marido (7). Inútil advertencia! Y declara, que si la compañía de dos seres corrompidos es natural, aun lo es más que un hombre virtuoso se junte con una mujer virtuosa (8). Consejo más inútil todavía. ¿Cómo discernirán el vicio de la virtud un niño de trece años y una muchacha de nueve, sin otra guía, ni regla, ni dirección que su deseo y su capricho?

Mahoma admite la poligamia, y la poligamia no puede dejar de producir la discordia y la tiranía en el hogar doméstico.

(5) Koran, cap. 2 v. 354.

(6) Koran ibid v. 335.

(7) Koran, cap. 4 v. 5.

(8) Koran, cap. 24 v. 26.

No hay duda que en esta parte atendió únicamente á satisfacer la caprichosa y versátil sensualidad de los orientales. Mas con esta sola disposicion desquició los cimientos del orden y de la libertad en el seno de las familias, y preparó el estado de muelle estupidez y de embrutecimiento en que han yacido por tantos siglos y yacen todavía los pueblos mahometanos. Con esta sola ley permisiva encadenó la mitad mas débil del género humano, la mitad mas bella, la mas sensible, la mas digna de un protector y nó de un tirano. Envileció la condicion de la muger, introdujo la opresion en las familias, la envidia, la rivalidad, el triple monstruo de la brutalidad, de los zelos y de la tiranía. Aunque reduce á tres ó á cuatro las esposas de un musulman, y aconseja, si no las pueden mantener como corresponde, que no tomen mas que una, ó que se contenten con las esclavas (9); el voluptuoso legislador se atribuyó de parte del cielo una libertad ilimitada llegando á contar hasta nueve á un tiempo. Y los poderosos musulmaes, mas imitadores de la conducta que puntuales observadores de la ley de su profeta, han reunido en sus vastos harems á centenares de mugeres, instrumentos miserables de su brutalidad, ó fastuoso alarde de su opulencia.

Al mismo tiempo exorta á que el marido dé á las mugeres el mejor trato posible, á que les pague puntualmente el débito conyugal, que les suministre comida, vestido y asistencia como conviene y conforme á las facultades de cada uno; amonestando por otra parte á las mugeres que no se aparten de las reglas de la decencia, y que reconozcan en sus maridos una

(9) Capítulo 4 del Koran, v. 5. Tambien se puede casar con estas. El cap. 4. v. 29 dice: El que no fuere suficientemente rico para casarse con mugeres fieles libres, elegirá esposas de entre sus esclavas fieles. Entre vosotros los unos viven con dependencia de los otros. No casaréis con las esclavas, sino con licencia de sus amos. De este modo el autor del Koran reune la esclavitud civil con la doméstica, y hace á la muger doble esclava de su esposo y señor.

superioridad señalada por la naturaleza, y confirmada por todas las leyes (10).

Pero en otra parte del mismo código, acrecienta la autoridad marital, y la convierte en un dominio mas absoluto. « Los hombres, dice, son superiores á las mugeres, porque Dios les dió la preeminencia sobre ellas, y porque las dotan de su caudal. Las mugeres deben ser obedientes y callar los secretos de sus maridos, pues que el cielo las encomendó á su guarda. Los maridos que tienen que sufrir por su desobediencia, pueden castigarlas, dejarlas solas en su cama, y aun zurrarlas. Sola la sumisión puede guardarlas de ser maltratadas.»

Asi se sanciona la esclavitud bajo la apariencia de la sumision, y se concede á los fuertes el absoluto dominio sobre los débiles. No es Mahoma el único entre los legisladores orientales que ha afectado ignorar que la muger ha nacido para compañera y no para esclava del hombre.

Al lado de esta escandalosa sancion del despotismo doméstico no deja de prescribir Mahoma algunos preceptos naturales á la maternidad. Manda que los hijos sean criados por sus propias madres, precepto humano al que fácilmente se presta la natural ternura, pero precepto desconocido ó mal observado en las naciones afeminadas que prefieren al primero, al mas sagrado y natural de los deberes, y por consiguiente de los gustos, la libertad de una disipacion frívola de que se causan ó se avergüenzan antes de haberla apurado. Fija á dos años cumplidos la crianza ordinaria al pecho, mas no permite á las mugeres el destetar su cria sino con consentimiento de los maridos (11).

A pesar del refinamiento de nuestra civilizacion, se halla entre nosotros muy desatendida esta obligacion sagrada, cuyo

(10) Koran, cap. 2 v. 222.

(11) Koran, cap. 2 v. 52. No obstante, como algunas veces la salud de la madre se opone al cumplimiento de este deber, se puede llamar á una nodriza, con tal que se le satisfaga puntualmente el prometido salario.

descuido ó inobservancia viene á formar en algunas familias uno de los puntos de gran tono, ó una costumbre de lujo. Parece que el oro dispensa á los poderosos de seguir y obedecer los sentimientos de la naturaleza, y que hay una especie de orgullo en la madre de abandonar á manos mercenarias al infante que salió de su seno, así como en el padre de fiar á extraños la educación de sus hijos. El orgullo y el deleite se mancomunau para sufocar la ternura y la sensibilidad.

Admitida la poligamia, el cuidado de los hijos y de su educación era esclusivo del padre, sea cual fuere la madre, aun cuando fuese esclava ó concubina, porque todos los hijos se tienen por legítimos; á mas de que, hablando en general, difícil fuera que hubiese bastardos en un país donde son tan fáciles de contraer los matrimonios (12).

Sin embargo, está prohibido contraerlos con mugeres que no profesan el islamismo. «No os casaréis, dice, con las idólatras, hasta que hayan recibido la fe. Una esclava fiel vale mas que una muger libre pero infiel, aun cuando esta tuviese para vosotros mas atractivo. No daréis vuestras hijas á los idólatras, hasta que estos hayan abrazado nuestra creencia. Un esclavo fiel vale mas que un incrédulo, aun cuando este fuese mas amable (13).” Tales son los mandatos de Mahoma. Y despues, á consecuencia de los mismos principios, esclama: «O creyentes! cuando algunas mugeres fieles vengau á ampararse de vosotros, experimentadlas. Si profesan sinceramente el islamismo, no las restituiréis á sus maridos incrédulos; porque el cielo prohíbe semejante union. No tendréis trato alguno con los que traen sobre sí la cólera divina: ellos desesperan de la vida futura, como desesperaron los infieles que yacen en el sepulcro (14).” Por fin, prohíbe el legislador á sus discípulos el

(12) Koran, cap. 4 v. 4. Véase tambien á Chardin tomo VI. cap. 16.

(13) Koran, cap. 2 v. 219. No obstante, en el capítulo 5 versos 7 y 9 permite casar con hijas libres de judíos.

(14) Koran, cap. 60 versos 10 y 13.

casar con mugeres libres ya casadas; á menos que la suerte de las armas no las haya traído á sus manos (15). Exórtales á casar los más honrados de sus sirvientes y de sus esclavos, y aleja á los que la falta de medios les separa de esta union, á vivir en continencia hasta que el cielo les dé conveniencias (16).

El fundamento de este precepto se apoya en que en la legislación mahometana, lejos de obligar á la muger á traer dote, el marido es quien la debe dotar. La intencion de Mahoma está claramente esplicada con el consejo de no tomar mas de una esposa, si el hombre tiene pocas facultades, bajo el pretexto de que con esta discreta conducta, podrá mas fácilmente dotarla como conviene (17). La cantidad de la dote no tiene regla fija: basta que corresponda con las facultades del marido. Su riqueza ó su pobreza son las dos únicas medidas del don que en aquel momento se hace, á impulsos de la justicia ó de la beneficencia. Mas si por un acto de generosidad quiere la muger remitirle, le queda al marido facultad para emplearle en sus comodidades (18).

Tenemos pues en la legislación musulmana que el hombre puede satisfacer mas ó menos sus apetitos ó sus caprichos, á medida que la fortuna le haya mas ó menos favorecido. Las mugeres son muebles de placer ó de lujo, de los que puede estar mas ó menos provisto, segun su riqueza. Mas como el dote no está determinado, y la proporcion entre el número de mugeres y las facultades del marido no pasa de mero consejo, hay mucho riesgo que el hombre disoluto ó antojadizo prescinda de esta proporcion, y se aumente el número de los desgraciados.

(15) Koran, cap. 4 v. 28.

(16) Koran, cap. 24, versos 32 y 33. En el mismo versículo encarga la emancipacion. "Concederéis á vuestros esclavos el escrito que asegura su libertad cuando os lo pidieren."

(17) Koran, cap. 4 v. 3.

(18) Koran, cap. 2, versos 136 y cap. 4, vers. 3.

Veamos ahora lo que prescribe sobre el repudio. Mahoma admite sin dificultad este medio de satisfacer el antojo ó de impedir el fastidio, y su admision era muy consecuente á la permision de la poligamia.

Cuando el nudo sagrado del matrimonio no enlaza mas que dos corazones, el del hombre y el de la muger; cuando entre los dos se establecen esclusivamente derechos mutuos y deberes recíprocos, es menos natural el repudio, y el divorcio ó nunca debe permitirse, ó á lo menos en casos muy extremos. Porque entonces la fuerza del lazo íntimo que estrecha á los consortes depende en gran parte de su indisolubilidad: fijase la suerte de entrambos de una manera solemne, y la mutuá obligacion no se rompe hasta el sepulcro. Pero cuando la ley permite pluralidad de mugeres, el lazo no es ya tan íntimo, los deberes no tan sagrados, la union no es tan solemne; y como se abre la puerta á la inconstancia del corazon, tampoco es justo exigir de él firmeza invariable en sus inclinaciones y deberes. El repudio quedó pues permitido por Mahoma. La separacion se practica ante un juez ó un iman. Los consortes toman testimonio de su voluntad, y desde aquel momento quedan libres sin otra ceremonia (19). La esposa no puede tomar segundo marido hasta despues de cumplidos tres meses. Si se hallase en cinta, lejos de ocultarlo, debe acelerarse á declararlo, porque el fruto que trae en su vientre podrá ser medio para una sincera reconciliacion (20). Los maridos que juran no tener mas cohabitacion con sus mugeres, tienen durante el término de cuatro meses la facultad de reconciliarse con ellas. Si no lo hacen

(19) Véase á Chardin, tomo II pág. 271.

(20) Koran, cap. 2 v. 227. "Aguardaréis tres meses antes de repudiar las mugeres que no tienen esperanza de menstruar, y lo mismo practicaréis con las que aun no hubiesen menstruado. Tendréis en vuestro poder las que estuvieren en cinta, hasta que hayan dado á luz su fruto, (cap. 65 tomo II, pág. 365). Dios allana las dificultades para los que le temen. Véase tambien el verso 6 del mismo capítulo.

dentro este plazo, el divorcio queda firmemente establecido; y seria un delito el oponerse á que la esposa, despues de haber esperado todo el tiempo prescrito, contrajese legítimamente segundas nupcias (21). Si se arrepienten de haberlo hecho, vuelven á entrar en sus derechos, con tal que den antes libertad á un cautivo, ó si no le encuentran para redimirle, que ayunen dos meses seguidos, ó en fin, si hallan este ayuno demasiado penoso, que den de comer á sesenta pobres (22).

El objeto de Mahoma en conceder á uno de los consortes estos cuatro meses, es la esperanza de que la reflexion, el olvido de un enojo pasado, el arrepentimiento de la esposa, si está culpada, y otras mil circunstancias, restituyan la paz y el amor entre los dos. ¡Vana esperanza de la inconstancia del hombre cautivado por otros atractivos! Asi lo conoce el legislador, cuando en muchos lugares compadece el infortunio de aquellas á quienes semejante licencia pueda hacer víctimas del orgullo, de los caprichos y del poco sufrimiento de un marido (23).

A este fin prescribe que la dote, por considerable que sea, pertenece sin reserva á la esposa que el marido repudia para tomar otra. Si el divorcio se verifica sin haber cohabitado con ella, esta no tiene derecho sino á la mitad de la dote, pero puede recibirla por entero, mediante el consentimiento de ambos consortes, ó del marido solo. Si este no le señaló ninguna al tiempo del acto del casamiento, ó despues no le ha dado el

(21) Koran, cap. 2. versos 225, 226 y 230.

(22) Koran, cap. 58. v. 4.

(23) Ved ahí varios pasages que lo confirman. "No repudiareis vuestras mugeres hasta el término señalado; contaréis los días puntualmente. Antes de este tiempo no podéis echarlas de vuestra casa, ni dejar que ellas se salgan, á menos que hubiesen cometido un adulterio probado; (cap. 65. v. 1). Dejad á las mugeres que habeis de repudiar un asilo en vuestras casas. No les hagais violencia alguna para estrecharles el alojamiento (ibid. v. 6.). ¡Ocreyentes! si repudiais una muger fiel antes de haber cohabitado con ella, no la retengais mas allá del término prescrito. Dadle lo que la ley or-

débito conyugal, no queda sujeto á pena alguna (24). En cuanto á viudedad, se debe tambien esta estipular, porque la ley no la señala. Entonces, si el marido repudia á la muger, debe hacérsela efectiva; mas nó si es ella la que pide la separacion, porque hay casos en que tiene derecho á solicitar: por ejemplo, si hay impotencia en el marido, si este se niega al deber conyugal, si se abandona al vicio contra naturaleza etc. (25).

El repudio no se puede practicar mas que dos veces. El que quisiese ejecutarlo la tercera, no tiene derecho á volver á tomar su muger repudiada, hasta que esta haya pasado al tálamo de otro esposo; y entonces es permitido á los dos esposos el componerse (26). No contento pues el legislador de la Meca de que tan fácilmente se burle la santidad de la union conyugal, no exigiendo otro requisito que la sola voluntad del marido para repudiar una esposa hasta tres veces; sujeta solo al que la volviese á tomar después del tercer repudio, á la infame necesidad de dejar antes profanar por otro su lecho nupcial. ¿Qué influencia han de ejercer semejantes leyes sobre las costumbres públicas y privadas? ¿Servirán de algo para atajar el desenfreno que ellas permiten y llevan consigo, las cere-

dena, y despedida con honor (cap. 33 v. 48). Los maridos guardarán á sus mugeres con humanidad, ó las despedirán con justicia (cap. 2. v. 228). Después de haber repudiado una muger, si llegare el tiempo de despedirla, guardarla con humanidad, ó despedirla con benignidad. No la tengais por fuerza por temor de ser prevaricadores: esta conducta fuera injusta. No hagais un juguete de las leyes divinas. Acordaos de las mercedes de que el cielo os ha colmado (ibid. v. 230). No impediréis á vuestras mugeres el que se casen cuando las habréis repudiado, con el fin de quitarles una parte de lo que les habiais dado: á menos que fuesen reas de un delito manifiesto: Guardadles la voluntad con beneficios. Si las tratais con rigor, tal vez aborreceréis las que Dios habia criado para haceros felices (cap. 4. v. 23).

(24) Koran, cap. 2. versos 236 y 237 y cap. 4. versos 24 y 25.

(25) Vease á Chardin tomo II, pág. 272, y á Tournefort, carta 14; página 363.

(26) Koran, cap. 2. v. 240.

monias de la ablucion, y las purificaciones del cuerpo, nuevo objeto de lujo y de deleite para los orientales (27)?

La esposa tiene derechos á la herencia de su marido. El que dejare esposas al tiempo de morir, les señalará un legado, los alimentos para un año y vivienda en su casa. Por otra parte, la ley señala á las viudas la cuarta parte de los bienes del marido muerto sin hijos, y muriendo con ellos solo la octava parte, rebajando antes los legados y las deudas. Pero mas ventajosa es en esta parte la condicion de los hombres, pues la ley les concede la mitad de los bienes de la muger muerta sin sucesion, y la cuarta parte si deja hijos, deduciendo siempre antes los legados y las deudas de la herencia (28).

Para dar una idea del órden que fija Mahoma en las sucesiones, no hay mas que transcribir la ley en los propios términos en que se halla concebida (29): « Los hombres y las mugeres deben tener una porcion de las riquezas que les dejaron sus padres y sus deudos. Esta porcion debe arreglarse por la ley, ora sea cuantiosa la herencia, ora de corto valor. Cuando se juntarán para el repartimiento de la herencia, se pondrá cuidado en mantener á los parientes pobres y á los huérfanos, y en consolarlos con palabras de humanidad. Que aquellos que temen dejar despues de sus dias hijos de tierna edad, penetrados de conmiseracion y de temor de Dios, aboguen en favor de los huérfanos y arreglen sus hijuelas con justicia. Los que se comen injustamente la herencia del huérfano, se sustentan de un fuego que les consumirá las entrañas. Dios os

(27) Sabidas son las muchas abluciones prescritas por Mahoma. Las hay parciales, para antes de la oracion, generales á todas las partes del cuerpo, en ciertos casos en que este se considera contaminado, así en hombres como en mugeres.

(28) Koran, cap. 2. v. 240. *Si ellas se salen por sí mismas, (añade el versículo) los herederos no serán responsables de lo que hubieren con decencia. Dios es poderoso y justo.*

(29) Koran, cap. 4. versos 8 y siguientes.

ordena en la particion de vuestros bienes entre vuestros hijos dar á los varones una parte doble de la de las hembras. Si no hay mas que hijas, y estas pasan de dos, percibirán los dos tercios de la sucesion; y si fuere una sola, recibirá la mitad. Si el difunto no deja mas que un hijo, sus parientes recibirán una sexta parte. Y si no deja hijos, y sus parientes son sus herederos, la madre llevará un tercio de los bienes; y una sexta parte solamente, si el muerto tiene hermanos, despues de satisfechas las mandas y las deudas del testador. Vosotros ignorais cuáles os son mas útiles, ó vuestros padres, ó vuestros hijos. Si el heredero llamado por un pariente remoto tiene hermano ó hermana, debe darles la sexta parte de la sucesion, y una tercera si son muchos, despues de cumplidas legítimamente las mandas y las cargas. La hermana de un hombre muerto sin hijos tendrá la mitad de la herencia: y el hermano herederá á la hermana que falleciere sin hijos. Si el difunto tiene dos hermanas se partirán los dos tercios de la herencia. Si deja hermanos y hermanas, los varones llevarán el doble de lo que se deje á las hembras.”

En cuanto á los testamentos se prescribe lo que habia dicho el falso Profeta antes de morir (30): «Dejaréis por testamento vuestros bienes á vuestros hijos y á vuestros parientes con aquella equidad que deben tener los que temen al Señor. El que mudase la disposicion del testador, despues de haberla oido, será reo de una gran culpa. Dios todo lo ve y todo lo oye. Aquel que, temiendo algun error ó injusticia de parte del testador, arreglare los derechos de los herederos con equidad, no será culpado.”

En otra parte indica el Profeta las formalidades que deben guardarse para un testamento (31). «Cuando quisieréis hacerlo estando para morir (dice á sus discípulos), llamaréis por

(30) Koran, cap. 2. versos 176 y siguientes.

(31) Koran, cap. 5. versos 106 y siguientes.

testigos dos hombres de probidad de vuestra nacion. Y si algun accidente mortal os sobreviniere estando en viage, podréis servir de extranjeros. Los tendréis asegurados, y despues de haber hecho la oración, si desconfiais de su fidelidad, les haréis prestar este juramento delante de Dios: *No recibiremos dinero para testificar, ni de un pariente. No ocultaremos nuestro testimonio porque nos haríamos reos.* Si se pròbase que los dos testigos hubiesen prevaricado, se escogerán otros dos entre los parientes del testador. Estos jurarán á la faz del cielo, que su testimonio es verdadero, y que si son perjuros, sean contados en el número de los réprobos. Prestarán el testimonio delante de los primeros testigos, á fin de que teman ser contradichos.”

La asistencia de los testigos es tambien reclamada para muchos actos civiles, como por ejemplo, para un préstamo. Oigamos lo que sobre esto dice Mahoma (32). “Si vuestro deudor tiene dificultad en pagaros, concededle algun tiempo, y si quereis obrar mejor, perdonadle la deuda. Si supierais!..... Temed aquel dia en que volveréis á la presencia de Dios, donde cada uno recibirá la paga de sus obras, donde la severa equidad presidirá á las sentencias. ¡O creyentes! cuando os obligueis á pagar una deuda á plazo convenido, que un escribano autorice fielmente esta obligacion. Que escriba como Dios se lo ha enseñado; que el deudor escriba y dicte, tema al Señor, y no omita ningun artículo de la deuda.”

“Si el deudor es hombre rudo, enfermo ó imposibilitado de dictar, lo ejecutará por él su apoderado, conforme á reglas de justicia. Se llamarán para testigos dos hombres, ó en falta de uno de ellos, dos mugeres nombradas á vuestra voluntad, porque si la una se engañase por olvido, la otra pudiese recordarle la verdad. Los testigos deberán atestiguar todas las veces que sean requeridos. Se escribirá por entero la deuda.

(32) Koran, cap. 2. v. 279.

grande ó pequeña, hasta el término de su extincion. Esta precaucion es mas justa á los ojos de Dios, mas segura para los testigos, y mas propia para quitar todas las dudas.”

Por lo que hace á ventas y empeños, ved ahí lo que prescribe el Koran: « Si la venta se hace entre personas presentes, y por trueque, no estaréis obligados á escribirla: llamaréis testigos en vuestros contratos, y no haréis violencia ni al escribano ni á los testigos: esto seria cometer una culpa grave. Si vais de camino y no hallais escribano, tomaréis prenda. El deudor en quien se habrá puesto la confianza, tendrá cuidado de redimir su palabra empeñada. Tema pues al Señor. No os negueis á dar vuestro testimonio: el que lo rehusa tiene corrompido el corazon; mas Dios conoce vuestras intenciones.”

No olvidó Mahoma la proteccion de la horfandad: « El tutor debe dar cuenta á su pupilo en presencia de testigos; y probar, si es rico, que nada ha tocado de los bienes cuya administracion se le confió; y si es pobre, que ha usado de ellos con discrecion.”

El tiempo preciso para dar estas cuentas está á corta diferencia señalado por el legislador. Recomienda que se vele con gran cuidado en la infancia del pupilo (33); que se le dé una crianza honesta, que se le eduque asi hasta llegar á la edad de casarse; y que cuando se le juzgue capaz de saber gobernarse se le entregue la administracion de su caudal.

Mahoma, como se ha visto, unió y autorizó con la presencia de testigos los principales actos civiles de la vida; y para asegurar la fuerza del testimonio y la veracidad de la deposicion,

(33) Koran, cap. 4. versos 4 y siguientes. A pesar de la prudencia de esta ley, los tutores mahometanos (segun Chardin, tomo 6, pág. 276) abusan frecuentemente de sus tutorías. Se sirven de los bienes de sus pupilos como si fuese caudal propio: y cuando estos llegan á la edad de poderles pedir cuentas, la ley concede á los tutores tantas dilaciones, que se pasa infinito tiempo antes que alcancen la justicia que merecen. Cuando son muchos hermanos, y el mayor tiene edad para encargarse de la administracion de sus hermanos menores, siempre se le confia á él.

trató de cimentarlas en el resorte mas poderoso del corazon humano, en la presencia y autoridad del único Juez que penetra los mas ocultos pensamientos, esto es: en el temor de Dios. En esta parte, apeló como todos los sabios legisladores al único medio que garantiza la verdad en los labios del hombre. Por esto les advierte siempre que declaran á la vista del cielo, y que cometerán un sacrilegio, si llevados del odio, ó de otras pasiones no menos funestas, violan la justicia, y ofenden la verdad, aun cuando sea para dar sentencia contra un pobre, contra un padre, y aun contra sí mismo (34).

Máximas casi idénticas recuerda tambien á los jueces cuando les dice: « Cualquiera que no tomare por regla de sus juicios la verdad que Dios hizo bajar del cielo, será prevaricador (35).” Esta culpa seria tanto mas grave, cuanto los musulmanes, como hemos visto, tienen por magistrados ordinarios á los ministros mismos de la religion (36). Mahoma amenaza á las personas que les ofrecen dineros para apoderarse injustamente de la hacienda de sus hermanos, y exhorta á terminar las desavenencias domésticas por via de arbitrio ó compromiso (37).

Los legisladores ó los gobiernos que descuidan ó desprecian la poderosa influencia de la religion sobre los actos civiles y la observancia de la ley en todos los casos en que esta no tiene mas garantía que la buena fe ó la recta conciencia, á mas del

(34) Koran, cap. 4. v. 134, y cap. 5. v. 11.

(35) Koran, cap. 5. v. 49. Véase tambien el versículo 47 y el cap. 4. vers. 61.

(36) Bohóvio hace una relacion de estos diferentes jueces en su tratado *De iudiciis mahomedanis et eorum officariis*. No hay cosa mas pomposa y ridícula al mismo tiempo que los títulos con que se condecora el gefe de ellos que son los siguientes: *Doctorum profundissimorum doctissimus, præstantium impeccabilium præstantissimus, fons excellentiæ et certitudinis, hæres scientiarum Prophetarum et Apostolorum, solutor difficultatum religionis, revelator distinctionum certitudinis, clavis thesaurorum veritatis, lampas enigmatum subtilium etc.*, etc.

(37) Koran, cap. 2. v. 184, y cap. 4. v. 59.

ultraje que hacen á la razon, olvidan una de las primeras leyes sociales, ó quizás la principal. El impostor de la Meca no olvidó este punto, como legislador civil, y en esta parte, fuerza es confesarlo, se acreditó de menos bárbaro y mas sensato que los autores de muchas legislaciones modernas, que no saben oponer á las secretas maquinaciones del hombre sino el texto exterior de la ley ó el hacha del verdugo.

Por último la infidelidad en la restitucion de un depósito encomendado, la omision en pagar un tributo impuesto, la falsedad en los pesos y medidas, el dolo en los contratos, la inobservancia de las alianzas convenidas, el repartimiento inexacto del botin en la guerra, y los peligros de las juntas clandestinas, excitan la severidad del legislador de Arabia (38).

A pesar de la prudencia, circunspeccion, y hasta cierto punto justicia y sabiduría de varios puntos importantes del código de Mahoma por lo que pertenece al orden civil, ¿cómo una legislacion que á semejanza de la de Moysés, abrazaba el dogma, la religion, la moral y el derecho, escrita con astucia, con arte, con profundo conocimiento de los pueblos que debian adaptarla, nueva, brillante, circuida y coronada con el prestigio de la gloria y del poder, acabó por sumir á las naciones sobre que ha dominado en el despotismo, en la ignorancia y en el embrutecimiento? ¿Sabéis por qué? ¿Porque cimentada en el fanatismo de secta, en la tiranía doméstica y en el desfogue de las pasiones ardientes, minaba en sus cimientos los principios elementares del orden y del progreso de toda sociedad, cuervaba los corazones, embrutecia las costumbres, condenaba á la servidumbre una mitad del género humano, debilitaba si no destruía los dulces vínculos de familia, corrompia las costumbres privadas y públicas, sepultaba en el ocio y en la molicie la parte mas fuerte mas poderosa de la sociedad,

(38) Koran, cap. 4. v. 61, cap. 8. v. 1, 27, cap. 9. v. 4, cap. 16. v. 95, cap. 38. v. 24, cap. 53. versos 11 y 14, cap. 59. v. 7, cap. 70. v. 32, cap. 85. versos 1 y siguientes.

saucionaba la esclavitud, oscurecia el pensamiento... Lo diremos de una vez: porque si la impostura hubiese producido los efectos de la verdad, si la civilización mahometana hubiera eclipsado la civilización cristiana, si la obra del hombre hubiese prevalecido sobre la obra de Dios, ¿cómo hubieramos podido adorar los designios de la Providencia, que hace efímero el triunfo del error, y que tarde ó temprano desploma los orgullosos monumentos en que se había encastillado?

Y no se crea que es un libre dicho el resultado de la influencia del mahometismo sobre la civilización de los pueblos. Un viajero reciente, que á principios de este siglo recorrió bajo el nombre de Ali-Bey las regiones mahometanas del Asia y del Africa, el sabio español D. Domingo Badía conocido por sus *Viages* en todo el mundo civilizado (39) hace la siguiente descripción del estado de ignorancia y de atraso en que se hallan los países dominados por el Islam. Vamos á transcribirla como prueba autorizada de lo que acabamos de decir.

« Toda la ciencia del musulman se reduce á la moral y legislación identificadas con el culto y dogmas, és decir, que todos los estudios se reducen al Korán y á sus comentadores, con algunos ligeros principios de gramática y dialéctica para leer y entender un poco el texto divino. Los comentadores no se entienden á sí mismos, engolfan sus discursos en un arcano de sutilezas ó de pretendidos raciocinios metafísicos, y se embrollan de tal modo, que no sabiendo cómo salir, invocan la predestinación ó la absoluta voluntad de Dios, con lo cual todo lo concilian ó componen. Son eternos disputadores *in verba magistrí*, sin otro apoyo que la palabra del maestro ó del libro que citan á tuerto ó derecho.

« Para el estudio de la geometría tienen á Euclides, cuyos

(39) *Viages de Ali-Bey*, tomo I. Mas adelante tendremos tal vez ocasion de hablar de este sabio viajero, y de otro jóven catalán que quizás con no menos gloria é intrepidez acaba de recorrer el oriente.

tomos apolillados casi nadie lee, á excepcion de una docena de páginas. La cosmogonia es la del Koran hija del Pentateuco á quien llaman B-tlaimus. La astronomía se reduce á algunos preliminares indispensables para tomar la hora al sol con astrolabios muy groseros, y contruidos separadamente para cada latitud dada. De las matemáticas solo conocen la solucion de un cortísimo número de problemas. La geografía no se estudia. La física es la de Aristóteles, pero apenas se paran en ella. La metafísica es su gran campo de batalla en que consumen aquellos doctores todas sus fuerzas morales. La química no existe para estos pueblos; solo tienen algunas ideas de la alquimia, y hay entre ellos algunos miserables adeptos. La anatomía está del todo desterrada por la religion, á causa de la pureza legal, de las ideas sobre los muertos, separacion de los sexos etc. De medicina solo se estudian algunos detestables empíricos, y casi ignoran la existencia de los grandes maestros antiguos: la terapéutica va casi siempre acompañada de crueles operaciones y prácticas supersticiosas. La historia natural sufre los mismos obstáculos invencibles que la anatomía. La ley prohíbe las estatuas ó las pinturas ó dibujos de objetos animados: la gravedad musulmana abandona el ejercicio de la música á las mugeres y á las clases ínfimas de la sociedad: no hay pues que pensar en bellas artes ni en placeres y ocupaciones agradables.

« Confundida la astronomía con la astrología cuantos miran al cielo para saber la hora ó descubrir la luna nueva son tenidos entre la turba de astrólogos por adivinos, que predicen la suerte del rey, del imperio y de los particulares. Gozan estos tales de grau consideracion, logran destinos importantes, y ejercen grau influencia en los negocios públicos y privados.» Hé aqui cómo se nos pintan los pueblos en las primeras edades del mundo. Hé aqui lo que ha reportado el mundo de la legislacion de Mahoma!

Joaquin Roca y Cornet.

INFLUENCIA DE LA FRANCIA E INGLATERRA

SOBRE

ESPAÑA.

En esos tiempos en que tantos fieros se han echado contra las naciones que nos cercan; fieros tanto mas ridículos, cuanto que hay debilidad en la nacion, menoridad en el trono, cuanto que el pais se siente enflaquecido por la guerra pasada y prostrados los ánimos por las revoluciones presentes; en esos tiempos en que tan alto y tan recio se da el grito de independenciam, rechazando al parecer y protestando bruscamente contra toda influencia extraña, no estará por demas un ligero exámen, asi del valor que tienen semejantes protestas, tan valerosas en la apariencia como cobardes en el fondo, de la ridiculez y falsía que encierran tan impotentes alardes, no menos que de la índole y espíritu de la influencia venida de mas allá de nuestras costas y de allende los Pirineos.

Una observacion debe preceder á nuestro exámen; y es, que si la civilizacion y adelanto rechazan esa dependenciam esclusiva de un pueblo bajo otro pueblo, compañera siempre de la humillacion y que produce el enervamiento y la servidumbre; la misma civilizacion y verdadero adelanto proscriben la independenciam omnimoda de las naciones entre sí, hija de un orgullo estúpido, y que da por resultado el aislamiento, la inmovilidad y un completo parasismo. Nada mas independiente en la historia de las familias que el individuo que no conoce sus

padres en lo pasado, que no tiene consorte ni hermanos en el presente, que no dejará hijos en el porvenir : sin embargo miradle; ese individuo falto de trabazon y enlace, sin familia á que pertenezca, sin que se consagre al bienestar de los demas, ora por sus consejos en el ministerio eclesiástico, ora por sus servicios en la milicia, ora por otra profesion provechosa al procomunal en cuyo caso la independendencia se pierde ú ostensiblemente se mengua, es una rama desgajada de su tronco sin raiz ni sin frutos; es una arista que el viento se llevará, es un viagero sin nombre que pasa por esa tierra desapercibido ó bien presto olvidado. Nada mas independiente en la historia de las sociedades que el salvaje: y sin embargo el salvaje ser embrutecido y degenerado; anciano por la dureza de sus sentimientos, adulto en cuanto á la energia de las pasiones, niño por la escasez de la razon, triste y horrible mezcla asi de los vicios y defectos de las tres épocas de la vida humana, vive en una infancia perpetua, sin que jamas pueda dar un paso en la carrera de la civilizacion. Nada mas independiente en la historia de los pueblos que la China : y no obstante la China con sus vastas murallas y su inmovilidad solemne yace en un sueño eterno, sin que la dispierten por mas que la agiten las revoluciones y las guerras, y sin que nunca basten á levantarla de ese inmenso lecho de hierro en que no tanto parece tendida como clavada, ni los sacudimientos del Asia ni el eléctrico movimiento de los pueblos de la Europa. Y si el continente europeo posee una civilizacion rica, animada, fecunda, esa civilizacion en cuyo seno se mueven y fermentan y luchan y se combinan tantos elementos de salud, de virilidad y de fuerza; débese semejante efecto entre otras causas á esa accion y reaccion continua de unos pueblos sobre otros pueblos; á esa influencia de unas sociedades sobre otras sociedades, á esa dependencia moral de unas naciones bajo otras naciones; todo lo contrario de lo que en la antigüedad acontecia, en la que siempre se reproduce

el mismo espectáculo : ó pequeños pueblos absorbidos por un grande imperio que los aniquila y aplasta ; ó muchos insignificantes estados sembrados acá y acullá como palmeras en el desierto.

Supuesto que las naciones cuando estan unidas por vínculos morales tienen las unas ascendiente sobre las otras, siempre algunas habrá que comunicarán esa influencia y otras que la recibirán. Sucede con los varios pueblos lo que en cada sociedad con las clases y lo que en cada familia con los individuos ; unas que sirven de modelo y que dan el ejemplo, y otras que copian ese modelo y que siguen ese ejemplo : en la marcha inmensa de las naciones hácia su perfectibilidad y mejora las hay que comunican el impulso que van adelante, otras que lo reciben y van detras.

La España, entonces, cuando segun la expresion de Voltaire, el saber la lengua de Castilla era una señal de erudición y una necesidad de todo espíritu culto, ejercia ella gran ascendiente sobre las demas sociedades ; y brillante y omnipotente las atraia como el sol al rededor de su órbita. Trocárouse sus destinos ; y la que guardaba la corona de dos mundos hubo de resignarse, merced á la calamidad de los tiempos y la inexperiencia de sus consejeros, á seguir como un dócil satélite á los pueblos que la contemplan obedientes y rezagados algun dia.

Desde el advenimiento de los Borbones al solio español data especialmente la influencia de la Francia sobre nuestro pais. El autor de las consideraciones sobre lo pasado lo presente y el porvenir de España, *el Baron de Eckstein* cree que fue funesta á nuestra nacion la exaltacion de una rama de la casa de Francia al trono español, y que á no haberse verificado semejante acontecimiento, nuestro pais, sobre todo si hubiese logrado juntarse de nuevo con Portugal habria tenido una existencia mas independiente de la que hasta el presente ha gozado ; cosa tanto mas útil quanto que no habia menester la

proteccion y tutela de su vecina para encumbrarse al punto de esplendor y pujanza en que en otros dias se hallara.

Sin empañarnos ahora en cuestiones de esta especie, bastará por lo que á nuestro propósito cumple, dejar sentado aqui, que la España desde la señalada época tendió á ser un remedo de su aliada y amiga la Francia; echándose de ver entre ambas naciones muchos y muy notables puntos de semejanza, algunos de los cuales resultado fueron del hecho que hemos indicado, al paso que provinieron los otros de una mera coincidencia, no cabiendo asignarles otra razon que una razon providencial.

Ya no hay Pirineos* dijo el Gran Rey al abrazar á su nieto que se despedia para ceñir la diadema de los Cárlos y Fernandos. Luis XIV tuvo razon: salvados los Pirineos, la civilizacion francesa se derramó por la Península.

Desde luego el reinado de Cárlos III presenta no poca analogia con el del monarca que acabamos de citar. El mismo esplendor, el mismo espíritu de restauracion se advierte en una que en otra corte. Luis XIV se hace amar y admirar, porque es gran rey: igual admiracion excita y mas amor todavía se cautiva Cárlos III, porque sabe elevarse sobre el nivel de sus augustos predecesores. Luis XIV dispensa una proteccion decidida á cuanto es elevado y digno de la nacion: de las gradas de un trono nace un movimiento vivísimo asi artístico como científico. El mismo fenómeno se nota al rededor de Cárlos III. La monarquía de Luis XIV es absoluta con toda la plenitud del poder: libre de obstáculos y cortapisas marcha el rey á donde su genio y entusiasmo le conducen; pero aunque absoluta la monarquía no es áspera ni ruda; el poder es independiente sí, pero no se muestra tiránico ni perseguidor como lo fuera bajo Richelieu. Lo propio acontece con Cárlos III, su cetro no es un cetro de bronce; su brazo no es un brazo de hierro; su mando no es el mando de Felipe II. Y para que el contraste sea mas vivo y la comparacion mas acabada, observaréis que

asi Luis XIV como Cárlos III no tanto se curan de dar solidez y estabilidad al trono como de circuirlo de magestad y de esplendor. Decoraban uno y otro un magnífico palacio sin poner en lugar de los cimientos caidos una ancha y bien trabada base, sobre que firmemente descansar pudiese: por esto cayó al suelo en cuanto vino el ímpetu y arreció el huracan. Singular coincidencia! despues de haber descendido los dos reyes en la tumba, su resplandeciente corona llegó á hombres indignos de la alteza de su origen, los que ó no pudiendo sostenerla por demasiado pesada, ó despreciándola por no estimarla en su valor; y prefiriendo ambos la holganza y los placeres al digno oficio de monarcas, la entregaron, el uno á un favorito que le deshourara, *al Príncipe de la Paz*, el otro á una mancebá que le enervaba, *á la marquesa de Pompadour*; contribuyendo de esta suerte, á que sin brillo ya y sin estima pasando á sus sucesores, la arrancasen las facciones, en Francia de las sienas de Luis XVI, acá en España de la cabeza de Fernando, para hacerla rodar por las calles, y cubrirla con el polvo de las plazas, y convertirla mas tarde en juguete de ese pueblo niño que llaman *el pueblo rey*.

Si fijais la vista en los demas puntos que en los dos cuadros aparecen y en las personas que en su fondo se descubren; veréis que corresponde al duque de Choiseul el conde de Aranda, que junto á la escuela de economistas que preparan entre nuestros vecinos el nuevo orden de cosas, se colocan los Cabarrus, los Campomanes y los Jovellanos, hombres que mas ó menos entendidos en la política eran consumados juriscultos, y no faltos de práctica y de cierto tino, en lo que aventajaron de seguro á sus maestros: notaréis que en el curso de los años y en la carrera de la revolucion, la asamblea constituyente tiene un remedo en las Córtes extraordinarias, de la propia suerte que la Constitucion del 91 halla una copia en la del año 12: notaréis que ya por descender de lo alto, ya por la institucion de los dos cuerpos colegisladores, ya por el contexto de muchas

de sus disposiciones, existe gran analogía entre la Carta de Luis XVIII y el Estatuto de María Cristina; y que hasta en la misma Constitución del año 37 que en el fondo es una modificación del Estatuto, así como la del año 30 en Francia es una modificación de su establecida Carta, los hombres que secundaron ó aplaudieron uno y otro movimiento adoptaron las doctrinas y consignaron los propios principios de los contrarios que acababan de arrollar.

Entre las semejanzas que como es natural entre los dos cuadros deben de existir, aparece una de bulto: es Fernando VII, personificación doble de Luis XVI y de Luis XVIII, por pertenecer como el primero á una revolución, y corresponder como el segundo á una época de restauración; monarca que por fatalidad de la España y desgracia de su real familia, tuvo todas las debilidades de Luis XVI sin poseer ninguna de sus virtudes; y que obrando en un sentido contrario al de Luis XVIII, animado de un espíritu reaccionario así como este se hallaba poseído de un espíritu conciliador, volviendo la vista atrás cuando el monarca francés la dirigía siempre adelante, agrió y dividió á los partidos tanto los que le habían defendido como súbditos leales, como los que le combatieron como vasallos rebeldes, para reinar solo sobre todos ellos, y alternativamente á costa de todos ellos, á diferencia de lo que practicó Luis XVIII, que atrajo á sí á todas las personas amigas y enemigas, al efecto de unir las mejor y gobernar en provecho común. Mal es este que debemos deplorar, cuyas consecuencias pesan sobre nuestras cabezas, y que no quiera Dios que alcancen á nuestros hijos; puesto que si en España hubiese habido en el año 14 como en Francia un monarca tan inteligente y templado como Luis XVIII, á buen seguro que no habrían pasado por este país las calamidades y desmanes que tantos años ha le afligen y le turban, así como si entre nuestros vecinos hubiese existido un rey como Fernando VII, ó habría perecido en la demanda como su sucesor pereció, ó habría provo-

cado nuevas escisiones y trastornos. Perdonemos nuestros lectores, el que hayamos hecho semejante digresion: la ocasion brindaba y no hemos querido desaprovecharla para consignar nuestro parecer. Tornemos á camino.

Si bien se observa, se echará de ver, que años ha que se disputan la influencia sobre la Peninsula dos naciones ambas poderosas, y que por este y por otros motivos, abrigan la una contra la otra un odio profundo, unidas en verdad en la apariencia por los flojos lazos de la diplomacia y política, pero hondamente separadas, asi por sus antiguas rivalidades como por la pugna constante de sus miras é intereses: la Francia y la Inglaterra. Una y otra potencia á su vez mas ó menos han dominado; y ora el ministerio de las Tullerías, ora el gabinete de San James han obtenido cierto poderío y ascendiente sobre las deliberaciones y consejos del gobierno de Madrid. Sin embargo, una diferencia hay entre el carácter de las dos influencias que conviene notar aqui. La influencia de la Inglaterra ha sido mas política que social; la de la Francia constantemente social ha sido algunas veces política; es decir, en Inglaterra es el gobierno el que ha influido sobre el gobierno español, mientras que en Francia la sociedad ha influido sobre la sociedad española. Y para que se vea cuán exacta es y fundada la observacion que acabamos de hacer, conviene advertir, que la influencia tomada esta voz en su acepcion propia, no expresa nada de legal, pues que no se influye con reglamentos ni con leyes; que tampoco denota nada de material, como que la influencia no se ejerce con el imperio ni con la fuerza, y sí que manifiesta un poder del todo moral, que no es otra cosa que aquel oculto pero irresistible ascendiente que un pueblo toma sobre otro pueblo, efecto de comunicarle sus ideas, sus costumbres, sus instituciones, su espíritu; resultado del respeto que le infunde y de la admiracion y entusiasmo que le causa, por la circunstancia de hallarse, ya en una posicion mas ventajosa, ya en un punto mas adelantado de la carrera social. De

paso debemos indicar, que en igual caso mayor es la influencia de una sociedad con respecto á otra, cuanto mayor sea la proximidad topográfica que entre las dos existe, mas fácil y mas rápida la comunicacion, y mas acabada la semejanza que entre las mismas se note.

Ahora pues: observad lo que la España recibe de la Gran Bretaña, comparadlo con lo que la Francia le comunica, advertid en los puntos de analogía y de semejanza que hay entre la Península con cada una de las indicadas naciones; y veréis que la influencia social de la Francia es escesivamente mayor y mas pronunciada que la de la nacion inglesa. Todos los medios que contribuyen á acrecentar esta influencia, se hallan en mayor abundancia entre nuestros vecinos de la otra parte de los Pirineos que en la Inglaterra. No tanto se estudia la lengua de Milton como la lengua de Racine: no tanto se leen libros ingleses como las obras francesas: no preguntamos por las modas de Lóndres; vamos á buscar las de Paris. Muchísimo mas crecido es el número de personas que viajan por la patria de Descartes que las que andan por el Reino unido, y hasta en las emigraciones políticas no pocos son los que buscan un asilo en Francia y mucho mas contados los que ponen el pie en las orillas del Támesis. Por otra parte las costumbres del pueblo español no son tan duras y ásperas como las del pueblo inglés; y aunque no aparezca tan ligero y movedido como la sociedad francesa, que acostumbra á resfriarse con igual facilidad con que se enardece y exalta, con todo fuerza es confesar, que es menos notable la diferencia que separa los usos y las máncras de estos dos últimos países que la que existe entre los mismos y el primero. Todo esto aparte de sus instituciones religiosas; que el catolicismo de España y el protestantismo de Inglaterra estan en perpetua hostilidad y pugna aun considerados como elementos sociales, siendo imposible, no solo el que se confundan, pero que ni aun vivan en paz el uno al lado del otro. La legislación castellana equitativa la civil en el fondo y suavizada

la criminal por las tradiciones de los tribunales y por las blandas costumbres y dulce temple de la nacion, dista mucho de la legislacion inglesa, que ostenta en su parte penal una dureza chocante y en sus puntos civiles una confusion y embrollo, que al tiempo que hace casi inaccesible su inteligencia, sirve de pretexto y de velo para encubrir no pocas iniquidades é irritantes injusticias. Por fin, caidos aqui los títulos y grandezas sociales, mas antes reina el espíritu de igualdad y la democracia como en Francia, que el tono y las altivas maneras de la aristocracia de la Gran Bretaña.

Pero si la influencia social de la Inglaterra débil es y menguada; su influencia política es portentosa, extraordinaria por un tacto exquisito peculiar á ella sola. Ora sea por su prevision, ora sea por su genio frio, calculador, libre de toda exageracion, no sujeto á ninguna pasion violenta, tan opuesto á teorías como apreciador continuo de prácticos y políticos resultados; lo cierto es que la Inglaterra, perseverante en sus planes, constante en sus miras, dirigida siempre por la misma conducta cualesquiera que sean los hombres que gobiernen, alcanza con su flexible comportamiento, su cauto y ladino proceder un ascendiente irresistible, que parece tener algo de mágico aun sobre los gobiernos que le son mas extraños: no manda, se insinua; sus insinuaciones empero producen mas efecto que si fuesen verdaderos mandatos.

La Francia y la Inglaterra especialmente desde el año 34 acá se disputan encarnizadamente esta influencia: perteneció ella en su principio á la Francia porque dió el impulso, y natural era que la conservase. Mas la Gran Bretaña que esperaba con avidez y auguraba aqui revueltas y trastornos redobló sus esfuerzos; y obrando con infatigable perseverancia arrancó tres distintas veces el poder de manos de su rival, quedando al fin dueña y exclusiva señora del campo. Ella la Inglaterra contribuyó á empujar en el abismo á Toreno para encumbrar en una altísima cima á Meudizabal: ella la Inglaterra precipitó

á Isturiz para levantar á Calatrava : ella la Inglaterra arrojó del trono á María Cristina para poner en su lugar al general Espartero. Hé aqui la historia de éstos últimos años.

Verdad es que la Inglaterra lleva una decidida ventaja sobre la Francia y aun sobre las demas naciones : no escrupuliza en los medios ; es como aquellos hombres sin honor ni conciencia que llegan siempre á término y aun antes que los demas, porque no bastándoles los caminos lícitos, cruzan con rapidez las sendas vedadas. La Inglaterra ha recobrado su influencia aqui siempre por medios estrepitosos. Para precipitar á Toreno precisa fue la quema de los conventos : para precipitar á Isturiz precisos fueron los insultos de la Granja : para precipitar á la Reina precisos fueron los acontecimientos de Barcelona.

Ahora pues : ¿ cuál de las dos influencias políticas, la de la Francia y la de Inglaterra es la mas útil, ó en otros términos, cuál es la menos funesta ? No escribimos por espíritu de partido ni nos anima ningun sentimiento de estrangerismo ; nó. Si algun sentimiento hace latir nuestros pechos ; si alguna idea levanta nuestros abatidos espíritus es un sentimiento español solamente español : es la idea, la esperanza de que algun dia serémos españoles, no mas que españoles ; y que alzándonos con la frente erguida y el mirar altivo, podrémos rechazar con soberbia nacionalidad, asi á los que desde afuera nos humillan, como á los que desde aqui dentro nos insultan con los exagerados elogios de las demas naciones, y con la prostitucion y completo servilismo de sus copias y modelos. Mas nuestros sentimientos no ofuscan nuestro juicio, ni nuestras esperanzas falsean nuestros raciocinios ; y si poético es mirar como al traves de un prisma un porvenir brillante, arriesgado fuera precipitarse desatentadamente hácia él, hoy sobre todo que el presente es tan difícil y escabroso. Dia quizás vendrá en que podrémos sacudir toda influencia ; mas por ahora es poco menos que imposible por mas alto que se levante ni por mas recio que se dé el grito de independencia nacional ; que vagos mur-

mullos son estos que el viento se lleva, miserables alardes de una mentida fuerza, ridículas protestas de la debilidad misma que en su interior sienten los que tal dicen y proclaman. La España es un pueblo cansado por la guerra; un pueblo débil por la revolucion; un pueblo dividido en facciones; y escrito está que los pueblos débiles, cansados y divididos, vivan mas ó menos tiempo bajo la influencia de otros pueblos unidos, fuertes y poderosos. Toda influencia ademas no siempre es un mal : el protectorado de la casa de Austria ha evitado la cangrea de la anarquía y grandes calamidades á la Alemania, y seguros estad, que si las repúblicas de la América, que fueron un tiempo nuestras hermanas, tuviesen á su lado el arrimo y la sombra de una poderosa monarquía, asi como la Suiza tiene el Austria por un lado y la Francia por el otro, seguros estad, que no se consumirían como ahora en una fiebre continua ni se agitarían como actualmente se agitan en eternas guerras é impotentes bandos.

La Providencia ademas no ha permitido que los destinos del pais fuesen á parar en manos de ningun hombre capaz de comunicar fuerza á lo que tan flaco está y de dar direcciu á lo que anda extraviado : solo ha querido que hormigueasen partidos y facciones, impotentes para crear el órden sin el cual no hay predominio ni verdadera independencia, ellos que son la imágen del desórden y de la anarquía.

Supuesto que no es posible evitar de todo punto la influencia estrangera; lo decimos paladinamente, preferimos la Francia á la Inglaterra. La Francia sin descuidar su bienestar obra por principios y por sentimientos : la Inglaterra nada mas que por egoismo y por interes; porque la Francia es una nacion caballerosa, y como tal es lo que un caballero, rebosa en sentimientos; mientras que la Inglaterra es un pueblo mercantil, y como tal es lo que muchos comerciantes; no tiene mas pasion que el egoismo, ni mas fin que el interes. Audad con cuidado, ora la Inglaterra alce su brazo para amenazaros, ora

os extienda una mano amiga; andad con cuidado; que si tal no haceis tras la perfidia vendrá la sorpresa. Dejad á la Reina de los mares que muestre sus bríos y que campee libremente por la Península; dejad brindaros por sus promesas y seduciros por sus halagos; y veréis lo que sucederá: ella con la sonrisa en los labios y la falsía en el corazon os introducirá su protestantismo para robaros vuestra unidad religiosa, os introducirá sus géneros para robaros vuestras manufacturas; os comunicará su humanidad para robaros vuestras colonias; y cuando todo lo hayais perdido, os llevará el azote con una mano para trataros sin piedad, y las cadenas en la otra para que ya no os levanteis mas. Como el genio del mal, condenado está á no vivir sino del desórden y aniquilamiento de los demas pueblos; y bien debeis estar seguros, que no será tan generosa que entre en vuestra casa, para restablecer el órden y procurar vuestra prosperidad y bienandanza.

No así con la Francia acontece; vuestra prosperidad no le daña, y nuestro órden le interesa. Poco importa á los radicales de Inglaterra que reine D. Cárlos en Madrid, ni les causa pesadumbre á los torys que ejerza la regencia Espartero. Mas si en la guerra hubiese ganado el Pretendiente, los intereses de la dinastía de Orleans hubieran quedado hõndamente afectados. La Gran Bretaña nada debe temer porque la España esté alborotada: los que se amotinaban en Derby, los que asestaron sus tiros contra la reina Victoria no se curaban de lo que en la Península pasaba. Empero Alibeaud antes de atentar en Paris contra Luis Felipe, habia asistido al incendio de los conventos en Barcelona; y no pocos de los que han contribuido á nuestros pronunciamientos habian tomado en Francia viva parte en su revolucion de julio.

La Francia, ora augure una revolucion, ora presagie una guerra, ya haga sonar el ruido de sus armas en las orillas del Rhin ó arroje sus armadas en el mar para luchar con la Gran Bretaña, ya no pueda mover los ojos de su propia casa,

tiene gran interes en cubrir sus espaldas y cerrar aqui el volcan: esto es lo que constantemente se ha dicho, y esto es para nosotros una incontestable verdad.

Y hé aqui el gran error que aun para sus propios intereses Luis Felipe ha cometido. Abandonó la España á sí misma cuando debiera haberla sostenido con su brazo. La conducta de Luis Felipe en la revolucion última ha sido la misma que en la pasada guerra: siempre indeciso. En la lucha dinástica el rey de los franceses preferia á buen seguro Isabel II á D. Carlos: se sentiria no pocas veces con estímulos de arrojar su peso en la balanza; dirigia entonces los ojos al norte, le veia amenazador y ceñudo. No se atrevió. En las pretensiones del general Espartero contra la Reina, deseaba Luis Felipe favorecer á su sobrina y cortar para siempre el desórden; hubiera quizás desenvainado la espada: volvió sus miradas hácia la Inglaterra, la vió osada y hostil. Tampoco se atrevió. Al observar el monarca francés como la Gran Bretaña le arrebatava descaradamente la influencia, y como los que promovian en España la revolucion hacian ludibrio de sus sordas amenazas, de sus aparatos guerreros, de sus acantonamientos de tropas en la frontera, habrá querido indudablemente mas de una vez dar un golpe; empero la mano le temblaba, y ha dejado el brazo en el aire. Le ha faltado audacia y empresa, aquella empresa y audacia con que un dia saltaba en Amberes y se apoderaba de Ancona. Entonces conservaba el gobierno de Francia el ímpetu de la revolucion y tenia la energia del ataque: una vez amainado el primero y cesado el segundo, en cuanto se ha replegado dentro de sí mismo se ha sentido extraordinariamente débil, y desde semejante época todo ha faltado á Luis Felipe: le han faltado los bríos de la juventud, le ha faltado la legitimidad del origen y envuelto entre oradores y filósofos que pierden el tiempo en disputarse las sillas del ministerio y la presidencia de las cámaras, le ha faltado como otro dia ad-

vertimos la sagacidad de un Talleyrand y la resolución de un Perier.

Andando los días, y si la cuestión del casamiento de nuestra reina tiene un desenlace natural, sin que debamos pasar al través de nuevos abismos en los que quiera Dios que no se hunda la monarquía, veréis á Luis Felipe que representará su acostumbrado papel, no siendo extraño que el matrimonio se celebre á despecho de su voluntad y contra sus intereses, sin que ponga de su parte mas que algunas protestas al principio, algunas amenazas después, un silencio profundo y una completa resignación al fin.

Tal vez á estas horas se arrepiente Luis Felipe de tan indecisa conducta; y en el inmenso dolor que ha debido de causar en su ánimo la precipitada muerte de su gallardo hijo, que era la esperanza de su vejez y el depositario de sus secretos; habrá mas de una vez vuelto sus tristes miradas hácia este país, sintiendo no haber puesto desde aqui un firme puntal á su trono, que no podrán acaso debidamente afianzar las tiernas manos de un niño, ni los brazos siempre flacos de un regente, ni sostenerlo cual corresponde en Paris contra las oleadas de la revolución, y en la frontera contra los belicosos ímpetus del Pretendiente.

A tres pueden reducirse los sistemas políticos seguidos hasta el presente por nuestros vecinos respecto de España; y en todos ellos se ha levantado y se ha dejado ver la idea de influir en cuanto asequible fuese sobre este país, para proporcionarse ayuda y socorro, ó precaver toda tentativa por parte de la Península que pudiese ser perjudicial y funesta á la nación francesa: vivir con la España en tratos de amistad sincera y de buena correspondencia; desarmarla para hacerla indiferente y neutral; extinguir su nacionalidad convirtiéndola en parte de sus dominios ó en provincia de su imperio. El último sistema es el que adoptó Napoleon, y Napoleon fracasó. El segundo es el que la Convención se habia propuesto seguir; tampoco

pudo llevarlo á cabo. El primero es el de Luis XIV. El actual Rey de Francia, propiamente hablando, no ha realizado franca y decididamente ninguno de esos tres sistemas; su objeto y sus deseos eran adoptar el tercero, siguiendo las huellas del gran Rey, y por esta razon hubiera deseado enlazar un vástago de su familia el *Duque de Anjou* con Isabel II, de la propia suerte que Luis XIV habia elevado y sostenido en el trono de Castilla á *Felipe V*. Mas ha faltado á Luis Felipe resolucion, y retrocediendo ante los obstáculos que la Europa pone á su paso y amilanado su espíritu, á un tiempo por la revolucion que arde bajo sus plantas, y por los enemigos que mas allá de las fronteras le manifiestan su encono, y no recatan los desiguos de la restauracion que anhelan; no ha seguido ningun sistema fijo, pasando del abandono á la proteccion y volviendo de la proteccion al abandono; conducta, que si nociva ha sido á nuestro pais, nociva tambien ha de ser para la Francia y en especial para la estirpe de Orleans.

Por lo demas, vamos á reasumir nuestras ideas. Nosotros quisiéramos que ningun gobierno extraño ejerciese influencia sobre el gobierno español; porque aunque no suene la independencia en nuestros labios, ni la escribamos como una palabra de afrenta y de ironía, la tenemos sin embargo en el corazón. Mas en el caso de deber de optar entre la francesa y la de la Gran Bretaña preferimos la primera á la última: si quiera la nacion francesa no es tan egoísta en sus miras, tan villana en su proceder, tan destructora en sus actos como el gobierno inglés.

Ademas tras de la influencia política viene la social; esto sucedió con Luis XIV respecto de España; porque muy natural es que un gobierno que influye sobre otro gobierno, pretenda afirmar el ascendiente y poderío en la misma sociedad. Y ¿qué sucede entonces? que el gobierno influyente se esfuerza en comunicar la civilizacion de su país al pueblo sobre el gobierno del cual obtiene ascendiente y predominio. Ahora pues;

la civilizacion francesa y la española son si se quiere diferentes, mas nó contrarias. Contrarias empero son la civilizacion española y la inglesa; que contrario es en el órden religioso la unidad católica y el cisma : que contrario es en el órden moral la suavidad y la dureza de costumbres : que contrario es en el órden social la aristocracia y democracia : que contrario es en el órden económico el sistema prohibitivo y el sistema libre. De aquí un continuo choque y una pagna eterna : de aquí la opresion del fuerte sobre el débil y la reaccion de este contra aquel : de aquí el órden de la tiranía y los escándalos de las revueltas.

¿Estas razones no os convencen? Pues bien; dad una mirada en torno de la Irlanda y de Portugal. Ved á esa infeliz Irlanda que pobre en el seno de la abundancia, esclava en medio de la libertad, sacude sus melenas y ruge como un leon encadenado, y que abrigando en su pecho el sentimiento de una indignacion profunda, y mostrando en su frente los síntomas de la desesperacion y de la cólera, se agita con frenesí, y va á precipitarse en los abismos de las revoluciones por tener que llevar sobre sus hombros á esos magnates que la insultan, y recibir de buen ó mal grado esa religion que en su ánimo detesta, y que es á un tiempo su opresion y su mengua.

Ved á Portugal, á ese cuerpo sin alma, á esa nacion sin nacionalidad, á este pueblo muerto en vida y que miserable esclavo de la Inglaterra, colonia toda explotada á su favor, se contenta en su anonadamiento inmenso, en alzar con ruidosa algazara por la mañana las instituciones derribadas por la vispera, sin que piense salir jamas de ese estrecho círculo por el que perezosamente se arrastra, sin que abrigue en su corazon ni una esperanza, ni brille en su frente un rayo de luz.

¿Quereis que la España sea como Portugal y la Irlanda? Oh! vuestra amiga no se descuida. No se contentó con tener durante la pasada guerra en el cuartel general y ahora en palacio sus consejeros : envió tambien misioneros para que predicasen en

Cádiz sus doctrinas y esparciesen biblias por el camino, al efecto de hacer mas fácil la entrada de su gobierno y su dominacion mas duradera. Sus esfuerzos no fueron inútiles. La conquista sin embargo tal como es, ni satisface su codicia ni llena su orgullo. Proseguid, proseguid por este sistema : dejad que transcurran algunos años, y veréis á dónde vamos á parar.

José Ferrer y Subirana.

POESIA.

A pesar de que la importancia y gravedad de la mayor parte de las materias que nos ocupan permite poco emplear nuestras páginas en las armonías de la versificación, y en los encantos de la poética; con todo damos lugar á la siguiente producción, porque la celebridad que en este género se ha grangeado la autora y cierta deferencia muy debida á su sexo y á sus circunstancias nos lo imponen como un deber, mayormente habiéndola escrito espresamente para la *Civilización*. No nos toca á nosotros hacer su elogio; la misma mano que trazó las deliciosas líneas de la *Decrepitud*, el mismo espíritu que entonó en sublimes endechas un himno al *Criador*, el corazon mismo que suspiró los dulces y amorosos acentos del *Espíritu de la caridad*, es la mano, el espíritu, el corazon que ahora vuelven á seguir su tono en una inspiracion entre fantástica y moral. Y si cuando nuestro periódico era exclusivamente religioso se leyeron con gusto las producciones variadas y oportunas de doña Josefá Massanés, no podrá menos de agradar la que sigue. En la escogida coleccion de sus *poesias* se perciben tonos tan distintos, cuerdas tan variadas y tan diestramente pulsadas, que solo pueden salir de un alma susceptible de todo género de armonías. El corazon de un poeta es una lira, tanto mas bella, tanto mas armónica cuanto mayor número de cuerdas puede vibrar. Parece que un alma consagrada á la ternura puede muy bien carecer de alas

para volar á las regiones del cielo; y que de un pecho agitado por sentimientos blandos y generosos no son de esperar acentos graves y proféticos, y menos aun las gracias de la máscara ó las travesuras del gracejo. Sin embargo la Académica honoraria de Barcelona cambia de tono á su placer; y esta facultad á pocos concedida, esta flexibilidad de genio que se dobla sin esfuerzo á las mas variadas impresiones, es un mérito que reconocemos en la modesta poetiza, en la agradable compositora, cuyo language se presta con tanta naturalidad al temple de las ideas, como su estilo á las situaciones del corazón.

A UNA NUBE.

Sal de la mar, ó grupo de albas nubes,
Que cual lejano congelado monte,
Por el vasto confin del horizonte,
Asomas lento y magestuoso subes.

Sal de la mar, y elévate calmoso,
Como el ave del vate sobre el lago
Condensado vapor, ó leve y vago
Atraviesa el espacio presuroso.

¿Quién traza, nube, en tí figuras tales
Como las que variables representas
Cuando te disminuyes, ó acrecientas
O dilatas tus formas desiguales?

Quién descorre los pliegues de tus senos,
Qué fuerza los estiende, y los recoge,
Pabellon de los cielos? quién encoge
Y sujeta tus ondas dime al menos.

Parodia de la tierra, en ese espejo
Muda á los hombres, de los hombres cuentas
Mil escenas y mil, y te presentas
Como fantasmagórico reflejo;

Y de region ignota y apartada
Los paisajes trasladas velozmente,
Y cual pasan en sueños por la mente

Los pintas en la bóveda azulada.

Ya nos mientes legiones belicosas
Que en fantástica lucha van pugnando
(Tal el arpa de Odin fuera evocando
Las sombras de sus bardos misteriosas),

Ya el ancho cráter de un volcan imitas,
Y ardiente cual sus lavas glutinosas,
Un torrente de ráfagas radiosas,
En celages violáceos depositas.

Tan pronto mientes horrorosas fieras
Y animales tal vez desconocidos,
Como enanos deformes, convertidos,
Poco despues, en monstruos ó quimeras

O levantas ciudades prodigiosas
Cuyas torres y alcazares calados,
De plata y nácar afliggranados,
Cual construccion de magas poderosas,

Instantáneos desaparecen,
Quedando en su derredor,
Sífides que se aparecen
Y entre velos de vapor,
Los esveltos talles mecen.

Y tras ellas vestiglos infernales
Nos muestras, y Titanes aun despues,
Que alzan al éter testas colosales,
Y en el mar hunden sus enormes pies.

Y asi discurren ligeras

Visiones sobre vision,

Diáfanas, pasageras,

Y puras cual la ilusion

De nuestras dichas primeras.

Elévate al cenit, nube argentada,
Con misteriosa pompa y magestad,
Y descende despues tornasolada,
Siempre hablando á la triste humanidad.

Dila que cuando fulgente

Te tiñes de minio y grana,

La llama del centro ardiente

De ignoto volcan, se afana

Por reflejarse en tu frente.
Díla que de las raudas cataratas,
Imita las espumas tu blancura,
Y móvil de néveras nos retratas,
El alud derrumbado á la ventura.

Y que si descomunal
Fantasma creas ahora,
Y armas de agudo puñal
La diestra amenazadora
De esa vision sin igual;
De un pueblo en rebelion eres traslado
Que hollando toda ley y sujecion,
Cual desapareces tú, pierde olvidado
Sus riquezas, poder é ilustracion:

Por eso se alza otra sombra
En contra esa sombra vana
Que la compele, la escombra,
O la convierte en peana
A do remontada asombra

Elevate al cenit, nube argentada,
Con misteriosa pompa y magestad,
Y descende despues tornasolada,
Siempre hablando á la triste humanidad.

Y prosigue en trasladar
Cuanto de la tierra alcances,
Telégrafo singular,
Y mientras que lento avances,
Vario no ceses de hablar.

Asi liviano, sin cesar apila
Y repliega y despiega tus vapores,
Y los sucesos que hora ves, compila
Descritos en tus copos voladores;
Que atenta ante tí estoy, como está el niño
La óptica al mirar que le fascina,
Y en tus figuras de flotante armino,
Lo que dices tal vez, mi fe adivina.

MARIA JOSEFA MASSANÉS.

OBSERVACIONES RELIGIOSAS,

morales, sociales, políticas, históricas y literarias, coordinadas y entresacadas de las obras del

VIZCONDE DE BONALD

con el retrato de su autor y un discurso preliminar

POR

D. JOSÉ FERRER Y SUBIRANA.

Las observaciones de un talento privilegiado que habiendo vivido en esta época la comprende, que después de haber contemplado las revoluciones y víctima hasta cierto punto de ellas, señala sus causas, describe sus universales efectos y manifiesta sus tendencias; que vindica á los españoles de los insultos que les han prodigado los que han hablado de su carácter sin conocerlos, que presenta los vicios de la Inglaterra y predice sus inevitables trastornos, que trata de la educación de uno y de otro sexo con el juicio de un hombre experimentado y el genio de un filósofo, que descende en los abismos de la sociedad y penetra en los misterios del porvenir con la perspicacia de un Leibnitz, que habla de la religión con la profundidad de un Pascal, de Dios con la pompa de un Bossuet, del alma y de sus angustias con la ternura de un Fenelon; de la corrupción y tiranía con la energía y concisión de un Tácito, y de quien ha dicho Lamennais, que era el pensador mas grande después de Malebranche; tal es el libro que publicamos, corto en páginas pero riquísimo en ideas. Si en algun tiempo son necesarias este linage de publicaciones, es hoy que fatigados los espíritus por el largo é inútil trecho que en brevísimo tiempo han corrido, cansados de tantos libros como ven la luz, algunos de los cuales son tan vacíos de ideas como henchidos de palabras y que no llevan ni las convicciones en el entendimiento ni los consuelos en el corazón, han menester, por decirlo así, de fuertes y de substan-

ciosos alientos. Bonald satisface este objeto: genio fecundo piensa sin esfuerzo y escribe con naturalidad: las ideas brotan de su pluma, brindando cada uno de sus conceptos á que se repliegue el ánimo dentro de sí para entregarse á serias y continuadas meditaciones.

Esta obra que consta de un solo volúmen se halla de venta á 12 reales en las librerías de Tauló calle de la Tapinería, de Selles y Oliva calle de la Platería, de la viuda Mayol calle de Fernando, y fuera de esta capital en las principales librerías del reino.



El *Amigo católico y fiel, ó despreocupacion de alucinados contra la Religión católica*. Obra dedicada al Excmo. é Illmo. Sr. obispo de Barcelona. El título solo presenta ya el interés de una obra escrita en lengua provincial, llena de solidez, de doctrina, de unción, de sentimiento, y propia para desimpresionar los errores vulgares de aquellos que, ignorando completamente los principios de nuestra creencia, blasfeman de lo que ignoran.

Véndese en la imprenta de los herederos de la viuda Pla, calle de Algodoneros, en Barcelona.



REVISTA POLÍTICA.

Escepto la muerte del duque de Orleans, hecho de que en este mismo artículo nos ocuparemos, no se ha verificado en Europa desde que escribimos la última reseña ningún acontecimiento, que por su gravedad y resultas sea capaz de imprimir en los negocios públicos más recio movimiento y de comunicarles nueva y desconocida dirección. Parece que fatigada aun la Europa de las guerras de Napoleón, ansia continuar en el reposo en que se halla y proseguir durmiendo en el seno de una profunda paz. Y no es que dejen de existir elementos de oposición y de choque, no es que no se crucen entre los gabinetes numerosas rivalidades, causa y prelude que fueron en otros tiempos de grandes trastornos é inevitables guerras. La paz se prefiere á todo, la desea el norte no menos que el mediodía, la quiere la Inglaterra de la propia suerte que la Francia. La Europa no obstante vive á lo que parece en una interinidad, interinidad que á pesar de ser tal se eterniza. Observadla, hay agitación en los individuos; hay movimiento en las clases, hay guerra en los partidos, hay malestar en las sociedades, hay falta de aplomo en las instituciones, hay inseguridad en los gobiernos, hay oscilaciones en la política, hay desconfianza, intrigas, odios en la diplomacia; y á pesar de todo, los negocios siguen á su modo, y la Europa marcha, y

marcha sin saber á dónde va. Apenas hallaréis nadie que en su corazón no sienta y con su cabeza no prevea, que esa situación general no es duradera, que la época presente es una época de tránsito; y con todo preguntad así al pueblo ignorante que se conduce por el buen sentido, como al pueblo de los sabios que se dirige por especulaciones y cálculos, preguntadles á dónde vamos, y á buen seguro que no acertarán á responderos. Caminamos siempre, caminamos como los hebreos por el desierto, solo que ellos tenían delante una columna de fuego bajada del cielo, y nosotros tenemos una columna de humo levantada de la tierra, y llegaron á la tierra de promisión, é ignoramos nosotros si nos estraviamos y perdemos.

Si contempláis la Prusia, echaréis de ver, que recelosa del Austria, la que miró con mal ojo su encumbramiento, y que nunca ha podido perdonarle la usurpación de la Silesia verificada por Federico el Grande, busca protección y arrimo en la Rusia, y que causada del vasallage que esta última le exige, se esfuerza en poner en la unión aduanera los cimientos de una estrecha alianza con sus vecinas y rivales: echaréis de ver que si vive desconfiada con respecto á las naciones que la cercan, no lo está menos relativamente á las dietas provinciales de sus estados que le demandan un gobierno constitucional, concesión que Guillelmo sagazmente retarda, al paso que contiene el ardor popular con la fuerza de las instituciones militares, y procura distraer la atención general y captarse el aprecio público por medio de una protección generosa dispensada á las ciencias y á las letras.

En Suiza las tradiciones pasadas y las doctrinas nuevas, el espíritu sosegado de los tiempos patriarcales y las exigencias populares y la turbulenta democracia de los tiempos modernos, unido á la lucha mas empeñada allí que en ninguna otra parte entre la unidad católica y el cisma protestante, presenta un problema al parecer irresoluble, un espectáculo repugnante y que al vivo contrasta con la proverbial moderación y suave

temple de los pueblos que constituyen la confederacion helvética. Y sin hablar de la Francia apenas salida del estupor que le ha causado la imprevista muerte del sucesor á la corona, agitada por el vértigo de los partidos, exaltada por la prensa, en la que encuentran un respiradero las pasiones de fuego que abrasan y consumen á los que desean en ese pais nuevas revueltas y trastornos: y sin hablar de la Inglaterra oprimida con el peso de las clases proletarias, y que no acierta á dar una cabal solucion al pauperismo que la agobia y la amenaza: y sin hablar de Portugal triste para los propios y desollada por los estraños: y dando una mirada á la España cuya situacion nadie hallaréis que crea ser duradera, y la que contemplan todos asi los de dentro como los de fuera para arrancarle el misterioso secreto de su porvenir: y pasando los mares y mirando con ojos de dolor esa América del sud, víctima de una eterna anarquía y del mas atroz despotismo, y que recuerda con sus proscripciones y su sangre, y la tiranía refinada que sufren aquellos infelices habitantes la cruel omnipotencia de los tiempos del imperio: y sin ocuparnos del poder otomano, cuerpo casi exánime que duerme al lado de su tumba y que penosamente agoniza en las arenas del desierto: y sin examinar varios otros estados mal seguros en lo presente y que no saben el destino que les aguarda en lo futuro, notaréis que estan distantes las naciones de esa calma general; de esa prosperidad y afianzamiento que tanto desean pero que no aciertan á conseguir. Mas dejemos esas consideraciones pasando rápidamente los ojos sobre los principales acontecimientos que se han verificado.

En Portugal han seguido las cosas el rumbo que era de prever: el partido cartista que triunfó con las armas ha triunfado con los votos, y las cámaras se han abierto. Las sesiones mas borrascosas en esos paises sobre todo que entran en la carrera parlamentaria, son aquellas en que se trata de contestar al discurso de la corona, pasándose una reseña de los actos del

gobierno no menos que del estado del país, y lo que es sensible, pues hasta aquí todo fuera laudable, abriéndose un parlante en el que saltan los partidos, desahogándose en recriminaciones amargas los ruines sentimientos y las pasiones mas indignas. Hé aquí lo sucedido recientemente en Portugal: los que al viento desplegaron en las calles y en las plazas banderas opuestas se han hallado congregados en un salon frente á frente los unos de los otros. Nada de miramientos y de decoro; que es inútil prometérselo de los hombres que se afilian en un partido: las mas groseras espresiones, y las frases mas innobles é inmundas han salido de los labios de aquellos á quienes incumbe la mision de legislar, y que por el distinguido puesto que ocupan, y por la publicidad de sus obras é influencia de sus actos, debieran dar un ejemplo sino de moralidad al menos de cultura. *Indigno, infame, vil, faccioso*, estos y otros son los epitetos que han dirigido al presidente de la cámara algunos de sus miembros, este es el culto y mesurado language de los individuos de la oposicion lusitana. ¡Qué respeto al poder! qué deferencia á la autoridad, pues autoridad es la que el presidente ejerce! ¡Qué noble comportamiento y qué bellos modales! Los ardientes entusiastas de la democracia, ellos los puritanos del régimen libre, no lo dudeis, son los que la Providencia tiene designados, tal vez en castigo de sus desmanes, y en espiacion solemne de sus crímenes y errores para sepultar la libertad política y convertir en escombros las instituciones representativas, si el cielo ha decretado que hayan de caer.

La situacion de Inglaterra lejos de mejorar parece que de dia en dia empeora. Y no es que falte á los hombres que gobiernan prevision en las miras, concierto en los planes, preseteza en la ejecucion; pero hay allí un mal antiguo, terrible apremiador, el *pauperismo*; mal que si por do quiera mas ó menos se deja sentir, y es el tormento y la cruel pesadilla de los que velan por los destinos de las naciones, en la Gran Bre-

taña se presenta con síntomas siempre mas alarmantes, preparando al parecer esa revolucion social que tristemente auguran los escritores de todos los partidos y opiniones. La miseria es comun; asoladora, sin que sean parte para darle tregua y alivio, ni las concertadas medidas del gobierno, ni la exorbitante contribucion legal que sobre aquel reino pesa. La miseria produce la inquietud en los ánimos, las revueltas en las calles; revueltas que aumentándose en gravedad é importancia, llegan á ser para el gabinete un objeto de seria meditacion y para la sociedad un motivo de alarma y peligros. El pueblo ya no se contenta con quemar la efigie del ministro con aquella pausa solemne y con aquella magestad democrática y afectada como en una época no lejana lo hiciera en Dervy: el pueblo se revuelve, se amotina, insulta la autoridad y obliga á la fuerza armada á que rechace el peligro, y se lance con ímpetu sobre las turbas, ocurriendo las desgracias inevitables en tales casos, y desahogándose en bruscas amenazas y terrible gritería la fermentacion y el furor que producen semejantes choques.

Y cuenta que los desórdenes no se verificaron en un solo lugar sino en varias poblaciones á la vez, y estas importantes por su consideracion y riqueza. Alborotáronse á un tiempo Preston, Manchester, Boston, Bury, Heywood, Stochport, Rochdale, Buruley y otros puntos.

Los amotinados recorrian con frenesí las calles gritando que querian *sangre por sangre*. Apenas alcanzaba la tropa á contener las masas, y en Regent-Street el motin apareció tan imponente, que necesario fue mandar armar á la bayoneta, ante cuyo espectáculo poniendo el pueblo el grito en el cielo desahogadamente exclamaba: *no matareis á vuestros hermanos que se estan muriendo de hambre*.

Tales hechos no han menester esplicaciones, ellos son de sí mismos el mas significativo y terrible comentario. El parlamento se ha cerrado bajo los mismos auspicios con que se habia abierto, y así es regular que anden las cosas, volvién-

dose á abrir una y otra vez sin que logre remedio el crudo mal que tan hondamente aqueja á la Gran Bretaña.

Un hecho entre los mas descollantes descuella digno por cierto de consignarse aqui: las tentativas repetidas de asesinato dirigidas contra la reina Victoria. Procede especialmente semejante hecho en Francia de las sociedades secretas, es decir, del extravío de las imaginaciones y del fanatismo político, ¿Y en Inglaterra? ¿Será resultado de la propia causa? ¿será efecto de la exageracion por los sistemas políticos, ó nacerá de otros motivos que á primera vista no se perciben? Alguna vez á demencia se ha atribuido; ahora parece que se le señala por causa el deseo de alcanzar popularidad, no importa que sea funesta con tal que popularidad sea. Y semejante ambicion, ese deseo de alzar la cabeza, que agita y devora hasta los hombres que viven sepultados en los rangos mas bajos, y en las condiciones mas oscuras del orden social, se designa al menos como uno de los motivos que arrastran á la perpetracion de tales atentados. Para evitar tamaño mal y matarlo en su raiz, descáse quitar á los juicios á que tales crímenes dan lugar la solemnidad y la pompa que suele acompañarlos.

Apartados nosotros de la tierra en que se verifican estos hechos, no siendo cosa asequible sondear los designios de sus autores, nos abstenemos de emitir un juicio formado ya sobre el punto de que nos ocupamos. Dirémos sí, ya que esto redunde en gloria del pueblo español, y no queremos desaprovechar la ocasion que se nos ofrece de tributarle el debido elogio, que á pesar de la degeneracion á que ha venido á parar una parte de nuestra sociedad, á pesar de las ideas republicanas, que aunque faltas de fe por parte de los que las proclaman, se esfuerzan no obstante en estenderse y ganar terreno, á pesar de que está abatida la magestad del solio, y entregada la guarda de las augustas huérfanas á manos extrañas, y á pesar de que las intrigas y los manejos de la revolucion no ya se agitan tan solo fuera de las puertas de palacio, sino den-

tro los mismos salones del real alcázar; no ha habido hasta el presente ninguno de esos atentados, ninguno de esos crímenes, cuya idea sola estremece al país, y que tantas veces han llenado de sorpresa y de alarma, ya que la Providencia no ha permitido que fuese de consternacion y de luto, tanto á la Inglaterra como á la Francia. Al contrario, toda la sociedad de la corte parece que se esmera en tributar acatamiento y homenaje, y en dar muestras de adhesión y afecto á ese trono débil ciertamente y vacilante, y que sin pompa ni aparato, falto del resplandor que despidiera y de la importancia que algun día tenia, si ofrece algun interes es solo aquel interes que inspiran la santidad de la inocencia y la santidad del infortunio.

El ministerio Guizot en Francia ha ganado las elecciones á pesar del empeño que por parte de los combatientes ha habido, y de las intrigas de que acostumbran valerse los partidos, aun aquellos que mayor alarde hacen de moralidad y de pureza, y que dicen mas respetar su conciencia propia y la conciencia de los demas.

M. Sauzet ha quedado asimismo elegido de nuevo presidente de la cámara, rechazadas las pretensiones de cuantos á tan honrosa confianza aspiraron, vencidos los contrarios políticos y desairados los rivales, que no discordes en el fondo del sistema ministerial, le dan á un tiempo útil arrimo y dañable sombra, y parece que le dispensan proteccion y favor. Mas el vencimiento de Sauzet y el desaire de los que codician el puesto que este diputado tiempo há que ocupa, ha contribuido acaso á que fuese menos embozada la oposicion que por parte de ciertos personajes se dejaba ya entrever. Lamartine desea á lo que parece organizar un partido y erigirse en su gefe.

Mas sobre todos estos hechos henchidos de ambicion y llenos de miserables rivalidades, sobre todas estas cuestiones de oposicion y de ministerio, de Guizot y de Thiers, de Lamartine

y de Odilon Barrot se levanta un acontecimiento pálido como la muerte, cruel como el dolor, triste como la horfandad; porque por encima de todas esas intrigas y rivalidades hay el trono y la corona de la Francia, trono que experimentó un horrible sacudimiento, corona que perdió una de sus mas bellas esperanzas, como uno de sus mas ricos florones en la precipitada muerte del gallardo jóven el Duque de Orleans. ¡Quién hubiera podido decírselo á su padre! ¡Quién hubiera podido decírselo á su augusta familia por la mañana del trece de julio, que aquella cabeza destinada á ceñir un dia la diadema de San Luis, que aquel corazon que habia palpitado de entusiasmo por la Francia, frio, yerto por la tarde debia llevarse en la tumba tantos secretos, tantos consejos, tantas lecciones como le habria dado el anciano monarca! Oh! cuán débil es y cuán escasa la prevision humana! ese Rey que en la calma de la vejez, y en la esperiencia de los mas encontrados acontecimientos parece que iba midiendo con el compas en la mano uno por uno todos los acontecimientos que se verificaban y calculando los que en adelante habian de suceder, no pensó en la muerte de su hijo, ni en la necesidad de una ley sobre la persona que debiese sustituirle en el ejercicio temporal de su poder, ó miróla acaso como una necesidad remota, pérdida allá en las hondas regiones del mas lejano porvenir. Hasta uno está tentado á creer que la misma Providencia ha querido advertir á los demócratas y republicanos que atentan contra Luis Felipe para remover el estorbo que hallan en sus exagerados sistemas, cuán poco certero dirigen el golpe, puesto que persuadidos estamos y persuadido está todo el mundo, que la muerte de Luis Felipe no hubiera sido tan funesta, ni habria arrojado asi los ánimos en la agitacion é inquietud como la del Duque de Orleans. *Si al menos hubiese sido yo!* decia en su estupor y afliccion profunda el monarca frances, al besar con sus labios y sustentar con sus brazos el cuerpo aun caliente de su hijo: estas palabras salieron espontáneamente del

corazon ulcerado de un padre y de la cabeza de un hombre de estado; eran llenas de sentimiento y de verdad.

Y bien, ¿cuáles son las consecuencias de este gravísimo acontecimiento para la régia familia, para la Francia, para la Europa? No es dado preverlas, y si aventurado es hacer pronósticos sobre negocios privados y que corren por un cauce regular, todavía lo es mas hacerlos sobre acontecimientos públicos, sobre los negocios de estado. Es la política un problema cuyos datos cambian todos los dias; por eso es tan difícil su resolución.

En cuanto á la casa de Orleans, este inopinado suceso la ha sumido toda en la mayor consternacion y en el mas profundo dolor. Ya que la ocasion se presta para decirlo; pocas familias reales presentan un cuadro tal de moralidad, de concierto y de armonía como la familia actualmentè reinante en Francia, hecho notable como que los odios y las rivalidades suelen envenenar el corazon de los príncipes, y no es raro ver divididos y encarnizados bajo de un mismo techo á los hijos de los reyes, hecho que se convierte en elogio de Luis Felipe, hecho que consignamos aqui, con tanto menos escrúpulo cuanto que no podrá achacarse á entusiasmo ni á parcialidad, á nosotros sobre todo que no siempre hemos aplaudido las miras del monarca frances, y cuya conducta varias veces hemos con severidad censurado, hecho que á mas de otras causas debe acaso atribuirse al espíritu democrático, que entre los males que engendra produce al menos el bien de evitar que los monarcas sean déspotas, ni que sean sus familias corrompidas, como que el pueblo trata á los reyes con el rigor de jueces y con la prevencion de enemigos, haciendo imposible de esta suerte asi los caprichos del poder como los escándalos de la corrupcion. Nada extraño pues que habiendo tal fraternidad y armonía, la muerte del primogénito haya afectado tanto á los demas individuos de la casa real, y que haya vertido hasta lágrimas amargas el Duque de Nemours, cuya am-

bición despierta á un tiempo por la probabilidad de tener la regencia, y por la desaparición de un obstáculo á la exaltación al trono podía servir de lenitivo para mitigar su dolor.

Por lo que toca á Luis Felipe ha debido de ser este intensísimo, y seguros estamos que de hoy en adelante pesada y de hierro será para su cabeza la corona de la Francia, tanto mas cuanto ha visto desvanecidos en un soplo sus planes, y en un instante malogrados los consejos y la enseñanza que habria dado á su hijo. Sabemos bien cuán acibarados y llenos de amargura fueron los últimos años de Luis XIV, y cuán pálida brillaba al declinar la existencia de aquel gran rey, al ver que la muerte cortaba uno por uno los vástagos de su familia, y cruelmente así segaba las esperanzas de su corazón. Y cuenta que Luis XIV no habia ascendido al solio en brazos de la revolución, ni esta bramaba á sus pies, y distante estaba de prever los insultos que habian de dirigirse á su memoria, esos insultos y amenazas que ya en vida recibe el actual monarca de Francia.

¡Qué horrible desgracia para nuestra familia, pero qué horrible desgracia tambien para el pueblo frances! decia Luis Felipe en una de aquellas sentidas exclamaciones que le arrancaba la inmensidad del infortunio.

En efecto, desgracia ha sido á nuestro sentir para la Francia el fallecimiento del Duque de Orleans. Aparte de sus prendas personales, que amigos y enemigos confiesan haberlas poseido esquisitas y relevantes, aparte de sus treinta años, y de su corazón frances que habia latido en los combates y sentido los estímulos de la gloria, y que no hubiera permitido, seguros estamos, esos insultos que la Europa, así la revolucionaria de la parte de acá como la absoluta de la parte de allá ha hecho sufrir á su padre, aquella por la moderación que ha guardado, esta porque nunca sabrá perdonarle su origen; aparte de la popularidad que ya gozaba y del aprecio que le tenia su propio país; la sola circunstancia de no haber ningún interregno

ni vacío entre el mando del último rey y el mando del rey nuevo; sin que fuese preciso atravesar las épocas por lo comun azarosas y turbulentas de regencias y menoridades; hubiera sido para el trono una prenda de estabilidad y firmeza, y una fianza para la nación de orden y de paz.

El trono útil casi siempre y necesario absolutamente en algunas sociedades modernas; el trono, esa institucion segura cuando todo vacila, fija cuando todo se agita, inmóvil cuando todo se mueve, inviolable y sagrada cuando todo se desprecia y profana, menester es que satisfaga las condiciones de su naturaleza, y tenga las dotes que han de acompañarle si debe obrar para la salud y provecho del procomunal. Cuando el trono es vacilante y mal cimentado, cuando falto está de sosten y arrimo, lejos de ser un bien se torna en un mal, en vez de crear una garantía se convierte en un peligro, y es entonces, segun la espresion feliz del autor del Edipo, un para-rayos mal construido que atrae y no preserva.

Ahora pues; ese poder supremo del estado, ó es fuerte por la institucion en que se apoya, ó por la persona que lo ejerce; ó por las dos causas á la vez.

El poder regio en España en los tiempos de Carlos II era flaco por la persona del rey y robusto por la institucion; porque Carlos II era un rey débil, y la institucion monárquica era fuerte y hondamente arraigada. El poder imperial en tiempo de Napoleon irresistible era y omnipotente por la persona, porque Napoleon habia nacido para mandar, y era insubsistente y flojo por la institucion, porque esta no existia. El poder monárquico en tiempo de Luis XIV era robusto por la persona del que lo ejercia, porque Luis XIV era un gran rey, y robusto era por la fuerza del trono, porque el trono en Francia antiguo era y venerado. Asi es que el poder regio aunque insignificante y de escasa valía bajo Carlos II subsistió, porque la institucion subsistia: por eso el poder imperial de Napoleon no sobrevivió á su memoria y aun se hundió en su

vida; porque todo era personal, y la grandeza de la dominacion se trocó en grandeza del infortunio. El poder de Bonaparte se fundaba en esas tres cosas: en la fortuna de un guerrero, en el talento de un hombre, en el entusiasmo de una nacion. Vino un dia en que faltó la prevision al talento, en que la fortuna se tornó desgracia, en que el entusiasmo se convirtió en cansancio; y Napoleon entonces cayó y con él se derrumbó el imperio. Apliquemos á la Francia actual estas reflexiones históricas.

¿El trono en Francia es una institucion fuerte de por sí, prescindiendo de la persona que en él esté sentada? Nó: porque las instituciones fuertes son las instituciones tradicionales, y el trono de Julio no es un trono tradicional. Nó: porque las instituciones robustas son las instituciones antiguas, y el trono de Julio es un trono de ayer. Nó: porque las instituciones bien cimentadas son las instituciones independientes de las exigencias de los partidos, de los cálculos de la política, de las combinaciones de los filósofos; y el trono de Julio no ha podido emanciparse completamente aun, ni de la revolucion que le recuerda su origen, ni de los publicistas que lo ensalzaron, ni de los partidos que le dieron el ser. Nó: porque las instituciones fijas é inmóviles son las que el sentimiento sustenta, nó ese sentimiento de un entusiasmo ligero que se enciende como una luz y se desvanece como un vapor, sino ese sentimiento sagrado á un tiempo y tierno, de amor y de respeto que se recibe de los padres y se comunica á los hijos; y el trono de Julio carece de sentimientos verdaderamente monárquicos, como que no tiene ni los de los republicanos que ó le miran con desvío ó abiertamente le combaten; ni los sentimientos de los legitimistas que guardan su adhesion y afecto para la rama caída; ni los de la clase media especialmente afecta á la casa de Orleans y de cuyos principales brazos, el mercantil metalizado por el oro mira el trono de Julio como una necesidad pero sin profesarle un vivo cariño, al paso que el

de los publicistas é inteligentes le considera como una parte de su sistema, como otra de las ruedas de la máquina política, ó á lo mas como el eje y la base de la organizacion social.

En Francia con respecto á los partidos triunfantes en Julio, si en algun lugar está la monarquía es en la cabeza, porque la república la tienen en el corazon; á diferencia de lo que con muchos legitimistas acontece, que tienen la monarquía en el corazon y en la cabeza la república. Escuchad el lenguaje de los primeros y raras veces oiréis que os hablen de afecciones y sentimientos monárquicos. Consideramos la monarquía como una necesidad, en faltando ella se encuentra el abismo de la revolucion. Tal es su manera de espresarse. Observad á no pocos de los segundos, ved el modo con que han hablado Chateaubriand, Genoude, Larochejaquelin, y notaréis vivísimas simpatías hácia la monarquía unidas á cierta tendencia á un régimen latísimo y popular.

Hé aqui por qué el trono considerado como una institucion ya política ya social no tiene en Francia la robustez que en Inglaterra, ni la que tendria en España si no hubiese la triple debilidad de la edad, del sexo y de la revolucion.

Si se ha sostenido el trono en Francia y ha logrado resistir á los choques y violentos empujes que mas de una vez de todos lados ha recibido, es porque tuvo la fortuna de que se sentase encima de él y á su lado un gran rey y un gran ministro. Si en lugar de Luis Felipe y de Casimiro Perier hubiese deparado la Providencia á la Francia un rey débil y un ministro inepto, hubierais visto como levantándose otra vez el temporal se hubiera hundido é indeclinablemente naufragado la monarquía.

Ya que el trono en Francia no es robusto por las raices de su institucion, ni por las bases sobre que descansa, que arrancadas de cuajo las antiguas raices y sobrado tiernas las nuevas, no han podido estenderse por la superficie del estado ni penetrar en las entrañas de la sociedad, y minadas y zapadas las bases

carecen del aplauso y sijeza que deberian tener, menos robusto el trono será en cuanto Luis Felipe descienda en la tumba, por la persona del nuevo monarca. Habrá una regencia. Esta idea no ha menester comentarios. La influencia entonces y el poder supremo estará dividido entre la madre que tendrá la guarda del rey niño, entre el rey niño en quien reside el derecho, y entre el regente que lo ejercerá : deberá de faltar entonces la unidad que es el símbolo de la monarquía y el principio de toda fuerza, y esto aun cuando la armonía y el concierto no se rompa entre las augustas personas, cosa muy posible en poderes colaterales y en una madre estrangera y protestante que custodia la persona del regio huérfano y forma su corazon, y el tio frances y católico que guarda su corona y ejerce su poder; cosa, insistimos, tanto mas posible, cuanto que muy naturales, que cada uno de esos personajes pretenda conquistar un ascendiente exclusivo sobre el alma del rey niño, y asegurarse de esta suerte la influencia y moral dominacion en el porvenir.

Hé aqui las consecuencias y azares del fallecimiento del Príncipe de Orleans para la Francia, para esa Francia sobre todo ligera y caprichosa, á la que su genio y sus teorías condenan á una innovacion perpetua y á un movimiento incesante.

Las consecuencias de tamaño acontecimiento para la Europa, graves asimismo son é importantes. Estados hay que por su pequeñez y por su posicion topográfica apenas livianamente afectan los intereses generales, llegando á lo mas ser objeto de celo y de contiendas entre los príncipes cercanos que se disputan su ascendiente y predominio. ¿Qué importa al continente europeo que la Suecia sea regida por un sistema monárquico ó por un gobierno popular?

Existen empero otras naciones que ya por su grandor y amenazadora pujanza, ya por la suma de luces que en su seno reunen y el fuego que sus entrañas abrasa, ya por el lugar mismo en que estan sentadas, son siempre ó un ejemplo utili-

simo ó una piedra de escándalo, afirmando con su órden el órden general, ó lanzando á los pueblos á la revolucion y al motin con sus desórdenes y revoluciones: tal es la Francia. Ella es el corazon de la Europa, y segun que sus latidos, permítasenos la imágen, sean violentos ó regulares, veréis al cuerpo europeo sano y tranquilo, ó agitado y en convulsion. Las lecciones son aquí tan frescas como saugrientas. La historia del siglo presente y la del último tercio del pasado es el mejor comprobante de esta verdad.

Ahora pues, que la Francia fluctue entre la monarquía que decline y la república que apunte, que se agite y vacile entre los peligros de la restauracion triunfante y los riesgos de la revolucion que amenace, y no creáis que haya en Europa tranquilidad y sosiego: veréis al frio norte en espectacion y reserva, y al ardiente mediodía en desórden y alarma.

Ocurrida la muerte del jóven príncipe, lo primero que ante todo debia practicarse era crear una ley de regencia, á fin de que no sucediera que al fallecimiento del actual monarca no se supiese á quién incumbia el ejercicio de las regias atribuciones. Como tan alta es la importancia de semejante ley y de su espíritu y disposiciones se ha ocupado toda la prensa, es de ahí que vamos á hacer en este lugar algunos momentos de alto (1).

Toda la dificultad y discordancia de los partidos así del que sustentaba la ley como del que la combatia versaba sobre estos dos puntos: 1.º el principio hereditario debe prevalecer sobre el de eleccion, es decir, la ley nombrará el regente á

(1) Puesto que corta es, transcribimos para la mayor inteligencia de nuestros lectores la ley tal como fue presentada por el gobierno.

Artículo 1.º El rey es mayor de edad á los 18 años cumplidos.

Art. 2.º Inmediatamente despues de la muerte del rey, cuando su sucesor es menor, el príncipe mas cercano en el órden de sucesion establecido por la Carta y de edad 21 años cumplidos, queda investido de la regencia por toda la duracion de la minoría.

Art. 3.º El pleno y entero ejercicio de la autoridad real, en nombre del rey menor, pertenece al regente.

ciegas de un modo general, ó dará facultad para que se le nombre? 2.º para la regencia se admitirá á la madre del augusto pupilo, ó será excluida toda muger? Odilon Barrot, Berrier, Lamartine han impugnado la ley; la ha sustentado y defendido el partido ministerial y otros notables oradores, y entre ellos M. Thiers quien á pesar que en las cuestiones de gabinete se sienta en los bancos de la oposicion, como esta ley ha dicho el rival de Guizot no es de gobierno sino de dinastía, de monarquía; por esto ha peleado al lado del ministro á quien por otra parte combate, conducta que si es dirigida por tan nobles fines y nó por el deseo de bienquistarse con el rey, honra á buen seguro su persona, y ensalza y purifica su independencia.

Los riesgos que trae la natural flaqueza de una muger, los peligros que ocasiona el corazon de un jóven príncipe rodeado de gloria y devorado como natural es, por la ambicion, el inconveniente nacido en la madre de la religion diferente, inconveniente que se ha presentado por Lamartine como una ventaja, suponiendo que el protestantismo de la princesa en el seno de un pueblo católico seria la imagen y el símbolo de la tolerancia, argumento que á nuestro humilde entender lejos de probar las convicciones del orador, solo nos ha revelado lo que sabíamos ya, á saber, cuán sofisticado es el espíritu de partido y con cuánta facilidad se le sacrifican hasta la evidencia

ART. 4.º El artículo 12 de la Carta y todas las disposiciones que protegen la persona y derechos constitucionales del rey, son aplicables al regente.

ART. 5.º El regente prestará delante de las cámaras el juramento de ser fiel al rey de los franceses, de obedecer la Carta constitucional y las leyes del reino, obrando en todo sin otras miras que el interes, el bienestar, y la gloria del pueblo frances.

Sino estuvieran reunidas las cámaras las convocará el regente en el término de tres meses.

ART. 6.º La guarda y tutela del rey menor corresponde á la reina ó princesa su madre, mientras no contrajere segundas nupcias, y en su defecto á la reina ó princesa su abuela paterna, cuando igualmente no hubiera contraido segundas nupcias.

de los hechos y los sentimientos del alma; la aptitud, primera circunstancia que debe buscarse en el regente, como que él ha de suplir lo que al rey niño falta, aptitud que mas difícilmente se halla con una ley general que con un nombramiento particular, en que detenidamente se examinan las prendas y calidades del elegido; la índole de la regencia que como á semejanza del trono y suplemento de él, menester es que se le parezca en cuanto posible sea, hereditaria como es el mismo trono, independiente como él de los manejos de los partidos y de los votos de las cámaras; estas y otras razones así en pro del príncipe como en favor de la princesa han sido presentadas con talento y elocuencia por los adalides y gefes que en el parlamento y en la Francia se disputan el ascendiente y el poder.

Mas preciso es confesarlo; todas esas razones salen de un mismo punto y se dirigen al propio término: la aplicacion era distinta, idéntico su principio. ¿Sabeis qué querian en ese debate el ministerio y los que á su alrededor se agrupaban? robustecer el poder, afianzar el principio monárquico. ¿Sabeis lo que queria la oposicion? Enflaquecer la autoridad regia, debilitar el principio de la monarquía, hacer la regencia y por lo tanto el trono, al que la regencia simboliza y representa, esclavo de la política, subyugado por los partidos, domeñado por su voluntad y sus pasiones. Por esto preferia la oposicion el principio movable de eleccion al principio fijo hereditario, por esto preferia el sexo débil al sexo fuerte, por esto preferia á una muger extraña y protestante á un príncipe católico y francés. No lo dudeis, en todas las cuestiones que en Francia se presentan preciso es mirar los debates por semejaute prisma, al traves de esa vaporosa y densa niebla que allí como en otras partes los bandos levantan. Quereis *monarquizar* la regencia? esclamaba Odilon Barrot. Quereis *democratizar* la regencia? podia M. Guizot replicarle.

Hé aqui el núcleo de la dificultad, hé aqui el secreto de la política, hé aqui la clave para descifrar la conducta parlamen-

taria de no pocos diputados y oradores. Los legitimistas desean el trono débil, porque cuanto mas débil sea mas fácil les será echarlo por tierra y volver atras. Los que no se contentan con la monarquía de Julio desean tambien el trono débil, porque cuanto mas débil sea mas fácil les será echarlo por tierra y pasar adelante: no por otro motivo se ve á Odilon Barrot y á Berrier pelear en uvas mismas filas y dirigirse al mismo fin. A pesar sin embargo de tal empeño la ley ha sido votada sin enmienda por 310 votos contra 94.

No nos es dado dejar en esa revista la Francia sin hablar de la circular espedita por Luis Felipe, para que en las exequias del difunto príncipe no se hiciese elogio fúnebre. Sagaz y previsor anduvo á nuestro enteuder con semejante disposicion el monarca frances; conoceria que en esos discursos funerarios pronunciados en todos los puntos del reino, se cruzaria por necesidad la política, cosa que revolviendo el mal apagado fuego tanto de los deseos de la restauracion, como de la revolucion que de vez en cuando arroja su humo y sus llamadas, podria exasperar los ánimos; ahora cuando por lo crítico de la situacion y por los azares de la época, conviene y sobremanera urge mantenerlos tranquilos y sosegados en lo posible. El nombre del Duque de Orleans traeria naturalmente en la Vandée y en otros departamentos en la memoria el de Enrique V.; y el fallecimiento del príncipe, el recuerdo de sus virtudes, y la pérdida de las esperanzas que su juventud y talento hizo concebir, despertaria acaso á los que hostilizan á la monarquía las ventajas é ilusiones de un régimen republicano y popular. Por otra parte temible hubiera sido que en algunos lugares el púlpito no se hubiese convertido en una tribuna, no siendo la religion y los consuelos de la inmortalidad el alma de tales discursos, sino la política y los bandos, y bajando acaso mas antes el orador la vista á la tierra que levantándola al cielo.

Dejemos la Francia. Mas antes de fijar nuestras miradas sobre

España, demos siquiera una bácia las provincias de Ultramar, hácia aquellas sobre todo que sufren la cruenta espada de un soldado feroz. Tan refinada é insigue es en efecto la barbarie de que son víctimas los habitantes de Buenos-Aires que el alma no alcanza á creer y la pluma se resiste á escribir los horribles é inauditos excesos en abundancia cometidos, por aquel especialmente que tiene obligacion de amparar y defender, siendo su mejor descripcion el sencillo relato que hacen los periódicos. Oigamos á uno de ellos cómo se explica :

« Bajo las mas dolorosas impresiones, dice el *Nacional*, trazamos las siguientes líneas. La tiranía del degollador Rosas excede á lo mas horrible que nos cuentan las historias de los monstruos que han atormentado la humanidad.

« Despues del asesinato de la Sra. Fagiani, esposa del coronel Daniel, han muerto los Racines á dos señoras mas y la maz-horca tiene una lista de proscriptas.

« Rosas ha prohibido que se dé á ninguna señora pasaporte para fuera de Buenos-Aires, sin que dos Racines de crédito respondan de que las peticionarias son adictas á su tiranía.

« En la última semana no han bajado de ocho los asesinados por dia. Los maz-horqueros arrastraban un carro atestado de cadáveres decapitados y gritaban : ¿quién compra carne con cuero? ¿quién compra duraznos? — Aludiendo á las cabezas cortadas que llevaban en el carro. Encontraron un ciego y le llevaron diciéndole que querian regalarle unos duraznos, y prorumpieron en las mas estrepitosas risotadas cuando el ciego retrocedió espantado, al tocar en vez de duraznos cabezas humanas.

« Dos maz-horqueros vendian carne en el mercado público teniendo colgada de un hilo una cabeza humana, y otra en un plato; las narices de ambas estaban horadadas, y tenian moños de cinta celeste.

« En la esquina de Crisol colgaron una cabeza humana.

« El señor Irauznago (hijo) ha sido asesinado.

El comerciante don Serafín Taboada al salir del teatro fue derribado de un pistoletazo, y como respiraba caído, los máz-horqueros lo degollaron en el acto.

« Don Juan Martínez Eguilas, comerciante español, fue sacado de su casa y degollado en la calle. — Cinco cadáveres descabezados han sido arrastrados por las calles á la cola de caballos. Se hallaban todos en una sala cuadrada, entre ellos el cadáver de Martínez Eguilas, antes de que fuera quemado.

« Su cabeza fue colgada en un parage público, y su cuerpo quemado con barricas de alquitran en la esquina de Cabrera, una cuadra distante de la casa que habita María Josefa, cuñada y favorita de Rosas.

« Estas víctimas de las que algunas son conocidas ventajosamente por el comercio de esta capital, eran completamente ajenas á la política é incapaces de dañar á nadie. — Su único delito ha sido tener bienes de fortuna.

« Se asegura que los ministros residentes en Buenos-Aires se han dirigido al degollador Rosas, suplicándole que haga suspender tan horrorosas matanzas. — La única contestacion que han obtenido es que no está en su mano contener la irritacion popular : asi llama ese monstruo á sus órdenes bárbaras de degüello y saqueo.”

Los hechos que acabamos de transcribir son una demostracion palmaria de lo que es una sociedad que no acierta á encontrar una institucion bastante poderosa para servirla de sosten y de arrimo. Las provincias de ultramar carecen de la fuerza que la monarquía les comunicaba, cuando dejando de ser colonias se erigieron en naciones independientes. Tampoco han conseguido cimentar la república, solo tienen la fiebre de los partidos, los horrores de la guerra y el despotismo militar, que sobreponiéndose á todo, ejerce sin tropiezos y á mansalva sus venganzas y tropelías. Oh! los que quieren importar aquí el régimen republicano, los que sueñan en tales formas de gobierno, si posible es que haya imaginaciones que sueñen,

despues que tan fuertes sacudimientos han venido á despertarlas, que fijen la vista en las repúblicas allende los mares, que contemplan esa América del sud, esas luchas eternas, esos enconos siempre mas vivos, esa inacabable pugna entre centralistas y federalistas, esos raudales de sangre que manchando uno de los mas bellos paises del orbe, incapaces son de nutrir la libertad y preparar su reinado, y solo sirven para engendrar, para fecundizar, para robustecer el mas negro y feroz despotismo.

Al oír el relato de tan tristes desmanes, uno no puede menos de preguntarse: ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo es que se cometan semejantes excesos, tales y tan grandes atropellamientos, en un pais sobre todo en que penetraron las luces de la Europa y que fuera el mas civilizado de todas las regiones en que se divide la América del mediodía? La respuesta no es difícil.

Consiste el primer motivo en esa carencia absoluta de una institucion política hondamente afianzada en la sociedad. La república allí se improvisó, y lejos de haber logrado firmeza y arraigo, como en la América del norte, solo fue un andamio por el que se encaramó uno que otro soldado audaz y feliz para avasallar desde su altura la nacion, y cimentar su dominacion despótica.

A esta causa añade otra; tal es la falta de clases respetables, de esas clases que, aunque algunas veces hayan abusado de su influencia y ascendiente, otras le han empleado á favor del procomunal, sirviendo de poderoso obstáculo, así contra la tiranía que sube de abajo, esto es, la del pueblo, como contra la que baja de arriba, esto es, la de los reyes. En Buenos-Aires no hay clero ni nobleza, los sacerdotes deben leer desde el púlpito los decretos, escritos, periódicos y proclamas que el gobierno les envía: de lo que se ve, que el poco clero que existe está sujeto al poder civil y esclavo en cierto modo de él. Faltando la influencia moral y la gerarquía de las

clases es mas fácil la anarquía y el despotismo mas accesible.

Otra razon puede designarse á mas de estas, y á mas del odio que entre sí las razas se profesan, y de la poca trabazon que las une entre sí: es la escasez de la poblacion atendido lo extenso del pais, y el aislamiento de los pueblos sobre un inmenso territorio. Cuanto mas aislada la poblacion está, cuanto mayores sean las distancias que separan á unos lugares de otros, posible es y mas fácil el reinado del despotismo y de la tiranía. Hé aqui por qué el poder del autócrata ruso pesa sobre ilimitadas regiones como un destino de bronce; hé aqui por qué la dureza del feudalismo fue un dia posible á la Europa; hé aqui por qué hoy no puede volver su cruel omnipotencia, aun cuando condenada estuviese la inteligencia á sepultarse otra vez en las sombras de la edad media. En efecto; ¿qué es, como se ve en la república argentina, una poblacion de dos millones de individuos sobre una superficie de mas de 118000 leguas cuadradas?

Los negocios de España van siguiendo el mismo rumbo, ó por mejor decir, no se mueven, porque en nombre del progreso estamos eucadenados por una fatalidad mágica, y cuando se nos dice que andamos, á lo mas damos vueltas al rededor de un mismo punto.

Cayó el ministerio de Mayo y cerráronse las Córtes tras los fieros que la coalicion habia echado, y despues de aquellos solemnes debates y aquella descomunal batalla que precedió á la caída del gabinete anterior verificada entre estrépito y silbidos. Todo ha entrado desde entonces en su acostumbrada senda, en esa tortuosa y misteriosa senda que no sabemos por dónde pasa ni adónde nos conducirá; divididos los poderes del estado, aislados y sin confianza los unos de los otros, agitándose los ánimos en un completo desórden y en la mas profunda anarquía.

Al hablar de las Córtes actuales, de ese cuerpo sin sistema, falto de eulace, y en el que solo se ven campcar enanos po-

líticos y pequeñas individualidades, tan altiva cada una de su independencia personal como incapaz de dirigir ni permitir que se la dirija, rechazando así la influencia de la superioridad y del talento, influencia que existe en las mas distinguidas asambleas del mundo, y que produce la unidad, crea el orden y engendra la fuerza; al hablar en la última revista que sobre la política escribimos, de esas Cortes y de sus relaciones con el gobierno, después de la ruda pelea empeñada á la sazón entre el parlamento y el gabinete, con motivo de la contestación al discurso de la corona, en que salieron á relucir todas las pasiones del primero y toda la debilidad del segundo; pusimos las siguientes líneas: « Desde que se cerró el debate las discusiones han andado flojas, por decirlo así, desmayadas. Ni las Cortes tienen confianza en el ministerio, ni el ministerio la tiene en las Cortes; lo que hace que aunque no haya una ruptura abierta, se note cierta frialdad propia de los que se miran con esquivéz y desvío. Y así es regular que sigan las cosas, hasta que se presente algun hecho grave ó alguna cuestion personal que encienda de nuevo los debates, y sea causa de otra reñida y encarnizada pelea. »

Esto escribimos en el último abril, y la experiencia ha confirmado plenamente nuestros vaticinios. Flojas y desmayadas tambien iban andando desde aquella época las sesiones, caminando sin aliento ni vida hácia el fin de la legislatura; cuando hé aqui que se presenta un hecho *personal* y que no dejaba de tener su gravedad: la firma del Regente puesta en un contrato. Levantóse entonces por tal motivo otra negra y espesa polvareda: encarnizóse de nuevo la pelea que hasta aquel momento tenia treguas y como que diese avisos de cesar. Alzáronse soberbias y altivas las Cortes calladas y al parecer dormidas; y el ministro de hacienda hubo de ser desapiadadamente sacrificado, sin que le valiesen ni las sentidas protestas, ni el tono humilde y compungido ademan con que pedia al parlamento la absolucion y la venia del pecado constitucional

que acababa de cometer. Dióse desde aquel instante comienzo al desmoronamiento ministerial, y la caída del Sr. Surrá preludio y señal fue de otra mas solemne y estrepitosa que aguardaba en breve á sus compañeros aferrados mas que nunca en sus bancos. Hubo algunos momentos de respiro y descanso, la oposicion durmióse otra vez, y se alentó el ministerio y concibió entonces la esperanza que le seria dado continuar en el puesto que tanto dolor le costaba el dejar. Esperanza inútil! El gabinete mas antes era tolerado que defendido, y un dia vino en que no se le quiso ni defender ni tolerar. Formóse entonces la coalicion terrible en la que entraron partidarios de todos los partidos y hombres armados de todo linaje de armas. Dióse la señal del combate, y despues de las mas recias embestidas y de la mas desesperada defensa, el gabinete hubo de sucumbir, cediendo su lugar á otro que ni era salido ni de la minoría ni de la mayoría, creado fuera de toda práctica constitucional, y que ni por su nombradía ni por sus antecedentes representaba ningun principio político. La coalicion sufrió eso que era un desaire y una amarga burla de sus rudas amenazas y de sus orgullosas pretensiones. Bajó otra vez la cabeza, cruzó los brazos, y abriéndosele las puertas del parlamento para cerrarlas de golpe, tuvo que retirarse. Tal es en resúmen la historia de la legislatura pasada.

Mas ¿cómo es que el ministerio Gonzalez, ese ministerio tan flexible, tan elástico, tan transigente con todas las situaciones, tan condescendiente con los hombres de su grey, tan sumiso con todos los partidos, que ni á amenazar se atrevia, y que solo hablaba para halagar á las Córtes y entonar de vez en cuando con voz solemne y afectada las palabras de *Constitucion é independencian nacional* ¿cómo es que ese ministerio se precipitó á los golpes que sin piedad ni lástima le descargaron, no solo sus antiguos contrarios sino tambien no pocos de sus propios amigos? Cayó este ministerio por su misma flaqueza,

por su misma debilidad vergonzosa, por ese conjunto de causas que dejamos aquí consignadas.

Para sostenerse y afianzarse en el poder, no basta ser gobierno; preciso es gobernar, y para ello necesarias son las convicciones en el ánimo, la elevacion en las miras, firmeza en la conducta, combinacion en los planes, superioridad en el talento, dignidad y nobleza en las maneras. De tales prendas carecía el ministerio Gonzalez: ¿qué extraño que viniese al suelo por el fuerte sacudimiento que el parlamento le dió, causado de su misma debilidad é ignominiosa condescendencia?

Al efecto de juzgar un gabinete con recta imparcialidad y completa justicia no basta mirarlo en una situacion dada; preciso es examinarlo sobre todo frente á frente al pais y frente á frente al parlamento.

Con respecto al pais, el gabinete Rodil es un sucesor verdadero del ministerio Gonzalez, si bien que ha dado aquel una que otra disposicion en lo que no muestra tanta dependencia ni tanta flojedad de carácter como su antecesor habia mostrado.

Relativamente á las Córtes no nos es posible por ahora juzgar á esos seis hombres que estan al frente de la nacion: el ministerio naciente asistió al parlamento agonizante; débiles y flacas eran á la sazón ambas potestades, y así es que no hubo contiendas ni choques; las dos parece que rehuyeron el combate. Verémos cómo se portarán en la próxima legislatura.

Vamos á dar fin á la presente *revista*; antes empero de verificarlo, no podemos menos de deplorar los escándalos que de algun tiempo á esta parte ofrece la regia morada, y los insultos y denuestos que con lujo se prodigan los que ejercen en ella los mas importantes cargos.

La Marquesa de Bélgida, persona cuya decision y principios pertenecian al bando dominante, y que fue colocada en un alto destino por el Sr. Argüelles con quien le unian antiguos vínculos y relaciones estrechas, ha hecho renuncia de camarera

mayor; y tantos son y de tal naturaleza los motivos en que dicha renuncia está fundada, que á uno se le oprime el corazón de dolor, al ver el modo con que la democracia acecha y villanamente trata el solio español.

Por lo demas, las tendencias y las miras de los que velan por las regias pupilas y no se mueven de su lado, es comunicarlas una educacion filosófica y popular en lo posible. No advierten ellos que exagerando un principio se le compromete, y que el medio mejor para hacer un rey déspota es darle una educacion democrática, cosa que si es peligrosa en los varones mas arriesgado todavía es en las mugeres; como que las que han nacido en una alta cuna nunca se avienen con la familiaridad y llaneza, y cualquier falta perdonan antes que aquellas que abajan y amenguan su consideracion y decoro. Infundiendo al rey niño los sentimientos de la religion y moral, presentándole insignes ejemplos de grandes varones y de heroicas mugeres, y no apocando su ánimo, y no acechando sus actos y no espiando su conducta, y no haciéndole sufrir humillaciones y desaires, y no ofreciéndole el ejemplo de una democracia desmandada y sin cultura, es como se hace un monarca clemente y amante del pueblo, guardador de la ley de Dios y de la ley del hombre.

No pocas son las declamaciones que se han dirigido contra la educacion monacal y levítica, siendo uno de los principales argumentos el celibato de los maestros; suponiéndose que no naciendo de semejante estado los hermosos sentimientos que la ternieza de cónyuges produce y el amor filial engendra, imposible es que la educacion no se resienta de cierta dureza é inflexibilidad, que nociva ha de ser al adepto cuyos bellos instintos y generosos sentimientos preciso es ante todo desenvolver y fomentar. Esto se dijo cuando se queria derribar el poder teocrático.

Pues observad lo que pasa actualmente en el palacio de nuestros reyes; todas las personas que rodean á las augustas

pupilas viven en el celibato, y nó en un celibato religioso, sino en un celibato filosófico, que es de suyo el mas duro y egoista. Ni el tutor, ni el intendente, ni el ayo han conocido el amor de esposos, y por una coincidencia particular, como que todo viniese en confirmacion de nuestro aserto, hasta la marquesa de Miua que nunca abandona á la Reina y á su hermana, jamas ha llegado á saber lo que es la terneza de madre; resultando de ahí, que la educacion que es una mezcla de enseñanza y de sentimiento, y que en las mugeres se comunica mas por el sentimiento que por la enseñanza, está encargada á personas que cualquiera que sea su conducta, que en esta no entramos, deben de tener seco y endurecido el corazon por la triple causa, de su estado, de sus contratiempos y de su vejez.

Tal es la situacion en que hoy dejamos los hombres y los negocios; otro dia verémos cómo los encontramos.

José Ferrer y Subirana.

DE LA INGLATERRA.

Siguiendo la línea de conducta observada hasta aquí de decir de vez en cuando cuatro palabras sobre lo que mas llame mi atención, con tal que esté en analogía con el objeto de nuestra *Revista*, voy á hacer algunas indicaciones fruto de mi corto viage á Inglaterra. Poco diré sobre la viva impresion que causa la vista del asombroso desarrollo material de aquel pueblo. Parece en efecto que le ha sido dado un especial dominio sobre los elementos, y que posee en el mas alto grado el secreto de aplicar la materia á todos los usos de la vida. La vista del Támesis cubierto de infinitas velas y sulcado sin cesar por un sinúmero de barcos de vapor, ofrece á la vista un cuadro el mas grandioso que imaginarse pueda; así como los *Docks* de Santa Catarina, los de Lóndres, y los de la India junto con el colosal trabajo del *Tunnel* atestiguan al viajero el extraordinario poderío de la Reina de los mares. Al atravesar el *Tunnel*, al adelantarse por aquel inmenso corredor iluminado de gas, teniendo á la derecha el otro corredor todavía incompleto, obscuro, donde resuenan sin cesar las goteras del agua que se filtra en abundancia, al escuchar el ruido de las máquinas que colocadas á la entrada de la honda escalera por donde uno ha descendido, extraen de continuo el agua que se ha filtrado, al observar la construccion irregular de los arcos cuya posicion misma parece presentar de bulto el esfuerzo con que han de resistir los empujes de la caudalosa corriente, al notar la humedad del suelo, de las paredes y del techo del corredor iluminado, al aspecto de aquella luz vacilante y débil en un lugar condenado al parecer á perpetuas tinieblas, siéntese en el ánimo una impresion tan profunda que difícilmente po-

dria excitarse con ningun monumento levantado á la claridad del día; siéntese entonces con viveza lo que puede el genio del hombre ayudado del arte y de la constancia.

A la primera ojeada que se echa sobre Lóndres, sobre todo viniendo de Paris, se ve la enorme diferencia que media entre esos dos pueblos: en nada se parecen. Paris, risueño, brillante, embriagado de placeres, ostenta sin reserva su esplendor y sus riquezas, y pone todo su conato en hablar á los ojos, en hechizar la fantasia: Lóndres, sombrío y melancólico como que respira algo del genio de Young y de Byron; diríase que aquel pueblo orgulloso con la convicción de sus adelantos y el sentimiento de sus fuerzas, se desdén de apelar demasiado á los medios de puro aparato. A esta diferencia, creo que á mas del genio y de la posición de ambos pueblos, contribuirá no poco el espíritu democrático del uno y el aristocrático del otro: siendo digno de recordarse á este propósito, que un periódico ingles denostando no ha mucho al pueblo de Paris le llamaba *pueblo de tenderos*.

No se crea sin embargo que los ingleses descuiden la hermosura de los edificios, ni la limpieza y buena policía en las calles; muy al contrario, en esta parte Lóndres es superior á Paris; y por cierto que ha bien cambiado bajo este aspecto la capital de Inglaterra desde el primer tercio del siglo pasado cuando Montesquieu decia: « Nada hay mas repugnante que „ las calles de Lóndres; son muy sucias, mal empedradas, de „ suerte que es casi imposible ir por ellas en coche” pues que ahora los que andan á pie hallan una acera muy buena y espaciosa y los coches tienen en casi todas una carretera muy ancha y bien empedrada. Las casas de Lóndres son bajas y de una forma muy regular y uniforme, de suerte que son bellas á los ojos de quien se contente de la regularidad. Pero esta uniformidad, esta misma regularidad, acompañadas ademas de ese color obscuro de todas las paredes, no son muy del gusto de los hombres del mediodía, acostumbrados á la vista de casas elevadas, con sus fachadas enlucidas, ó al menos de un color de piedra claro, que refleja muy bien la luz. Lo interior de las casas es generalmente muy reducido, siendo esto un resultado necesario del rigor del clima. Pero sin embargo de que los aposentos son pocos y pequeños, estan distribuidos y arreglados de manera que se encuentran en ellos todas las como-

didades; y bien se conoce que los ingleses saben lo que se llama sacar partido de la vida. Por lo demas esto les es en cierto modo necesario viviendo como viven mucho en casa; una familia puesta en aislamiento, natural es que se ocupe en imaginar los medios de disminuir el fastidio y procurarse bienestar. Este aislamiento en que vive el ingles se representa en el mismo exterior de los edificios; son infinitas las casas resguardadas por verjas de hierro; y donde no hay tiendas las puertas estan siempre cerradas. De manera que para nosotros acostumbrados á otro clima y á otras costumbres no deja de ser curioso el ver aquellas calles inmensas, rectas, y cuya extremidad apenas se divisa, guarnecidas de una hilera de vallados de hierro, y con las puertas cerradas, como si fuera media noche. La pasion por los jardines es extremada; vense calles enteras, con uno en cada casa; y nó por la parte de detras de los edificios sino por la de delante; de manera que si el cielo fuese un poco mas hermoso, fuera muy agradable el pasearse por entre aquellas hileras de jardines. Muchas plazas no son otra cosa que un gran jardin, como se supone rodeado tambien de hierro; porque en aquel pais cuya libertad é igualdad tanto se nos ha ponderado, tropieza uno por todas partes con el simbolo de la esclavitud, y de la desigualdad. Al ver el sumo gusto de los ingleses por los jardines, y el esmero con que los cultivan, no parece sino que se empeñan en mimar la naturaleza que se les muestra ceñuda y rigurosa; los habitantes del mediodía no ponemos en esto tanto cuidado, porque la naturaleza nos da por sí misma las flores y los frutos.

Dejando la parte material, paso á la religiosa, que fue la que principalmente llamó mi atencion. Todas las noticias estan contestes en que el Catolicismo progresa en Inglaterra de un modo extraordinario; cada cual señala las causas de este segun la diferencia de opiniones y de creencias; pero en cuanto al hecho todos convienen. De suerte que lo que hemos leído en los periódicos sobre este particular no debe tenerse por exageraciones hijas del espíritu de partido; es la realidad de los hechos, que arranca á los católicos movimientos de alegría y de aplauso, así como inspira á los protestantes un despecho que les hace levantar el grito de alarma.

En la actualidad lo que hay mas débil en Inglaterra por lo tocante á religion, es la Iglesia Anglicana, ó Iglesia establecida.

Verdad es que dispone de inmensas riquezas, que está ligada con la aristocracia que forma una de las partes del edificio político, y que por consiguiente tiene en su favor todo lo que de sí pueden las instituciones existentes; pero en cambio, ha perdido la fuerza moral, el ascendiente sobre el ánimo del pueblo, y sin ganar un paso de terreno en ningún sentido, lo va perdiendo cada día; atacada de un lado por el catolicismo, y de otra por el Metodismo, Cuakerismo, y otras cien sectas que pululan en aquel país. El carácter dominante de estas últimas es una especie de radicalismo religioso: no hacen más que sacar las consecuencias del principio asentado por la misma Iglesia Anglicana. Toda vez que esta se creyó con derecho de apartarse de Roma, ellos se han creído con derecho igual para separarse de Cantorbery, y con la Biblia en la mano se considera facultado el último de sus individuos para decidir el dogma religioso tan bien como puedan hacerlo los obispos de la Iglesia Anglicana.

Pero no se crea que el mal de esta tenga todo su origen en los ataques que le dan sus adversarios; ella lo lleva en su propio seno, está herida de muerte, porque carece de fe.

En medio de las muchas sectas que hormiguean, por decirlo así, en aquel país; no puede negarse que hay todavía el *sentimiento religioso*; el pueblo siente la necesidad de una religion, y no sabe encontrarla en una Iglesia, que ni tiene fe en sus propias doctrinas, ni es bastante á producir nada que la muestre dotada de un elemento de vida. Por esta causa, ó se inclina al Catolicismo, ó devora sediento la Biblia para encontrar allí lo que su corazón necesita. De esto resulta la abundancia de disidentes.

Para formarse idea de la fuerza de estos sentimientos religiosos, que extraviados en diferentes sentidos, indican sin embargo al observador un gérmen que algún día la Providencia quizás desenvolverá, basta recordar la singular escena que se está presenciando los domingos. Sabido es cuán rigurosamente se guarda en Inglaterra la observancia de la fiesta; cosa que deja sorprendido á quien ha visto la licencia que sobre este punto hay en Paris, y desgraciadamente en otras partes que no son Paris. Pero no es esto lo que en la actualidad me propongo describir; sino una particularidad muy notable que yo ví con mis ojos. En los lugares mas concurridos se presen-

tán al público algunos individuos, que empiezan á conferenciar sobre materias de religion, ó á predicar sobre algun punto de la Biblia; va agrupándose la gente, y hé aqui que se forma á veces un auditorio considerable. En los dias de mi permanencia en Lóndres, en solo el parque del Regente, se contaban un domingo diez predicadores que colocados debajo los árboles, iban llamando con su declamacion la atencion de la multitud. Otro domingo ví también varios de estos en el mismo lugar; entre ellos una muger que por su trage me pareció cuáquera, que estaba conferenciando muy pausadamente con varios hombres y mugeres, que le iban dirigiendo preguntas ó proponiendo dificultades. El mismo dia ví un predicador segun creo metodista, que me llamó bastante la atencion. Se había colocado debajo un árbol muy copudo, y vuelto de cara al sol que estaba por ponerse. Su figura era grave, su voz fuerte y clara, su ademan bastante natural y expresivo, y con la Biblia en la mano iba exponiendo varios puntos religiosos. Parecióme que no carecia de disposiciones para ser un buen orador, á lo que puede juzgarse por la primera ojeada.

Al presenciar semejantes extravagancias, reflexionaba yo que debe de ser bastante vivo el sentimiento religioso en un pueblo donde se presencian estas escenas, sin que los oyentes interrumpian el orador á silbidos y risotadas. Esto me hacia sentir mas vivamente el desbarro del Protestantismo en poner la Biblia en manos de todos, concediendo el derecho de interpretarla, conforme el capricho de cada uno. Había visto al predicador de la Iglesia Anglicana en el púlpito de su templo, conservando todavía algun remedo de la predicacion católica: y al ver entonces al predicador disidente, en un paseo público, con su frac, sin nada que lo distinguiese de sus oyentes, no veia mas que una cõsecuencia inevitable del principio sentado por los protestantes que condenan al disidente. Pero al par de esta reflexion, ocurre tambien otra, cual es, que aquel pueblo si bien ha perdido la fe, conserva todavía el sentimiento religioso: sentimiento vago, estéril, impotente, mientras no esté animado por el verdadero principio de vida; pero que no dejará de ofrecer una disposicion favorable á la accion del catolicismo en el inmenso porvenir, que segun parece, se ha propuesto abrirle la Providencia, en medio de una nacion que tres siglos ha, está sentada en las tinieblas y en las sombras de la muerte.

Son muchas las capillas que tienen ya los católicos; pero como todo lo han de hacer con sus propios recursos, ya se deja entender que sus pequeños templos distan mucho todavía de poder compararse á los muchos y soberbios de la Iglesia Anglicana. Sin embargo la magnificencia y esplendor del culto católico, son de suyo tan grandes que aun allí mismo se hacen notables, cuando se los compara con la sequedad y frialdad del culto protestante. Allí es donde se siente vivamente la hermosura del dogma católico sobre el culto de las imágenes; los ojos buscan en vano en los templos protestantes objeto donde fijarse para encontrar alguna de esas expresiones sublimes del arte con que en los nuestros se nos presentan los pasos de nuestra religion, ó se nos hacen sensibles las mas altas verdades. ¿Qué motivo razonable puede señalarse á la obra impía de arrojar de los templos esas imágenes, esos cuadros, donde se desplegaba el genio del artista, y donde se consolaba el corazón del cristiano? Digna obra de la malhadada reforma, el arrebatarse á la fantasía sus encantos y al corazón sus consuelos, despues de haber oscurecido el entendimiento con las tinieblas del error.

Los protestantes nos han calumniado de idólatras por el culto que tributamos á las imágenes y á los santos; cuando hasta los niños católicos saben que el culto se dirige principalmente á Dios, que cuando honramos á los santos, intentamos principalmente honrar á Dios en ellos; y que cuando imploramos el socorro de estos, es considerándolos como meros intercesores, sin que ni remotamente pensemos en atribuirles nada de lo que es propio de la divinidad. Por lo que toca al culto de las sagradas imágenes tampoco han podido concebir una cosa tan sencilla, que si bien se mira no es mas que una aplicacion en el orden religioso de lo mismo que se ha practicado en todos los pueblos de la tierra. ¿Cuál es el pueblo que no ha levantado estatuas y monumentos á los hombres mas ilustres? ¿quién no procura tener retratos y otros recuerdos de las personas á quienes ama ó venera? ¿Por qué pues no podrán los cristianos tener retratos y estatuas de los héroes de la Religion, por qué no podrá conservar con acatamiento sus reliquias, por qué no podrán venerar esas imágenes, esas estatuas, esas reliquias, adorando en ellas los prodigios de la gracia, y tributándoles un culto cuyo final objeto es el mismo Dios, autor de todo bien, y

á quien es debida la gloria que han alcanzado sus santos? Es tanto mas chocante esa afectada severidad del culto protestante cuando se ven en sus iglesias una nueva clase de santos. El templo de San Pablo por ejemplo asi como la abadía de Westminster estan llenos de monumentos erigidos á los hombres mas ilustres de la Gran Bretaña. Generales, políticos, escritores, artistas, en una palabra, todo lo que se ha levantado sobre la esfera comun encuentra allí su apoteosis. ¿Y es posible que no puedan tener cabida en el mismo templo monumentos erigidos á la gloria de Dios y en honor de aquellos, que por sus altas virtudes se distinguieron aqui en la tierra, y cuyo premio estan gozando ahora en el cielo? ¿Cómo no han advertido que siguiendo esta conducta niegan á los héroes de la Religion lo que conceden á Shakespeare, á Newton, á Nelson, y á Pitt?

Tan pronto como el Catolicismo haya podido desplegar su culto con algunos mas recursos de los que ha tenido hasta aqui, será vivísimo el contraste que este ofrecerá comparado con el protestante, y de esto sin duda que la Providencia sabrá sacar abundantes frutos de bendicion. A mas de las varias iglesias que tienen ya en Lóndres los católicos, estan construyendo una que será la principal: como se estaba trabajando en ella, no pude verla por la parte de dentro; sin embargo en lo que presenta por defuera parecióme que empezaba á tener pretensiones de una verdadera Catedral.

Ahora que he pronunciado la palabra Catedral, explicaré lo que lleva naturalmente á la memoria el nombre de *Obispo*; quiero decir dos palabras sobre el escándalo que causaba á Villanueva el ver que en Inglaterra algunos obispos tenian el título de *Vicarios apostólicos*. En su vida literaria publicada en Lóndres se queja amargamente de esta denominacion, manifestando sus temores de que con esto no resultasen cercenados los derechos de los obispos, y extendidas en demasia las facultades del Sumo Pontífice. Pero sino le cegara su rencor contra todo lo que de un modo ú otro concierne á Roma, bien pudiera haber comprendido ese escritor, que cabalmente en esa denominacion se ve la profunda prudencia de la Santa Sede, y que esto no habrá sido estéril para la conservacion de la fe y de la disciplina entre los católicos de aquel pais, asi como para su progreso en adelante. Sabido es cuántos eran los peligros que amenazaban en Inglaterra hasta nuestros dias á los restos de la

fe católica que habian podido conservarse en Inglaterra. Ataques repetidos de parte de los protestantes que dueños de todos los recursos podian intentarlos con muchas ventajas, persecuciones de parte del gobierno, privacion de empleos y honores, imposibilidad de instruirse en su propio pais, á no ser que abjurasen la fe de sus padres, escasez de medios para sufragar á la subsistencia de sus ministros, y necesidades del culto, en una palabra, todo se habia conjurado en Inglaterra para que acabase de desaparecer enteramente esa preciosa semilla que tan pingües frutos habia de producir con el tiempo, y de lo que afortunadamente somos nosotros testigos. En situacion tan apurada y peligrosa, ¿qué es lo que necesitaba la afligida Iglesia de Inglaterra? Claro es que lo que principalmente le convenia era tener desplegado en toda su fuerza el principio vital que solo podia conservarla y defenderla contra los embates de tantos enemigos. Este principio era la *unidad en la fe*, y el mejor medio de conservar esta unidad era mantenerse de un modo muy particular bajo la potestad del Pontífice Romano. La Iglesia católica de Inglaterra era una verdadera mision, no estaba en el orden regular de otras iglesias particulares de Europa; si pues en las misiones nadie extraña que se llamen á veces los obispos vicarios apostólicos ¿por qué estrañarlos con respecto á Inglaterra?

No podia esperarse que se hiciese cargo de semejantes consideraciones el ánimo preócupado de Villanueva; ó mejor diremos no era posible que él se resignase á sufrir una disposicion que tanto chocaba con su espíritu de resistencia á la autoridad del Papa. Y añadiré de paso que esa *Vida literaria* que sin duda publicó Villanueva para asegurar su nombradía literaria me pareció poco á propósito para semejante objeto. El desempeño es menos que mediano; pues el autor no ha hecho mas que un indiscreto hacinamiento de cien cosas diferentes que en último resultado vienen todas á reducirse á dos: invectivas contra Roma, y alabanzas de los talentos, del saber y de las virtudes del autor. Por de pronto ya es cosa algo chocante ver á un escritor que tanta humildad afecta, publicar dos volúmenes en 8.^o mayor para contar y encarecer sus méritos; pero cuando se va leyendo la obra y se encuentra que él tuvo el *piadoso y humildísimo* fin de hacernos saber que desde sus primeros años descolló de un modo sobresaliente en sus estudios, que

entrado en la sociedad trabó y conservó relaciones con los españoles mas distinguidos de la época, que fue profundo teólogo y caonista, erudito muy crítico, anticuario laborioso, poeta distinguido, hasta el punto de que el estro no se le habia apagado ni con los infortunios ni con las canas; cuando uno ve que el autor quiere hacernos saber sus virtudes evangélicas, su mansedumbre, su desprendimiento católico hasta el extremo de contarnos que se llegó á llamarle *Padre de pobres*; se acaba la paciencia, cierra uno buenamente el libro y dice al bendito autor que ya murió, *sit tibi terra levis*.

Pero volvamos al punto principal. Las ceremonias en la Iglesia católica de Inglaterra, son en extremo graves y mesuradas. Se conoce que es una Iglesia que tiene todavía muy reciente la memoria de la persecucion y que camina con circunspeccion y tino con el doble objeto de edificar á los fieles y de no prestar á sus adversarios el menor motivo para calumniarla. Sin embargo hay una costumbre que no se miraria bien en España, y que hasta sería entre nosotros una especie de escándalo; las mugeres cantan hasta en el coro; yo asistí á una funcion donde los cantores eran dos mugeres y un hombre. Pero estas son diferencias de costumbres que disonarian mucho en un pais y que en otro se encuentran muy naturales, y no causan la menor estrañeza. Por cierto que yo prefiero en este punto la costumbre contraria, pero no me atreveré á condenar lo que he visto en Inglaterra.

Por lo tocante á la parte intelectual es tambien mucho el ascendiente que van tomando los católicos; sus publicaciones son numerosas y no es pequeña la brecha que se abre con este medio á la Iglesia Anglicana. Esta se encuentra ademas vivamente combatida por individuos de su mismo seno cuales son los puseistas, de suerte que puede decirse que va levantándose contra ella una discusion tan bien sostenida á que dificilmente podrá resistir. Los puseistas han dado mucho que entender á los protestantes, pues que no habiendo entrado todavía en el seno de la Iglesia, ni aun despues de haber avanzado tantas proposiciones favorables al catolicismo, se ha podido ver que escribian bajo la esclusiva influencia de la verdad de los hechos sin que pueda sospecharse que los católicos han tenido en ello la menor parte. Ya se tiene generalmente noticia de lo mucho que pueden servir á la causa de la verdad las confesio-

nes hechas por los profesores de Oxford; pero seria muy conveniente que se escogiesen y entresacasen los pasages mas á propósito y que se publicasen por separado. Esto al propio tiempo que daría una idea mas completa del puseismo, serviría tambien á dar á conocer las diferencias que de nosotros los distinguen, y á señalar las causas que retardan una conversion que segun las apariencias parece que al fin habrá de llegar. Acabo de ver indicada la idea de esta publicacion en un periódico católico que se publica en Lóndres titulado *The True Tablet* en su número del 3o de julio próximo pasado, donde se refiere que en la última sesion del *Instituto Católico* el R. Mr. O'Neal hizo una mocion para dicho objeto, en atencion dijo á que en los escritos publicados por los profesores de Oxford se hallan muy poderosos y convincentes argumentos en favor de las mas importantes doctrinas de la Iglesia católica.

Otra causa contribuirá tambien al progreso del catolicismo en Inglaterra; á saber las comunidades religiosas asi de hombres como de mugeres. No he tenido tiempo para visitar un convento de benedictinos que está á 6o millas de Lóndres, y que segun me han informado, se halla en un estado muy brillante. Tienen una casa de educacion muy bien montada; y ademas se han ocupado mucho de perfeccionar la agricultura, de modo que en sus posesiones la han llevado al mas alto punto. Los Jesuitas existen tambien en Inglaterra y á lo que parece no es escasa su influencia. Los conventos de mugeres son tambien bastante numerosos; en general se proponen algun objeto de beneficencia. En Hammersmith, pueblecito que está á las inmediaciones de Lóndres hay un convento que se ocupa en recoger mugeres arrepentidas; extiende su caridad á las católicas y á las protestantes, y de varias entre esas ha conseguido que se convirtiesen á la Religion Católica. En solo el pueblecito que acabo de nombrar se cuentan cuatro mil católicos.

El antiguo rencor contra el catolicismo ha disminuido en gran manera entre los protestantes. Las malditas calumnias de que habian sido objeto los católicos se han ido disipando con el tiempo; y el nombre de papista no es mirado con el horror que años antes. Esta mejora del espíritu público data ya de algunos años; sirva de prueba el hecho siguiente. En la base de la magnífica columna levantada en memoria del horroroso incendio que en 1666 destruyó una parte de Lóndres, habia una

inscripcion en la que se atribuia este incendio á los católicos. Ya se deja entender cuánto debia de contribuir un recuerdo semejante para inspirar á los habitantes de Lóndres un odio profundo contra los que se suponian culpables de tan horrible atentado. Conocianlo así los interesados en sostener ese odio por medio de la calumnia, y así es que habiendo sido borrada dicha inscripcion por Jacobo II, fue luego restablecida por Guillermo III. Pasaban los años y los católicos tenian que sufrir una calumnia tan atroz; pero al fin la verdad ha llegado á triunfar, la odiosa inscripcion no existe ya. La autoridad avergonzada de semejante impostura la hizo borrar en 1830.

No es dado al hombre penetrar en los secretos del porvenir; pero en verdad que si como algunos han creido no estuviera lejos el tiempo en que la Inglaterra ha de volver al seno de la Iglesia católica, este acontecimiento marcaria una de las épocas mas extraordinarias de la historia de la Iglesia, no solo por lo que fuera en sí mismo sino por sus incalculables consecuencias en las mas remotas regiones del globo. El protestantismo en Inglaterra ha dejado muy mal parada la religion en todo lo tocante á dogmas; y á él se debe esa anarquía á que se la ve sujeta en la actualidad en toda la extension de la Gran Bretaña, escepto entre aquellos que se han conservado adictos al catolicismo, ó que abriendo los ojos á la verdad han vuelto á entrar en su seno, abjurando los errores de secta que se les habian comunicado con la educacion. Sin embargo, propiamente hablando, no puede decirse que el pueblo ingles haya estado sujeto directa é inmediatamente á la accion de la incredulidad. La Inglaterra no ha tenido el siglo de Voltaire; y así es que su situacion religiosa es mas bien una anarquía de creencias, resultado natural de la muchedumbre de sus sectas, que nó una absoluta falta de ideas religiosas. Así es que como he indicado mas arriba se observa que el sentimiento religioso es todavia bastante vivo; y tal hombre se encontrará que no sabrá á qué atenerse en punto á creencia, y que sin embargo no está en aquella disposicion de ánimo que llamamos impiedad. Y este es uno de los rasgos característicos que distinguen la Inglaterra de la Francia. En Francia, apenas hay medio entre el catolicismo y la incredulidad. Esta disposicion de los ánimos en Inglaterra serviria admirablemente el dia en que se verificase su conversion al catolicismo. Sin ningun nuevo esfuerzo

se hallaría en una posición excelente para una reorganización en su interior, y para apagar la propagación del Evangelio; obra que entonces podría realizarse en una escala inmensa.

Para formarse ideas de esto, no basta considerar el inmenso poderío de la Gran Bretaña, sino que es necesario atender á los elementos que entraña esa sociedad para producir los efectos mas colosales, el día que esos elementos aunados bajo un principio pudiesen obrar con regularidad y concierto. Son innumerables las sociedades que hay en sola la ciudad de Lóndres con objetos de religion ó de beneficencia. A mas de la famosa sociedad Bíblica, y otras que tienen objetos análogos, hay sociedades para la propagación del Evangelio en los países extranjeros, para la conversión de los esclavos negros, para la conversión de los judíos, para distribuir libros religiosos á los pobres, para la instrucción de los adultos, para la supresión del vicio, para la abolición de la esclavitud, y otras varias que pudiera enumerar si fuera necesario. Gástase en estos objetos sumas inmensas; de suerte que si los resultados correspondiesen á los esfuerzos, seria incalculable el bien que de ellos resultaria. Desgraciadamente la reconocida esterilidad que distingue las sectas separadas de la Iglesia católica, no permite que el fruto de semejantes asociaciones sea muy beneficioso á la humanidad; y cuando de esto no tuviéramos otras pruebas las encontraríamos en el escaso provecho de las misiones protestantes. Todo el oro de que ellas disponen no alcanza á la fuerza maravillosa de las palabras de uno de nuestros misioneros, que sin mas armas que su cayado ni mas recursos que su caridad, anuncia á los pueblos bárbaros el nombre de Jesucristo. Nuestros misioneros no se presentan en medio de sus neófitos con el aparato de la fuerza, con la ostentación de la riqueza ni rodeados de comodidades como los protestantes, pero en cambio llevan consigo la dulzura, el desinterés y el celo que los devora por la conversión de las almas. No miran la misión como un destino para vivir, sino como un deber sagrado que llevar; los pueblos á quienes se dirigen no son una mina para explotar, sino un campo estéril que se ha de cultivar y fecundar; los infelices que viven en las tinieblas de la idolatría no son hombres sobre quienes se haya de ejercer una dominación soberbia, sino almas rescatadas con la sangre del cordero sin mancha, á quienes es menester hacer llegar

algunas gotas de esa preciosa sangre. Todo el mundo sabe por medio de las relaciones que de ello hacen con frecuencia los papeles públicos cuán enorme es la diferencia que media entre las misiones protestantes y las católicas. Por mi parte he tenido el gusto de oír esta verdad de boca de un testigo de vista, que ha recorrido una gran parte de América y que por su posición ha tenido la oportunidad de observarlo de cerca. En una memoria muy interesante que tiene escrita sobre aquellos países, y de la que tuvo la bondad de leerme algunos fragmentos, observé notada esta diferencia que varias veces el autor me había asegurado de palabra; siendo de advertir que así como en los misioneros protestantes había encontrado demasiada dureza, así en los católicos hallaba una blandura que á su juicio era excesiva. De suerte que en su concepto los padres de cierta misión llevaban sobrado lejos su solicitud caritativa en favor de sus neófitos, y se desvelaban con exceso en socorrer todas las necesidades, no dejando á la actividad individual bastante estímulo para su completo desarrollo. Ya se deja ver que semejantes inculpaciones son bien honrosas; dichoso aquel á quien no puede achacarse otra falta que un excesivo desvelo por el bien de sus semejantes. Quizás algún día podré vencer la modestia del viagero de quien acabo de hablar, para que me permita conseguir algunos trozos de la memoria que acaba de espresarse. Sus palabras en esta materia son en cierto modo de mas peso, porque siendo como es un secular, no podrá tacharse de parcialidad.

Quiera Dios que no esté lejos el tiempo en que todos estos elementos que existen en la Gran Bretaña en la actualidad estériles en buena parte, y aun á veces dañosos para el humano linage puedan reunirse bajo la vivificante acción del catolicismo y producir frutos de salud en los cuatro ángulos de la tierra.

Se me preguntarán quizás qué es lo que pienso de la probabilidad de semejante acontecimiento, si lo cuento todavía en el orden de aquellas cosas que mas sirven para halagar los buenos deseos, que para hacer concebir esperanzas serias y fundadas. No me aventuraré á conjeturas vagas que fácilmente pueden hacerse sobre todas materias, y que luego el curso de los acontecimientos viene á manifestarlos como sueños y delicias. Pero menester es confesar que la Providencia debe de abrigar altos designios sobre la suerte de la Religión católica en

Europa, dado que estamos presenciando cosas que años atras nos hubieran parecido imposibles. ¿Quién dijera que despues del acontecimiento de la primera revolucion de Francia, acontecimiento hijo principalmente de una escuela cuya enseña era la irreligion, habia de datar el mas notable progreso del catolicismo en Inglaterra habiendo influido mas ó menos aquella revolucion en todos los paises del orbe civilizado, y de un modo muy particular en Inglaterra? ¿cómo es que en esta cabalmente se haya pronuciado un movimiento directamente opuesto al que segun todas apariencias debia esperarse? En la misma Francia ¿cómo es que desde la revolucion de 1830 cuando las ideas religiosas debian, al parecer quedar arruinadas con la caida del principio político que en los juicios humanos le servia de tan poderoso apoyo, como es repetiremos que la Religion lejos de perecer; haya vuelto á recóbrar un nuevo ascendiente entre las diferentes clases de la sociedad? Necesario es confesar que en esto como en todo son incomprendibles los caminos de Dios; siendo de notar que el Eterno se ha complacido en llevar adelante su obra por medios diferentes de los que los hombres habian imaginado. ¿Cuántos desengaños no han venido á disipar los pensamientos que en 1815 se habian basado sobre combinaciones políticas! Lo que se habia llamado la *Santa Alianza* habia sido mirado por algunos como el paladion de todo lo bueno que habia en Europa: pues mirad, de los cuatro poderosos monarcas que la formaban en el Continente, el uno ha desaparecido del trono hundiéndose con toda su descendencia en el sacudimiento de una revolucion, y otros dos oprimieron tiránicamente á los católicos de sus dominios, causando á la Iglesia gravísimos males contra los que ha tenido que levantar repetidas veces la voz el Vicario de Jesucristo. Pues á pesar de todo esto la Religion continua triunfando; siendo su triunfo tanto mas brillante cuanto se ve con toda evidencia que en nada es debido á los esfuerzos humanos.

Mientras por una parte se ve esa pronunciada tendencia hácia el catolicismo, se nota de otro lado la extrema disolucion de las sectas disidentes, de manera que en varias no va quedando mas que un puro deismo. A esto se añade que no dejan de circular por allí las nuevas doctrinas socialistas, empeñadas en crear un órden de cosas enteramente distinto á todo cuanto se ha visto hasta aqui. Y es lo peor, que empiezan ya

á fundar algun establecimiento de educacion; de suerte que asi como hasta ahora esas teorías han sido únicamente el patrimonio de las cabezas ardientes, ahora podrian llegar á ser el primer alimento de la infancia. A este propósito recordaré que tuve la ocasion de visitar un establecimiento de esta clase que se ha fundado á pocas millas de Lóndres, donde ví con mis ojos lo que de otra manera me hubiera sido difícil creer con respecto á la direccion extravagante que se da al espíritu de las pobres criaturas que allí se educan. Quizás otro dia haré una ligera reseña de las prácticas de ese establecimiento, como y tambien de las doctrinas en que estas se fundan; cosa que puedo hacer tanto mejor, cuanto tuve la ocasion de asegurarme por mí mismo de todos los pormenores, y ademas los directores del establecimiento me proporcionaron los diferentes cuadernos en que se expone su método y sus principios. Hoy no me es posible hacerlo, porque seria extenderme en demasia.

Uno de los embarazos que median para un mayor desarrollo del catolicismo en Inglaterra es el poderío material de la Iglesia Anglicana, la que poseyendo inmensas propiedades es regular que resista á todo lo que pueda traer eventualidades que se las podrian quitar. Está ligada ademas con la aristocracia inglesa que encuentra en ella un instrumento dócil, y un apoyo para continuar el sistema en que tan bien se encuentra por espacio de siglos. Menester es confesar que si este orden de cosas hubiese de desaparecer en Inglaterra solo á fuerza de espíritu democrático, solo á impulsos de ideas de igualdad, no fuera tan fácil la obra ni tan hacedera como en otros paises; pues que allí la diferencia de clases está tan profundamente arraigada, que no es solo la alta aristocracia quien la sostiene sino tambien el mismo pueblo. Para nosotros que estamos acostumbrados á no distinguir entre el noble y el plebeyo, y que vemos confundidas las varias clases de la sociedad, sin otras pretensiones que el vivir con mas ó menos comodidad quien tenga para ello mayores medios, apenas es concebible la organizacion social de un pais que sin embargo nos le han presentado algunos como un modelo de libertad é igualdad. Si teneis dinero, si habeis podido alcanzar una gran fortuna, se os admitirá en las clases mas elevadas, tendréis entrada en el seno mismo de la aristocracia, aunque vuestro origen sea ple-

beyo; se os expedirá un título que hará olvidar la humildad de vuestra cuna. Pero desde entonces estais obligado á manteneros separado de los que no han podido alzarse tan alto; guardaos del roce con las clases inferiores á la vuestra, pues que empañarian el lustre de vuestra posicion, y os veriais privado de alternar con la alta sociedad, que os ha adoptado. Y aqui hay que notar un secreto de la política de la aristocracia inglesa, que consiste en hacer siempre nuevas adquisiciones de hombres ó familias de otras clases, sin perder el espíritu exclusivo que la anima con respecto á la generalidad del pueblo. En otros países la nobleza se ha acercado al pueblo, bajando de su puesto, y asi ha venido á confundirse con él; en Inglaterra, la nobleza no se ha acercado al pueblo, y cuando ha necesitado robustecerse con nuevos refuerzos ha tomado los individuos del pueblo que mas le han convenido, y sin abajarse ella, los ha levantado hasta su nivel propio. Asi ha conseguido perpetuar el espíritu de clase, presentar la suya como un premio de grandes servicios, como un término á la carrera de los hombres mas distinguidos, quitándola de esta suerte una parte de la odiosidad que naturalmente la acompaña. Esto ha contribuido tambien á comunicar á las clases inferiores un espíritu semejante, y de esta suerte se ha formado una serie de aristocracias que empieza en las gradas del trono y acaba en el último mendigo. Pensarán algunos que la buena organizacion de gobierno impedirá que esta separacion de las clases no produzca males de consideracion, y que la buena administracion de justicia no permitirá la opresion de los inferiores por los superiores; pero esto es un error, porque es tan excesivo el coste de la justicia civil, que lo desmedido de los gastos necesarios para obtenerla equivale á una denegacion.

Esta combinacion de circunstancias forma en verdad un estado de cosas, del que pareceria difícil salir, si no se hubiese presentado en la arena donde luchan los intereses contrarios, un agente el mas poderoso é irresistible: *el hambre*. El mal ha llegado á su extremo; todos los paliativos son inútiles; y lo peor está en que el mal no es hijo de causas pasajeras, sino de la misma naturaleza de las cosas; y por tauto mientras ellas subsistan es irremediable. Dos son las causas principales de tan horrible miseria: la produccion excesiva y la escandalosa acumulacion de la riqueza en pocas manos; ambas causas estan

íntimamente trabadas con la organizacion actual de la Inglaterra en lo social y en lo político. Júzguese pues si hay probabilidades de que no acabe éste siglo sin que haya sufrido cambios muy radicales. Ahora la aristocracia inglesa no está encarada solamente con la Irlanda, lo está con la misma Inglaterra; su habilidad es mucha, su prevision grande, sus recursos inmensos, pero hay cierta fuerza en los hechos, contra la que nada pueden ni la habilidad, ni la prevision, ni los recursos. Un sistema de colonizacion organizado en una vasta escala parece á primera vista un medio á propósito para salir del apuro; pero es menester advertir que la emigracion si bien no regularizada bajo un sistema ha sido grande hasta aquí en Inglaterra, y que no es fácil calcular si esta misma emigracion fomentada y dirigida por la administracion pública seria tanta como fuera menester, ni si produciria los resultados que serian de desear. En semejantes materias el interes individual y la fuerza de la necesidad son de suyo muy poderosos para mover y previsores para dirigir; y así es que cuando obra en ellas la accion del gobierno no siempre se obtienen en la realidad las ventajas que habia prometido el proyecto.

La actitud que van tomando en Inglaterra las clases trabajadoras es cada día mas alarmante: ya no son simples reuniones con algunos discursos y peroratas; ya no son exposiciones con millares de firmas; son verdaderos motines lo que allí se presencia: se apela repetidamente á vias de hecho; y este es un camino resbaladizo cuya pendiente es muy rápida, cuyo fondo es un abismo. Como quiera, si la aristocracia inglesa se ha de encontrar en graves peligros, por cierto que no abandonará el campo sin desplegar los inmensos recursos de que dispone. Una revolucion en Inglaterra tendria por necesidad dimensiones colosales. La aristocracia inglesa es un gigante que al sentirse herido de muerte tendria tales convulsiones que haria estremecer el mundo.

Todos los hombres amantes de la humanidad deben desear que la cuestion se resuelva por vias pacíficas, y que los fastos de Europa no se manchen con otra página que segun todas las probabilidades seria sangrienta y terrible. El pueblo bajo de las grandes poblaciones de Inglaterra seria formidable si llegase á desencadenarse. Todavía no se han olvidado en Europa las horrosas escenas del siglo XVII, y por cierto que no

fuerau estas imposibles en el pueblo del siglo XIX. El espíritu de alejamiento y desconfianza seguido por el gobierno inglés con respecto á la Irlanda ha sido no solo injusto sino impolítico, pues que de esta suerte ha conseguido que se propague mas y mas el movimiento que allí ha provocado. Sin duda el pueblo inglés no suportaria por tanto tiempo la miseria como el pueblo de Irlanda; y esto podria ser una leccion para apreciar debidamente el carácter pacífico y manso de una religion que tan gratuitamente han calumniado los aristócratas ingleses. Cosa admirable! cabalmente despues de tanta ceguera en ciertos hombres que por su ilustracion y demas circunstancias debieran haberse mostrado mas imparciales y mas templados, el catolicismo ha obtenido justicia de parte del genio mas tempestuoso que haya producido la Inglaterra: lord Byron. Sus palabras tienen demasiada importancia para que pueda menos de recordarlas despues que tanto me he extendido sobre la situacion religiosa de Inglaterra. Dignas son de ser recomendadas á los hombres pensadores de todas las opiniones y de todos los paises. Hélas aqui: « No soy yo enemigo de la Religion; al contrario, y es de esto buena prueba el que hago educar mi hija natural *en un catolicismo estricto*, en un convento de la Romana. Mi opinion es, que cuando se tiene religion, jamas se tiene la bastante: cada día me inclino mas á las doctrinas católicas.» (Memorias de lord Byron, tomo 5, pág. 172.).

Testimonio imponente que viene á ponerse al lado de tantos otros como han tributado á la verdad los mas grandes hombres que ha tenido el mundo por espacio de largos siglos. ¿Qué dirán en vista de estas palabras de Byron, esos hombres pequeños que piensan que el catolicismo es solo el patrimonio de los fanáticos é ignorantes? Estos homenajes tributados á la Religion verdadera por los hombres de quienes menos debia esperarse, alientan al corazon y reaniman la confianza en los sucesos del porvenir. Dios que ha comeuzado la obra, la conducirá á su término por caminos que nosotros no podemos atinar.

Paris 10 de agosto de 1842.

Jaime Balmes.

NECESIDAD

DE QUE EL GOBIERNO VIGILE SOBRE LA INSTRUCCION PUBLICA.

A continuación insertamos el artículo del *Français de l'Ouest* que *L'Univers* copia en sus columnas.

„Acaba de verificarse en un pueblo de la península de Lezardrieux un hecho muy notable y peligroso en sus consecuencias. El 15 de agosto último tuvo lugar en este pueblo la distribución de premios de la escuela primaria. Se abrió la ceremonia por un discurso del jefe del establecimiento. Y ¿cuál fue el tema de ese discurso? Que el hombre puede ser indistintamente judío, cristiano, mahometano, puesto que el dogma no ofrece sino ideas especulativas y arbitrarias, no habiendo nada esencial sino la moral.

„Qué funestos errores en esa doctrina! Desde luego se sigue que no hay verdades religiosas, ó bien que todas las religiones son fundadas de un mismo modo, aunque se opongan entre sí. En segundo lugar no siendo la moral sino una consecuencia de las verdades dogmáticas, síguese que según el sistema de ese preceptor no hay moral, ó solo es una quimera. La experiencia manifiesta, ha dicho Bergier, que los que en ningún caso hacen del dogma no respetan la moral, y que la afectación de dar la preferencia á esta, no es sino la máscara bajo la cual se encubre la indiferencia por el uno y por la otra. Y por fin ¿dónde podrá encontrarse una regla de las costumbres fuera de la religion? ¿Será en la razón? Mas los filósofos confiesan que nada hay mas raro que la recta razón entre los hombres; sin una regla fija todos son conducidos por el hábito, las pasiones, las preocupaciones y el ejemplo de sus semejantes.

„Sabemos que el pastor de esta parroquia ha protestado al instante contra una doctrina semejante y que un sacerdote extranjero que se hallaba presente iba á retirarse para dar de esta suerte una reprobación solemne, si no la hubiese visto condenar públicamente por el párroco. A pesar de todo queda siempre un triste pensamiento sobre el porvenir de una juventud formada en una escuela, en la que no puede aprender mas que desprecio é indiferencia por la religion, y una vana moral que no cabe que exista

sino en los sueños de una imaginacion extraviada, pues que en efecto esta moral no tiene sancion ni base.

„La ley de 28 de junio de 1833 dispone, que en caso de falta grave del jefe del establecimiento se le aperciba y aun se le suspenda en sus funciones. Y ¿no es una falta muy grave el ir á atacar la religion en la junta solemne de un vecindario cristiano, predicando una doctrina heterodoxa é injuriosa para los miembros mas respetables de la asamblea?“

Nada tenemos que añadir nosotros á estas justas reflexiones que acabamos de transcribir aqui. La trascendencia del mal de que nuestros colegas se quejau y que desean con fuerza atajar, es extraordinaria, inmensa. Nosotros no dudamos decirlo y decirlo en alta voz; no pocos de los infortunios que pesan sobre la Europa y nos abruma, no pocos de los escándalos que con frecuencia se cometen, reconocen como primera causa como su mas eficaz y poderoso elemento la falta de la educacion religiosa sin la que imposible es que haya una educacion sólidamente moral. *Siempre he pensado*, decia el gran Leibnitz, *que se reformaria el género humano si se reformase la educacion de la juventud*. Si consultamos manifiesta el autor de la *medicina de las pasiones*; el pensador é ilustrado M. Descuret, los registros criminales, estas horribles estadísticas formadas por órden de los principales gobiernos; echarémos de ver, que la instruccion lejos de detener el progreso del mal parece que lo impulsa y favorece cuando no se afianza y apoya sobre el elemento religioso. Preciso es reconocer que sin religion desaparece la moral verdadera y que se torna veneno la mejor semilla. Es la impiedad un viento abrasador que seca el corazon del hombre: el cristianismo al contrario, es un benéfico rocío que lo fertiliza y ensancha.

Gravísima é importante es pues la mision que incumbe á los gobiernos en este punto; cualquiera omision y descuido es fatal, es tristísima y funesta por sus consecuencias y resultas. Hoy que merced á los progresos y conquistas que hizo un dia la filosofia, la enseñanza, segun una expresion célebre se ha *secularizado*, menester es que no sea impía ni tampoco indiferente, siquiera para el afianzamiento de los mismos gobiernos, para el órden de los estados, para la tranquilidad y paz de las familias; porque el dogma de la impiedad y del deísmo proclamado en las escuelas, y aprendido desde los mas tiernos años, nos parece que ha de ser el mas terrible instrumento de desórdenes y revoluciones. En España la cangrena ha cundido, cunde aun, y alarmados deben estar todos por sus progresos gobernantes y gobernados.

J. F. y S.

ANUNCIO.

Compendio de la *Historia de España* por D. José Pinós, puesto en verso por Don Joaquín Roca y Cornet.

Si bien que de cortas páginas, pues que escasamente pasan de ciento, no podemos menos de recomendar la presente obra, como que á su claridad y método y á la utilidad de tener una tabla cronológica en que se reasumen los principales acontecimientos, reúne la ventaja de ser adaptada á la capacidad de los niños cuyo espíritu al tiempo que conviene que se le distraiga de la afición á las novelas y demas libros análogos, que solo sirven para llenar la memoria de falsas aventuras si es que no siembren en su corazon la mala semilla; urge inclinarlo hácia los estudios históricos y especialmente hácia los que versan sobre nuestra patria, que son por desgracia los mas descuidados.

Aparte de la amistad y de toda simpatía personal, bien cabe asegurar que el nombre de nuestro colaborador hubo de ser una prenda de buen éxito. Asi que bástanos decir que no pocos establecimientos de primera enseñanza de España han adoptado esta obrita, habiendo verificado lo propio las tres provincias de las cuatro en que nuestro principado se divide.

J. F. y S.

ESTUDIOS POLITICOS.

ARTICULO 2.º

OPINION PUBLICA.

Hay en el orden moral fenómenos mucho mas raros, variados y sorprendentes que en el orden físico, porque este se halla sujeto á las reglas constantes de la naturaleza, y aquel á los caprichos de los hombres. ¿Quién dijera que muchos de los que en un principio para innovar reclamaban el poder en cierto modo omnipotente de la opinion pública, despues para sostener las teorías de la innovacion invocan contra la misma opinion pública la opinion exclusiva de sí mismos? Acuérdasenos haber leído en un periódico, tratando de la guerra civil de España en 1822 que el *pueblo entero estaba armado contra la libertad!* Y esto lo decia un defensor de la misma libertad. ¿Pues si el pueblo la rechazaba, podia llamarse libertad? O á lo menos, aunque sea tal en la teoría de algunos hombres, hay nada mas ridículo que querer hacer á un hombre libre á pesar suyo? No se le tirauiza con este mero acto de sujetarle por fuerza á la opinion de otro? Este es el mismo caso que si se forzase á un ciudadano á salir de una ciudad, donde se halla muy gustosamente sujeto á algunas restricciones útiles, para darle la libertad salvage de los desiertos.

La opinion pública es pues la que domina todas las doctrinas, y acaba por dominar tambien los hechos. Las ideas que de hecho dominan en contra la opinion pública, tienen el dominio precario de un conquistador odiado que domina con violencia sobre el terreno que ocupa. La opinion pública va minando sordamente los cimientos del poder opresor, y acaba por desplomarle y hundirle.

Supuestas estas sencillas preliminares, ¿dónde hallarémos en España la opinion pública? Pregunta es esta cuya contestacion es mas para sentida que para esplicada. La historia de la opinion pública en España de pocos años á esta parte, si posible fuese presentarla con alguna exactitud, seria tan curiosa como importante. Veríase la rapidez con que ha corrido un largo trecho en poco tiempo, y no dejara de asombrar al observador. En ella pudiera estudiarse la índole y el carácter de este país, la sensatez española, y los diferentes caminos por los cuales el impulso prematuro y precipitado de la revolucion ha adelantado el momento en que la opinion pública llegue á su sazón. Al principio la lucha de la opinion empezó dividiendo la nacion en dos grandes mitades, encubriendo bajo una cuestion dinástica el verdadero combate entre principios políticos en la apariencia pero sociales en la realidad. Concluida la lucha general, y dueño del campo el partido reformador, se fraccionó este en sí mismo; los que se llamaban vencedores se disputaron las riendas del estado; las ambiciones lucharon entre sí quizás con mas ardimiento que en los campos mismos de batalla; el nuevo triunfo de los fraccionarios tampoco produjo la paz, porque el triunfo de un partido, sea el que fuere, no es capaz de producirla. Y despues se ha visto que la revolucion es una hidra de cien cabezas, cada una de las cuales, dividida de su tronco, es capaz para hacer brotar otras ciento rivales entre sí en audacia y en voracidad.

Y entre tanto ¿quéha hecho y qué hace la opinion pública? Estudiar en silencio este libro inmenso del desengaño; presen-

ciar pasivamente este grande espectáculo, en el cual los actores van disminuyendo á medida que se adelanta la escena, como aquellas comedias monstruosas que empiezan por muchos personajes de los que el poeta se va descartando haciéndolos perecer en batallas ó en desafíos. La opinion pública es el terrible censor de estos grandes acontecimientos, es el juez inflexible y sin apelacion que va dando sus fallos sobre todos los puntos en que versa la historia contemporánea; la que sin ruido y sordamente va minando el poder efímero de las doctrinas erróneas y el ascendiente del sofisma: la opinion pública es el sentido comun del pueblo, es el instinto conservador de la multitud, que si bien alterado por algunas borrascas producidas por causas extrañas y por incidentes extraordinarios, pasada la agitacion y la efervescencia que hace bullir algunas cabezas, vuelve á su estado normal, recobra su verdadero aplomo, y deja burladas las esperanzas de los que esperaban manejarla á su arbitrio, invocarla para lo que quisiesen, y hacerla servir para su propio interes, explotándola á favor suyo.

La opinion pública presentada en conjunto es una de aquellas ideas de abstraccion, como si dijéramos el género humano, pero en realidad no es mas que la reunion de las opiniones individuales ó á lo menos de su inmensa mayoría, asi como el género humano es la coleccion de sus individuos. Asi que, para conocer aproximadamente cuál sea la opinion pública, es indispensable investigar cuál sea la opinion dominante en las clases mas numerosas de la sociedad, en las mas influyentes, porque es preciso observar que la palabra público abarca en su significado mas latitud que para muchos la palabra pueblo. El público tambien es el pueblo, pero el pueblo considerado en todas sus categorías, en todas sus clases, el pueblo rico y el pueblo proletario, el pueblo culto y el pueblo rústico, el pueblo inteligente y el pueblo rudo. El público, propiamente hablando, es la sociedad considerada en toda su esfera, sin distincion, sin clasifi-

cacion particular. Y en este sentido la sociedad en masa es la dueña de la opinion, y la opinion es la que domina tarde ó temprano sobre las doctrinas y sobre los hechos, como hemos dicho ya. Y en este sentido debe entenderse la soberanía de la opinion que ejerce la sociedad hasta sobre el poder, por fuerte y absoluto que sea, pues en lo humano todo cede al dominio de la opinion pública.

Aquí es preciso consiguar de paso una verdad evidente, obvia, vulgar, si se quiere, pero que sin embargo parece han afectado desconocer los que se placcin en trastornar el language para trastornar mejor la sociedad. Al hablar del pueblo en sentido social, y al atribuirle una soberanía de hecho y de derecho sobre todos los poderes públicos, han considerado únicamente ó han afectado considerar una clase, la clase meramente proletaria ó jornalera, la clase que no se halla unida á la sociedad sino por su sola naturaleza y sin vínculo alguno de fortuna, de interes ni de influencia. Excluir de la categoría social esta clase benemérita, mas digna de proteccion por mas desgraciada, parte importante de la humanidad, á la cual la parte poderosa tiene el dolor de proteger y subvenir, seria la mayor de las injusticias. Nosotros respetamos al pueblo desvalido, al pueblo del infortunio, al pueblo que la Religion considera como una porcion escogida, y que pone bajo el abrigo y la generosidad de los poderosos imponiéndoles el precepto de la limosna y el deber de la beneficencia. Nada mas odioso y abominable que aquella mirada de desprecio que el hijo orgulloso de la fortuna arroja sobre el indigente, insultando asi su propia raza. Nada mas monstruoso en el órden moral que la tiranía del fuerte sobre el débil. Estos son nuestros principios, y por esto el Cristianismo es la Religion verdadera, porque es la Religion de la humanidad.

Pero algunos hombres de partido, que fingiendo endiosar á esta parte desgraciada del pueblo para satisfacer su propio egoismo, le han invocado casi exclusivamente como el legislador

y como el árbitro de la ley, han caído en el absurdo de partido de considerarle como la única fuente de la autoridad, placiéndose por decirlo así en hacer dimanar el poder del extremo de la abyección y del centro de la miseria. La palabra pueblo no representa pues esta ni aquella clase determinada; representa la sociedad en masa, y sin entrar ahora en la cuestión de cuáles son las clases de ella que tienen mas derecho de dirigirla y de intervenir en los negocios públicos, si la clase poderosa é inteligente, ó la clase pobre é inculta; bástanos para nuestro objeto convenir, en que cuando se trate de fijar cuál sea la opinion pública, deben formar masa todas las clases de la sociedad, sin límite ni distinción alguna, acercándonos en cierto modo en hecho de opinion, á la doctrina democrática pura, que atiende á la fuerza numérica, prescindiendo hasta de la fuerza inteligente.

Después de esta digresión, que nos ha parecido indispensable, volvamos á la cuestión vital sobre cuál sea en España la opinion pública, ó á lo menos dónde deberémos hallarla.

Aun cuando consideremos la fuerza de la opinion pública en el número, no hay duda que ella se forma primero en la region de la inteligencia, la cual difundiéndose por grados en todas las clases de la sociedad, acaba por estenderse y generalizarse con muy pocas excepciones.

Solo un grande interés ó la esperanza de una mejora casi repentina en la situación individual puede atraerse en las grandes masas el voto de la opinion general. Pasaron ya los tiempos en que la Religión ó el fanatismo, el espíritu de gloria ó de conquista, los odios inveterados de pueblo á pueblo y el placer generalizado de una venganza nacional arrebatava por decirlo así los grandes pueblos, animándolos para grandes empresas, convirtiendo la opinion en entusiasmo. La situación actual de nuestro siglo y mas aun de nuestra patria por causas que no es nuestro ánimo recordar aquí, es el de la indiferencia, enfermedad crónica de la época, en cuyos buenos ó malos efec-

los no queremos entrar. Sin embargo, esta indiferencia sistemática, fruto de recientes desengaños, no es un estado de absoluta insensibilidad. El egoismo, que es la constelacion reinante, calmado por una parte y enérgico por otra, es indiferente con las doctrinas porque no tiene ya fe sino en los hechos; pero este egoismo, que tanta influencia ejerce sobre las opiniones individuales, choca notablemente con aquel egoismo rápido y turbulento de los que quisieran interesarle en su provecho; y, fuerza es confesarlo, ese egoismo individual y generalizado, no busca por cierto con qué satisfacerse y medrar en la carrera política. Y como el egoismo, dígame lo que se quiera, es el grande móvil de la opinion; de aqui es que esta opinion pública, abandonando la arena tan estéril como tumultuosa de las discusiones de partido, á algunas opiniones particulares, descansa sosegada en el seno de los pueblos y de las familias, allí se desahoga confidencialmente, llora los males de la patria, y deja los debates de la política para los pocos que tienen interes en sostenerlos.

La política pues puede decirse que casi no entra en España como elemento ni como alimento de la opinion pública. Hasta aquellos hombres de partido que mas se distinguieron en la primera efervescencia de las mudanzas políticas, han caido en una especie de parálisis, fruto quizás de un tardío desengaño. La política ha pasado á ser como otras cosas, negocio de especulacion. Ha perdido ya su prestigio. La revolucion social queria disfrazarse bajo formas políticas, pero es ya harto conocida. La sociedad se mantiene por su propio peso, por la necesidad misma de su conservacion, por una especie de fuerza de inercia, por esta misma opinion pública, que es el buen sentido de la multitud.

De aqui nacen las declamaciones de los corifeos de partido, sus lamentos de que se halla adormecido el espíritu público, los esfuerzos para interesarle en los debates políticos aunque sea por medio del grito de pasiones sangrientas y desastrosas, por medio del trastorno completo de la sociedad. Mas ¿qué res-

ponde el pueblo, el leon de España á tales provocaciones: Perdóneseos la libertad de la comparacion. Lo que respondió el leon enjaulado al héroe de la Mancha que le provocaba á singular batalla. Volvió las espaldas..... y con gran flemma y remanso se volvió á echar en la jaula.

La opinion pública pues no es favorable á la revolucion social, tal como la quisieran aquellos hombres que buscan siempre cómo improvisar su rango y su fortuna sobre las ruinas de lo existente, y á quienes para medrar les es indispensable destruir; si bien que esta misma opinion pública va elaborando lenta y silenciosamente aquel sensato cambio de ideas que es el fruto tardío pero precioso de la experiencia. El espíritu público se nivela con el siglo, es verdad, pero nó con el siglo de los delirios y de los sueños, nó con el siglo de las teorías y de los tumultos, sino con el siglo de la prevision y del desengaño. Buscad la opinion pública, pero nó en las bajas y virulentas producciones de la prensa donde los partidos se encarnizan en una lucha soez y tabernaria, donde se hace gala de la insolencia y del cinismo, donde no se respeta ningun poder existente, niuguna máxima civilizadora, niuguna verdad social, donde el insulto y el descaro se disputan la miserable palma del aplauso de los insensatos, del desprecio del público y del escándalo de la sociedad y del mundo. No la busqueis en las hablillas de hombres interesados, vendidos á un clubó á una baudería; de hombres vagos, inmorales y corrompidos que sostienen doctrinas absurdas, doctrinas atroces, planes desesperados, en los que tampoco tienen fe. No la busqueis en los círculos de los que rabian por figurar, buscando para sentarse una grada postiza y efímera que solo puede dar un desquiciamiento social. Buscadla sí en la morada tranquila del ciudadano pacífico, del artesano laborioso, del aplicado propietario; buscadla en el recinto del hogar doméstico, en la masa inmensa del pueblo que obedece á la ley, que respeta la autoridad existente, que lleva sobre sí el peso de las cargas públicas,

que no declama, ni vocifera, ni toma la palabra en los corrillos, ni aspira á figurar, ni recluta sufragios; que no tiene hambre de destinos; que contento con alternar con los de su clase y de figurar en el círculo que le corresponde, mas ó menos elevado, mas ó menos extenso, ocupa su puesto en la sociedad y no le abandona ni le degrada; que no chupa como voraz sanguijuela la sangre del estado, ni quiere medrar á costa del pueblo á quien invoca de otra parte y finge adorar con una grosería bastante fastidiosa. No la busqueis tan solo en las grandes ciudades donde el tumulto y confusión no dejan siempre percibir distintamente la voz tranquila del natural sentimiento, donde les es mas fácil á pocos hombres meter mucho ruido, y hacer ver como opinion general sus propias declamaciones: buscadla tambien en las aldeas y en los campos, en esos pueblos por donde ha pasado el carro sangriento de la guerra civil dejando huellas de desolacion y de muerte, en esos pueblos fatigados, desengañados, que suspiran por la paz y que miran con horror toda clase de doctrinas capaces de volver á encender la tea destructora de la guerra. Pueblos que meditan en silencio lo amargo de sus sufrimientos, el fruto de sus sacrificios, la ceguera funesta de los partidos, su posicion actual, y lo que de ella se prometian: pueblos que miran ya con algun placer sonreir sus campos, repararse sus ruinas, reverdecer la vid sobre sus collados, y brillar el oro de la espiga sobre sus llanuras. Aqui se halla tambien la opinion pública, en las clases laboriosas y sencillas, que han tocado las funestas consecuencias de las revueltas civiles, que han medido el mérito de las doctrinas por sus efectos inmediatos, y que libres de toda prevencion, de todo deslumbramiento, han observado en pequeño, en el corto recinto de su pueblo la marcha de la sociedad y el cambio de las ideas. Estos hombres sencillos, incultos, si se quiere, que ni han tenido ocasion de alucinarse como el pueblo semi-culto de las ciudades en la region deslumbradora de las teorías y por la voz de hombres ambiciosos

ó corrompidos, sin hallarse enteramente extraños al espíritu del siglo, han conservado mucho mas intacto aquel sentido comun que suele juzgar de las cosas por sus resultados. Su vida menos azarosa y mas sosegada les convida á la meditacion, y el hombre culto, el filósofo abismado en el cálculo y absorbido en el estudio escucha á veces con admiracion una sentencia salida de los labios de un labriego. La sociedad bulliciosa y brillante nos encanta y arrebata, y nos hace olvidar con harta frecuencia que existe un estado mas sosegado y mas feliz, estado primitivo de la naturaleza, y sobre el cual descansa aun como sobre su primera é indestructible base la riqueza y la prosperidad de las naciones y de los imperios. Aquella parte de la sociedad que hace producir y acumula los tesoros de la tierra que devoran despues las ciudades, ó á los que da un nuevo valor la mano industriosa del hombre, es una parte tan respetable, como necesaria, parte á la que se quiere siempre aliviar cuanto mas se descuida, parte sobre cuyo sudor se especula desde esos centros de profusion y de libertinage. Pero cuya opinion, que tanto pesa en la balanza social, apenas se atiende, cuya educacion y progreso moral se tiene en el mayor abandono, á pesar de contenerse en su seno menos contaminado la semilla de la probidad y de la sencillez de costumbres.

Búsquese pues la opinion pública en todas las clases de la sociedad, y no se busque en aquellos hombres anfibios y aventureros, que por su conducta inquieta y suspicaz casi se dijera que no pertenecen á ninguna clase. Si se busca en los órganos de los partidos, cada uno la quiere para sí. Los que defienden el poder aseguran que el poder ha nacido de la opinion pública y que en ella se apoya : los que de distintos modos le impugnan dicen que contra él está la opinion pública. Los que proclaman teorías de gobierno incompatibles, opuestas diametralmente á nuestros hábitos, costumbres y sentimientos, hasta los reformadores humanitarios, los niveladores de las fortunas, los que sueñan en una regeneracion social, invocan

tambien la marcha de la opinion pública, ó lo que es lo mismo, la voluntad del pueblo. Sin embargo la opinion pública se manifiesta sosegada pero enérgicamente en todas las clases de la sociedad, teniendo á su favor la doble ventaja del número y de la inteligencia. A pesar de los alaridos de una gran parte de la prensa periódica, la prensa, que hasta ahora no habia sido sino el órgano de intereses y pasiones de un corto número, empieza ya á despuntar con sensatez y á descubrir el verdadero estado de la opinion pública. La juventud española en general, lo hemos dicho otras veces, y no nos cansamos de repetirlo, parece que no desdeña la voz de la experiencia, y que está dispuesta á no malograr las lecciones de lo pasado. Ella deslindará con el tiempo el verdadero estado de la opinion pública en España, la parte que esta ha tomado realmente en todos los cambios políticos que hemos presenciado, la impos-tura é impudencia con que tantas veces se ha usurpado su nombre, y el modo con que contempla el porvenir de nuestra patria.

Esta opinion pues se deja ya traslucir por medio de la imprenta. Y no se crea que hablamos de los esfuerzos de ningun partido vencido para volver á entronizarse, nó; hablamos de la opinion que forma la mayoría de los hombres sensatos acerca la marcha de la revolucion, acerca sus causas y sus efectos: hablamos de aquella calma imparcial con que se examinan doctrinas extremadas y deslumbradoras, miradas pocos años hace como un ídolo al que debia rendirse un culto ciego, ó como un paladion inviolable de la felicidad pública: hablamos de los principios y doctrinas enunciadas y proclamadas como salvadoras con toda la fuerza y energía de la conviccion por jóvenes filósofos, hijos de este siglo, por hombres que no pertenecen á ningun bando ni nunca han figurado en ningun partido, por talentos que han sabido sobreponerse á mezquinos intereses de bandería, que estudian la revolucion desde una altura inaccesible á las tempestuosas borrascas políticas, que

la juzgan sin prevencion, sin condescendencias, en su origen, en su carácter, en sus tendencias, en los hombres que figuran en ella y que con mas ó menos velocidad empujan su carro desolador: hablamos de escritores que, sin hacer alarde de una oposicion sistemática contra el gobierno existente, sin insultar las personas que tienen en sus manos los poderes públicos, sin ridiculizar sus actos y hasta sus defectos personales, sin asestar los tiros de su sátira virulenta contra aquellos magnates á cuyo encumbramiento tal vez contribuyeron con sus espadas ó con sus doctrinas los mismos que ahora les hacen guerra, citan ante el tribunal de la razon los principios dominantes, entran sin rebozo en el exámen de las doctrinas, invocan con fidelidad el testimonio de lo pasado, saben hasta el origen de la sociedad, descomponen sus elementos constitutivos, fallan con independencia filosófica acerca la justicia y la conveniencia de los sistemas de gobierno, prescinden de toda consideracion de secta ó de pandilla, y en el seno mismo de la revolucion, puestos sobre el cráter del volcan revolucionario, con la noble audacia de la libertad intelectual, con la intrepidez de la filosofía osan condenar las miras que la promovieron, el objeto que la impulsó, y los principios que la sostienen.

La bella la verdadera mision de ilustrar á los pueblos está reservada á la imprenta. Por ella se desvanecerá el prestigio de ciertas doctrinas que se anunciaron con un tono profético y magistral para embaucar á la ignorante multitud y sacar un partido de su credulidad apasionada: caerán de su pedestal muchos ídolos de error que se hacian adorar como dioses: y la opinion pública que causada de sofismas y de imposturas anhela con ansia verdades sólidas, doctrinas verdaderas, principios ciertos, inconfusos, aplicables á la práctica, justificados por la esperiencia; se halla en la mas excelente disposicion para escuchar y aprovecharse.

Y esta situacion actual de la opinion pública en no dejarse fascinar por el sofisma de la teoría es tanto mas notable, en

cuanto parece se han apurado todos los esfuerzos para mafearla y corromperla y hacerle perder hasta el sabor de la verdad. El espíritu del error ha corrido y corre libremente para inocular, para diseminar todo su veneno : le brinda con copa de oro, y le presenta con el halagüeño sonris de la perfidia. Cuánto se ha desatinado en todas materias! En religion, en moral, en legislacion, en historia, en política, hasta en literatura, cuántos errores! qué de engaños! cuán evidentes imposturas! Pero la opinion pública, si bien alterada y agitada en la superficie por tantos vientos de doctrina, no ha perdido en el fondo la conciencia de lo recto, de lo justo, de lo verdadero; así como el espíritu en las artes y en las letras, á pesar de todas las invasiones del mal gusto, no pierde jamas la facultad de distinguir lo sólidamente bello. Las cosas tienen mas poder que las palabras, los hechos son mas elocuentes que los escritos; y ese fondo de verdad y de buen sentido que existe en nuestro corazon, ese amor á lo útil, á lo honesto, á lo bello, no se borra con facilidad en el alma, aun en medio de los extravíos del pensamiento y de la ciega tendencia de las pasiones.

La opinion pública pues se halla en buena disposicion para recibir la verdad, á pesar del escepticismo y la indiferencia con que se ha procurado aletargarla. Preciso es é incumbencia de los que escriben para el público sin miras interesadas, el dirigirla suavemente y sin esfuerzo hácia las verdades que mas útilmente pueden ilustrarla, y que un ciego fanatismo de partido le habia exigido despreciar. El error apura luego sus recursos, la verdad es inagotable. La filosofia atea del siglo XVIII pasó como un soplo : la filosofia escéptica aunque menos audaz del presente pasará tambien, y vemos con placer pero sin sorpresa que los talentos eminentes vuelven la vista otra vez hácia aquellas doctrinas que han resistido la accion de diez y ocho siglos.

No podemos dejar de concluir este artículo con una prueba de hecho que confirma cuanto acabamos de decir, acerca la

especie de reaccion moral y social que se manifiesta entre nosotros, y la grave sensatez é independencia con que se entra en las mas vitales cuestiones. Tiempo vendrá, y tal vez no está lejano, en que la imprenta expie por sí misma todo el mal que ha causado con su licencia, y repare de su buen grado los abusos con que se ha dejado profanar ese vehículo portentoso de la inteligencia humana. En uno de los periódicos de la capital de la monarquía, que mas se distinguen por la sensatez con que trata las materias y por la erudicion con que las ilustra, hemos leído un artículo que llamó por cierto nuestra atencion. Su objeto es dar á conocer el espíritu de una obra, produccion del mismo director de la Revista, que tiene por titulo : *Ensayo sobre las sociedades antiguas y modernas y sobre los gobiernos representativos*, de cuya obra es un capítulo el artículo á que aludimos. Prescindiendo por ahora de las doctrinas que en él se desenvuelven, citaremos únicamente su primer párrafo para muestra de la independencia y sensatez con que empieza ya á escribirse.

« Voy á entrar de lleno en la gran cuestion de nuestros dias. No hace mucho tiempo que el que hubiese puesto en duda la excelencia de los gobiernos representativos, hubiera pasado por hombre de mala fe, ó por persona de vulgar ingenio y de estólido juicio. Afortunadamente en la gran piedra de toque de la experiencia, han desaparecido bellísimas ilusiones, y acabándose los encantos. Los intereses y las pasiones podrán hoy todavía gritar muy recio, hablarnos de la antigua tiranía, y querer ahogar con silbidos ó con invectivas la opinion de los hombres sensatos y profundos, que aman de corazon el bien de los pueblos, pero que no son crédulos hasta el punto de dejar arrastrarse de las vulgaridades y mentiras que hasta el dia se han dicho, por los que, un poco arrogantes y jactanciosos de ciencia, se han dado á sí mismos el título de defensores de las luces, y conocedores del espíritu y tendencias progresivas del siglo. Sostenga en buen hora el vulgo de los

hombres; y encomie hasta donde alcance su dorada imaginacion, ó su refinada mala fe, las ventajas y las maravillas de los gobiernos representativos: todos los elogios y apoteosis no servirán á cambiar la esencia de las cosas, no serán mas poderosos que los resultados de la experiencia, ni harán doblar su frente al hombre pensador, que haga alarde de recto é independiente juicio. Así es al menos la conviccion del autor de esta obra, y á ella procurará ser fiel en la exposicion de sus doctrinas. Amante como él que mas de cuanto pueda contribuir verdaderamente á la felicidad, ilustracion y adelantamiento de los pueblos, mira con igual prevencion y desconfianza á los que defienden tenaz y estúpidamente lo pasado tal cual existió, y á los que ensalzan lo presente. Colocado en la region elevada de la ciencia, las pasiones, los partidos y los intereses son bien poca cosa á sus ojos: lo verdadero, lo justo y lo bueno son las únicas ideas, á las que paga con ardiente entusiasmo rico incienso y apasionada adoracion. Tal es la política del que escribe esta obra, asaz diferente de la que se proclama en la tribuna y en la prensa.”

Despues de este preliminar que contrasta admirablemente con el lenguaje soez, tabernario, y hasta delirante de muchas de las producciones que ensucian la prensa periódica, pasa á un tranquilo y razonado análisis del dogma ó suprema institucion de los gobiernos representativos, y lo que ha dado lugar á la admiracion de su mecanismo, á la cual llama *ridicula*; tal es la division de los tres poderes. Entra de lleno en esta materia; y á la luz de la filosofía y sin el menor asomo de fanatismo político ni de espíritu de partido, examina la naturaleza de todo gobierno, los medios indispensables que ha de tener para llenar su objeto, cual es gobernar bien una sociedad, así en su interior como en sus relaciones diplomáticas, toca los inconvenientes de la discusion en los cuerpos parlamentarios, dilucida si esta es ó nó ventajosa para la formacion de las leyes, manifestando la verdadera naturaleza de estas discusiones,

y los principios que en ellas predominan por lo comun.

Cuando así se sacan las grandes cuestiones sociales del mezquino terreno de los partidos; cuando los intereses mas elevados se colocan en la region que les corresponde; cuando así se prescinde del interes privado, y del grito tumultuoso de pasiones amotinadas; entonces puede decirse que despues de un general trastorno de ideas y de un abuso funesto de principios, comienza una regeneracion intelectual en la sociedad; entonces el hombre profundo y pensador, el hombre que sin alardes ni griterías ama sinceramente el bien de su patria, empieza con calma pero con energía á emitir sus opiniones, la imprenta menos virulenta y tumultuaria entra en el verdadero objeto de su institucion, cual es de ilustrar la opinion pública, que tantos hombres perdidos tienen interes en extraviar; y los sanos principios, las verdades sólidas, los sentimientos nobles y generosos pasan de la elevada region de la inteligencia hasta las clases mas ínfimas de la sociedad, circulacion preciosa que mantiene la vida y el vigor en todo el cuerpo social.

Cuando las cosas han llegado á este punto con la cooperacion de todos los hombres de bien protegida por un gobierno justo en su origen, fuerte en su constitucion, noble en su proceder y recto en sus miras, se va formando y mejorando insensiblemente, y manifestándose y produciendo sus frutos la verdadera opinion pública que no es sino el conjunto de opiniones particulares de muchos millones de individuos, hijos de una misma patria, estrechados con los vínculos de una misma sociedad é interesados en el triunfo de unos mismos principios y doctrinas. Que algunos centenares de hombres difieran de la misma opinion general por su interes privado, esto nada importa. El torrente del comun sentir arrastrará consigo estas miserables excepciones. Hombres que proclamais en teoría la soberanía del pueblo, clamando en realidad la soberanía de vuestra opinion! respetad la opinion pública, si quereis ser consecuentes en vuestros principios, porque la opinion pública es en cierto

modo la soberanía que ejerce la masa de una sociedad libre sobre la marcha de sus intereses; este es el poder eminente á que no es posible oponerse ni resistir. Y aun cuando la opinion pública, fiel expresion de la nacionalidad, pueda por circunstancias de momento quedar oprimida, sufocada ó desfigurada, como una fuerza lenta é irresistible viene al fin á triunfar de sus opresores y á manifestarse cual es á la faz del universo.

Si fuera fácil de conseguir la sosegada discusion de todas las materias, y que en las polémicas políticas y sociales, que afectan los grandes intereses del hombre se guardase el mismo decoro, la misma circunspeccion que en los debates puramente científicos, nos placiéramos que saliesen en público todas las opiniones de cualquier especie que fueran, porque el error solo, nó la verdad, es el que teme el exámen y la discusion. Pero parece que ciertos principios no saben anunciarse sin acrimonia, ni defenderse sin insulto, sin aquel espíritu odioso de intolerancia que no sabe sufrir oposicion, y que pretende dominar la opinion de todos. ¿Será porque ciertas doctrinas llevan en sí mismas el carácter del predominio y de la intolerancia? ¿Será porque ciertos principios no pueden inculcarse sin ofender, sin herir, sin excitar á la persecucion? Pues estos son los que detesta la *opinion pública*.

Joaquin Roca y Cornet.

SAN GERONIMO.

Al lado de los grandes personajes de nuestra época, de los que dirigen á nuestros ojos la marcha del siglo, no dejarán de interesar tambien de vez en cuando aquellos grandes personajes históricos á quienes la Providencia confió en cierto modo la mision de transformar el mundo, cuya influencia llega aun hasta nosotros, y cuya figura colosal se va engrandeciendo con el transcurso de los siglos.

Aquel grande hombre, aquel célebre santo, de quien dijo el primer literato de la Francia que su alma de fuego necesitaba de Roma ó del desierto, se nos presenta en el cuarto siglo de la Iglesia como el primer modelo de un alma inflexible, de una piedad ardiente, de una conviccion profunda, pronta á sacrificarse á sí misma por la gloria de Dios, y por la propagacion y triunfo de aquellas verdades austeras, de aquella religion de amor y de sacrificios que iba á transformar la faz de la tierra. San Gerónimo á cuyo derredor gravita, y en cuyo seno se compendia toda la civilizacion cristiana de su tiempo, representa el punto mas culminante de la perfeccion moral que cabe en la naturaleza humana. Apóstol de la doctrina del Salvador, mártir en sus pasiones ardientes, hombre de siglo en su inteligencia, ó mas bien dominador de su siglo mismo, filósofo, anticuario, literato, es un atleta de la fe, y un atleta de la civilizacion del mundo. Nosotros prescindiremos de la primera parte : dejamos al *santo* para el púlpito, nos limitaremos á considerarle como á personaje social; no separando

empero este carácter, porque es imposible, de la calidad de héroe ascético y de filósofo cristiano.

San Gerónimo, colocado entre un mundo decrepito, consumido ya por su corrupcion, y que no podia sostenerse, y un mundo jóven, brillante y regenerado que nacia apenas de entre los escombros de aquel, atacó las instituciones sociales, nó en su forma, sino en su esencia; dió otro principio á la autoridad humana cuyo primer origen no pasaba de la tierra; estableció los deberes recíprocos de familia sobre las bases sublimes del Evangelio. Ese Pablo del cuarto siglo hace resonar su voz verdaderamente regeneradora. El cristianismo habia ya dado pasos agigantados en la conquista del mundo pagano, y Dios que vela sobre la marcha de la humanidad, destinaba á Gerónimo por uno de los instrumentos de la regeueracion religiosa que debia producir despues la social.

Mientras que la sociedad romana se abisma bajo la cuchilla de los bárbaros, en Egipto, en el fondo de una pequeña celda hay un hombre que funda en cierto modo el espiritualismo de los tiempos modernos, que sacrifica á esta empresa colosal su genio, su fortuna, su vejez, todas sus relaciones sobre la tierra. Está convencido de que el hombre para sublimarse á la esfera de su perfeccion debe hacer violencia á sus sentidos, sufrir privaciones, dolor voluntario y humillacion. Desciende en sí mismo y con su propio ejemplo la idea sublime y misteriosa de la humildad, que es el grande arcano de la grandeza cristiana, y que debia ser incomprendible á los filósofos de su tiempo: humildad para abatir el orgullo, mortificacion para romper los lazos que unen al hombre con el deleite: hé aqui el triunfo sobre el corazon y sobre la naturaleza que predicaba el Cristianismo, y que Gerónimo inculca y practica, al paso que echa los cimientos de un nuevo orden social. Nada de la tierra respeta que pueda servir de obstáculo á sus proyectos, y esto constituye su mayor gloria. La sociedad de aquella época debia ser moralmente aniquilada por los principios cris-

tianos, así como en su realidad y en su apariencia política lo era por la espada del invasor. San Gerónimo no se dirigía sino á las ideas, destruyendo las falsas ideas de lo pasado. Atila no destruía sino hombres y monumentos, y su objeto era la devastación: Gerónimo destruía en el pensamiento y en las pasiones, y su objeto era la regeneración cristiana en la sociedad.

Cosa es notable por cierto la obscuridad en la que han quedado los hombres políticos de la misma época que nos ha legado el recuerdo glorioso del santo solitario. La historia borra los nombres de los emperadores contemporáneos, para hacer brillar el nombre del inmortal asceta. ¿Qué son hoy día Stilión, Honorio, hasta Alarico, al lado de San Gerónimo? Casi nada.

Los primeros destruyeron con el hierro ó probaron sostener también en el hierro los resortes medio podridos, y hechos pedazos de una máquina que se deshacía. Gerónimo penetró que nada de esto era necesario, y que el gusano fatal roía las carcomidas entrañas de una sociedad dorada. Prescindió pues de lo pasado, no respetó lo presente y predicó el porvenir.

No puede echarse en cara á San Gerónimo que se dejase transportar de una piadosa exaltación sin conocer el siglo en que vivía, ni que su alma ruda y grosera fuese insensible á las impresiones de lo agradable y de lo bello. Nutrido en lo mas esquisito de la literatura romana, llevando al desierto las obras de Virgilio al lado de la Biblia, profundo conocedor de los atractivos del mundo y de los vicios de los hombres, leía en el fondo de la humanidad y de las costumbres de su época; pero sin desdeñar la tierra, sin despreciar el estudio y la satisfacción de sus verdaderas necesidades, consideraba al hombre como viador, y tenía fijos sus ojos en la eternidad. Los intereses del tiempo no eran á sus ojos mas que un medio para conseguir los intereses eternos, pero él no descuidaba este medio, y el principio de su fervor religioso y humanitario á la vez,

principio contrario á la disciplina romana y á las tendencias paganas, debia servir de motor á toda la futura civilizacion de la Europa cristiana. En las páginas de San Gerónimo se ve anunciada la primera revolucion de la sociedad cristiana contra la sociedad del paganismo, revolucion que no debia verificarse á mano armada, sino que debia ser fruto suave del poderoso ascendiente de una perfeccion moral, atractivo irresistible que apoyado en la doctrina divina de Jesucristo debia terminar indefectiblemente por la conquista del mundo.

En sus cartas deja vislumbrar San Gerónimo todos los puntos capitales que en la parte social fueron desasiendo el cristianismo de la antigua religion idolátrica: la igualdad moral del esclavo y de su señor, la universal fraternidad de los hombres, y la emancipacion social de la muger. Pero estas máximas en nada debian subvertir la organizacion de la sociedad: estos principios debian obrar insensiblemente en el fondo de las costumbres. No eran un grito de revolucion y de desquiciamiento, como han pretendido darle algunos reformadores modernos. El Evangelio no destruia las gerarquías sociales y domésticas, pretendia solo que en todas las clases y sexos se reconociese y respetase la dignidad del hombre regenerado con la nueva Religion. Nadie debia correr á las armas. Todo debia ser obra de la conviccion mas íntima, á que la Religion llama fe, y del amor mas puro y sublime, á que da el nombre de caridad.

Todos los observadores que mas escrupulosamente han estudiado la historia atribuyen al cristianismo la emancipacion de la muger. Este es un hecho curioso é importante que vale la pena de ser probado históricamente. Citarémos algunas palabras de San Gerónimo, que no dejarán duda alguna sobre este particular.

„Para los cristianos, dice (Carta 84), el acto ilícito á las mugeres, lo es tambien á los hombres: por una y otra parte ha de haber la misma sujecion, los mismos deberes.”

La palabra *æquè*, empleada por el filósofo cristiano es digna

de atencion, porque establece la igualdad de los sexos delante la ley moral. Añade Gerónimo, para declarar con mas precision su pensamiento :

„ Las leyes del César no son las de Jesucristo; San Pablo predica una doctrina y Papiniano otra. Todo lo que el código cristiano ordena á las mugeres se dirige tambien á los hombres. El paganismo establecia una diferencia: parecia reconocer que el crimen del hombre diferia del crimen de la muger; alojaba el freno á las pasiones del hombre, y le permitia la disolucion, castigándola en la muger. Esta distincion era injusta.”

Estas palabras se escribieron en el cuarto siglo, en presencia del voluptuoso paganismo que se iba desmoronando pero que no estaba destruido. Ellas facilitaron á las mugeres la senda que les habia abierto la Religion cristiana, y á mas de elevarlas en cuanto al espíritu al nivel del hombre cristiano, las rescataron en cierto modo en el seno de la sociedad, anivelando hasta cierto punto en derechos y en deberes las dos grandes mitades del género humano. Las mugeres adoptaron una doctrina que no solo era verdadera sino que las favorecia. Cualquiera otro código ó religion que hubiese igualado la posicion social de los dos sexos, lisonjeando el orgullo natural de la muger, hubiera producido en el mundo un trastorno quizás mas trascendental que si hubiera dado de repente libertad á todos los esclavos. Pero el Cristianismo grave en su misma blandura, y dulce sin dejar de ser fuerte, prescribe á la muger sus deberes; le manda obediencia y fidelidad; la coloca en la grada misma que ocupaba en el dia de su creacion; es la compañera del hombre.

Las mugeres que Juvenal, Marcial y Tácito nos pintan tan profundamente depravadas por la decadencia romana, se levantan al momento en que aparece su emancipacion, pero sin altivez; su destino se encumbra, pero sin imperio; su condicion se mejora, pero sin desorden. Hay en las cartas de San Gerónimo cuadros admirables de la vida de las mugeres cristianas. Roma acaba de ser tomada por los soldados bárbaros

de Alarico : la casa de la cristiana Marcela es invadida.

„El sanguinario vencedor penetra en ella : la cristiana espera á los bárbaros , y arrostra su presencia con semblante intrépido : á su lado está su hija tambien cristiana : se le pide oro : ella muestra su vieja túnica como prueba de su pobreza voluntaria. No quieren darle crédito , piensan que ha enterrado sus riquezas. Herida con varas , desgarradas sus carnes á latigazos , pisoteada , ni siente dolor alguno , y no pide sino una gracia , la de que no la separen de su hija , y que la protejan contra los ultrages que ella no ha de temer por su vejez. Entonces Jesucristo ablanda aquellas almas feroces , y la piedad tiene lugar entre sus espadas ensangrentadas. La madre y la hija fueron conducidas por los bárbaros á la iglesia de San Pablo , para encontrar allí un asilo ó un sepulcro.”

Lo restante del cuadro respira una maravillosa dulzura.

„Pocos dias despues , esta muger heroica , llena aun de vigor y de salud , durmióse en el Señor dejándoos por legado ciertos pobres (San Gerónimo se dirigia á la hija de Marcela) á vos , pobre como ellos ; cerrando los ojos entre vuestras manos ; dando su espíritu en medio de vuestros besos , sonriéndoos en medio de vuestras lágrimas , tanto era lo que la sostenian la conciencia de su vida pasada y la esperanza del porvenir!”

Ved ahí el alma de Gerónimo retratada por sí misma. No copiaba estas pinturas de su sola imaginacion sino de la verdad. Lo que mas lo prueba es que describe sin piedad ni miramiento la mezcla de molicie y de misticismo , de voluptuosidad y de devocion que caracterizaba entónces las costumbres de algunos convertidos. Era consecuente en el paso del mundo idólatra al mundo cristiano la mezcla diforme de Dios y de siglo que se advierte tambien en muchos cristianos modernos. Mas de una muger cristiana probaba conciliar la coquetería y el deber , el amor de los brillantes trages y el amor divino. Ved el rasgo del pincel de Gerónimo.

„Ellas hacen caer con elegancia de una y otra parte de su frente los rizos de su cabellera : lavan y pulen su cutis con el mayor cuidado ; emplean perfumes , llevan mangas ajustadas , vestidos que dibujan su talle , zapatos que crujen bajo el peso de su cuerpo , y se llaman vírgenes para que su inocencia se venda mejor , y perezca á mayor precio. — A su lado van estos adonis cristianos , ensortijados , compuestos , brillantes por sus

pedrerías, y cuyos vestidos despiden á lo lejos un olor voluptuoso y extranjero. Todas estas personas se dicen cristianas; hasta las agapetas pretenden no haber renegado de Jesucristo: esposas sin nupcias, concubinas sin sombra de religion, cortesanas que se abandonan á un solo amante, hermanas voluptuosas que buscan hermanos de placeres. Otras, puras en su conducta privada, pero envanecidas por las dignidades de sus maridos, no salen de su casa sino rodeadas de una turba de eunucos, y no llevan otros vestidos que oro tejido en ligeros hilos. Sus literas son soberbias y doradas. Aun cuando quedan viudas, continuan sus paseos de triunfo y se hacen preceder por sus enjambres de esclavos mutilados. Fresca es su figura, su piel cargada de afeites, su casa hirviendo en aduladores y convidados. Diríase que en vez de llorar un marido muerto, buscan un marido vivo. Felices por su libertad de viudez, cansadas de la dominacion conyugal, reciben de los eclesiásticos que deberian inspirarles respeto el ósculo sobre la frente. Esta condescendencia de urbanidad por parte de los sacerdotes las llena de orgullo. Pasan por castas como las vírgenes, y despues de un banquete de una sensatez equívoca, *quieren echarla de apóstol*.

Este último rasgo lo dice todo. Si San Gerónimo hubiese vivido bajo el paganismo de los Antoninos, y hubiese sido pagano, hubiera escrito la sátira con mas finura y energía que Juvenal. Pero el censor cristiano no se para en la superficie de las costumbres. Su mirada de águila penetra hasta lo mas íntimo del corazón. Pinta al hombre interior, cual solo le conoce el Cristianismo, y no perdonando á ningun nuevo vicio de los cristianos nuevos, despoja del oropel de las apariencias piadosas y descubre desnuda la hipocresía oculta bajo el orgullo de la humildad.

„Otras conozco, dice, de estas mugeres que satisfacen su orgullo pisoteando el orgullo del siglo. Se envanecen con sus mismos andrajos, afectan un aire tímido, toman el último lugar, se confiesan indignas, hablan con voz lánguida y adolorida, suspiran, hacen ostentacion de su flaqueza, caminan apoyándose en ageno brazo, y quieren que se admire en ellas los terribles efectos del ayuno y de la vigilia. Si alguno se presenta cierran los ojos, bajan las cejas, y parecen agobiadas por su propia humillacion. Su vestido es tosco, su sayal está sostenido por un ecñidor de cuero. Otras mas atrevidas se cortan los cabellos, visten traje de

hombre, se avergüenzan de su sexo, alzando osadamente al cielo un semblante de eunuco. Otras conozeo que velan su frente con un capuz, y que visten un cilicio.”

Qué pincel! la filosofía cristiana, la filosofía del espíritu que revela lo más recóndito de la perfección evangélica no podía llegar más allá. Preciso es leer estas cartas sublimes para conocer la profundidad de miras de su autor en la regeneración moral del mundo. Cuando el Cristianismo no fuese grande en sí, sería admirable, sería divino en estos grandes hombres. El siglo estaba ya fatigado de sí mismo. Sidonio, Ausonio, Apuleyo, Casiodoro que vinieron después y en desiguales intervalos, nos revelan á su vez los caprichos de aquellos tiempos de desorden en que todas las transformaciones y locuras anunciaban la disolución universal, y se mezclaban estrañamente con la regeneración que iba á sufrir el mundo.

No se crea que Petronio, Apuleyo, Tacio y Longino reasuman toda la parte romana de esta época vasta y singular. Había en los hechos contemporáneos anécdotas de muy diversa índole y sumamente curiosas; por ejemplo, la historia de un cierto Sabiniano contada por San Gerónimo. Este Byron del cuarto siglo había llevado la Italia con la fama de sus seducciones y de sus osadías voluptuosas: Contaba más conquistas que Jonconde y Lovelace, y de ellas se gloriaba.

„La conquista de un placer le parecía una victoria, y paseaba por todas partes el carro triunfante de sus amores.”

Causado de pasiones fácilmente satisfechas, se le antojó amar la muger de un bárbaro (*barbari mariti*) hombre poderoso y temido, una de aquellas hermosas *Criemhilt* del poema de *Nibelungen* cantadas por Sidonio Apolinario. Dejemos hablar á San Gerónimo.

„Sabiniano no temió portarse como amante y como dueño en la casa de un hombre que no tenía necesidad de nadie para vengar su ofensa, y que con una cuchillada, juez y verdugo á un tiempo, podía castigar el adulterio. Pero el seductor, sin esconderse de nada, acompañaba á la muger seducida por los jardines del marido, la trataba como muger suya,

la mandaba, la dominaba, y nada temía. El esposo fue advertido: Sabiniano se salvó por unos subterráneos que conducían desde la casa del marido á la campiña de Roma. Oculto allí algun tiempo entre bandidos samnitas, sabe que se le persigue, se embarca en la primera nave que se hace á la vela, y llega á Siria. ¿Qué hacer, después de tantas tragedias? ¿Entrará monge? Tal es el deseo que manifiesta Sabiniano; dirígese hácia Jerusalem, y hace profesion de ascetismo. Mas su vida pasada ha dejado ardientes vestigios en un alma habituada y esclava de las pasiones para que adopte las virtudes propias de su trage y de su exterior. Este pretendido monge se cubre de seda y de perlas, lleva anillos en sus dedos, cuida sus dientes con un afán de muger, su calva frente ornada muy escasamente de cabellos que han diezmado los deleites, se levanta erguida; el perfume fluye por todo su cuerpo; se pule, se baña, se frota con esponja sus miembros aun vigorosos para darles brillo.”

Era de esperar que este hombre, por causa del cual habían muerto á la punta del cuchillo muchas mugeres desposadas, que habia arrastrado por una senda de peligros y de dolor gran multitud de vírgenes romanas, haria por fin penitencia en el desierto. Pero sus pasiones le arrastraron. Una joven que acababa de consagrarse á la vida religiosa en la soledad de Belen, le pareció bella y la amó. Es menester oír otra vez á San Gerónimo como fulmina el rayo de su anatema contra estos amores del desierto cristiano. Espanta, aterra su terrible voz, cuando convertido en ardiente y celoso apóstol maldice al nuevo convertido, y á la vírgen seducida.

„Toda la Iglesia estaba en vela; la noche santa resonaba con los himnos de alabanza á Jesus, y rogaban á Dios al mismo tiempo los idiomas de todos los pueblos. Sabiniano dejaba caer una carta amorosa en la puerta misma del templo en donde estuvo el pesebre del Salvador, con el fin de que la infeliz joven doblando la rodilla para adorar encontrase debajo su mano aquella carta envenenada. Volviendo después á entrar en el coro, iba á confundir su voz con la voz de los cantores, y allí sus ojos volvian á encontrar los ojos de la vírgen. Miserable! ¿No temes que hore el Niño Dios, que te vea la Vírgen Madre, que el Dios del mundo no te aplaste en su furor? Los ángeles lloran, la estrella brilla en lo alto, Jerusalem se turba, ah! yo tiemblo, mi alma se estremece como mi cuerpo en el momento en que me esfuerzo para declarar lo que tú has hecho. Mis

lágrimas salen antes que mis palabras : el desespero y el horror ahogan mi voz..... La virgen engañada viene á encontrar á Sabiniano en esta gruta venerable, le entrega, como dote de una esposa futura y prenda de mutuo cariño su ceñidor, su pañuelo, sus cabellos. Todo puede creerse de semejante hombre, mas yo nada quiero añadir, nada suponer : el coro de ángeles cantaba sobre su cabeza, el concierto divino llenaba los aires. Ah! cuando os hallasteis solo con ella en un tal lugar, ¿ no se cubrieron de tinieblas vuestros ojos? ¿Vuestra lengua no se pegó al paladar? ¿No cayeron desmayados vuestros brazos? ¿No tembló vuestro corazon? No flaquearon vuestros pies?..... Nó : vos pasasteis adelante..... Despues toda la noche, desde un dia á otro dia, sentado bajo de su ventana, y no pudiendo verla de mas cerca por la altura de la pared, os servisteis de una cuerda para transmitirla vuestros mensajes. Levantado ya el sol, dejasteis triste y pálido aquel lugar de delicias : para apartar toda sospecha, fuisteis á leer el Evangelio de Cristo en vuestra calidad de diácono. Nosotros pensábamos que aquella no acostumbrada palidez, aquella notable extenuacion eran los resultados de vuestras piadosas vigiliass; mas vos teniais ya tomado el barco, trazado vuestro itinerario, señalado el dia, resuelto vuestra huida: la escalera que debia favorecer el rapto de la virgen se apoyaba ya sobre el muro, cuando fuisteis descubierto. O desgracia de mis ojos! ó consternacion profunda!”

Qué elocuencia! Toda esta carta de San Gerónimo de un raro ingenio, de una fuerza extraordinaria, no solo lleva el sello de la mas ardiente conviccion y del celo mas puro, sino que presenta una grande curiosidad histórica. Las costumbres de la época se concentran en una breve anecdota, bastante comun por otra parte : el corrompido romano piensa únicamente en sus delicias; la muger del vencedor, germano ó vándalo, cede á la seduccion; el cristianismo y el desierto ofrecen un asilo al culpable; y en el desierto mismo, la pureza cristiana se halla expuesta á los tiros, á los lazos y á la rapacidad del voluptuoso paganismo. El mismo santo siente en sí aquella doble ley del espíritu y de la carne de que hablaba el profundo apóstol, y que encierra toda la historia de la virtud y del vicio en la naturaleza humana. Tambien asomaban á su imaginacion ardiente y arrebatada las danzas voluptuosas de las

doncellas de Roma, sepultado en los hondos desiertos de la Tebaida; pero el atleta impávido mostraba en sí mismo la grande fuerza de aquella gracia derramada sobre el mundo por la sangre del Redentor, gracia que se esforzaba en hacer triunfar de la rebeldía de las pasiones en el mundo cristiano que acababa de nacer. Su cuerpo era de yelo, á pesar de la penitencia mas cruda, sentia arder en su seno un incendio de concupiscencia, como una hueste formidable que batia las puertas de su corazon. Fatigado de tan terrible combate, arrojaba á las malezas el miserable saco de su cuerpo; gemia, suspiraba; se abrazaba fuertemente con la cruz del Salvador, como quejándose dulcemente de tanto sufrir. ¡Qué es esto, Dios mio! que-reis abandonarme á mi propia debilidad? Sin vuestro amor, que me sostiene, ya me diera yo por vencido. Sufria el santo, pero no consentia: era afligido, pero no culpable: cuanto mas padecia, mas grande era á los ojos de Dios: detenia quizás desde su cueva solitaria la caída del imperio romano.

No es verdad, como lo ha pretendido recientemente Gibbon, y antes de él el filósofo de Ginebra, que el Cristianismo arruinase el imperio romano, debilitando sus fuerzas y su valor: lo indudable es que la ruina del imperio favoreció el desarrollo del cristianismo, como si la obra de Dios tuviese que levantarse sobre las ruinas de la obra del hombre. El cáncer de la corrupcion devoraba ya las entrañas de Roma desde el funesto triunvirato, debilitándose sus fuerzas con la tiranía, y desangrándola con la persecucion. Penetraron los bárbaros hasta el corazon del imperio, y los hijos de la nueva civilizacion cristiana se precipitaban de todas partes hácia las iglesias y las soledades para escapar de la brutal ferocidad de las hordas victoriosas; buscábase el desierto, como la mansion de la paz, y en aquel diluvio de barbarie en que Dios parecia querer acabar otra vez con el mundo, asíanse de la penitencia, en expresion de San Gerónimo, como única tabla de salvacion (*tabulam penitentiae tenentes*). Los espíritus huian como los cuerpos

hacia la ciudad divina, hacia la esperanza de una inmortalidad. Como si la Providencia dispusiese aquella inmensa catástrofe para que la religion apareciese ya en sus primeros períodos bella cual la confianza del cielo á los que huian de las miserias de la tierra. Salviano en su tratado de *Gubernatione Dei*, San Agustín en su *Ciudad de Dios*, San Gerónimo en todas sus cartas de fuego que caian de su gruta de Belen sobre el mundo, á manera de ondas de lava abrasadora, todos respiran este disgusto, este dolor, esta indignacion.

„¿Qué vemos en el mundo? pregunta San Gerónimo: la muerte de nuestros amigos, los suplicios de los ciudadanos, el incendio de las ciudades y de las casas de campo, la ruina de las provincias, la cautividad de nuestros prójimos, los feroces semblantes de los enemigos, naufragio universal que no nos ofrece sino una tabla de salud, la fe de Cristo!”

Los gozes de la existencia, el amor, el matrimonio, la ternura de los hijos, las mil delicias domésticas mas puras é inocentes trocábanse en fuentes de amargura y causas de desesperacion. San Gerónimo dirigiéndose á una muger que trataba de casarse, le dice:

„Y ¿pensais vos en esto? En medio de circunstancias tan lamentables, cuando se os arrebatan vuestros bienes, cuando se os destruyen vuestros intereses, cuando todo es un desastre, tomar un marido! Vuestros hijos se verán al momento asaltados por la miseria ó por el hambre! Vuestras amigas y compañeras de boda llevarán luto, llenas del mayor desconsuelo! El canto del himenco será interrumpido por el clarín de los bárbaros! Y este marido, ¿qué hará? Ó le veréis huir ó luchar.”

Conmueve verdaderamente este fondo de desesperacion, esta lúgubre realidad que aparece de tiempo en tiempo en los filósofos cristianos del cuarto siglo. Parece que asisten á los funerales de todo lo grande, de todo lo bello, de todo lo dulce que da la tierra, y no les queda mas que el cielo. ¡Qué hubiera sido de la humanidad si esta desolacion general hubiese aparecido antes que el Cristianismo! ¡Qué hubiera sido del hombre perseguido sin la dulce esperanza de una felicidad mejor á la que no podia llegar el hacha del bárbaro! Ni aun

era permitida la queja: los bárbaros no perdonaban á los que hacían oír su llanto, y los vencidos, ó por exceso de desespe- ración ó de debilidad, callaban.

„Ay de los que se lamentan! (el elocuente Gerónimo es quien habla todavía), ay de los que los escuchan! todos lloramos, pero en silencio, y hasta peligraría el que nos oyese llorar. ¡Se nos prohíben los gemidos!”

Desdichado mundo arruinado! los cristianos, viendo Roma abatida, no podían creer que el globo pudiese sobrevivir mu- cho tiempo. *Quid salvum si Roma perit?* Si perece Roma, ¿habrá nada que pueda sostenerse? El cristianismo se asia del único poder existente, y reconocía el imperio como una base de toda existencia social. Tal era el sentir comun á todos los escritores de aquella época.

Al momento en que Gerónimo se preparaba para comentar á Ezequiel, se le vino á noticiar que Roma había sucumbido.

„Mi alma quedó confusa: enmudecí por largo tiempo pensando que nuestra edad es una edad de lágrimas. — Un año despues, vuelve otra vez á sus reflexiones. — „Al punto los bárbaros, desbordándose como un tor- rente, devoran el Egipto, la Fenicia, la Siria.” — Poco tiempo despues.— “Tiembra todo el Oriente: el Cáucaso vomita enjambres de Hunos, cuyos caballos, veloces como el viento, les arrojan sobre todas las orillas, y que derraman la sangre con espanto. ¡Ojalá se digne Jesús alejar para siempre del imperio romano estas fieras terribles! En todas partes se hallaban antes que se les aguardase, adelantándose á la noticia de su llegada, sin piedad por la religion, por el sexo, ni aun por el infante que da tiernos vajídos. Se le degollaba mientras sonreía á su asesino, y se le lanzaba á la muerte antes que hubiese comenzado la vida.”

No se detiene por largo tiempo Gerónimo en estos cuadros sublimes; su alma inmensa abraza la Biblia, la soledad, el as- cetismo, el estudio de las cosas santas, la esperanza del cielo, en fin, con un ardor increíble. Instruido en las lenguas latina, griega, hebrea y caldea; lleno de los tesoros de sabiduría de cada una de ellas; oráculo de los sabios de su tiempo y de su posteridad; sacerdote, doctor, orador, filósofo, penitente so- litario, modelo de abnegacion y de sufrimiento, se presenta bajo todos aspectos como uno de los hombres mas grandes

que ha tenido el mundo, como uno de aquellos colosos, cuya figura, como la de Homero, se hace mas grandiosa al traves del polvo de los siglos. A pesar de la elevacion de sus miras, no podia apartar del todo sus ojos del infeliz estado del imperio.

„Nó, yo no me atrevo á fijar mi pensamiento en las ruinas de nuestra época: mi alma siente horror al mirarlas (*horret*). Veinte años hace que la sangre romana se derrama cada dia á torrentes entre Constantinopla y los Alpes-Julianos. Scytia, Tracia, Macedonia, Dardania, Dacia, Tesalónica, Epiro, Acaya, Dalmacia, las dos Pannonias, todo es presa de los Bárbaros que desolan, despedazan, devoran. Cuántas nobles madres é hijas ilustres son el juguete de estos monstruos! cuántos obispos encadenados, sacerdotes degollados, ciudades destruidas, iglesias convertidas en establos para los caballos, reliquias profanadas! Donde quiera no domina sino el luto, el gemido, la muerte. El mundo romano se desploma, mas la frente de los cristianos se levanta todavía, y nos hallamos en pie sobre tanta desolacion. (*Romanus orbis ruit; et tamen cervix nostra erecta non flectitur*).

En medio de tanto abatimiento, y de su humildad profunda, el alma de Gerónimo es un tipo de grandeza y de magnanimidad cristiana; no tiene orgullo, pero tiene elevacion, porque la humildad no es bajeza: es sublime como la caridad, é inmutable como el cielo. El admirador de Horacio repite con frecuencia en sus cartas aquella divisa filosófica que hizo célebre al cantor de Venusa:

Si fractus illabatur orbis

Impavidum ferient ruinae

realizando en la constancia cristiana esa teoría magnífica del saber pagano. Cristiano ardiente, pero incapaz de debilidad, todos sus sentimientos son nobles, generosos. No puede abatirse mas á sí mismo, pero sabe reprender y condenar la cobardía, la flojedad romana.

„ ¡O vergüenza! ó estupidez increíble! el ejército romano, vencedor del mundo, señor del mundo, tiene miedo, tiembla, es vencido. Tiene miedo á esos hombres montados en rocines, que se creen muertos al tocar en tierra, y que no saben andar..... Oh! si pudiera subir á una

altura desde donde se descubriera á mis ojos el mundo entero, yo te mostraria el universo sepultado debajo de sus ruinas; pueblos que se precipitan sobre pueblos, tronos cayendo sobre tronos, tormentos, degüellos: estos devorados, aquellos esclavos.... La grandeza y el terror de la realidad hace enmudecer el labio; todo lo dicho es nada si se compara con lo que es."

Este pasage es digno de Isaías.

„O república deplorable, esclama en otra parte: los Pannonios y los Herules te han devastado! En las ciudades, el hambre; fuera de ellas, la cuchilla. Tanto tiempo ha que lloramos, que las lágrimas se han secado en nuestros ojos. Roma ha combatido en el corazon de sus dominios, nó por la gloria, nó por la libertad, sino por la existencia: combatido! nó: ella ha vendido sus muebles; ella ha dado su oro para vivir! Roma perece: ¡qué cosa humana puede tener confianza de existir!"

Yo lloro, (dice San Gerónimo) las *exequias del mundo*; „*totius orbis mortuos plango*." Esta palabra abraza toda el alma de San Gerónimo, el cual dice en otra parte con un dolor mas contenido: *Romanus orbis ruit*. El mundo romano se desploma.

Desplómase en efecto, en su poder, desolado por el hacha de los bárbaros; abátese en su orgullo, destruido por la moral cristiana. No presenta una sola obra la antigüedad en donde esta doble destruccion material y moral se pinte con tan vivo y trágico colorido como en las cartas de San Gerónimo. En primera línea, y como causa activa de esta ruina hallaréis la imágen de las costumbres sensuales, del amor á la disipacion y al deleite que desde los Antoninos, conducian á Roma á la esclavitud. El elocuente é inspirado observador mira en la sensualidad el cáncer que acaba de devorar el imperio, y el cáncer que va royendo las entrañas del cristianismo. La antigua filosofía la habia condenado como la ruina de los pueblos: la nueva religion la condena ademas como la perdicion del alma. Gerónimo reunia en sus profundos lamentos estas dos grandes causas de dolor.

En el cuarto siglo todas las almas que sufren vuelan hácia

el Cristianismo. La Religión de Jesucristo triunfa de nuevo por el dolor; muéstrase ser la verdadera religión del hombre, porque es la religión del afligido, del desgraciado; el paganismo cae: la sangre con que se baña el imperio romano fecunda la nueva creencia.

„El capitolio, el de las bóvedas doradas (dice San Gerónimo), está desierto y escuálido (*squalid*). Todos los templos de Roma se cubren de polvo, en ellos trabaja la araña su tejido. La ciudad entera sale de sí y corre á las iglesias cristianas, medio quemadas, y baja á los sepulcros de los mártires. El paganismo abandonado, llora. Estos antiguos dioses de las naciones confinados bajo sus techos, parten sus atrios desolados con el buho y con el mochuelo. Brilla la cruz sobre el estandarte de los soldados, y este emblema de nueva vida se ve decorar la púrpura real y centellar sobre las diademas. Hasta el Sérapis de Egipto se ha vuelto cristiano. De la India, de la Persia, de la Etiopia corren al desierto cohortes de solitarios: el Huno, el Armenio aprenden los Salmos; las legiones rubias de los Getas pasean por el mundo el estandarte cristiano... Aquí nos vemos agobiados por nuevos hermanos que nos vienen de todas las regiones de la tierra, nos falta lugar para ellos; y sin embargo ni podemos hacer mas de lo que alcanzan nuestras fuerzas, ni renunciar á la obra comenzada. No tenemos ya mas recursos, acabamos de enviar á Europa uno de nuestros hermanos encargado de vender nuestras casas de campo, medio destruidas por los bárbaros, y los restos de nuestros patrimonios.”

El que escribía estas líneas en el desierto era tan pobre, que no podía pagar un secretario, y que agradecía á un amigo por haberle enviado un pequeño gorro que le venia demasiado estrecho. *Pileolum texturá brevi, charitate latissimum, senili capiti confovendo, libenter accepi, et munere et muneris auctore letatus.* « Acepto con placer el pequeño gorro que me enviáis para guardar del frío mi cana cabeza; estrecho es, pero la caridad le ensancha, y le amo tanto por el regalo como por quien me lo manda.”

Al traves de la puerta de la gruta habitada por el ardiente anciano que no tiene con que cubrir su cabeza encanecida, contempláis toda la transformación del mundo. Roma no es ya

Roma: el gérmen vigoroso de la civilizacion se halla en el desierto. Allá donde abundan las riquezas, la opulencia, las delicias, la industria, el lujo, los placeres, las letras paganas, en Roma y en Grecia, ya no hay vida, sino una verdadera muerte, la muerte del alma, del valor, de la fuerza moral. En el desierto se formula la verdadera disciplina. Sus creadores, fijos los ojos en el Evangelio, la redactan sobre aquel modelo; los unos, tales como Cipriano, en clase de legisladores y de políticos: los otros, como Agustino, en clase de metafísicos sublimes, y dialécticos robustos; otros en fin, como Gerónimo, mil veces mas grande, aun mirado bajo el aspecto social, y prescindiendo del religioso, que Juan Jacobo Rousseau, en clase de profetas inspirados, que lanzan el rayo del anatema con el precepto, y señalan al mundo la senda por la cual ha de marchar. Gerónimo es sin duda el mas ardiente de estos regeneradores intrépidos; presenta y compendia en sí mismo toda la madanza del mundo idólatra en el mundo cristiano, y practica y predica y propaga las virtudes del Evangelio en su grado mas sublime de perfeccion, echando las raices de una sociedad ascética que ha de ser el núcleo de la nueva civilizacion. Un fervor que todo lo devora, no ha arruinado la fuerza, el brillo, el grandor y hasta la delicadeza de aquella inteligencia extraordinaria. No obstante de predicar una virtud austera hasta la abuegacion, una vida social tan pura como el ascetismo, la ciencia divina como la única ciencia, ó la que debe absorverlas todas, y la excelencia de la virginidad; á pesar de exigir los mayores sacrificios y la mayor pureza del hombre interior; nadie comprendió mejor que este genio terrible la debilidad humana, y la indulgencia que merece y que exige. Cualquier otro filósofo en su lugar se hubiera abandonado al estudio como un frenético, y á su indignacion contra los hereges, como á un furor indomable; sin embargo la dulzura del cristianismo le contiene, le modera, le ablanda como un niño. En sus discusiones con el filósofo maniqueo es de ver

aquella violencia impetuosa luchar contra la moderacion que él mismo se impone, y la rebelion incansable de su naturaleza forcejar para romper y hacer pedazos la ley de la caridad á la que obedece como un cordero. Hé aqui la grandeza cristiana.

La vida de este hombre extraordinario es un prodigio de desprendimiento. Gerónimo inclina ya su frente bajo el peso de los años, no tiene secretario ni copista á causa de su indigencia. Su vista, fatigada por una lectura asidua, le niega su auxilio. Pero él trabaja todavía, y trabaja siempre en su gruta. Para sí no es nada, ni quiere nada : es muerto á los deseos de su corazón. Pero una luz superior le inspira y le sustenta; tiene la elocuencia de la caridad que es universal, y una elocuencia que sorprende el mundo : tiene consejos para los cristianos : estudia la Escritura, la comenta, la traduce. Nadie ha comprendido con un gusto mas esquisito las dificultades ó mas bien la imposibilidad de una traduccion perfecta. Oigamos ahora al delicado literato, y erudito traductor.

„Casi nunca veréis, dice, las bellezas de una lengua aparecer con el mismo brillo en un idioma extraño. A tal palabra, por ejemplo, cuyo significado griego es preciso, no hallo en latin otra que la reproduzca con fidelidad. Recorro á la perifrasis, y á pesar del largo rodeo apenas puedo llegar á mi objeto. Añadid á esto las escabrosidades de la inversion, las diferencias de los casos, la variedad de las imágenes. Cada lengua posee su vida propia; su carácter individual y nacional; tal palabra, vertida literalmente, parece absurda : viendo la discrepancia, pruebo invertir el orden ó el giro de la frase; pero se me dice al momento, que falta á los deberes de traductor. ¡Qué mas bello que los salmos y los libros hebreos! Pues bien, á los que traducidos los leen les parecen incultos, agrestes, salvages, por no penetrar la médula del sentido, no percibiendo sino un tejido grosero de traduccion manca y desfigurada. Las obras hebreas traducidas en griego dan al oido un sonido muy diverso : traducidas en latin, sus partes no quedan enlazadas, y se hacen incomprensibles.”

Era Gerónimo uno de aquellos espíritus ardientes que no se contentan de la superficie, y de las apariencias; descendia hasta el fondo de las cosas por la fuerza de la pasion, asi como otros

las penetran por la intensidad de una meditacion infatigable. El estudio le costaba angustias y lágrimas, como la religion y el amor.

„Despues de haber agotado los delicados preceptos de Quintiliano, la solemne gravedad de Fronton, el estilo agradable de Plinio el jóven, volví al alfabeto, aprendí á deletrear el hebreo, repetí las palabras rechinantes (*stridentes*) y las guturales rucas de este idioma. Oh! cuántos trabajos y dificultades! cuántas veces desesperé de conseguir mi intento! cuántas interrupciones, cuánta obstinacion y violencia para volver á seguir el trabajo ya abandonado! Solo lo saben los que á mi lado estudiaron. Semilla amarga del estudio cuyos frutos suaves empiezo á gustar en el dia.”

El Cristianismo es deudor á Gerónimo de la version auténtica de las Escrituras en la lengua que fue la de los señores del mundo, y cuyo acento magestuoso ha adoptado la Iglesia en sus pompas y en sus cautos. Asi como Pitágoras consultó á los vates de Memfis y Platon á los magos del Egipto, y los sabios de la antigüedad recorrieron muchos paises y pueblos; el mismo Pablo, vaso de eleccion y doctor de las gentes, recorrió varios puntos del Asia hasta Jerusalem, para ver á Pedro. El que consignó en la lengua de los Césares las sagradas letras, conoció toda la importancia de su empresa; y bebiendo en las fuentes del antiguo saber, y haciendo un estudio profundo sobre los dialectos orientales, se constituye en cierto modo el oráculo de la divina ley para la iglesia de occidente, cuyo centro debia serlo de todo el orbe católico. Aprovechase de las tareas de los setenta intérpretes que el sabio monarca del Egipto escogió para vertir las letras santas en la lengua de los sabios de aquel tiempo, pues, aunque dotado de uno de los mas sublimes ingenios que ha visto el mundo, nada desdeña de los talentos agenos, siguiendo la máxima modesta del primero y mas ilustre filósofo de la antigüedad: *malens aliena verecunde discere, quam sua impudenter ingerere.*

Este hombre, que reunia en sí tantas grandezas, que en su juventud habia viajado como Platon para adquirir las ciencias

y las lenguas, este hombre cuya voz había tronado siempre contra el error, fue también perseguido por la intolerancia de este error contra el cual había fulminado los rayos de su lógica irresistible. El arrogante Pelagio, el enemigo de la gracia; el que no reconocía la culpa de origen que contaminó la naturaleza humana, no podía sufrir la terrible voz del solitario de la Tebaida; y sintiéndose débil con la pluma, apeló á la cuchilla, como han hecho siempre y hacen la mentira, la impostura, la traicion. Atentó pues contra la vida de Gerónimo, el cual tuvo que escapar como por milagro nó de la cuchilla de los bárbaros sino de la espada de los sofistas, que no le perdonaba ni aun en su soledad: libróse de los lazos tendidos por la perfidia de sus enemigos, y despues de haber visto pasar noventa años por delante de sus ojos, con todos sus crímenes y con todas sus desgracias; este émulo del grande apóstol, cuyas huellas siguió tan de cerca, este amigo de Agustino, este oráculo de la sabiduría de su tiempo, confidente del papa S. Dámaso, director de las mas ilustres matronas romanas, hijo de la cultura y del desierto, que dejó á la Iglesia el fruto inmenso y admirable de su ciencia y de su celo, la version de las Escrituras de las que fue intérprete y comentador; despues de haber vivido, haciendo bien, como su modelo divino, dejó la tierra: perdió el mundo esta existencia preciosa: durmióse Gerónimo en el Señor con el ósculo de los justos; y sus cenizas reposan todavía como un venerado despojo en la capital del mundo antiguo y del mundo cristiano.

Joaquin Roca y Cornet.

ESTADO DEL CATOLICISMO en diferentes puntos del globo.

(Extracto de la *Revista Católica*.)

ARTICULO 2.^o

AFRICA.

En el Cabo de Buena Esperanza se van arrancando algunos neófitos de las garras de la herejía, se fundan escuelas para niñas, y en Port-Elisabeth y en Grahams-town se han establecido dos congregaciones. Habiéndose perdido el corto tesoro que la caridad había puesto en manos del P. Cormoran, que se salvó del naufragio, abrióse una suscripción á la cual cooperaron los mismos protestantes. La congregacion de Port-Elisabeth prospera mas de lo que se podia esperar y en la de Grahams-town, las bendiciones del cielo coronan las fatigas del misionero el P. Murphi. Auméntase el número de los católicos á medida que van conociendo mejor la Religion : se purifican sus costumbres : entre los sectarios estan divididas las opiniones, bien que á veces renuevan sus bruscos ataques.”

“¡ Cuando podré yo predicar el Evangelio á unas tribus tan bien dispuestas (escribia el P. Murphi animado con estos primeros frutos de su ministerio). Un pensamiento hay en mí que no me deja reposar : los protestantes nos han adelantado en el pais de los cafres : contentanse con enseñar á este pobre pueblo el canto de algunos salmos, al paso que no cuidan de corregir sus vicios y sus supersticiones. Y nosotros, ¿ no deberíamos tratar de instruir á nuestros hermanos en Jesucristo á costa de nuestros sudores y aun de nuestra sangre si menester fuese ?

Los cristianos se hallan esparcidos en una estension vastísima la fatiga y la muerte estenuan y acaban á los misioneros. ¿Cómo em-

prender la conversion de aquellas inmensas tribus errantes en el corazon de los desiertos con solo cuatro sacerdotes? Tiempo atras visitaron los misioneros la congregacion de Beaufort en las fronteras de la Cafrería. El gefe de una tribu, al verlos, se echó encima una capa de tela azul. Parece que aquel grupo de hombres y mugeres estaba ocupado en algun canto religioso, pero nada se pudo entender de sus voces y ahullidos. Ah! no en valde se enarbolara en aquellas regiones inaccesibles hasta ahora á toda civilizacion el estandarte santo de la Cruz! Qué conquista tan bella para la caridad ardiente de nuestros misioneros de Europa! Mas seria preciso que con los auxilios de la obra, se fijase en Beaufort un vicario apostólico con sacerdotes que sepan perfectamente el holandés. Los nuevos hijos de la Iglesia se unirian á la voz de sus pastores para dar gracias á Dios de tan grande beneficio.

DIOCESIS DE ARGEL.

El Illmo. Monseñor Dupuch, obispo de Argel, con fecha de 21 noviembre de 1840 da cuenta de su viage pastoral, durante el cual bendijo y puso la primera piedra á dos hermosas iglesias, y encontró en Aounouah un antiguo templo cristiano decorado todavía con su cruz y con su áncora; hizo oracion en las orillas de Rummel, en el sitio descubierto recientemente y como por maravilla, donde en el año 359 padecieron innumerables mártires, gloriosos defensores de la misma fe, apóstoles de la misma Iglesia católica; presidió una rara asamblea de todos los principales ministros del islamismo en Constantina; recibió dos hijos de un magnate de Cirtha para ponerlos en el pequeño seminario, y sobre las sagradas ruinas de Hipona hizo una ordenacion tan humilde como tierna.

En Cherchell no se detuvo sino un momento, resuelto á enviar allí un sacerdote para cuidar de los pobres enfermos de los hospitales militares, que anhelan con ardor los consuelos de la Religion. En Cherchell hay una mezquita magnífica con sus cien columnas de granito, sus mágicos capiteles, su patio cubierto con la sombra de los naranjos, y su pórtico imponente. Dividida en cuatro distintos cuerpos por medio de tabiques, sirve de hospital, y á este título puede llamarse ya casa de Dios; pero dentro de poco la cruz coronará su cúpula y será consagrada bajo la invocacion de San Pablo.

El mariscal gobernador de Argel escribió al señor obispo haber destinado para el culto católico la mezquita mas hermosa de la ciudad de Blidah, colocada en el recinto de la poblacion francesa, con satisfaccion de todos

los indígenas. En la cima de la cúpula se colocó una cruz, como anunciando el imperio de la religión cristiana. Recibida la carta, se fabricó como por encanto en tres días el altar, el tabernáculo y una grande y magnífica cruz de hierro colado, bajo la dirección de un jóven oficial de ingenieros no menos distinguido por su generosa piedad que por sus talentos; el cual, siguiendo el ejemplo de su general, no se presentará jamás al campo de batalla sin haber pedido, junto con la bendición de un padre, de un pobre sacerdote, de un obispo todavía mas pobre, el sagrado pan que comió Turena en la mañana del día en que una bala de cañon le hizo subir al cielo. El obispo encontró en este lugar á un gefe de brigada á quien habia amparado desde la edad de 6 años, y no habia visto aun en Argel: abrazó al prelado como un hijo que encuentra á su padre, derramando ambos lágrimas de ternura. Y ofreciéndole Monseñor Dupuch una licencia de seis meses para ver su choza, ó Burdeos, respondió: «Yo me hallo bien, mientras otros muchos soldados estan cafernos y mueren de estenuacion y de fatiga: ¿por qué pues mientras Dios me conserva la salud, no he de cumplir los deberes de soldado?» ¡Se ve que la Religion es siempre y en todas partes la misma!

En Douera recogió Monseñor un gran número de huérfanos, y encontró otros en Bouffarick: visitó con lágrimas su pobre iglesia construida de madera, á la que dió ornamentos nuevos. Y en su regreso á Blidah, para consagrar la iglesia de San Carlos y bendecir su campana cuyo vuelo hará resonar su eco en las montañas del Atlas, pondrá allí la primera piedra de una grande iglesia y de un hospital civil. El gobierno ha señalado ya 28000 francos para esta iglesia, y espera con los sacorros de la *Obra*. El mariscal asistirá á esta funcion; su nieta, la angelical María será la madrina de la campana, y Enrique de Bellouet con sus diez años y representado por su escelente padre el general de ingenieros, será el padrino, y el que bautizará se tendrá por mas feliz que él... «El tercer día, dice, entramos en la encantadora ciudad de los naranjos, en el jardin de las Hespéridas, y no exagero. El mariscal nos recibió con sumo placer. En este mismo día uestros antiguos galos rebosaban de alegría al renovar la memoria de San Martin; y en Blidah, á las puertas del Atlas, que ya puede llamarse frances, en el cuartel general del vencedor de Constantina estaban los soldados, los zapadores, que con sus manos noblemente encallecidas enarbolaban sobre la cima de la cúpula del Profeta la cruz que sus hermanos habian construido en la ciudad de los piratas argelinos: la llevaban seis árabes, y poco tiempo después encendian los fuegos que durante la noche debian iluminar á los infatigables trabaja-

dores. El jefe de estos guerreros, un mariscal de Francia, con la mano puesta en el puño de su espada, Changanier, con sus soldados estaban aguardando en el umbral del templo, conquistado con el precio de su sangre generosa, que el obispo entrase revestido con sus ornamentos de honor, con el báculo pastoral en su mano paternal, y con el santo y humilde hisopo en la otra. Despues el gobernador le entregó las llaves de la iglesia, entró con él y con ellos, y se puso en oracion. Por la primera vez, despues de muchos siglos, el *Exaudiat*, el *Laudate Dominum omnes gentes*, los acentos de los profetas y de los mártires resonaban.... El llanto, un tierno y delicioso llanto impide continuar.

« El dia de la dedicacion, 14 de noviembre, el ejército subia feliz y orgulloso las cuestas del Atlas, mirando de tanto en tanto detras de sí la señal nuevamente enarbolada por la cual vencerá : asi se lo dijo el obispo cuando dirigió á su auditorio algunas palabras que querian salir á borlollones de su corazon inundado de las mas dulces emociones de placer.

« Y el obispo, rodeado de algunos habitantes enagenados de gozo, celebraba los sagrados misterios de la fe victoriosa en union con la multitud de iglesias de su patria. Se le presentaba un jóven judío y una muger del pais, para que los bautizase, y una protestante para que recibiese su abjuracion.... El pavimento, el coro, el santuario, las fuentes bautismales, la pila de mármol de agua bendita, la balustrada para recibir la comunión, las sacristías, la casa del cura, la escuela, los huertos y sus hermosas arboledas, todo es tan perfecto, que cuando uno lo ha visto, le parece que está soñando. »

El prelado, escribiendo á los señores de la *Obra*, esclama « ay ! á fuerza de distribuir ornamentos, vasos sagrados, ropa blanca etc., vamos á quedar mas pobres que nunca. ¿ Cómo lo harémos para tantas iglesias y con tantas y tan exorbitantes cargas ? Vds. bastan. »

Monseñor Dupuch celebró en Bouffarick el santo sacrificio rodeado de flores. Alaba el celo apostólico de Monseñor de Grenoble, y concluye : En todas partes hay enfermos, pero tambien hay en todas partes los divinos consuelos de la Religion. Leyó al pueblo su carta pastoral sobre el Jubileo que se abrió en su catedral el domingo 29 de noviembre y primero de Adviento. En 3 diciembre hubo en Casboh una asamblea de la Asocacion para la propagacion de la fe.

En 19 mayo de 1841 al medio dia, despues de todo género de negociaciones y de angustias que duraron mas de siete meses, recibió del califa Abdel-Kader en persona todos los prisioneros franceses, en cambio de los prisioneros árabes que le presentó. Por las mas raras circunstancias per-

mitió Dios que el obispo no fuese escoltado por ninguna fuerza armada ni por un solo soldado. «Llegué, dice, hasta una legua y media de nuestras avanzadas, acompañado únicamente de mis dos vicarios generales, en medio de mil doscientos caballeros árabes, armados de pies á cabeza; y tuve una conferencia de tres horas con el jefe de los árabes. Durante este tiempo, estaban batiéndose á algunas leguas de aquel punto: el cañon resonaba en la direccion del collado de Tenial, y yo no tenia para mi defensa mas que el báculo y la cruz. Qué escena, Dios mio! En el día de la Ascension seiscientos desgraciados prisioneros árabes cantaban los cánticos de la libertad, mientras nosotros llevábamos en triunfo la multitud de los que la habian recobrado, en medio de las aclamaciones de los árabes y de los franceses!»

TONG-KING.

Monseñor Retord, obispo de Acanto, y vicario apostólico de Tong-King occidental refiere su viage á Macao lleno de interes y de curiosas circunstancias. El terror que inspira el tirano helaba todos los corazones, y hacia imposible que hallase quien quisiera admitirle á su bordo para transportarle al puerto de Ba-Lat. Al fin un capitán codicioso, mediante 200 pesos, consintió en conducir al prelado, el cual salió secretamente de su retiro, y despues de cuatro noches de marcha, de mil caídas en lugares llenos de barro, al traves de malísimos caminos y entre nieblas, llegó al punto convenido. Dos barcos grandes de mandarines perseguian al débil esquife apenas salido á las ondas, pero logró burlarlos la actividad de los marineros. En el puerto de Ba-Lat el mismo capitán chino se denegó á admitir al prelado á pesar del empeño contraido, porque dijo que tres veces habia pedido el permiso á su madre para conducirle; y tres veces se lo habia negado, y esta madre es un ídolo que se adora en la ciudad de Keeho bajo el nombre de Ba-Coung-Chua como divinidad tutelar de los navegantes, y en cada buque hay una imagen de este ídolo ó demonio muger, al que se ofrecen manjares y se quemá incienso. Despues de varios encuentros y peligros, llegó á las inmediaciones del puerto Vinh-Tri, donde iba á encerrarse de nuevo en su antiguo albergue. Desde allí observó que continuaba la tempestad contra los cristianos: cada día herian profundamente sus oídos relaciones de denuncias, de prisiones y de suplicios. Para colmo de calamidad el último real decreto obliga á todos los cristianos del reino á levantar templos domésticos para ofrecer sacrificios á los antepasados, y pagodas públicas para

sacrificar á los ídolos de cada pueblo. La ereccion completa de estos edificios debe verificarse dentro un año. Desde luego los mandarines recorrian las provincias para apresurar su ejecucion. Unos pueblos han doblado la cerviz, otros compran á precio de oro un plazo de algunos meses; otros resisten con valor inexplicable. Es imposible prever los resultados de esta obra infernal. Es un árbol de muerte que el enemigo del linage humano acaba de plantar en medio de mi rebaño. ¡Ojalá que á lo menos produzca los frutos del martirio! Mas ¡qué suplicio tan cruel para los pastores el verse atados en el profundo de sus retiros, mientras que los fieles tienen que luchar con tan grandes tribulaciones! Es el de un general, que desde lo alto de una colina donde se halla encadenado, ve á sus soldados combatir y perecer en la llanura, sin poderles ofrecer el socorro de su brazo, ni hacerles oír su voz para alentar su valor y dirigir sus operaciones.

Ya se dijo que en la capital de Tong-King se cortó la cabeza á dos sacerdotes del país, á uno de los cuales, cuando los conducian al suplicio, habian cargado con una carga pesadísima, y mediante cierta cantidad de dinero se logró que cambiasen aquella y pusiesen otra mas ligera al intrépido confesor.

En 19 de enero se embarcó el Prelado, y llegó, no sin peligro, á la aldea de pescadores pasando al buque que debia conducirle, casi á la vista de los vigilantes mandarines y en medio de riesgos innumerables. Temeroso el capitán de viajar en alta mar, resolvió bordear á lo largo de la costa, y no navegando sino de días pasó muchísimo tiempo para costear el largo circuito del golfo de Tong-King. Entre tanto el Prelado, libre á lo menos de violencias y apremios, se divertía contemplando aquellos variados paisajes, y aquellas rocas enormes que levantándose de todas partes del seno del mar, parece que participan de su agitacion, y ejecutan un baile gigantesco en medio de la fluctuacion de las olas. El ruido del cañon se prolongaba por mil ecos entre los innumerables rodeos de aquel laberinto, para espantar á los piratas, y en 27 de febrero llegó el buque á la isla de Hainau, hermosa y rica de vegetacion, sembrada de pueblos y de arbolados. Se cuentan en ella algunos centenares de cristianos: los sacerdotes chinos que los dirigen son por desgracia muy pocos, no obstante allí y en otra isla inmediata llamada de los Bandidos en donde ningun misionero ha puesto todavía el pie, se pudiera hacer gran cosecha de almas. Habria es verdad grandes obstáculos y peligros, pero, ¿qué importa? los traficantes del opio ¿no atraviesan aquellos puntos bajo el fuego de los cañones chinos? ¿El cielo y la salvacion de las almas no vale algo mas que las miserables riquezas de la tierra?

El 2 de marzo levaron anclas despues de haber saludado la pequeña y desierta isla de Sanciam, pero grande y hermosa á los ojos de un misionero por haber el grande apóstol de las Indias San Francisco Javier terminado en ella su santa y gloriosa carrera.

Durante su navegacion padeció mucho el Prelado. Sin camisa ni ropas para mudarse, entre gentes poco limpias, se veia devorado por los insectos. Repugnándole los manjares solo comia lo necesario para matar el hambre, dormia en una tienda muy estrecha, suspendida por medio de unas cuerdas sobre la cubierta del buque: muy á menudo las olas inundaban la tabla en que estaba echado, y pasaba noches enteras aterido del frio, por el fuerte nordeste que soplabá al rededor de su camilla. Sin embargo, el capitán tuvo compasion de él, y le prestó durante algun tiempo una cubierta de lana para pasar las noches, y una capa de piel de oveja para el dia. Disgustábale profundamente las absurdas supersticiones de los chinos: sus libaciones, incienso y sacrificios á los espíritus *infernales* de todos los lugares por donde pasaban, y el tenerse que esconder á cada nuevo pasajero que entraba, respirando por el humo de la pipa y el hedor de los vestidos mugrientos un aire fétido y malsano.

Sin embargo llama deliciosos y felices para él los cuarenta y seis dias de esta penosa navegacion, comparados con la mayor parte de los que pasó en Tong-King en el espacio de ocho años. Al llegar á Macao, tuvo el gozo de abrazar á sus hermanos, de andar con ellos por las calles sin temor de los mandarines, de visitar las hermosas iglesias católicas, despues de ocho años sin haber visto ninguna, y de oír el sonido religioso de las campanas y el magestuoso canto de la Iglesia acompañado del órgano. Pareciale despertar de un sueño inquieto y angustioso, ó como el ave largo tiempo encerrada que vuelve á volar por las libres regiones del aire.

Las últimas palabras de esta carta son dignas de trasladarse, y descubren el celo ardiente que devora al venerable obispo de Acauto por la gloria del Señor y el bien de sus semejantes. „Ahora voy, dice, á recibir la consagracion episcopal. No pudiendo esta verificarse en Macao, donde actualmente no hay obispo, pasaré á Manila para regresar luego despues á mi amada y desgraciada mision. Este regreso será peligroso en extremo, y podrá muy bien suceder que despues de haber recibido la mitra, reciba un sahlazo que derribe á un mismo tiempo la mitra y la cabeza. Me aconsejan que vuelva á Francia, y aun se ofrecen á costearme los gastos del viage: sin duda la patria me es muy amable, y la veria otra vez con sumo placer: pero ¿he de consentir que perezcan doscientos mil cristianos que hay en mi mision, y que por mi cobardía se apague esta antorcha de la

fe, que otros encendieron á costa de mil sudores y fatigas? ¿Por ventura le es lícito al pastor alejarse de su rebaño, precisamente en el momento en que los leones rugen con mas furor? ¿Debe el soldado abandonar su puesto porque está viendo la espada que le amenaza? Nú: nó.

„ Aunque todos los ejércitos del tirano estuviesen escalonados en el camino para cerrarme la entrada en la China, es necesario que yo sea fiel á la órden que me llama. Los muros de mi Jerusalem estan caidos, y á imitacion de Nehemias, es necesario que yo los reedifique, ó que me sepulte debajo de sus últimas ruinas. Sé que me aguardan muchas tribulaciones y miserias: las veo amontonadas á lo lejos á manera de negras y humosas moutañas, pero gracias á Dios, no las temo: todo lo que deseo es concluir mi carrera apostólica, y cumplir el ministerio que mi Señor Jesus me ha confiado.”

Qué language! qué intrepidez! qué heroismo! ¿Quién sino la religion divina de Jesucristo, todo amor y caridad, puede inspirar estos sentimientos?

Concluye rogando á su amigo que antes de recibir noticias ciertas de su muerte, no deje de escribirle y de rogar á Dios para que derrame bendiciones sobre sus trabajos. Posteriormente anuncia que su consagracion se verificó en Manila el domingo 31 de mayo de 1840, y escribiendo desde Macao, se lamenta de no haber podido encontrar una ocasion favorable para poder regresar á Tong-King.

OCCEANIA OCCIDENTAL.

Los geógrafos dan á la isla *Futuna* el nombre de *Horn* ó de *Aloufatou*. Tiene sobre diez millas de circuito, es fértil en extremo, y mirada desde el mar se presenta como un ramillete de flores ó de follage. Su poblacion no llega á mil almas, pues las continuas guerras la han ido despoblando de modo que la mayor parte de sus valles se encuentran hoy desiertos. Hay frecuentes terremotos, á veces hay hasta veinte en el espacio de un dia, y algunos tan violentos que parece vaya á hundirse la isla. Esto hace congeturar que Futuna se halla sobre un volcan, ó que un volcan la ha formado. Los naturales dicen que el dios *Mafuissé-Foulou* está echado en una gran profundidad debajo la isla: despues de haber dormido de un lado durante un año, se vuelve para dormir del otro lado, y con los esfuerzos que hace para volverse, conmueve la isla. Si el cráter se abriese, podrian añadir que *Mafuissé* sopla el fuego; esta fábula seria tan poética como la de Encédalo en tiempos antiguos.

El pueblo de Futuna es muy hospitalario. Los misioneros católicos recibieron allí la mas cordial acogida y el mismo rey Niuriki les proporciona socorros. Asegúrase que estos isleños, convertidos á la fe, serian los mejores cristianos de la Oceania. Pero son en extremo supersticiosos y tiemblan de la divinidad, á la cual adoran solo por temor. Si nos hiciésemos cristianos, esclaman, nuestros malos dioses nos devorarían en el exceso de su cólera. Creen que los dioses inspiran á ciertos hombres, y que su rey Niuriki es morada de un dios. El rey se complace en alimentar este error, y este es el principal obstáculo para su conversion.

En todo ven el efecto del furor celeste. Si ven á alguno enfermo, corren á la casa del dios que ha de comerle, y no faltan impostores que se aprovechan de sus ricas ofrendas. Una vez invocaron al dios del agua para la lluvia, ofreciéndole sacrificios en la cumbre de la montaña. Un jóven les dijo que esta gracia estaba reservada á *Jehová* el dios de los cristianos. En efecto, se hallaron burlados, los ídolos no les escucharon, y ellos cubiertos de rubor respondian á uno que les echaba en cara la impotencia de su númen: es un dios malo que nos deja abandonados á nuestra falta de limpieza, pues no podian bañarse.

Luego de llegados los misioneros católicos, aquellos habitantes les ayudaron á construir una pequeña barraca, muy sencilla, habiendo levantado las paredes y el techo con palos ordenados en forma de zarzo, entretnejidos con hojas de coco. El primer cuidado de los misioneros fue visitar las diferentes familias y estudiar la lengua y las costumbres del pais para poder luego anunciarles el Evangelio.

La guerra es la mayor calamidad para aquellos isleños, pues no siendo muy numerosos se hallan divididos en dos partidos encarnizados, que estan siempre á punto de romper. El mismo rey hizo trasladar á su palacio los efectos de los misioneros, y atiende mas á las necesidades de estos que á las de sus propios hijos. Les preparó un alojamiento en su palacio, y mandó construir para ellos una nueva barraca levantada con bambús clavados en tierra, entretnejidos con cuerdas, y á pesar de ser tan sencilla fue la maravilla de toda la isla. En la noche del 2 al 3 de febrero descargó con furor una tempestad, y los rayos, los truenos, los torrentes de lluvia, el ruido espantoso del mar se confundian con los gritos de los isleños que invocaban á sus divinidades: los tres misioneros luchaban contra el huracán, haciendo todos los esfuerzos para sostener su pequeño palacio, pero tuvieron que ceder á la fuerza del viento que comenzó por levantar el techo y llevárselo á pedazos; y poco despues el cuerpo del edificio, sacudido y agitado por todas partes, cayó del todo arruinado, quedando

ellos á la intemperie. La mayor parte de las casas tuvieron igual suerte. Como los cocos, los plátanos, los árboles de que se hace el pan y todas las demas producciones de la isla quedaron en tan mal estado, se temia una hambre voraz; pero los esfuerzos de los isleños evitaron esta calamidad.

Reuniéronse á aquellos misioneros los que pasaban á la Nueva Zelandia. El P. Bataillon la misma tarde de su llegada hizo un sermón á los naturales. En el dia de la Ascension, despues de cantada una solemne misa en el palacio del rey, se anunció de nuevo la palabra divina, y todas las tardes hasta el Pentecostes, á donde acudia la multitud profundamente conmovida por la magestad de las ceremonias, la hermosura y grandeza de la Religion, y el celo y la caridad de sus ministros que les cautivan con sencillos regalos, y les hacen derramar lágrimas de ternura, sobre todo cuando se les habla del interes que la Francia y la Europa toman por ellos.

Un dia lograron del rey los misioneros que les permitiese quemar una multitud de dioses de segundo orden, que eran el terror de Futuna y de las islas vecinas. Entregaron pues á las llamas á aquellos dioses ridículos y objetos de su culto. Los naturales temerosos no quisieron acercarse al lugar de la quema, y cuando vieron sanos y salvos á los misioneros no sabian cómo explicar su admiracion y su gozo. Este *prodigio* hizo perder visiblemente el crédito á las falsas divinidades: dos pueblos enteros pidieron el bautismo, y dijo el mismo rey que no aguardaba para convertirse sino el momento en que toda la isla se declarase católica. Todos celebraban su dicha. Mas furioso el espíritu infernal de ver triunfar en este pais el reino de Jesucristo, vino á encender el fuego de la guerra. Por un incidente de venganza se levantó un grito de alarma, y la guerra se declaró. Los misioneros corrian de un campo al otro para lograr la paz, hicieron súplicas, y lograron que el rey Niuriki enviase diputados de paz á su rival: pero este no cedió. El P. Saniel, misionero de la sociedad de María les rogaba, les conjuraba, les amenazaba con la venganza divina, agotaba todos los recursos de su ingenio para pintarles los estragos de la guerra, mas ellos respondian que para hacerse cristianos querian ser antes vencedores. Infelices! El diez de agosto fue el dia fatal. Despues de choques y resistencias, el rey Niuriki quedó vencedor, muriendo su rival en la refriega, un jóven ingles, y la mayor parte de los gefes del bando opuesto. Hubo 24 muertos por parte de los vencidos y 13 por parte de los vencedores, número por cierto considerable, atendida la corta poblacion de Futuna.

Concluida la batalla recorrieron los misioneros el campo para dar so-

corro á los heridos de lanza y hacha, que son el arma con que pelean aquellos isleños. Siendo las heridas enormes fue necesario arrancar de los cuerpos los hierros de las lanzas, curar los heridos, y transportarlos á casas inmediatas. El P. Chanel dió el bautismo á tres hombres que lo pedían. Lástima daba ver á la esposa recogiendo en sus manos la sangre que derramaba su esposo, y echarla sobre su propia cabeza dando espantosos alaridos. Todos los padres de los heridos iban recogiendo del mismo modo hasta la última gota de la sangre de sus hijos. Se les veía aplicar sus labios á las hojas de los arbustos, y chupar la sangre con que estaba teñida la yerba.

El P. Chanel, fatigado, suspiraba dirigiendo súplicas al cielo en favor de aquel pueblo que se complace en llamar suyo. Era la noche. ¡Cuán largas son hasta las noches de los tópicos en los momentos de aflicción!

Se hizo la paz, y el celoso misionero vuelve á sus tareas de caridad. «He bautizado, dice, algunos adultos y niños, y son pocos los que rehúsan el bautismo cuando se hallan en peligro de muerte: tengo una porción de catecúmenos: muchos no pueden por ahora declararse abiertamente por respeto á sus familias: lo mas importante es hacer resolver al rey porque todos los demas imitarán su ejemplo.

El hermano José Javier, procura trabajar en todos los oficios aun los mas humildes, para atraerse el afecto de los salvages, y concluye su ingenua carta con este hecho: Hace algun tiempo que tuve lugar de ver á la reina: me pareció muy triste, y preguntándole la causa me respondió: estoy muy mala: padezco un dolor cólico de resultas de haber perdido mi cuchillo. Pero V. que es natural de un pais tan bello, ¿no podria encargar á algun amigo suyo rico, cuando escriba á Francia, que me envíe un cuchillo? Yo quisiera que el mango tuviese cinco pulgadas y la hoja cuatro. Tambien quisiera una botella para poner aceite, y un collar de gruesas perlas. Si todo esto se colocase dentro una cajita destinada para mí, yo estaria contentísima y cesaria mi enfermedad. Confiamos en que algun dia podremos satisfacer los deseos de esta buena reina.»

ANUNCIO.

Conversion de un israelita, el señor Alfonso Ratisbonne, contada por él mismo. Opúsculo libremente traducido que ofrece á la juventud española D. J. R. y C.; redactor que fue del periódico *La Religion*.

La precede una breve introduccion del traductor. La sinceridad de esta narracion interesa sobre manera á todas las almas grandes y generosas. En el autor de esta especie de confesion recaia todo lo que puede apetecerse para hacer asombrosa esta mudanza: juventud, talento, riqueza, las esperanzas mas bellas, de una parte; y de otra, ignorancia absoluta de las cosas santas, desden, altivez, indiferencia, odio á las ideas y prácticas religiosas, y aquella verdadera estupidez de espíritu á que el mundo incrédulo da el nombre halagüeño é impostor de *despreocupacion*. Es un hecho de los que pueden tener mas importancia en la época, y cuyos mas minuciosos pormenores excitan todo el interes de la curiosidad.

Véndese en la librería de A. Pons y compañía, calle Ancha, en la de Font, bajada de la Cárcel, en la de Valentin Torres, en la Rambla de los estudios y en la de la viuda Plá, calle de Cottoners, á 2 rs. vn.

Tenemos el gusto de anunciar que, segun noticias fidedignas, el recién convertido ha tomado ya la sotana en la célebre Compañía de Jesus.

CHATEAUBRIAND.

Cuando aparece en el mundo algun genio privilegiado y extraordinario, nunca está por demas un estudio atento de su vida, como que no solo se descubre en ella la noticia del individuo, curioso aunque no fuera por otro motivo sino porque es grande, sí que tambien se halla la influencia que en su época ha ejercido, poderosa en tiempos de trastornos y reveluciones, en que los hombres obran sobre las cosas, y los acontecimientos á su vez vuelven á obrar sobre los hombres, en especial sobre el curso de sus ideas, no menos que sobre la elevacion y fuerza de sus sentimientos.

Chateaubriand vino al mundo en Combourg en 1769, hijo de una de las antiguas familias de la Bretaña. Hay aqui una circunstancia particular digna de notarse y que parece tener algo de providencial: es la muerte coetánea de los dos hombres representantes de la doble revolucion religiosa y política, que en el siglo pasado la Francia y tambien el mundo experimentó, y el simultáneo nacimiento de los representantes de la doble restauracion política y religiosa que años despues se verificó en la misma Francia. Voltaire y Rousseau perecieron en el mismo año (1778). Voltaire que habia contribuido mas que nadie al impío triunfo de sus sacrílegos sistemas, y que con la omnipotencia de un talento gigante, y con la sátira amarga de su carácter bufon, y con el ascendiente que le daba la autoridad de gefe de escuela, y el prestigio de una reputacion universal,

habia influido mas que otro talento alguno de cuantas notabilidades y talentos engendró el siglo XVIII, al descrédito y aniquilamiento del órden religioso. Rousseau, que con sus vibrantes palabras y su elocuencia de fuego, y con la irritacion de un genio melancólico y fiero, y con la boga inmensa de sus democráticas doctrinas habia sido la zapa, la palanca terrible que socavó; levantó y arrojó al aire las antiguas instituciones que habian hasta la sazón sustentado la Francia y el mundo.

Pues bien; el mismo año nacieron tambien Chateaubriand y Napoleon. Napoleon que habia de levantar la sociedad del caos en que Rousseau la habia hundido, y crear otra vez y comunicar nuevo equilibrio al gobierno anegado en una república de sangre, y destruido por la insensatez y el delirio de los mas exagerados sistemas. Chateaubriand apóstol y gefe de una nueva escuela literaria, así como Voltaire lo habia sido en su tiempo de la suya: Chateaubriand á quien estaba reservado el alto privilegio de cantar con inimitables y nunca oídos acentos las bellezas, las glorias y la pompa de aquella religion misma sobre la que habia arrojado el filósofo de Ferney todo el ridículo de su espíritu atrocemente sarcástico y maligno. Y adviértase para que el contraste sea mas vivo, que Chateaubriand alza la religion y la adora sobre aquellas mismas bases, sobre aquel sagrado pedestal, del que habia intentado precipitarla Voltaire, usando en su defensa armas enteramente contrarias, de las que para su ataque el amigo de Federico se habia valido. Voltaire no habia precisamente atacado el culto con el sofisma; se habia sí esforzado en cubrirlo de ridículo, derramando sobre él la befa y el sarcasmo: pues Chateaubriand no tanto defiende la verdad de la religion con el raciocinio, como se esmera en presentarla bella, interesante, admirable, es decir, hace lo contrario de lo que el hijo de Arouet habia hecho; que contrarios son la belleza y la fealdad, la admiracion y el sarcasmo, lo ridículo y lo sublime.

Cuando Voltaire y Rousseau descendieron á la tumba, no

alcanzando á ver la revolucion tempestuosa y terrible que habian provocado, y que amagaba al horizonte europeo, habia dos niños nó de mas edad que de nueve años, que jugaban, el uno en las orillas de Ajaccio, el otro en las riberas de San Malo, que llevaban sin saberlo sus padres un foco de genio y un inmenso porvenir, y á quienes estaba reservada la gloria de señalar como el Criador á los mares, límites á la espantosa avenida, que en su horrible desbordamiento todo amenazaba inundarlo.

Consignada esa reflexion que no hemos querido que pasase desapercibida, emprendamos otra vez nuestro comenzado camino.

Melancólicos y sombríos, al par que solitarios y pacíficos se deslizaron los primeros años de Chateaubriand dentro las bóvedas del castillo paterno situado en las playas de la Bretaña. Allí crecía y se alzaba este pequeño árbol, agitado por los vientos de los bosques, y mas aun por las tormentas y deseos errantes que empezaron á levantarse en su alma. El jóven frances hizo sus primeros estudios en el seno de la familia; y como que hubiese la circunstancia de ser un hijo segundo y sin fortuna, debieron deser á lo que parece y atendida su posicion no menos que el carácter severo de su padre, graves y serias las lecciones que recibió. Desde sus mas tiernos años aspiraba, ese espíritu que rebosaba en poesía los perfumes de Homero y Virgilio, entregándose ademas á mil estraños sueños y delirantes ilusiones. El niño de Combourg no habia visto aun el mundo, no habia experimentado el choque de las pasiones humanas, y entouces, ya delante de un mar embravecido y á la contemplacion de un cielo sembrado de estrellas y de una naturaleza imponente y sublime se sintió poeta. Él mismo nos dice que arrojó á las llamas un número tal de versos que formaban hasta tres volúmenes, compuestos todos en los primeros años de su vida.

Como manifestase Chateaubriand poca aficion al estado ecle-

siástico decidióse su familia á pedir por él una plaza de sub-teniente en la milicia : entró en el regimiento de Navarra, y este nombramiento fue seguido de su primer viage á Paris en 1789. Digno es de observarse que los tres poetas mas célebres que en el espacio de cincuenta años vió la Francia han sido militares y por corto espacio, dejando las armas para entregarse al vuelo de su espíritu y á las inspiraciones de su genio, sin perder por esto la elevacion de sentimientos y la nobleza de carácter que aquel ejercicio comunica. Militar fue y por breve tiempo el que con tanto entusiasmo evocó la musa griega : Andres Chenier. Militar fue y por breve tiempo el que con tanta armonía ha pulsado la lira espiritualista : Lamartine. Militar fue y por poco tiempo el que con tanta pompa ha tocado el harpa cristiana : Chateaubriand.

Su hermano mayor se habia enlazado con la señorita de Rossembeau nieta de Malesherbes. Inútil es decir que este enlace y las relaciones que proporcionaba abria la puerta del favor á Chateaubriand, colocándole de todos modos en una posicion brillante. Chateaubriand fue presentado á la corte de Luis XVI; mas no haciendo gran caso su alma llena de inspiraciones y rebosante en poesía de subir en las carrozas de palacio ni acompañar al rey, se entregaba al pie de la grande escalera de Versalles y en los jardines de Marly á ilusiones poéticas y á mil sueños de viages que en aquel entonces movian vivamente su espíritu.

Chateaubriand huye de la corte y de sus etiquetas, como que ni las etiquetas ni la corte satisfacian aquella alma ardiente ya y borrascosa, y que parece que en confuso presentia lo sublime de su vocacion y su propio grandor. Y ¿qué hace el jóven breton? Busca los restos del genio del siglo décimoctavo que todavía estaban en pie; procura trabar amistad y relaciones con los poetas y escritores de aquella época que no habian aun descendido á la tumba, para recibir y comunicar los ardores del talento, para saciar el anhelo de fama y

participar de su gloria en cuanto asequible fuese. Al rededor de Delille, vivo representante de la poesía descriptiva que iba á tocar á su término, así como habia finido la escuela clásica con el fallecimiento de Voltaire, se agrupaban Laharpe, Chamfort, Parny, Guinguerre y Fontanes. Chateaubriand solicitó y obtuvo el favor de entrar en semejante sociedad, que al fin acariciaba sus esperanzas, y daba aliento á su alma tímida á un tiempo y abrasada. ¡Quién hubiera podido decirlo! ¿Quién hubiera podido decir á aquellos hombres, á aquellos renombrados escritores, que al admitir en su seno á un mancebo de 20 años saludaban al rey de una nueva literatura, al genio que habia de destronar el poder de la musa antigua, y á quien tocaban los destinos gloriosos de sustituir á una poesía escéptica, clásica y decrepita, una nueva poesía, fresca, libre, llena de ardor y de fe, sublime por la fuerza de los sentimientos y la pompa de las imágenes, y religiosa sobre todo! Chateaubriand pagando un tributo á la escuela descriptiva á la sazón dominante, compuso *el amor del campo*, idilio que era del gusto de aquellos tiempos. Esa produccion no fue recibida friamente, si bien que no era propia de una alma que queria visitar los lugares que describía, ver la naturaleza por sí mismo; por sus propios ojos, por su corazon, y nó al traves de Virgilio ni de Theócrito, de una alma que ansiaba desplegar un vuelo libre, y cantar suelta, perdida, extraviada por las playas del nuevo continente y por los bosques inmensos del nuevo mundo.

Chateaubriand se habia empapado de la lectura de Rousseau y de Bernardino de Saint-Pierre. El primero habia comunicado á su ánimo sinó el desprecio por los hombres, al menos el fastidio por la sociedad; y los dorados ensueños y los utópicos proyectos del segundo habíale inspirado el deseo de una vida libre y errante, una pasión ardorosa por la soledad y las aventuras. Soñaba su imaginacion de fuego otro mundo, otras ideas, y era preciso que corriese; que volase hácia nuevas y

desconocidas regiones. Por otra parte las pinturas de la vida salvaje estaban á la sazón en moda y agitaban los espíritus. La joven América del norte acababa de izar al aire el pendón glorioso de su independencia, y afianzaba los cimientos de su libertad; y tan curiosas eran y tan picantes las noticias que de allende los mares venían, tan bellas las descripciones á que daban lugar aquellos países vírgenes, aquellas instituciones recién creadas, aquellas costumbres republicanas del nuevo mundo, que la vieja Europa con sus usos antiguos, con sus establecimientos carcomidos, con sus formas gastadas y sus poderes caídos en descrédito, distante estaba de llenar el vacío de un alma inquieta de sí y de su porvenir, y que no podía darse razón de lo que sentía y de lo que en su interior pasaba. Chateaubriand se decide ir á la América.

Otra idea le atormentaba, ora fuese que aspirase á un alto renombre, ora obrase impulsado por ese sentimiento aventurero común en aquella época, y que el mancebo breton con mas fuerza que nadie poseía. Mackensie acababa de recorrer los mares del polo, y ociosos sus esfuerzos en vano habia buscado por la bahía de Hudson el paso para las Indias, objeto de las mas atrevidas empresas.

Chateaubriand quiere unir su nombre á este descubrimiento. Tal vez, dice un biógrafo, el proyecto del joven poeta hubiera quedado como otros tantos que concibe una imaginación móvil y fogosa, y que se desvanecen con la propia facilidad con que se crean. Mas la revolución rompía los diques y amenazaba desbordarse: negras nubes bajaban por el horizonte, oíase el mugido del trueno, preludio todo de la tempestad horrible que habia de caer sobre la Francia. Chateaubriand se embarcó en San Malo, y codicioso de gloria y lleno de esperanzas llega este mancebo á Filadelfia; llama á la puerta de Washington, no llevando mas recomendación que una carta que para él le dió M. Rouarie que habia mandado un regimiento francés en la guerra de la independencia de los Estados- Unidos.

Sorprendido el venerable presidente de la confianza y resuelta audacia de un jóven, falto de todo apoyo por parte de su gobierno, y que sin conocimientos geográficos, sin las ideas de navegacion y matemáticas acomete una empresa de suyo tan árdua, y ante la que habian tenido que retroceder los hombres mas valerosos, inteligentes y experimentados, no pudo menos de manifestar lo temerario de su proyecto, los riesgos que le cercaban y la imposibilidad de llevarlo á cabo. *No importa*, contestó con viveza Chateaubriand, *mas fácil es descubrir el paso del polo que crear un pueblo como vos habeis hecho*. Bien, bien, respondió Washington asomando una sonrisa en sus labios, y estrechando con fuerza la mano del jóven frances, cuya intrepidez y audacia le dejaban sorprendido y admirado.

Ante la magnitud de una empresa semejante debia al fin pararse el vuelo audaz de Chateaubriand; mas no por esto calmó su espíritu aventurero. Curiosos por demas son sus largos paseos, digámoslo mejor, su vida errante por las soledades del nuevo mundo: Allí, engolfándose en los inmensos bosques del alto Canadá, perdiéndose por aquellas ilimitadas regiones, corriendo por las orillas de uno y otro rio, surcando en frá-giles canoas el lago Ontario, el lago Erie, el lago Huron, bajando en la catarata de Niagara, no sin riesgo de su existencia, admirando una naturaleza grandiosa á un tiempo y salvaje, uniéndose con las tribus errantes para combatir á otras tribus y matar á las serpientes; el jóven europeo, solo, sin compañero, paseándose únicamente en la soledad con Dios como ha dicho en otro lugar, debia recibir el gérmen de esos cánticos armoniosos, de esas sublimes inspiraciones, de esas riquísimas imágenes que mas adelante habia de derramar con tanta profusion sobre el papel. Allí en las tempestades del océano, en la espesura de los bosques, á la orilla de estrepitosas corrientes, al borde de horribles abismos, veria esas pompas, esa magnificencia, sentiria esa grandiosa y terrible ma-

gestad de los misterios de la naturaleza, que es imposible que describa y con toda su viveza pinte, quien no haya presenciado tales espectáculos desconocidos para nosotros, nosotros cuyo espíritu es tan apocado como limitada la vista, y que no alcanzamos á levantarnos nunca del seno de esas muelles y monotonas costumbres que plugo á algunos llamar la civilización europea.

Y aquí no podemos menos de advertir que si Chateaubriand no hubiese viajado por el nuevo mundo, el mundo antiguo no hubiera lanzado un grito de entusiasmo y admiración, cuando aparecieron la *Atala* y *René*. Para describir no basta leer, preciso es asombrarse y sentir: no bastan las copias imperfectas siempre y menguadas por más acabadas que sean, no basta el reflejo de la luz, necesario es ver la luz en sí, con todos sus resplandores, con todo su ardor. ¿Por qué el romancero de la América, Cooper nos ha dado de esos países tan vivas, tan hermosas descripciones? Porque Cooper hijo de la América la había visto, la había recorrido, porque había sentido todas las emociones que tales espectáculos deben de causar en una imaginación ardiente. Si nos pinta el océano con su magestad sublime y sus grandores terribles, las embravecidas olas, la vida del marino, el hombre familiarizándose con los mares, que llega hasta amarlos y que no sabe separarse de ellos; es porque Cooper había llevado esta vida, porque había experimentado semejantes sentimientos; porque Cooper nada quiere describir, nada se atreve á pintar sin que primero lo haya visto con sus ojos y sentido con su corazón; lo que hizo que solo escribiese *El Bravo* y su *Heidenmauer* después de una larga morada en Venecia y en las orillas del Rhin. ¿Por qué Walter-Scott nos admira con la natural sencillez de sus cuentos? ¿por qué nos presenta con tal fuerza de colorido la Escocia, sus claus, sus costumbres originales, aquella sociedad naciente á pesar de sus años? Porque el romancero inglés se empapó de esos sentimientos, se espació por aquellos contornos, y

vemos nosotros sus colores y sus bellos matices al traves de su imagiacion transparente y cristalina. ¿Por qué el autor de *Waverley* pintó con tal naturalidad y encanto la cima nevosa de *Ben-lomon* y los horizontes vaporosos de *Abbotsford*? ¿por qué hace resucitar la edad media con los torreones antiguos, con sus castillos feudales, con sus estrañas usanzas, inspirando un nuevo gusto y dando á las letras, á las artes, al teatro, y al comerciõ mismo un movimiento hasta la sazon desconocido? Porque habia nacido en un país rico de todos esos recuerdos, porque habia vagado por esos lugares, en que segun la expresion de un escritor, cada piedra despierta una famosa hazaña, en que las viejas cauciones y las badas populares murmuran sin cesar al rededor de las ruinas.

Siempre hay una diferencia fácil de percibir entre la literatura que describe lo que otros han visto y sentido, y esa otra literatura que describe la naturaleza delante de la naturaleza misma. La primera no pasará de una copia, la segunda será original, fresca, hermosa, sublime, terrible, libre, variada y caprichosa, llena de armonías y encantos como la naturaleza es. Se apagará aquella como se apaga una luz artificial, en tanto que la segunda animada en todos los tiempos no perderá nunca su riqueza y colorido. *Saint-Lambert* y *Delille* pasaron: *Cooper*, *Walter-Scott* y *Chateaubriand* no pasarán jamas. Volvamos á nuestro héroe.

Un dia al caer de la tarde, se acerca *Chateaubriand* á pedir hospitalidad á una casa recientemente construida en un gran claro, que en el fondo de un bosque habian abierto el hacha y el incendio: cae allí por casualidad en sus manos un pedazo de periódico ingles, y á la luz que el hogar despedia lee estas palabras: „Luis diez y seis se fugaba, se le ha detenido en *Varennies*, el progreso de la emigracion es rápido, la afluencia de los nobles bajo la baudera de los príncipes franceses es de dia en dia mayor.” *Chateaubriand* ni se detiene ni vacila: siente arder en sus venas la sangre de su linage y de su patria;

corre á donde le llama el honor, y dejando á sus queridas soledades, y los pensamientos del infinito que en el nuevo mundo absorbiau su imaginacion, y travesando con presteza los mares, arriba á Coblenza para juntarse con el ejército de Condé. No pudo allí evitar algunos reproches que por su tardanza se le hicieron. Como quiera, se le admitió al servicio, é hizo la campaña de 1792. No fue en ella afortunado, habiéndole hecho sufrir una prueba durísima y terrible el pundonor de su alcurria y la hidalguía de su corazon.

En efecto, herido en el sitio de Thionville, y víctima á la vez de la enfermedad contagiosa que dieztaba en aquella época las tropas prusianas, se le dejó por muerto en el foso. Alzanle al cabo de allí manos generosas, y arrojado dentro de un carro es conducido moribundo á Ostende, en cuyo puerto se le pone en el fondo de un pequeño barco que se hacia á la vela para Jersey. En un ligero alto que en Quernessey se hizo, como estuviese el desgraciado para espirar, se le dejó á tierra tendido contra una pared, cubierto de llagas y abandonado de todos; y allí hubiera perecido, si movida á lástima una pobre y anciana muger de un pescador no lo hubiese levantado, llevándole á su miserable cabaña para suministrarle los primeros cuidados. La historia no nos dice quién fue esta muger; mas nosotros y con nosotros toda la Europa religiosa y literaria no puede menos de dedicarla en su oscuridad un recuerdo de gratitud por el inmenso beneficio que su piedad produjo, y porque ella salvó ese riquísimo tesoro de religion y de poesía que á la sazón no conocia el mundo.

Merced á los desvelos que esta muger anciana le prodigara, Chateaubriand despertó de su sueño de muerte, y volvió por fin á la vida. Pero ¡qué vida! qué horribles angustias! qué situacion tan cruel y desesperada la de un jóven de 24 años desnudo, enfermo, arrojado en la emigracion, sin abrigo en su espíritu ni una esperanza: que las esperanzas ni nacer podian en esa existencia fria, pálida, lánguida, y á la que los

médicos, habian señalado, con cruel franqueza como para su mayor tormento, un pronto é inevitable término!

El infeliz en la primavera de 1793 se decide á pasar á Londres como para sepultar en esa capital inmensa los frágiles restos de una vida decaída, y trabajada por el triple infortunio de sus enfermedades, de su emigracion y de su pobreza. Morando Chateaubriand en una pobre y estrecha guardilla de la capital de Inglaterra resignóse á su suerte, sacando en lo que pudo partido de su posicion infausta. Daba de dia lecciones de frances, y traducia para los libreros, y por la noche robando horas al sueño y en cuanto su flaqueza lo consentia se entregaba al estudio. Allí, en aquella morada reducida y oscura el infeliz formaba todas las mañanas mil proyectos que paraban en desvanecerse por la víspera: resuelto al fin se decide á escribir un libro: era el *Ensayo sobre las revoluciones*.

Esa obra que salió á luz despues de dos años de vigiliias y de estudios aunque desconocida en Francia, fue acogida favorablemente en Inglaterra. Parémonos un instante en su exámen, como que es un dato para la vida del autor, y otro dato para la historia de la sociedad. Ante todo menester es advertir, que en aquella época Chateaubriand conservaba aun su incredulidad primitiva, hija en parte de las obras que habia leído, de los amigos de su mocedad primera, y del espíritu del siglo que tanta influencia ejerció. El objeto de la obra consiste en manifestar que la historia de la humanidad no es mas que una reproduccion continua de idénticas revoluciones, que no alcanzan á mejorar la suerte del hombre, y distantes todas de valer los dolores que cuestan y la sangre que derraman. El principio que domina es un fatalismo desesperante, es la funesta y desconsoladora máxima de que los pueblos giran siempre al rededor de un mismo punto, sin que logren ver sanados sus males, y cayendo y deshojándose tristemente sus planes é ilusiones. El estado del autor y las circunstancias que le rodean influyen ciertamente, no solo en la fuerza de sus sentimientos,

si que tambien en la direccion de sus ideas. De un entendimiento frio por la incredulidad y de un espíritu aplastado por el infortunio, de una cabeza sin ilusiones y de un corazón sin esperanzas, qué habia de salir! una obra fatalista. Chateaubriand no es ya aquel niño poeta de San Malo, no es aquel mancebo entusiasta y ardiente de Paris que no sabe reprimir su ímpetu ni contener su vuelo, impaciente por arrojarle á los mares y visitar nuevos continentes, que se siente llevado de un espíritu caballeroso y aventurero, lleno de pasión por la gloria. Nó, es un hombre joven sí en años, pero anciano por las desgracias que han abrumado su existencia, por los huracanes que se levantaron en su triste y corta peregrinacion en este mundo. Si despues de las amarguras que han abrevado su corazón, si tras los horribles padecimientos que ha experimentado, su alma no tiene fe en sus destinos, si ninguna confianza pone en su porvenir, ¿qué extraño que no tenga fe en los destinos de las sociedades, que no confie en el porvenir y en la suerte de los pueblos, despues de la prueba ruda y el baño de sangre que acababa de pasar por su patria? ¿Si su existencia individual era pálida y fria, qué raro que á sus ojos fuese tambien fria y pálida la existencia de la sociedad? De paso conviene notar, que en esta obra Chateaubriand no se eleva de mucho al nivel de sus demas escritos que posteriormente vieron la luz, y que dista de encumbrarse á la altura á que algun día debia llegar el genio del ilustre escritor: y es que carecia su alma de inspiraciones; y carecia de inspiraciones porque no tenia fe: no la tenia en el filosofismo del que acababa de hacerse un ensayo tan sangriento y horrible; no la tenia en la religion, como que no habia abandonado la incredulidad de sus primeros años.

Un día sin embargo habia de venir en que tal milagro se verificase; ese día no estaba lejos: hé aqui cómo sucedió. Era el año de 1798. En aquellos tiempos en que todavía no habian cesado la persecucion y el infortunio, su madre murió en una

cárcel: en una carta dirigida á madama Farcy hermana de Chateaubriand, decia la madre, que los extravíos de su hijo habian derramado una amarga tristeza sobre los postreros momentos de su vida. Cuando la carta de la hermana de Chateaubriand que acompañaba la de la madre llegó á Inglaterra, la hermana tampoco existia; habia muerto lo mismo que la madre con motivo de su encierro en un calabozo. El anuncio del trágico fin de esas dos personas estimadas de su corazon causó á Chateaubriand un sacudimiento extraordinario; hé aqui sus palabras : *estas dos voces salidas de la tumba, esta muerte que servia de intérprete á la muerte me despertaron, me hirieron : creí*. Desde entonces Chateaubriand recibe otras inspiraciones, es un nuevo genio, un nuevo poeta.

Sucedió hasta cierto punto á Chateaubriand lo que años antes habia sucedido á Young : el fallecimiento de las tres personas mas caras á su alma entonó su genio y le hizo tambien un poeta mas célebre del que de otro modo hubiera sido. Arrebatóle la muerte en breve espacio su esposa, la hija de su esposa y el futuro á que estaba destinada. Estos tres fuertes y repetidos golpes resonaron dentro de su corazon, y desde esa época, aquel escritor avezado á dedicatorias y á composiciones meramente ficticias se torna melancólico, sombrío; y vagando su alma por las orillas de los sepulcros y bebiendo los consuelos de la religion, se eleva á las esperanzas de la inmortalidad; y ella es la que en los instantes de padecimientos y morales angustias dió á luz las *noches*, desahogo de su tiernísimo amor, hijas de sus fúnebres inspiraciones y de sus sentidos recuerdos.

La fe de Chateaubriand y el efecto que en su ánimo produjeron las dos cartas recibidas en Inglaterra, le causó nuevos sinsabores é inesperados disgustos. Atribuyéronse sus nuevas creencias á un cálculo egoista y á espíritu de especulacion literaria. La malignidad y el odio se cebaron en destrozár su reputacion y en manchar su nombre; se dijo que todo esto

era una invencion miserable, una historieta falta de visos de verdad; y tantos fueron y de tal naturaleza los sarcasmos é invectivas que tuvo que sufrir, que para justificar sus lágrimas y sus dolores y la sinceridad de sus palabras, no pudo menos de presentar el acta en que constaba el fallecimiento de su madre, como que se llegó hasta á suponer que era posterior á época de sus nuevas convicciones. Hay almas, dice Luis de Carné, hablando de este hecho, acostumbradas á arrastrarse tanto, que todo lo que se eleva sobre el egoismo les parece hipocresía.

Chateaubriand entró de nuevo en Francia, habiendo obtenido en union con su amigo Fontanes con quien habia contraido relaciones en Inglaterra, el privilegio del *Mercurio*.

Concibió por aquel entonces el proyécto de levantar un monumento á las creencias que habian esparcido luz y consuelo sobre su alma : era el Genio del cristianismo. Antes empero de salir una obra que argüia una completa mudanza en el autor, y que tan grande habia de causarla en la literatura, quiso sondear el público. No se precipitó á un paso arriesgado, anduvo con tiento. Asi que separando de esta produccion el episodio de Atala, lo dió á luz antes que lo restante de la obra, con la mira de ver la acogida que tendria y el efecto que alcanzaria producir. Oh! el corazon de Chateaubriand no se engañaba, la acogida fue prodigiosa, el efecto inmenso.

Dispénsennos nuestros lectores si nos paramos aqui y hacemos algunos momentos de alto, que bien lo merece la materia; tanto mas, quanto que escribiendo la biografía de un hombre apuntamos la historia de una sociedad. Hay obras que immortalizan á su autor, en tanto que son el preludeo ó la expresion de una época. La Atala y el Genio del cristianismo revelaban al mundo un nuevo genio, á la literatura una nueva poesía, nuevos tiempos á la historia.

La ternura del amor, la lucha cruel y desapiadada entre la pasion y el deber, los consuelos de la religion, la caridad ar-

diente y unción santa de un anciano misionero que en la oscuridad de la noche, en medio de una deshecha tormenta y á la luz de los relámpagos va en busca de dos seres errantes por el desierto, la magestad de los bosques, las horribles tempestades de la naturaleza y las tempestades aun mas horribles del corazon humano, un tinte de melancolía derramado sobre todo el libro, algo de vago y misterioso, un santo perfume que levanta el alma de las cosas terrenales dándole alas para volar al cielo; hé aqui la Atala, produccion de un género nuevo y en que uno no sabe qué admirar mas, si la sencillez de la escena en medio de las pompas del estilo y de la sublimidad de las imágenes, ó la sublimidad de la religion y de la naturaleza en aquel sencillo grupo que forman dos jóvenes indios y un sacerdote. Siempre que el autor de esta biografía ha vuelto á leer la Atala, ha encontrado nuevos encantos, nuevas bellezas, y una cosa que se siente, pero que uno no acierta á explicar. Aquella gruta, aquella jóven de diez y ocho años espirando á la violencia de un veneno, delante de un misionero que le abre los cielos, y en presencia de su amaute que cuenta una por una las gotas de sudor que caen de su pálida frente, y contempla con ansiedad cruel las agonías de su muerte; aquella fúnebre peregrinacion desde la cumbre de un monte hasta el fondo de un valle, en que Chactas precedido del sacerdote del desierto y de su perro fiel, lleva en sus brazos los restos de su querida, sin tener apenas fuerzas con que sufrir la inmensidad de su infortunio; aquel hoyo, aquella frente que bella y gallarda ayer, seca y marchita hoy va desapareciendo por la tierra que sobre ella esparcen las trémulas manos de su amaute apasionado; el despido triste y las últimas miradas de aquel lugar de tan fúnebres recuerdos, todo esto llena el corazon de dolor é inunda los ojos de lágrimas.

Pablo y Virginia de Bernardino de Saint-Pierre y la Atala de Chateaubriand ofrecen varios puntos de contacto, ya porque la escena pasa en los campos, ya por la sencillez y amo-

rosa pasión y final desgracia de dos jóvenes extraños á la sociedad, y que ignoran el egoismo y la perfidia de nuestras ciudades. Así es que producen ambos por la muerte de la joven querida y la soledad y el desamparo del amante que sobrevive un sentimiento de melancólica ternura, excitando aquel interés que de suyo inspira la desgracia de dos personas destinadas á lo que parece á la felicidad y á la paz.

Sin embargo, el amor en la Atala es mas sublime, siquiera porque interviene la religion y de un modo grandioso y augusto, la religion que está personificada en el padre Aubry, en aquel anciano misionero que alternativamente aterra y consuela, y el cual despues de haber domado el sacrilego ímpetu del embravecido amante le habla con cariño, se interesa por él y le prodiga con solícito afán los tiernísimos cuidados de su caridad cristiana. La resignacion del salvaje es heroica, el sacrificio de Atala, hostia inmolada á un juramento terrible y á la sombra de su madre, es sublime tambien.

Fue recibida esta obra con furor, buscada y leida por do quiera. En Francia se hicieron seis ediciones en un año, sin contar las numerosas reimpressiones de otras partes. La Atala fue la endecha del siglo pasado, de ese siglo en que en un impío divorcio la literatura se separó de la religion: la Atala fue el epitalamio del presente siglo, de este siglo en que la literatura vuelve á juntarse con la religion para vivir en íntimo consorcio y armoniosa paz. Esta produccion admirable revelaba al mundo un nuevo genio que llevaba en su frente una nueva corona, en sus manos una nueva lira, que eutonaba los inefables y misteriosos cánticos de la naturaleza, del amor y de la religion, que despedía unos acentos y hablaba un lenguaje que no habian hablado, ni Virgilio en la antigüedad, ni Racine en el siglo de Luis catorce, ni en su época Voltaire.

Tres hombres aparecieron en Francia en el siglo pasado, dos de los cuales pertenecen tambien al presente, los tres verdaderamente originales, mas originales que todos los demas

escritores de su tiempo, los tres desgraciados, cansados de la sociedad que no les comprendía, llenos de pasión por las aventuras, y que corrieron á los bosques y á la soledad: Rousseau, Bernardino de Saint-Pierre y Chateaubriand. Los tres compusieron un romance que los hizo célebres, y puesto que hemos hablado del Atala y de Pablo y Virginia, natural es que algo digamos de la Julia, siquiera por la analogía que tuvieron estos genios, tanto mas cuanto que el romance de Rousseau es hijo de su época y hasta cierto punto la caracteriza, asi como el romance de Chateaubriand fue hijo de una nueva época, ó al menos la preluvió. En la Julia vemos á un filósofo que seduce y á una muger que diserta, en la Atala á un misionero que consuela, á una jóven que muere y á un salvaje que se resigna. En la primera parte del romance de Rousseau, se ve en una jóven no atada por ningun vinculo, el triunfo de la pasión sobre el deber: la segunda parte nos ofrece en esta misma jóven casada, el triunfo del deber sobre la pasión. En la Atala siempre encontramos el triunfo del deber y de la virtud sobre la pasión y el vicio; hé aqui la gran diferencia que entre otras muchas separa esos dos romances.

Chateaubriand dió á luz á René. Ese René es Chateaubriand; ese libro es el libro de su vida, y en cuanto lo leais, hallaréis sembrados en todas sus páginas no pocos rasgos de su original y agitada existencia. El temor que infundia al niño la severidad de su padre, el castillo de su familia, los sueños y quimeras de sus primeros años, las ilusiones de su mocedad, su afición á los viages y amor á los bosques, aquella vida trabajada y arrojada á las tempestades sin timon ni sin brújula, la vuelta á su país despues de la revolucion francesa, la tristeza é inquietud de un jóven que padece y que no sabe darse razon de sus angustias ni del secreto de sus padecimientos; todo eso os descubrirá que Chateaubriand escribia su propia historia cuando escribia la historia de René, que pintando el carácter de su héroe pintaba su carácter propio. *Preferible es pare-*

cerse un poco mas al comun de los hombres y ser un poco menos desgraciado; estas palabras dirigia Amelia á René; estas palabras salen del corazon de Chateaubriand, son un gemido de dolor que le arrancau el recuerdo de su vida peregrina y los infortunios de su rara existencia. La aficion á presentar nuestras propias aventuras valiéndonos de personajes fingidos, al traves de un velo formado por la modestia ó por el pudor, pero siempre transparente, es comun á los grandes ingenios, á los que han tenido una imaginacion ardiente y que sobre todo han sido desgraciados.

El Saint-Preux de la nueva Heloisa es el mismo Rousseau; la Julia es su protectora y amiga, la célebre madama de Warens.

Sabido es que Bernardino de Saint-Pierre, niño no mas de nueve años llevado de su aficion á la soledad, aficion nutrida por la lectura de los *padres del desierto* que habia hallado en la librería de su familia, en vez de ir á la escuela abandona una mañana su casa, se escapa de Havre, penetra en lo interior de un bosque, y confiando en la Providencia y en la venida de un ángel, bebiendo agua del rio, permanece allí hasta que viendo llegar la noche y sintiéndose desfallecido, empieza á temblar, saltándole el corazon de alegría, cuando repara que de repente le tiende los brazos su antigua y tierna nodriza que todo el dia le habia buscado. Pues bien; ese recuerdo lo hallamos en Pablo y Virginia; entonces cuando extraviados los dos por el bosque, inclinando una palmera para alimentarse de sus frutos, probando el agua del torrente, y temiendo por la noche que se acerca, lloran de placer al ver á su perro fiel y á su leal y querido Domingo.

La ambicion de Vauvenargues, de un militar inquieto por su suerte y su porvenir; su amor á la gloria pero su amor todavía mas puro á la virtud, sus desgracias y sufrimientos, sus enfermedades y su constitucion flaca, su corazon tierno y excelente, todo está escrito, todo está pintado en su *Clazomene*.

Haciendo el retrato de *Clazomene* Vauvenargues hacia su mismo retrato.

Prevost al describir los caracteres se describe á sí mismo tambien. Los personajes que pinta pasan por el claustro ó vuelven á él, asi como por el claustro una y otra vez habia pasado el infortunado romancero de Heidin; todos respiran su aire y llevan su fisonomia.

En las memorias del *Conde de Comminges* se siente que su autora habia aspirado el ambiente del silencio y de la soledad; que habia habitado en esos religiosos encierros, en que por lo comun van á morir ó se calman cuando menos las pasiones del corazon humano. Si la madre de Alambert aun en su vida de prostitucion y de libertinage pone á sus héroes en un convento, es porque agitaba á su alma un vivo recuerdo, que quizás se trocaba en un remordimiento punzante, porque habia morado en un claustro tambien, y habia experimentado como sus héroes experimentaron los interiores combates entre las virtudes del cielo y los vicios de la tierra.

El extraño romance del *Han de Islandia* de Victor Hugo no es otra cosa en sentir de Saint-Beuve, que la historia de los amores del poeta que lo compuso, una relacion alegórica de las dificultades que tuvo que vencer para culazarse con la persona que su corazon amaba. *Ordoner* es el mismo Victor Hugo, *Ethel* es la bella Foucher, el *Han de Islandia* los obstáculos que se oponian al logro de sus deseos y al triunfo de su pasion amorosa. Y para poner fin á innumerables ejemplos que nos fuera fácil acumular aqui, basta recordar que Cervantes en el episodio del *Cautivo* de su romance donoso, no refiere una historia caprichosamente creada, sino que enarra su propio cautiverio y sus personales desgracias, bajo el velo de una ficcion hermosa é interesante por demas. De donde se ve, que Chateaubriand hizo lo que otros escritores ya jocosos ya serios, tanto los que le precedieron como los que á su detras vienen.

Pero este hecho debe de tener una causa muy poderosa cuando

es tan comun y constante. Y la tiene por cierto. Ese sentimiento, ese instinto que lleva á los poetas, á los escritores de númen y fantasía á referirnos su vida y los acontecimientos de su particular historia sobre todo cuando son tristes y desgraciados, natural es y muy natural.

El poeta, por las estrañas aventuras de su existencia, y por las tempestades de la fortuna que alternativamente le alzan y le hunden, y por los reveses del mundo y las ingratitudes de los hombres, que ó no comprenden su valor, ó desprecian sus sentimientos, ó se rien de sus infortunios, muchas veces, casi siempre se halla solo; sin amigos, abandonado á sí mismo, á sus inspiraciones, á sus desgracias, á su vida, á sus talentos que describen un círculo de luz en el espacio, pero fugaz, errante y misterioso. El poeta que no tiene amigos y que siente una necesidad de tenerlos, porque nadie siente mas esta necesidad que los desgraciados y nada mas desgraciado que el genio; el poeta que no halla una persona que le comprenda, una persona en la que depositar sus secretos, un individuo á quien pueda referir sus cuítas, porque nadie quiere escucharlas; se dirige á la sociedad, con ella conversa, á ella habla con pasión y entusiasmo y á ella cuenta entonces las tiernas memorias de su infancia, las angustias de su alma, los padecimientos de su vida, los secretos de su corazon y los misterios de su amor; á ella revela las ilusiones de su fantasía, los caprichos de su genio, los temores y las esperanzas que sucesivamente pasan sobre su siempre agitado espíritu.

Por otra parte, la cabeza que encierra una fantasía resplandeciente tiene necesidad de revelar al mundo el tesoro de sus imágenes; el corazon que arde tiene necesidad de derramar sus sentimientos; y ¿qué quereis que os revelen y derramen una cabeza de fuego y un corazon abrasado? ¿qué quereis que os revelen y derramen sino sus mismos sentimientos, sus propias imágenes? ¿De qué quereis que os hable un poeta sino de su vida peregrina, de su existencia borrascosa, de esa vida y de

esa existencia que muy pocos comprenden y que nadie comprende? Y su vida todavía mas incomprendible á él que á los demas, porque él mas que los otros experimenta y sufre la anarquía y el confuso desorden de sus sentimientos sublimes y de sus pasiones terribles, y oye las tempestades que en su interior se levantan, ve y palpa el vacío y el abismo inmenso de su corazón, él, su existencia no es para el poeta un tipo nuevo, una creación original digna de su genio y en la que puede explayarse su fantasía? ¿Qué extraño pues que el poeta os hable de sí, qué extraño que os cuente su historia, la historia de sus padecimientos y desgracias? Oh! al menos el genio al ocuparse de sí mismo contempla su propio grandor, admira sus resplandores, y recibe en ello un consuelo, consuelo que siquiera debe dar alguna tregua á los rudos combates de su espíritu y aligerar el peso que abruma su frágil existencia.

Por lo demas, y volviendo al libro de René, se advierte fácilmente que domina hasta cierto punto allí el mismo espíritu que en la Atala. En ambas producciones se despliega la pasión y pasión ardorosa: en ambas hay el amor. Mas al fin la pasión se doma, el amor se calma, y á todo sucede la resignación: en Atala la resignación de un amante: en René la resignación de un hermano, brillando en aquella la muerte sublime de una joven y en este el heroísmo de una tierna y esquisita muger.

Ya que la ocasión se brinda, no podemos menos de hacer notar aquí la diferencia que hondamente separa á las dos modernas literaturas, parecidas en la forma, opuestas en el fondo, análogas en la apariencia pero enemigas en realidad. Qué es la vida? La vida es una lucha continua entre el deber y la pasión; cuanto mas imperioso sea el deber y la pasión mas ardiente, la lucha es mas viva, mas empeñada, mas interesante el drama, mas crueles las angustias del alma, mas terribles los padecimientos del corazón. En esto marchan por un mismo camino las dos literaturas; su mayor mérito consiste en presentar con toda la

naturalidad y energía posible esas situaciones angustiosas, esos combates interiores, en que el lector que lee el romance ó el espectador que asiste al drama, se interesa por la virtud que está en tortura, ó por la inocencia perseguida; y teme y recela que flacas la una y la otra en demasía no sucumban por la tiranía del crimen ó bajo el ardor de las pasiones. Pero mirad la diferencia que separa la literatura que se doblega por el peso del fatalismo, y la que reconoce y adora el dogma de la Providencia; aquella literatura que recibe las inspiraciones del cielo y esa otra que está abrasada por las pasiones y manchada por los vicios de la tierra, la literatura del espíritu y la de la carne. En la literatura de Chateaubriand veréis el triunfo de la virtud sobre la pasión, en la literatura de Dumas veréis el triunfo de la pasión sobre la virtud. Despues de la agitación hay la calma, pero en la literatura última hay la calma de la pasión satisfecha, calma horrible, acompañada de remordimientos, seguida de nuevas caídas, de mayores crímenes, de la desesperación, del suicidio; en tanto que se percibe en la literatura primera la calma de la resignación y del sacrificio, calma santa, duradera, llena de esplendor y de gloria, y que lleva la alegría al corazón y la paz en el espíritu. El desenlace del drama en Dumas y su escuela es trágico, en Chateaubriand es sublime.

El *Genio del cristianismo* de Chateaubriand hizo una revolución religiosa y literaria, ó por decirlo mejor, fue el anuncio, el magífico símbolo de la gran mudanza que se verificaba en la sociedad, esto es, en sus ideas, en sus sentimientos é instituciones, al tiempo que es la expresión del cambio que las formas literarias iban á sufrir.

Ante todo y parándonos por ahora en la parte religiosa, inútil es decir, que el cristianismo puede dirigirse y de hecho se dirige al entendimiento convencéndolo, al corazón conmoviéndolo, y á la fantasía exaltándola. Pues bien: Chateaubriand no tanto hiere al entendimiento como al corazón, y especialmente

la fantasía. Su principal objeto, como al principio de este artículo, hemos advertido, no es probar la verdad del dogma, su principal objeto es presentar la religion amable por los beneficios inmensos que ha dispensado á la humanidad, y sobre todo bella por sus riquezas y sublime por sus pompas.

Y ¿creéis que en esto no hay algo de providencial? Sí, no lo dudamos. Chateaubriand entonó un cántico de amor á favor de la religion, entonces cuando era aborrecida de unos y abandonada por otros. Chateaubriand hizo un magnífico poema del culto, entonces cuando el culto había sido escarnecido y ridiculizado. Hé aqui la mision alta del autor de la Atala: hé aqui la gloria que á su talento el cielo habia reservado, en premio tal vez de sus nobles é hidalgos sentimientos y de la conversion que en su espíritu acababan de verificar sus padecimientos y desgracias. No sabemos si en esto obró Chateaubriand por el convencimiento de la necesidad primera que urgia satisfacer, ó si iluminado por el rayo de una inspiracion divina comprendió de golpe la vocacion que le incumbia llenar. Como quiera, la aparicion del Genio del Cristianismo en aquellos instantes en que fermentaban los elementos de una restauracion religiosa, fue grandiosa y feliz.

Hasta entonces se habia dicho, que la religion *era bella porque era verdadera*: Chateaubriand demostró que la religion *era verdadera porque era bella*; deduciendo la verdad de la belleza, así como los otros apologistas del cristianismo habian deducido la belleza de su verdad.

Y muy natural era que el primer libro de restauracion religiosa que en la Francia apareciese, se dirigiera mas antes al corazon y á la fantasía del pueblo que á su razon y entendimiento.

Bonald ha dicho: «se debe comenzar por el corazon la enseñanza de los niños, del pueblo y de las sociedades nacientes; porque en los niños, en el pueblo y en las sociedades nacientes hay mas sentimientos que juicio.» Esto es una verdad.

La Francia no era despues de su revolucion un pueblo naciente; pero era sí un pueblo anciano que rejuvenecia, y como tal, su corazon y su fantasia convenia ante todo herir. Bonald despues continua. «Los que sean entusiastas de las pruebas de sentimiento las hallarán copiosas, al paso que decoradas con toda la pompa y las gracias del estilo en el *Genio del Cristianismo*. La verdad en las obras de raciocinio es un rey al frente de su ejército en un dia de combate : la verdad en las obras de imaginacion es como una reina en el dia de su coronamiento, en medio de la pompa de los festines y de las aclamaciones de los pueblos.» M. Bonald tiene razon : hé aqui por qué apareció el Genio del Cristianismo. Habian pasado para la religion los dias de su terrible combate y era llegada la hora de su coronamiento. Napoleon le levantó templos; Chateaubriand le entonó himnos.

No empero bastaba que la religion se presentase magnífica por sus pompas, bella por sus gracias, tierna por sus sentimientos; preciso era que se creyese en la verdad de sus dogmas y en la santidad de su culto. Pues bien; dejad que transcurran algunos años, y veréis que se sentirá la necesidad de creer en la verdad del Cristianismo, asi como se habia sentido la necesidad de amarle por sus beneficios y de admirarle por su grandor; y entonces aparecerá La-Mennais con su libro de la *indiferencia* en la mano, y notaréis mas adelante sentarse en las cátedras y subir á los púlpitos los Lacordaire y los Ravignan, atraer á su alrededor á los oradores de las cámaras y á los sabios de las academias, bien asi como á la gente del pueblo; formar un numeroso y escogido concurso, y herir con la triple fuerza de sus palabras al entendimiento, á la fantasia y al corazon.

No solo Chateaubriand fue el que anunció, el que cantó primero la restauración del catolicismo, sino que ademas introdujo en la literatura grandes mudanzas, haciendo en ella una revolucion verdadera. El romanticismo, no tomándolo en

su fondo, es decir, prescindiendo de la inmoralidad que posteriormente en su seno se ha abrigado, sino considerándole en sus formas, esto es, en su lenguaje y estilo y demas que á la estructura literaria concierne; el romanticismo, en cuanto por él se entiende, una literatura rica, nueva, original, sin obstáculos ni embarazosas trabas, que no solo comunica expansion á los sentimientos, sino que da suelta y un libre y brillante vuelo á la imaginacion, no data en Francia de mas antes que de Chateaubriand. Chateaubriand es el gefe, es el autor de esa literatura nueva, que se la hubiera tenido en gran consideracion y estima, se la habria adorado como una reina y tributado incienso como una diosa, si otros no hubiesen venido despues á profanarla con sus libertades impúdicas, á salpicarla de sangre y á mancharla con su aliento, y si en su mismo mundo y en su estraviado ímpetu no hubiesen hecho gala de la inmoralidad y del escándalo, cubriéndose con la negrura del crimen y abandonándose al desenfreno de las pasiones humanas.

Despues de veinte años que resonaban en la Francia, en la Europa, en el mundo, repetidos por do quiera con admiracion y entusiasmo, los nuevos cánticos del autor del Genio del Cristianismo, se levantó é hizo oír nuevos acentos un poeta de un talento extraordinario, á quien el mismo Chateaubriand llamó desde muy temprano *el niño sublime*. Chateaubriand y Victor Hugo se compartieron el dominio de la literatura que habia destronado al clasicismo, y desde entonces se hacen por demas notar los estravíos de esa musa, las locuras y aberraciones de semejante escuela.

Hé aqui el contraste que ofrecen el genio de Chateaubriand y el de Victor Hugo, y que en todas sus obras sobresale. El género de Chateaubriand *es lo bello y lo sublime*: sus producciones nos encantan, ó escitan nuestra admiracion y asombro. El género de Victor Hugo *es lo feo y lo horrible*: la lectura de sus romances y la vista de sus dramas nos repugna y es-

tremece. Lo grande y lo hermoso en el órden físico y moral, hé aquí lo que os presenta, hé aquí lo que canta la musa del poeta cristiano: las deformidades físicas y las deformidades morales; envenenamientos, crímenes, espías, prostitutas, monstruos, todo lo que hace erizar los cabellos y helar la sangre, esto encontraréis en las producciones de Victor Hugo. Leed el *Han de Islandia*, leed el *Último dia de un ajusticiado*, leed su obra monumental, asombrosa por la luz vibrante de las descripciones y el grandor extraordinario del genio, *Nuestra Señora de Paris*, asistid al espectáculo de *Lucrecia Borgia*, y decidnos despues las veces que la sangre parece que se os helaba de horror, y si vuestro corazon ha sentido mas de un cruel y frio estremecimiento. Al contrario, leed la *Atala*, leed el *Genio del Cristianismo*, leed los *Mártires*, epopeya sublime de los tiempos modernos, y contadnos en seguida las gratas emociones del espíritu y los arrobos de vuestra fantasia. Alejandro Dumas, grande en el drama, asi como Victor Hugo lo es en el romance, ha seguido en esto las huellas de su rival. Idénticas son sus tendencias: no ha compuesto una obra de virtudes raras, ha publicado un libro de *crímenes célebres*.

Por lo demas, el ropaje de la musa de Chateaubriand, y el de la de Victor Hugo es rico, espléndido, magnífico; empero el uno cubre á una reina, el otro á una prostituta. La musa del primero humaniza los sentimientos divinos, la musa del segundo diviniza las pasiones humanas. Son dos cánticos que salen de dos pechos levantados, vibrantes y llenos de fuego; pero que el uno sube á los cielos y se pierde entre coros de ángeles, mientras que el otro descende acá en la tierra, y se confunde en una orgía.

Chateaubriand hizo ademas otra revolucion que pudiéramos llamar Religioso-literaria. Habíase creído hasta su tiempo, que las divinidades del culto pagano eran mas favorables que el cristianismo á la literatura. Pues Chateaubriand se propuso patentizar lo contrario por medio de la observacion y del exá-

men de las dos religiones, bajo cuyo concepto el Genio del Cristianismo es la poética de la literatura nueva. No se contentó Chateaubriand con ello, quiso comprobar con su ejemplo lo mismo que con razones habia demostrado; y vió la luz el poema de los *Mártires*.

Esta revolucion la hemos denominado Religioso-literaria, porque aun cuando el paganismo no existiese ni en las costumbres, ni en las leyes, ni en el culto, plagaba sin embargo la literatura, dándole un colorido repugnante, que cosa repugnante parecia, ver que en un poema cristiano era preciso acudir á los dioses de la antigüedad para que tuviese sublimidad y realce. Esa revolucion fue, como se echa de ver, asimismo literaria, afectando hondamente el clasicismo que exigia la mitología como una necesidad, y echándole por tierra, al menos en el rigor de sus reglas y en sus exageraciones ridículas. Esa gloria nadie puede disputarle á Chateaubriand: brilla inmarcesible y pura al rededor de su frente como una auréola de luz. En su obsequio debemos decir, que anduvo muy circunspecto y moderado en los ataques dirigidos contra la literatura que destronaba. Nadie ha profesado un respeto mas profundo á la antigüedad que Chateaubriand, nadie ha admirado con mas entusiasmo el siglo clásico por escelencia, el siglo de Luis XIV, de cuyos grandes escritores acostumbraba decir; que imitando, imitando, se hicieron originales.

No nos ocuparemos de los *Natches*, produccion que juzgamos inferior á otras muchas del autor; sin embargo, ya que de ella hablamos no podemos menos de hacer notar con elogio el lenguaje que Chateaubriand pone en boca del salvage llevado á Paris, y las imágenes sacadas de los bosques de que se vale para describir los lugares donde se le presenta, y explicar las emociones que le causa la vista de tan desconocidos y sorprendentes espectáculos. Sus expresiones al hallarse en el teatro, en la iglesia, delante del púlpito, en el palacio de Fernelou, son picantes á lo sumo; y la pintura sobre todo que

hace del carácter de este prelado, sobre ser original, es muy esquisita y delicada.

Semejante lenguaje solo era dado hablarlo al que hubiese vivido en la inmensidad de los bosques y en la inmensidad de nuestras capitales, al que hubiese asistido á la civilizacion del antiguo continente, y á la civilizacion naciente del continente nuevo. Pinturas tan frescas, únicamente podian salir del pincel de Chateaubriand.

Merece notarse que todo lo que Chateaubriand ve y admira le inspira alguna obra, y que sus diversos viages y moradas en distintos países de tal modo calentaron su fantasía y encendieron su corazon, que por donde quiera que pasó, su resultado siempre fue un libro de mas para enriquecer la moderna literatura. La vista de la revolucion francesa y sus desengaños, produjeron el *Ensayo sobre las revoluciones*; sus paseos errantes por las salvas del nuevo mundo crearon la *Atala y los Natchez*; la restauracion religiosa y su conversion dió á luz el *Genio del Cristianismo*; la contemplacion de Roma y de las catacumbas produjo los *Mártires*, su viage á Palestina el *Itinerario*; su morada en Lóndres los *Cuatro Stuarts*; el paseo por Granada y la vista del Alhambra el *Ultimo Abencerrage*. ¿Será como se ha dicho, que escribiese todos los días las diversas emociones que experimentaba? Lo ignoramos. De todos modos prueba un genio fecundo, puesto que todo en él germina; una fantasía móvil y ardiente en la que con tal viveza se retratan los objetos, que se siente un placer que raya á necesidad, de enseñarlos á los demas y derramarlos sobre el papel.

Chateaubriand ha sido un gran genio y un genio original. Pero ¿cuál es la causa de su originalidad? ¿qué espíritu le ha dictado esas brillantes páginas, ricas por la espresion, por sus sentimientos, por las nuevas y magníficas imágenes que las decoran y subliman? Ese secreto se le ha escapado á Chateau-

briand acaso sin advertirlo : ha dicho : *la soledad y el infortunio son los dos grandes auxiliares del genio.*

Suponed que Chateaubriand no se hubiese movido jamas de la corte, nadando en placeres, recibiendo los favores de la fortuna, las dádivas de los príncipes, la adoracion y aplausos de una turba de admiradores y discípulos agrupados á su alrededor para escuchar sus lecciones y repetir sus palabras, como en una época no lejana habia acontecido con el autor de la *Henriada* ¿creeis que su palabra habria sido tan enérgica y vibrante, tan sublimes sus sentimientos, tan rica y magnífica su expresion? ¿creeis que habria poseido esos colores tan bellos, esa elocuencia tan magestuosa propia solo de él? Nó. Con el ruido y al traves de la bruma de Niagara, surcando los lagos, corriendo los bosques, perdiéndose en las vastas soledades del nuevo mundo, despues con su enfermedad, con su miseria, con su emigracion horrible, arrastrando una existencia en esqueleto, experimentando las mas duras pruebas y las alternativas mas crueles de la suerte, llevando una vida nó monotoná é igual, sino ardiente, agitada y tempestuosa, y mas tarde con el doble fúnebre llamamiento que desde la tumba su madre y hermana le hicieron; es como se le encumbró el alma, como se desarrolló su genio portentoso, y que sin tales circunstancias no se habria de seguro alzado á la altura desde la que hoy le contemplamos. La soledad, la religion y el infortunio; hé aqui los tres elementos del talento de Chateaubriand (1).

Hasta aqui hemos contemplado á Chateaubriand bajo un

(1) A pesar de que no cabe duda, de que la soledad, que alternativamente recoge el alma dentro de sí para soudearse y la despliega para admirar los misterios de la naturaleza; y la religion que alzando el espíritu de ese mundo terrenal le da alas para volar á nuevas y purísimas regiones; y el infortunio que á un tiempo revela al hombre lo sublime de su origen y las miserias de su condicion; á pesar, decimos, de que no cabe duda, que la soledad, la religion y el infortunio son los tres grandes auxiliares del genio, con todo no

aspecto : vamos ahora á considerarlo bajo otros. En Chateaubriand hay tres existencias: una existencia de poeta, llena de armonías; una existencia de hombre público, no falta de contradicciones; una existencia de persona privada, admirable por

hemos podido resistir á la tentacion de copiar aquí un trozo filosófico de Villemain, en su reciente curso de literatura francesa. M. Villemain no duda afirmar, que el talento original que mostró Bernardino de Saint-Pierre, se debe á las tres causas que dejamos aquí consignadas. Hé aquí cómo se explica.

„ La originalidad de Bernardino de Saint Pierre, efecto de las desgracias de su vida, se desenvolvió sobre todo por la expresion del sentimiento religioso y de las bellezas de la naturaleza. Estas dos cosas andan unidas, é hieren á las almas con mas viva fuerza en tiempos de un refinamiento social. Asi en los primeros tiempos del cristianismo, cuando la sociedad era sabia, dura y corrompida, el genio, la accion popular pasó á los oradores del cristianismo. ¿Qué hacian estos hombres? Hablaban de Dios, del alma, de la naturaleza; volvían, comunicaban á los pueblos corrompidos y maleados por la fuerza ruda y facticia de la vida social, el gusto á las bellezas naturales, elevándolas de esta suerte á Dios. Las obras de San Gregorio Nacianceno, de San Basilio, de San Gerónimo, llenas, sembradas estan de descripciones pintorescas. Leed á San Basilio, ved como en las homilias al pueblo de Cesarea explica las maravillas de la creacion con un lenguaje solemne y poético, al describir su aislamiento de los hombres, su morada en un obscuro y retirado lugar; ved cómo pinta la espesura del bosque, la elevacion y verdor de los árboles, despues al rio que pasa á sus pies y le separa del mundo. Mirad á San Gerónimo; la Dalmacia y la Judea, todo renace bajo su pluma, brinda á un amigo á que vaya á juntarse con él en su soledad. La religion, le dice, hace florecer el desierto; ¿porqué tardas tanto, qué es lo que puede detenerte en estos vaporosos encierros de las ciudades? Esta pasion por la soledad, esta aficion á los bosques, este gusto de la vida campestre bajo los ojos del Creador, esta mezcla de sentimientos religiosos y de sensaciones naturales, me parece que es lo que mas despliega, lo que mayor energía comunica al alma del hombre, fatigada y dormida por el cansancio que la sociedad produce.”

En otro lugar, hablando de Rousseau y comparándole con los demas escritores de su siglo, que llevaban una vida uniforme, y para quienes era todo, el colegio, el estudio, los aplausos del mundo, la academia; se expresa en términos que no podemos menos de consignar aquí, siquiera en obsequio de la conviccion que inspira al autor y de la elocuencia con que se expresa.

„El estudio no hasta, dice Villemain, para desarrollar los gérmenes de

su resolución y valor. Chateaubriand empezó su vida política del modo con que acostumbran empezarla muchos hombres grandes del siglo: por el periodismo. Escribió cuando Napoleón estaba en el poder en el *Mercurio*, y en el *Conservador* bajo la

un talento original; necesitase una vida entera, una vida activa, ejercitada por las pasiones, por los combates, por las pruebas y las desgracias. Cuanto mas de una sociedad culta, blanda, elegante saldrán espíritus amables y ligeros; menos se levantarán en ella espíritus libres, independientes, creadores. Ved en toda la Europa el siglo décimosexto y el comienzo del décimoséptimo: aquella era una época ruda, desigual, fecunda, en que todo anunciaba la riqueza y el poder del espíritu humano: pululan por doquiera los hombres grandes, se veñ grandes poetas, oradores enérgicos y populares, escritores llenos de audacia y valentía; aquel era el tiempo en que los hombres cambiaban el mundo por la palabra, era el tiempo de nuevas y extraordinarias aventuras; y las aventuras de la vida real desplegaban el vuelo y la osadía de la imaginación. Antes de componer un poema, iban los autores al extremo del mundo, á las Indias; se arrostraban destierros, cautiverios, naufragios, y despues de haberlos experimentado se conocían, se sentían todos los accidentes, todos los reveses, todas las pasiones de la vida en un siglo agitado y borrascoso.

„ Cuando en el bonancible estado de una vida regular y llena de calma, se quieren los hombres lanzar á los azares ideales de su fantasía, inútil es que se esfuerren, el vuelo siempre es vulgar y prosaico. No es esto decir que debe recomendarse la desgracia como un medio para tener genio, todos los contratiempos no bastan si no le ha dado la naturaleza; mas se echa de ver que una alma á tan duras pruebas avezada tiene otro temple, otra fuerza. No debemos pues estrañar que estas épocas felices de una situación calmada y regular no presenten un campo fecundo á la originalidad. Si la hallamos será en un hombre aislado en medio del mundo, que ha tenido raras aventuras y sufrido desgracias particulares; tal fue Rousseau. A pesar de sus dones naturales ¿pensais que si Rousseau hubiese hecho sus estudios en el colegio, bajo M. Le-Beau, hubiese en seguida tenido alguna plaza en su favor, hubiese despues concurrido con Thomas, salido vencido ó vencedor en el elogio de Descartes, y mas tarde hubiese compuesto un libro? ¿pensais que en esta vida pacífica se hubiera desarrollado este poder singular de imaginación, este entusiasmo, esta originalidad, todas estas cosas que le han hecho Rousseau? No ciertamente. Su vida largo tiempo errante, estas humillaciones tan duras, estas aventuras tan raras, los diversos ensayos que hizo en el mundo en las condiciones mas diferentes, esta miseria tan cruel que sufrió mas de una vez, y que vivamente contrastaba con su genio y su

restauracion; y aun hoy mismo á pesar de su ancianidad venerable, y de la oscuridad y ostracismo á que voluntariamente se ha condenado, trabaja en union con otros hombres afamados en una revista religiosa á un tiempo y literaria. Napoleon con aquella vista perspicaz y con aquel delicado instinto que le hacia comprender, asi la posicion que ocupaba, como las personas de que era menester rodearse para lograr el levantamiento completo de su nacion y la gloria de la Francia unida á su

predestinacion á la gloria; esta necesidad de anotar en sus memorias el dia en que cesó de temer el morir de hambre, esas pruebas contribuyeron poderosamente á darle esta fantasía singular, esta misantropía fiera, que con tanta fuerza heria los espíritus muelles de su siglo. Él entonces proclama con la esperiencia é irritacion de sus desgracias propias las ideas de innovacion y de cambios, que acogian con placer hasta los hombres mas felices de aquellos tiempos.”

Hemos copiado esos trozos de Villemain, porque su juicio coincide con el que nosotros acabamos de consignar, y porque mucha autoridad da á nuestras palabras la autoridad de un literato y de un crítico tan distinguido. Rousseau era un genio abandonado á sí mismo, y en cuya cabeza flotaban las ideas, y en cuyo corazon vagaban, nacian, morian y se chocaban con estrépito los mas encontrados sentimientos y las pasiones mas embravecidas. Chateaubriand fue un genio que se echó en brazos de la religion, y fue iluminado por su luz y llevado de su amor. Hé aqui entre otras causas los puntos de separacion entre esos dos talentos: ambos sin embargo han mostrado un genio portentoso y extraordinario nacido en parte de motivos comunes.

Digno es de notarse, que Chateaubriand prueba con ejemplos lo mismo que en uno de sus pensamientos nos habia revelado. Al comparar en su Genio del Cristianismo, á Racine con Virgilio, da en algunos puntos, y sobre todo en la melancolía que baña las producciones del poeta de Mantua, la preferencia á este sobre aquel; señala dos causas; la una las desgracias de la posicion particular unidas á la deformidad y flaqueza de su persona que aumentaba su pesadumbre; la otra, que Virgilio vivia retirado, y en los bosques, *en tanto que Racine (estas son las palabras de Chateaubriand) moró muy poco en la soledad y demasiado en las ciudades: la corte de Luis catorce depurando el gusto de Racine y dándole la magestad de las formas, le fue tal vez nociva bajo otros respectos; le apartó en demasia de los campos y de la naturaleza.* (Genio del Cristianismo, parte 2, libro 2, cap. 10).

propia gloria, fijó la vista en Chateaubriand y le llamó á su alrededor. Envióle por de pronto secretario de la legacion en Roma. La morada en la capital del mundo antiguo y del mundo cristiano debió de tener en aquel entonces para Chateaubriand un cebo extraordinario; así que aceptó el destino que se le confiara. Oh! qué ideas fermentarian en su espíritu! ¡qué sentimientos agitarian su corazón! ¡qué grandes memorias y terribles recuerdos se levantarían en el alma de Chateaubriand! Esa Roma en cuyas ruinas van á buscar documentos para la historia los alemanes, modelos para las bellas artes los ingleses, héroes para sus romances los franceses, é inspiracion todos los genios, Roma grande para todos los poetas, debía ser todavía mas grande, mas sublime para un poeta como Chateaubriand.

Como hubiese ocurrido un incidente particular entre Chateaubriand y el cardenal Fesch jefe de la legacion, Chateaubriand volvió á Paris.

Entre tanto estaba levantando y afianzando con afan Bonaparte el pedestal de su fortuna extraordinaria y de su inmenso poder. Impaciente por ceñir en sus sienes, coronadas ya con la corona del genio la diadema de Carlo-Magno, apenas podia contener su ambicion cada dia mas desbordada. Acaso era necesario un crimen horrible. Acaso pensó que era preciso un reguero de sangre ilustre, villanamente derramada para hacer imposible toda tentativa de conciliacion con los Borbones que no apartaban su vista del trono de San Luis. Lo cierto es, que por aquel entonces se perpetró el atentado sangriento del último príncipe de Condé; el Duque de Enghien arrebatado violentamente de su morada, con menosprecio del derecho de gentes, y hollándose todas las consideraciones del decoro y todas las leyes de la humanidad, fue arcabuceado con una prontitud horrible en una noche, en el foso de Vincennes. La noticia de este inesperado y trágico suceso, causó un estremecimiento general y derramó otra vez por la Francia los hielos del terror. Todos enmudecian, todos temblaban ante la tiranía militar

que levantaba la cabeza, y nadie osaba directa ni indirectamente protestar contra el negro crimen de ese soldado de genio, á quien madama *Stael* llamó el *Robespierre á caballo*.

En medio de aquel silencio general, solo una voz se levantó; era la de Chateaubriand. Solo hubo una protesta; era la del autor de los *Mártires*. Nombrado recientemente embajador para Valais, renunció en la víspera misma en que se supo la noticia de acontecimiento tan triste. El primer cónsul á pesar de esto no se indigna ó finge no indignarse, é insiste en el desempeño de la misión confiada á Chateaubriand. Pero su alma altiva como el cedro del monte, y fiera é indomable, no cede al temor ni se doblega á consideracion de ninguna especie. Rechaza otra vez el ofrecimiento que antes habia aceptado ya. Este pasage de su vida le honra mas que todos los discursos de la tribuna y todos los servicios que haya podido prestar al pais. Revela toda la nobleza de un espíritu levantado, toda la firmeza de un carácter de bronce.

No importa: era preciso atraerle al poder á toda costa. Talentos como Chateaubriand y madama *Stael* espantaban á Napoleon mas que los emperadores y los reyes, y nada perdouaba para conquistarlos. Así que á pesar de tan áspera repulsa, Bonaparte propuso á Chateaubriand para miembro del Instituto, como sucesor de José Chenier. ¿Pensais que su discurso de entrada será una memoria superficial, ligera, una dedicatoria fútil, un elogio al poder actual? Nó. Chateaubriand aborda las cuestiones de derecho público entonces y cuando nadie se atrevia á pronunciar esta voz: Chateaubriand escribe una filípica contra el regicidio, entonces cuando ocupaban los altos puestos muchos de los que habian votado la muerte de Luis XVI, cuando aun humeaba y era caliente la sangre del príncipe de Condé. Se le dijo, que el discurso indignaria á Napoleon, que lo retocase: Chateaubriand no quiso cambiar ni una línea.

¡Oh! vosotros espíritus libres, que tanto alarde haceis de independencia y tantos fieros echais contra toda dominacion,

aprended en Chateaubriand, que en vuestro sentir pasará por un hombre servil. Él sí que fue un espíritu verdaderamente firme, verdaderamente independiente, verdaderamente libre; porque él no hizo como vosotros que os arrastrais á las plantas del poder legítimo ó ilegítimo, siempre que está levantado; y luego le escarneceis, le insultais y escupis sobre su frente cuando ha tenido la desgracia de venir á tierra. El valor, la independencia, el mérito consiste en alzar un grito de indignacion contra la tiranía, mientras el tirano está en pie y nó despues que está muerto, ó vencido ó cargado de cadenas, que si algun sentimiento entonces escita, es un sentimiento de compasion y de lástima.

Chateaubriand no podia vivir en un pais rebosante si se quiere en gloria, pero que se encorvaba bajo el servilismo, y en el cual si alguna voz se levantaba, era solo de adulacion y de lisonja. Se determina dejar á su patria, se resuelve á viajar. ¿Pero á dónde va Chateaubriand? Al Oriente. Quiere ver la Grecia con sus bellos recuerdos; quiere visitar la Palestina con sus santas memorias; quiere pasar por el Egipto y admirar sus eternas pirámides.

¡El Oriente!..... ¿Y qué hay en Oriente que se lleve y en nuestros tiempos atraiga, digámoslo así, al Occidente? Reparadlo bien; todos los grandes poetas del siglo vuelan hácia el Oriente. Lord Byron, Lamartine, Chateaubriand pasan al Oriente. Victor Hugo habla con pasion del Oriente. Goethe que como Victor Hugo no lo habia visto, lo sueña y se transporta á él con entusiasmo y con delirio. Bonaparte antes de llamarse Napoleon, marcha á conquistar el Oriente. El Oriente agita el ánimo de los diplomáticos y políticos; inspira á los oradores en la tribuna; excita en las cámaras los debates mas borrascosos y las mas brillantes discusiones. ¿Qué tiene el Oriente en este siglo? ¿cuál es el poder oculto, cuál la fuerza mágica que hácia á sí arrebatada todos los espíritus? ¿Es que esté agonizando y se preparen todos para asistir á su muerte, los poetas

para cantar sus funerales, los pueblos para sentar sus tiendas, los reyes para repartirse sus despojos? Lo ignoramos. Lo cierto es que la atraccion es poderosa y la tendencia pronunciada. Puede que ello sea preludio de acontecimientos inmensos.

Chateaubriand recorre estos países de los que puede decirse lo que el marqués de Beaufort ha dicho de Venecia: „ricos en lo pasado, pobres en el presente, desheredados en el porvenir.” Chateaubriand no viajó con fausto y con pompa como Lamartine, viajó como un poeta, es decir, abandonado á sí mismo, á sus inspiraciones.

Despues de haber visitado la Palestina y recorrido el Africa, desembarcó en España, y cuando se hubo paseado por las ricas vegas de Granada y saludado su genio los brillantes restos de la dominacion arábica, vuelve á entrar en Francia. Halláronle en su oscuridad y retiró los acontecimientos del año 14, observaba desde su silenciosa morada, como primero se bamboleaba, y como se desplomaba y caia al fin el coloso de Napoleon.

Aquí comienza para Chateaubriand otra época, una era nueva. Hasta ahora ha sido un hombre influente como escritor; de aquí en adelante y sin renunciar al poder de su pluma, va á ser una persona influente, por sus consejos en el ministerio y por sus discursos en la cámara. Los tiempos en que vamos á entrar y que describirémos con rapidez, no son tan gloriosos para Chateaubriand como los anteriores, y pasos hay en su vida política dignos de alta censura y severa reprehension.

La historia de Chateaubriand de aquí en adelante va unida con la de la restauracion: él fue quien contribuyó á levantar á la cima y empujar en el fondo á los Borbones. No siendo posible estendernos en demasía sobre este punto, nos contentarémos con ligeras pinceladas.

Chateaubriand fue en la época de los monarcas restaurados, ministro en el gabinete, orador en la cámara de los pares, embajador en diversos estados, y ademas escritor público, ha-

biendo dado á luz varias memorias y folletos. Chateaubriand dejó en el año 14 la vida pacífica y literaria para arrojarle en las oleadas de la vida política, y ser alternativamente levantado y sepultado por ellas. La poesía nada ganó, y la restauracion y la Francia sin duda que con esto perdieron. Podemos decir de Chateaubriand lo que dijo Goethe, cuando supo que Uhland acababa de ser elegido miembro de la cámara de Wurtemberg. «Qué vaya con cuidado exclamó Goethe, esta existencia de agitaciones y sacudimientos diarios, es muy poco favorable á la naturaleza tierna y delicada de un poeta. La Suebia tiene muchos hombres profundos, instruidos, dignos de sentarse en la cámara, mas no tiene un poeta como Uhland.» La Francia tambien ha tenido hombres dignos y elocuentes, aptos para formar un ministerio y subir en la tribuna, pero un genio como Chateaubriand no lo ha tenido ni lo tiene todavía.

Si bien se advierte, se echará de ver, que los genios de nuestros tiempos no se contentan con espaciarse en las regiones de la poesía, y campear como reyes y señores en los brillantes campos de la literatura; nó, quieren algo mas; codician la satisfaccion y los tormentos de la silla ministerial, quieren respirar el aire abrasador de las pasiones políticas, y agitanse sus espíritus en el tormentoso *forum* de las asambleas parlamentarias. Chateaubriand se despecha porque se le ha retirado del gabinete. Lamartine que sabe en el Oriente, que se le ha elegido diputado corre á Paris, descendiendo del Carmelo para subir á la tribuna; y á pesar de que parecia natural, que Victor Hugo al entrar en la academia pronunciase un discurso meramente literario, ya por ser la academia un cuerpo que solo tiene este carácter, ya por haberse erigido Victor Hugo en jefe de una nueva escuela; con todo notaréis, que versa su peroracion sobre la política; veréis, que os habla de la libertad y del emperador, dejando entrever en este acto, y siempre que ha debido dirigirse al Rey, su mal recatada ambicion y los deseos de encumbrarse á las alturas del poder.

Confirma semejante hecho lo que de todos es ya sabido, y lo que nos muestra una esperiencia tristísima, es decir, el dominio y la prepotencia de la política. Y muy universal debe de ser este dominio, muy grande es esa prepotencia, cuando tiraniza la política el alma de estos genios inspirados, que parece que estan sobre todo lo terrenal y pasajero, y cuando tiene con su negra luz hasta las purísimas regiones de la poesía.

Y lo notable es, que nadie será ni mas mal ministro ni peor diplomático que un poeta. Napoleon decía : en un hombre de estado el corazon debe estar en la cabeza. Pues un poeta tiene la cabeza en el corazon; la fantasía le ahoga el juicio. Ellos, los que viven entre las armonías de la poesía, mas antes siguen los impulsos de su pecho que los cálculos de su entendimiento. Estos genios inspirados y libres se abandonan á sus inspiraciones, al vuelo de su alma, y faltos estan por lo comun de prevision : de aqui las desgracias y aventuras estrañas de su vida, de aqui la movilidad en su conducta, de aqui la flotacion y vaguedad de sus deseos y sistemas.

En política no hay poesía, porque la poesía es lo ideal y la política lo positivo : el gobierno en que tales cosas se confunden está indeclinablemente perdido. Talleyrand no hubiera hecho un romance como la Atala, ni sabria componer Metternich un libro como el *Genio del cristianismo*; y con todo Chateaubriand jamas ha tenido y no tendrá nunca ni la sagacidad del primero, ni el tino y prevision del segundo.

Si lo advertis bien, notaréis que Lamartine parece que es ahora en la cámara de diputados lo que Chateaubriand algun día fue en la cámara de los pares, solo que aquel era el águila de la tribuna y este es el cisne. Lamartine lleva como Chateaubriand una cabeza llena de ricas imágenes y un corazon rebotante en sentimientos; ama la dinastía de Orleans, asi como Chateaubriand amaba la legitimidad de los Borbones, y tiende hácia la democracia de la propia suerte que hácia ella tendia el autor de *René*. Vaga por aquellos bancos asi como Cha-

teaubriand habia vagado por los de la cámara alta, atacado y sucesivamente defendiendo el poder; ansiando constituirse gefe de un partido é inspirando desconfianza y recelo á todos.

Lo primero que á la consideracion se ofrece, es la conducta ambigua y hasta contradictoria de Chateaubriand, ignorándose si su influencia ha sido mas funesta á los Borbones de lo que útil algun dia les fue, y si mayor ha sido la parte que ha tenido en la caída de la restauracion que la que tuvo en su levantamiento. Antes de los cien dias publica un folleto : era *Bonaparte y los Borbones*; de ese folleto Luis XVIII decia, que le habia valido mas que un ejército de 100.000 hombres. Durante los cien dias; pasa Chateaubriand con el monarca á Gante, allí da á luz una memoria: era un *informe al Rey sobre la situacion de la Francia*. Notadlo bien : ese informe pareció á Napoleon que daba tanto interes á su causa, como que lo mandó reimprimir. Entonces sí que Luis XVIII podia decir á Chateaubriand lo que en momentos tambien críticos y en ocasion parecida, dijo Luis XIV á Racine, que le dirigió una memoria para impedir los desastres de la Francia. « Porque Racine (contestó con orgullo Luis XIV), hace buenos versos, cree que todo lo sabe, y porque es gran poeta, piensa ya poder ser ministro. »

Vencido el héroe de Austerlitz en Waterloo, regresa Chateaubriand á Paris. Despues de su embajada á Londres á donde habia ido en seguida de la de Berlin, fue nombrado ministro de negocios estrangeros, formando parte de un mismo gabinete con M. Villele.

Habia una fermentacion sorda y una lucha secreta entre Villele y Chateaubriand; cada uno pretendia tener en el ánimo del rey y en los negocios del pais mayor ascendiente que el otro. Esas rivalidades ocultas no podian continuar asi. Uno de los dos ministros debia quedar dueño del campo. Llega por fin la hora del rompimiento; y Luis XIV, el dia de Pentecostes de 1824, destituye á Chateaubriand, despidiéndole de palacio

de una manera desusada y brusca; él mismo lo dice: « Fui arrojado de allí como un criado que hubiese robado el reloj del rey de sobre su chimenea. »

Aquel varon insigne sale de los regios umbrales con el sonrojo en la frente y la indignacion en el pecho. Postergado á su rival y despedido de una manera ignominiosa por el mismo rey, se lanza en la oposicion, y comienza en la prensa y en la tribuna aquella guerra terrible, cuyo resultado excedió de seguro á sus deseos y que hundió en el polvo á tres generaciones de reyes.

La restauracion cometió faltas, y faltas muy graves, y no es esta una de las menos ligeras, y que indudablemente mas á su perdicion contribuyeron. Y no es que pretendamos que conviniese ni á Luis XVIII ni á Carlos X tener á Chateaubriand á su lado; nó, muy al contrario: pensamos que los consejos y resoluciones de un hombre tal como este varon por tantos títulos insigne, y que en nada habia menester los triunfos de la cámara, ni la confianza de los monarcas para la inmortalidad y la gloria; pensamos, decimos, que las resoluciones y consejos de Chateaubriand no podían ser muy útiles al pais; y que no influirian mucho al arraigo de las instituciones y al afianzamiento del trono recién levantado. La razon la hemos apuntado mas arriba. Pero ¿era menester despedir al primer literato de la Francia, á la persona cuyos compromisos y anterior comportamiento argüian una absoluta adhesion á la causa de los Borbones y á quienes habia venido á defender desde la América? ¿era menester despedirlo de un modo tan descortés, nó menos impropio del ministro que del rey? ¿No era de presumir, nó podia preverse la indignacion y la ira que en el ánimo de Chateaubriand produciria el amor propio tan cruelmente herido, tan sin piedad ajado? ¿No podia conciliarse su salida del ministerio con las atenciones y miramientos que merece un hombre en tan alto rango colocado, y un hombre tan grande como Chateaubriand? ¿No echó de ver el monarca frances que Cha-

teaubriand en la oposicion seria una persona temible, muy temible por su renombre tan justamente adquirido, temible por su influencia sobre la juventud, y mas temible todavía, porque los rayos de la oposicion que vienen de una mano ayer amiga, son mas vibrautes, mas certeros y hieren con mas fuerza que los que vienen de manos enemigas y del seno del partido contrario?

Este hecho nos sugiere una reflexion que no podemos menos de consignar aqui. Los gobiernos no caen, no han caido jamas por los ataques de sus contrarios, sino por los errores, por los desaciertos, por las disensiones de sus amigos; nó por los golpes de los que estan abajo, sino por los abusos y por la falta de armonía de los que estan arriba. Y hé aqui porque son tan insostenibles y tan poco duraderos los gobiernos en un régimen constitucional. En este linage de gobiernos muchos son los que mandan, muchos los que pretenden mandar, muchos los que influyen en el poder. Y ¿qué sucede? que los que eran aliados y amigos cuando se esforzaban en derrocar el partido contrario, en cuanto han salido vencedores, se tornan insensiblemente rivales, de rivales pasan á ser enemigos, aprovechándose los unos de los errores de los otros, y aplaudiendo y celebrando, tal es la pequeñez de los hombres, sus desacuerdos que al fin han de redundar en daño comun. La historia de Francia llena está de tales ejemplos, si bien que no es preciso movernos de nuestra propia casa, para hallarlos en abundancia; que la crónica de nuestras revoluciones miserables evidentemente confirma esa tristísima verdad.

Pero Chateaubriand en la oposicion ignoraba lo que hacia; distante estaba de prever lo que andando los años sucedió: daba golpes con la azada al pie del trouo y no advertia que le abria un abismo. Su corazon es noble, y á haberlo conocido, seguros de ello estamos, hubiera arrojado al aire el arma fatal. Asi es que hallándose en Diepa, en cuanto supo las ordenanzas de Polignac, corre precipitadamente á Paris para apuntar el

hombre á la monarquía que se desplomaba; y cuando hubo caído, cuando fueron derrotados los Borbones, lejos de alegrarse de su infortunio, participa de sus lágrimas y de sus dolores, acompañando al anciano monarca y al rey niño en su ostracismo, y condenándose él tambien al ostracismo y á la oscuridad, renunciando á sus altos títulos y retirándose para siempre de los negocios públicos. ¿No veis en esto algo de grande, algo de sublime, algo que se eleva sobre el comun obrar de los hombres? La mayor parte se hubieran cubierto con la púrpura que arrancaban al poder: Chateaubriand hace pedazos de su propia púrpura y llora la desgracia de los monarcas destronados. No hablarémos de su obra posteriormente publicada, esto es, *el congreso de Verona y la guerra de España*, y que á decir verdad, desearíamos que no la hubiese escrito; si bien que ha sido refutada de un modo virulento y hasta sofisticado por Enrique Fonfrede, persona célebre por su adhesión á Luis Felipe, y sobre todo por sus adulaciones.

Por lo demas, el anciano venerable reposa ahora sobre un lecho de laureles, con una corona de oro en su frente, y la inmortalidad á la vista.

Cumpla á una *revista* que se titula religiosa, política y literaria enarrar la historia de un hombre, que ha sido el restaurador de la religion, que es el gefe de una nueva literatura, y en quien la política ha tenido gran influencia para las desgracias y prosperidades de su vida, y no escasa tampoco en las caidas y levantamientos de los gobiernos.

José Ferrer y Subirana.

ESTADO DEL CATOLICISMO en diferentes puntos del globo.

(Extracto de la *Revista Católica*.)

ARTICULO 3.º

OCCEANIA OCCIDENTAL.

Los misioneros católicos del Wallis se han valido de todas las trazas posibles para captarse el favor del rey, sobre el cual conserva un grande ascendiente el P. Bataillon, misionero de la sociedad de María. Convidaron al rey á bordo de su goleta, en la cual se celebraron los divinos misterios. El rey aparentó al principio no querer tomar parte en aquellas ceremonias, pero despues se acercó, porque no pudo resistir á la admiración y entusiasmo que produjo en él la pompa sencilla pero imponente de una misa solemne, que se cantó acompañada de un pequeño órgano que habia en la goleta. Quedó asombrado despues de que sus dioses no le hubiesen castigado de muerte por haber asistido á las ceremonias del Dios de los cristianos.

Los misioneros dejaron su goleta al rey para hacer una expedición de quince dias á la isla Futuna, con lo cual se grangearon su benevolencia. Tradujeron en la lengua del pais los puntos doctrinales, las oraciones y los cánticos, entre los cuales el P. Bataillon compuso uno en alabanza de la Madre de Dios, que es una paráfrasis del *Ave María* con algunas ideas de la *Salve Regina*. Ved ahí por muestra las dos primeras estrofas.

1.
Aro fatu
Aro fac Maria ro
Koro cinana è Koe
O Iesu Kiristo
Aro fatu
2.
E ga zu ya to Koc si

1.
Salud y amor, ó María
Que sois la Madre de
Jesucristo,
Salud y amor.
2.
Solo Vos habeis

E. cinana fa Kato si
Motaupo ou roa.
Aro fatu.

merecido la gracia
singular de ser madre y vírgen
A un mismo tiempo.
Salud y amor.

Durante la corta ausencia de los misioneros, el rey de Wallis perdió al mas pequeño de sus hijos, ocultando su enfermedad al hermano José por temor de que le hubiese bautizado. Y á pesar de que el rey habia protestado que abandonaria todos sus dioses, si estos le quitasen algunos de sus hijos, no obstante, como estaban ausentes los misioneros, este príncipe en lugar de convertirse se declaró mas abiertamente contra los cristianos, y excitado por un antiguo gefe, único que se declaró enemigo de los misioneros, persiguió con piedras y palos á los supuestos rebeldes, esto es, los catecúmenos. Dos de estos le aguardaron, de los cuales el rey desterró al uno, y reprendió agriamente al otro que era un jóven príncipe real, mandándole que cesase en los ejercicios de su nueva religion. Algunos catecúmenos se encomendaron secretamente á las oraciones de los misioneros, dispuestos á sufrirlo todo antes que abandonar la fe. Los que se habian escapado de la pesquisa no se atrevieron á reunirse: cada cual hacia en particular los ejercicios de su religion, bien que el P. Bataillon, procuraba siempre estar cerca del rey para cobrar sobre él su ascendiente. La cosecha está en sazon, pero háy todavía algunas espigas verdes.

Los naturales de las islas vecinas, comparando los sacerdotes católicos con los ministros de la hierégia, se han pronunciado en todas partes en favor de la Iglesia romana. Tambien se han desengañado los ingleses y americanos que recorren aquellos archipiélagos; con la caridad y el desinterés de los católicos ven realizada la idea que habian formado de la religion verdadera; y por esto, lejos de emplear su influjo en contener sus progresos, la favorecen, y muchos de ellos la abrazan. Los pescadores de ballena que van á aquel pais hacen la misma observacion, y la comunican á los pueblos de todos los lugares y puertos que frecuentan. Tan bellas disposiciones hacen concebir las mas lisongeras esperanzas. Quiera el Señor hacer fructificar la semilla de salud que comienza á nacer, pues de otra parte los enemigos no duermen y aun se han adelantado á los católicos en aquellos paises. En los archipiélagos de Fidji, de Touga y de los Navegantes, háy á lo menos treinta misioneros entre hombres y mugeres, porque entre ellos las mugeres ejercen tambien el ministerio: estan revestidas de los mismos poderes, y gozan los mismos emolumentos que los hombres. Son todos ingleses, bien que de diversas sectas: los de la isla de los Navegantes son miembros de la Iglesia anglicana, y honran á En-

rique VIII como á su fundador : los de Tonga y de Fidji se glorian de pertenecer á una religion mas moderna , cuyo fundador es un cierto Wesley , uno de los novadores que dieron origen á la secta de los metodistas. A vista de tan terribles adversarios poderosamente sostenidos por las sociedades bíblicas , los católicos confian sin embargo con el poder de la Cruz , pues si el protestantismo puede contar con inmensos recursos en la tierra , ellos tienen en su auxilio la palabra del Señor : *Hi in curribus et in equis , nos autem in nomine Domini.*

De ello es una prueba palpable las bendiciones que Dios ha derramado sobre la sociedad de la Propagacion de la Fe , la cual , segun cartas de Valparaiso se ha establecido hasta los últimos confines de la América del Sud por el celo del Illmo. obispo de Santiago. Los tristes habitantes de la Oceania levantan su voz á los hermanos de Europa , pidiéndoles el don precioso de la fe , que estos ya poseen , mediante el obolo de la caridad. « Acordaos , les dicen , que sois nuestros hermanos , y sed misericordiosos como lo es nuestro Padre celestial. »

Los misioneros católicos se esfuerzan en aclimatar en la isla de Wallis todas las plantas exóticas que pueden , plantas que satisfaciendo las necesidades y aumentando los goces puros é inocentes de la vida llevan en sí mismas el germen de la civilizacion cristiana. El algodón , la sandía , el maiz , el tabaco , la patata comun , el lino , la calabaza , la colza , la mostaza ; la palma cristi , cebollas , coles y zanahorias. El trigo , centeno y el cañamo se perdieron por sembrarse tal vez fuera de tiempo. El algodón hizo prueba. El hermano José hiló una porcion , y enseñó á aquellos naturales á hilarle , esperando que el señor Pompallier , obispo de Maronea , y Vicario apostólico de la Oceania Occidental les mande de Sidney un telar , que pueda servirles de modelo para hacer otros y vestir aquellos isleños. El naranjo prueba muy bien en Wallis ; la vid crece vigorosamente. Asi es como el cristianismo domestica los pueblos salvajes , introduciendo en ellos la luz de la verdad , pero sin descuidar las necesidades y goces que hacen amable la vida. Echa los cimientos de la vida agrícola , inspira á las tribus errantes el amor á la sociedad , les pone en comercio con los demas hombres , y fermenta aquella industria inocente y útil de que necesita. De este modo sin miras de ambición , sin desigualdades monstruosas de poder y de fortuna , establece los fundamentos necesarios de la doble economía política y social.

Tampoco descuidan aquellos misioneros infatigables la salud de los cuerpos ; porque son los consoladores de la humanidad en todas sus miserias físicas y morales , piden remedios á Europa para curar las enferme-

dades mas terribles que afligen á aquellos indigenas. Una de ellas es un cáncer que produce grandes úlceras y les desfigura ó devora el cuerpo. Otra es una afeccion llamada *Kilia* que es un absceso con supuracion, cuya violencia sobre el miembro afectado le tuerce, le contrae, ó le estropea. Hay otra enfermedad que los europeos llaman las *botas*, que se fija de ordinario en las piernas, y el que lo sufre lleva las botas muy anchas. Es mas bien una excrecencia que una hinchazon: no produce escoriacion, pero es incurablè. Y como los misioneros atribuyen estas enfermedades á la cólera de los dioses, si algun misionero pudiese disponer de algun remedio eficaz, disiparia fácilmente las preocupaciones del pais, y ganaria islas enteras para Jesucristo.

Los protestantes verifican una traduccion de la Biblia en lengua del pais, y la hacen circular entre los naturales. En Tonga administran todos los años una especie de comunion con pan y agua, y en algunas partes con el fruto del árbol del pan, y los mismos que asi se atreven á profanar nuestros mas augustos misterios, derraman con profusion entre los isleños libros llenos de calumnias contra el catolicismo, por manera que muchos naturales han confesado á los católicos que antes de conocerlos les creian una especie de monstruos. Tan prevenidos contra ellos estaban. A estos libros quieren oponer los católicos catecismos compendiados, algunos nuevos testamentos, imitaciones de Cristo y otros libros de piedad.

Posteriormente el Evangelio fue anunciado en Wallis á pesar de las continuas persecuciones: los principales abrazaron la fe, y el número de los convertidos que llegó á 800 ponen á los misioneros á cubierto de las tentativas del partido infiel. En una pequeña isla llamada Mukutea se edificó la primera iglesia, en la cual se celebran los ejercicios de mision. Hay dos instrucciones los domingos, y una diariamente, y todos los dias y principalmente el sábado vienen de la grande isla familias y aun pueblos enteros para unirse á los catecúmenos. Hay muchos jóvenes que saben leer y escribir, y aquellos enseñan á los demas. Pronto confián los misioneros que, con el auxilio del Señor, quedará convertida toda la isla.

NUEVA ZELANDIA.

El gefe principal de Kuaru, que iba al encuentro del P. Epalle y otros misioneros católicos, para hacerles retroceder, cambió súbitamente de sentimientos, manifestándose con ellos muy benévolo, y reconociendo falso cuanto contra ellos le habian dicho, y dió pruebas de su modo de pensar, aplacando el furor de sus gefes contra el partido de Kuaru, que querian despojarle de sus tierras por haber dado acogida á los sacerdotes cató-

ticos. Despues visitó al P. Epalle, y le ofreció su *boat*, ó barca para ir á Kororareka á buscar al obispo que quisieran que residiese en su país.

En Wangaora las tribus van acudiendo á la capilla adornada de flores, y á peticion de sus gefes se les distribuyen libros y medallas. Hay plática y oracion mañana y tarde; y una escuela para los niños de la tribu. Un metodista misionero entregó cuatro hijos suyos á los católicos, sin convertirse él. Uno de los gefes del país llamado Amoto, inteligente y modesto, de carácter noble y generoso, ha prestado grandes servicios al catolicismo, formando el proyecto de construir una sierra á fin de preparar toda la madera necesaria para edificar una iglesia, una casa para dos sacerdotes y el hermano, y en fin una pequeña ciudad de fieles. Es dueño de los mejores árboles del país, y los cede para llevar á cabo su proyecto.

El gefe de la tribu de Mongambi hermano de Amoto, presentó á su hijo para ser bautizado, y todos sus parientes desearon que se le pusiese el nombre del obispo y de los dos sacerdotes, *Juan Bautista*, y estaba para bautizarse la nieta del gefe Pahi. En todas partes la heregía ha conquistado algunos infieles; y por fortuna las ovejas se defienden del furor de los lobos. Algunos hereges europeos se manifiestan dispuestos á abjurar sus errores; pero lo mas consolante es la buena disposicion de los naturales. Toda la juventud de Kuaru está pidiendo con instancia la gracia del bautismo, y por de pronto le administraron á cuatro jóvenes de los afectos y dispuestos á instruirse.

El P. Máximo Petit, misionero de la sociedad de María con fecha de 16 julio de 1840 refiere su penoso viage al traves de los desiertos de la Nueva Zelandia, burlado de unos, engañado por otros, sin rumbo conocido, en busca de alguna casa maori, que es un nombre genérico de varias tribus, algunas de las cuales eran la reducida grey del misionero. Al cabo de cinco dias de fatiga llegaron él y su compañero al rio de Kaipara, y aunque dispararon algunos fusilazos, nadie contestó. Fuéles preciso retroceder, y abrirse camino por entre un inmenso marjal por el cual caminaban todo el dia, muchas veces con agua hasta la cintura, avanzando y retrocediendo casi siempre á tientas, y sin saber si se acercaban al punto deseado ó si se alejaban de él. Empezaron á decaer de ánimo, y llegaron muy tarde á la entrada de un bosque con los vestidos mojados y cubiertos de lodo, sin alimento ni medios de procurárselo, pues desde la mañana no habian comido mas que unas hojas de col crudas, y nada tenían para la noche. Y mientras el Padre buscaba leña seca para encender el fuego por la noche, oyó el ruido de una ave espantada que revoloteaba por entre las ramas; empezó á buscar y tuvo la dicha de coger un

palomo. Era muy poca cosa para seis hombres, siu embargo se lo comieron dando gracias á Dios, y el Padre se durmió encomendándose á la Virgen Santísima con la confianza de que les sacaria de tan terribles apuros.

. Al dia siguiente al declinar el sol se encontraron á la orilla de otro rio: trataron de construir una armadía con piezas de madera seca para embarcarse y seguir la corriente, aunque con peligro de dejarse arrastrar por ella á un precipicio. No consintiendo en ello los naturales del país que les servian de guías, y para evitar disputas, fueron andando una hora por entre unos bosques casi impenetrables. Los naturales dieron gritos de alegría por haber encontrado un camino, y luego se oyeron fusilazos en respuesta á los gritos de los guías. El Padre reconoció al instante hallarse cerca de los buenos maoris, quienes despues de un breve rato llegaron y los recibieron con vivas muestras de júbilo. El Padre hizo la oracion y una corta instruccion en la barraca de Kawerio, maori cristiano, y luego se dirigieron á la tribu de Waiata, cuyo gefe entusiasmado recibió al Padre y á los suyos del modo mas honorífico y solemne que consiste en disparar fusilazos al aire, y el Padre Petit tuvo el gusto de verse otra vez entre sus fervorosos neófitos. Despues de comer, Waiata les acompañó á casa de un blanco que se habia domiciliado en su tribu. Asi que vió el Padre el brillante aspecto de la casa, sospechó que era de un misionero metodista, y no lo dudó al observar una porcion de libros colocados en orden sobre una mesa, un gran número de botellas, y otros objetos de comodidad, ó mas bien de opulencia, que se veian en toda la casa. Les recibió con muy buen modo, aunque conoció el Padre que la visita le mortificaba. Waiata sencillamente le presentó la carta del obispo católico rogando que la leyese. El ministro la abrió y comenzó á leer, mas cuando llegó al parage en que el prelado refiere á Waiata que de resultas del viage que hizo al Sud se convirtieron quince mil maoris á la fe católica, se alteraron sus ojos, pareció todo turbado, y no pudo continuar la lectura de la carta. El gefe pidió al Padre que la acabase de leer, y lo hizo con el mayor gusto, y con un tono de voz modesta pero inteligible.

Esta nueva mision de Waiata presenta muy buenos auspicios, y la asistencia de los naturales á la oracion é instrucciones es consoladora. El gefe de una familia irlandesa, hombre de bien y católico decidido envió provisiones al Padre y le hizo ofrecimientos muy ventajosos para empeñarle á fijar allí su residencia, y despues de haber buscado por muchos dias la posicion mas ventajosa, se ha establecido en Aké-Aké á las orillas del Kaipara, con Waiata y una parte de su tribu. Allí han edificado una capilla, con las mas plausibles esperanzas.

MARIANA.

En Mariana todos conocen al historiador, muchos no conocen al hombre; el autor de la *Historia de España* es célebre entre nacionales y extranjeros, pero muchos de estos, y no pocos de aquellos, están lejos de pensar que el Jesuita de Toledo haya sido uno de los hombres más extraordinarios de su tiempo. Y no es porque no se halle escrita su vida, ni porque sus obras yazgan en la oscuridad; al contrario, se ha tenido el cuidado de escribir la vida de este hombre ilustre, con mucha diligencia y notable esmero; y en cuanto á sus obras forman todavía nuestra lectura cotidiana. ¿Qué falta pues para conocerle debidamente? falta en nuestro entender, la cabal apreciación del conjunto de sus cualidades, de su talento, de su carácter, de su espíritu de alta independencia, cualidades que le crearon una posición particular, y le mantuvieron en ella durante su dilatada carrera. No nos proponemos hacer esta apreciación, cosa que exigiría más tiempo, y que no podría encerrarse en los límites de un artículo; sin embargo, como dicho escritor es una de las figuras más interesantes de nuestra historia literaria, vamos á trazar algunos de sus rasgos, siquiera para comunicar á los demás las impresiones que hemos sentido, al pararnos no pocas veces á contemplarla. Además, que Mariana es una de nuestras glorias, y el recordar su nombre es recordar uno de los más bellos títulos de nuestra pasada grandeza. La España ha caído en tanto abatimiento! es tan desgraciada!

y los desgraciados toman tanto gusto en alimentarse de recuerdo!

Por de pronto es bien singular el conjunto que se nos ofrece en Mariana; consumado teólogo, latinista perfecto, profundo conocedor del griego y de las lenguas orientales, literato brillante, estimable economista, político de elevada prevision; hé aqui su cabeza; añadid una vida irrepreensible, una moral severa, un corazón que no conoce las ficciones, incapaz de lisonja, que late vivamente al solo nombre de libertad, como el de los fieros republicanos de Grecia y Roma, una voz firme, intrépida, que se levanta contra todo linaje de abusos, sin consideraciones á los grandes, sin temblar cuando se dirige á los reyes; y considerad que todo esto se halla reunido en un hombre, que vive en una pequeña celda de los Jesuitas de Toledo, y tendréis ciertamente un conjunto de calidades y circunstancias, que rara vez concurren en una misma persona.

La reputacion de Mariana no se debió al lustre de su familia; tuvo la desgracia de no poder señalar sus padres: desgracia que no oscureció la gloria de su carrera: de nadie necesitaba; su fuerza estaba en su cabeza; la hidalguía en su corazón. Echósele en cara, que habia nacido de un extranjero: esto no es verdad; como quiera, entre los que recordaron al ilustre escritor su nacimiento oculto, deseáramos no encontrar un nombre tan esclarecido como el de D. Antonio Hurtado de Mendoza. Nadie ignora que los padres de Mariana eran españoles, y que nació en Talavera, diócesis de Toledo en 1536. Él recordaría seguramente lo que debió á su pais natal, cuando aprovechó la ocasion de dejarnos una descripcion hermosa de Talavera y sus alrededores.

Siéntese en el fondo del carácter del ilustre escritor, cierta agrura que parece deslizarse en sus obras, comunicando á muchos pasages un dejo sentido y acerbo: quizás pueda esto atribuirse á aquellas gotas de amargura que se derraman en el corazón de un niño cuyo llanto no fuera jamas acallado con

las caricias de la ternura maternal. Quien no tiene familia, menester es que sienta en su corazón un profundo vacío; desde el momento que conoce su existencia, se encuentra solo, abandonado, despegado de todo el mundo: esto ha de producir naturalmente una reacción. El infortunado se repliega sobre sí mismo, y se endurece contra todo. El escritor tenía ya setenta y tres años, y el recuerdo de su nacimiento resonaba quizás tristemente en su alma, cuando dirigiéndose al papa Paulo quinto, se apellidaba, *infimæ conditionis homo*.

No dirémos al lector que Mariana mostró desde luego las disposiciones mas felices; bien lo dará por supuesto, aunque no se lo diga; sin embargo observarémos, que á la edad de diez y siete años debía de prometer mucho, pues que habiendo á la sazón entrado en la Compañía de Jesus, cuéntase que el Santo Fundador recibió esta noticia con satisfaccion muy particular, enviándole desde Roma su bendicion. Hizo sus estudios con mucho lustre, y se entregó al trabajo con aquella decision que podia esperarse de su carácter de hierro. La filosofía y teología de las escuelas, no bastaban á su avidez de aprender, quizás no satisfacian cumplidamente su espíritu; así es, que al propio tiempo que estudiaba con ardor esta ciencia, no olvidaba ocuparse en las lenguas y en la literatura. El jóven teólogo no tenía mas que veinte y cuatro años; pero ya no podia temer que se le luciese el cargo que Melchor Cano dirigia á algunos teólogos de su tiempo, diciéndoles, que para combatir con los hereges, no tenían otras armas que largas cañas, *arundines longas*. Por lo que toca á su moral severa y á su irrepreensible conducta, pudo aprenderlas en excelente escuela; pasó su noviciado bajo la direccion de San Francisco de Borja.

Los Jesuitas, que entendian en materia de hombres y talentos, no se habian equivocado sobre las brillantes disposiciones del jóven estudiante; y así es, que cuando en tiempo del general Laine fundaron el colegio Romano, proponiéndose reunir allí la flor de los talentos de la Compañía, fijaron los ojos en Ma-

riana, nombrándole profesor á la edad de veinte y cuatro años. Se ha dicho, que entre sus discípulos contó al célebre Belarmino; lo que hay de cierto es, que mientras nuestro profesor enseñaba teología en Roma, el insigne controversista seguía el curso de filosofía en el mismo colegio. Consérvase un interesante pasage en que Mariana se complace en recordar al cardenal aquellos tiempos felices, que echaba menos todavía en su vejez. « Quisiera, le dice, solazar un poco mi espíritu con la memoria de las cosas pasadas; permítasele ese recuerdo á un anciano. » Nombra en seguida á Parra, Ledesma, Toledo, que despues fue cardenal, Perera, Acosta, al matemático Clavio, á Bautista profesor de hebreo, al Valenciano Esteve maestro de griego, á Organtino, que murió en el Japon, y por fin al insigne Maldonado, y luego esclama: « ¡O qué tiempos, qué hombres! Yo los recuerdo con frecuencia, y ese recuerdo fortifica mi corazon. »

La salud de Mariana se alteró notablemente en Roma; ó á causa del clima, ó bien por el excesivo trabajo de las tareas de su cátedra: quizás contribuyeron las dos cosas; y así parece creerlo él mismo cuando dice: « el trabajo excesivo de enseñar, y el clima mal sano, sobre todo para los estrangeros como yo, debilitaron desde un principio mis fuerzas. » Precísado á salir de Roma, pasó á Sicilia, donde enseñó una temporada, hasta que fue llamado á la Universidad de Paris. En ese vasto teatro, confirmó la justicia de su reputacion, siendo de ello la mejor prueba el gran número de discípulos que acudían á sus lecciones. Allí fue donde sucedió aquel hecho extraño, que bien merece recordarse por retratar el espíritu de la época. Uno de los estudiantes mas aplicados llegó un dia demasiado tarde, y no pudo entrar para oír la esplicacion del profesor. ¿Qué hace el estudiante? vuelve atras á toda prisa, va en busca de una escalera, la arrima á la pared, y sube á la ventana, colocándose de suerte, que pudiese oír la leccion. Mariana advierte el raro espediente del alumno, interrumpe su discurso, dale una

mirada, y le dirige aquellas palabras del Evangelio, « quien no entra por la puerta es un ladron. » « Sí señor, replicó con viveza el estudiante, para robar vuestra doctrina. »

Bien se deja entender, que si el profesor de la Universidad de Paris hubiese deseado figurar en el mundo, ora continuando su enseñanza en las mas distinguidas escuelas de Europa, ora elevándose á los mas altos rangos de su órden, la posicion que habia conquistado le hubiera ofrecido en abundancia los medios de satisfacer su ambicion. Su nombradía establecida ya muy sólidamente, se iba ensanchando cada dia mas y mas; y ligado en amistad con los hombres mas distinguidos de su siglo, no hubiera escaseado de apoyo, para levantarse á los puestos mas importantes. Pero su genio pensador, su carácter indomable, su deseo de independenciam, se avenian mejor con la soledad, con la oscuridad misma, donde podia entregarse sin reserva á la meditacion y al estudio. Esto esplicaria quizás, por qué á la edad de treinta y siete años se resolvió á dejar Paris, donde podia prometerse un porvenir tan lisonjero; bien que mediaba otra causa poderosa, que le obligaba á volver á su patria. El clima de las márgenes del Sena no era menos contrario á su salud, que el de las orillas del Tiber; una grave enfermedad, que le forzó á interrumpir todos sus trabajos, le dió á conocer la necesidad de respirar el aire de su pais natal, y asi despues de una ausencia de trece años, volvió á España, y se fijó en Toledo. Esta ciudad no yacia entonces en el abatimiento en que ahora se encuentra; descendia sí, la dolorosa pendiente que la llevaba de un rango tan elevado entre las ciudades, á no ser mas que un recuerdo; pero no estaba todavía tan lejos de la cumbre de su gloria, que no se la rodease de consideracion y respeto. La antigua corte de los reyes, era á la sazón una reina viuda, cuya belleza se ha marchitado con los años, pero en cuyo semblante se descubren aun los rasgos que recuerdan la diadema. Por esta causa no se hallaba mal en Toledo el profesor de Roma y Paris; su espíritu podia vivir en

una esfera, en que no le faltaban los medios de nutrirse y de derramarse; tal vez encontraba allí las ventajas de la corte sin sufrir sus inconvenientes. La abundancia de libros, el trato con personas instruidas, no le faltaban en una poblacion, donde existian tribunales superiores, un cléro rico y numeroso, comunidades religiosas en un estado brillante, familias ilustres, y tantos restos de una antigua grandeza, que el tiempo no habia consumido, que el soplo de las revoluciones no habia dispersado.

El alto mérito de Mariana fue apreciado cual merecia; no se presentaba un negocio grave y espinoso, que no fuera enviado á su consulta; y sabida es la confianza que le dispensaba el cardenal de Quiroga arzobispo de Toledo, quien se aprovechaba de sus luces en los negocios mas importantes. Una prueba de la reputacion que disfrutaba Mariana, fue el nombrarle censor en la ruidosa cuestion de la Poliglota de Amberes, llamada Biblia Regia ó Filipina, del nombre de Felipe segundo, que fomentó y sostuvo la empresa. Nadie ignora cuán graves cargos se hacian al insigne Arias Montano, que habia dirigido la edicion por orden expresa del monarca. El texto, los prefacios, los comentarios, todo era objeto de la crítica mas dura; la fe del ilustre sabio se habia hecho sospechosa para algunos; acusábanle de haber bebido en las fuentes de los rabinos y de los hereges y aun se llegaba á decir, que se inclinaba al judaismo. Por mas predileccion que mereciese á Felipe segundo Arias Montano, las acusaciones eran tan graves, y la disputa se habia empeñado de tal suerte, que fue preciso fijar en ella la atencion, y tomar decididamente un partido, para saber si habia de continuar ó nó, la circulacion de la nueva Biblia. Instruyóse el debido expediente con la idea de sacar en claro la justicia ó su razon de las inculpaciones dirigidas contra Montano; pero los ánimos se hallaban tan exaltados con el calor de la disputa, que no era fácil tarea distinguir entre la voz del celo y el grito de la envidia. Ademas para resolver una

cuestión semejante, no bastaba una consulta de teólogos, que no conociesen mas que la Vulgata; el negocio pedia por juez competente un hombre versado en las lenguas contenidas en la Poliglota, instruido en la ciencia de los rabinos, conocedor de los antiguos padres de la Iglesia, que ademas, reuniese la erudición necesaria para formar paralelo entre la nueva edición y las antiguas, y dotado por fin de una comprensión bastante para abarcar y profundizar la cuestión en todas sus ramificaciones, y de un juicio maduro, prudente, y sobre todo firme é imparcial, para no dejarse doblegar, ni arrastrar por las pasiones ó intereses de partido. Las miradas se fijaron sobre Mariana, el resultado justificó la elección.

Bien se alcanza con cuánto ardor se entregaria á su tarea; no solo para sostenerse con dignidad en presencia de los contendientes, sino para hacer frente, si necesario fuese, á un hombre cuya fama rayaba tan alto como Arias Montano. Al cabo de dos años la censura salió á luz, y fue tan aplaudida, que habiendo llegado á Roma la noticia de su mérito, el papa Gregorio XIII deseó verla, y pidió una copia, que en efecto le fue enviada. Los límites del artículo no permiten entrar en sus pormenores sobre el contenido de la censura; pues aun cuando nos contentásemos con el extracto que de ella se encuentra en la *vida de Mariana*, que precede á su *Historia de España* en la edición de Valencia publicada en el último tercio del pasado siglo, llenaríamos con exceso el espacio de este número. Bastará decir, que sin disimular lo que le pareció reprehensible en la edición de Montano, dió un juicio favorable á la totalidad de la obra; siendo de notar, que la Poliglota continuó circulando, cortándose por la autoridad de un solo hombre, una cuestión que al parecer debia de haber ocupado una numerosa junta. Un documento como este debia haberse impreso á su debido tiempo, y no dejarle espuesto á perderse: á fines del pasado siglo, el manuscrito se habia hecho muy raro, y costaba ya dificultad el procurárselo.

Algunos han dicho que los Jesuitas se habian entrometido en el negocio, y que se habian esforzado en doblegar contra Montano la rectitud del Censor; no ignoramos que Montano no era amigo de los Jesuitas; pero no vemos que puedan producirse documentos fehacientes de la supuesta intriga. Al menos el autor de este artículo no los conoce y cuando se quiere hacer un mérito á la imparcialidad de Mariana, diciendo que todo el ascendiente de su orden no alcanzó á torcerla, nos inclinamos á creer que hay aqui, mas bien el prurito de inculpar á los Jesuitas, que el interes por el Jesuita. Hay quien funda semejante cargo, diciendo que Mariana sabia anticipadamente su nombramiento para la censura, pues como él mismo dice, se preparaba de antemano á desempeñarla; pero esto en nuestro juicio, nada prueba; pues que es claro que antes del nombramiento oficial, debieron de mediar algunas pláticas en que se hablaria de la persona que se consideraba mas á propósito, y que entre los sabios capaces de corresponder á tan distinguida confianza se designaria á Mariana. Este por otra parte, conocia sus fuerzas, y no seria extraño que pensase que al fin el negocio habia de parar en sus manos. Si como quieren suponer algunos, el nombramiento de Mariana fue procurado por intrigas de los Jesuitas, no mostraron mucha habilidad, designando á un hombre, cuyo inflexible carácter bien habian podido conocer, y de quien debia constarles que nada podian esperar.

En 1595 publicó la primera edicion de su *Historia de España*; escribióla en latin por dos razones: primera, porque esta era la costumbre de la época; segunda, para facilitar su circulacion en el estrangero; pues como él mismo nos dice, habia conocido en sus viages, que las demas naciones tenian vivos deseos de saber la historia de un pueblo que se habia levantado á tan alto punto de esplendor y pujanza. La primera edicion no contenia mas que 25 libros; pero queriendo comprender la historia del reinado de Fernando el Católico, y de Isabel, añadió otros cinco que se publicaron en las ediciones

siguientes. Tradújola él mismo en castellano, y la dió á luz en Toledo en 1601. La *Historia de España* es un glorioso monumento que aseguró al autor la inmortalidad; por mas que digan críticos descontentadizos, que salen ahora protestando contra el fallo de los siglos. No nos es dable hacer en este lugar, ni la apología ni la crítica de la *Historia de Mariana*; no pertenece á aquella clase de obras que se juzgan de paso, como se leen caminando; diremos sin embargo dos palabras sobre ello, pues que seria extraño consagrar un artículo al autor, y pasar por alto su obra maestra.

Severos cargos se han hecho al historiador por lo que toca al fondo de la obra; y nadie ignora que no son de hoy, como lo acredita la acalorada polémica de Mantuano, en vida del mismo autor. Pero si se quiere juzgar con imparcialidad, es necesario colocar la cuestion en el verdadero terreno; y nó discutir si Mariana bebió ó nó siempre en manantiales puros, si fue estraviado por su nimia deferencia á los escritores que le habian precedido, ni tampoco si desde su tiempo se han aclarado varios puntos de nuestra historia, poniendo de manifiesto las equivocaciones del historiador; lo que conviene hacer es, colocarse en el puesto de Mariana, y examinar si hizo todo lo que hacer podia, atendidos los medios que tenia á la mano. No le faltaron ni detenido estudio de la materia, ni un juicio severo, ni una imparcialidad inflexible; es decir que reunió las principales calidades del historiador; lo demas no debe achacarse á él, sino al atraso de su tiempo. Sabido es que él mismo confiesa que algunas veces habia caído en error, y que señala la causa de ello, en haber fiado en demasía en la autoridad de los antiguos cronistas. « Y aun por seguirlos habrémos alguna vez tropezado, yerro digno de perdon, por hollar en las piedras de los que nos iban delante. » (Prólogo dirigido al rey.) En su respuesta á Mantuano, dice espresamente que su intencion no habia sido formar una historia, sino únicamente poner en buen orden y estilo, lo que habian recogido los otros. Que-

ria levantar un edificio cuyos materiales tomaba prestados. Si el autor no tuvo otra intencion, menester es confesar que excedió en mucho el fin que se habia propuesto; dado que nadie puede negar á su obra el mérito de una verdadera historia. Sea cual fuere el juicio que sobre ella se forme, nunca se dirá que no sea algo mas que una coleccion bien ordenada. Por muy modesta que fuese la idea del autor, no dejó de satisfacerle sobremanera cuando la vió ejecutada: « la grandeza de España „ conservará esta obra ” dice en su prólogo, y la España no ha desmentido su pronóstico. Hasta se inclina uno fácilmente á perdonarle esa jactancia: un mérito muy alto se conoce á sí mismo, y no siempre tiene la superioridad necesaria para hacer el sacrificio de callar. Oimos con demasiada frecuencia aquello de « *exegi monumentum cere perennius* » de Horacio.

Por lo que toca á la imparcialidad, una de las calidades mas indispensables y mas raras en los historiadores, Mariana la poseyó en alto grado; y de él no puede decirse como de tantos otros, que al escribir la historia de su patria, bien se conocia que estaba hablando de su madre. Al contrario, fue en esta parte tan severo, que hirió vivamente el orgullo nacional; y con esta ocasion se le dijo que su odio contra España mostraba á las claras su origen estrangero. Hasta llegó á discutirse en el seno del congreso, si convendria suprimir una obra que mancillaba el honor de la nacion: la Providencia que vela sobre nuestra patria, apartó seguramente de tan desatentada medida á los buenos consejeros.

El estilo y el lenguaje de Mariana no estan exentos de defectos: espresóse á veces de una manera sobrado cortada, y afecta en demasia el género sentencioso; su habla, por hermosa que sea, no es siempre tan sonora y corriente cual demanda el genio de la lengua. Gusta mucho de las palabras anticuadas, lo que hizo decir muy felizmente á Saavedra: « que asi como otros se tiñen las barbas para parecer mozos, asi él para hacerse viejo. » Ya se ha observado en defensa de Mariana, que

estos defectos, sobre todo lo tocante á las sentencias, eran mas bien de la época, que suyos : Tácito era un autor de moda. Quizás las cosas estaban en buen punto, si la gravedad de aquellos tiempos pudiese comunicársenos algo á nosotros, para neutralizar la excesiva ligereza, que por desgracia se nos va pegando de una nacion vecina. Todavía puede hacerse otra reflexion en favor de Mariana por lo perteneciente al estilo : su historia fue escrita en latin; temeroso de que no cayese en manos de algun mal traductor, la puso él mismo en español, y claro es, que el lenguaje debía resentirse algun tanto del molde en que por primera vez se habia vaciado la obra, y que la imitacion de los autores latinos debía resultar mas sensible. Seguramente no fuera muy difícil, descubrir en diferentes pasages de la obra castellana, el dejo de la latina. El carácter grave y severo de Mariana le inclinaba al estilo sentencioso y al lenguaje anticuado; parece que se hallaba mal con todo lo que le rodeaba; echaba menos los tiempos pasados; « *prisca gravitatis exemplum.* » como dice él mismo. Por esto le gusta el arcaismo, por esto procura dar á su estilo un aire anticuado; y le agrada vestir el traje del siglo catorce. Sea como fuere, el lenguaje de Mariana puede servir de modelo; y hasta es digno de elogio el autor, por haberse opuesto ya de antemano al prurito de desnaturalizar nuestra lengua con la introduccion de palabras estrangeras, y dejando sin uso el riquísimo caudal de voces, que aprovechadas cual conviene, podrian darle decidida superioridad sobre los demas idiomas de Europa. No se crea, que el autor de la *Historia de España* desconociese esta calidad de su lenguaje, ni dejase de prever la crítica, que por esta razon podria dirigírsele. Todo cuanto se diga sobre el particular, lo adelantó él mismo, con las siguientes palabras : « algunos vocablos antiguos se pegaron de las
„ crónicas de España, de que usamos por ser mas significativos
„ y propios, por variar el lenguaje, y por lo que en razon
„ de estilo escriben Ciceron y Quintiliano. »

Llegamos al famoso libro *de Rege et Regis Institutione*, quemado en París por la mano del verdugo de orden del parlamento; preciso es confesar, que esta corporacion no se alarmó sin motivo; un pais donde habian sido asesinados en pocos años dos reyes, debía naturalmente temblar á la lectura de algunos capítulos de dicha obra. Estremecimiento causan las páginas, donde resuelve la cuestion, de si es lícito matar al tirano; en la manera con que habla de Jacobo Clement, bien se ocha de ver que no miraba en el asesino, aquel monstruo de que nos habla Cárlos de Valois, cuando refiriéndonos que le habia encontrado al dirigirse al palacio del rey para ejecutar su formidable proyecto, dice, que la naturaleza le habia hecho de tan mala catadura, que su rostro parecia mas bien de un demonio, que de hombre. A los ojos de Mariana se presentaba como un héroe, que da la muerte y la recibe para libertar su patria. ¿Qué pensaremos de Mariana? la respuesta no es difícil; hay épocas de vértigo que trastornan las cabezas; y aquella lo era. Por cierto, que el autor no está solo en el negocio. Cuando se supo en París la nueva de la muerte del rey, madama de Montpensier en coche con su madre madama de Nemours, andaba de calle en calle gritando: «buena noticia, amigos míos, buena noticia; el tirano es muerto, ya no hay en Francia Enrique de Valois.» Nadie ignora, lo que en seguida se practicó en París; el término fue digno del principio. Las simpatías de España estaban en contra de Enrique tercero; por consiguiente nada extraño es, que el espíritu del escritor, se resintiese de la atmósfera, que le rodeaba. No quiero decir por esto, que sus doctrinas sean el fruto de un momento de arrebató; al contrario, basta leer la obra, para advertir que sus máximas estan ligadas con su teoría sobre el poder; y que las defiende con profunda conviccion. Verdad es, que al abordar de frente la terrible dificultad, se exalta su ánimo, como si quisiera tomar aliento para salvarla; pero no es la exaltacion lo que les sugiere las doctrinas, antes bien son estas lo que le

enardece y exalta. Es lamentable por cierto, que Mariana no haya tratado la cuestion con mas tino, y que haya sacado tan formidables consecuencias de sus principios sobre el poder; sin la doctrina del tiranicidio, su libro fuera en verdad muy democrático; pero á lo menos no espantaria al lector con el siniestro reflejo de un puñal que hiere: en dicha obra se encuentran lecciones de que pueden aprovecharse los reyes y los demas gobernantes: feliz el autor si no hubiese dado á su enseñanza una sancion tan terrible.

Una particularidad se halla en dicha obra, digna de no ser pasado por alto; el autor se pregunta, si es lícito matar al tirano por medio del veneno, y resuelve que nó; quizás se trasluce aqui un rasgo de su carácter, quizás deseaba que quien tenia bastante audacia para matar, tuviese la fortaleza de morir. Esto podria parecer un freno para los asesinos; desgraciadamente la Historia y la esperiencia de cada dia nos muestran que ese freno no basta.

El alma de Mariana, su ídole inflexible, su carácter altivo, se pintan en su obra. Complácese en recordar á los reyes que han recibido del pueblo su autoridad, y que deben valerse de ella con mucha templauza, « *singulari modestia* »; que deben mandar á sus súbditos, nó como á esclavos, sino como á hombres libres; y que habiendo recibido del pueblo su poder, deben procurar toda su vida conservar esa buena voluntad de sus vasallos. « *Et qui à populo potestatem accepit id in primis, curae habet, ut per totam vitam volentibus imperet.* » Un análisis de este libro daria lugar á muchas y graves consideraciones.

Es bien notable que una obra tal pudiese publicarse en España, con todas las condiciones requeridas. La edicion de Toledo lleva el privilegio otorgado por el rey, la aprobacion del padre Fray Pedro de Oña, provincial de los mercenarios de Madrid, y es dedicada al rey Felipe tercero. Advertiré de paso que el autor de la vida de Mariana que precede la edicion de

Valencia de la *Historia de España*, se equivocó afirmando que este libro se había publicado en vida de Felipe segundo; verdad es, que fue compuesto en el reinado de este príncipe por insinuacion de Loaisa preceptor á la sazón del heredero de la corona, despues Felipe tercero, pero cuando el libro salió á luz, Felipe segundo ya no existia. El título de la obra es: *De Rege et Regis Institutione ad Philippum III, libri 3*. La impresion es de Toledo en 1599.

Esta tolerancia será inconcebible para aquellos que no conocen nuestra historia política y literaria, sino por medio de los autores, que no saben escribir una página sin hacernos erizar los cabellos, con las hogueras de la inquisicion y el sombrío despotismo de los monarcas; para quien haya meditado friamente sobre el espíritu de aquella época, calificando con imparcialidad los hombres y las cosas, el fenómeno no es tan inexplicable. Creerán quizás algunos que se toleró la obra de Mariana, por sostenerse en ella el partido de la Liga; pero entonces la Liga había dejado de existir; y además el autor habla en general, y no se concreta á la Francia, sino para ofrecer un ejemplo que por ser tan reciente y ruidoso, le viene á la mano. De seguro, que otros pensarán que Mariana se guardó muy bien de decir una palabra contra los reyes de España, ó de asentar nada que tendiese á limitar su absolutismo; pues muy al contrario, si habla recio contra los reyes de Francia, no tiene mucho miramiento con los de España. Al tratar de las contribuciones, punto siempre muy delicado y quisquilloso, se espresa con atrevimiento increíble: no quiere que el derecho de las Cortes sea meramente nominal, reprueba severamente los hechos que conducian á la pérdida de la libertad, y se queja sin rodeos de que se nos quisiese importar de Francia la costumbre de imponer los reyes los tributos de la autoridad propia, sin el consentimiento de la nacion. « Cuando menos, dirian otros, el clero debe ser muy bien tratado en esta obra, y el autor habrá conseguido la tolerancia, obli-

gándose á no decir la menor palabra que pudiese desagradar á esa clase entonces tan poderosa." Nada de esto; cuando se le ofrece la ocasiou, habla del uso que debe hacerse de los bienes eclesiásticos con entera libertad; y donde le parece ver un abuso, le condena sin consideraciou á nadie. Esto nos pinta Mariana; pero tambien nos retrata la España.

El atrevido escritor tocaba al término de su larga carrera, sin haber sufrido ninguno de aquellos grandes infortunios, que son comunmente el patrimonio de los grandes hombres, y que dan á su mérito mas esplendor y realce. Habia cumplido 72 años, y su alma de fuego que abrigaba todavía el ardor de la juventud, no podia estar tranquila y meditaba la publicacion de otras obras. El fogoso anciano no se hallaba en disposicion de emprender largos viages para llevar á imprimir fuera de España escritos que le habian de acarrear la enemistad de los poderosos; conocia ademas, que si estos llegaban á tener noticia del contenido de los nuevos escritos, impedirian su publicacion en España. ¿Qué hace pues? dispone las cosas de manera que la edicion se haga en Colonia, quedando satisfecho que salieran á luz, sin curarse de las consecuencias que podian acarrearle. Permanece tranquilamente en Toledo, y resuelto á no desconocer su obra, aguarda impávido que estalle sobre su cabeza la cólera de los magnates. « Lo que á otros hubiera asustado, dice el intrépido viejo, á mí me incita y alienta, ¿qué hay que hacer? este es mi genio, » « *quot alios terrere potuisset, me magis ad conandum incitavit, ¿quid facias? ita est ingenium.* »

En tiempo de Felipe III hizose una mudanza en la moneda, aumentando la cantidad de la de vellou, que por otra parte era de ley inferior á lo que correspondia. Los resultados fueron los que son siempre que los gobiernos se aventuran á esas desastrosas medidas; la moneda crece nominalmente, pero permanece la misma en realidad: la ley le señala un valor mas alto de lo justo; pero los interesados elevan en la misma proporcion los

precios, reduciendo de esta manera la estimacion del dinero, y esforzándose á establecer el debido equilibrio. De esto dimanaba la alteracion de todos los valores, el trastorno en las relaciones mercantiles, el desórden, la desconfianza, y por consiguiente la miseria del pueblo. Mariana habia sido testigo de esos males, y en el libro de *mutatione monetae* levanta su voz con el valor acostumbrado. En su libro de *morte et immortalite*, habló tambien con su natural osadía; y asi es, que el gobierno se dió por ofendido, y se trató de formarle causa. Ya se deja suponer que su obra *De Rege et Regis Institutione* debia de haber llamado la atencion en España, y excitado mayores recelos, desde que el parlamento de Paris le habia condenado con tanta severidad. Este conjunto de causas decidieron la formacion del proceso, y el autor fue preso en setiembre de 1609, y conducido al convento de San Francisco de Madrid. No cabe en los estrechos límites de un artículo hacer la historia de este proceso; basta decir, que el reo contestó á todos los cargos con su acostumbrada firmeza, y que si bien recordó á los jueces sus antiguos servicios en pro de la religion y de las letras y hasta su avanzada edad, sin embargo no hizo traicion á sus sentimientos, y se confesó paladinamente autor de los escritos que se le atribuian. Es notable, que uno de los cargos consistia en que Mariana habia echado en cara á los Procuradores á Córtes el ser hombres viles, livianos y venales, que solo cuidaban de alcanzar la gracia del Rey, sin pensar en los intereses del pueblo; el acusado respondió osadamente ser verdad que habia dicho todo esto, y lejos de escusarse, añadió, que asi se decia públicamente, sobre todo en Toledo, lugar de su residencia. No deja de ser peregrino encontrarse con un Jesuita, que aboga por la causa del pueblo, contra el Rey y contra los Procuradores á Córtes. Como quiera ahí está la historia, que depone de la verdad del hecho: y á buen seguro, que si en aquellos tiempos hubiese tenido la España sus Procuradores á Córtes del temple del Jesuita, el poder de los pri-

zados hubiese encontrado un freno, y no es poco lo que hubiera ganado la nacion en bienestar y en gloria. Es digno de notarse cuán adelante llevaba su prevision política el religioso de Toledo. En nuestros días se ha hecho la observacion de que una de las causas de la decadencia de las antiguas Cortes de Castilla, fue el haber sido escluido de ellas en tiempo de Carlos quinto la nobleza y el clero; medida que á primera vista podria parecer muy favorable á la democracia, pero que en realidad preparaba su abatimiento, quitando de en medio el principal obstáculo, formado por las clases aristocráticas. Un paso semejante debia halagar naturalmente el ánimo de Mariana, poco adicto de suyo á distinciones de rango; no obstante, su entendimiento dominó en esta parte su corazon; y en su libro *De Rege et Regis Institutione*, pronostica que el abatimiento de la aristocracia ahogará la libertad.

Durante el proceso, el embajador de España en Roma conde de Castro, seguia muy activamente una negociacion, para obtener que se condenasen las obras del acusado. El conde habia recibido la orden de pedir al papa los ejemplares existentes, para entregarlos á las llamas; pero antes de entablar oficialmente la demanda, se dirigió al auditor de la Rota D. Francisco de la Peña pidiéndole sus luces y consejos. En la respuesta de D. Francisco de la Peña se nota que á Mariana no le faltaban simpatías en Roma, y que no se queria agravar la penosa situacion del afligido anciano. Recogiéronse al fin los libros, bien que segun parece el embajador desistió de pedirlos al Papa para quemarlos; movido sin duda de las reflexiones que le habia hecho sobre este particular D. Francisco de la Peña, diciéndole que el Papa no accederia á la demanda. No debe pasarse por alto una de las razones sentadas por D. Francisco de la Peña de la indulgencia con que era favorecido en Roma el acusado, á saber, la pureza de su vida, y su conducta sin tacha. Despues de un año de mision fue puesto en libertad, y volviendo á su retiro de Toledo, publicó á la edad de ochenta

y tres años sus Escolios sobre el viejo y nuevo testamento, y murió en 16 de febrero de 1623, edad de 87 años.

Antes de concluir, detengámonos un momento á dar una ojeada sobre el carácter y demas calidades de este hombre singular. Descúbrese en todas sus obras un espíritu elevado, pero profundamente religioso. Acabamos de recordar la pureza y severidad de sus costumbres; y por lo que toca á sus funestas doctrinas sobre una gravísima materia, es preciso confesar que al traves de un tono atrevido y fogoso, y que no asienta muy bien á su profesion y estado, se manifiesta no obstante una intencion recta, un ardiente celo por el bien de los reyes y de las naciones. Echase de ver, que no escribia sus obras como folletos incendiarios; sino con la mira de que sirviesen de remedios cáusticos, ó para atajar el mal, ó para evitarle si fuera posible. Los desórdenes y calamidades del tiempo de la Liga atribuíalos Mariana á Enrique tercero; por esta causa se espresa con tanta dureza y exaltación, y en cuanto á España al ver el ascendiente que iban tomando los privados, y ese dejadez en que se sumia el gobierno, y que por desgracia se hizo hereditaria, levantábase su pecho con generosa indignación, temiendo no sin motivo, que así se oscurecía nuestra gloria, se enflaquecía nuestra pujanza, y veudria al suelo toda nuestra grandeza. «Grandes males nos amenazan,” decia: desgraciadamente su prevision no ha salido fallida, porque si bien es verdad que la revolucion nos ha causado grandes desastres, tampoco lo es menos, que los reyes no cuidaron siempre cual debian, el magnífico patrimonio que á sus descendientes legaron Fernando é Isabel. El reinado de Carlos segundo, último vástago de la raza austriaca, y los de Carlos cuarto y Fernando séptimo, no nos han dejado recuerdos muy gratos. Mariana asistia al comienzo de esta decadencia, creia ver sus causas, y señalaba los preservativos. Formado su espíritu en el estudio de los grandes acontecimientos nacionales, no podia sufrir las pequeñas intrigas de palacio, ni las tor-

tuosas y mezquinas miras de ambiciosos cortesanos: queria que el trono salido de Covadonga se asentase sobre cimientos sólidos y anchurosos: la religion, la justicia, las libertades antiguas. Imaginábase en sus bellos sueños que el trono de Pelayo no debía ser ocupado por indignos sucesores; y la indignacion latia en su pecho, al ver que el impuro aliento de una corte corrompida y aduladora comenzaba á empañar la diadema de Isabel de Castilla. Por esto gritaba con fuerza, á veces con arrebato, levantando su voz mas alto de lo que convenia al reposo del escritor, y al bien del público: así lo reconoce él mismo escribiendo al cardenal Belarmino. Sin mas armas que su pluma, sin mas apoyo que el testimonio de su conciencia, llegó á formarse una especie de poder tribunicio, muy exactamente espresado por el famoso dicho del presidente del consejo de Castilla D. Francisco de Contreras, cuando al saber la muerte de Mariana, exclamó: « hoy ha perdido el freno nuestro consejo.

Jaime Balmes.

DEL ESPIRITU

de la literatura actual y del genio de Lope de Vega

POR

D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.



Las columnas de nuestra *revista literaria* no pueden menos de abrirse para las producciones del primer literato de España y uno de los mas distinguidos de Europa; personaje al que, en tanto que nuestras miserables revoluciones condenan á un ostracismo innoble y vergonzoso para ellas, admiten en su seno y se complacen en honrar los ateneos y academias del estrangero. Dos partes tiene el artículo del Sr. Martinez de la Rosa, razonado y brillante como todo lo que sale de su pluma, y que es en cierto modo una continuacion del que leyó en el instituto histórico, y que copiamos en nuestra revista (1). Tiende la una á manifestar el carácter de la literatura actual, ó por decirlo mejor, y como él mismo lo advierte, la semejanza que existe entre nuestra literatura y las que la precedieron. En la segunda parte vindica el autor del Edipo á un prodigioso talento, si es que no el talento mas prodigioso de cuantos la España ha producido. El artículo que lleva por epígrafe el título que encabeza estas cortas líneas sacadas del *Investigador*, periódico del instituto histórico, dice así:

Voy á reproducir algunas palabras que pronuncié en la última sesion, y nó para reasumir los debates que han sido tan largos y tan brillantes; esto fuera superior á mis fuerzas, sino para cerrarlos. Me parece que este es el uso, y por mi parte debo respetarlo.

Desde luego se conoce no ser cosa fácil el definir lo que se

(1) Véase la *Civilizacion*, núm. 24.

ha convenido en llamar *espíritu del siglo*, como que comprende esa frase una idea sumamente compleja: ¿quién puede presentar con claridad, exactitud y precisión todos los elementos que contribuyen á formar ese espíritu particular de una época?

No es tampoco mas fácil fijar el carácter de la *literatura actual*. Quizá carece de él, ó al menos si tiene una fisonomía no es está bien pronunciada. Fuerza pues es limitarse en delinear los contornos como los retratos en el *daguerreotipo*, en los que se reconoce la figura, mas sin espresion, sin vida.

No siendo pues cosa hacendera fijar el carácter de la actual literatura, he seguido, por decirlo así, un camino desviado, he procedido por eliminaciones sucesivas para simplificar los términos del problema; mas no me he atrevido á resolverlo: la *incógnita* está todavía por despejar. En una palabra, no he dicho lo que es nuestra literatura, me he cenido á decir lo que no es.

¿Se parece por ejemplo á la literatura de la Grecia? Nó; y no obstante mi profunda admiracion por las obras maestras de la antigüedad, creo que no sería posible ni aun conveniente que nuestra literatura se pareciese en demasía á la de los Griegos.

¿Cabría componer en nuestros dias un poema épico como los de Homero? ¿Nos causaria gran placer el canto de los pastores de Teócrito? ¿Nos gustaria ver en la escena las tragedias de Sófocles ó las de Eurípides, tan sencillas, despojadas de los coros y de la música que tanto realce añadian á sus bellezas?

Se ha dicho, que en el teatro griego como en un gran cristal se reflejaba la moral pública. Por mi parte creo que este aserto es un poco aventurado. ¿Era cosa conforme á la moral el poner sobre la escena á Sócrates, como lo hacia Aristófano, para exponerle á los tiros de la mas envenenada sátira, á Sócrates el mas virtuoso de los hombres y que parecía por sus virtudes y creencias ser en cierto modo el precursor del Cristianismo?

La tragedia griega no era mas moral que la comedia, estaba

tan solo fundada sobre el dogma de la fatalidad, presentaba á los hombres agitándose bajo la mano del destino que les arrastraba á su pesar hácia el crimen. Edipo es el verdadero modelo de la tragedia griega.

Se ha invocado el nombre de Demóstenes; pues bien, yo creo que aun en la misma elocuencia hay una distancia inmensa entre los antiguos y los modernos. Religion, costumbres, instituciones, forma de gobierno, todo en nosotros se diferencia de la antigüedad. En la Grecia los oradores se dirigian á un pueblo entusiasta, móvil, que querian cautivar, seducir á su placer. Preciso pues era dirigirse á sus pasiones, exaltarles para moverles. Este género de elocuencia que á la sazón convenia, estaria fuera de su lugar en nuestras asambleas deliberantes, en nuestros cuerpos legislativos. Tampoco seria posible emplear las maneras de los sofistas griegos, que hacian ostentacion en el seno de las academias como en una feria, de todos los tesoros de su retórica.

Las observaciones que acabamos de hacer sobre la Grecia aplicables son á la antigua Roma. La literatura actual no se asemeja mas á la del siglo de Augusto, de lo que se asemeja á la del siglo de Pericles.

Acercándonos á nuestros tiempos, encontramos la bella literatura del siglo XVI. Esta literatura era *eminentemente clásica* como lo indiqué ya, y no podia ser de otro modo: esto mismo fue una fortuna aunque se llevase al extremo el gusto por la imitacion. Para entrar en el camino del buen gusto no quedaba otro medio que seguir con una especie de veneracion religiosa los pasos de los antiguos: este era el solo medio que habia para unir la civilizacion antigua á la civilizacion moderna, llenando el gran vacío que habia dejado la *barbarie*.

No se parece mas nuestra literatura á la del siglo XVII, el siglo de Luis XIV. Bajo este príncipe la literatura lleva el sello del monarca; busca todo lo que es grandioso, respira el

aire de la corte. La literatura de este tiempo se asemeja en cierto modo al palacio de Versalles, con sus parques magníficos, sus vastas estancias, sus muebles recargados de ricas doraduras:

La literatura de últimos del siglo XVIII se resentía en gran manera de la influencia del espíritu filosófico un tanto envejecido ya. No se mostraba tampoco totalmente libre de la corrupción de la corte del regente y de la de Luis XV. La literatura de esta época parecía anunciar también una revolución.

No tiene mayor semejanza nuestra literatura con la de la revolución misma, á no ser que se quiera hallar en ella alguna cosa que se parezca á una literatura en sus días nefastos, en sus días de dolor y de luto.

Todavía voy mas lejos, y puedo aun afirmar, que la literatura actual no se asemeja tampoco á la del imperio. Y con todo no hemos llegado aun á la mitad del mismo siglo.

Ha dicho un orador en el curso de los debates, que nuestro siglo habia comenzado bajo malos auspicios. Esta proposición la contradicen los hechos, y carece por lo tanto de exactitud y de verdad. Todo lo contrario, nuestro siglo nació bajo auspicios los mas favorables. Se inauguró, por decirlo así, deteniendo el curso de una revolución que todo lo habia destruido, reconstruyendo la sociedad sobre su verdadera base: la *religion* y la *moral*. He dicho á propósito la *religion* y la *moral*, puesto que no es dado separar nunca esas dos ideas. Para restablecer el orden en el estado preciso es volver á levantar al mismo tiempo los altares: hallábase ocultos en el fondo de los corazones, mas debia alzarlos una mano poderosa á la faz del cielo y de la tierra.

Se han mostrado en esta asamblea opiniones muy opuestas sobre el mérito de nuestro siglo, en lo que concierne á la literatura. A decir verdad hablo las unas y las otras algun tanto exageradas. Quizás nace semejante opinion de la disposición de mi espíritu que jamas se lanza á los extremos. Mas sinceramente

creo, que nuestro siglo no merece, ni que se le alabe mucho, ni que se le desprecie en demasía. Ha hecho verdaderos adelantos no solo en las ciencias exactas, en las ciencias físicas, lo que está fuera de toda duda; si que tambien en algunos ramos de la bella literatura. He notado ya, y todos los oradores han estado acordes sobre este punto, que el adelantamiento en los estudios históricos es quizás el rasgo mas pronunciado de nuestra época, y que este adelantamiento ha ejercido una influencia poderosa sobre toda la literatura, empezando por el *romance* y concluyendo por el *drama*.

Ninguna duda cabe que la ciencia histórica ha dado en nuestros dias pasos inmensos: se la cultiva con una especie de predileccion en todas las naciones de Europa. Los ingleses publican nuevas historias de su pais y obras muy notables sobre la edad media. Diríase que esta ha resucitado, lo que se debe á Walter Scott, y á otros escritores mas ó menos célebres. Ha adquirido gran nombradía la Alemania por sus trabajos severos y concienzudos, por el cuidado con que examina la historia, procurando penetrar en su fondo. En este género de estudios cuenta la Italia hombres de un talento eminente. En España se ha publicado en nuestros dias una historia *de la guerra de la independencia*, obra sumamente notable bajo todos respectos. No hablo de la Francia, sabeis mejor que yo los progresos que ha hecho entre vosotros la ciencia histórica, y cuántos hombres de un talento superior han adquirido en ella títulos á una gloria incontestable.

Ramos hay en la literatura que se hallan en nuestro tiempo en un estado de prosperidad ostensible, hay otros que se encuentran, preciso es decirlo, en estado de decadencia; algunos con dificultad podrán levantarse. De todos modos, es cosa cierta que la literatura actual hace esfuerzos constantes y coronados algunas veces de un éxito feliz para satisfacer las necesidades de la época, *poniéndose en armonía con el espíritu del siglo*. ¿Logrará su objeto? Lo ignoro. Sin embargo yo abrigo esta

esperanza. Nos hallamos en una vía de mejora, de progreso; tenemos un instituto generoso que nos impele hácia un mejor porvenir, como ese sentimiento que está en el fondo de nuestras almas y que nos anuncia la inmortalidad.

Permítaseme decir algunas palabras sobre un punto que ha sido tocado incidentalmente en el curso de una discusión de la asamblea. Se trataba de uno de mis compatriotas, que no existe, de un gran hombre. Hé aquí por qué no debéis hallar extraño que yo renueve aquí su defensa.

Se llegó hasta decir el otro día, hablando de Lope de Vega, que no habia estudiado la filosofía, y que habia imaginado un nuevo sistema dramático, porque no conocia los clásicos. Estos dos asertos, preciso es confesarlo, me parecen poco conformes á la verdad. Lope de Vega, como todos los literatos de España del siglo XVI, era muy instruido, conocia todo lo que se conocia en su tiempo, poseia las lenguas sabias, habia estudiado las bellas letras, la historia, la teología, la jurisprudencia, habia viajado por Italia y por otros países de Europa. Por cierto que no comprendia la filosofía tal como nosotros la comprendemos ahora, mas la habia conocido del modo que en su tiempo se conocia. Habia estudiado tambien en la escuela del gran mundo, porque Lope de Vega por un privilegio harto raro, fue muy popular en España, y se vió obsequiado por la corte. Convertido en objeto de admiracion universal vivia rico y estimado, cerca del lugar mismo en que Cervantes, el autor inmortal del *Quijote*, pobre y llevando una existencia penosa era casi de todos ignorado.

Este no fue tan feliz en el teatro, no tuvo allí la fortuna de Lope de Vega. Fue rival de Lope, mas le tributó plena justicia: él, Cervantes, no era envidioso, era tambien un hombre grande. Cuenta este ilustre escritor con una sencillez que encanta el estado en que el teatro se hallaba en la época de su juventud. Representábanse allí verdaderas farsas, compuestas las mas veces por los actores mismos, notábanse en estas piezas

algunos rasgos de genio, algunos diálogos bien dejados, mas todo esto eran verdaderas farsas que se representaban sobre tablados, al descubierta, poco mas ó menos como se hacia en otros tiempos en la feria de San German, ó á lo mas como se hace aun en los *boulevards*.

„Entonces fue, añade Cervantes, cuando pareció Lope de Vega: *este monstruo de la naturaleza* (no halla otra espresion para señalar este ser prodigioso); apoderándose como rey del teatro, lo creó.” Y en verdad Lope no encontró al principio de su carrera dramática sino las pequeñas piezas de que acabo de hablar, y que no merecian á buen seguro el nombre de *comedias*; de *tragedias del todo clásicas*, como la *Semiramis* de Virues, y las dos piezas compuestas en esta época, sobre el bello argumento de Inés de Castro. Estas tragedias eran sencillas en demasia y sobrado frias para despertar la atencion pública, ni siquiera se representaron, por lo menos ninguna de ellas ha quedado. Las piezas mas curiosas que parecen aun sobre la escena, pertenecen á Lope de Vega.

Y bien, ¿qué hizo ese genio superior para crear el teatro español? Hizo cabalmente lo que habiau practicado los poetas de Roma cuando quisieron tener un teatro propio. *Osaron abandonar las huellas de los Griegos, presentando en la escena acontecimientos de su pais*, con las costumbres nacionales, con la simple toga del pueblo, ó con la pretexto de los patricios. El mismo Horacio lo dice, y he escogido á propósito su testimonio como el de un autor eminentemente clásico y apasionado por la literatura griega, y que en esta misma epístola encomendaba á los priores: *No dejeis nunca de la mano los modelos de la Grecia, estudiadlos de dia y de noche*.

Empero cuando se trataba de poseer un teatro nacional, espresaba Horacio con una precision admirable las tres condiciones que se habiau llenado en Roma para conseguir semejante objeto. Desde luego fue preciso renunciar á la imitacion

servil en demasía del teatro griego, y es de advertir, lo que digo de paso, que el teatro griego se parecia mucho mas bajo todos los respectos al de la antigua Roma del que este no se parece al de los pueblos modernos.

Necesario es escoger hechos que pertenezcan á la nacion: *Domestica facta*, como dice Horacio; estos hechos que estan enlazados con las tradiciones, con la historia, con la existencia misma del pais, y que cautivando el interes público pueden hacer el drama popular.

Menester es tambien para que no tenga este un aire demasiado estrangero, que ande vestido á la manera del pais, segun la observacion muy delicada de Horacio, quien al propio tiempo indica dos géneros de piezas, las unas de un tono modesto, cuyos personajes pertenezcan al pueblo, las otras de un tono mas noble y mas elevado.

Lope de Vega hizo precisamente lo que Horacio habia encargado, presto abandonó las huellas de los griegos y de los romanos; y no es que dejase de conocerlos, les conocia mucho y les siguió algunas veces; estaba muy al corriente de la literatura clásica, lo que se echa de ver en muchas de sus obras, en su poema del *Circe* por ejemplo, argumento tomado de un episodio de Homero. No faltaba erudicion á Lope de Vega; al contrario el peso de la erudicion ahogaba algunas veces su genio.

Si dejó el antiguo camino para abrirse una senda nueva, no fue como se ha querido suponer porque no conociese el teatro clásico, sino que lo hizo con pleno conocimiento de causa y con arreglo á un plan formado de antemano. *En el arte nuevo para hacer comedias* (obra publicada por el mismo Lope con la mira de responder á las críticas severas que de su tiempo le dirigian) se espresa poco mas ó menos en estos términos: « Bien sé que Grecia y Roma me llamarán un *barbaro*, mas cuando debo escribir una comedia, comienzo por encerrar con llave á Plauto y Terencio para que no den grandes gritos. Puesto

que se trata de agradar al público y que es un poco bestia, preciso es hablarle bestialmente." No hago yo otra cosa que presentar el pensamiento de Lope despojándolo del encanto de la espresion y del rasgo de la poesía; es como si os presentase un bello cuadro de Murillo sin colorido, sin gracia; nada mas que los contornos de una mala litografía.

Lope de Vega, preciso es confesarlo, llevó á un exceso su sistema, cometiendo deplorables extravíos; mas estaba impresionado de una idea del todo justa; el fondo de su sistema era verdadero. Lope de Vega creó el teatro nacional, que dotó de *mil ochocientas piezas*; él mismo lo dice. Ciento de estas piezas fueron compuestas cada una en un solo dia, pasando en 24 horas de las manos de Lope á la escena. Presentó argumentos religiosos en los *autos sacramentales*. Compuso dramas históricos, escogiendo con frecuencia aquellos objetos que podian éscitar en los españoles el mas vivo interes. Habian por ejemplo descubierto y conquistado un nuevo mundo :::: Lope hacia una comedia sobre el descubrimiento de Cristóbal Colon. Habian triunfado de la insurrección de los Araucanos, lo que ha prestado materia para el bello poema de Ercilla :::: Lope presentaba sobre la escena su comedia del *Arauco domado*. Procuraba por todos los medios posibles hacer popular la literatura. Tal era la aficion que tenia Lope á representar la comedia con costumbres nacionales, que algunas veces se olvidaba que sus personajes habian nacido en otro pais, dándoles algun tanto las maneras castellanas.

Lope fue quien creó el teatro español, vistiéndole con la forma que conservó con esplendor durante un siglo y medio; tuvo un gran número de imitadores y discípulos, tales como Calderón, Moreto, Rojas, Guillermo de Castro etc., algunos de los cuales sobrepujaron á su maestro. Mas él fue quien abrió el camino que siguieron los demás.

Ningun asunto hay que no haya sido tratado bajo una forma ú otra por Lope de Vega. Su influencia no se limitó en

España, hízose sentir en las demas naciones. En Francia por ejemplo se echa de ver la influencia del teatro español en las obras de Pedro Corncille, y mas todavía en las de su hermano: el mismo Molière, este genio tan superior bebió algunas veces en la misma fuente. Creó sobre un dibujo español *le Festin de Pierre, la Princesse d'Elide*. El argumento de esta última pieza es sacado de una comedia de Moreto, de mucho mérito, cuyo título es: *El desden con el desden*. El mismo Moreto habia tomado la idea de esta pieza de una comedia de Lope de Vega, á saber, *Los milagros del desprecio*; en la que el autor desenvuelve un pensamiento á la vez exacto y cómico, manifestando que es posible lograr ser amado de una muger orgullosa por medio de la indiferencia que hiere al vivo su vanidad. No han transcurrido muchos años desde que en Francia se hizo una tragedia, *Le Cid de l'Andalousiè*, cuyo argumento es igualmente sacado de una pieza de Lope de Vega, *La Estrella de Sevilla*. Era la fecundidad de Lope de Vega tan maravillosa, que derramó por todas partes tesoros, de los que se aprovecharon la España y las demas naciones. Ha sido pues demasiado importante el servicio que ha prestado á la literatura para que pueda censurársele severamente en el camino que ha seguido este gran genio español.

Temo haber abusado de la indulgencia de los lectores de este periódico, mas la causa que he espuesto lleva en si misma la excusa.

POLONIA.

Para dar una idea, así del estado actual de la Polonia, como de las tendencias del emperador Nicolás contra el catolicismo, transcribimos un artículo, que bajo el epígrafe *de la creación en Francia de seminarios polacos*, lleva el *Français de l'Ouest* y otro del *Univers*, dirigido contra los que blasonando de catolicismo, y hablando de dignidad confían en el monarca, que se ha propuesto al parecer destruir aquel, y pisotear lo que hay de más sagrado en todos los pueblos y sobre todo en los desgraciados, como es su religión y su nacionalidad.

El artículo sobre la creación en Francia de seminarios polacos está concebido en los términos siguientes:

La locucion del Sumo Pontífice con motivo de la persecucion de la religion católica en Rusia y en Polonia ha hecho como era de esperar, una sensacion profunda en el mundo político. Toda la Europa se ha conmovido y el mismo Autócrata, segun correspondencia de San Petersburgo, lo que prueba de nuevo el error en que estan los que pretenden que la Santa Silla no alcanza á proteger á sus hijos, riéndose los gobiernos temporales así de sus amenazas como de sus rogativas. Empero esta manifestacion de la potestad espiritual no basta para un corazón cristiano que ama la Iglesia y comprende el precio de una alma. Es preciso otra cosa que palabras, otra cosa que aplausos, otra cosa que la admiracion que arranca á nuestros mismos enemigos la noble é inalterable firmeza de este valeroso anciano, al que no es capaz de detener el temor de ningun poder humano. Necesarios son para consolarle algunos pasos gene-

rosos, algunos esfuerzos eficaces para librar de la última desgracia á aquellos cuya triste posición fija hoy todas las miradas. El Soberano Pontífice ha cumplido su deber : incumbe ahora á nosotros cumplir el nuestro.

Catorce siglos ha que ha sido la misión de la Francia marchar al frente del movimiento católico, protegiéndolo en todos los lugares contra los ataques de sus diversos enemigos. En su suelo encontraron un asilo los cristianos arrojados de Roma por los Lombardos, los emperadores de la Alemania, los Antipapas etc. La Francia acogió gustosa los cristianos de Oriente y los católicos de Inglaterra, que el fanatismo musulmán ó anglicano desterraba de su patria. Su espada rechazó con ardor los feroces sectarios de Mahoma en varias partes; y hoy todavía por medio de las limosnas de sus hijos y la abnegación de sus misioneros procura conquistar para Jesucristo nuevos pueblos sobre todos los puntos del globo.

Y en estos últimos tiempos, ¿ qué vivas simpatías no ha manifestado por la infortunada Polonia ? ¿ Con qué dolor profundo no ha visto que la Rusia desde Catalina segunda ha arrancado con sus intrigas, con sus amenazas, con sus súplicas cerca de diez millones de almas á la Iglesia Romana ? ¿ Quién de nosotros puede pensar en tan grandes desventuras sin derramar lágrimas ? Ahora el Czar ha tomado las medidas necesarias para arrastrar al mismo precipicio al resto de nuestros hermanos, transfiriendo á San Petersburgo casi todos los establecimientos de educación eclesiástica, donde sus sacrílegos cortesanos tan encarnizados como aquel para *la destrucción total del Polonismo y del dominus vobiscum* (1), están encargados de educar en el cisma y en el odio á su patria á estos jóvenes que quitan á sus desconsolados padres. A nosotros, á la Francia entera toca el desbaratar los proyectos impíos de este Juliano moderno, evi-

(1) Esprisiones chocarreras de que se sirve Nicolás para exhalar su odio contra la religion y la nacionalidad de sus víctimas.

tando la apostasia general de esta grande y noble nacion con la que tantos recuerdos nos unen.

Mas para lograr semejante objeto, ¿qué debe hacer nuestra patria? Lo que ha hecho para otros pueblos tambien desgraciados, puesto que la Polonia no es el primer pais cuyos infortunios ha tenido la Francia la gloria de aligerar. La Irlanda que se levanta hoy tan gloriosamente de sus ruinas, ha pasado antes que la Polonia por todos los horrores de la persecucion. La Irlanda vió como la heregia triunfante degollaba á millares de sus hijos, como destruía sus iglesias, como perseguía al igual de bestias feroces á los sacerdotes que tenian el valor de entrar en su territorio para celebrar la misa y administrar los últimos sacramentos á sus hermanos moribundos. ¿Quién salvó entonces la religion de este infortunado pais? ¿A quién debe hoy el que domine, digámoslo asi, á su dueña cruel? Ah! bien podemos decirlo, débese esto en gran parte á la formacion en Francia de estos seminarios irlandeses, de donde salian cada año un gran número de celosos y santos sacerdotes, los que faltos de todos los recursos humanos corrian con peligro de sus vidas á encender en el corazon de sus hermanos perseguidos el fuego sagrado de la fe, y á fortalecerles en sus terribles pruebas con la esperauza de un mejor porvenir.

Y nosotros ahora animados de igual celo que nuestros padres tendamos una mano amiga á nuestros hermanos en desgracia. Fundemos en Paris, y mas aun en las diócesis del norte seminarios grandes y pequeños en que los hijos de la católica Polonia puedan formarse en las ciencias eclesiásticas, al mismo tiempo que en el amor de la religion y de su patria, á fin de que á su vez puedan por su piedad, su ciencia y sus generosos sacrificios, contrabalancear los efectos del cisma moscovita, y conservar á su nacion el mas precioso de los bienes, y al que deberán un día como ahora la Irlanda, una gloria y un poder que hará temblar de nuevo á sus nuevos opresores.

Empero ¿en el estado actual puede el gobierno autorizar la

erección de semejantes establecimientos? Y ¿por que nó? ¿Por qué motivo á ello se opondría? ¿No es esto un negocio puramente episcopal? ¿No son libres los obispos de admitir en sus escuelas á los que se presentan para el estado eclesiástico, ó agrandarlas si son demasiado pequeñas? ¿El gobierno ha examinado jamas si los jóvenes que estudian son franceses, ó alemanes, rusos ó chinos? ¿No se ven en las escuelas una multitud de hijos de emigrados políticos, y recientemente ahora ha privado las rogativas para la España?

Se dirá quizás que los sacerdotes de Polonia educados asi en Francia no podrán entrar mas en su patria sin riesgo de la vida. Y bien, ¿qué se sigue de ahí? ¿No corren ese riesgo casi todos los misioneros? ¿Y despues no sabemos por el Evangelio, que con frecuencia conviene para una nacion que el justo sea sacrificado, para que no perezca la nacion entera? ¿La sangre de los mártires no preparó y aseguró el triunfo de la religion en todos los tiempos y en todos los lugares? Empero no sucumbirán todos; y aunque el Señor no conservase mas que uno, bastaria su voz y su ejemplo para afirmar los flacos en la fe, para alentar á los buenos, y turbar con remórdimientos saludables la conciencia de los apóstatas.

En cuanto á los recursos pecuniarios que necesitaria un establecimiento de esta naturaleza nada dirémos aqui. La Providencia que *subviene á todas las necesidades de los que buscan el reino de Dios y su justicia*, proveerá abundantemente á estas. Tengamos solo la fe y el valor de empezar la obra; y bien podemos estar seguros, que la Francia que da cerca de dos millones para convertir los infieles, se impondrá algunos sacrificios mas para conservar la fe á los que la tienen. ¿Y la Irlanda, la Bélgica, y la Polonia misma no querrán contribuir á esta bella obra? Empecemos pues, y nuestra confianza en Dios no será en valde. Tal es la idea que acaba de inspirarnos la alocucion de nuestro Santo Padre, y el cuadro desconsolador de las persecuciones de nuestros hermanos en el

Norte, y nosotros la sometemos á las meditaciones de todos los católicos, de todos los franceses que aman la religion y la Polonia.

El artículo del *Univers* periódico apreciable, así por sus sanas doctrinas como por la elevación de miras é independencia del talento, dice así:

Es cosa verdaderamente deplorable ver que periódicos dedicados á la causa de la religion y á la dignidad de la Francia, que nada seria si no fuese católica, se constituyan órganos de una cierta política moscovita, y manifiesten, nó tímidamente sino sin velo alguno sus simpatías *scythas* y sus afecciones autocráticas, diciéndose los amigos de este grande poder, reservado segun ellos para altos y misteriosos destinos, siendo así que este poder amenaza los destinos de la religion católica en Polonia, en Alemania y en el Oriente, hablándonos del *alma grande* y de la *inteligencia superior* del autócrata de la Rusia, cuando es evidente que esa alma tan grande está agitada por una pasión baja y mezquina, incompatible con un espíritu generoso; cuando profesa un odio ciego contra una porción de sus súbditos, contra los católicos y su religion, asegurarnos por último, que la idea personal del emperador Nicolás no es una idea de persecucion, cabalmente cuando la persecucion mas pérfida y mas encarnizada de parte del monarca mas personalmente absoluto que hay en Europa, acaba de llevar el espanto en el seno del catolicismo, y derrama la consternacion y el luto en el alma de su augusto gefe. Sí, la idea personal é íntima de este monarca es una idea nó de *persecucion* sino de *destruccion* del catolicismo, primero en sus estados, en seguida en el Oriente, despues en la Europa y en el mundo entero si posible le fuese; porque ¿quién es capaz de decir, hasta dónde puede llegar el orgullo de los que han declarado una vez la guerra á Dios y á Jesucristo, y que en el desvanecimiento de su poder se han considerado como dioses?... *Et eritis sicut Dei*. Y por cierto no llevarémos la necedad hasta el punto de considerar al autócrata como plenamente justifi-

cado de toda idea personal de persecucion por esta iusípida chocarrería que se permite repetir á cada instante. *¿Creeis aun que me como un niño polaco todas las mañanas?* Hay gentes tan buenas que miran estas palabras como un argumento decisivo y soberano, absolviendo por ellas al monarca ruso, y hasta serian tentadas de hablarnos de su genio benigno.

Ah! si la prudencia no impusiese qua cierta mesura, y no nos hiciese recelar el que acabásemos de comprometer con nombrarlos á personages polacos y rusos de alta distincion, refugiados en el estrangero, y obligados aun á grandes miramientos, los cuales si bien que perseguidos por sus creencias no quieren permitiirse por resentimiento el mas pequeño ataque contra el carácter de su soberano, y aun menos contra la verdad, no seria difícil probar, que la persecucion contra la Iglesia católica procede del emperador Nicolás.

Y ¿qué necesidad tiene la Francia, sea por su dignidad y su poder, sea tambien, quiero suponerlo, para el restablecimiento de la legitimidad, si esto entrase en las miras de la Providencia, en las miras de esa otra *legitimidad*, la sola eterna que da y quita las coronas y puede sola levantar los tronos que ha destruido; ¿qué necesidad, digo, tiene la Francia de las simpatías del monarca ruso? En verdad esas simpatías y antipatías no eran un misterio cuando el terrible acontecimiento de 1830. El autócrata no las disimulaba y no le faltaban soldados y el poder. *Todo era entonces justo.*

Y ¿qué hizo sin embargo? Nada : é hizo bien. Desde luego hubiera arrastrado la Europa á males incalculables y á un abismo sin fondo, sin lograr el restablecimiento de lo que habia sido destruido. Y aun si él y la Europa hubiesen logrado su intento, la obra hubiera tenido una duracion precaria y corta: nadie lo ha demostrado mejor que M. Chateaubriand en su obra de la *Restauracion y de la Monarquía electiva*, que pareció poco despues de la revolucion de Julio, y esto con palabras tan fuertes y tan extraordinarias que yo no me atrevo

á transcribirlas; bástame indicar las páginas 303 y 397.

Pero al fin ¿cuáles son estos altos y misteriosos destinos del poder moscovita? No es ciertamente un apoyo extranjero lo que de él se espera, vendria un poco tarde, y en ese punto todos los partidos han hecho su profesion de fe de una manera clara y solemne. Los únicos altos y misteriosos destinos de la Rusia, los solos que debemos desear para ella, son su vuelta á la *unidad*. Pero ah! ¡Cuánto de la misma se aparta! Y ¡qué otro destino vemos que busca con una tenacidad perversa! Ella marcha á la opresión de la fe católica, opresión que atraerá quizás bien presto sobre su autor el castigo que tarde ó temprano siempre ha alcanzado á los perseguidores de la Iglesia. La Providencia nunca abandona la causa de su Iglesia y de su gefe, y como lo ha dicho bien la *union católica* que clama con tanta perseverancia como talento contra la persecucion del emperador de Rusia, que haga lo que quiere el gabinete de San Petersburgo, el irrevocable anatema del Soberano Pontífice lleva el sello indeleble que el Vaticano imprime en los actos de la autoridad sublime, por quien el órden espiritual reina sobre la tierra. Dios mismo imprime este sello indeleble á los actos espirituales de su vicario sobre la tierra. La caida cerca 30 años ha de otro perseguidor de la Iglesia y de su gefe, en medio de todo su poder, ha demostrado esta verdad que Leibnitz mismo habia reconocido.

Y ¿hasta dónde no han llegado esas simpatías del monarca ruso perseguidor de nuestro culto? ¿No se ha deseado, no se ha esperado una alianza con él por medio del jóven y noble vástago que la Providencia habia tan milagrosamente dado á la Francia, y que en sus miras impenetrables tan milagrosamente ha conservado? ¿No se ha soñado (y felizmente no ha sido mas que un sueño) un enlace del nieto del *rey cristianísimo* con una dinastía cismática, cuya alianza habia sido rechazada por el padre 25 años ha, por el tino de Luis XVIII? Y esta dinastía no se mostraba entonces perseguidora. Mas se inju-

riaban los nobles sentimientos de este jóven príncipe, suponiéndole la idea de unirse con el Diocleciano moderno, y el perseguidor de esta fe católica á la cual está tan filialmente adicto. Nosotros hemos considerado débil ese proyecto, y hemos creído prudente obrar así. El descendiente de los reyes cristianísimos, el nieto de San Luis en vez de la noble independencía y de la dignidad del infortunio no hubiera encontrado en el palacio del Czar sino una humillante, imperiosa é inútil proteccion; y á la adversidad de un noble proscrito, se le habria añadido la de las cadenas doradas, y la de un destierro á la corte del autócrata.—*Enrique de Bonald.*

Como no deja de ser interesante la carta que un individuo de Polonia emigrado, escribe al mismo *Univers*; transcribimos á continuacion la mayor parte de sus párrafos, reservándonos el hablar algun dia mas detenidamente sobre este desgraciado pais.

Siendo uno de vuestros continuos lectores, convencido de vuestro interes por la causa actualmente pendiente del catolicismo en Polonia, creo poder someteros algunas reflexiones sugeridas por la aparicion de piezas importantes que vuestro excelente periódico ha publicado antes que nadie, y cuyo efecto como una arma de dos filos hiere verdaderamente con fuerza á nuestro enemigo, pero nó sin dar un golpe doloroso al sentimiento que reasume nuestro destino político, al sentimiento de la justicia y de *nuestros derechos.*

Bien adivináis que tengo á la vista la esposicion acerca de la alocucion de S. S. el papa Gregorio XVI en el sacro colegio al 22 de julio último. Gracias sean dadas á la vigilancia paternal de su Santidad. Nosotros hallamos allí el cuadro fiel de los males que agitan á la poblacion católica de Polonia por las crueles persecuciones que le hace sufrir el gobierno ruso. Estas persecuciones estan señaladas por lo mas respetable de las autoridades, y nada puede añadirse á estas acusaciones tremendas. Mas junto á ese cuadro hallamós una apreciacion de los acontecimientos de nuestra revolucion. Delante de seme-

jante language me creo obligado á extenderme sobre hechos.

El emperador Nicolás ha tomado por empeño el destruir con encarnizamiento sin ejemplo la nacionalidad de nuestro pais y su religion. Esas dos destrucciones estan estrechamente unidas en su pensamiento y en la naturaleza de las cosas, y todos los medios que emplea tienen por objeto el consumarlas simultáneamente. Está mas que probado, y nadie lo sabe mejor que el gobierno, que nuestra nacionalidad no puede resistir sin la conservacion de la fe de nuestros padres, asi como el catolicismo no podrá, humanamente hablando, mantenerse en vigor en Polonia, sin el libre y cumplido ejercicio de los derechos nacionales, feliz correlacion de intereses de la patria eterna con los de la patria terrestre.

Al 29 noviembre de 1830 procuramos nosotros salvar nuestra nacionalidad política, y religiosamente atacada durante los quince años de régimen constitucional, por un sistema no menos rudo y violento, y no menos constante del que se ha puesto ahora en obra. Estos esfuerzos proceden de los que en 1768, con la forma propia de la constitucion del pais tenían por objeto rechazar las invasiones de la dominacion extranjera en Polonia, y garantir la existencia y la integridad nacionales. Quiero hablaros de la confederacion de Bach que trató con varios estados y especialmente con el gobierno de Luis XV. El mal éxito de sus generosos esfuerzos nada prueba contra su legitimidad.

Habiendo permitido á la Polonia circunstancias creadas por la Providencia el renovar en 1830 semejantes esfuerzos, sin temer mas de lo que habia temido en 1768, 1794 (1), y en 1800 (2), la acusacion de rebelion. Y ¿contra quién? Gran Dios! Contra el poder que desde 1772 comenzó á desgarrar la fe en Polonia por la descatalogacion violenta de tres vastas y florecientes provincias.

(1) La insurreccion de Kosciuszko.

(2) La emancipacion y la creacion del ducado de Varsovia.

Este poder desde entonces ha marchado sin cesar por la vía con frecuencia sangrienta y casi siempre tiránica de la persecución cismática.

¿Qué contienen sin embargo algunos de los pasajes de la exposición indicada y entre otros los que hacen referencia á la encíclica de 5 de junio de 1832, y la carta misma dirigida por el Santo Padre al emperador Nicolás el 4 enero de 1834? Nó, debemos decirlo en alta voz, el nombre de *sedicioso* no puede aplicarse al pueblo polaco. Pueblo este libre é independiente durante diez siglos, pueblo católico cuyos reyes se honraban de llevar el título de reyes católicos, y cuyas victorias eran fiestas de victorias cristianas, pueblo que los Soberanos Pontífices han llamado el baluarte de la fe; nosotros hemos sido invadidos, despojados, desmembrados, aniquilados por los últimos accesos de la violencia y de la iniquidad, que han podido detener el ejercicio, mas nó destruir la existencia de los derechos imprescriptibles que las naciones reciben del mismo Dios, y de los cuales confía la defensa á su fidelidad, á su valor, á su heroísmo.

Si aun olvidando por un instante estos derechos mas antiguos, se quiere hacer derivar nuestra existencia de los tratados de Viena en 1815, diremos que las estipulaciones de ese fatal congreso al paso que nos encadenaron á la Rusia, no lo hicieron sin imponer á esta potencia algunas condiciones, y si nosotros debimos aceptar las obligaciones, las consecuencias de dicho tratado, la violación de las promesas por parte del usurpador del reino de Polonia, y de las de su sucesor, ha bastado para romper este mentido pacto y de hacernos entrar en la recuperación de nuestros derechos anteriores.

Ese derecho fue espontáneamente reconocido por el gran duque Constantino: la representación nacional en sus dos cámaras constituidas en dieta, despues de haber declarado en 18 diciembre de 1830, que la revolucion, ó digámoslo mejor, el levantamiento era nacional y legítimo, publicó el 20 de diciembre su manifiesto para dar á la Europa acta de su exis-

teucia, para exponer sus quejas contra el emperador de Rusia, para probar la legitimidad de las pretensiones de la nacion polaca.

La adhesion continua de toda la nacion levantada desde el Dzwina hasta el Vistula, y representada en cuanto á la Galicia y al ducado de Posen por cuerpos considerables formados de voluntarios que sus gobiernos respectivos no se atrevian á retenir; esta adhesion, digo, dió á la lucha de la nacion polaca un carácter imponente de generalidad. Operaciones regulares y victorias señaladas hicieron en la misma la mas leal y la mas brillante de las guerras.

Por lo demas, el asentimiento y la simpatía general de los pueblos y de esos dos gobiernos que no estan especialmente interesados en nuestra pérdida, simpatía espresada por toda clase de manifestaciones y por las protestas solemnes de las legislaturas francesa é inglesa contra los atentados dirigidos á la nacionalidad polaca, son una prueba moral de que la justicia debe hallarse en donde el interes universal subsiste á pesar del tiempo y de las desgracias.

Oh! En verdad, si el Santo Padre hubiese podido recibir informes directos y precisos, habríamos tenido la fortuna de parecer á sus ojos bajo colores que no nos hubieran privado de su bendicion paterna; y no es que haya faltado la voluntad al gobierno nacional, nadie ignora los obstáculos que sus agentes hallaron en el ejercicio de su mision.

La Santa Silla hubiera sido ilustrada sobre el carácter de moralidad religiosa, constante mientras duró la guerra, y lejos de ver allí el liberalismo licencioso tan deplorable por sus efectos en otras partes, habria conocido que solo hubo una débil y rara influencia en el movimiento nacional. Un instante desgraciado, aumentado y envenenado por las calumnias de los que tenian interes en denigrarlos, no puede entrar en balanza con el respeto á las leyes y al órden, la generosidad hácia los enemigos vencidos, la abnegacion y la caridad que no

han cesado de caracterizar la masa de la nacion, y sobre todo la piedad practicada, tanto en las iglesias frecuentadas mas que nunca como en los cuerpos del ejército, en los que el ministerio sagrado de los sacerdotes se ejerció continuamente durante toda la lucha.

Tales son las observaciones que algunos puntos de vista que ofrece la exposicion, hacen dignas de que se publiquen. Lejos de haber sido inspiradas por la disminucion del sentimiento filial de los católicos polacos hace el Vicario de Jesucristo, no puedo menos de decir que nuestros corazones tienen ahora necesidad mas que nunca de estar tiernamente unidos con el Padre comun de los fieles. Nuestras preocupaciones políticas no nos hacen desconocer el deber de reconocimiento y abnegacion por la solícitud paterna que en este momento alienta y consuela á su rebaño oprimido: y mas que nunca debemos sostener los intereses de la religion católica que es y la que debe ser la de nuestro país, á pesar de los esfuerzos de nuestro enemigo. = *Un individuo de la emigracion polaca.*

ESTADO DEL CATOLICISMO en diferentes puntos del globo.

(Extracto de la *Revista Católica*.)

ARTICULO 4.º

MISIONES DE LA INDIA.

Vicariato apostólico de Pondichery *Maduré*.

Es muy poco grato viajar por la India. Cuando se sale por la mañana jamás se puede decir esta tarde llegaremos á una posada. Es necesario llevar provisiones y aprovecharse de un lugar á propósito para descansar y comer, ya sea al pie de un árbol, ó debajo de un cobertizo. Los ingleses han hecho construir algunos cobertizos de trecho en trecho para comodidad de los viajantes. Se acuesta uno sobre alguna estera, cuando ha tenido la prevision de traerla consigo; y sino, no queda otro arbitrio que acostarse sobre la dura tierra. Felizmente puede pasarse así sin peligro, por ser la temperatura muy blanda durante la noche.

En el viage de Pondichery á Trichinópolis edificó al P. Sales y á sus compañeros ver la multitud de cristianos que en bandas de veinte, treinta y cuarenta se les presentaban postrándose en tierra y permaneciendo en esta postura hasta haber recibido la bendicion. Acompañábanles un largo trecho, y no se separaban de ellos sin pedirles rosarios ó medallas que llevaban como un adorno precioso. El P. Sales, agotado su pobre tesoro, á fuerza de distribuirlo á todo el mundo, se vió precisado á dar á un gefe de indios una hermosa imágen de la Virgen que tenia en su breviario, cuyo gefe le prometió colocarla en la capilla de una aldea, é hizo este

sacrificio, para que María recibiese los homenajes de toda una cristiandad.

Una multitud de cristianos con su misionero el P. Granier á caballo, salieron al encuentro al P. Jesuita y á sus compañeros que en un carro tirado por bueyes que caminaban á paso tranquilo y lento, hicieron su entrada triunfal en la ciudad en medio de una música indiana. En Trichinópolis hay dos sacerdotes cismáticos que ocupan la iglesia principal y cuentan unas quinientas personas en su secta. Todos los demás habitantes, que son siete ú ocho mil cristianos, se han declarado por la Santa Sede y por sus enviados. Los soldados irlandeses unidos á la fe romana en la India, lo mismo que en su país, no vacilaron en recibir la instrucción religiosa de los misioneros. Hasta ahora los católicos no han podido tener otro lugar de reunión que una especie de grande choza construida de tierra; mas el P. Granier hace edificar una iglesia de ladrillo dentro del recinto de su huerta; la cual será adornada con veinte columnas de granito que formarán las naves colaterales y el centro será coronado con una hermosa cúpula. El mismo P. Granier es el arquitecto, y ha podido emprender esta obra con los socorros de la obra de la Propagación de la Fe.

Desde Trichinópolis y Calcuta, hácia el mediodía, ofrece la China, entre algunos cristianos, muchos pueblos y aldeas, cuyos habitantes son del todo idólatras, de modo que de cada cien naturales apenas hay dos ó tres cristianos. Vense en este país infinidad de pagodas de toda forma y de toda magnitud; cada una tiene cerca de sí un depósito de agua, porque el culto principal de los indios consiste en bañarse para limpiarse de sus faltas, penitencia muy cómoda en un país tan cálido. Las pagodas son generalmente unos edificios cuadrados cuyas paredes están cubiertas de figuras grotescas de monos, bueyes, caballos, asnos, aves y hasta animales fabulosos como los esfinges, y mil otros que inventó la imaginación de los antiguos poetas.

La clase no ilustrada del pueblo tiene por dioses á todos estos monstruos, pero la gente instruida supone que bajo estas apariencias solo adora en el fondo al Ser Supremo. Reconocen una especie de trinidad con los nombres de *Brama*, *Vichnou* y *Sciva*, tres animales bajo cuya forma dicen que la Divinidad se ha aparecido sucesivamente á los hombres. Llevan en triunfo á los bueyes, los colocan en un trono, y la inmensa multitud le rinde homenajes y le quema incienso, pues dicen que *Vichnou* se encarnó, y tomó la forma de este animal.

El sabio autor de las *Costumbres de la India* cree que al principio se adoraba en estos países al verdadero Dios, que despues los indios quisieron

representar los atributos de Dios bajo diferentes símbolos, y que el pueblo concluyó por adorar estos mismos símbolos como otros tantos dioses. Creen los indios que todo esto está escrito en sus libros; pero á pesar de todo esto, parece que un misionero católico haria mucho fruto entre estas gentes sencillas con tal que fuese instruido y hablase bien el tamoul que es su idioma, pues de lo contrario les excitaria á risa. Ha sucedido ya alguna vez que un misionero católico ha confundido á un brama delante del pueblo. Solo falta pues tener conocimiento del idioma de aquellos indios para hacerles entrar en las grandes verdades de la religion, y darles á conocer el sacrificio que hacen los misioneros en dejar su hermoso pais de Europa por amor de ellos y para darles la luz de la fe.

El P. Gury, jesuita, al dar cuenta de su viage hasta Maduré, refiere algunas particularidades, acerca la cena frugal que tuvo en casa de unos indios y lo que conversó con ellos acerca de su religion. Confiesan ellos un solo Dios, y sin embargo el pueblo adora figuras y simulacros groseros, y cree que un hombre vivió entre ellos veinte mil años. Habla de la abundancia y baratura de los frutos en aquel pais, cuervos y animales de caza, y carne de todas especies. Hablando de la industria de los indios, dice que estos tienen una habilidad de instinto, como los animales, sin mudanza ni adelanto, que cada profesion forma una raza distinta; el hijo de un barbero es barbero cuando nace, y el platero ó el cerrajero comunica á sus hijos la rutina que de sus padres ha recibido; asi es que no hay eleccion. Cada artesano vive sin relaciones con los demas, y lleva su taller y su tienda á cuestras á una y otra parte. Sus instrumentos son sencillos y toscos; el herrero en vez de yunque tiene un martillo ó una piedra, y ademas unas tenazas y en algunas partes una lima, y nada mas. El carpintero no conoce sino el hacha y el escoplo. El manejar una sierra se tiene por cosa de un grande ingenio. Cuando se encarga un artefacto es preciso adelantar la materia, ó el dinero para comprarla y mantener al artífice mientras trabaja. Apenas saben hacer unas tablas y un asiento de madera, y ni aun aciertan á conocer la perfeccion de lo que les viene de Europa, bien que lo admiran. En las grandes poblaciones se encuentra algo de mejor, pero son las habitadas por europeos, pues en todo Maduré no hay sino tres ó cuatro que sepan herrar un caballo.

La cultura de las tierras consiste casi únicamente en regar en los paises donde hay agua, pues en los restantes apenas se ve mas que un vasto desierto. Cuélganse los indios de lo alto de un ciñogal para hacerla subir del profundo de un pozo. En lugar de la piedra que sirve de contrapeso, se pone el peso de dos, tres y hasta seis hombres, para levantar un

enorme cubo hecho de planchas de hierro. Para bajar el cubo vacío, pasan los hombres del extremo al centro de la viga, y para hacerlo subir van retirándose otra vez hácia el extremo, clavando las manos en unas estacas elevadas á lo largo de la viga, que está cortada en forma de escalera para que los pies no resbalen. Otras veces se saca el agua mas fácilmente, si no es tan profunda, por medio de una grande pala.

La capital del distrito se llama Malciadípatty que significa literalmente *montaña, pie, pueblo*, esto es, pueblo al pie de las montañas. Las montañas de Maduré estan diseminadas sin orden en medio de una llanura inmensa y sin aguas cuando no llueve. Esta estension produce una multitud de fenómenos de ilusion óptica, ya en la atmósfera, ya tambien sobre la tierra, por las refracciones de la luz, y sobre todo es notable la aparicion de muchos metéoros brillantes como estrellas pasajeras, formadas en la region inferior de la atmósfera.

La iglesia del pueblo confiada á la solicitud del P. Gury, como casi todas las de aquel pais, no es mas que una miserable barraca de tierra, cubierta con un techo de bólago que por todos lados baja hasta el suelo, semejante á un apagador puesto sobre el cabo de una vela. Y como en esta barraca no hay absolutamente ninguna ventana, puede decirse que no es otra cosa que morada de murciélagos. La puerta es tan baja que casi no se puede entrar sino á gatas; y aun es una felicidad el que despues de haberse bajado lo suficiente para salvar la cabeza, no se le rasguen á uno los vestidos por las ramas que forman todo el maderage.

Hay aldeas habitadas por *parias* (raza maldita). En otra habitada por paganos y cristianos, hay por iglesia una barraca de diez pies de largo sobre siete de ancho. El altar es tan pequeño que apenas caben en él las cosas necesarias para el sacrificio. “Despues de haber celebrado, dice el P. Gury, quise ir al lugar que habia sido objeto de mi viage. Es imposible, me dijeron. — Y ¿por qué? — Porque son *parias*. — Y ¿no hay iglesia? — Hay una bastante decente, mas los del pueblo son *parias*. — Si un *paria* se halla en peligro de muerte, ¿no puedo ir á visitarle en su casa? Y si puedo entrar en sus casas, ¿no podré entrar en su iglesia? — De ninguna manera. Si V. va allí, los paganos dirán que tambien somos *parias*, pues tenemos el mismo misionero. — ¿Quién ha criado á estos *parias*? — ¿No es el Dios que os ha criado tambien á vosotros? — Bien, pero los paganos no entienden esto; y dirán que todos somos *parias*. Uno hubo que propuso un medio conciliable, y fue, que yo iria á aquella iglesia, pero que mientras yo estaviese allí, ningun *paria* pondria el pie en ella. Como mi objeto no era entrar en cuestiones de razas, tampoco quise replicar

mas, sino que aquella misma tarde emprendí el viage, y les administré el sacramento de la penitencia hasta el anochecer: por la noche regresé á cenar y dormir en la misma aldea de donde habia salido, volviendo á la mañana siguiente á la de los *parias* para administrarles los sacramentos del bautismo y matrimonio, decir la misa, y darles la comunión. Todo esto se hizo á la puerta de la iglesia, estando los cristianos fuera de ella y yo dentro; siendo muy duro el ver que aquellos infelices tenian impedida la entrada en la iglesia, para que un indio que no fuese *paria* pudiese entrar y ayudarme la misa. Con todo me tenia por feliz con poder cumplir mi ministerio á este precio, y aquellos buenos *parias* experimentaron la mayor satisfaccion en mi visita. Esta raza no es mirada con tanto horror en la costa de la Pesquera. Hallándose allí el P. Martin para administrar la primera comunión, uno de los niños que debian recibirla era *paria*: este entró en la iglesia con los demas, sin que nadie biciese atencion á su raza; mas al fin hubo uno que lo hizo observar, y otro le respondió: "*el dia de la primera comunión á nadie se debe tener por paria.*"

Pasa despues á esplicar las grandes dificultades que le ofrece el idioma para ejercer su santo ministerio, á pesar de haberse ejercitado bastante para decir algunas palabras en conversacion, pero es muy difícil entender lo que hablan. Ahora dice haber concluido con la ayuda de un sabio indio un pequeño diccionario frances-tamoul, que le servirá de grande utilidad para hallar las correspondencias. Cita para muestra de la extraordinaria diferencia entre el modo de pronunciar y el de escribir, la palabra con que saludan los cristianos: *Saravesperanoucoustotteram*, que quiere decir: *alabanza á Dios* y en la conversacion, en lugar de estas diez sílabas no se oye sino una palabra confusa como *Sarostram*, concluyendo con la necesidad esencial del estudio del idioma, para el cual se propuso renunciar á todo otro estudio, puesto que es el medio de salvar las almas, y de lograr el objeto que se propusieron los misioneros al dejar su patria y atravesar el océano.

JOSE MARIA PIGNATELLY.

El 3 del actual hácia las tres de la tarde, partió de *Roma* Su Santidad para *Castel-Gandolfo*, donde permanecerá pocos dias.— En la congregacion ordinaria de Sagrados Ritus reunida en 24 del pasado, se trató de la introduccion de la causa de beatificacion y canonizacion del venerable siervo de Dios José María Pignatelly, sacerdote profeso de la compañía de Jesus. Nació este de nobilísima familia en *Siracusa* (Sicilia) en 1737, correspondiendo á su nobleza la perspicacia del ingenio y la bondad de su carácter. Pronto entró segun sus deseos en la compañía de Jesus, de la cual fue honra y sosten, especialmente en los tormentosos años de 1767 á 1773. Despues de la supresion de la compañía, constante en su vocacion, buscó con ansia reunirse con sus compañeros. Apenas supo que se habia restablecido en *Nápoles* la compañía, pasó allí y permaneció hasta su segunda espulsion, despues de la cual se retiró á *Roma*, donde murió tranquilamente y en olor de santidad en 1811. Por donde quiera que habitó fueron seguidas sus virtudes de una fama universal que conservándose hasta el presente determinó á la sagrada congregacion á responder favorablemente, señalando una comision para esta causa que propuso el cardenal Pedicini prefecto, y que aprobó Su Santidad en 30 del mismo setiembre. Fue postulador de la causa el P. José Luis Chiereghini, procurador general de la compañía de Jesus. Demolida desgraciadamente por las pasadas vicisitudes la única iglesia que habia en *Roma* dedicada á San Mateo apóstol, situada en la *Vía Felice*, entre San Juan de Letran y de Santa María la Mayor, se le instituyó otra dentro del palacio Sabino, donde concurren los devotos del santo, y donde se celebró con gran pompa su fiesta en 21 de setiembre, siendo grande la afluencia del pueblo que acudió á ganar las indulgencias concedidas por el Sumo Pontífice, quien regaló á la capilla un hermoso cáliz.— Estos dias ha llegado á *Roma* el obispo de *Carra*, el Illmo. Fr. Pedro Rafael Arduini, de la orden de Menores conventuales, electo vicario y visitador apostólico de *Moldavia* en 1838.

RACIONALISMO FILOSÓFICO.

En el *Diario di Roma* de 4 del corriente, del cual tomamos las anteriores noticias, leemos tambien lo que sigue: El 25 de agosto último, en la academia de Religion católica de Roma, leyó el abate Felipe Gerbet, vicario general de Meaux, un sabio y gravísimo discurso intitulado: *Observaciones sobre el racionalismo filosófico*. Despues de haber espuesto algunas importantes observaciones preliminares sobre los muchos sistemas de ataque con que en varias épocas ha sido la Iglesia combatida, y de sacar de ello las consecuencias necesarias, indicó el ilustre académico los tres diferentes aspectos, bajo los cuales se presenta el racionalismo filosófico en Francia, en Alemania y en Inglaterra, y se limitó á examinar la marcha y las fases del primero. Denotando con el nombre de racionalismo aquellos erróneos sistemas que niegan la revelacion, y manifestando la esencia del racionalismo en la necia pretension de que el hombre no tiene ni puede tener otro medio que la fuerza de su razon para conocer las verdades religiosas, descubrió su origen en las aberraciones del protestantismo, lo mostró estrechamente unido al materialismo y ateísmo del siglo XVIII, y con rasgos llenos de precision y maestría trazó los estravíos y los delirios causados en aquellos funestos dias por el jacobinismo intelectual. Hizo ver en seguida de qué modo el racionalismo, como avergonzándose de sí propio, y disfrazando su deformidad bajo un manto seductor, concibió la idea de conciliar las ciencias con la fe, é intentó seducir los ánimos de este modo, si bien sus doctrinas degeneraron bien pronto en puro naturalismo. Recordó la sucesiva union del racionalismo con los místicos, con los san-simonianos, con los doctrinarios, con los economistas, pero en especial discurió profundamente acerca de su actual tendencia al panteísmo, el cual destruyendo todo fundamento de orden y de moral origina perturbaciones semejantes á las que del materialismo se derivaron á fines del siglo pasado; y de aquí dedujo como por legitima consécuencia que las extrañas teorías de este monstruoso proteo, tarde ó temprano se desacreditarán por sus monstruosos resultados. Hé aquí en breves palabras el asunto de este importante discurso, que uniendo á la filosofía y á la erudicion, gravedad de ideas, claridad de orden y nobleza de estilo, se atrajo justamente los aplausos del ilustrado auditorio, en el que se distinguian los cardenales Macchi, Castracane, Brignole y Ferretti.

ESTUDIOS POLITICOS.

ARTICULO 3.º

LA SOCIEDAD.

Tocado hemos á una de las principales épocas del mundo social. La revolucion religiosa y política á la vez, que preparada por el autor de la reforma y sus satélites, fue desarrollada con funesta energía á últimos del siglo pasado, es una consecuencia de las leyes generales de la conservacion de las sociedades, y como una crisis terrible y saludable, por la cual la naturaleza expelle del cuerpo social los principios viciosos que la debilidad de la autoridad habia dejado introducir en ella, y le vuelve su vida y su vigor primero. Estas grandes conmociones morales se parecen á los sacudimientos de tierra y á las inundaciones, que si bien desastrosas en sí mismas, entran en el órden natural de la conservacion del universo.

Sin embargo, estas revoluciones que son siempre juntamente religiosas y políticas, porque combaten para destruir un mismo principio, entran en el plan providencial que conduce á su término los grandes acontecimientos; y las permite Dios con el fin de dar al poder la fuerza necesaria para conservar la sociedad misma que amenazan destruir; asi como permite las tempestades para desahogar y despejar la atmósfera. El poder

que rige los destinos de los pueblos se embota y se vicia puesto en manos del hombre; desconoce los verdaderos agentes que le hacen obrar, propende por corrupcion ó por egoismo á uno de los dos extremos opuestos de flojedad ó de tiranía, de abuso ó de debilidad. Entouces algunos, usurpando el nombre de la sociedad entera, se levantan contra un poder que ha perdido el prestigio, ó ha dejado escapar de sus manos la fuerza : y deja este de ser el representante del supremo regulador de las sociedades. Entouces la sociedad parece hundida y sepultada bajo las ruinas de mil poderes aislados y bastardos que sobre ella se habian levantado. Hasta que despues aparece de nuevo el poder esencialmente constitutivo de la sociedad, como el sol que parecia abismado entre las tinieblas de una tormenta, para dominar despues con resplandor mas puro el ámbito inmenso de los cielos.

Las agitaciones políticas han servido siempre para afirmar el poder. Esta verdad sentó Montesquieu, que observaba el hecho sin remontarse al principio. Asi que, decia uno de los pensadores mas profundos de este siglo, siguiendo la misma idea, la revolucion conducirá la Europa á la unidad religiosa y política, constitucion natural del poder de la religion y del poder del estado, de que la separó el famoso tratado de Westfalia,

« En este tratado para siempre célebre, dice M. Bonald, se sentó por la primera vez y en alguna manera se consagró el dogma ateo de la soberanía religiosa y política del hombre, principio de todas las revoluciones, gérmen de todos los males que afligen la sociedad, *abominacion de la desolacion en el lugar santo*, esto es, en la sociedad, sometida á la soberanía de Dios. Entouces fue cuando los gefes de las naciones reunidos en el acto mas solemne que se ha celebrado desde la fundacion de la sociedad cristiana, reconocieron la existencia pública y social de la democracia política en la independencia ilusoria de la Suiza y de las Provincias-Unidas, y la de la democracia religiosa en el establecimiento público de la religion reformada

y del cuerpo llamado *evangélico*, nombre con que se designa en la constitucion germánica la liga de los príncipes protestantes; sancionando de este modo en Europa usurpaciones del poder religioso y político que hasta entonces habian recibido solamente una sancion provisional y precaria en los estados parciales.

Opina este mismo sabio que los tratados que mas ó menos tarde han de poner fin á la presente lucha social que tan profundamente ha agitado el mundo, serán redactados, sea en la época que fuere, sobre principios diametralmente opuestos al tratado de Westfalia. Ha pasado un cuarto de siglo desde que este filósofo emitia este pronóstico social. Nosotros en este período turbulento que hemos transcurrido solo vemos motivos para ratificarnos en el sublime y consolador pensamiento de aquel profundo observador.

La sociedad que forma una parte de la naturaleza del hombre, y que este no puede dirigir á su arbitrio porque no la ha inventado, es un verdadero estado de guerra, una lucha continua y obstinada de la verdad contra el error, de la virtud contra el vicio, del bien contra el mal. Es una no interrumpida resistencia que las fuerzas conservadoras de la justicia, del orden y de la felicidad pública é individual oponen á las fuerzas destructoras de estos mismos principios de perfectibilidad social; una guerra de la naturaleza que quiere la sociedad de todos, contra el hombre que tiende á satisfacer su egoismo, ó aislándose de la sociedad, ó convirtiéndola únicamente á su provecho. Todo cuanto se dirige pues á desequilibrar este eterno é imprescindible combate, dando preponderancia á las fuerzas destructoras contra las conservadoras, ó aflojando el freno que contiene á pesar suyo la accion indómita de las pasiones individuales ora obren sueltas ó coligadas; todo lo que tiende á dar ventaja al poder particular sobre el poder público, al individuo sobre la sociedad, aun cuando se haga en nombre de la sociedad misma, todo se dirige á su disolucion y á su ruina.

Hé aquí el verdadero punto de vista bajo el cual debe ser considerada y apreciada la bondad de todos los sistemas políticos, sean de la clase que fueren. No son las teorías brillantes fundadas muchas veces en bellos delirios y en especiosas hipótesis las mas naturalmente análogas al bienestar de las sociedades. Deslumbrados á veces con ellas algunos hombres que se dan á sí mismos el título de reformadores, reforman la sociedad como los protestantes reformaron la religion, proclamando la soberanía individual del hombre sobre la sociedad, como aquellos proclamaron la soberanía de la razon individual sobre la ley ó la regla religiosa. Armados furiosamente contra la sociedad que pretenden defender, la reconstruyen sobre bases opuestas á las naturales, á las impuestas por Dios mismo que es su legislador supremo. Y como es tan imposible y tan absurdo prescindir de la suprema autoridad de Dios para constituir una sociedad, como invocar á Dios, trastornando empero las bases sobre las que aquel la ha establecido; forman de la sociedad un monstruoso conjunto de voluntades particulares, todas soberanas, que luchan bruscamente y sin orden como los elementos del antiguo caos, y acaban por hacer de su religion el ateismo, y de su gobierno la anarquía. Esta amalgama monstruosa presenta es verdad los caracteres de una sociedad; pero examínadle en el fondo, y veréis fermentar en ella el gérmen de su propia destruccion. Desasidos sus miembros entre sí por haberse roto los lazos del deber, no biréis sino proclamar los derechos del hombre contra los derechos de la sociedad. Esta no es mas que un convenio mutuo y fortuito, sin mas origen ni motivo que el interes de cada uno, sin mas garantía que este mismo interes, y que puede ser disuelto por este mismo interes. En este caso se levantan contra la sociedad las pasiones individuales y las pasiones mancomunadas de la multitud, para anivelar con el hacha de muerte las fortanas y despues las cabezas: y seres profundamente corrompidos ó miserablemente engañados, unidos por los mismos juramentos, ó mejor por los mismos

crímenes bajo diversas denominaciones impulsan aquella acción funesta que rompe de un solo golpe todos los vínculos y todos los goces sociales, y que ejecuta la multitud con toda la ceguera del fanatismo mas atroz.

Formada apenas esta sociedad de tinieblas, ó digamos constituida, empieza la oposición necesaria, indefectible entre la verdad y el error, el bien y el mal, que nació con el ser humano y morirá con él, y de moral y metafísica que era al principio, se hace física y exterior; del sentimiento pasa á la acción, por la ley natural que tiende á la conservación de los seres morales así como la ley física tiende á la conservación de las especies; y el cuerpo social, que casi no daba señales de vida, empieza la lenta reacción que va volviéndole las fuerzas, el vigor y la salud.

Mas; se dirá tal vez, ¿ cómo se suceden tan á menudo esos terribles sacudimientos que destruyen la social armonía y que repetidas con frecuencia desolarían la humanidad? ¿ Es posible que se ciegue hasta tal punto la razón humana que llegue á desconocer los mas obvios principios de sociabilidad? No es de extrañar la repetición frecuente de esa calamidad moral que derriba los poderes públicos, levanta nuevos poderes como ídolos que sostiene la versátil y turbulenta voluntad del hombre, destruye derechos adquiridos, dispensa una especie de sancion á las usurpaciones, y de legitimidad á los crímenes y despojos, desencadena los odios y las ambiciones privadas, muda los nombres á las cosas, arranca á los goces personales y sociales la garantía de un poder protector, dejando á la propiedad indefensa y todas las ventajas de la sociedad á merced del mas astuto ó del mas malvado. Aun cuando por un desengaño tardío pero indispensable quede destronada la anarquía y deshechos los ejércitos del ateísmo, los ejemplos sobreviven á los sucesos, y los principios á los ejemplos. Cuando empieza á formarse una generación en el odio del poder y en la ignorancia de los deberes, transmitirá á las edades siguientes la

funesta tradicion de tantos errores acreditados y el contagioso recuerdo de tantos crímenes impunes; y como quedan siempre subsistentes en medio de la sociedad las causas de desórden, tarde ó temprano reproducen sus terribles efectos, y los producirán siempre si los poderes de las sociedades no oponen á este profundo sistema de destruccion su fuerza infinita de conservacion; si para dar á su accion social toda su poderosa eficacia, no vuelven otra vez á la constitucion natural de las sociedades; si en fin, no desplegan toda la fuerza de las instituciones públicas para combatir, para detener los efectos de las instituciones ocultas.

No hay duda que estas fuerzas "clandestinas" que minan la sociedad para levantar sobre sus ruinas el trono á algunos hombres insociales, van aumentando en energía á medida que la masa social opone á sus proyectos una grande resistencia de medio. Pero parece que la marcha del siglo reclama poderosamente el restablecimiento de las leyes generales del órden, y camina sensiblemente á la grande unidad política y religiosa, sin la cual no hay verdad alguna para el hombre, ni salud para la sociedad. Esos mismos desastres de que somos víctimas preparan la abolicion absoluta de los gobiernos que se componen de la escoria de la sociedad, la constitucion de Europa en grandes estados; ellos derribarán quizá aquel muro de division que una política alucinada por odios de partido habia levantado entre ciertos pueblos y la antigua creencia de la Europa cristiana. El catolicismo, única religion eminentemente social, porque es la única que tolera, á pesar de que se le acrimina la intolerancia, y la única que concilia los intereses de todas las gerarquías sociales, va dominando insensiblemente las grandes sociedades, introduciendo en ellas su espíritu civilizador, y sometiendo á su benéfico imperio los talentos y las ciencias. En Inglaterra la oposicion á la unidad religiosa va debilitándose en la tribuna, en la prensa, en los emporios mismos del saber, de donde hasta ahora habia salido la voz del sofisma

para impugnarla. Y á medida que adelanta este espíritu hácia la unidad, adelanta la tendencia hácia el órden monárquico. El Norte ofrece á los ojos del observador una particularidad importante. Sin menguar ni enflaquecerse el espíritu de la monarquía, va cediendo el orgullo aristocrático, y se pone, como en Italia, al frente de la civilizacion, aquella parte de la sociedad que está mas obligada á ello, y que solo es acreedora al respeto público cuando se distingue por sus virtudes sociales. Los destinos de la Francia, nacion vivaz y veleidosa que parece se fastidia del reposo como de una inaccion vergonzosa, continua sin embargo, dominada por el imperio de la necesidad, y afanándose para consolidar una dinastía de doce años. A pesar de la efervescencia de los espíritus y de los gérmenes de desórden que se manifiestan de vez en cuando por los amagos del crimen sienten en sí misma la precision de arraigar con la paz los cimientos de un poder aunque violentamente contrariado. Y nuestra patria fatigada de luchar sin fruto para constituirse con solidez, suspira por el momento en que un poder firme y enérgico la garantice contra los vaivenes funestos de un estado perpetuo de oscilacion.

Cuando el genio de Leibnitz, uno de los mas vastos que han existido en el mundo, colocado entre los desastres que afligieron la vejez de Luis XIV y los trastornos que amenazaban la minoridad de su sucesor, á principios del siglo pasado se atrevió á pronosticar la futura grandeza de la Francia, no viendo sino elementos de decadencia y retroceso, añadió á su profecía por último término la ruina del cuerpo social, muriendo, por decirlo así, de un exceso aparente de vida, debilitado antes por haber estendido demasiado la accion de su poder. Los cuerpos morales, así como los cuerpos orgánicos, mueren á veces por exuberancia de vida, ó por el desequilibrio entre las partes de que se componen, y el principio vital que ha de animarlos. Tambien, en sus *Nuevos Ensayos sobre el entendimiento humano* describió con una verdad profética la mar-

cha de la corrupcion que debia gangrenar las sociedades modernas, el carácter de los hombres que debian introducir esta gangreua en el cuerpo social, el modo como la habian de propagar, y el remedio que al fin saldria de este mismo exceso de depravacion moral. Ved abí sus palabras : « Los que se creen libres del importuno temor de una Providencia veladora y de un porvenir que amenaza, sueltan el freno á sus pasiones brutales, y emplean su inteligencia en seducir y corromper á los demas. Si son tocados de ambicion y de dureza de carácter, serán capaces para satisfacer su autojo ó para medrar, de poner fuego á los cuatro ángulos de la tierra, y de esta especie he conocido yo..... Observo asimismo que tales opiniones, ú otras muy parecidas se van insinuando iusensiblemente en el espíritu de los hombres del gran mundo que tienen en sus manos el arreglo y los negocios de los otros; y deslizándose estas máximas en los libros de moda, todo lo predisponen para la *revolucion general de que se ve amenazada la Europa*..... Si se logra poner un dique á esta dolencia contagiosa, cuyos efectos empiezan á hacerse sentir, puede que se consiga prevenir el mal; *mas si va cundiendo esta epidemia moral*, la *Providencia corregirá á los hombres por la revolucion misma que de ella habrá nacido*; pues sean cuales fueren los acontecimientos, en resumidas cuentas, *todo refluirá siempre en la mejora general.*„

Merecen meditarse las palabras de este grande hombre, pues ellas encierran la idea del perfeccionamiento general de la sociedad, de aquel optimismo religioso y filosófico que predijo sin conocerle la escuela materialista del último siglo, que ridiculizó Voltaire sin haberle comprendido, y que tantos autores se han afanado en sostener sin explicarnos lo que sea, bajo el nombre de progreso social, ó de marcha progresiva de la humanidad.

Que las sociedades humanas no pueden mantenerse en un estado estacionario, es una verdad que tiene la doble demostracion de

la razon y de la esperiencia. Las sociedades como compuestas de seres morales y libres son siempre susceptibles de perfeccionamiento, que no es otra cosa sino la mejor y mas exacta aplicacion á la organizacion y á la marcha de la sociedad de los principios religiosos y morales, que son en sí mismos invariables como lo es su autor. Asi que, si bien estos principios, como leyes eternas de justicia y de razon, no pueden admitir mejora ni adelanto, pues Dios es inmutable como su ley; con todo la aplicacion de estos principios á la formacion y á la marcha de las sociedades es perfeccionable tal vez al infinito; pues Dios que no ha fijado límites á la perfeccion del individuo, tampoco los ha fijado á la perfeccion de la sociedad. Bajo este punto de vista admitimos esta perfectibilidad social, que nos anuncian sin conocerla hombres cuyas opiniones harian retrogradar la sociedad, á lo menos por sus consecuencias, hasta el estado de ignorancia y de ferocidad; hombres que rechazan sin dignarse aun examinarlos á escritores que apresuran y fundan los progresos de la sociedad, defendiendo contra la irrupcion de los bárbaros los principios de la moral, de la razon y del gusto; contradiccion asombrosa, esclama el ilustre autor á quien hemòs citado al principio, que es una prueba de que el error y la verdad son muchas veces el mismo objeto mirado bajo dos puntos diversos.

Los que fundan el progreso social en la abolicion de todas las leyes morales, no advierten que dejan abandonado al hombre á sus instintos feroces; y si alguna moral le dejan, si condescienden con algunas de sus inclinaciones virtuosas, si le prescriben ó aconsejan alguna deferencia ó sacrificio en pro de sus semejantes, no le señalan otro móvil que la conveniencia ó el placer. Esperan de la naturaleza viciada ó de la razon abandonada á sí misma no sé qué inspiracion celeste que mantenga á los hombres en su deber, ó que les ponga en armonía consigo mismos y con la sociedad; queriendo que esta, cuyos puros é inocentes goces se fundan en una reciprocidad de amor

y de sacrificios, llegue á su grado mayor posible de perfeccion, dejando al individuo todo el poder de su egoismo, y toda la licencia de sus pasiones, aun las mas desastrosas. Consideran la sociedad como un hacinamiento confuso de individuos reunidos al acaso sin gerarquías, sin deberes recíprocos, sin consideraciones sociales, en un estado absoluto de independencia religiosa, social y hasta doméstica; sancionando un nivelamiento feroz de autoridad y de poder que les pondria en lucha continua y sangrienta como una manada de tigres. Proclamando hasta el fastidio los derechos individuales, contra toda autoridad por divina, por natural que sea, descuidan los derechos sagrados de estos mismos individuos por los cuales subsiste y es amable toda sociedad, los derechos sagrados que garantizan al hombre la posesion y el goce del fruto de sus afanes y de su inteligencia, no dejándole casi mas garantía que la fuerza, y volviendo á aquel estado imaginario de ferocidad salvaje que atraia las miradas de Juan Jacobo, y que parece ser todavía el blanco de algunos hombres dignos por cierto de la felicidad del salvaje.

Efectivamente, los adversarios de la perfectibilidad social son hasta cierto punto excusables, en asustarse de ella, cuando la ven anunciada por hombres que en moral, en política, en literatura toman por nuevo lo monstruoso, lo inaudito, que creen adelantar cuando no hacen mas que dar vueltas por un círculo de errores y de delirios, restos ya carcomidos de las antiguas escuelas griegas, y que no ven otra felicidad para los pueblos que las riquezas, ni otro progreso en la sociedad que las artes.

Abuso tan lamentable de la razon, insistencia tan tenaz en principios que llevan la disolucion á la sociedad, y cuyos solos preludios ó ensayos son tan horriblemente desastrosos, merecen por cierto fijar la atencion pública y las miradas del atento observador. La ciencia política, lo dijimos ya en otra parte, y lo repetimos ahora, se ha segregado de la ciencia social, á la

cual está subordinada, así como la ciencia de la moral se ha separado de la ciencia de Dios. Presentando así aisladas muchas doctrinas, bellas y deslumbradoras en el orden político, se han ocultado las relaciones que debían unir las con el orden social que, indicando sus causas, abarca también sus resultados. Reducida la política á tan mezquinos límites, se ha hecho despreciable para el filósofo, y aun cuando sus aplicaciones antisociales hayan podido sorprender por un momento una multitud sin freno por parecer que halagaba sus bastardos instintos, presto ha perdido el prestigio hasta del hombre inculto que no pudiendo descubrir las causas, solo se desengaña cuando palpa las consecuencias.

Necesario es pues, para defender los intereses mas caros de la humanidad, no desdeñar la ciencia, puesto que se ha querido deslumbrarnos bajo este aparato; antes bien elevarse hasta la contemplación de las leyes mismas del orden, y considerar la sociedad en general, por la misma razón por la cual el espíritu humano, después de haber marchado largo tiempo en las ciencias exactas con la ayuda de la geometría lineal y de la aritmética, ha creído indispensable para llegar mas allá el considerar la cantidad en general, y ha inventado el análisis.

No hay duda, y mil veces se ha repetido, que el mundo moral se gobierna por leyes análogas á las del mundo físico, leyes generales y constantes que, en un tiempo dado, reproducen efectos semejantes, porque obran por causas y con medios semejantes; y así como no bastan las pequeñas contrariedades de movimiento que opone el hombre físico para detener el curso del planeta que habita, tampoco son suficientes los actos de voluntad, desordenada muchas veces, del hombre moral para detener ni turbar la marcha general de la humanidad. Las revoluciones, estos grandes escándalos del mundo moral, resultado indispensable de las pasiones humanas que el poder no cuida de reprimir; en manos del supremo regulador se convierten en medios de perfeccionar la constitución de la

sociedad, y entran en las leyes generales de su conservacion, asi como los cometas, á pesar de la excentricidad de su órbita, de la aparente irregularidad de sus movimientos, y del largo intervalo de sus apariciones, sometidos á la observacion y al cálculo, entran en las leyes generales del sistema planetario.

Estas leyes generales del mundo moral son las que han de buscarse como base de todas las ciencias morales, incluso la política y la legislacion, asi como Keplero y Newton se afanaron en descubrir y calcular las leyes generales del mundo físico. Y hallarémolos siempre fijas é invariables las leyes generales del órden entre los seres morales, á las que obedece la sociedad, aun cuando las pasiones del hombre parecen contrariar su marcha, y suspender sus progresos.

Considerada la sociedad en general bajo este punto de vista, fácil será deducir las causas de los males que observamos la aquejan; entonces verémolos la razon por la cual, sacado el poder de su verdadero quicio, va fluctuando de mano en mano, haciéndose siempre mas opresor y desastroso; porque no hay estado tan cruel para la sociedad como aquel en el que, salido de su centro el poder, y vacilante por falta de apoyo natural, gravita sobre ella con todo su peso. Para sostenerse entonces se convierte en tiranía, y su único apoyo es la fuerza material; asi como, cuando se halla en su verdadero centro se apoya en la fuerza moral de los pueblos que es la íntima conviccion de su necesidad, de su justicia y de su conveniencia. Este es el motivo porque todo gobierno fundado en la conquista ó en la usurpacion, bajo cualquier pretexto que sea, ó cualquiera denominacion que tome, es una verdadera calamidad para la nacion que le sufre; y toda revolucion social, cuando llega á completarse, no es otra cosa que el desquiciamiento del poder. Por esta razon muchos hombres que, quizás de buena fe, lejos de dar apoyo y robustecer el poder, le sacan de su centro, dándole una extension ilimitada, por el deseo tal vez de participar de él, se ven despues sorprendidos y alarmados al con-

templar que, pasando á las manos mas débiles de la sociedad, se convierte en vejacion, en tiranía, en despotismo; al ver que destruida la unidad que le hacia fuerte y suportable sin violencia ni opresion, viene á formar en sus innumerables agentes una especie de feudalismo de partido, una aristocracia revolucionaria, cuyos señores se hacen tambien la guerra entre sí y se suceden á cada instante en la escena política. Entonces los mismos que pretendieron dominar el poder se ven á su vez dominados y esclavos de aquellos que quieren para sí el fruto de su primera tentativa. Porque nó impunemente pueden alterarse é infringirse las leyes conservadoras de la sociedad, esas leyes generales que creemos dignas de ocupar en adelante algunas de nuestras consideraciones.

Joaquin Roca y Cornet.

POLÉMICA RELIGIOSA.

Todo cuanto se dirige á dar una idea exacta ó aproximada del estado religioso moral ó social de la época llama nuestra atencion y tiende á nuestro objeto. Uno de los fenómenos que caracterizan la actual situacion del mundo civilizado, es esta especie de restauracion religiosa que sin convencion alguna, y como emanada de la necesidad de rehabilitar los principios morales, se ha universalizado en nuestros dias. Y este movimiento espontáneo y animador que marcha por decirlo asi al frente de la civilizacion moderna merece ser estudiado, ya en sus causas, ya en su naturaleza, ya en sus resultados. Vale la pena que se examine lo que puede tener de especioso ó de sólido, de sincero ó de aparente, qué parte tienen en él el cálculo y las pasiones humanas, y lo que puede esperar de él el verdadero espíritu de religion, la mejora moral del hombre y el bienestar futuro de la sociedad. Esta cuestion importante se halla en nuestro concepto bella y luminosamente dilucidada en la siguiente polémica ocurrida con motivo de un nuevo periódico religioso, literario y artístico con el título de *Revista de los Pirineos Orientales*, que sale mensualmente, y cuyos estimables redactores, que nos honran con su correspondencia, no solo manifiestan simpatías con nuestras doctrinas, sino que, hasta cierto punto, parece toman parte en nuestras antiguas glorias, acordándose que su pais formó algun dia parte de nuestro territorio, y se placen en renovar las memorias de su

antigua patria Cataluña, que es tambien la nuestra (1).

Al Sr. Director de la *Revista de los Pirineos Orientales*.

SEÑOR DIRECTOR :

He recibido las tres primeras entregas de vuestra *Revista*, junto con la atenta carta que os servisteis dirigirme con aquel motivo.

Por cierto que habeis emprendido un bello asunto; habeis concebido una generosa idea, que creo encontrará eco en todos cuantos consideran todavía el catolicismo como el elemento conservador de la civilizacion. Convengo con vos en la oportunidad del momento de vuestra publicacion. Sin embargo, si bien estoy conforme en la consecuencia, no lo estoy en los antecedentes, y admito la conclusion, aunque llevo á ella por diversa senda.

De algun tiempo á esta parte he oido hablar mucho del grande movimiento de recomposicion moral que se verifica en nuestra sociedad, de las tendencias religiosas que de todas partes se manifiestan, y de la necesidad que se empieza á sentir de una luz para guiarnos, y de creencias para reanimar los espíritus. Largos años he vivido, señor Director, y aun puedo añadir que he vivido con precipitacion, tanta era el hambre y la sed de esperiencia que me devoraban; pero nada de esto he sabido advertir. Cuando me he retirado del mundo, le he encontrado tal como le habia visto puesto en medio de él; or-

(1) Lo prueba entre otras cosas un artículo dedicado á examinar el origen y la antigüedad de la lengua catalana, cuyo autor el abate S... promete insertar una serie de artículos que formarán un tratado escrito en catalan, sobre el origen de este idioma, sobre las variaciones que ha sufrido al traves de los siglos, y escritores que ha producido. " Ya que se siente repugnancia, dice el autor, en oír y en hablar la lengua catalana, tal vez se leerá como medio de distraccion y de recreo. Veo que donde quiera se hacen esfuerzos para desterrar preocupaciones, y yo me tuviera por feliz en desvanecer una á la que debe quizás atribuirse la causa inmediata de la ignorancia que reina en nuestras campiñas, y de que con razon se lamentan todos."

gulosamente envuelto en su helado manto de indiferencia es-
céptica, y que (cosa rara!) ni aun al error se adhiere sino
muy de paso.

Ya sé que algunos han encendido su genio en la antorcha de
la religión; le han pedido lo que no podían esperar de la musa
de los antiguos tiempos, inspiraciones; y el cristianismo ha
entrado, no diré en las almas, sino en la literatura, como una
nueva potencia poética. Se ha hecho despertar el eco de nues-
tras ruinas morales y religiosas; se ha evocado en medio de
ellas el enorme fantasma de lo pasado; al modo que la fantasía
del viagero en las soledades del Egipto puede animar aun los
huesos gigantescos de ciudades que desaparecieron. De ello ha
resultado que muchos se han convertido en anticuarios, sa-
cudiendo del polvo viejas leyendas, y que es muy común
encontrar en nuestros libros recientes nuestras tradiciones y
nuestras creencias, mutiladas en verdad y caídas en desuso,
semejantes, en una palabra, á aquellas viejas y caballerescas
armaduras, reliquias venerandas de siglos que ya fueron, ves-
tidos de hierro que no vienen á nuestra talla, y de que nadie
piensa en servirse.

Por vaga que sea esta tendencia, por dichoso me tuviera de
poder añadir que es general. Pero ay! cuántos años habrán de
transcurrir antes que nuestra literatura pueda llamarse cris-
tiana! Tal vez me engaño, quiéralo Dios, pero me parece que
la antorcha de la fe para la generalidad se disloca. No digo que
se apague, pues he creído observar (y examinaré esta cuestión
en otro artículo) una tendencia real del protestantismo hácia
el catolicismo.

En mi concepto, señor Director, en este estado de cosas
precisamente las publicaciones religiosas parece son llamadas
á ejercer su principal influencia, la influencia conservadora,
no la propagadora. La incredulidad, el escepticismo y la indi-
ferencia son dolencias del corazón; nada pueden contra ellos
los esfuerzos del raciocinio. La indiferencia sobre todo tiene

esencialmente el espíritu de la falsedad : ¿y qué queréis que logre la lógica contra la falsedad del espíritu? Acaso los rayos luminosos no tuercen la línea de direccion al atravesar un prisma?

Mas si es casi inútil el trabajo que propaga, no es asi el trabajo que conserva. El contagio es uno de los caracteres de la enfermedad del siglo, y todos, quien mas quien menos, hemos experimentado sus funestos efectos; y en tiempos como los nuestros es cuando importa principalmente que las personas religiosas puedan trocarse recíprocamente sus pensamientos. La fe es como la electricidad, manifiéstase por el contacto. En un dia de batalla el valor se desplega en las masas, aun cuando cada individuo, aisladamente, sea tal vez un cobarde.

El primer objeto de una publicacion religiosa debe ser pues alimentar la llama. Si ella muere, solo Dios puede volver á encenderla. Ciertamente nunca hubo mayor necesidad que ahora de dirigir nuestros esfuerzos á este objeto, porque la fe se ha debilitado, y luce con una luz pálida como la de una vela que va á extinguirse junto á un lecho de muerte.

Antes de la primera edad del Cristianismo, cuando la vieja civilizacion se desmoronaba, y fatigada de dudas y de sofismas la filosofía pagana se había tendido en el lecho del ateísmo, para morir en él, debió pasar en el mundo algo de semejante á lo que ahora está pasando. La única diferencia entre las dos épocas es que en la primera, las risueñas ilusiones de la mitología no eran suficientes para la razon del hombre, mientras que en la segunda el orgullo y las pasiones del hombre no se acomodan ya á las graves doctrinas del cristianismo. Perdido se hubiera el mundo si la luz del evangelio no hubiese venido á disipar las tinieblas del politeísmo; la antorcha de la civilizacion se iba extinguendo por momentos, y la sociedad entera no era mas que un inmenso cadáver en el que toda la poderosa influencia del galvanismo no hubiera podido dar sino las apariencias de una vida horrible y convulsiva, tal como nos figuramos la vida inmortal de los condenados.

Levantóse el día brillante del cristianismo, y el mundo quedó salvado. Mas hoy que hemos hecho trizas todas nuestras creencias, ¿qué báculo prestaremos para servir de guía á este pobre ciego á quien llamamos razon? Qué hilo podrá guiarnos en el laberinto? Qué sol se levantará sobre nuestras tinieblas? ¿Girará por largo tiempo la sociedad sobre un eje cuyas dos estremidades forman el carcelero y el verdugo? ¿ó verémos salir tal vez de las utopías de San-Simon y de Fourier la estrella misteriosa destinada á conducir sobre el mar de las edades la nave de la humanidad que ha perdido su brújula?

Ah! nó: el alcaide y el verdugo son muy pobres ángeles custodios para las naciones que se extravían de su sendero; y en cuanto á nuestros reformadores modernos, nuestro letargo en la indiferencia es demasiado profundo para que podamos prestar crédito ni aun al error.

O el solo catolicismo salva el mundo, ó el mundo está perdido.

¿Mas no es de temer que no estén ya para cumplirse los días señalados por la Providencia? Lobos rapaces han venido á circuirnos, cubiertos con la piel de oveja: los falsos profetas se han levantado de todas partes, y hasta nosotros, como el apóstol San Juan, hemos visto precipitarse de lo alto una estrella cuya caída ha llenado de horror al padre comun de los fieles (1); estrella brillante que ha venido á extinguirse en el sofisma, dejando una plaza vacía en el cielo. La paradoja reina en toda la plenitud de su poder. Se ha hecho de la filosofía un muladar, se ha convertido la religion en una multitud de sistemas mas ó menos absurdos de economía política. La moral no es mas que una especulacion sobre la credulidad pública, y la prensa, asi como el teatro, se han convertido en innobles lupanares, en

(1) *Horruimus sane, ven. frat. vel ex primo oculorum obtutu, auctorisque cecitatem miserati intelleximus, quonam scientia prorumpat quæ non secundum Deum sit, set secundum mundi elementa.* (Encíclica de N. S. P. el Papa Gregorio XVI de 25 junio de 1834).

donde han abierto su escuela el charlatanismo y la obscenidad. Y nuestra bella literatura! Qué han hecho de ella, Dios mio! Preguntad á las bestias del anfiteatro lo que hacian de la vírgen cristiana, pasto viviente que toda desnuda se les arrojaba! El viento de la impiedad ha dispersado nuestras creencias, como hojas secas arrancadas de su tronco; el lazo de la tradicion se ha roto; la fe se ha apagado y con ella la poesía. Do quiera se ha infiltrado el materialismo; la vida se retira para hacer lugar á la corrupcion del sepulcro; y el gusano del interes mas voraz que el del sepulcro devora las carnes que no son todavía cadáver. Cuando no habrá quedado ya nada de sentido moral, la muerte será completa; la putrefaccion podrá continuar su obra. Conternada el alma pasa fatigosa por esta horrible agonia, como la paloma gemebunda sobre las ruinas de Babilonia ó de Memphis, ó como la que volvió al arca por no saber dónde poner el pie.

Ah Dios mio! las aguas del diluvio han por segunda vez cubierto la tierra; y en este vasto naufragio en donde se ha visto abismar atropelladamente todo lo que habiau respetado las generaciones pasadas, muchas inteligencias han perecido, porque su fe era muerta, y la razon sin la fe es un ave, á la que se han cortado las alas. Algunos he conocido que lucharon contra el torrente del error y á quienes sin embargo el torrente del error arrastró consigo! insensatos que querian caminar sobre las ondas como san Pedro, pero que no creian como él. Yo les he visto fatigados, jadeando, agarrarse siempre de ilusiones que sin cesar les escapaban y hundirse al fin en el abismo con el último harapo de su creencia, que abrazaban con un furor propio de quien se anega. Abrazo terrible como el de Pilato de Rozirs cayendo de lo alto de los aires, agarrándose en su postter apuro por un acto instintivo de desesperacion á los restos humeantes de su encendida máquina.

No vacilo pues en asegurarlo, el arca santa va flotando sobre el nuevo diluvio, así como flotó en el primero. Las aguas de la

iniquidad solo sirven para acercarla mas al cielo. *Multiplicatae sunt aquae et elevarunt arcam in sublime.* De aquí saldrá la salud del mundo si el mundo ha de salvarse.

Allí se han refugiado y se refugian todavía todos aquellos que no quieren perecer. A este número pertenezco, señor director; pues me repugna no ver en el hombre sino un animal mas ó menos domesticado. Repúgname no encontrar sentada sobre el sepulcro la esperanza que quita sus horrores y que semejante á una madre solícita, endulza con un poco de miel los bordes de una copa llena de amargura; repúgname renunciar á estos lazos misteriosos que unen los dos lados del sepulcro. Repúgname no considerar á todos los que yo amo sino como otros tantos compañeros de viage; de quienes debo, al llegar, separarme para siempre.... Oh! nó, jamas se me hará creer que no volveré á encontrar en el cielo á mis dos pequeños hijos á quienes tanto amaba, y que Dios me quitó anticipadamente para hacer de ellos dos ángeles.

Basta decirnos que ya me tenéis por uno de vuestros colaboradores; trabajemos pues, señor director, trabajemos con valor. Dios sabe lo que puede suceder á la indiferencia de nuestro siglo. Pues quizás han llegado ya mas que nunca aquellos tiempos en que seria un crimen ocultar la luz, pues está escrito: *Y todas estas cosas serán el principio de los dolores.*

Recibid, señor, la seguridad de mi perfecta consideracion.

El Ermitaño de los Pirineos.

El Ermitaño del gran desierto AL ERMITAÑO DE LOS PIRINEOS.

Mi querido hermano: con la mas seria atencion he leído vuestro opúsculo del mes último: la forma es en verdad brillante, pero en algunos puntos me parece contrario á los buenos principios y en mi concepto necesita de esplicacion. He dicho, en mi concepto, porque pudiera ser que á pesar de todo el brillo deslumbrador de vuestros períodos hubiese ocultado la ortodoxia de vuestras doctrinas.

¿Que entendeis, decidme si os place, por estas *ruinas morales y religiosas*; por aquel *fantasma de lo pasado* por aquellas *leyendas polvorosas* que comparais ora á *viejas é inútiles armaduras*, ora á *huesos gigantescos de ciudades que desaparecieron*? Qué! llegais al extremo de pretender que *la nave de la humanidad ha perdido su brújula* etc.! Mas esto es precisamente lo que proclama con su voz de trueno ese genio orgulloso, cuya caída ha horrorizado á todos los verdaderos hijos de la Iglesia! Pensaríais ver con él y despues de él que las creencias se han hecho pedazos y que la armadura de la fe no es mas que una *antigualla*? Pensaríais que el catolicismo ha muerto por fin?..... Nó, ciertamente vos sabeis que descansa sobre la piedra angular; no íguorais cual es el espíritu que le vivifica; y sin embargo, mi querido ermitaño, vos haceis en cierto modo su oracion fúnebre, mientras que por su parte los Panteístas, los Sansimonianos, los Fourieristas y otros, se figuran en vaporosos sueños asistir á los funerales del ilustre DIFUNTO.

Convengo en que el catolicismo puede como práctica exterior declinar ó desfallecer en tal ó tal region, ó desaparecer, si se quiere; mas quedar reducido al estado de cadáver, desaparecer de todas partes, esto es imposible, aun cuando en todas partes fuese perseguido. Las pasiones tumultuosas huelian con descaro sus leyes divinas; los Césares idólatras le echan como pasto á los leopardos y á los leones; los reyes semi-cristianos le tiranizan cada cual á su modo; el romanticismo, el teatro, los periódicos incrédulos excitan contra él los malos instintos. ¿Qué prueba esto sino que no hay poder, no hay fuerza contra el poder y la fuerza de la CRUZ?

Famosos conspiradores mucho mas terribles que nuestros pigmeos del dia existian cerca de un siglo hace: ellos concibieron el incesato proyecto de establecer la soberanía de la razon atacando todos los dogmas; haciendo sofismas sobre sofismas, y escalando en algun modo los cielos. Nunca conspiracion al-

gana se había presentado ni se presentará mas formidable. Seríanse solo de armas emponzoñadas; armas intelectuales y sacrilegas que se pedian á los historiadores, á los geólogos, á los astrónomos, á toda la naturaleza.

Viendo estoy el corifeo de la época de que trato, al calumniador de la Virgen de Dowremi y de la Virgen de Nazaret, al que vendía á peso de oro las odiosas confecciones de su inmundo y sarcástico talento, viéndole estoy como empuja y anima á los nuevos titanes. *Hollemos al infame*, esta es la contraseña, este es el grito del infierno desencadenado; y este grito se hace resonar desde el Ebro hasta el Boristenes.... No hice sino pasar, y nada mas he oido. Una cosa veo todavia; la RELIGION en pie y radiante de gloria sobre el sepulcro de sus pretendidos destructores.

Oh! es porque las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella! es porque sus dogmas, su moral, todo, en esta hija del cielo respira verdad, emana de la eterna VERDAD! Añadamos á esto, y vamos á adelantar la proposicion de que para sofocar, para aniquilar acá en la tierra la religion, seria necesario pulverizar hasta el último individuo de la humanidad, porque Dios en su amor inmenso nos crió para lo bueno, para lo bello, para lo santo; y que *aquel que es nuestra salud* ha contraido lazos indisolubles con la naturaleza humana.

No vengais pues á decirnos, querido hermano: *la nave de la humanidad ha perdido su brújula.... ha perdido su catolicismo, ha perdido su fe*; términos tan generales, carecen por esto mismo de exactitud ¿Dónde está pues, segun vos, el catolicismo, toda vez que le colocais fuera de la humanidad? Sé que en otro pasage vuestra pluma deja escapar estas palabras: *No digo yo que la antorcha de la fe sea apagada*; esto es lo razonable. Sé tambien que al fin de vuestro artículo, os apresurais, aunque tarde, á presentar á nuestra vista una arca santa, que va flotando sobre las aguas de un nuevo diluvio; *de cuyo seno*, añadís, *saldrá la salud del mundo si el mundo*

ha de ser salvo. Ved ahí, mi querido Ermitaño, lo que ni es razonable ni claro; y á pesar de todos mis análisis, y de todas mis reflexiones, no comprendo el sentido de vuestras palabras. Y qué! la salud de Israel estaria para parecer todavía! La estrella de Jacob no hubiera brillado aun sobre las naciones! el Mesías, el Redentor anunciado por tantos oráculos estaria aun para venir !!!... Explicaos mejor, os ruego; explicaos mejor. Cuál es esta arca de donde saldrá la *salud de los pueblos*? ella, siendo santa, flota sobre un diluvio de iniquidades ¿por qué grado de latitud ó de longitud va flotando? No os olvidéis sobre todo de decirnos, cuál es su principal Piloto.

Recibid, os ruego, mi querido hermano, mis respetos.

El Ermitaño del gran desierto.

El Ermitaño de los Pirineos al ERMITAÑO DEL GRAN DESIERTO.

Mi querido hermano :

Por bellos que sean los troncos con los cuales hayais querido edificar vuestra cabaña de ermitaño; por clara que sea vuestra fuente; por fresca que sea la sombra de vuestra palmera; vuestro arroyo va á perderse en un arenal, y las hojas de vuestros árboles, cuando el simoun ha soplado caen secas y sonoras en torno de vuestra isla de verdura, al pie del camello viajador. Huésped sois del desierto, mi caro colega, y mejor que yo, de consiguiente, debeis conocer al derecho al caprichoso encantador de vuestras calcinadas riberas.

¿Seria quizás al traves de la mágica linterna de este parlero del desierto, como hubierais leído el malhadado opúsculo que tan fuera de propósito ha puesto en alarma vuestra solicitud fraternal? O le habriais mas bien oído leer en árabe, en alguna de vuestras peregrinaciones africanas, por el poeta locuaz de vuestra caravana, una de aquellas tardes en que, formando círculo y cubiertos con su manto de crin los viajeros escuchan fumando algunas de aquellas historias maravillosas cuyos hé-

roes son casi siempre un caballo, un genio, y un hijo de un rey?

Nada de esto viene al caso, me diréis sin duda, y no digo lo contrario; pero no es culpa mía, si me habeis puesto en la necesidad de salpicar con algun barniz de maravilloso el puro manto de la caridad evangélica. Confesadlo de buena fe, mi querido hermano; ó vos no habeis leído mi último artículo, ó al menos, no le leisteis tal como se imprimió. Si así fuere no puedo menos de rogaros que le leais, y despues de su lectura, cierto estoy que os sabrá mal haber empleado vuestro tiempo en descargar sendos sablazos para hendir de alto á bajo fantasmas imaginarios de Heterodoxia, armados de punta en blanco de silogimos, en el campo fecundo en demasia de vuestra imaginacion. Y en el caso inadmisibile eu que le hubierais leído con vuestros propios ojos, y en el original, os invito á leerle de nuevo, despues de haberos armado de un buen diccionario y de un tratado de retórica. El primero para que no deis á mis palabras una significacion que no tienen, el segundo para recordaros, por si lo hubieseis olvidado, que se puede muy bien decir: *no hay religion en el mundo, la religion está muerta, apagóse la antorcha de la fe etc.* en vez de decir: *hay muy poca religion en el mundo, la antorcha de la fe no alumbraba sino á muy pocas personas, etc. etc.*

Confio demasiado en la rectitud de vuestro proceder, hermano mio, para no persuadirme que, despues de haber leído el artículo que acabais de refutar, ya no me acusaréis mas de esperar como un judío, que no soy en verdad, y os ruego creerlo así, el Mesías, el Redentor prometido por tantos oráculos; para propagar la doctrina de San-Simon y de Fourier, doctrina cuya imposibilidad é impotencia he proclamado, ni sobre todo de presentar á mis lectores con una *lentitud de cálculo* el arca santa que salvará al mundo, si la voluntad de Dios no es que el mundo perezca. Ni me preguntaréis ya *cual es aquella arca de donde saldrá la salud de los pueblos.* Y

si me lo preguntarais todavía, empezaré á creer que esta nave misteriosa no es otra cosa sino la lógica, la lógica que nos enseña á raciocinar, y cuya necesidad nunca había conocido tanto como despues de haber acabado la lectura de vuestra carta.

Permitidme que os lo diga, hermano mío: la ligereza con que se dejan llevar falsamente los entendimientos es una grande llaga que aqueja nuestra época, pues impide que vuelvan á Dios aquel reducido número de personas en quienes la incredulidad no es dolencia del corazón. Merced á vuestras raras inducciones, estoy ahora convencido, que á fuerza de meditar y de leer de cierta manera, llegaria á interpretarse al revés, no solamente el sentido sino hasta el literal de la Escritura Santa; y á encontrar en ella un nuevo decálogo, cuyo primer mandamiento fuese: *tu no amarás al Señor tu Dios.*

Esto me conduce directamente á vuestra carta. Voy á probar su contestacion, aunque me parece cosa extraordinaria que hayais tan equivocadamente juzgado, tanto sobre mis intenciones como sobre el sentido de mis palabras, que he vacilado largo tiempo el tomar la pluma, dudando si lo que nos ocupaba era una loca apuesta ó una miserable chanza.

Y en realidad ¿de qué me reconvenis, querido hermano? de haber dicho que la nave de la humanidad había perdido su brújula? de haber llorado sobre la sociedad actual que pisotea como seca hojarasca los restos de sus derribadas creencias? de haber comparado el catolicismo á una arca santa de donde saldrá la salud del mundo, si Dios quiere que el mundo se salve? No sé comprender, á la verdad, cómo lo que vos quereis llamar el brillo deslumbrador de mis períodos ha podido ocultaros lo ortodoxo de mis proposiciones. Esta ortodoxia es de tal modo evidente, que produce en mí el efecto de un axioma, y lo que hace mas embarazosa su demostracion es el no tener necesidad de demostrarse.

Todas vuestras acusaciones contra mi ortodoxia se reducen en último análisis á esta pregunta: *en dónde colocais el cató-*

licismo? pregunta que seguramente no me hubierais dirigido, si hubieseis observado que en ninguna parte de mi último artículo coloco la religion fuera de la humanidad; y sobre todo, que en ninguna parte he adelantado, como vos sin razon me increpais, de que estoviese en estado de cadáver. Esto supuesto escuchad, en dónde coloco el catolicismo.

«En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Cuando oyeis hablar de guerras y de sediciones, no os sobresalteis, pues es necesario que todo esto suceda, y sin embargo no será mas que el comenzamiento de los dolores.

«Entonces se verán alzar pueblos contra pueblos y vecinos contra vecinos.

«Habrá en muchos lugares, grandes temblores de tierra, pestes y hambres, aparecerán cosas espantosas y señales en el cielo.

«Mas vosotros nada veréis de todo esto, pues antes ellos se apoderarán de vosotros; y os perseguirán arrastrándoos por las prisiones y por las sinagogas, y seréis conducidos ante los reyes y gobernantes porque sois mis discípulos.

«Y seréis entregados á discrecion de los tribunales, no solamente por los estrangeros, sino tambien por vuestros padres y por vuestras madres, por vuestros hermanos y vuestros amigos; os condenarán al último suplicio, y seréis aborrecidos de todo el mundo á causa de mi nombre.»

Y ahora os pregunto yo, hermano mio, ¿ en dónde se hallará en aquella época la brújula de la humanidad? en qué lugar brillará la antorcha de la fe? en dónde habrémos de buscar el catolicismo? el catolicismo será á corta diferencia allá en donde hoy se encuentra, será en todas partes y no llevará nada. Será allí donde se hallaba el honor español cuando la media luna mahometana amenazaba por todas partes la tormenta al puro y azul cielo de la España; enarbolará la cruz sobre las montañas de Asturias. Será allí en donde se hallaba el cristianismo cuando la sangre de los cristianos corria á torrentes; cantará

las alabanzas de Dios en las catacumbas de Roma. Será allá donde estaba Israel cuando el rey Antiochó mandó á las ciudades de Judá que sacrificasen á los ídolos: combatirá bajo el estandarte de Macabeo. Se hallará en el lugar mismo en donde se halla en nuestros dias, en el corazon y sobre la frente de un corto número de hombres igualmente preparados al triunfo de sus convicciones y al martirio, que sufren y ruegan, esperando que se cumpla la voluntad de Dios, y cuyas oraciones han conseguido de Dios que estos tiempos de prueba se abreviasen: *propter electos breviabuntur dies illi*. Hallaráse por fin en donde le vemos hoy dia, en el palacio de los reyes y en la cabaña del pobre, en medio de la civilizacion y en la cueva del salvage, al norte y al mediodía, al occidente y á la aurora, bajo el pórtico de los filósofos que la escarnecen, en las naciones que no tardarán á echarle á las bestias, en el mundo entero, por fin, en este mundo que le repudia; pues es preciso que se cumpla aquella profecía de Isaías: escucharéis con vuestros oidos y no oiréis: miraréis con vuestros ojos, y no veréis.

Y de veras, hermano mio, me preguntais lo que entiendo yo por nuestras ruinas morales y religiosas? pero vos habeis nacido en vuestra ermita del grande desierto. Vos no habeis pues visto jamas nuestra Europa, nuestra Europa tan corrompida y tan decrépita, gastada por la civilizacion que abarca en su seno, como se gastaria un vaso de metal que una mano inespera hubiese llenado de agua fuerte! Vos no habeis pues habitado en la Francia, en esta vasta pila voltaica que propaga en el universo entero sus corrientes eléctricas, mientras que ella se roe á sí misma bajo la corrosiva influencia de su acidado líquido! De esta Francia cuya lengua acaba de ser proscrita recientemente en algunos estados de Alemania porque, dice el real decreto que la suprime, la literatura francesa es incompatible con las ideas y los hábitos que debe adoptar una buena madre de familias! de esta Francia en fin, tan orgullosa y tan

egoista, en cuyo seno florecen todos los ateismos, menos el ateismo del dinero, y que sale á sus ventanas para ver pasar con igual indiferencia sus dioses, sus héroes y sus reyes.

¿Y todavía me preguntais en dónde estan vuestras ruinas morales y religiosas? Id á preguntárselo á estos cursos públicos en donde se profesa la doctrina de que el cristianismo descausa en el poder del tiempo que le dió origen, y que puede dejarle morir. Id á pedirselo á las discusiones suscitadas ahora sobre el peligro y las tendencias de la enseñanza universitaria. Id á preguntárselo á esta multitud de cátedras, á este diluvio de libros en donde se proclama impunemente que el dogma cristiano ha cumplido ya su obra, que ahora es ya podrido é inútil, porque se ha puesto estacionario y que en el día se necesita una religion social, una religion análoga á la civilizaciou, que marche sin que obstáculo alguno pueda detenerla.... Oh! sí, la civilizaciou marcha, y yo no sé qué voz profética clama á los ángeles buenos que encuentra en su camino *dejad pasar la justicia de Dios!*

Despues de todas estas esplicaciones, mi caro colega, casi no creo necesario decirs que el arca santa representa el catolicismo, sin el cual no hay en mi concepto civilizaciou durable porque él alimenta el sentido moral que una civilizaciou exagerada tiende á destruir. Paréceme que insistís muy particularmente en preguntarme al fin de vuestra carta *por qué grados de latitud y de longitud navega esta arca misteriosa, y cual es su principal piloto*. Voy á daros mi respuesta: navega por este Océano que le destinó el Señor en los secretos de su providencia, cuando decia á sus discípulos ¿pensais que el hijo del hombre hallará fe sobre la tierra? *Filius hominis veniens putes inveniet fidem in terra?* En cuanto á su *principal piloto* debo decirs que no le conozco; el que yo reconozco no podría ser el principal, pues es el único: el único, y que no puede engañarse en la senda que ha de seguir. A él es á quien dirigió el Señor estas palabras: tú eres Pedro, y sobre esta

piedra edificaré yo mi Iglesia. Porque yo creo con san Ligori y Orígenes, que si el empuje del error lograrse socavar el peñasco, no tardaría en arrastrar consigo el edificio *Si praevalerent inferi adversus Petrum, in quo Ecclesia fundata est, contra Ecclesiam etiam praevalerent.*

Creo ya, hermano querido, haber satisfecho á todas vuestras acusaciones. Si lo he verificado con demasiada vivacidad, y en alguna parte quizá con un estilo que desdice de la gravedad de un solitario, solo me queda pedir por ello perdon; porque los dos hemos recibido una misma orden de caballería, combatimos bajo las mismas banderas; nuestra divisa es del mismo color, y no puedo injuriar á un centinela que pide la contraseña á un soldado desconocido. Vos realmente habiais sóspechado acerca la pureza de mi ortodoxia, y para un ermitaño es tanto esta ortodoxia como para un caballero su escudo. No he sido yo siempre ermitaño, hermano mio, y no es culpa mia si el mas pequeño rumor de armas me hace poner la mano al puño de mi espada. El bullicio de las danzas romanas ¿no perseguian á S. Gerónimo hasta en la soledad de su desierto? No creo yo, sin embargo, haber olvidado que para este combate no habiais tomado morrion ni coraza, porque sabiais que entre nosotros no habia sino una de aquellas luchas de armas cortesés, en que la lanza jamas se dirige á la cabeza ni al corazon.

Recibid los respetos de mi consideracion.

El Ermitaño de los Pirineos

Parece que el Ermitaño del gran desierto se dió por satisfecho de la esplicacion de su colega, por cuanto no insistió en otra contestacion. No hay duda que algunas de las espresiones de la primera carta merecian ser aclaradas, y podian admitir un sentido poco favorable á los principios mismos de que se supone penetrado el autor. Mas la última contestacion, si bien puede satisfacer y tranquilizar acerca la pureza de las doctrinas que

profesa el del gran desierto; nos parece con todo, que deja un campo muy limitado á la esperanza del porvenir. Permitásenos no resolver, sino añadir nuestro humilde sentir en esta grande cuestión social y humanitaria.

Nuestra opinión viene á ser como un medio entre los dos extremos de excesiva confianza y de absoluta desesperacion acerca el presente estado moral y religioso del mundo. No es por cierto en la literatura donde buscamos el espíritu religioso de la época, ni en los brillantes reflejos del genio pretendemos hallar la chispa animadora del cristianismo. Lo hemos dicho mas de una vez, y nos hemos detenido en examinar el carácter de la nueva escuela, que si bien se levantaba con la cruz pintada en su estandarte, admitia en sus filas reclutas de toda especie, desde el indiferente hasta el ateo, desde el sencillo labriego, hasta el cortesano mas corrompido. Escoltada de todos los caprichos y con el cortejo de las pasiones mas viles y desastrosas, la poesía moderna es un verdadero reflejo del siglo escéptico en su carácter y en sus tendencias, y con muy pocas excepciones, seria preferible que perfumase las aras obscenas de Jove ó de Citeres antes que brillar con siniestro fulgor como un rayo de desolacion al traves de un templo gótico, ó en el recinto solitario de un cenobita. Casi unica los cantos son el suspiro de un alma pura que se eleva hácia el cielo, y menos rara vez aun el genio celeste de la caridad hace vibrar la lira del poeta.

Si volvemos los ojos hácia la filosofía del siglo, hallaremos un fenómeno algo parecido al que ofrecen las obras de imaginacion ó de placer. Podemos considerar á nuestros filósofos divididos en dos clases. Una de los que se dan á sí mismos el nombre de reformistas humanitarios. Estos quieren regenerar la sociedad humana, reconstruyéndola sobre nuevas bases. Los discípulos de San-Simon, de Fourier, de La-Meunais y de otros utopistas no hacen mas que seguir las huellas de Condorcet, que soñaba un estado ilusorio de perfectibilidad indefinida; una época de fraternidad universal cuya aurora saludaba de lejos. Tales vi-

sionarios llenos de orgullo y afectando esperanzas que no tienen, ó son locos ó impostores, y de consiguiente muestran el mas alto desprecio por las creencias, suponiendo al cristianismo como un mueble carcomido que ya no está en uso, ni puede servir para nada. Estos hombres se han propuesto el mismo objeto que los de la escuela volteriana en el siglo pasado: la destruccion del cristianismo, bien que han mudado de táctica en el ataque. Aquellos luchaban para probar su falsedad; estos se limitan á inculcar su inutilidad; y prescindiendo de entrar en el campo de la ciencia, donde tantas veces fueron vencidos sus antecesores, solo tienden á confundir á Dios con la naturaleza, queriendo dar alma á la carcoma ó polvo ya olvidado de los antiguos sistemas griegos, pues el panteismo en todas sus faces no es mas que una reproduccion modificada de las escuelas de Tales, Pitágoras, Estrabon y Zenon, con algunos delirios de mas. Les oiréis esclamar que el cristianismo no está en armonía con las Luces del siglo, que no es digno de la actual generacion.

La segunda clase de filósofos es la de aquellos que admiten la Religion como un elemento político, como una necesidad social, como un medio indispensable para contener las masas; y hasta algunos se adelantan á reconocer, que atendida la triste condicion humana, la religion es el único solaz del individuo, y que, prescindiendo de su verdad, le es una ilusion necesaria para hacer menos dolorosas las miserias de la vida. En esta clase de escritores debemos poner la mayor parte de los publicistas y políticos que hablan de religion, consagrándola un capítulo de sus obras con la misma indiferencia con que se consagra á la necesidad del cadalso. Para todos estos de que hasta ahora hemos hablado puede decirse sin reparo, que la nave de la humanidad ha perdido su brújula, pues la brújula de la fe es para unos inútil y despreciable, y para otros un suplemento necesario de la razon en las clases menos ilustradas de la sociedad.

Más el solitario de los Pirineos, recordando la inundacion de libros en los que se proclama que el dogma cristiano concluyó ya su mision, olvida presentar el reverso de la medalla. Prescinde de otra inundacion saludable en que se enseña que el cristianismo es la única religion social, y que el cristianismo católico es el único que debe salvar el mundo y hacer prosperar la sociedad. Calla el nombre y el número de tantos atletas infatigables que sostienen gloriosamente la causa santa de la Religion en el campo de la ciencia, y que *pelean las batallas del Señor*. La discusion y la enseñanza, la cátedra y la prensa, toman la defensa de las verdades augustas atacadas bruscamente por el error, que mira con indignacion debilitársele su última trinchera que era la indiferencia, y se afana en convertir en pro de su causa la actividad de la razon que empieza ya á despertar de su letargo. La Religion es pues hoy mas que nunca militante en la region de las inteligencias: no todo son ruinas. El combate es terrible, es encarnizado. El éxito puede ser dudoso porque no sabemos de qué modo el Señor castigará al mundo cuando esté llena la copa de su justa indignacion; pero para el hombre de fe no perecerá la nave de Pedro, y para el simple observador, no es desesperada una causa que cuenta con tan bravos combatientes. Hemos visto la nave de Pedro luchando con las olas, al borde del naufragio: parecia que la mano del hombre era mas poderosa que ella: que estaba á punto de abismarla en lo profundo: calmóse la tempestad, subsiste y va navegando bien que no sin escuchar á cierta distancia el bramido de la tormenta. ¡Cuántos altares se derribaron y se volvieron á construir! ¡cuántos se levantan hasta en los últimos confines del mundo. ¿Nada podrá el dedo del Omnipotente? Temamos por el desprecio que se hace de Dios en la corrompida tierra; pero supuesto que la pérdida de la fe es el castigo mas terrible que puede Dios enviar al mundo, acordémonos que diez justos solos hubieran detenido el fuego abrasador sobre la desdichada Sodoma.

Hemos dado nuestra opinion sobre el actual imperio de las doctrinas religiosas en el órden intelectual, pasemos ahora á su influencia en el orden moral de las sociedades y de los individuos. Aunque Dios se reservó para sí solo sondear el corazón humano, creemos que en esta parte la Religión domina menos sobre los corazones que sobre los entendimientos. Este siglo es de egoismo, y de molicie, que por lo comun cifra sus adelantos en los goces de la materia y en satisfacer con la mayor velocidad posible todos los caprichos y deseos que renacen y devoran el corazón. Su orgullo y su sed de placeres no solo reusa sino que hasta desconoce la existencia de la humildad, de la abnegacion, de los sacrificios. Tal vez desde que brilla en el mundo el sol del cristianismo no se ha visto siglo mas opuesto al espíritu evangélico. Pero entre la atmósfera corruptora de la época no faltan asilos y soledades donde la inocencia exala sus perfumes hácia el cielo; hay mansiones de dolor donde la caridad abrasada consume sus mas bellos sacrificios: hay manos abiertas para el alivio del indigente: hay pastores infatigables que se afanan por su rebaño. Aun mas, hay hombres que sin participar del contagio comun, corren, vuelan intrépidos á las profundas soledades, á los confines del polo á dar su vida por la salud de sus hermanos, y la tierra, esa tierra tan ingrata y estéril para el bien se riega aun con sangre de mártires... Ah! la virtud no es un sueño: el impio la cree imposible porque la aborrece. La sangre del hijo de Dios dá todavia sus frutos. La voz de los apóstoles se ve resonar en medio de la muelle Europa, y su eco llega hasta los desiertos, caen á los pies de la Cruz, y son su mas querido trofeo. La Iglesia santa tiene sus dolores y sus alegrías; y el padre comun de los fieles, el sucesor de Pedro en quien el solitario de los Pirineos reconoce el único piloto de la nave que no ha de perecer, permanece firme en medio de las tempestades de todo género, independiente del poder de los hombres, haciendo llegar su voz paternal de un extremo al otro del globo, y viendo estrellarse á

sus pies las ondas del error y de la impostura. El catolicismo pues descansa todavía inmóvil sobre su base, y no es una arca que vaya flotando: la inundación es grande, pero no ha cubierto aun el monte santo de la nueva Jerusalem. Los Papas mismos en cuya memoria habia hincado el diente la calumniadora impiedad, quedan vindicados gloriosamente por sus enemigos, y todas las comuniones disidentes que, si bien ramas separadas del tronco, se honran con el nombre de Jesucristo, tienden muy sensiblemente á la grande unidad católica. El espíritu evangélico es raro en las costumbres pero no es desconocido enteramente, y todavía se encuentra fe sobre la tierra, contra toda la apariencia de las probabilidades humanas.

El que atienda pues á los recursos inmensos que ha tenido el error para atacar, combatir y acabar con la verdad, si esta no fuese inmortal, no dejará de asombrarse del estado relativamente ventajoso en que se halla el catolicismo en el mundo. La espada del perseguidor y la pluma del sofista, todas las pasiones desencadenadas, el ludibrio, la mofa, el desprecio, la tiranía, la persecucion, el martirio, todo se ha renovado en nuestros dias, todo ha investido á la vez; y si el Cristianismo hubiese sido obra humana, hubiera cien veces perecido. Nosotros mismos hemos presenciado en nuestra patria tan terribles sacudimientos. En vano se ha dicho que el Catolicismo espirante hacia los últimos esfuerzos, y daba las postreras boqueadas. Cuando el sucesor de San Pedro gemia entre cadenas, entonces debia empezar su agonía; mas este enfermo, en medio de sus angustias no ha caído en el letargo, dá nuevas señales de vida, y ofrece inmensas esperanzas. Acordémonos de que hubo un tiempo en que la sangre de los mártires era semilla de cristianos. Entonces ardia mas pura la llama de la fe, pero la persecucion era mas terrible. Quizás sin los embates espantosos de que hemos sido testigos, la Religion mas brillante en la apariencia, hubiera sentido enlauguidecer su espíritu, y debilitarse su divina llama. Las persecuciones son en el catolicismo el

pronuncio de sus triunfos mas bellos. ¡Cuánta sangre se derramó antes que no brillase la cruz en el Capitolio! Animo pues, hombres de fé, y hombres que teneis en ella un resto de confianza! Quizás no tardará en brillar el dia en que ese siglo incrédulo vuelva á esperar en la cruz salvadora! Mas si el Señor tiene reservados á la triste humanidad nuevos castigos, sea cumplida su voluntad; pero repetimos que el aspecto que ofrece la Religion no permite aun humanamente hablando, ni que sonemos en una victoria completa, ni que nos lancemos á una desconfianza extrema. La causa del Cristianismo está como en una balauza: en un lado se halla la gloria de Dios, en otro la corrupcion de todas las criaturas. Y solo nos queda que esclamar como en otro tiempo el victorioso arcángel: ¿Quién como Dios?

Esta es nuestra opinion que francamente emitimos sin ánimo de zaherir á los dos combatientes cuya lucha nos ha inspirado estas sencillas reflexiones. Sería de desear que las polémicas en este género fuesen un poco mas caballerosas, y que solo se usasen en ellas aquellas *armas cortésas* de sosegado raciocinio de que habla el de *los Pirineos* en las últimas lineas de su segunda carta, dejando al juicio de nuestros lectores el decidir si se olvidó alguna vez de ellas, y dirigió á su adversario la punta de su espada un poco cerca del corazon.

Joaquín Roca y Cornet.

sus pies las ondas del error y de la impostura. El catolicismo pues descansa todavía inmóvil sobre su base, y no es una arca que vaya flotando: la inundación es grande, pero no ha cubierto aun el monte santo de la nueva Jerusalén. Los Papas mismos en cuya memoria había hincado el diente la calumniadora impiedad, quedan vindicados gloriosamente por sus enemigos, y todas las comuniones disidentes que, si bien ramas separadas del tronco, se honran con el nombre de Jesucristo, tienden muy sensiblemente á la grande unidad católica. El espíritu evangélico es raro en las costumbres pero no es desconocido enteramente, y todavía se encuentra fe sobre la tierra, contra toda la apariencia de las probabilidades humanas.

El que atienda pues á los recursos inmensos que ha tenido el error para atacar, combatir y acabar con la verdad, si esta no fuese inmortal, no dejará de asombrarse del estado relativamente ventajoso en que se halla el catolicismo en el mundo. La espada del perseguidor y la pluma del sofista, todas las pasiones desencadenadas, el ludibrio, la mofa, el desprecio, la tiranía, la persecución, el martirio, todo se ha renovado en nuestros días, todo ha envestido á la vez; y si el Cristianismo hubiese sido obra humana, hubiera cien veces perecido. Nosotros mismos hemos presenciado en nuestra patria tan terribles sacudimientos. En vano se ha dicho que el Catolicismo espirante hacia los últimos esfuerzos, y daba las postreras boqueadas. Cuando el sucesor de San Pedro gemía entre cadenas, entonces debía empezar su agonía; mas este enfermo, en medio de sus angustias no ha caído en el letargo, dá nuevas señales de vida, y ofrece inmensas esperanzas. Acordémonos de que hubo un tiempo en que la sangre de los mártires era semilla de cristianos. Entonces ardía mas pura la llama de la fe, pero la persecución era mas terrible. Quizás sin los embates espantosos de que hemos sido testigos, la Religión mas brillante en la apariencia, hubiera sentido enlanguidecer su espíritu, y debilitarse su divina llama. Las persecuciones son en el catolicismo el

preuncio de sus triunfos mas bellos. ¡Cuánta sangre se derramó antes que no brillase la cruz en el Capitolio! Animo pues, hombres de fé, y hombres que teneis en ella un resto de confianza! Quizás no tardará en brillar el dia en que ese siglo incrédulo vuelva á esperar en la cruz salvadora! Mas si el Señor tiene reservados á la triste humanidad nuevos castigos, sea cumplida su voluntad; pero repetimos que el aspecto que ofrece la Religion no permite aun humanamente hablando, ni que soñemos en una victoria completa, ni que nos lancemos á una desconfianza extrema. La causa del Cristianismo está como en una balanza: en un lado se halla la gloria de Dios, en otro la corrupcion de todas las criaturas. Y solo nos queda que esclamar como en otro tiempo el victorioso arcángel: ¿Quién como Dios?

Esta es nuestra opinion que francamente emitimos sin ánimo de zaherir á los dos combatientes cuya lucha nos ha inspirado estas sencillas reflexiones. Sería de desear que las polémicas en este género fuesen un poco mas caballerosas, y que solo se usasen en ellas aquellas *armas cortésas* de sosegado raciocinio de que habla el de *los Pirineos* en las últimas líneas de su segunda carta, dejando al juicio de nuestros lectores el decidir si se olvidó alguna vez de ellas, y dirigió á su adversario la punta de su espada un poco cerca del corazón.

Joaquin Roca y Cornet.

FRAY LUIS DE LEON.

Las escasas é inciertas noticias que nos quedan relativas á los primeros años de Fray Luis de Leon, se reducen á que nació en 1527 en la ciudad de Granada de Lope de Leon é Ines de Valera ambos de familia distinguida y tomó á los 16 años el hábito de la órden de san Agustín en la ciudad de Salamanca á donde le habian llamado sus estudios. Seria en los años siguientes al noviciado, cuando compuso buena parte de sus poesías, segun afirma que "entre las ocupaciones de sus estudios en su mocedad y casi en su niñez se le cayeron como de entre las manos," y desde 1561 le hemos de suponer enteramente aplicado, ademas de los deberes de su órden á los de la cátedra de santo Tomas que consiguió en la vigilia de Navidad del mismo año y de la de Prima de Teología á que posteriormente ascendió. Entonces votaban las cátedras los mismos estudiantes, costumbre que si bien ocasionaba el aumentar su natural arrogancia y á inclinar los opositores á andar con ellos en viles tratos, entre gente tan estudiosa producía generalmente la mejor enseñanza de los discípulos y la eleccion de los maestros mas aventajados. Tal era Fray Luis de Leon, doctísimo en las lenguas Castellana, Latina, Griega y Hebrea; poeta vulgar, y latino; teólogo y erúdito, y tanto fue el aprecio que mereció no solo á los discípulos sino al Claustro de Salamanca, que despues de la conclusion del concilio de Trento, la Universidad le consultó para la redaccion del calendario, asociado con el Dr. Miguel Frances.

Arrebatóle á la quietud de su celda y á la gloria de la cátedra un acontecimiento célebre pero poco conocido, ya porque consideraciones particulares impondrian un silencio á Gregorio Mayans autor de la que podemos llamar única biografía de Fray Luis, ya por falta de documentos y procesos originales hallados muy recientemente en Valladolid y cuyo contenido conocemos por el artículo de D. Tomas de Sancha inserto en el Boletín de Jurisprudencia (año 1840) que extractamos á continuacion.

La Universidad de Salamanca por el número de estudiantes que pasaba de 7,000, por su estenso y bien fundado prestigio, por la libertad que se permitía en la enseñanza y en las cuestiones, y por la superioridad de los maestros que las dirigían, sabios escriturarios al paso que estrictos católicos, (1) llamó la atención y excitó las sospechas de los inquisidores. La circunstancia de haber sido judío algún ascendiente de ciertos catedráticos dió pábulo á las sospechas inquisitoriales, que no tardaron en mancomunarse con la envidia de algunos doctores escolásticos vencidos por los profesores de Salamanca en las conferencias relativas á la corrección de la Biblia de Batablo, y fieles guardadores allí en su interior de la vergüenza de la derrota y del rencor á los vencedores. El haber Fray Luis de Leon sostenido en unas conclusiones que para el sentido literal de los libros sagrados no eran de despreciar las interpretaciones rabínicas, la costumbre de recibir el maestro Gaspar Grajal libros extranjeros que desde Flándes le remitía Arias Montano, el haber llegado la noticia á los inquisidores de Madrid que se dirigían á Salamanca luteranos disfrazados, fueron circunstancias bastantes para avivar las sospechas y armar el encono.

Bastó una delación y una justificación informal en que eran testigos los mismos delatores y enemigos de los acusados para que se procediese á su prisión, verificándose la de Grajal el día 1.º de marzo de 1572.

Fray Luis de Leon que vió preso á su compañero y amigo temió por su seguridad y remitió las conclusiones que había sostenido en Sevilla y Granada á personas famosas y autorizadas para que las firmasen, que si dejaron de hacer, mas bien fué por flaqueza de ánimo que por disentiimiento de juicio. Como fuese, la prisión de los maestros Leon y Martínez estaba ya decretada y fue llevada á efecto el día 27 de aquel mismo marzo. Las causas de la persecución de Grajal, Leon y Martínez, no menos que la del agustino Gudiel, catedrático de Osuna, fueron las mismas, y los cargos que á cada uno se propusieron tan semejantes, que los hechos á Fray Luis de Leon bastan para darnos una idea de los demás.

Fue este testificado de que prefería en la inteligencia de los libros sagrados los intérpretes rabínicos á la vulgata y se le acusó de haber hecho en romance la exposición del cántico de Salomón despojándolo de su

(1) Para desengaño del que creyere que el maestro Leon participaba de las nuevas opiniones acerca del libre curso é interpretación de los libros sagrados, véase la introducción á los *Nombres de Cristo*.

sentido místico y sobrenatural. (2) No hay duda que se advierte contra él un espíritu decidido de persecucion, como han tenido que sufrir muchos grandes hombres en todas épocas. Parece que se apuraron contra el P. Leon todo género de inquisiciones y pesquisas en averiguacion de todas las palabras y hechos de su vida, y se formó el árbol genealógico de su familia hasta su quinto abuelo judío converso por el obispo de Cuenca en tiempo de los reyes católicos. Algun testigo dijo que el maestro Leon rezaba las misas muy deprisa, otro que 20 años antes habia dicho en un convite, que cabia duda acerca de J. C.; y tales indicios singulares y sobremanera absurdos, se unian al proceso y servian de cargo como cosa justificada.

El desgraciado Grajól murió en el mismo encierro á principios de setiembre de 1575: sus compañeros, observa el Sr. Sancha, que ignoraban su muerte, solian citarle como testigo para sus exculpaciones cuando ya estaba en la eternidad. A Fray Luis admitiósele la justificacion y resultaron tachados los testigos: pero en 28 de setiembre de 1576 cuando ya llevaba 5 años de prision le condenaron al tormento que hemos de suponer que no tuvo efecto si atendemos á su delicada salud é inmediata libertad verificada en diciembre del mismo año. Tanto á él como á Martinez, que no la recobró hasta el siguiente se les absolvió tan solo de la instancia. Muy conocida sin embargo seria á su órden la invindicada inocencia del maestro Leon, pues emplearon su ciencia en muchos negocios graves y cargos superiores, se le cometi6 la formacion de unas constituciones para los recoletos de san Agustín y siendo vicario general por la provincia de Castilla salió electo provincial nueve días antes de su muerte.

Su serenidad y constancia en medio de las penalidades del encierro las refiere el mismo escribiendo al cardenal D. Gaspar de Quiroga arzobispo de Toledo, en la dedicatoria de la esplicacion del Salmo 26, y

(2) El mismo en la prefacion al comentario latino del cántico de los cánticos que compuso despues de recobrada la libertad, refiere que á ruegos de un amigo suyo que no sabia latin, lo puso en español añadiendo en la misma lengua unos breves comentarios, mas atentos á esplicar la concordancia gramatical y natural sentido de las palabras que mucho embarazaban al curioso romancista, que la misteriosa inteligencia y mística interpretacion que este habia oido de varios. Devuelto el libro sucedió que un familiar del maestro Leon lo tomó de su escritorio y no solo lo trasladó para sí, sino que entregó á otros el traslado para que lo copiase, de suerte que en breve tiempo llegó al conocimiento de todos y á la aprobacion de no pocos. etc.

aun afirma que “gozaba entonces de tal quietud y alegría de ánimo cual despues de muchas veces echaba menos habiendo sido restituído á la luz y gozando del trato de los hombres que le eran amigos.” Pero en lo que descolló la fortaleza de su carácter fué en la composicion del ingenioso y profundo *tratado de los nombres de Cristo* en cuya dedicatoria á Don Pedro Porto Carrero dice asi: “Mas ya que la vida pasada ocupada y trabajosa me fué estorbo para que no pudiese este mi deseo y juicio en ejecucion, no me parece que debo perder la ocasion de este ocio en que la injuria y mala voluntad de algunas personas me han puesto. Porque aunque son muchos los trabajos que me tienen cercado; pero el favor largo del cielo que Dios Padre verdadero de los agraviados sin merecerlo me dá y el testimonio de la conciencia en medio de todos ellos, han serenado mi ánimo con tanta paz que no solo en la enmienda de mis costumbres sino tambien en el negocio y conocimiento de la verdad, veo agora y puedo hacer lo que antes no hacia. Ya háme convertido el trabajo el Señor en mi luz y salud. Y con las manos de los que me pretendian dañar, ha sacado mi bien.”

Restituído á la libertad escribió varias obras espositivas y morales dignas del autor de los *Nombres de Cristo*, entre las cuales sobresalen la perfecta *Casada* y la esposicion de Job, que si bien fieles al estilo parafrástico entonces en voga y hermano de leche de nuestra buena alocucion, parece que en ellos la afluencia de palabras salga de la abundancia del corazon y como que acaricien y rodeen amorosamente el concepto; y brotan acá y allá rasgos propios y característicos del pensador profundo y del atento observador. Este último dote domina de tal modo en la perfecta *Casada*, que podria equivocarse con la obra de un familiar del siglo sino lo vivificase una santa uncion, un candor evangélico y un fuerte espíritu moral. Véase este trozo. “Por qué pregunto, ¿por qué la Casada quiere ser mas hermosa de lo que su marido quiere que sea? ¿qué pretende afeitándose á su pesar? ¿que ardor es aquel que le menea las manos para acicalar el cuerpo como arnés y poner en arco las cejas? ¿á dónde amenaza aquel arco? y aquel resplandor á quién ciega? el colorado y el blanco y el rubio y dorado, aquella artilleria toda qué pide? qué desea? qué vocea? No pregunta sin causa el cantarillo comun, ni es mas castellano que verdadero ¿para qué se afeita la muger casada? y torna á la pregunta, y repite la tercera vez preguntando ¿para qué se afeita? Porque si va á decir la verdad, la respuesta de aquel *para qué*, es amor propio desordenadísimo, apetito insaciable de vana excelencia: codicia fea: deshonestidad arraigada en el corazon: adulterio, ramería, delito

que jamas cesa; ¿Qué pensais las mugeres que es afeitaros? traer pintado en el rostro vuestro deseo feo. Mas no todas las que os afeitais deseais mal. Cortesía es creerlo. Pero si con la tez del afeitado no descubris vuestro mal deseo, á lo menos disvertais el ageno, de manera que con esas posturas sucias ó publicais vuestra sucia ánima ó ensuciais las de aquellos que os miran. La animacion y fuego de este fragmento descubre más que á un simple moralista y comentador; mas que á uno de los maestros de la elocuencia española, nos revela al autor de la *Soledad*, de la *profecía del Tajo*, de la *Asencion*, al célebre poeta Fray Luis de Leon.

La poesia Castellana de aquella época, muy adelantada en lo que respecta al lenguaje y versificación, poco ofrece observar al filósofo ni aun que imitar al poeta mas amigo de las ideas que de las formas. Es verdad que desde algun tiempo las variadas combinaciones métricas de la escuela italiana habian sucedido á los desiguales dodecasílabos é informes redondillas de nuestra antigua literatura, pero con apariencias distintas. El mismo espíritu que animara á los cortesanos de Juan el 2.º inspiró á los guerreros del Emperador, y entre la variedad y multitud de nuevos y antiguos cantos el tono fundamental era siempre el mismo. Un amor vago, monotonó, sin carácter, una pasión cuya naturaleza sensual ó platónica se ignora, un culto extremo á la persona amada pero culto en que solo se tributan palabras y suspiros, pero no puros afectos y denodados actos, una moral escolástica entre las mas ponderadas tormentas del corazon: he aqui á que se reduce toda la poesia grave de los siglos XV y XVI exceptuando poco mas que las coplas elegíacas de Jorge Manrique, algunas pinceladas enérgicas de Mendoza y el Sagrado canto hélico y la voz de dolor del divino Herrera. Fray Luis de Leon que desde sus tiernos años alimentaba en su seno purísimos sentimientos religiosos llevaba con ellos el germen de la mas alta, pura y acendrada poesia. Ensayóse en varias traducciones algunas de Horacio, que aun que procuré que hablasen en castellano y no como extranjeras y advenedizas sino como nacidas en el propio suelo y naturales, conservan fielmente el clásico sabor y las gracias lesbias del cantor de Ofanto; al par que sus versiones de los salmos de David y del libro de Job en nada desmienten ni el entusiasmo y arrepentimiento del Rey profeta, ni la dolorosa resignacion del hombre de Hns. De estudio de tan diversos modelos como son los libros sagrados y los cantos de Horacio, formó Fray Luis de Leon los principios de su escuela, heredando de los primeros el fuerte espíritu y lenguaje figurado que tanto se avenian al temple de su alma y á la viveza de su ingenio. De Horacio adoptó la grande elocuencia, las bellas imájenes, la economía de los conceptos, y

aquel lírico divagar y aparente desorden que distinguen la oda antigua de la canción provenzal ó italiana, y aquel particular encanto de sus cortas estancias, de las cuales desde luego enamorado el oído recuerda placenteramente las ya pasadas y apetece con ansia el porvenir, y donde el alma del poeta, ya embelesada, ya triste, ya enojada va apareciendo revestida de los mismos apacibles acentos. Para ejemplo de estudio tan entrañable del lírico romano baste citar la oda á todos los Santos y la tan justamente celebrada profecía de Tajo. Pero ciertos pensamientos predilectos; ciertas ideas que alimentaban y alagaban su ánimo y en cuyo cumplimiento cifraba él su consuelo y fundaba sus esperanzas, sus ilusiones, el encanto de su vida, el adorno de su alma, aunque esparcidos y abundantemente sembrados en el resto de sus obras, aparecen con todo esplendor y evidencia en el breve número de sus poesías orijinales. Desde luego y en su primera oda se le ve huyendo del peligroso laberinto del mundo y buscando un asilo en el desierto de la soledad, donde ninguna de las pasiones que agitan á los mortales interrumpa su sueño y su quietud. (3)

Afanándose en “curar los daños del veneno que bebiera desapercibido, en apurar el mancillado pecho, en desnudarse del corporal velo y en romper el nudo de la asida costumbre,” se desvia de las sendas holladas por los hombres, no con el incierto paso del ambicioso mal satisfecho, sino con el seguro de quien conoce su vanidad y ruido y espera hallar dentro del apartamiento mayores y mas seguros bienes en los estudios nobles, en el aspecto de la naturaleza y en el denuedo de un alma encerrada en sí misma y apoyada en sus propias fuerzas. Su amor al campo que se trasluce en todas sus obras, en sus varias alabanzas á la vida pastoril y labradora, y en aquel expresivo dicho de uno de los interlocutores del libro de los Nombres, que “como los pájaros en viendo lo verde desea cantar y hablar,” aparece en sus poesías no con los indeterminados colores idílicos sino con rasgos propios y animados. La dignidad de su alma, la confianza en la virtud y en el testimonio de su conciencia las expresa tan enérgicamente en una de sus odas á Felipe Ruiz y han hecho de ella los críticos tan poca mención, que la trasladamos intacta á pesar de su desaliño y oscuridad y de tal cual estancia de menos valer.

(5) La misma idea se halla singularmente espuesta en los comentarios á Job cuando por *Asno salvaje* entiende el autor al hombre apartado del mundo: “¿qué poco siente este salvaje lo que á nosotros nos trae atontados y locos! La voz de la codicia pediguera que poco rinde hace en su pecho! el deleite impertuno cuán poco molesta su alma! etc.

Que vale cuanto vee
Donace, y do se pone el sol luciente,
Lo que el indio posee
Lo que da el claro Oriente,
Con todo lo que afana la vil gente.

El uno mientras cura
Dejar rico descauso á su heredero,
Vive en pobreza dura,
Y perdona al dinero
Y contra sí se muestra crudo y fiero.

El otro que sediento
Anhela al señorío sirve ciego:
Por subir su asiento
Abájase á vil ruego,
Y de la libertad va haciendo entrego.

Quien de dos claros ojos
Y de un cabello de oro se enamora,
Compra con mil enojos
Una menguada hora,
Un gozo breve que sin fin se llora.

Dichoso el que se mide,
Felipe y de la vida el gozo bueno
A sí sólo lo pide,
Y mira como ageno
Aquello que no está dentro en su seno.

Si respaldece el día,
Si Eolo su reino turba en saña
El rostro no varía,
Y si la alta montaña
Encima le viniere, no le daña.

Bien como la indosa
Carrasca en alto risco desmochada
Con hacha poderosa,
Del ser despedazada,
Del hierro torna rica y esforzada.

Querrás hundille, y crece
Mayor que de primero, y si porña
La lucha, mas florece.

Y firme al suelo invia
Al que por vencedor ya se tenia.
Exento á todo cuanto
Presume la fortuna, sosegado
Está y libre de espanto
Ante el tirano airado
De hierro, de cruz y fuego armado.
El fuego, dice, enciende
Aguza el hierro crudo, rompe y llega,
Y si me hallares prende,
Y da á tu hambre ciega
Su cebo deseado, y la sosiega.
¿Qué estás? ¿no ves el pecho
Desnudo, flaco, abierto? ¡oh! no te cabe
En puño tan estrecho
El corazon que sabe
Cerrar cielos y tierra con su llave.
Ahonda mas adentro,
Desvuelve las entrañas, el insano
Puñal penetra al centro:
Mas es trabajo vano,
Jamás me alcanzará tu corta mano.
Rompiste mi cadena
Ardiendo por prenderme; al gran consuelo
Subido he por tu pena,
Ya suelto; encubro el vuelo,
Traspaso sobre el aire, huello el cielo.

En la última estancia desaparece la sequedad de la virtud estoica y se abren paso las dulces esperanzas cristianas: las esperanzas de la patria perdida: cuyo recuerdo escita en Leon la música de su amigo Salinas (4).

(4) En su oda á Salinas se lee lo siguiente que no es necesario advertir que comprende cuanto los mas entusiastas escritores modernos han imaginado con respecto á la importancia y trascendencia de las bellas artes: "El aire se serena y viste de hermosura y luz no usada; el alma sumida en olvido recobra el tino y perdida memoria de su primer origen, se eleva á la mas alta esfera donde halla otra música no precedera que es la fuente de las demas, etc. Imposible parece que la coleccion de poesias escogidas por el Señor Quintana no contenga esta y otras de las composiciones del maestro

y cuyo deseo le aviva el aspecto de una noche serena que llama también la música de los cielos. Allí beberá la paz tan deseada de su corazón, allí contemplará la *verdad pura sin duelo* y allí disfrutará del mayor premio concedido á los justos. (5) Su imaginación se complace en revestir á los cielos de las imágenes campestres que tanto la embelesaban, sino es que ya en ellas hubiese contemplado el espejo ó figura de la vida suprema; y turbada antes por la *Asunción del pastor santo* se embelesa ahora en divisarlo en los prados de bien andanza, coronado de púrpura y de nieve florida, seguido de sus inmortales y dichosas ovejas y recreando el santo oído con el dulce son de su ravel sonoro!

¡Oh son, oh voz! siquiera
Pequeña parte alguna descendiese
En mi sentido y fuera
De sí el alma, pusiese
Y toda en tí ¡oh amor, la convirtiese!
Conocería donde
Sesteas dulce esposo, y desatada
Desta Prision adonde
Padece, á tu manada
Viviré junta sin vagar errada.

El 23 de agosto de 1591 pasó á la vida á que tanto aspiraba el más puro, mas amable y justo entre los poetas españoles.

Manuel Milá.

Leon, y nos complacemos en creer que hoy día, admitidos nuevos principios literarios y por ellos reformados y estendidos los del Señor Quintana, preferiría muchas de las odas de Fray Luis que, aunque incorrectas sorprenden á cada paso por la novedad de la idea y la valentía del pincel, á tantas y tantas poesías eróticas en que el entendimiento ha de hacer un penoso esfuerzo para hallar una idea precisa, y cuyo principal mérito consiste en decir una misma cosa de varios modos y encubrir la pobreza de ideas con azucaradas palabras.

(5) El célebre Sismonde de Sismondi en su historia de la literatura del medio día de Europa muestra por nuestro poeta cierta esquivéz y despego que solo podemos atribuir al deseo de dar un parecer diferente del de los críticos que le han precedido, cuando no á cierta, llámese intolerancia protestante. Alega que el género de meditaciones de Leon es sobradamente distinto del de las suyas, lo que si le excusa de participar de ellas y de seguir

LA ENEIDA DE VIRGILIO.

TRADUCIDA AL ESPAÑOL.

por el L. D. F. U.

Otras veces hemos manifestado nuestra opinion acerca la importancia de que se vertieran á nuestro idioma las obras clásicas de la antigüedad griega y latina, (6) que en el orden moral y literario contienen en nuestro concepto el gérmen de los frutos mas bellos de la imaginacion y del pensamiento, y son los tipos verdaderos de las creaciones ideales en todos los siglos. Solo aquellos hombres que no han saludado las antiguas letras son capaces de despreciarlas, y de presentarse á sí mismos como unos pigmeos que levantan un poco de polvo para encubrir las figuras colosales de Alcides y de Atlante. No somos idólatras ciegos de lo antiguo ni de lo moderno: nos gloriamos de reconocer la asombrosa transformacion así del hombre como de la sociedad producida por la Religion en medio de los tiempos; pero cuanto mayor es nuestra admiracion en contemplar lo mucho que ha engrandecido la naturaleza humana y cuanto ha sublimado el corazon la influencia de una Religion que bajó del cielo para regenerar la tierra; tanto mas respetamos los esfuerzos de los primeros que sin su auxilio se pintaron á sí mismos, y á la naturaleza; los restos de la antigua sabiduria. El dia grande de la Religion tuvo tambien su aurora, y la razon humana parece

su vuelo, no ciertamente de honrarle y admirarle, ó de advertir á lo menos que las abstracciones de Fray Luis de Leon, ó si se quiere su misticismo, nada tienen de oscuro, ni de afectado, ni de ridículo, ni de peligroso.

(6) *Importancia moral, literaria y económica de una coleccion escogida de los autores mas célebres de la docta antigüedad traducidos en nuestro idioma.* Memoria leida en la sesion de 5 de marzo de 1840 de la Academia de Buenas letras de Barcelona, por el sócio D. Joaquin Roca y Cornet, secretario 1.º de la misma

que brilló como un crepúsculo mas vivo al acercarse el momento en que debía nacer el sol de las inteligencias. El siglo de Augusto fué preparando el imperio de la paz, y quiso Dios que el pensamiento humano resplandeciese con toda su fuerza, antes de venir el que debía dominarle como su árbitro y convertir el mundo en una llama de caridad.

Uno de los talentos que brillaron en aquel portentoso período, fue sin duda el del poeta mantuano. No es este el lugar de desenvolver nuestras ideas acerca el mérito de la *Eneida*, reflejo eterno de su inmortal modelo, fondo inagotable de animada fantasía, de dulce sensibilidad, que como la reina de las noches ha dominado por largos siglos con el embeleso de sus rayos en las horas mas puras del deleite. La sola tentativa de verter las bellezas de su castiza habla original á nuestros idiomas modernos, ha formado la gloria de ilustres ingenios y ha dado fama á sus nombres.

Nuestras aglomeradas tareas no nos han permitido formar un juicio exacto acerca la traduccion que anunciamos. Parece que la idea dominante de su autor, como profesor que es de humanidades, fue el facilitar á sus alumnos la mejor inteligencia de su original, que figura en primera línea en todas nuestras escuelas de bella literatura. Prescindirémos pues de cargar con la responsabilidad de un análisis que no hemos podido hacer; mas en pro del amor á los buenos estudios, de la aplicacion asidua, del exámen de los mejores traductores, y de los ardientes deseos de propagar el conocimiento de los grandes modelos, no podemos menos de reclamar para el modesto traductor no solo la justa consideracion de los muchos obstáculos que habrá tenido que vencer para llevar á cabo una empresa de este género, sino hasta el agradecimiento de que todo amante de las letras parece es deudor en esta clase de obras hasta á los mismos ensayos, con los cuales la crítica deja de ser útil si no es indulgente; pues lejos de animar á los laboriosos, sófoca la emulacion en su propia cuna. Ojala que esta publicacion, tal como sea, dispierte en nuestra juventud sedienta de gloria el deseo de dar algunos pasos mas en tan escabrosa senda! Bello seria el lauro que ceñiria la sien del intrépido que ha dado el noble ejemplo!

R.

Véndese la *Eneida* traducida en la imprenta de D. J. M. de Grau, calle de Ripoll, y en la de Valentin Torres en la Rambla de los Estudios á 10 rs. de vn.

SUSCRIPCION

AL PERIÓDICO DIARIO DE PARIS, TITULADO:

L' UNIVERS.

En medio del vértigo funesto que agita las escuelas anticristianas en los diferentes países de Europa, y de la monstruosa mezcolanza del bien con el mal que por desgracia se nota en muchas de las publicaciones, consuélese el ánimo al observar, que no faltan todavía espíritus privilegiados que al paso que se mantienen constantemente al nivel de los conocimientos de la época, se conservan fieles á las sanas doctrinas, sin sacrificarlas á culpables condescendencias, ni á interesados designios. Esto se hace tanto mas difícil, cuando los escritores se hallan en la arena de la prensa diaria, donde son tantas las ocasiones de dar graves tropiezos, donde es tan trabajoso el expresarse con debido tino, y circunspecta mesura. En esta línea se hallan los recomendables redactores de *L' Univers*, periódico que se publica en Paris; y que sin omitir ninguna de las noticias y discusiones que afectar puedan la política, la literatura y todo cuanto suele ser objeto de las publicaciones diarias, se consagra principalmente á la defensa de la Religión Católica. Convencidos de cuan necesaria es la union de todos los hombres que militan en defensa de las buenas doctrinas, nos hemos prestado gustosos á que la suscripción á tan interesante periódico, se abriera en la oficina de nuestra *Revista*, seguros de que el público nos quedará agradecido de ello, tan pronto como se haya procurado su lectura.

CONDICIONES DE SUSCRIPCION.

Trimestre.	17 francos.
Semestre.	33 f.
Año.	65 f.

EL PROTESTANTISMO

COMPARADO CON EL CATOLICISMO

EN SUS RELACIONES CON LA CIVILIZACION EUROPEA

POR

D. Jaime Balmes presbítero.

Acaba de salir á luz el tomo 2 de esta obra, y se halla de venta en la librería de Brusí, y en las de Tauló calle de la Tapinería, de Sellas y Oliva calle de la Platería, y de la viuda Mayol calle Mayor del Duque de la Victoria. Los dos tomos que faltan, se publicarán sin retardo: no mediando ya la causa que ha motivado el del segundo, por hallarse de regreso el autor de su viage á París.

Precio de cada tomo. 12 reales.

Para los Sres. suscriptores á la *Civilizacion*. . . 10 rs.

LA INFLUENCIA RELIGIOSA.

La influencia de los ministros de la Religión no es un hecho limitado á este ó aquel país, ni circunscrito á determinados tiempos; sino general, constante, que abarca la humanidad entera, en todos los períodos de su existencia. Remontaos hasta la cuna de las sociedades, cuando el padre de familia ejerce las augustas funciones de sacerdote, ofreciendo á Dios el sacrificio, bajo formas transmitidas por antiquísimas tradiciones; pasad á aquellos tiempos en que separadas ya las funciones religiosas de las atribuciones de la patria potestad, comienzan algunos hombres privilegiados á encargarse de ellas, ora conservando las tradiciones primitivas y siguiendo las inspiraciones y revelaciones de Dios, que jamas faltaron al humano linage, ora adulterándolas y corrompiéndolas de una manera lastimosa; continuad observando en su marcha á los pueblos, cuando á proporcion del aumento de sus recursos y de la viveza é intensidad de sus creencias religiosas, levantan á la divinidad templos mas ó menos grandiosos y espléndidos; miradlos por fin hasta cuando llegados á un alto grado de civilizacion y de cultura, y orgullosos de su saber y de sus adelantos en todos géneros, se inclinan al indiferentismo y á la incredulidad, cuando á la primera ojeada no os parece descubrir otra cosa, que la vanidad científica y la sed de los goces materiales; y encontraréis por do quiera ese ascendiente del ministerio religioso. Épocas hay, en que apenas acertaréis á ver en la sociedad otra accion sino la suya, en que notaréis que el sacerdocio lo es todo, y todos los demas poderes no son mas que instrumentos

suyos; otras en que se combina la influencia religiosa con diferentes elementos que domina ó dirige; habiéndolas tambien en que sumergida en el fondo de la sociedad, no se presenta de bulto ni figura á los ojos de los observadores superficiales, como poder de gran valía; pero no os alucinen engañosas apariencias, no juzguéis de la fuerza de las cosas por el ruido que meten y el oropel que ostentan; calad en las entrañas del cuerpo social, analizad los móviles secretos, las causas indirectas, y descubriréis que la influencia de los ministros de la religion era todavía muy fuerte y extensa, cuando quizás os imaginabais que habia desaparecido del todo. Las formas bajo las cuales se presenta, son muy varias; los modos de ejercer su accion, muy distintos; pero cambiando de formas no se anonada, empleando de otra suerte sus medios, no los abdica ni pierde. Echad una ojeada sobre la historia, y recoged su enseñanza. Allá en la infancia de las sociedades, sirve la influencia del ministerio religioso á confirmar y consolidar la autoridad doméstica, reuniendo en una misma persona los dos venerables caracteres de padre y de sacerdote; desenvueltas y complicadas las relaciones sociales, tal vez contribuye á la extension y afianzamiento del poder de una familia que ha logrado investirse de los derechos del gobierno civil y de las prerogativas del sacerdocio; tal vez se le emplea para asegurar á una casta privilegiada un rango distinguido en la sociedad, un decisivo influjo en los negocios del estado, y un pingüe patrimonio de honores, consideraciones y riquezas; tal vez se presenta formando una clase que contrabalancea el poderío de otras clases, sin monopolizar en una familia ni en una casta los beneficios y prerogativas de que disfruta; tal vez se ofrece destituida de todos los apoyos que suministrarle pueden los medios puramente humanos, y ejerciendo únicamente su accion directa sobre el entendimiento y la voluntad; accion que se extiende luego en diversos sentidos, y que manifiesta poderosamente su fuerza fecundante, como agua que se filtra en las

entrañas de la tierra, como suave calor que fertiliza los campos; pero ya sea bajo una forma ó bajo otra, con mas ó menos estension, con mayor ó menor eficacia, con estos ó aquellos resultados; la influencia existe siempre, el ministerio religioso no es ni puede ser una cosa indiferente en la vida de la sociedad. Acontece á menudo escribirse la historia de un pueblo, y no hacer figurar en ella la religion sino como cosa muy secundaria; de manera que refiriéndose cien y cien usos y costumbres mas ó menos interesantes, describiéndose los pormenores de las batallas, las vicisitudes de las guerras, los cambios políticos con las mudanzas de instituciones y dinastías, el progreso ó la decadencia de las ciencias, de las artes, del comercio, y buscándose en este conjunto las causas de la pujanza ó del abatimiento, y de la prosperidad ó desgracia de las naciones, no se para debidamente la atencion en las ideas religiosas, en las modificaciones que anduvieron sufriendo, y en los inmensos resultados que de esto suelen dimanar; de lo que proviene que los pueblos examinados quedan desconocidos, que solo se ve la corteza de las cosas, que se presencian los sucesos y no se atinan las causas, y que bajo las apariencias de un análisis filosófico-histórico, se nos presentan los sueños de la imaginacion de un escritor. En toda historia debiera figurar en primera línea el cuadro de las ideas y costumbres que ó formaban el cuerpo de la religion, ó eran su inmediata consecuencia; narrándose muy circunstanciadamente las vicisitudes que sufriera la influencia de sus ministros. Porque es menester advertir, que la causa de estos no se separa tan fácilmente de la de aquella; el ascendiente de esta, puede ser muy bien calculado por el de la clase que es su órgano y representante.

General ha sido la influencia de los ministros de la Religion; y si investigamos la causa de este fenómeno, no nos será difícil encontrarla en que siendo la religion un hecho comun á todos los tiempos y países, y que por su propia naturaleza tanto influye sobre los ánimos de los hombres, es imposible que los

ministros de ella no participen de aquella fuerza y eficacia entrañadas en las creencias, en los preceptos, en los actos de que son ellos los maestros, los órganos, los directores y principales ejecutores. Si hallarse pudiera un pueblo donde no existiese la religion, allí faltaria esta influencia; pero siendo imposible lo primero, lo es en el mismo grado lo segundo. Vano es el intento de ahogar el sentimiento religioso, indestructible en la humanidad, como identificado en cierto modo con la existencia de ella. Si no se deja á los pueblos la religion verdadera seguirán otra falsa; y si el nombre de Religion se destierra, se escogitarán otros nombres que espresarán la misma cosa. ¿No se ha reparado en el raro fenómeno que estamos viendo, en pueblos donde la incredulidad ha hecho sus estragos? En Paris por ejemplo, donde por cierto no es mucho el ascendiente de las ideas religiosas, encontraréis las supersticiones mas ridiculas; y mugeres y hombres que quizás no creen en Dios, escuchan silenciosos y recogidos, las predicciones de un charlatan que especulando sobre la credulidad, pronostica los acontecimientos futuros que decidirán el destino de los individuos y de las familias. ¡Cosa notable! el mismo hombre que extraviado por las fuestras doctrinas de Voltaire y de otros de sus discipulos mas ó menos encubiertos, abandonó la religion de sus mayores, y en nombre de la ilustracion protesta contra la enseñanza de todos los siglos, y desprecia las altas verdades confirmadas con todo linage de pruebas, cree en la divinacion de miserables impostores, en dias infaustos, y en otras semejantes ridiculeces. ¿Y sabeis qué significan esas extrañas anomalías? Significan que no le es dado al hombre ceñirse al breve espacio de esta vida, á los estrechos límites de la tierra: una voz íntima le está diciendo, que no acaba todo aqui, que no está todo aqui; que hay otro orden de seres, otra manera de existir, otra vida, otro mundo; y perdida la luminosa antorcha que le guiaba por el camino de la verdad, anda á oscuras, á tientas, formándose ídolos de madera, despues de haber abandonado el

culto del Dios vivo. Por esto se inclina fácilmente á creer que hay hombres privilegiados, cuya prevision alcanza á donde no llega la de los otros hombres; por esto se imagina que hay combinaciones misteriosas que revelan los secretos del porvenir; por esto acude á un impostor, en falta del sacerdote del Dios verdadero.

Esto mismo demuestra, con cuánta razon estamos encareciendo la influencia religiosa, pues que indica que en faltándole al hombre sacerdotes, él propio se los forma, prestándose á seguir al primero que se presenta á dirigirle. Qué importa que tengan este ó aquel nombre? El origen es idéntico, y el fanatismo y la supersticion no son mas que el sentimiento religioso extraviado.

No reclamamos para los ministros de la religion mayor influencia de la que les corresponde, y no deseamos ni conceptuamos posible, que gran parte de los negocios de la sociedad vayan á parar á sus manos, como se verificaba en otros tiempos donde mediaban circunstancias totalmente distintas; pero no consentimos la ceguera de aquellos hombres que no contentos con la decadencia sufrida en los últimos siglos por el clero, se han empeñado en falsear la historia, señalando como un hecho funesto y altamente dañoso á los intereses de la sociedad este influjo de los ministros de la religion, donde quiera que le han encontrado, y bajo cualquier título que se haya ejercido. A estos que casi desconocen la historia de la humanidad, que así prescinden de la influencia de los ministros de la religion en el curso de los acontecimientos que engendraron y desarrollaron las diferentes civilizaciones, y que de tal suerte han hablado de la religion cual si dado fuera á los pueblos el pasar sin ella, podríamos recordarles entre otros pasages de la antigüedad pagana, aquellas graves palabras de Plutarco cuando redarguyendo á un filósofo epicúreo le decia: «Si recorres el orbe todo, encontrarás ciudades sin letras, sin rey, sin casas, sin moneda, sin teatro, sin escuelas, pero nadie la halló ni la hallará jamás, sin templos, sin dioses; que no ore, no jure, no con-

sulte á los oráculos, no ofrezca libaciones y sacrificios, ya para atraerse los bienes, ya para desviar los males. Mas fácil juzgo edificar una ciudad sin suelo, que no fundar ni conservar una sociedad, faltando la fe en los Dioses.”

Conocida fue en todos tiempos la influencia que estamos ponderando, y favorecida ó contrariada, segun la variedad de circunstancias; pero menester es confesar, que el clero católico ha presentado en esta parte algo de propio y característico, que en vano se buscaria en los ministros de otra religion. Dos causas han contribuido al aumento de la influencia del clero católico, y á que se mostrase mas de bulto á los que la miraban con suspicacia, ó la solicitaban como un apoyo y reclamaban su auxilio: hablamos de la independendencia de dicho clero en todo lo concerniente á los asuntos espirituales, y de su íntima comunicacion con la conciencia y la vida de los fieles.

La independendencia del ministerio católico en los negocios de su incumbencia, ha sido en todas épocas la pesadilla por decirlo así de los gobiernos arbitrarios; ora hayan ejercido esta arbitrariedad bajo la forma del despotismo ministerial, ora se hayan disfrazado con distinto trage mas ó menos seductor. Leed la historia de los primeros siglos de la Iglesia despues de la conversion de los emperadores, y notaréis que el gérmen de gravísimos males que la afligen, se halla en buena parte, en el prurito de entremeterse la potestad civil en las atribuciones de la eclesiástica, en que no recordaban cual debian aquellas inmortales palabras con que el grande obispo español, Osio, interpelaba al emperador Constante. «He dado testimonio, le decia, de mi fe en la persecucion de vuestro abuelo Maximiano; y si os preparais á repetir la misma prueba, estoy pronto á sufrir todos los tormentos antes que faltar á la verdad mancillando mi inocencia. No intervengan vuestros gobernadores en las decisiones de la Iglesia; dejad de desterrar á los obispos cuyo crimen á vuestros ojos consiste en no prestarse á los abusos. ¿Acaso vuestro augusto hermano hizo nunca cosa semejante?

No olvidéis, emperador, de que á pesar de este magnífico título, no dejáis de ser hombre, ni estais menos sujeto á la muerte. Temed la eternidad. No os mezcléis en las cosas eclesiásticas: en esta materia no teneis órdenes que darnos, antes bien debéis recibirlas de nosotros. El Señor os ha entregado las riendas del imperio, y á los obispos el gobierno de la Iglesia; y así como quebrantaríamos el orden de Dios si atentásemos á usurpar vuestro poder; del mismo modo no podeis apropiaros sin pecar, lo que nos pertenece.»,

Este grande obispo parecia presentir las calamidades que á la Iglesia habia de acarrear la manía teológica de los emperadores de Oriente, atacando la independencia de los ministros de la Religion en el punto más delicado que es el del dogma. No se crea sin embargo que sea indiferente esta independencia, cuando se refiere solo á la disciplina; un abismo llama otro abismo; y quien se arroga hoy el derecho de formar un reglamento, mañana no tendrá tanta dificultad en formular una decision dogmática.

Es curioso observar cómo hablan algunos del dogma y de la disciplina, cual si fueran dos cosas tan separadas y distantes, que no se tocasen jamas en ningun punto. Si se trata de señalar las facultades de la autoridad eclesiástica, se las conceden ilimitadas en materia de dogma, pero muy circunscritas en lo tocante á la disciplina: y como dividida esta por algunos en interna y externa, se presta elásticamente á cuanto exigen los enemigos de la Iglesia, se otorgan al poder espiritual tan escasas facultades, que ó se le reduce de golpe á la nada, ó si algo se le deja, es de tal modo, que se vea precisado á perderlo al primer ataque de sus adversarios.

Es muy importante no perder de vista, que el dogma y la disciplina, si bien son cosas distintas, sin embargo se enlazan en tantos puntos, que difícilmente se toca mucho en esta sin que se resienta también aquel. La eleccion y confirmacion de los obispos, es asunto de disciplina; pero de seguro que no se

puede tocar en ello sin conmover el dogma. En efecto: cambiad esta disciplina, seguid los consejos de los que pretenden que aqui no se interesa el dogma, y veréis como os encontráis desde luego con el primado del Sumo Pontífice, uno de los dogmas fundamentales del catolicismo. El asunto de las dispensas pertenece tambien á la disciplina; pero de tal suerte, que se liga tambien íntimamente con el dogma que acabamos de indicar. Mil y mil ejemplos podrian aducirse en confirmacion de esta verdad: pero basta lo que se acaba de decir para dejar fuera de duda que la independencia de la Iglesia en negocios de disciplina, está íntimamente enlazada con su independencia en materias de dogma.

La religion que no asienta por uno de sus principios fundamentales la independencia de sus ministros en lo tocante al ejercicio de las funciones que les pertenecen, no alcanzará jamas á procurarles tanta influencia como otra que esté asentada sobre este firme y anchuroso cimiento. A la verdad, cuando los ministros de la religion se encuentran sujetos á un poder de órden diferente, sin que puedan llenar sus atribuciones privativas de otra manera que resignándose á ser los instrumentos de dicho poder, abdican en cierto modo su carácter religioso; y lejos de presentarse á los ojos del pueblo como enviados de Dios, solo se le muestran cual delegados de los hombres. Desde entonces cesa la principal causa de la eficacia, del influjo religioso, que es el que este influjo se considera como una emanacion del poder divino, y los hombres que le ejercen como órganos de la voluntad del cielo. En el caso en que los ministros de la religion han perdido su independencia, la parte principal de la fuerza religiosa, no queda en manos de ellos, sino de aquel que los domina y dirige: por cuyo motivo sucede, que esta influencia se debilita considerablemente, y lo que de ella queda, el poder civil es quien lo absorbe y explota.

Y es de notar, que aun al mismo poder civil le sirve muy poco esta influencia; hállase dislocada, fuera de su elemento, y

por consiguiente muy escasa de accion y de vida. Hay en este punto una diferencia muy señalada entre el cristianismo y las demas religiones; estas se prestan mas ó menos á la autoridad y direccion del poder civil, pero el cristianismo nó; el cristianismo por sus dogmas, por sus leyes, por su origen, por la manera de su propagacion, por su historia entera, es independiente, no puede existir sin esa independenciancia, y en el momento que le falta, echa menos desde luego una condicion necesaria para su vida. Hasta en las sectas separadas, se observa este instinto que les recuerda el seno de que se desprendieron; pero rebeldes á la autoridad establecida por el Divino Maestro, sufren la merecida pena de la esclavitud bajo una mano estrangera.

En la cátedra de san Pedro, columna de la verdad, roca inmóvil sobre la cual está edificada la Iglesia, contra la que no prevalecerán las puertas del infierno; en esa cátedra donde no solo se conserva intacto el depósito de la fe, sino tambien un caudal de sabiduría y prudencia que tanto tino y acierto le ha dado en su conducta en el tormentoso trascurso de diez y ocho siglos de contrariedades y combates; en esta cátedra repetimos, se ha conocido de una manera admirable, lo que significa y vale la independenciancia; y asi es que los papas han empleado siempre todos sus esfuerzos en conservarla; teniendo aqui su origen la mayor parte de las ruidosas cuestiones que se han debatido entre ellos y los reyes.

A mas de lo arriba indicado con respecto á los emperadores romanos, podemos observar, que el mismo fenómeno acontecido en aquella época se ha reproducido en los siglos posteriores bajo diversas formas, y con varios pretestos: Un instinto fatal ha guiado en esta parte á todos los gobiernos que propendian al despotismo: todos trataron de debilitar la influencia del clero en cuanto formaba un cuerpo independiente, procurando absorverla toda, reuniendo en manos del poder civil la supremacia eclesiástica. En los siglos medios, vemos las ruidosas contiendas de los emperadores con los papas, ó valiéndonos de

los términos usuales, las guerras del sacerdocio con el imperio. Si examinamos á fondo aquellos acontecimientos, si dejando á parte sucesos inceducentes y aislados, fijamos nuestra atención sobre lo que de sí arroja el conjunto de los hechos, veremos que lo que se agita en el fondo es, si el poder eclesiástico ha de quedar ó nó independiente en el ejercicio de sus atribuciones, pudiéndose levantar al lado del civil como amigo y aliado, ó si se le ha de sujetar como el esclavo á su señor. No es este el lugar ni lo consentirian tampoco los límites de un artículo, de confirmar con abundancia de pruebas históricas la proposición que acabamos de emitir; pero recuérdese la famosa cuestión de las investiduras, téngase presente que la filosofía de la historia mas cuerda é imparcial que el espíritu de secta y de incredulidad, ha justificado ya y va justificando cada dia mas al gran Papa Gregorio VII, y á otros de sus sucesores, que imitaron el heroico ejemplo de aquel hombre extraordinario; téngase presente, que se ha reconocido ya, con cuánta sinrazon se escandalizaban algunos de que se hubiese colocado sobre los altares á un Papa mirado por ellos como temerario, y poco menos que insensato; no se olvide que aun los mismos enemigos de la Santa Sede confiesan en la actualidad, la justicia y la prudencia de la conducta de tan calumniados pontífices; y entonces se verá que no era la ambición de los papas la causa de las discordias y calamidades acarreadas por aquellas desavenencias, sino las tentativas del poder civil que olvidado de sus deberes, y hasta de sus intereses, se empeñaba en engrandecerse, apoderándose de toda la influencia religiosa, lo que pensaba conseguir, arrogándose las facultades de la autoridad eclesiástica, dando así por el pie á la independencia de la Iglesia.

¡Qué hubiera sido de esta, si en los calamitosos tiempos que corrian, se hubiese mostrado débil la silla de Roma en el sosten de la independencia eclesiástica! La Simonía, este vicio por desgracia tan comun en aquella época, habria hecho toda-

vía mayores estragos, y las dignidades y la jurisdicción de la Iglesia se hubieran librado como en pública subasta al mayor postor. No fueran entonces patrimonio de la ciencia y de la virtud, sino mercancía comprada con dinero; y la Iglesia hubiera llorado inútilmente su decadencia, motivada por un mal que en tal caso careciera de remedio. El valor y la firmeza de los papas en sostener las atribuciones de la autoridad espiritual, previnieron un daño de tanta trascendencia; los usurpadores tuvieron que cejar en su empresa, tan temeraria como injusta; y usando el poder eclesiástico de sus facultades con mayor libertad, pudo atender á la curación de un mal cuyos progresos se habían hecho ya tan alarmantes.

La opinión que acabamos de manifestar sobre las causas de las ruidosas desavenencias entre el sacerdocio y el imperio, en nada excluye otra causa que algunos han señalado ya, cual es, el empeño de los papas en salvar la independencia de la Italia, amenazada y atacada por los emperadores. Hechos de tal naturaleza, rara vez dimanau de una causa sola: siendo poco menos que imposible el dejar de combinarse en su producción agentes de distintos órdenes, y de mayor ó menor eficacia. Pero el que mediaran otras causas no quita que una de las principales no fuese la necesidad de resistir los papas al poder civil, obstinado en atribuirse facultades que solo pertenecian á la autoridad eclesiástica.

Cuando la revolución religiosa del siglo xvi vino á torcer el curso de las sociedades europeas, llevándolas por el camino del cisma, se manifestó este instinto del poder civil de una manera lamentable en todos aquellos países donde prevalecer pudo la malhadada reforma. Una de las causas que le dieron al protestantismo mas estension y apoyo, fue su sistema de lisonja en favor del poder civil, atribuyéndole sobre los negocios eclesiásticos facultades que no le competian de ninguna manera. Prescindiendo de lo que sucedió en Alemania, notamos que en Inglaterra se presentó de bulto el fenómeno, erigiendo los

novadores un nuevo pontificado supremo, para investir con él al jefe del estado. Enrique VIII declarándose cabeza de la Iglesia anglicana, y sostenido en su usurpacion sacrilega por los corifeos del cisma introducido en aquella nacion, es una prueba evidente del espíritu que en esta parte guiaba al protestantismo; y ademas un escarmiento para los ministros de la religion que abdicando su dignidad, inseparable de la independencia, se sometian á desmesuradas é injustas exigencias del poder civil, constituyéndose sus instrumentos. Desde la época de la reforma, el clero anglicano ha ido perdiendo sin cesar su influencia y ascendiente, hasta el punto de haber llegado en la actualidad á no tener apenas otra fuerza, que la que saca de sus cuantiosos bienes, y de la parte que le cabe en la organizacion política.

Muy al contrario ha sucedido con el clero católico en los diferentes puntos de Europa: se han cambiado ó modificado las ideas, han sobrevenido vicisitudes y trastornos, pero la influencia del clero ha continuado siendo mucha todavía, á pesar de los quebrantos que ha sufrido en el trascurso de los años y con el sacudimiento de las revoluciones.

Echese una ojeada sobre la historia entera, recórranse los diferentes cultos no cristianos, y las varias sectas no católicas, y es bien seguro que no se encontrarán ministros de una religion que por este solo carácter hayan ejercido una influencia tan general y eficaz, á pesar de los multiplicados obstáculos con que se han visto precisados á luchar. No ignoramos que en algunas naciones asi antiguas como modernas, existieron clases privilegiadas, que reuniendo á otras prerogativas la del ministerio religioso, disfrutaban de alta preponderancia en todos los negocios de la sociedad; pero menester es advertir que el clero católico ha conseguido lo mismo, no solo en aquellos paises donde la organizacion social y política le era favorable, sino tambien allí donde le era contraria! Por manera que puede establecerse como regla general que el clero católico es

siempre ó bien objeto de mucha consideracion y respeto, lo que pone naturalmente en sus manos mil y mil medios de influir sobre la sociedad; ó bien es mirado con suspicacia y ojeriza, cuando no abiertamente perseguido. No se le ve nunca sumido en aquella abyeccion en que caen los ministros de otras religiones; si en algunos momentos la podido parecer que así sucedia, bien pronto han venido los sucesos á desvanecer el engaño.

Si bien se observa esta influencia no ha desaparecido nunca; ni aun en medio de la mas deshecha borrasca, cuando parecia no haber quedado de ella el rastro mas mínimo. ¿Qué tormenta mas espantosa cabe imaginar que la revolucion francesa? ¿dónde se dió jamas tan recio empuje á todas las instituciones existentes, siendo uno de los principales blancos el clero católico? ¿dónde se vieron jamas tan escandalosos ejemplos de impiedad y ateismo, derribando los altares y los templos, ó prostituyéndolos hasta un punto que la pluma se resiste á describir? ¿quién hubiera dicho que existiese todavía la influencia del clero en Francia durante el período de la Convencion? y sin embargo esta influencia existia: oculta en las entrañas de la sociedad, y privada de presentarse en la superficie, no dejaba de producir sus efectos, y aun bajo la férrea mano de la mas sanguinaria tiranía, se reservaba mostrarse de nuevo, cuando la Providencia apiadada de la Francia le deparase dias mas bonancibles. Observad lo que sucede cuando fatigada aquella nacion de tantos cadalsos, de tantas persecuciones y destierros, de tantos disturbios y trastornos, se arroja en brazos del primer cónsul pidiéndole tranquilidad y sosiego. El afortunado general levantado á la cumbre del poder en brazos de aquel mismo pueblo que hundiera el trono de sus reyes apellidando libertad, echa apenas una ojeada sobre la sociedad que le rodea y cuya suerte se le ha encomendado, cuando lo primero que descubre su vista de águila es la necesidad de llamar en su apoyo y auxilio en la grande obra de la reorga-

nización de la Francia, la influencia del clero católico: anduvo en esta parte tan atinado el primer cónsul, que jamas se arrepintió de semejante conducta, á pesar de que sus posteriores desavenencias con el Papa, parecian haber podido cambiar su modo de ver las cosas. El restablecimiento de la Religion católica en Francia intentado y llevado á cabo por Bonaparte en el momento de proponerse crear un gobierno fuerte y conciliador, es un claro indicio de lo mucho que pesaba todavía en la balauza política la influencia del clero; porque es menester no olvidar, que si bien es cierto que Bonaparte levantó del suelo los altares; abrió de nuevo los templos; y apoyó y sostuvo con su poderoso brazo á ese mismo clero poco antes perseguido y proscrito, no por esto se infiere que él crease esa misma influencia, ni que le diese nueva vida. Lo que hizo fue dejarle espedito el camino para que pudiese obrar abiertamente, pero no le dió nueva existencia, pues que una influencia semejante no se crea con un decreto, ni se establece con un reglamento: ó está en la misma naturaleza de las cosas anteriormente á la voluntad de un hombre, ó no puede producirse por ningun medio repentino, sea cual fuere la inteligencia que le conciba y la mano que le ejecute. Tan cierto es lo que estamos diciendo que dicha influencia existía en el fondo de la sociedad francesa por mas que no pareciese haber dejado ni siquiera vestigios, que tan luego como se le dió camino para mostrarse, se presentó de repente con tal poderío, que los discípulos de Voltaire se llenaron de asombro y espanto. La reaccion religiosa verificada en aquella época fue tan grande que cambió como por encanto la faz de la nacion; pareciendo imposible que con tan plausibles resultados y con tanta facilidad se pasase de un extremo á otro, en un pueblo donde se acababan de presenciar tan inauditos escándalos, que fueran hasta ridículos, si no hubieran sido horriblemente sacrílegos. Fenómeno tanto mas extraño, cuanto los atentados cometidos contra la Religion no habian sido golpes repentinos descarga-

dos por sorpresa, sino largamente preparados con las doctrinas de una funesta escuela, que habia estado señoreando la Francia durante medio siglo. Ni la pluma del sofista, ni el hierro del perseguidor, y alcanzando triunfos mayores de lo que se prometieran jamas los enemigos de la Iglesia, no bastaron á extirpar esa Religion divina, que sostenida por la diestra del Omnipotente, puede desafiar todas las fuerzas del infierno; y la calumnia y el ridículo y la pobreza y la persecucion que tan cruelmente pesaron sobre el clero en aquellos calamitosos tiempos, no fueron suficientes á desvirtuarle hasta tal punto, que cuando se trató de reorganizar una nacion disuelta no se le considerase todavía como uno de los principales elementos de que debiera echarse mano.

Tanta verdad es lo que hemos dicho sobre el profundo arraigo de la influencia del clero católico en aquellos paises donde por largo tiempo ha podido establecerse, dado que no alcanzan á destruirla tan terribles sacudimientos; y tan exacto es lo que llevamos asentado de que una de las causas de tan poderosa influencia es el ser el clero católico independiente en las atribuciones de su ministerio, que el restablecimiento de dicha influencia, ó por mejor decir su manifestacion, coincidió con el arreglo de los negocios eclesiásticos por medio de un concordato, en cuyo acto se consignaba de una manera explícita y terminante, el principio de la independencia de la Iglesia, recurriendo á su gefe supremo para la solucion de todas las dificultades, y un definitivo acuerdo que enlazara con lo pasado, lo presente y lo venidero.

Asi dispuso la Providencia que la misma revolucion, que tenia por uno de sus principales objetos el consumir el descrédito y ruina de la influencia católica en Francia, sirviese para evidenciar cuán impotentes eran los esfuerzos del hombre contra la voluntad de Dios; asi quiso el Eterno que el hombre mismo que surgió del seno de la revolucion y que la llevó triunfante por los cuatro ángulos de Europa, ese mismo hom-

bre diera á los gobiernos y á los pueblos la inolvidable lección de que la Religión es la primera necesidad de los pueblos; de que solo ella puede reorganizar las sociedades disueltas; de que una nación formada bajo la acción del catolicismo, necesita volver á él, aun despues de los mayores trastornos; y de que en fin no es posible alcanzar en estas materias ningun resultado satisfactorio, sin ponerse de acuerdo con el Sumo Pontífice. ¿Qué importan los desaciertos cometidos posteriormente por ese mismo hombre, cuando ciego de orgullo, y desatentado con tanta fortuna, marchaba rápidamente al precipicio? ¿Qué vale para desvirtuar las reflexiones que estamos haciendo, el que olvidando su primitiva política, y las causas de su encumbramiento y consolidación, se arrojase con inconcebible desacuerdo á eclipsar su gloria y preparar su ruina? Tan lejos de que por esto se debilite la fuerza de nuestros asertos, se confirman al contrario mas y mas; pues que así como su anterior conducta le habia ensalzado hasta un punto que pareciera fabuloso si no fuera tan reciente, así sus últimos errores y atentados le condujeron á Santa Elena.

La historia y la experiencia nos estan diciendo que en ningun pais del mundo ha sido mirada con desprecio la influencia del clero católico ni considerada como cosa de poco valer. O ha sido halagada y buscada con solicitud, ó mirada con suspicacia, cuando nó con aversion; lo que muestra bien claro cuánta es la fuerza que en sí propia entraña, cuando unánimes la reconocen amigos y enemigos.

Observad lo sucedido en Inglaterra. Desde el cisma de Enrique octavo hasta nuestros días, ha continuado, mas ó menos violenta, mas ó menos desembozada, la persecucion contra el clero católico, y cuanto tuviera relacion con el aumento de su ascendiente; y si bien en la actualidad se ha mejorado considerablemente la situacion del catolicismo en aquel pais, no se debe á la condescendencia y benignidad del gobierno, sino á la extraordinaria reaccion que allí se está verificando en favor de las doctrinas ca-

tólicas, reaccion que combinándose felizmente con la situación política de Irlanda, ha inclinado á los gobernantes á que otorgasen lo que no les era posible negar. Cuando el ruidoso negocio de la emancipacion de los católicos, se vió con toda evidencia cuánta importancia se daba á todo lo concerniente á esta materia; pues que una medida reclamada por la sana política dictada por la prudencia é imperiosamente exigida por el espíritu del siglo, encontraba todavía tan violenta oposicion, que á duras penas pudo llevarse adelante. Solo la imponente actitud de la Irlanda fue capaz de recabar una concesion tan disputada; solo la aterradora voz de O'Connell alcanzó á doblegar una terquedad, que se trasmitia como un funesto legado entre los gobernantes de la Gran Bretaña por espacio de tres siglos. En Rusia, donde al parecer debiera contentarse el gobierno con medios suaves que atenuasen el ascendiente del clero de esta comunión, guardándose de medidas que estan en oposicion con el espíritu de tolerancia tan general en este siglo, vemos sin embargo que son tantos los recelos que el autócrata ha concebido de que dicho ascendiente no contrarie sus miras, que no acierta á mantenerse en los limites señalados por la prudencia y reclamados por su propio interes, y se arroja á un sistema de persecucion y de crueldad, que deslustran el reinado de aquel monarca. En Prusia, donde tanto prevalece en el gobierno el espíritu de moderacion y de templanza, donde se procura aliar el vigor y el órden de un gobierno absoluto con la libertad que acompaña al representativo, allí donde la tolerancia de cultos y el dilatado ensanche concedido á las discusiones religiosas y morales, deben de apartar naturalmente cuanto tiende á coartar la libertad de conciencia, notamos tambien con asombro la suspicacia del gobierno con respecto al clero católico, y sus deseos de neutralizarle y embarazarle la accion, en cuanto sea posible sin valerse de medios sobrado estrepitosos. Aun se ha llegado al extremo de recurrir á ellos, como en el ruidoso asunto del Arzobispo de Colonia; bien que los hom-

bres que dirigen los negocios de aquel estado, fueron bastante previsores para divisar los abismos á donde podia conducirlos una conducta semejante, y tuvieron prudencia para cejar en el peligroso camino en que se iban empeñando.

Estos ataques tan repetidos y tan recios contra la influencia del clero católico, revelan de una manera inequívoca el vigor de ella; pues que no se combate con un sistema tan sostenido sino lo que inspira mucho temor y recelos: y en verdad, que este vigor á mas de presentarse desde luego á la vista, al reflexionar sobre los dogmas y disciplina de la Iglesia católica, se ofrece muy de bulto á la primera ojeada que se echa sobre la historia.

General como es este hecho, hácese empero notable de una manera muy singular en la historia de España; no siendo posible recorrer una sola de sus faces, empezando á contar desde la invasion de los bárbaros, sin que se la encuentre donde quiera, cuando nó en el lugar principal, al menos en un puesto muy señalado y preponderante. La decadencia y ruina del dominio romano en España debia de llevar consigo segun todas las apariencias, una desorganizacion tan completa en lo político y en lo social, que apenas se concibe cómo á tamaña catástrofe pudo sobrevivir la organizacion eclesiástica. Con sorpresa advierte el observador al recorrer las páginas de la historia de aquella época, que tan lejos estuvo la Iglesia española de quedar sumergida y anegada en las oleadas de aquella especie de diluvio, que antes bien se presenta desde entonces mas activa, mas enérgica, mas influyente, acrecentándose sus fuerzas á proporcion de la necesidad que de ellas tenia, y redoblando su accion y su celo, á medida que lo crítico y lo calamitoso de las circunstancias reclamaban con mas imperiosidad y mas urgencia, el apoyo de una institucion que habia alcanzado á salvarse en medio de tan espantosa tormenta.

Palpóse entonces cuánta ventaja llevan á las demas instituciones, las que estan basadas sobre la Religion; todo se des-

moronó, todo cayó al recio golpe de la invasion de los bárbaros, excepto la Iglesia y lo que en ella se apoyaba. ¿Qué se hizo de los generales del imperio, de sus ejércitos, de sus fortalezas? ¿Qué de los magistrados y de su autoridad? ¿Qué de la legislación y del sistema administrativo? Todo se dispersó, se hizo trizas cual endeble red que se opusiera al robusto empuje de un enorme cetáceo; y los hijos del Aquilon sentados en un campo de trofeos, de ruinas y de sangre, no vieron en rededor suyo otra cosa en pie que los altares, ni otras armas que no hubiesen quebrantado sino el báculo de los obispos. ¿Qué indica este fenómeno? indica el firme establecimiento que á la sazón tenia ya en España la Religión católica, muestra que no era una cosa postiza importada por los emperadores cristianos, que no habia menester el sosten de la política, y que cuando le faltase el asilo material, podia encontrar otro mas seguro en el corazon de la mayoría de los españoles. La sangre de los mártires tan copiosamente vertida en nuestro suelo durante las persecuciones de los emperadores gentiles, no habia quedado estéril; y cuando la caída de la Señora del mundo dejó huérfanos los pueblos, abandonados á sí mismos, expuestos á ser víctimas del primer conquistador, cuando la España se vió inundada con las sucesivas irrupciones de las hordas del norte, mostró la Iglesia nueva pujanza y brío, dominando con increíble serenidad la desencañada borrasca.

Asombro causa ver entonces la influencia del clero, cuál se conserva, cuál se extiende y arraiga, á pesar de faltarle el apoyo que encontraba en la trabazon del imperio romano, y no obstante las contrariedades y persecuciones que tuvo que sufrir de la heregía arriana, dominante á la sazón entre los pueblos conquistadores. Cuánta debia de ser, aun bajo el dominio de dicha heregía, la influencia católica, échase de ver por los acontecimientos de la historia contemporánea; bastando á convencer de esto la para siempre memorable conversion de los godos; pues que no era posible, atendido el curso ordina-

rio de los acontecimientos, que se verificase de una manera tan repentina como satisfactoria, en no suponiendo que la influencia del clero católico había tenido de antemano tal incremento, y grangeándose tal ascendiente, que predispuestos muy favorablemente los ánimos, no se necesitó otra cosa que la voluntad y determinación del monarca, para operar en el pueblo un cambio tan fundamental y extraordinario.

Después de tan feliz y trascendental mudanza, encuéntrase la influencia del clero tan pujante y dominadora, que así el trono como los magnates, como el pueblo, todos á una están pendientes de los labios de aquellos grandes obispos, que mientras sostenían y arreglaban la disciplina eclesiástica, creaban una gran nación, formando una sola masa de vencedores y vencidos, realzando y ennobleciendo á los pueblos conquistados, que enflaquecidos poco ha con una civilización muelle y caduca tenían su frente hundida en el polvo, y su corazón pegado á los goces brutales; amansando y civilizando á los bárbaros conquistadores, orgullosos de sus triunfos, y que conservaban todavía una buena parte de aquellos hábitos feroces que traían de sus selváticas guaridas, y fundando de esta suerte una monarquía tan grandiosa y espléndida, que si bien cayó al empuje de la invasión sarracena, presentó el inaudito fenómeno de renacer de sus ruinas, mas poderosa y brillante que no fuera en los tiempos de su antigua gloria.

Magnífico cuadro nos ofrecen las asambleas de Toledo ocupándose con profunda sabiduría en los negocios de la Iglesia y del estado. Disputase algunas veces, si eran Concilios ó Cortes generales: ¿qué importa el nombre si estamos de acuerdo en lo que él significa? si eran Cortes cuando se ocupaban de los negocios civiles, estaban dirigidas por los obispos de tal suerte, que no se descubre ni una centella de inteligencia que no salga del seno de la Iglesia; ni un elemento de fuerza que no se apoye y radique en las doctrinas y el ascendiente de la Iglesia; no se ve que la sociedad dé un solo paso, no recibien-

do la direccion y el impulso de la misma Iglesia. Ella asegura á los monarcas sus prerogativas, los rodea de prestigio, robustece su autoridad, y garantiza la inviolabilidad de sus personas y familias; ella protege los derechos de los pueblos, señalando un límite á las facultades de los monarcas, y empleando su poder y sus riquezas para oponer un dique á la tiranía y á la opresion, amparando al desvalido, y sosteniendo al debilis; ella reforma la legislacion, aprovechándose á la verdad de las luces del derecho romano, pero haciendo uso sobre todo de las sublimes máximas contenidas en el divino código del Evangelio; ella por fin hace de cien y cien pueblos un gran pueblo, creando ese espíritu de nacionalidad, que fugitivo de las orillas del Guadalete y guarecido en la cueva de Covadonga, se mantuvo tan entero, tan compacto, tan uno, que sin arredrarse por el colosal poderío de la Media-Luna, peleó por espacio de seiscientos años, sin desfallecer, sin cejar, sin darse por contento y satisfecho, hasta que hizo ondear el pendon cristiano en los torreones de Granada.

Repetidas veces se ha observado, que la civilizacion española presenta un carácter peculiar que la distingue de las del resto de Europa; y con bastante generalidad se designa como una de las principales causas de este fenómeno, la política que ha dominado en nuestro país desde los Reyes católicos, y muy particularmente desde el entronizamiento de la casa de Austria. Se ha culpado inexorablemente á nuestros monarcas por haber dejado que tomara tanto incremento la influencia del clero, no imitando la conducta de los gobernantes de otros estados, que procuraron con todas sus fuerzas abatirla y quebrantarla. Sin entrar ahora en discusiones ajenas de nuestro objeto, cuales serian las en que se examinase el curso de la civilizacion española durante los tres últimos siglos, observaré á los que tanto insisten sobre los pretendidos desaciertos de dicha época, que olvidan de una manera extraña la historia de nuestro país, cuando señalan como propio y característico de uno de los periodos

de ella, lo que es general á todos desde la invasion de los bárbaros. La rápida ojeada que acabamos de echar sobre los principales acontecimientos que se realizaron desde la caída del imperio romano, prueba hasta la evidencia la exactitud de esta observacion; pero se la puede apoyar mas y mas cotejando nuestra historia con la de otras naciones.

En efecto despues de la invasion de los pueblos del norte, si bien fue general la influencia de la Iglesia en suavizar las costumbres de los conquistadores; en mejorar la suerte de los conquistados, y en conducirlos á unos y otros por el camino de la civilizacion, en ninguna parte se nota que fuese tan elicaz y dominante la accion religiosa como en España; en ninguna parte se ve surgir de en medio del caos una nacion tan grande y poderosa dirigida exclusivamente por obispos. Dad una mirada á las regiones del norte, y veréis que allí prevalece el elemento bárbaro de una manera muy particular, resultando que la organizacion social se resiente de él en todas sus partes. Las costumbres feroces, la legislacion con los caracteres de la barbarie, la fuerza de las armas erigida en árbitro de todo, despues el feudalismo en todo su auge y en toda su dureza, en una palabra, la sociedad de los pueblos conquistadores; bien que algun tanto modificada por la accion del tiempo, por el cambio de situacion, y sobre todo por el suavizador influjo de las ideas religiosas.

En el mediodía de la Francia, y particularmente en Italia, se nota que los restos de la sociedad romana obran muy poderosamente sobre los de los pueblos invasores; verificándose como era muy natural, que la civilizacion antigua se despebase mas dificilmente de un suelo donde alcanzara mayor arraigo. Por de pronto no dejaba de ser útil que la organizacion romana sobreviviese en Italia á la ruina del imperio, puesto que el gobierno y la administracion son una de las primeras necesidades sociales; pero audando el tiempo se palpó cuán poco sirve para crear nada grande y duradero, todo lo que

lleva en su propio seno la caducidad y la muerte. Jamas llegó la Italia á organizarse de manera que pudiese formar una gran nacion: ora bajo la fluctuacion de los pueblos invasores, ora bajo la tiranía de los emperadores de Alemania, ora bajo la anarquía de las repúblicas, ora bajo la prepotencia de la dominacion española, ó el protectorado de la casa de Austria; siempre ha mostrado la misma impotencia para formar un gran pueblo que figurase en la línea de las potencias europeas. Quizás; y por mas aventurada que sea esta conjetura, quizás la causa de este fenómeno podria encontrarse en las excepcionales circunstancias que se combinaron en aquel pais, para que despues de la invasion no pudiese prevalecer con decisiva preponderancia, ninguno de los elementos que se hallaron confusos y revueltos en la cuna de la civilizacion europea.

No sucedió asi en España donde el principio religioso adquirió desde luego tanta pujanza y predominio, que lo sometió todo á su accion, creando una sociedad enteramente nueva, y conforme en cuanto lo permitian los tiempos, á la enseña de la Religion cristiana. La legislacion emanada de los concilios de Toledo se ha grangeado un renombre inmortal; y los amantes de la filosofia de la historia, le han hecho cumplida justicia, sean cuales fueren las prevenciones que hayan abrigado contra la Religion y el clero. Desde aquella época la influencia religiosa ha figurado en primer puesto en la historia de nuestra patria; y las vicisitudes de tantos siglos no han bastado á borrar de la monarquía española, el carácter que se le imprimió en la cuna.

Hé aquí dónde buscarse debela primera causa de que entre nosotros haya figurado siempre en primera línea el elemento religioso; y de que el feudalismo no haya tenido el arraigo y el poderío que en otras partes; y que la nobleza, las municipalidades y demas instituciones democráticas, y la monarquía misma, hayan ofrecido un sello propiamente español, y que mas ó menos semejante al de otros pueblos, se haya siempre

conservado de manera que nunca pudiese confundirse ni equivocarse.

Recorred toda la historia de España, y observadla en sus diferentes periodos, en sus variadas faces, y nada encontraréis que sea general, uno, capaz de formar un espíritu de nacionalidad, sino la religion. Todo se modifica, cambia y á temporadas desaparece, excepto la religion: el poder de los reyes sufre alternativas: la aristocracia las tiene tambien: la democracia á veces no existe, á veces se muestra pujante y amenazadora; los diferentes pueblos y estados cuyo agregado forma la monarquía española, se rigen por diferentes leyes, usos y costumbres; en nada se parecen en hábitos, en idiomas, en inclinaciones; nada veréis que pueda unirlos, ligarlos, hacer de ellos una nacion de hermanos sino la religion; solo ella se conserva intacta, invariable, una, al traves de tantos trastornos, mudanzas y variaciones: solo ella domina esa multiplicidad de elementos que dificilmente se avienen, y que á veces hasta se rechazan; solo ella triunfa de tantos obstáculos como se oponen á la creacion de una verdadera nacionalidad, llegando á presentar al mundo asombrado la gigantesca monarquía de Fernando é Isabel.

Con la irrupcion de los bárbaros desaparece la dominacion romana; la sociedad española se halla entregada á la mas espantosa anarquía, quedando en confusa mezclanza conquistadores y conquistados, sin mas ley que las armas, sin mas instinto de gobierno que la ambicion de cien caudillos, sin mas objeto en los dominadores que la posesion y el repartimiento de la pingüe herencia que habia sido su presa; y hé aqui que se presenta la Religion como astro refulgente en pos de noche tenebrosa; y bastan sus solos resplandores para formar la monarquía goda que no tiene igual en aquella época. Las armas sarracenas invaden el territorio español, las orillas del Guadalquivir miran cuál perece en el infausto trance la flor de nuestros guerreros; el monarca mismo no ha podido salvarse; y con su

muerte espira la monarquía. Nada se opone a la triunfante marcha de las huestes de Muza, nada defiende á los pueblos cristianos de la repentina acometida de los nuevos invasores; todo se ha perdido, y no queda otro remedio que doblar humildemente la cerviz bajo la cimitarra de los sectarios de Mahoma.

¿Quién puede resistir á tamaña catástrofe, quién podrá ni siquiera concebir el pensamiento de que sea dable reorganizar la monarquía cristiana, rescatar los pueblos que gimen bajo la esclavitud sarracena, expulsar á los conquistadores, y pasear triunfante el pendon cristiano en toda la circunferencia de la Península? Caber podía únicamente en el principio religioso toda la fuerza y brío necesarios para arrojarse á tamaña empresa; y sin la firme esperanza en el Dios de los ejércitos, los héroes de Covadonga refugiados en lo mas áspero de las montañas, en reducido número, sin recursos de ninguna clase, no pudieran sin arredrarse dar una ojeada á la España, ocupada por innumerables enemigos, en el apogeo de su gloria y poderío: dominadores del oriente y del occidente; no pudieran, repetimos, tener bastante aliento para empeñarse en tan desigual lucha; no pudieran decir á los numerosos ejércitos que los asediaban por todas partes: «nosotros os venceremos en cien y cien combates, trasmitirémos á nuestros hijos la obligación de haceros incesante guerra, y nuestros descendientes llegarán un dia á expulsaros de un suelo que habeis usurpado, y que profanais con vuestra presencia.»

No conocemos en la historia de la humanidad un hecho semejante al que acabamos de indicar; nada mas á propósito para dar á comprender cuánta es la fuerza y energía entrañadas en el principio religioso-católico; nada que retrate mas al vivo, de cuánto es capaz un pueblo que posea este precioso tesoro. Un entusiasmo pasajero, un arrojó de algunos instantes, bien se concibe que puede dimanar de muchas otras causas; pero la decision de un pueblo entero por espacio de ocho siglos, la transmision hereditaria del valor y de la constan-

cia, pasando de generacion en generacion como el mas sagrado patrimonio, esto no puede nacer sino de un principio religioso: á tanto heroísmo no alcanza un pueblo á quien no impulsan otros motivos que los intereses de la tierra, á quien no sostiene otra esperanza que la fundada en los recursos humanos; solo se elevan á tanta altura aquellas naciones que miran al cielo declarado en su ayuda, que no confian en el número ni en el valor de los combatientes, y que simbolizan sus creencias en una enseña tan denodada como sublime: *Santiago y cierra España.*

Durante este largo período se presenta tan de bulto la Religion dominando todos los otros elementos, que apenas se descubre alguno que no esté bajo su dependencia. La idea grande, fuerte, general que impulsa la nacion entera en la lucha contra los moros, es la Religion cristiana. Por ella hacen la guerra los reyes, por ella combaten como héroes los magnates, por ella se arroja á la muerte la turba popular, invocando la proteccion del cielo; por ella no se repara en peligros de ninguna clase, cuando se trata de abatir el estandarte odioso, cuya presencia en la Península se considera como un continuado ultrage á la enseña de los cristianos. ¿Quereis apreciar debidamente el espíritu de aquella época, deseais comprender las causas que engendraron tanto heroísmo, trayendo una completa victoria á pesar de tantos obstáculos como oponian la tenacidad, el valor, y la abundancia de recursos de los sarracenos? No andeis disecando con el aliento de una crítica indiferente y fria los acontecimientos históricos y las leyendas populares; no os detengais á examinar minuciosamente las mas pequeñas circunstancias, cotejando escrupulosamente las fechas con el prurito de sorprender en fragante error la candidez de un cronista; reservad estos estudios para cuando os propongais simplemente la exactitud histórica, pero no os dejéis preocupar demasiado de ellos, cuando sean vuestras miras mas elevadas, mas vastas, teniendo por blanco nó la cronología y el minucioso rigor de

los acontecimientos, sino el formaros una idea clara y viva del espíritu que los producía y animaba. Entonces no serán á vuestros ojos cosas despreciables las leyendas prodigiosas en que se cebara la credulidad del pueblo, no miraréis como cosa de poco valer los sencillos cantares con que el cristiano vencedor se solazaba en sus triunfos recordando las gigantescas victorias en que se inmortalizaran sus progenitores, no serán insignificantes á vuestra vista las narraciones de los portentos, con que el cielo tomando parte en la lucha se complacia en alentar á los fieles decidiendo en su favor encarnizadas batallas; hallaréis en todo esto, sean cuales fueren vuestras creencias religiosas y vuestras opiniones históricas, un abundante caudal para formar juicio acertado sobre un período de la historia de España, que bien merece figurar entre los mas grandes y extraordinarios que se admiran en los fastos del humano linaje.

Se os ofrecerá la influencia religiosa en todas las facetas de dicho período; dirigiéndolo todo, dominándolo todo. Quitad al sacerdote del lado del guerrero, y veréis como el brazo de este se enerva, desfallece, cae; apartad á los obispos del consejo de los reyes, dejad que no se vea en la ciudad que van á conquistar, la futura purificación de una mezquita, la restauración de una catedral, el restablecimiento de la religión, la libertad de los fieles que gimen bajo el yugo mahometano, y hallaréis que los monarcas no acometen la guerra, no piensan siquiera en ella; y tranquilos ante el pendón enemigo que les está amenazando, inclinan de nuevo sus cervices bajo la prepotencia musulmana; apagándose el fuego del santo entusiasmo que se alumbrara allá en la misteriosa cueva donde se refugiara el invicto Pelayo. ¿Qué mas? si en el pueblo bajado de las montañas de Asturias y que avanza intrépido hácia las orillas del Mediterráneo, prescindis un instante de la influencia religiosa, aquel pueblo desaparece, se disipa como un vano fantasma; porque carece de vida, de alma, y su existencia misma fuera una anomalía inexplicable, supuesto que faltando el motivo

religioso que le mueve y empuja, ni aun concebirse cabe como pudo venirle á la mente la idea de empeñarse en lucha tan desigual, y cómo no prefirió el resignarse tranquilo á sobre llevar el yugo, bajo el cual se habían doblegado tantas otras naciones, y del que no se había podido sustraer la inmensa mayoría de sus hermanos en el resto de la Península.

Mucho nos engañamos, si no se halla en la historia de este período otra de las razones del ascendiente, que en los tiempos sucesivos ha tenido la Religión entre nosotros; supuesto que no es dable que se borren tan fácilmente en un pueblo las ideas, los sentimientos, las costumbres, los hábitos, que arraigados desde antiquísimas épocas, se han estado sellando con sangre vertida en los combates por espacio de ocho siglos. Fuera de desear que no se olvidaran de esta reflexion cuantos estudian y escriben nuestra historia, y que se persuadiesen de cuán grave desacuerdo es, no dirémos el separar de ella la religion, pero ni siquiera el tratarla con desconfianza ó mirarla con desvío; que esto equivale á falsear dicha historia, á dejarla sin vida, á borrarla.

Decidida completamente en favor de los cristianos la victoria con la conquista de Granada, y formado el gran cuerpo de la monarquía española por la reunion de las dos coronas en el enlace de Fernando de Aragon con Isabel de Castilla, desplegóse la influencia religiosa con el vigor y lozanía que era de esperar en pos de tan señalado triunfo; ni á eclipsarla alcanzaron los deslumbrantes resplandores de la soberbia diadema donde se engastaban cual piedras de inestimable valor los dominios de nuevas provincias y nuevos mundos. Sosteníase con dignidad al lado de tanta grandeza; acrecentándose si cabe con el homenaje y acatamiento que le rendian los poderosos monarcas, téndiéndole amistosamente la mano, hasta en los negocios civiles y políticos, en ademán de solicitar su apoyo y de aprovecharse de sus fuerzas. No ignoramos cuanto se ha dicho pretendiendo probar que la influencia religiosa fue en

aquella época bajo diferentes aspectos altamente dañosa y funesta; no nos empeñaremos en una cuestion que en otro escrito llevamos ventilada, y en cuya continuacion la ventilaremos todavía mas; solo nos proponemos recordar el hecho, consiguarielo aqui, para que figure como le corresponde, en el bosquejo que de la influencia religiosa vamos rápidamente trazando.

Mucho podria decirse sobre la influencia del clero en los últimos tiempos, comenzando á contarlos desde el principio de la revolucion en 1808; pero como este es un hecho que nadie ignora, y en cuya existencia todo el mundo conviene, por mas discrepancia que haya en los juicios que se forman sobre su naturaleza y efectos; y por otra parte, proponiéndonos examinarle mas detenidamente en uno de los próximos números, nos dispensaremos de darle cabida en este artículo, mayormente cuando notamos que ya va tomando mayor extension de la que le hubiéramos señalado. No queremos empero concluirle, sin detenernos algun tanto sobre otra de las causas que segun hemos indicado, contribuye á proporcionar al Clero católico tan duradera y poderosa influencia.

Dijimos, que á mas de la independencia en el ejercicio de las funciones religiosas, tenia este clero la particularidad de mantener con la conciencia y la vida entera de los fieles, una comunicacion mas continua de lo que haya tenido otra religion cualquiera, con la de sus respectivos sectarios. Comprenderemos mejor este carácter del catolicismo, examinando por separado las varias y principales causas que á formarle contribuyen, y que en nuestro concepto pueden reducirse á las siguientes.

- 1.^a Unidad y firmeza del dogma.
- 2.^a Decision, declaracion y enseñanza del mismo dogma, exclusivamente reservadas al clero.
- 3.^a Sabia organizacion de la gerarquía eclesiástica.
- 4.^a Nervio de la disciplina.
- 5.^a El celibato del clero.

6.^a Vigilancia sobre las costumbres de los fieles; y el sistema de predicacion.

7.^a Esplendor y magnificencia del culto.

8.^a Los sacramentos, y en particular el de la penitencia.

Procurarémos declarar con la claridad y precision posibles, los indicados puntos, señalando á cada cual la parte que le corresponde en crear esa influencia del clero católico, objeto de tan continuadas invectivas de los enemigos de la Iglesia. De esta suerte se echará de ver que lo que se atribuye á intrigas mezquinas, está radicado en la misma naturaleza de las cosas, y es independiente de la voluntad de los hombres.

La demasiada extension que ha tomado este artículo, y la necesidad de dar cabida en este número á otras materias interesantes, nos obligan á reservar para el siguiente la continuacion de este asunto.

Jaime Balmes.

INDEPENDENCIA CONSTANTE

DE LA

IGLESIA HISPANA

Y

NECESIDAD DE UN NUEVO CONCORDATO,

por el Ilmo. Sr.

Obispo de Canarias (1).

Señalado servicio prestan á la Religion y á la Patria los hombres que en tiempos difíciles y agitados, levantan su voz en defensa de la Iglesia, sea cual fuere el estado que profesen, y la posicion social que les haya cabido; pero necesario es confesar, que ganan mucho las verdades religiosas cuando les tocan defensores distinguidos, no solo por su eminente ciencia y demas calidades personales, sino y muy particularmente, por el sagrado carácter de obispos puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios. Estas reflexiones se nos ofrecian al recorrer las páginas de la obra que acabamos de indicar, alegrándonos sobre manera de que S. S. I. se hubiese tomado la pena de ilustrar al público español en una materia tan importante, y en que tan dignamente puede emplearse la pluma de un Obispo en las circunstancias que estamos atravesando. No nos proponemos formar juicio de la obra; que á tanto no llega nuestra presuncion, mayormente, tratándose de un escrito de

(1) Madrid. Imprenta y fundicion de D. E. Aguado.

un prelado de la Iglesia; ni tampoco es nuestro ánimo indicar que estemos en todo de acuerdo con las opiniones emitidas por S. S. I.; solo intentamos dar á conocer al público un trabajo importante, que no dudamos será leído con gusto por todas las personas ilustradas y juiciosas, y de que podrán sacar no escaso provecho cuantos se dediquen á los estudios eclesiásticos. Para lograr nuestro objeto, juzgamos ser lo mas acertado presentar algunos pasages que puedan servir de muestra á los que no hayan podido disfrutarla.

Ante todo es necesario advertir, que no es la obra del Ilustrísimo Sr. Obispo de Canarias un libro donde se ataquen las instituciones políticas actuales, ni donde se trasluzca el deseo de volver las cosas al estado en que se hallaban en otros tiempos; muy al contrario, quizás algunos encontrarán en S. S. I., ideas demasiado liberales, atendidas ciertas expresiones que vierte y sobre todo en la manera con que habla de la República de los Estados-Unidos. No tenemos reparo en decir que no coinciden enteramente nuestras opiniones con las de S. S. I. en la gravísima cuestion social y política, suscitada por el fenómeno de la formacion y progreso de la República americana, bien que sin dejar por esto de respetar como es debido las convicciones del Illmo. Autor, á quien no puede negarse la mejor buena fe, y un ardiente amor de la verdad. Si el oro se prueba en el crisol, no cabe mas inequívoca señal de la disposicion de ánimo de S. S. I. que la entereza y resignacion con que está sobrellevando las tribulaciones que de mucho tiempo á esta parte le afligen. Nadie ignora la ruidosa causa que se le ha formado en el tribunal supremo de Justicia y el fallo que en ella ha recaído.

Como quiera, esta misma circunstancia de discrepar las opiniones políticas de S. S. I. de las de otros que profesan las mismas ideas religiosas, podrá quizás contribuir á que se recojan con mas fruto sus palabras, no mediando la sospecha de que el escritor abrigase solapadas miras políticas. Hé aquí el

pasage á que nos referimos, donde rebate la opinion de aquellos políticos que otorgan á la potestad civil, ilimitada facultad sobre todos los negocios, sin cortapisas de ningun género:

“Constituida una nacion en junta, dicen dogmáticamente estos políticos, reúne por el mismo hecho en su seno la voluntad general de todos y cada uno de los ciudadanos de la monarquía, y por consiguiente disfruta un derecho indisputable para dictar leyes, reformarlas y abolirlas; y repasando las instituciones y reglamentos que la dirigian para derogar lo que les pareciese, sin consideracion alguna á la posesion y prescripcion de antiguo ó de presente, porque todo debe ceder en contraposicion del bien público, principal objeto á que se consagra una bien ilustrada legislacion.

“El exámen de estas ideas me emplearia poco tiempo si hubiera de emprenderlo en calidad de Obispo, pero ademas de Obispo soy ciudadano tambien; y atendiendo á que el apóstol no consideró ofendido su ministerio sagrado aprovechándose en cierta ocasion de tal prerogativa, yo me honracé de valerme de la que ahora se me ofrece, con protesta de no servirme del ejercicio de ella sino por via de eulace, y para introducirme despues mas desembarazado en la cuestion, ventilándola canónicamente como Obispo. Presupuesta, pues, esta advertencia, diré ahora con la libertad de ciudadano, que los que se conducen por la doctrina antes sentada relativa al derecho de las Córtes semejantes á algunos antiguos cruzados que á pretesto del nombre de Cristo iban sembrando la desolacion por los paises y asombrando al Oriente con su barbarie, licencia y ferocidad, ellos han renovado la misma escandalosa escena, atropellando en nombre de la libertad los vínculos mas sagrados de la tierra, y el timbre mas glorioso de la justicia. Gracias á la Providencia, el segundo error no ha sido de tanta duracion cual el primero, pues aunque fue proclamado por los asambleistas de Francia á fines del siglo pasado, la mayor parte de la escuela de los enciclopedistas, y llevado en triunfo por la irreligion é inmoralidad, cayó en el fango prontamente cuando menos se pensaba: diré la causa brevemente. Al mismo tiempo que la revolucion francesa abortó en Europa tanta multitud de crímenes, y se hizo, á pesar de este escarmiento, innumerables partidarios en todas las naciones atraídas del prestigio de la libertad, la actividad del comercio que tomó entonces un vuelo nunca imaginado, la emigracion de muchos sabios célebres, el descubrimiento feliz sucesivo del vapor y varios otros motivos poderosos, dieron un movimiento general á la comunicacion de los Estados-Unidos americanos, y el espectáculo imponente de aquella dichosa república quitó la ilusion á unos viajeros que la visitaron, abrió los ojos á otros, y al modo que el es-

tudio de la Religión desconceptuó á los cruzados que iban hollando las leyes y la hospitalidad en nombre de Cristo, asiguamente el estudio de la libertad puesta en práctica en los Estados- Unidos, condenó al desprecio y á la execración á los infames corifeos de la revolucion francesa. Doloroso me es sacrificar al plan que me he propuesto las brillantes pruebas que una comparacion mas estensa de la república francesa con la union americana podia suministrarnos; pero ya que sea preciso ceñirme á estrechos límites, no omitiré decir que el principio característico de la democracia americana, consiste en no depositar en el Gobierno y cuerpo legislativo, sino lo puramente necesario para dirigir la nave del estado, quedándose los pueblos en el pleno uso de sus atribuciones municipales, bienes, haciendas y goces personales, y ejercicio, práctica y arreglo de su religion. La revolucion francesa por el contrario adoptó la base de que los constituyentes, hidra de setecientas cabezas, estaban revestidos de todos los derechos del pueblo frances; y como la mayor parte, segun se ha dicho de aquellos enciclopedistas eran ateos, se aprovecharon de una teoría tan funesta para despojar con varios pretextos, la Iglesia, el clero, los nobles, los realistas emigrados, y suprimir el nombre de Dios en sus actos legislativos, cual si ellos viviesen convencidos de que era de Satanás su obra. Los anglo-americanos, verdaderos maestros de la libertad, siguiendo el impulso de esta virtud cívica y el de la influencia del Evangelio, progresaban levantando el pueblo á un grado de civilizacion, prosperidad y moralidad que hace la gloria del género humano, al paso que los asambleistas retrocedian convirtiendo los franceses en esclavos, impíos y salvajes y deformando enteramente la fisonomía del pueblo hasta entonces mas culto de Europa. ¿Cómo pudieron los convencionales conseguir esta transfiguracion tan pronta? La solucion es muy obvia, considerando ahora que el gobierno se transformó en un tirano de muchas cabezas, servido en varios tiempos, si hemos de creer á los célebres historiadores, de ochenta y cinco mil sociedades secretas á la órden del infame Petion y otros tigres, y á las que prestaban obediencia los cuerpos de milicias nacionales. Con este sistema alevoso las logias disponian de la milicia nacional, esta del sufragio de los pueblos y por consiguiente la libertad de la Francia quedó á merced de los hombres mas execrables de su suelo. Cada frances nació desde entonces condenado á llevar el fusil al hombro y matarse por lo que él llamaba libertad, siendo así que hasta el miserable voto para nombrar representante le tenia que dar gratuitamente á la persona designada por el club del departamento.„

Asi se expresa S. S. I. en la parte primera que es un extracto

de un cuaderno suprimido por los motivos que se alegan en la *Advertencia* que precede á dicha obra. «No permitiéndome mi delicadeza que se imprima el primer cuaderno por hallarse de cabeza del proceso, he dispuesto suplir este defecto con un extracto suyo, suprimiendo las páginas que se han hecho notar mas, é insertando las que son absolutamente precisas para enlazar el contesto de esta obra.»

Insertado el extracto del cuaderno que es una de las representaciones que S. S. I. dirigió á S. M., emprende su tarea de probar con abundancia de razones y documentos la independencia de la Iglesia Hispánica, y en el primer capítulo que abarca desde el siglo I hasta el VII notamos sobre el asunto del concordato y de las regalías el siguiente interesante pasaje:

«Previa esta declaración, es preciso traer á la memoria que el Real patronato que V. M. disfruta en la Iglesia española le ejerce en virtud de un concordato, llevado á cabo después de muchas disputas y negociaciones, entre el Sr. Don Fernando VI y Benedicto XIV, sin contar con el título mas antiguo de la Corona como protectora del Concilio de Trento. Verificado que fue el concordato, resultó por necesidad un contrato bilateral entre la Iglesia y los reyes de España, según el que la primera viene obligada canónicamente á guardar todos los honores y prerogativas á sus legítimos monarcas, con las excepciones que les pertenecen de imprescriptibles y de perpetua posesión, sin que les sean aplicables en ningún caso los términos perentorios y otras reglas semejantes que apremian á los demás patronos. Pero por otra parte los reyes se honran también de reconocer la obligación especial contraída por el patronato, de amparar los derechos é inmunidades de la Iglesia, y emplear todos los medios y auxilios de la Corona contra los que intentaren perturbarlos ó los hubiesen quebrantado de hecho; y como el vínculo de la justicia obra indistintamente en toda clase de jerarquías, salva la mayor delicadeza con que afecta á las almas elevadas, es claro que pesa sobre los reyes de España el cargo de defender la Iglesia de sus enemigos para poder usar legítimamente del patronato. La consecuencia es tan obvia que en otros tiempos prohibiría la urbanidad hasta el indicarla, lo uno para hablar con el respeto tan debido á sus monarcas, y también para que nadie pudiera sospechar desconfianza del cumplimiento del contrato; pero me parece que en la actualidad no me es permitido dispensarme de dejar bien estableci-

dos los principios, atendiendo á que; no siendo árbitra V. M. por la Constitucion de tomar medidas legislativas sin consulta de las Córtes, y habiéndose pronunciado en estas muchas opiniones contrarias á las que pongo por fundamentos, incurriria en un descuido indisimulable si no me hiciese cargo de esta dificultad.

“2.º El principio que he sentado anteriormente, de que V. M. goza el patronato de la Iglesia de España en virtud de un concordato, da en rostro, no lo negaré, á ciertas personas que aparentan poseer una erudicion extraordinaria en la historia, y las que á favor de textos y citas inconexas, alucinan á los espectadores peregrinos en la crítica y filosofía, queriendo sostener que los reyes de España no ejercen el patronato de la Iglesia por gracia de concordato alguno, sino por un origen mas puro y sólido, afianzado en la mas remota antigüedad. Si los que hacen semejantes argumentos los propusieran de buena fe, me contentaria con responderles, que todas las controversias suscitadas en los tribunales de esta clase se fallan por el estado de la posesion, y que siendo el concordato entre la Santa Sede y los reyes de España el que ahora rige y continua rigiendo en el goce de las prerogativas reales, el concordato debe ser la norma para regular las mutuas estipulaciones de la Iglesia y de los reyes. Decir que los reyes de España han de poder aprovecharse de la presentacion para los curatos, canongías, obispados, etc., y que por otra parte no les obliga el concordato, es ofender la moral abiertamente, y burlarse de las reglas y principios mas indisputables de la razon. Sin embargo como no pienso que los que arguyen de este modo se producen asi por efecto de equivocacion, y antes bien estoy persuadido de que, viéndose estrechados invenciblemente por la fuerza que lleva consigo la obligacion moral en todos los contratos, necesitan confundir de algun modo la cuestion para no comparecer en el público con tanta ignominia y petulancia, mi intento por el contrario será ahora seguir el hilo del discurso, dejándola tan clara y tan patente que nadie vuelva á suscitarla con tanta facilidad en adelante, pues aunque yo sea el mas ínfimo de los que la han tratado hasta aqui, militan á mi favor los desengaños que nos ofrece la esperiencia de los tiempos, y esta clase de prueba no admite réplica ninguna. Por fortuna no nos hace falta implicarnos en investigaciones recónditas de cánones y leyes, pues basta poner al frente un pensamiento que desconcierta con su anuncio todos los artificios de los adversarios del concordato: voy á explicarme. Los adversarios, pues, del concordato, subiendo de Fernando VI á Felipe V, IV, etc. prueban concluyentemente que la Iglesia hispana se gobernaba con disciplina y cánones propios antes de que se conociese tal

nombre, y de aquí inferen que los reyes no necesitan de la Santa Sede para el ejercicio de su patronato. Pero en este modo de raciocinar, hay, Señora, un paralogismo, que por haberse descuidado desvanecer, como era justo, aparece intrincada la cuestion. El paralogismo consiste en confundir la Corona con la Iglesia, apropiando en consecuencia á los reyes en la actualidad todo lo que pertenecía antiguamente á los obispos. El trono de España, Señora, debe dar gracias á la Santa Sede de los derechos que goza por el concordato, pues si se restituyesen los negocios á la primitiva disciplina, perderia los mas inestimables. Los escritores venales han ocultado esta verdad á la lisonja de los gobiernos, pero no hay cosa mas fácil de probarse. Cierto es que si la Iglesia hispana, lamentando sus antiguos cánones, se olvidase del principio bien establecido, de que despues de haberse variado una disciplina por la Iglesia no debe restaurarse sino por su misma autoridad, podria suscitar disputas peligrosas. Cierto es que su coleccion canónica, la mas antigua de todo el Occidente libre de las falsas decretales interpoladas en las de otros reinos y enriquecida con las cartas sinódicas de los Papas; ofrece el testimonio mas brillante de los primeros tiempos para acreditar la constante intervencion de los pontífices en las decisiones de las materias eclesiásticas en los casos extraordinarios que llegaban á su noticia, y de la libertad de los obispós y concilios en todos los demas de un curso ordinario; descubriéndose asi los dos polos de la antigua y nueva disciplina, sobre los que gira la Iglesia católica, reconciliadas ambas en la esencia, aunque diferentes en lo accidental. Cierto es tambien que el yugo ominoso de los moros en vez de servir de ocasion para deslucir esta preciosa coleccion, fue lo contrario para hacerla mas ilustre por la version árabe que emprendió el presbítero Vicente, y dejó concluida el año de 1049, y que el peculiar estilo de sus cómputos por eras, y el no comprender los cánones llamados apostólicos, la deja distinguida de todas las de Occidente, que adoptaron la de Dionisio el pequeño; y eleva la gloria de la Iglesia hispana á un punto á que ninguna otra puede remontarse en razon de la antigüedad. ¿Pero qué tienen que ver estas prerogativas de nuestra Iglesia, estos códices antiquísimos, estos nueve documentos casi milagrosos que se nos han transmitido á pesar de las irrupciones de los bárbaros y larga opresion de la morisma? ¿Qué tienen que ver, digo, estos sagrados depósitos de la Iglesia hispana con las pretensiones introducidas ahora por las Córtes? Antes parecia que todos estos testimonios eran otros tantos títulos para imponerlas un respeto venerable. Antes mas bien se infiere que una Iglesia conservadora de tantos depósitos preciosos, y entre otros

de las primeras leyes (Fuero Juzgo) de la nacion, se habia hecho acreedora á la consideracion distinguida de las Córtes, en vez de darlas fueros para dominarla. ¿En qué fundan pues su competencia? Hay acaso en todo el curso de los diez y ocho siglos y medio una época, un corto intervalo en el que la Iglesia hispana haya sido regida por el gobierno temporal? Hable su historia.

En el mismo artículo procurando aclarar y fijar las ideas sobre el mismo punto, y atacando lo que por parte de algunos ha mediado en esta gravísima materia se expresa de esta suerte:

“No es mi ánimo disputar el derecho que asista á la Corona de informarse de todo lo concerniente al órden político del estado, sino solo acreditar la absoluta independencia con que procedia la Iglesia de aquella edad en su comunicacion canónica con Roma, pues habiéndose interpuesto por decirlo así, como una especie de apelacion ante la antigua Iglesia de España, cuando los obispos actuales reclaman la supremacía del Papa en el arreglo del clero y materias eclesiásticas, conviene hacer mérito de su práctica primitiva para dar á conocer la mala fe de los novadores, y probarles hasta la evidencia con mil documentos auténticos é irrecusables que si durante los tres primeros siglos tan acerbos para la Iglesia, el cuarto mas templado con la paz de Constantino, y los dos sucesivos tan fatales de la irrupcion de los bárbaros, llevaban perdida ya la causa, podrá suceder que en su apelacion á los cánones de la Iglesia hispana queden descubiertos ademas sus depravados fines. Gracias, Señora, á la libertad de imprenta que disfrutamos en el reinado de Isabel II, llegó ya el dia á la Iglesia de levantar la voz y patentizar la simulada política con que los escritores mercenarios sedientos de pensiones y prevaleciéndose de la noticia de nuestra antiquísima coleccion, han aparentado desde Carlos III tener en mucha estima los antiguos cánones, pero con intencion muy diferente de lo que á primera vista se figuraban sus cándidos lectores, por quanto la idea favorita suya no era restaurar la disciplina de la Coleccion hispana, restituyendo á su Iglesia los derechos de que habia estado en posesion desde los tiempos apostólicos, sino la de apropiárselos á la autoridad civil, dejando á los obispos á merced de los gabinetes, y quedándose ellos bien pagados de sus sofismas y lisonjas.

10. Estas verdades no han podido revelarse con tanta claridad como ahora, á causa del terror pánico que infundian antes los nombres de regalia y falsas decretales: voces funestas semejantes á la de *la Iglesia está en peligro* con que los protestantes ingleses suelen evadir las dificultades y mantener al pueblo en sus errores, y voces con las que han tenido la

gracia ciertos escritores de venderse por amantes de la libertad, siendo así que en su vida pública y privada no han servido mas que para hacer la corte al despotismo ministerial, conjurándose contra la independencia de la Iglesia. Por fortuna en comprobacion de estas aserciones existe un documento moderno (*núm. 2.º*), prescindiendo de otros mas antiguos, con el que se acredita que el ministro Caballero propuso al editor de la Coleccion hispana suprimir los cánones opuestos á las regalías; prueba evidente de que el gabinete nunca ha soñado en restituir sus antiguos derechos á la Iglesia de España, y sí solo en subrogarse la autoridad eminente que ejerce el Papa en ella; y prueba tambien de que nunca han estado persuadidos los escritores mercenarios de que nuestros cánones antiguos favorecen tanto á las regalías como ellos aparentaban. Pero sean sus opiniones las que quieran y lo mismo las de los obispos, la cuestion ha de decidirse por lo que resulte del exámen de los cánones que van á ser expuestos. „

Y no se crea que el trabajo de S. S. I. sea hecho de prisa, y solo tomando lo que se halla por do quiera en los diferentes autores que tratan de la materia; el ímprobo estudio á que se resolvió el escritor antes de emitir sus ideas, se manifiesta bien claro en estas palabras, que se leen en el número 12 del citado capítulo.

“Seria intermitiáble, dice, recopilar los muchos y varios cánones que acreditan la libertad de la antigua Iglesia hispana y su absoluta independencia del Gobierno, pues basta decir, que *habiéndolos repasado nuevamente uno por uno* antes de redactar esta esposicion, no he dado nunca con ninguna excepcion en la materia.„

Da S. S. I. una clara prueba de que no escribe por espíritu de partido, ni con la mira de captarse el agrado de nadie, en la inalterable firmeza con que dice la verdad así á los reyes como á los pueblos, y en la valentía con que ataca á ciertos escritores y hombres públicos, sin curarse mucho de lo que dirán aquellos, que se han empeñado en revestir de una especie de inviolabilidad científica y política, todo lo que pertenece al reinado de Carlos III. No le agradan á S. S. I. aquellos aduladores que sacrifican villanamente la causa de la Religion á los caprichos de los reyes; y apenas tropieza con uno de ellos,

se indigna y levanta su enérgica voz devorado por el celo de la casa del Señor. En confirmacion de lo que acabamos de decir léase el siguiente pasage:

“Asi que, trasladándose los obispos ahora en su imaginacion á la situacion de sus antecesores del tiempo de los romanos y de los reyes godos sectarios de Arrio, resolvian por un órden natural todas las cuestiones y dificultades que les sobrevenian, pues dirigian sus consultas á los Papas gobernándose por sus decisiones. Y véase la razon por la que, á pesar de la continua emigracion de los prelados, el trastorno de las diócesis, incesante movimiento de las guerras, la alternativa continua de conquistas y reconquistas, y la multitud de reyes moros y cristianos en que se subdividieron las provincias de España, siempre se conservó intacta la independencia de la Iglesia. ¿Quién diria que esta causal tan noble y honorífica al nombre español no habria de haber sido dada á conocer al público inmediatamente que se advirtió la admirable correspondencia de los códices tantas veces mencionados? Sin embargo, desde la misma época data el plan combinado de sujetar la Iglesia hispana al dominio temporal, porque puntualmente al mismo tiempo que la literatura se enriquecía con los nueve códices, ejerció influjo en el glorioso reinado de Carlos III un apellido fatal, que habiendo sido en cierto tiempo el liberticida del Justicia de Aragon y de las Córtes de España, estaba ya entonces con la cábala de los enciclopedistas, y sin saber lo que hacia (porque ¿quién ha de creer que un grande de España se coligase con la impiedad, si hubiera penetrado que la grandeza seria su primera víctima?) dirigia todo su artificio en trasladar al Gobierno á pretexto de regalía la potestad de la Iglesia. Con este objeto; valiéndose de los infinitos recursos de que siempre abunda el trono, le vino de perlas el abate Masdeu autor bien conocido, quien poniéndose acorde con los principios del conde de Aranda, empleó todas sus luces en su historia crítica de España en adulterar los documentos literarios, falsificar las especies y producir los juicios mas afrentosos á la libertad de la Iglesia.

“16. Me abstendria de llamar la atencion de V. M. hácia un punto tan extraño y que corta las alas á mi discurso, si no fuera porque hallándose este autor en manos de todos los diputados á Córtes y fiscales de los juzgados del reino, es preciso patentizar la malicia y parcialidad de su sistema, tanto mas, quanto que los enemigos de la Iglesia, á pesar de blasonar de liberales, no se avergüenzan de colmar de elogios al abate Masdeu, el apologista mas descarado del absolutismo, y el adulador mas bajo de los reyes de cuantos han manejado la pluma en nuestra patria,

pues él solo es entre todos los autores católicos el que se ha atrevido á sostener que los monarcas de España han nombrado y depuesto los obispos por su propia autoridad, sin intervencion ninguna de Papas y Concilios. ¿Quién puede oír esta doctrina sin estremecerse, al considerar que los Obispos son los conductos establecidos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia? ¿Quién no conoce que si el dominio temporal los colocase y depusiese á su arbitrio, faltaria esencialmente el órden establecido por Dios, y por consiguiente la asistencia del Espíritu Santo á la Iglesia nacional que profesase tales máximas? No se necesita mucho discurso para traslucir que no habria empeño mas fácil que extinguir la religion católica en una nacion que admitiese tal sistema; pues asi como en el imperio del Oriente bastó el nombramiento de los obispos arrianos para propagar la heregía en las mas ilustres diócesis, asi igualmente podria acontecer en nuestra España si, en vez de una Reina tan católica como V. M., ocupase el solio un monarca de diferente creencia.

17. Los principios políticos y morales han de calificarse por sí mismos hecha abstraccion del carácter propio de las personas encargadas de ejecutarlos, no olvidándonos nunca de que todas ellas por elevadas que sean sus esferas, estan expuestas al abuso de la libertad y á precipitarse en los mayores excesos y extravíos. Bien sabido es que el solio de España permaneció ocupado cerca de doscientos años por monarcas infectos de arrianismo, y que en la actualidad existen en varias naciones reyes descendientes de dinastías ortodoxas, y no obstante enemigos encarnizados de la Iglesia; de lo que se infiere, que admitiéndose el falso axioma de la potestad privativa de los reyes para nombrar y deponer obispos, se concederia el mismo derecho aun cuando ascendiesen al trono monarcas heterodoxos. Verdaderamente que no comprenderíamos cómo la pluma de un eclesiástico llegó á estampar doctrina tan abominable, si no considerásemos al mismo tiempo que fijándose Masdeu en la ídole religiosa de Carlos III y Carlos IV, en cuyos reinados escribió su obra, apartó la reflexion de las futuras contingencias; pero un autor que carece de luces para penetrar la extension y consecuencia de un principio cualquiera, no debe ocupar lugar en el órden clásico de *historiadores críticos*, porque entre las cualidades eminentes de un escritor distinguido, la mas recomendable de todas es aquel espíritu filosófico y trascendental, con que elevándose sobre los errores de su siglo y el torrente de la opinion vulgar, domina por decirlo asi toda su generacion, compareciendo como un fanal de la sana doctrina de la Iglesia, del esplendor del trono y los derechos del pueblo, y eslabonándose con la serie de entendimientos esclarecidos de que se

sirve Dios para refutar á los sofistas y sostener el imperio de la justicia eterna, á la que está reservada la civilizacion del universo. ¿Qué diria Masdeu si hubiera sobrevivido y visto apoyarse los impíos en el sistema de su historia crítica para minar la institucion de los obispos, observada en toda la Iglesia católica? Pues el caso se ensayó prácticamente en la América meridional, y merece ser relacionado. En las repúblicas de Venezuela está admitida la libertad de cultos por el artículo 9.º de su constitucion, y por consiguiente nada obsta á un laterano ó protestante su entrada en el Congreso nacional. Sin embargo aquel gobierno, fundándose en las especies vertidas por Masdeu del poder privativo de los reyes de España en cuanto al nombramiento y deposicion de los obispos, y dando por sentado que el patronato real habia recaído en la soberanía nacional, pretende ejercer todos los derechos sin restriccion ninguna. En vano el fugitivo arzobispo de Caracas D. Ramon Ignacio Mendez y sus dignos sufragáneos, con especialidad D. Mariano, obispo de Tricala, saliendo á la defensa de la doctrina canónica, probaron concluyentemente que siendo la libertad un derecho inherente de la Iglesia, quedaba exonerada la americana del patronato en el mismo hecho de haberse emancipado su gobierno civil, por cuanto los reyes de España le obtuvieron en calidad de privilegio; y ya se sabe que esta clase de gracias no se estiende sino á los que estan nombrados en el título; que la soberanía nacional á que apelaba el congreso venezolano, sonaba en contradiccion con el patronato, pues este derecho va tan subordinado en su ejercicio; que la Iglesia puede devolver y ha devuelto muchas veces los nombramientos espedidos por la Corona. En vano hicieron ver que el único testo que se alega de un cánón del Concilio doce Toledano comprueba indisputablemente la independencia innata de la Iglesia, puesto que se dice en él expresamente: que los obispos allí congregados convenian y daban su consentimiento para que, quedando á salvo el privilegio de las provincias, pudiesen los reyes presentar obispos: que esta misma declaracion de la independencia de la Iglesia habia sido hecha novísimamente por los pontífices Pio VI, VII y VIII, el último de los que en un Breve á cinco obispos de Alemania, se esplicó con estas memorables palabras: "La santa esposa de Jesucristo cordero sin mancha, es libre por divina institucion, y no está sometida á ningun poder humano.," En vano á mayor abundamiento esforzaron su voz trayendo á la memoria que, estando concedido el patronato real de España á los monarcas bajo el concepto de su catolicismo en virtud del Concilio cuarto Toledano, y pudiendo llegar el caso de que obtuviesen los primeros destinos en el congreso de la república de

Venezuela protestantes, sería lo mas monstruoso, aun sin atender á otras razones, transferir al poder ejecutivo la facultad de elegir y deponer obispos. A pesar de tantos y tan sólidos fundamentos y unas pruebas tan irrefragables, los legisladores de Venezuela y otras repúblicas americanas, adaptando maliciosamente el sistema de Masdeu sobre el poder absoluto de los reyes para nombrar y deponer obispos, han provocado tenazmente una inquietud en los ánimos que hubiera arrastrado al cisma á toda la Iglesia americana; si la firmeza evangélica de aquellos preladados esclarecidos no hubiera dado lugar á los concordatos que sucesivamente se han ido celebrando con la Santa Sede., :

Sigue S. S. I. probando la independencia de la Iglesia hasta el siglo XII y de este hasta el XVIII, y á mas de refutar repetidas veces al mismo Masdeu, encontrando luego en el camino al célebre Marina, tampoco vacila en rebatirle, y desentendiéndose de los exagerados elogios que le ha tributado el espíritu de partido, habla de esta manera.

“En este estado saltó á la palestra otro campeon mas culto y de no mejores intenciones, quien conociendo por el estudio de las leyes que el patronato real iba á caer por sus pasos contados en los concordatos con Roma, no se avergonzó de apelar á la tediosa cantinela de Isidoro Mercator, y de una plumada se imaginó que echaria á tierra el edificio de las Partidas y del ordenamiento de Alcalá, suponiendo gratuitamente que las leyes arriba insertas relativas á la eleccion de los obispos, habian sido formadas por un influjo de las falsas decretales, y asegurando bajo su palabra que los reyes habian disfrutado antes sin interrupcion tan distinguido privilegio. El órden natural exigia ya que Marina se arrojó á un empeño tan descomunal, que en atencion á estar encadenados los fundamentos de la libertad de Iglesia en sus elecciones de obispos desde el primer siglo hasta el XIV, se intentase una contraprueba; ó bien, descendiendo desde el XIV al I, ó ascendiendo inversamente, porque de otro modo nada podian informarnos sus noticias. Pero Marina conocia perfectamente el espíritu del siglo en que vivia, y que nadie le pediria cuentas tan puntuales con tal que escribiese á gusto del partido. Este autor que habia pasado toda su vida registrando códigos y fueros municipales, no se cansa en citar una sola ley que autorice su demanda, no se acuerda tampoco de alegar razones canónicas y morales; pero á falta de unos testimonios tan legítimos, suple su autoridad con digresiones, y fecundo en declamaciones y lamentos, cae en el ridículo de representar la Iglesia de

España, á la sazón de hallarse ocupada por los árabes como edificante y floreciente, siendo así que á no ser por el memorial de San Eulogio y el Concilio de Córdoba, apenas podríamos formar idea de la existencia de sus diócesis; y, lo que todavía le ha desacreditado mas, insiste en el delirio de encontrar la Constitución del año 12 en los siglos de ignorancia. Sin embargo el autor del Ensayo histórico-crítico goza de tanto ascendiente en materia de patronato, y estará acaso tan acreditado para con los ministros de V. M., que considero absolutamente indispensable hacer mérito de los argumentos de su obra, é insertarlos literalmente á continuación, para que examinadas por la sabiduría de V. M. las razones de ambas partes, las estime dignamente segun su valor y propio peso.„

Prosigue despues señalando el origen de las regalías, tratando del asunto de los patronatos, y pasando á la famosa distincion de la *Disciplina externa* se expresa en los términos que verán nuestros lectores, y sobre los que llamamos muy particularmente la atencion.

“2.º El primer pensamiento de los enemigos de la Iglesia fue el de valerse de Obispos de su creacion emancipados de la Santa Sede; pero habiendo encontrado insuperable la valla de la confirmacion mil veces embestida y siempre infructuosamente, han apelado con preferencia á la frase anfibológica de la *disciplina externa*; con el desiguo de lograr sus miras por un medio supletorio; y á la verdad que bien pudieran consolarse con este nuevo hallazgo si los centinelas de Israel lo permitiesen, porque concediendo al Estado la facultad de arreglar lo que ellos significan con la palabra *disciplina externa*, corresponderia á su inspeccion aun el sacrosanto sacrificio de la Misa. Jamas ha habido un error tan craso, absurdo, y al mismo tiempo tan palpable, incluido el ateismo. No exagero ni temo repetirlo: menos incomprensible se me representa una persona alucinada que, al contemplar triunfante el crimen muchas veces sobre la tierra y víctima el inocente de la venganza del malvado, desconoce al criador del universo (olvidándose que esto mismo comprueba una vida futura), que otra orgullosa persuadida de la divinidad de Jesucristo cabeza de la Iglesia, y que no obstante atribuye al gobierno temporal la prerogativa de mandarla; pues en suma viene á ser lo mismo que disputar el gobierno á Jesucristo. ¡Impíos..... algun dia le veréis lleno de espanto al pasar á su siniestra! En vano intentarán descargarse de tan horrible blasfemia, consignando á la potestad civil la parte exclusiva de disciplina externa: porque reservándome examinar despues esta frase herética, y aun

recibiéndola en el sentido falso de los innovadores, era preciso todavía acreditar que Jesucristo privó á su santa Iglesia de la disciplina llamada externa; era preciso además probarnos que el Espíritu Santo no había encomendado á los apóstoles y á sus sucesores el nombramiento de los obispos y el de los presbíteros, la convocacion de los concilios, el uso del anatema; la distribucion de la limosna, la imposicion del ayuno, la santificacion de las fiestas, etc. etc., para exonerarse del peso irresistible de la consecuencia: porque si Jesucristo, como consta expresamente de sus divinas palabras, depositó en su santa Iglesia las referidas y otras muchas atribuciones, y esto no obstante las pudiera ejercer ó coartar el gobierno temporal, resultará indisputablemente que á este le corresponde en la actual época lo que hasta ahora nos venia del Espíritu Santo. Por esta causa la absurdidad del principio, cuando se analiza bien el pensamiento, es tan repugnante á la razon, que á pesar de haber conseguido todas las heregías y aun el ateismo arrastrar partidarios numerosos por medio de sus libros y sistemas, jamas ha arribado á formar secta el monstruoso invento político de la disciplina externa sin haber ido apoyada en el poder de los tiranos. Toda la historia confirma esta observacion. La corona de Inglaterra, por ejemplo, que innovó la disciplina de la Iglesia católica, no cuenta un sufragio á su favor en ningun pueblo fuera de su imperio. Aquel gobierno protestante, respetando hasta cierto punto el dogma, se imaginó que apropiándose la supremacia de su Iglesia podría conservar lo que llaman sus doctores artículos fundamentales de la religion, y variar la disciplina arbitrariamente sin precipitarse en la heregía; pero ha visto por esperiencia que, además de haber quedado separada la Iglesia anglicana de la unidad católica, se observa aislada en medio de todas las comuniones, con absoluta incapacidad de comunicar su impulso fuera de sus dominios ni grangear la conviccion de sus secuaces: y aunque llena de riquezas y haciendo parte civilmente del Estado, se contempla en punto á religion sin libertad, sola, enteramente sola, gimiendo entre cadenas de oro, como una esclava brillante de pedrería calzando á una princesa. No era tan fácil innovar la disciplina eclesiástica como juzgaba Enrique VIII imitado despues de otros reformadores, sin romper con la unidad; verdad importante que si hubiera sido bien profundizada, tal vez evitara muchas agresiones que manchan la memoria de los príncipes. A primera vista parece muy accesible, supuesta la determinacion decidida de un gobierno, el trastornar la disciplina, por cuanto hallándose sostenido de sus tropas y de miles de satélites derramados en las provincias, prontos á su voluntad, se encuentra, mirando solo á la política, con todos los elementos para

realizar sus planes; y mas que la Iglesia, entregada á su espíritu de paz y descansando en sus cánones y leyes, nunca opone mas resistencia que las razones de justicia, sus ruegos y lamentos. Pero aunque el Señor la ha dejado expuesta parcialmente en cada reino á tan temible contingencia que en alguna época aumentará la legion gloriosa de los mártires, la ha defendido sin embargo con un muro inexpugnable, á saber, la universalidad de su extension; circunstancia que no permitirá nunca á sus enemigos perturbar en la totalidad á el culto público. En efecto la Iglesia de Dios abraza en su órbita todo el globo: la de España, Francia, Inglaterra, Alemania, Cochinchina, Oceania, etc. etc., que profesan el catolicismo, observan una misma doctrina respecto al centro de su gobierno; todas juntas forman un redil bajo el cayado de un mismo pastor, y por consiguiente lo que llaman los innovadores disciplina externa se halla impuesto, inspeccionado y aprobado por este único pastor en union con los obispos. Ahora bien: como los gobiernos temporales dispersos por la tierra estan ceñidos á un ámbito incomparablemente menos estenso que la comunión católica, y cada uno de ellos procede con diferentes miras, ama diversa religion y tambien otra política, resulta prácticamente demostrado que ninguno se hallará nunca con fuerza bastante para trastornar ni aun materialmente la disciplina de la Iglesia, ó deformar la unidad maravillosa de su culto. Cuando, pues, reflexionando sobre esta admirable providencia con que Dios sostiene el ejercicio práctico de su santa religion, se tiende la vista por tantas zonas, tantos mares y climas, por tantos gobiernos de principios diferentes, despóticos, republicanos, constitucionales, mixtos, todos poblados de católicos; cuando se consideran ademas tantos idiomas, tantos dialectos, tanta multitud de caracteres y grados de civilizacion entre el inmenso número de fieles, unos familiarizados con los conocimientos mas sublimes de las ciencias y artes, y otros en proporcion descendiendo paulatinamente hasta encontrarnos en el último estremo con los neófitos que acaban de abandonar las selvas en el Canadá, todos sin embargo dóciles á la voz de sus obispos, unidos á la Santa Sede en el arreglo de su disciplina, y comparamos luego á los revoltosos de España proponiéndose trastornarla arbitrariamente sin contar con Papa ni ningun prelado de la tierra, la fábula de los Titanes afanados en escalar el cielo no se nos representa tan quimérica.,,

Concluye S. S. I. su tarea con una recapitulacion de cuanto lleva dicho, y dirigiéndose á S. M. exclama:

“Concordato, Señora: este es el único, el indispensable medio que existe para libertar á la nacion de la situacion deplorable que la agobia, repa-

rar los escándalos que afligen á los buenos ciudadanos, y arreglar definitivamente el aspecto político de la Iglesia hispana.

En seguida cumple su propósito de reducir á un punto de vista cuanto ha expuesto en el curso de la obra, asienta 17 proposiciones, que forman como un compendio de su trabajo, y al fin termina su exposicion con estas sentidas palabras.

“Tales son en suma las causas políticas y religiosas que, gravando mi conciencia episcopal y mi honor de ciudadano, me han impelido á tomar la pluma, y no dejarla de la mano hasta elevarlas una por una á la alta consideracion de V. M. Me alegraria, señora, haberme espresado en su relacion con una persuasiva igual á la buena fe que me acompaña; pero esta gloria privilegiada de las plumas maestras no acompaña nunca á talentos humildes como el mio, mucho menos habiendo dictado tan estensa esposicion con la rapidez de una carta familiar, interrumpida varias veces con sucesos alarmantes. Con todo no me desanimo, porque para restaurar la felicidad pública de España, lo que interesa al trono y á la nacion no es un literato astuto, capaz de suplir con su ingenio peregrino el mérito de un asunto falto de importancia, sino mas bien un Obispo celoso amante de la Religion y de la patria; que defienda la causa de Dios sin contemplar al mundo ni tener á la anarquía, á fin de excitar así al Gobierno á una negociacion con la Santa Sede, que afiance definitivamente el régimen de la Iglesia hispana, y consolide sobre tan firme apoyo la corona de Isabel II, nuestra legítima y augusta Reina. = Teror (isla de Gran Canaria) 28 de octubre de 1840. = Señora. = B. L. R. M. de V. M. su mas humilde súbdito y capellan—*Judas José*, Obispo de Canarias.”

Los límites de este número nos privan del placer de insertar otros pasages, á cual mas interesantes de esta importante obra; pero no dudamos que bastan las muestras ofrecidas para dar una idea de su alto precio. Repetimos lo que hemos dicho al principio: en este ó aquel punto podrá el lector disentir de las opiniones del Illmo. Sr. obispo de Canarias; pero no dudamos que todas las personas amantes de la Religion y de la patria, se complacerán en tributar un homenaje á su buena fe, á su profundo saber, á su elocuencia, y sobre todo á su ardiente celo por la causa de la Iglesia católica; no dudamos que todos los buenos españoles que tan vivamente desean el pronto fin de

los elementos de discordia que estan desgarrando las entrañas de la nacion, oiran consolados cual se alza valiente y enérgica la voz de un obispo, para hacer presente la apremiadora necesidad en que nos hallamos, de que por medio de un concordato salga la desgraciada y religiosa España de la fatal situacion en que la sumieron los trastornos de la azarosa época que estamos recorriendo.

J. B.

ALMANAQUE RELIGIOSO,

CIVIL Y LITERARIO PARA EL AÑO 1843, COMPUESTO

POR

D. Juan de Zafont y de Ferrer,

ABAD DEL SUPRIMIDO MONASTERIO DE SAN PABLO (1).

El título de esta obra indica bastante su objeto, y el nombre de su ilustre autor es la mas segura garantía del modo con que habrá desempeñado tan útil como trabajosa tarea. Para la gloria del mismo, y mas todavía para el bien de nuestro pais, desearíamos que el nombre del señor de Zafont sonara mas á menudo en el anuncio de las obras que ven la luz pública; y que por un exceso de modestia no dejase en la oscuridad los preciosos caudales que debe de haber acumulado con su asidua aplicacion á las ciencias en que se ocupa con particular aficion, y en las que ha ofrecido al público tan brillantes muestras de adelantos.

ADVERTENCIA.

☞ Con motivo de las ocurrencias de esta capital, no se han publicado los números correspondientes al mes de diciembre: por consiguiente los Sres. suscriptores quedarán resarcidos de esta falta mediante abonárseles el mes sucesivo á aquel en que concluía su suscripcion.

(1) Barcelona por Don Juan Francisco Piferrer impresor de S. M. Plaza del Angel.

LA INFLUENCIA RELIGIOSA.

(Conclusion).

Señalamos en el número anterior las principales causas de donde dimanaba que el clero católico alcanzase mayor influencia sobre los fieles, que no la tienen sobre sus respectivos sectarios los ministros de otra religion cualquiera; indicando una cual es, la incesante comunicacion con la conciencia y la vida entera de los fieles; comunicacion cuyos motivos encontramos en la unidad y firmeza del dogma, decision, declaracion y ensenanza del mismo, exclusivamente reservadas al clero, sabia organizacion de la gerarquía eclesiástica, nervio de la disciplina, celibato del clero, vigilancia sobre las costumbres de los fieles, sistema de predicacion, esplendor y magnificencia del culto, y en los sacramentos, particularmente el de la penitencia. Vamos ahora á examinar rápidamente cada uno de estos puntos, haciendo ver como se ligau con el principal, que forma nuestro objeto.

Unidad y firmeza del dogma. Esta propiedad característica de la Iglesia católica, y que en vano se buscaria en ninguna de las otras religiones, ha debido de contribuir sobre manera á proporcionar al clero católico una influencia sólida y eficaz, donde quiera que haya podido establecerse esta religion divina. Cuando las creencias son diferentes, cuando varian á cada paso, cuando se las ve seguir el mismo flujo y reflujo de las opiniones humanas, teniendo por absurdo la generacion de hoy lo que reputaba como verdad la generacion de ayer, los minis-

tros encargados de la enseñanza, no pueden presentarse á los ojos de los pueblos como enviados de Dios; y por mas que procuren acreditar su mision con vanos esfuerzos, por mas que se empeñen en pretenderse legítimos sucesores de los que los precedieron, traslúcese siempre la tosca trama de la obra del hombre, cubierta con el velo de la hipocresía y de la mentira. Las preocupaciones, los hábitos, los intereses, la seducción, la violencia y otras causas semejantes, sostendrán mas ó menos tiempo el dominio de la impostura, cerrando los ojos á los pueblos para que no reciban la luz de la verdad; la Providencia en sus inescrutables secretos, tendrá reservado para época mas ó menos lejana el que las víctimas del engaño salgan de las tinieblas y sombras de la muerte; permitiendo al genio del mal que las mantenga largo tiempo en el error, y no las haga salir de uno, sino para precipitarlos en otro mas fuesto; pero los alucinados sectarios, por mas ciegos que se los suponga, no dejarán de percibir algun tanto las inequívocas señales que siempre acompañan al error, no dejarán de sentir cual se levantan repetidas veces en su espíritu vehementes sospechas sobre la verdad de lo que se les enseña; y no podrá menos de obrar á menudo sobre ellos la indestructible fuerza de aquel argumento: la verdad es una, lo que varia no es la verdad. La comunicacion doctrinal entre el ministro y el fiel, queda, ó rota ó muy lastimada, desde que la doctrina enseñada por aquel está sujeta á este ataque: serán á lo mas un maestro y un discipulo, nó un enviado del cielo, y un hombre que recibe con acatamiento sus oráculos. Entonces las doctrinas y los motivos ó razones en que se las apoya, llegan con mas ó menos fuerza al entendimiento, producen mas ó menos convicción; pero no se engendra de esta suerte la fe religiosa, no se cautiva el ánimo del oyente, no se le inspira aquella profunda veneracion con la cual señoreado el espíritu se humilla á la presencia de Dios, que se digna comunicarle los arcanos que en los siglos anteriores comunicara tambien á otras genera-

ciones. El ministro de la religion tendrá menos este carácter que el de un filósofo mas ó menos sabio, que el de un hombre de bien mas ó menos celoso de la salud de aquellos á quienes se dirige; cosas impotentes para dejar en el entendimiento y en la voluntad aquella impresion fuerte, duradera, que no se borra al primer soplo, que levanta al hombre á una esfera mas elevada, y le dispone para el ejercicio de aquellas virtudes, cuya práctica vanamente se busca entre los que se atienen á medios puramente humanos.

¿Y qué veneracion puede inspirar un ministro que viene llamándose sucesor de otros, y sin embargo enseña una doctrina muy diferente de la de estos? ¿Qué importa que se apellide con el mismo nombre, que ocupe el mismo puesto, que disfrute las mismas prerogativas, y que la sociedad le haya otorgado las mismas ventajas? La veneracion religiosa no pende de la voluntad de los hombres, no se prescribe con decretos, no se alcanza con vana ostentacion, no se obtiene con el oropel de fascinadores títulos, ni se inspira con engañosas palabras; esta veneracion si ha de ser fuerte, profunda, permanente, necesario es que dimanе de la verdad, constantemente enseñada, dado que este es un carácter que no puede ser largo tiempo remediado por la astucia del hombre. Hállase en esto la razon de la consideracion y respeto que en todas partes han inspirado á los pueblos los ministros de la Religion católica; pues que su enseñanza de hoy es su enseñanza de ayer; y esta la de todos los siglos desde la fundacion de la Iglesia.

Y ni aun allí se interrumpe la cadena de la tradicion: el fiel que sigue atentamente al ministro de la Religion en la enseñanza de los sagrados dogmas, se ve remontar todavía mas alto; se halla conducido á las épocas anteriores á la venida de Jesucristo; los principales acontecimientos que en las mismas figuran, los mira enlazados con las verdades que se proponen á su creencia, y subiendo de generacion en generacion, de siglo en siglo, encuentra la cuna de la religion cristiana en los pri-

meros tiempos de la creacion, descubre el origen del misterio de la reparacion en el misterio de la caida del humano linage, y con esto al Hijo de Dios hecho hombre para satisfacer á la divina justicia y reconciliarnos con su padre, y la fundacion de la Iglesia donde se conservaran las augustas verdades que Dios ha querido comunicarnos, y donde se hallasen los medios por cuyo conducto se complace en inundar la tierra con los raudales de su gracia. Asi la voz del ministro de la Religion, es el eco de la voz de los apóstoles, que enseñan lo que oyeron de boca del mismo Hijo de Dios, quien á su vez era el cumplimiento de todas las profecías, la realizacion de todas las promesas, el término de todas las esperanzas; promesas y esperanzas que resonaron sin cesar en los anteriores tiempos, transmitiéndose de profeta en profeta como una seña misteriosa que se halla á cada paso en la carrera de los siglos, para que el hombre pueda conocer los caminos de la infinita sabiduría.

El sacerdote católico no enseña lo que él ha inventado, sino que comunica lo que ha recibido; no es un filósofo, sino un enviado del Señor que lleva en una mano el depósito que se le ha confiado, mostrando en la otra los títulos que justifican la legitimidad de su mision.

Pero esto no seria bastante á producir completamente el indicado efecto, si todos los fieles tuviesen el derecho de decidir en materias de fe, y si el sagrado depósito anduviera en manos profanas, expuesto á todo viento de doctrina. No se ligaria tan íntimamente la conciencia del fiel con la del ministro, si el primero no se viese precisado á recibir del segundo la enseñanza y la explicacion del dogma, y si en las dudas que pudiesen ocurrir sobre estas materias, no estuviese pendiente de los labios del sacerdote, *custodios de la ciencia divina*, y órganos é intérpretes de la ley.

Decision, declaracion y enseñanza del mismo dogma, exclusivamente reservadas al clero. La constante separacion que se ha hecho en la Iglesia católica entre los ministros

y los fieles, quedando á cargo de los primeros el enseñar los dogmas y la moral, y el resolver las dificultades que en este punto se suscitasen; ha contribuido sobre manera á ligarlos íntimamente; pues que no ha sido posible tener fe, ni por consiguiente pertenecer á la comunión católica, sin recibir de la boca del sacerdote continuas instrucciones. Esto engendra naturalmente la veneracion hácia el ministerio religioso, y establece una incesante comunicacion entre los que dan y reciben la enseñaanza. De la propia suerte que el simple fiel se halla en continua relacion con su párroco, comenzando desde el catecismo que aprende en su infancia, hasta los últimos consejos en la hora de la muerte, así las parroquias enteras se hallan ligadas con respecto á sus obispos de quienes reciben el pan de la divina palabra, ora por pastorales, ora por instrucciones verbales, ora por correspondencia epistolar; como todas las diócesis lo estan con el Sumo Pontífice, á quien recurre el obispo, siempre que alguna ocurrencia grave, alguna disputa reñida, ú otra causa cualquiera, reclaman el auxilio de las luces de la Cátedra de San Pedro.

Para concebir cuánta es la fuerza de esa decision y enseñaanza de los dogmas, en producir una comunicacion incesante entre la cabeza y los miembros, y entre los ministros inferiores y los superiores, figurémonos por un momento que cesa esta prerogativa divina, y que no diré cada fiel en su conciencia, ni cada párroco en su parroquia, sino tan solo cada obispo en su diócesis se halla con facultad de decidir irrevocablemente todas las dudas que se ofrezcan sobre un punto de moral ó de dogma, sin que sea lícito apelar de este fallo al Sumo Pontífice; desde luego vemos desaparecer uno de los principales lazos que unen los miembros con la cabeza, desde luego se borran de la historia eclesiástica un sinnúmero de causas en que ha ejercido de una manera solemne la supremacía el sucesor de San Pedro; desde luego vemos que cesa la comunicacion entre los obispos y el papa, y que el primado de este pasa á ser un título ho-

norario sin ningun efecto en la práctica. Porque, bien claro es, que una vez roto el vínculo en lo tocante á los puntos de dogma, lo quedara tambien en cuanto á la disciplina; pues entonces se suscitaria al instante la cuestion sobre la potestad disciplinar, y cada obispo podria resolver que es de fe que los obispos son árbitros supremos en el arreglo de sus diócesis respectivas, y que las facultades ejercidas por los Soberanos Pontífices eran usurpaciones sobre los derechos del episcopado. Asi se ligan en la Iglesia unos puntos con otros; asi se encuentran vínculos que muestran la dependencia de los miembros con la cabeza; asi no es posible tocar en una parte del edificio, sin que todo se resienta y amenaza ruina.

Si esta anarquía resulta por solo suponer que los obispos tuviesen, cada cual en su diócesis, un fallo irrevocable en materias de dogma y de moral, exclusivo de la autoridad pontificia, échase de ver á dónde iríamos á parar, si cada párroco lo tuviese en su parroquia, y mucho mas, cada fiel en su conciencia. Desde entonces quedan hechos trizas todos los lazos que unen al sacerdote con el fiel, porque faltando el primero que es el derecho de enseñanza, desaparecen por necesidad los demas. Y esta es la razon porque entre los protestantes ha debido aflojarse hasta tal punto la comunicacion de los ministros con el pueblo; pues que establecido el principio de la inspiracion privada, ó el del libre exámen que al fin á lo mismo se reduce, destruida enteramente la autoridad doctrinal, se han encontrado naturalmente los ministros al nivel de los simples legos; y las separaciones que se han querido introducir han tenido siempre escasa consistencia, como que se hallaban en fragante contradiccion con la primera base de la llamada Reforma.

La sabia organizacion de la gerarquía eclesidstica, modelo de buen gobierno, donde se encuentran todas las garantías de orden con las debidas precauciones contra todo linage de arbitrariedad, donde la multiplicidad y complicacion de las

relaciones se simplifica y deseulaza con la admirable unidad que les comunica su invariable centro, donde el fiel ve de una ojeada todos los trámites que ha de seguir para la aclaracion de una duda, ó la resolucion de un negocio, donde no se ve una autoridad aislada que ose obrar por su capricho, sin que se pueda exigirle la debida responsabilidad ante un legítimo superior, subiendo de unos á otros jueces hasta llegar al Sumo Pontífice, que ha recibido su autoridad del mismo Dios; esta organizacion, repetimos, ha hecho del clero católico ese cuerpo tan compacto, tan uno, cuyo semejante en vano se buscaria en todas las demas corporaciones que han existido. Desparada por todo el universo la Iglesia católica, hubiera sido víctima de la mas espantosa anarquía, á no estar dotada por su divino Fundador de una organizacion tan robusta. La violencia de las pasiones, el choque de los intereses, los amaños de las intrigas, la desidia en el cumplimiento de los deberes, hubieran bien pronto destruido, enflaquecido, dividido ese inmenso cuerpo, que por su propia naturaleza se halla expuesto mas que otro alguno, á la accion disolvente de innumerables elementos. La Iglesia combate sin cesar la vanidad del sabio, el orgullo del poderoso, la sed de la codicia, el furor de la venganza; y no dejando en reposo ningun vicio, ya que no pueda extirparle, va cuando menos á turbar la falsa paz del vicioso, lanzándole el aguijon del remordimiento. ¿Qué le hubiera sucedido, qué hubiera sido de ella á no estar tan firmemente constituida por la misma mano del Todopoderoso? Nó, no habria podido continuar en esa comunicacion con la vida entera del fiel, no se habria podido dirigir incesantemente á su conciencia, sino que bien presto se la rechazara como un estímulo importuno, y se desatendieran con desden sus santas amonestaciones. Pero ahora cuando el simple párroco corrige, no es él quien lo hace, sino la Iglesia; cuando se entromete en algun negocio grave, no lo hace de autoridad propia, sino con autoridad de la Iglesia. En pos del párroco ve el fiel al Obispo

y en pos del Obispo al Sumo Pontífice, y al rededor del Sumo Pontífice, la Iglesia universal, y la tradicion de todos los tiempos, y la autoridad de los concilios, y el voto de los Santos Padres, y la práctica de los Santos, y todo ordenado, compacto, ligado, sin que en ninguna parte divise al hombre solo, el dictámen de la razon aislado, el predominio de la voluntad individual, sino en todo el cuerpo místico formado por Jesucristo, nutrido con los méritos de su preciosa sangre, amaestrado por sus santísimas doctrinas, guiado por sus consejos, rebosante del calor y de la vida de las lenguas del Cenáculo, y sostenido milagrosamente por el poder de la diestra del Eterno.

Así ocultándose á los ojos del hombre la accion de otro hombre, solo se le presenta la accion de la Iglesia, ó mejor dirémos la accion de Dios; y ni se encuentra humillado en la sumision, ni envilecido en la obediencia; porque se cumple de un modo admirable la condicion necesaria para facilitar la obediencia y hacer espontánea la sumision, cual es, el que no se halle el hombre en presencia de otro hombre, y obligado á someterse á la simple razon, á la sola voluntad de otro de sus semejantes, sino que en aquel que enseña, decide ó manda, vea la personificacion de un poder superior, de un grande interes ó de un gran principio, ó lo que vale mas que todo, un representante del mismo Dios. Esto se verifica en la Iglesia católica: jamas, desde el último ministro hasta el Soberano Pontífice, habla nadie en nombre propio: el encargado de la mas oscura capilla, es el *vicario* de su legítimo superior, y el sucesor de San Pedro el es el *vicario* de Jesucristo. Así hay una unidad admirable en medio de la mas complicada multiplicidad; así las partes no se confunden, no se embarazan, no se chocan, sino que obrando en la mayor armonía, funcionan cada cual en su puesto, llenando el objeto de su santo instituto, y cumpliendo los designios del Divino Fundador.

Las Iglesias separadas, quebrantando esta unidad, y destruyendo la gerarquía, desconocieron los eternos principios de

todo buen gobierno, y se privaron de los medios para influir sobre el ánimo de los pueblos. Vano es que se llamen Iglesia; falta la unidad, y no son una Iglesia sino muchas iglesias; falta la conveniente dependencia de los ministros, falta un punto céntrico de donde pueda dimanar la eficacia del influjo sobre la conciencia de sus subordinados. Niegan la divina institucion de la ordenacion sacerdotal; conceden el sacerdocio con mas ó menos restriccion, á la generalidad de los fieles como cosa que de derecho les corresponde, se burlan de la gerarquía y la miran como una invencion de los hombres, otorgan á todo el mundo el derecho de interpretar la Biblia, y por consiguiente la ilimitada facultad de decidir en materias de dogma, y de moral, como mejor parezca: ¿qué puede resultar de una organizacion y sistema semejantes, ó mejor diremos, de la falta de todo sistema, de toda organizacion? dígalo la experiencia de cada dia, dígalo la historia de los tres últimos siglos.

El nervio de la disciplina ha debido por consiguiente ser cosa desconocida entre los protestantes; y dejando aparte las virtudes mas ó menos severas que hayan podido encontrarse en algunos ministros de la pretendida reforma, y la mayor ó menor asiduidad con que se hayan dedicado al ejercicio de sus funciones, puédese no obstante asegurar, que la disciplina como tal, no ha existido ni es dable que exista en las Iglesias disidentes: no hay disciplina sin autoridad, ni autoridad sin gerarquía, ni gerarquía sin cabeza. En la Iglesia católica ha sucedido todo lo contrario: hasta en aquellas épocas cuya turbacion traia consigo el trastorno de las ideas y el olvido de los deberes, no careció nunca de disciplina: á veces se la desatendia, se la conculcaba; mas por esto no dejaba de existir, no faltaba quien la proclamase, quien protestase contra las infracciones, quien alzase enérgica voz para demandar la extirpacion del mal y el castigo de los culpables. Particularidad notable que solo en la Iglesia católica se encuentra, el que nunca la ley sea tan impunemente hollada, que no se adelanten áni-

mos esforzados á defenderla; el que la ley nunca sea tan abatida que se la fuerce á la prostitucion doblegándose á las insaciables exigencias de las pasiones. En la Iglesia la ley á veces se quebranta, pero no se doblega; el mismo legislador obra quizás mal, pero legisla bien; por un efecto de la debilidad humana, no está exento de ser injusto en algunas de sus obras; pero aun en este lamentable caso, proclama la justicia; desordenado en las costumbres, ensalza la pureza de la moral, y la predica á la faz del mundo, aun á riesgo de hacerse subir él propio los colores al rostro; y sin temor á los poderosos, sin consideracion á la humana flaqueza, sin indulgencia para sí mismo, muestra á todos los fieles la regla inflexible, sin curarse de que haya de resultar así mas palpable, este ó aquel escándalo, y excitar la execracion de la conciencia pública. Aun en los tiempos mas calamitosos de la historia eclesiástica, notamos un constante movimiento en el seno de la Iglesia hácia una reforma que remediase los males que la humana miseria habia introducido. S. Gregorio VII, S. Bernardo, S. Buenaventura, eran los precursores de los padres del concilio de Trento. Por cuyo motivo los cristianos de una fe pura y de una intencion recta; no ven jamas en los males que á la Iglesia afligen, una señal de que la haya abandonado el Espíritu Santo, ni creen necesario destruir para reformar, ni que sea menester poner otros cimientos de los que puso el divino Arquitecto; pues que á mas de las indefectibles promesas de este, ven siempre que la llama del Paraclete no se ha extinguido aun, que el fuego sagrado arde todavía en el santuario, y que debajo del tabernáculo se conservan intactas y enteras las tablas de la ley. La disciplina se relaja, la autoridad parece dormirse, pero los centinelas de Israel no se entregan juntos al sueño; hay algunos que estan velando, y que recuerdan á los demas el sagrado deber que les incumbe de custodiar con temor santo los celestiales tesoros de la casa del Señor. O reunidos en concilio los Obispos, ó desparramados en sus diócesis, cumple el

episcopado la mision que le encargó el Espíritu Santo de regir la Iglesia de Dios; si una niebla oscura parece ofuscar los entendimientos, y la corrupcion señorear las voluntades, si flotando á la merced de los vientos y de las olas la combatida navecilla, amenaza con inminente naufragio, llenando de espanto á los que no tienen firme la fe, y fijada en el cielo la esperanza, levántase Jesucristo para salvarla, manda á los vientos y á los mares, bastando su palabra para restablecer la bonanza. No se presenta él mismo, pero suscita hombres como Ildibrando, como S. Bernardo, como S. Carlos Borromeo, como S. Ignacio de Loyola, y derramando sobre ellos los raudales de su gracia, renueva milagrosamente la faz de la tierra. Que sean los vicios de los fieles ó de los sacerdotes, que el genio del mal haya conseguido llevar sus estragos á regiones las mas elevadas, nada queda sin notar, nada sin reprender, nada exento del clamor de correccion y enmienda. Lo que hoy es el proyecto, el simple deseo de una caridad ardiente, se abre mañana paso en la legislacion eclesiástica y forma uno de los artículos de la disciplina. Asi, cuando circunstancias lamentables han ocasionado mayor ó menor descrédito de los ministros de la religion amenguando los respetos y consideraciones de que se los rodeara, bien pronto con una reforma legítima se ataja la corriente del mal, se rejuvenece la autoridad del sacerdocio, se aumenta su ascendiente é influencia, restableciéndose mas íntima, mas afectuosa la comunicacion entre el sacerdote y el fiel, reparándose de esta suerte los males que á la fe y á la moral se acarrearán con el alejamiento y la desconfianza. ¿Quién ignora los prodigios que en esta parte se realizaron en la Iglesia, desde el siglo .xvi? ¿quién no sabe el profundo y saludable cambio que fue el inmediato efecto de la reforma hecha por el concilio de Trento?

El Celibato del clero, tan combatido con ostentoso aparato de razones político-económicas cuya futilidad han venido á demostrar los adelantos de la economía política, es un elemento

tan precioso en el ministerio eclesiástico, que su desaparicion relajaria de golpe los lazos de la disciplina, y entibiando la confianza y la intimidad con que los fieles estan ligados con el ministro de la Religion, y despojando su sagrado carácter de la santa austeridad que le embellece y realza, acabaria por dejarle en la clase de los hombres hourados, y si se quiere influyentes, pero en grado muy poco superior al que le grangearian sus calidades personales. No tratamos aqui de examinar á fondo esta cuestion cuya inmensa importancia reclama por cierto mayor espacio del que los límites de un artículo consienten; solo nos proponemos tocarla rápidamente en lo que concierne el celibato á proporcionar mayor influencia al clero católico, facilitando la comunicacion de la conciencia de los fieles con la de los ministros, é inspirando aquella veneracion y confianza indispensables, para que las funciones sacerdotales puedan ser ejercidas cual cumple á la alta mision de su instituto.

Por de pronto, échase de ver á la primera ojeada, que es el celibato un sacrificio en las aras de la Religion y de la salud de sus semejantes, emblema sublime del desprendimiento que acompañar debe el ministerio eclesiástico, pues que encierra nada menos que la rigurosa obligacion de una virtud, cuya práctica no fue prescrita en el evangelio mas que por via de consejo, y de la que hablando la sagrada Escritura nos la pinta como uno de los rasgos característicos de la vida angelica.

Aquella completa abstraccion de los placeres sensuales, aquella ilimitada renuncia de sentimientos tan gratos al corazón humano, cuales son los que resultan de la formacion de una familia y de la esperanza de sobrevivir en la prosperidad, desligan en cierto modo de las cosas terrenas, y consagran á las celestiales el hombre entero. No se albergan entonces en el ánimo la solitud y los cuidados que consigo trae el ser cabeza de familia; y en cambio hállase el espíritu mas libre, mas espedito para ocupar sus pensamientos y deseos en objetos de mayor impor-

tancia, de un interes mas trascendental, y para acometer empresas que arredren por sus peligros, ó desalienten con la exigencia de sacrificios dilatados y penosos.

¿Cómo se hubieran podido verificar los prodigios de las misiones católicas, si aquellos apostólicos varones se hallaran embarazados con el cuidado de mugeres é hijos? ¿Cómo fuera posible que llegaran á la sublime abnegacion, que nada reserva al hombre, que eu nada repara, que por nada se detiene, y que sufre con igualdad de ánimo la pobreza, las privaciones de toda clase, las mas insuportables fatigas, los tormentos mas exquisitos, la muerte mas horrorosa? ¿Eleváronse jamas á tanta altura, los misioneros protestantes? ¿mostraron jamas tan heroico desprendimiento? ¿No es su primer cuidado al llegar al punto de su destino, el proporcionar á sus esposas y familia una habitacion decente y cómoda, y el no olvidar su propia fortuna eu medio de sus predicaciones evangélicas? ¿Cuándo recabaron de sus neófitos igual admiracion y entusiasmo, igual sumision y obediencia, al que alcanzaron nuestros misioneros, que sin oro para distribuir, sin poderosas escuadras para protegerlos, sin numerosos ejércitos para sostenerlos y hacerlos respetar, se presentan á los fieles no llevando otras riquezas que su breviario, ni mas armas que su cayado, ni otros medios de persuasion que el ardor de su celosa palabra y el ejemplo de sus virtudes, y el escudo de una infatigable paciencia?

Por lo mismo que el hombre no pertenece entonces á ninguna familia, es por decirlo así el padre de todas; y viviendo en medio del mundo, solo y aislado como peregrino en tierra extranjera, representa mejor á Jesucristo, quien proponiéndose enseñarnos que el hombre debe anteponer las cosas del cielo á todas las consideraciones de familia, dijo: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?», Y que extendiendo la mano sobre sus discípulos continuó: «Hé aqui mi madre y mis hermanos, pues cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre

que está en los cielos, este es mi hermano, mi hermana y mi madre.,, (*San Mateo cap. 13*).

A un hombre que no está ligado con una muger se le abren con menos dificultad los arcanos del corazon; y el fiel que lleva oculta en su pecho una afliccion angustiosa, que quizás no osara revelar á sus mas íntimos allegados, depositála sin el menor recelo en el ánimo del sacerdote, seguro de que no hará traicion á la confianza quien no tiene mas vínculos sobre la tierra, que los impuestos por la ley de la caridad. ¿Cuántos secretos no se lleva al sepulcro el sacerdote que ha ejercido por algun tiempo las funciones de su ministerio en el sacramento de la penitencia? Y aun fuera de él, ¿cuántos son los delicados y espinosos asuntos, que no salen del círculo de una familia, sino para pedir consejo al ministro de Dios, ó para constituirle medianero en circunstancias críticas? Los mismos que menos adictos se muestran á la Religion, los mismos que quizás se desatan en mas acerbas injurias contra el clero, no reparan, y esto lo enseña la experiencia de cada dia, no reparan repetimos, en confiar á un eclesiástico los mas hondos secretos, sobre todo si son estos de tal naturaleza que demanden un depositario discreto y caritativo, á propósito para buscar remedios ó proporcionar consuelos. Se nos habla á veces de la dulzura de los sentimientos paternos, de la influencia que ellos pueden ejercer sobre el carácter; pero no se advierte que los sentimientos que han de obrar en el corazon del ministro de Dios, no es necesario ni tampoco conveniente, que tengan aquella sensual ternura, que si bien es muy á propósito para cumplir en el recinto de la familia, los fines destinados por el Autor de la naturaleza, no se adaptan sin embargo á la elevacion y austeridad de las funciones en que se ha de ocupar el sacerdote. La caridad es tierna, afectuosa, mas nó débil ni liviana; descendida del cielo, tiene por objeto al mismo Dios; y cuando reside en el alma, no tiene su morada en la region de los sentimientos terrenos, sino en la voluntad superior, en lo

mas elevado del espíritu. Se alegra con los que se alegran, pero su alegría es en el Señor; llora con los que lloran, pero sus lágrimas las ofrece al Señor; quiere el bien de todos los hombres, los estrecha á todos en sus brazos, los socorre en sus necesidades, los alivia en sus penas, pero todo para llevarlos á la eterna bienaventuranza, todo para purificarlos en esta vida, y hacerlos dignos de sumirse en la otra, en un piélago infinito de luz y de amor.

Estos deben ser los sentimientos del sacerdote: hijos de la caridad, animados por la caridad, guiados por la caridad; que nada ofrezcan de mundano, de sensual, que en nada se asemejen á los que se fundan en motivos puramente humanos, y que aun en medio de su condescendencia, dejen entrever el cumplimiento de aquellas palabras del apóstol: « todo para todos para ganarlos á todos. »

Suponed que se llama para consolar á la esposa que acaba de perder el apoyo de su debilidad y el objeto de su ternura conyugal, al padre á quien una muerte prematura arrebató el orgullo de su juventud y la esperanza de su vejez. ¿Cuál es en estos casos el papel que en la triste escena le corresponde al ministro del santuario? ¿llorando con los que lloran, deberá hacerlo de tal suerte que tambien muestre participar de aquel abatimiento que desalienta y postra, imitando á las personas á quienes se propone consolar? ¿asentaríale bien por ventura, que al traves de la tristeza pintada en su semblante, se trasluciesen sentimientos puramente humanos, con la debilidad y desfallecimiento que en tales casos los acompaña? Nó por cierto: en aquella ocasion solemne no va á consolar dando rienda suelta al dolor y aliviando la pena con solo compartirla; sino que va á confortar con los grandes pensamientos que en el seno de la religion se ligan con la muerte. Dios, sus secretos designios, la necesidad de conformarse á ellos, lo breve de la separacion que tanto aflige, las probabilidades de que el finado disfruta ya mejor vida, la próxima reunion de todos que en el seno

del Dios viviente se ha de verificar en los abismos de la eternidad: hé aqui los puntos sobre que han de girar las palabras del sacerdote, hé aqui los pensamientos cardinales de donde ha de hacer brotar las consideraciones adaptadas al caso que le ocupa, hé aqui dónde buscar debe los consuelos que intenta proporcionar á la desolada familia.

Para ejercer dignamente estas elevadas funciones, no es necesario que el sacerdote haya experimentado en toda su viveza las afecciones conyugales ó del amor paternal; bástale un corazon sensible en que de algun modo vibr en las mismas cuerdas que en los de los afligidos; y la misma diferencia que resulte de no estar su corazon ejercitado en aquel género de emociones, contribuirá á conservar á su alma un temple mas fuerte, que se acomodará muy bien con la santa resignacion que deben respirar las palabras y las acciones de quien habla en nombre del cielo.

Dígase lo que se dijera: el instinto del humano linage manifestado en las tradiciones de todos los tiempos y en la práctica de todos los pueblos, segregando mas ó menos completamente de los placeres sensuales á toda persona que debiera intervenir en el ministerio religioso, entraña una sabiduría tan profunda y delicada, que solo puede ocultarse á entendimientos ciegos ó á corazones poco sensibles. En este punto, como en todos los demas, nos ofrece el catolicismo una prueba de su divinidad, realizando de una manera mas cumplida, mas sublime, el pensamiento que en embrion se encuentra en las otras religiones; con esto nos da una nueva señal de que ha bajado realmente del cielo, cuando se manifiesta en plena posesion de todo lo verdadero, y de todo lo bueno, que disperso acá y acullá, desfigurado de mil maneras, se encontrara en las tradiciones del género humano. Leed la historia religiosa de todos los pueblos, y en todas hallaréis algunos rastros de la union del ministerio religioso con la abstinencia de los placeres sensuales, en todos notaréis alguna percepcion de esta secreta armonía de

la castidad del corazón con el ofrecimiento del sacrificio; y hasta en aquellos que divinizaron el placer, y lo presentaron á la veneracion humana bajo las formas mas voluptuosas, descubriéis alguna institucion que protesta contra tamaño extravío, simbolizando mas ó menos á las claras esta idea, tradicion, instinto, llámese como se quiera, que en medio de sus vicisitudes y aberraciones ha conservado la humanidad.

Pero reservado estaba á la Iglesia católica enseñada por el mismo Dios, el presentar en esto un tipo sublime elevando á precepto para un considerable número de hombres lo que en el Evangelio solo se propone como un consejo, y el realzar de esta manera la dignidad del sacerdocio, obligándole á una privacion que á los ojos de la humana sabiduría solo pareciera posible para el heroico desprendimiento de algunos varones privilegiados. ¿Quién no conoce, mejor dirémos, quién no siente cuánto mayor es la elevacion, cuánta mas la dignidad y magestad del ministro del santuario, á quien al postrarse en el altar orando por los pecados del pueblo, ú ofreciendo al Todopoderoso un sacrificio de propiciacion, se le contempla como un ángel que sin lazos que le vinculen con ninguno de los objetos que hechizan á los demas hombres, ofrece al Dios de Sabaot un incienso puro, que sube al cielo mezclado con los afectos y las súplicas de un corazón sin manchilla? Si apartándonos del ara sacrosanta, miramos al sacerdote en sus relaciones directas con los fieles, ora enseñando, ora reprendiendo, ora amonestando, ora comunicando las gracias celestiales por el conducto de los sacramentos, ¿no es su autoridad inmensamente mayor, no inspira mayor respeto, mayor confianza y veneracion, si en la mente de los fieles no pueden encontrarse juntas las dos ideas de un ministerio tan augusto y la del símbolo de la hermosura, pero tambien del capricho y de la flaqueza? ¿Queréis representaros al vivo la influencia que tendria el matrimonio del clero en disminuir su ascendiente, en debilitar su influjo, en rebajar la veneracion que á los fieles inspira? tomad

por ejemplo un gran santo. Imaginaos que veis á S. Francisco de Sales, asiduo y fervoroso en la oracion, arrobado en el acto de ofrecer el augusto sacrificio, incansable en la administracion del sacramento de la penitencia, desvelándose sin cesar para atraer al redil de la Iglesia almas descarriadas por el cisma protestante, socorriendo á los pobres, consolando á los afligidos, instruyendo á los ignorantes, consumiendo su vida entera en la tarea de la salvacion de sus prójimos, y en el ejercicio de las mas austeras virtudes; y ofreciéndola á Dios como un holocausto en las llamas de purísimo amor; decidme cuando contemplais ese ángel de paz, esa lumbrera del mundo, esa víctima de la caridad, ese apóstol que se hace todo para todos para ganarlos á todos, cuando llenos de entusiasmo le tributais los homenajes de vuestra admiracion, decidme, repito, ¿quisiéraisle casado? «Oh! nó: ciertamente que nó; ni quisieramos, diréis, que se hubiera pronunciado este nombre que así disipa de un golpe la celestial vision en que estábamos embargados.», El santo obispo de Ginebra al lado de una muger no fuera ya un ángel, no fuera un ser privilegiado que aparece sobre la tierra para consuelo y alivio de la humanidad; sino un hombre como los demas, y á quien sospecharíamos tal vez juguete de la debilidad ó del capricho. Esto no son razones teológicas, no son argumentos de escuela, es una inspiracion que arranca de lo mas íntimo de nuestra alma, no es solo la voz de la Religion, es el grito de la naturaleza misma.

Vano fuera empeñarse en luchar con la evidencia de esta verdad; no necesita pruebas; es de aquellas á que se adhiere el corazón, mucho antes que no las acepte el entendimiento. Y cuenta que estas verdades que así cautivan desde luego nuestro espíritu, señal es que encierran alguna fuerza intrínseca muy poderosa, dado que bastan á producir un efecto instantáneo; señal es que expresan algunas relaciones delicadas, que aun cuando no se presentasen á nuestros ojos con entera claridad, no dejarían de ser muy positivas, y de estar fundadas en la natura-

leza misma de las cosas. En esta materia, no descáramos que los jueces fueran filósofos, interesados quizás en torcer el fallo en contra de la verdad; no pocas veces la filosofía, á fuerza de analizar diseca, y de dividir y subdividir, descompone y aniquila: pero no temiéramos la decision, no recusaríamos la autoridad del simple buen sentido, aun cuando no anduviese acompañada de la fe. Las inspiraciones de un corazon no predispuesto á resistir los sentimientos mas naturales y espontáneos fueran suficientes á resolver en nuestro favor la cuestion; y no dudamos que donde quiera que se la plantee prácticamente como se hace á menudo en los países donde viven infieles, saldrá el catolicismo airoso en la demanda. No es necesario repetir lo que acabamos de notar parangonando las misiones católicas con las protestantes; pero un muy reciente ejemplo se presenciò no ha mucho en la llegada de un obispo anglicano á Jerusalem.

Quando el reverendo enviado por los ingleses recorria las calles de la ciudad santa, acompañado de su esposa, que á la sazou se encontraba en aquel estado que tan casta y delicadamente espresaban los periódicos ingleses por una frase que no habrán olvidado nuestros lectores, y el pueblo le andaba regalando duros guijarros, bien sentia aun la generalidad de los mismos infielés que el enviado de lord Palmerston estaba muy lejos de ser como pretendia, sucesor de los apóstoles y enviado de Jesucristo; bien sentia que el nuevo enviado no era del número de aquellos que encargados por el Salvador *de predicar el Evangelio á toda criatura, y de bautizarlas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espiritu Santo*, marchaban á cumplir su misian, habiendo renunciado antes á todo lo que poseian, negándose á sí mismos, y crucificando su carne, para confesar á Cristo crucificado.

Muy bien comprendian la fuerza del celibato religioso en aumentar la autoridad y la influencia del clero los enemigos de la Religion católica, pues que unos, segun dicen, por el celo de aumentar la poblacion, otros para comunicar á los sacerdotes mayor

dulzura y apacibilidad de sentimientos, quienes para libertarlos de carga tan pesada, quienes para hacerlos de costumbres mas puras, todos en una palabra, con miras altamente *filantrópicas*, se han empeñado en persuadir que debia borrarse de los artículos de la disciplina eclesiástica la ley del celibato; bien comprendian, que en esta ley se encerraba uno de los mas poderosos resortes de esa influencia que se proponian abatir, de esa autoridad que intentaban desvirtuar. Nosotros empero, apoyados en la razon, en la esperiencia, en lo que dictan los sentimientos mas delicados del corazon humano, tenemos por acertadísima esta disciplina; mirámosla como un paladion que cobija la dignidad del clero, y juzgamos que la religion es deudora de un incalculable beneficio á los sumos pontífices, que con firmeza apostólica se han opuesto á las exigencias de las pasiones, haciéndolas entrar con brazo fuerte dentro los límites debidos, cuando amenazaron desbordarse.

En la actualidad, gastan inútilmente el tiempo los enemigos de la Iglesia cuando le aconsejan que suprima esa ley; lo que no pudieron conseguir la ignorancia, la corrupcion y la confusion de los siglos medios, lo que no recababan las declamaciones de los protestantes y de los filósofos en los tres últimos siglos, no es posible que se logre en adelante; mayormente quedando ya fuera de duda, que el Aquiles de los argumentos con que se atacaba el celibato religioso, á saber, el daño que causaba á la poblacion, es un miserable sofisma fundado en falsas suposiciones, desmentidas por los progresos de la estadística y las observaciones de la ciencia económica. Que por lo tocante á la influencia que pudiera tener el matrimonio en endulzar los sentimientos del clero, bien cierto es que mejor y mas seguro efecto produce la caridad, con la cual se forman espíritus tan blandos y apacibles como son los de nuestros santos. No es pues el matrimonio lo que se ha de introducir; sino dejar á la Iglesia expedita su accion, para cuidar de la estricta observancia de los sagrados cánones, de suerte que se verifique una

completa armonía entre la enseñanza y las obras. Lo que se ha de procurar es que á la Iglesia no se le quiten los medios para formar hombres dignos de tan alto ministerio, y que no se la reduzca á inferior condicion que las otras instituciones cualesquiera, privándola de los necesarios recursos para proveer á la instruccion de los jóvenes que se dedican á la carrera eclesiástica. Esto es lo que conviene; lo demas son insidiosos consejos que á nadie alucinan, palabras que de nada sirven, sino para poner en descubierto la insensata vanidad de los que se proponen emendar la obra de Dios, y sustituir á sus santísimos y profundos designios los miserables proyectos del hombre.

Vigilancia sobre las costumbres de los fieles. Ninguna religion ha prescindido completamente de la moral; y los que se han adelantado á decir que no debieran andar unidas la moral y la religion, se han mostrado muy poco conocedores tanto de esta como de aquella. La religion que se desentendiese de la moral, seria una monstruosidad; así como la moral es inconsistente, cuando no puede afianzarse sobre la sólida base de una religion. Y no intentamos poner en duda la existencia de una luz natural que independientemente del ejercicio de este ó aquel culto, nos enseña lo que es bueno y lo que es malo: sabemos que esta luz es uno de los mas ricos patrimonios de la humanidad, y ha sido una de sus tablas de salvacion para que no perciese del todo, víctima de sus lamentables aberraciones; pero tampoco podemos menos de hacer notar, que sin culto religioso, la idea de Dios se debilita en nuestro espíritu, ó cuando menos se la relega al entendimiento dejándole muy poco influjo sobre la voluntad; y en llegando las cosas á tal estado, es evidente que la práctica de las sanas máximas morales, aun las dictadas por la razon natural, se ha de resentir sobre manera, ha de caer en desuso; y por esto decimos que la moral para ser duradera y eficaz, necesita apoyarse en las ideas religiosas, y encontrar en el culto un auxiliar incesante.

Entre las varias creencias que han dividido á los hombres, asi en los tiempos antiguos como en los modernos, no se ve ninguna donde se conozca que el fundador haya perdido de vista estos eternos principios; pero en algunas de ellas ha sido tan débil el elemento moralizador, y tan flacos los medios de que podia echar mano para influir sobre los hombres, que al observar cierta moralidad de los adheridos á las mismas, mas bien parece un fruto espontáneo de los dictámenes de la luz natural y de las buenas inclinaciones del corazon, que no un resultado de la influencia religiosa. Mirad el paganismo, y veréis, que si bien esparce acá y acullá algunas buenas máximas divinizando esta ó aquella virtud, tambien en cambio erige altares al vicio, y le ofrece como digno presente la corrupcion; abandonando lastimosamente el cuidado de que germinase entre la muchedumbre la semilla de la moralidad que se habia esparcido. Nadie corrige el vicio, nadie estimula la virtud, nadie se ocupa en hacer aplicaciones de la moral á los actos de la vida; solo algunos vanidosos filósofos disertan ostentosamente sobre ella, y muestran pretension de suplir con huecas palabras la ineficaz accion de los medios religiosos, que á la sazón obraban sobre el mundo sometido á la idolatría. La misma política reconoció esta falta: y asi es, que mientras de una parte procuraba apoyarse en la religion y acrecentar su influjo para que la auxiliase en la difícil tarea de dirigir la sociedad, creaba por otra instituciones civiles que alcanzasen á donde no alcanzaba la religion. Recuérdese lo que eran en Roma los *censores*, las atribuciones que las leyes y la costumbre les señalaban, y véase si no es bien claro que aquella institucion civil era un medio supletorio de la insuficiencia religiosa. Sin negar los buenos efectos que de esta suerte se pudieron obtener, siempre es verdad que existia en ella una dislocacion de funciones, y que por tanto no era posible que fueran cumplidamente desempeñadas. Asi es, que bastó poco tiempo para que el mal se presentara con toda su deformidad; y la inmo-

ralidad y la corrupcion mas asquerosas habian ya consumido lentamente el imperio romano, siglós antes que lo hiciera pedazos la acometida de los bárbaros. Los sacerdotes de los falsos dioses se limitan á cuidar de las ceremonias, de los sacrificios, de los augurios, es decir, de la parte externa de la religion, sin que se crean obligados á ocuparse de la situacion de los espíritus, del estado de la conciencia, ni á darle alguna luz para guiarla en sus tinieblas, ni comunicarle aliento para fortalecerla en los combates. El hombre adora á los dioses, levántales magníficos templos, conságrales ricas ofrendas, consulta en sus dudas á los oráculos, se dirige sin cesar al cielo; pero víctima de mil groseras supersticiones, tributando á las obras de sus manos ó á las creaciones de su fantasía, el culto debido al Dios verdadero, no recibe un rayo de luz que pueda servirle para ordenar su conducta. La falsa religion habia dominado casi toda la tierra, y la extension de sus dominios no habia llegado á impedir que el vicio se levantase por do quiera al lado del altar, si es que no se colocaba á sí mismo en lugar de un Dios recibiendo los homenajes del culto. Llega la religion cristiana, y al mismo tiempo que enseña sus dogmas y establece su culto, se ocupa incesantemente de la moral; y dando á las prácticas exteriores la debida importancia, tiene principalmente fijos los ojos en lo que afecta el hombre interior, procurando primero su renovacion por la gracia, y velando y trabajando en seguida por la conservacion de las disposiciones de ánimo traídas por aquella venturosa mudanza. Es necesario, dice ella, adorar á Dios en los templos, como que son su morada predilecta, se han de observar las prácticas exteriores prescritas por la tradicion ó por la autoridad de los pastores legítimos, es necesario asistir á las augustas ceremonias donde se nos recuerdan los misterios de nuestra redencion, donde se eleva al cielo humilde plegaria, poniéndonos á la vista la altura de nuestro destino, no dejándonos olvidar el fin para que fuimos criados; pero añade la Iglesia, que todo esto será estéril para nuestras

almas, será vano á los ojos de Dios, si no le adoramos en espíritu y en verdad, si no le ofrecemos un corazón contrito y humillado, si no hacemos frutos dignos de penitencia, y si purificados con la sangre del Cordero, y nacidos á una vida nueva con las aguas regeneradoras de su bautismo, no procuramos conformarnos á él, absteniéndonos de todo mal, y caminando en presencia del Señor con espíritu recto y puro, y con intencion sencilla y santa.

Asi procura la Iglesia que las prácticas del culto vayan acompañadas del ejercicio de una sólida virtud, y que no se puedan aplicar al pueblo cristiano aquellas palabras; «este pueblo me adora con los labios, pero su corazón está lejos de mí.», No es esto decir que consiga del todo su objeto, pero sí, que tal es su intentó, que este es el blanco á que se encamina, guiada por el Espíritu divino. La humana flaqueza inutiliza á menudo esos esfuerzos, la malicia los contraria; pero esta es la condicion del hombre, y mientras vivimos sobre la tierra, vano es que soñemos un *optimismo*, donde no se vea nada malo: la mezcla del bien y del mal es una ley del universo, desde que caido el humano linage de su primitivo estado, está sujeto á un terrible castigo. Además, que no se ha de atender precisamente al mal que existe, sino al que se evita; consideracion poderosa que no se debe perder de vista nunca cuando se quiere hacer justicia á una institucion en vista de sus efectos. No hay institucion sobre la tierra que pueda resistir al exámen, si se admite como valedero el siguiente raciocinio: «es mala, porque deja males en pie;», nada hay mas inconsistente, nada mas sofisticó; porque ó es preciso cambiar la naturaleza del hombre, ó resignarse á presenciar males, donde quiera que se le encuentre, sea cual fuere la institucion bajo la cual viva. Lo repetimos: este argumento nada prueba contra la Iglesia católica; solo recuerda la cuestion filosófica sobre el origen y la existencia del mal; cuestion que solo puede resolverse cumplidamente, con el dogma católico de la preva-

ricacion del primer padre, y de la degeneracion de su descendencia.

La Iglesia católica ha conocido profundamente el corazón humano teniendo por regla de su conducta el insistir sin descanso sobre la práctica de la virtud, el inculcar constantemente los principios de la sana moral, no contentándose con una enseñanza estéril, sino procurando que aplicada la doctrina á todos los actos, se realizase en la vida del cristiano. La religion pagana no tenia ni cátedras donde se enseñase la moral, ni medios prácticos para hacerla poner en planta; y limitándose á una que otra máxima saludable, á uno que otro ejemplo personificado en alguna de sus divinidades, dejaba al hombre abandonado á sí mismo. De donde resultaba, que tan pronto como las sociedades perdian la primitiva sencillez de costumbres, natural patrimonio de su infancia, y comenzaban las pasiones á sentirse estimuladas por efecto de los mismos progresos de la cultura, cundia desde luego la mas desenfrenada corrupcion, cayendo al fin los pueblos en aquel estado abyecto y degradante, en que vemos á los romanos de los primeros tiempos del imperio, y aun de los últimos de la república. No le basta al hombre conocer los principios de la sana moral, sino que necesita oírlos incesantemente predicados, repetidos, inculcados; porque lo que nos falta no es principalmente la noticia de ellos, sino un sentimiento vivo, fuerte, de la conveniencia y necesidad de ponerlos en práctica; una voluntad firme, decidida, bastante á superar todos los obstáculos que nos ofrezcan nuestras inclinaciones depravadas, bastante á confortar y sostener el espíritu cuando desfallece y cae, en vista de la obstinada lucha á que se halla precisado al empeñarse en caminar por el sendero de la virtud. Por esto es de la mayor importancia, es hasta indispensable, si se quiere obrar eficazmente sobre el ánimo del hombre, el recordarle sus deberes en todos tiempos, á todas horas, no distinguiendo ni edades, ni sexos ni condiciones; sin miramientos á las posiciones sociales mas elevadas,

sin condescender con las exigencias de hábitos arraigados, sin plegarse á los hipócritas raciocinios de una moral acomodaticia; sino proclamar la moral en alta voz, aguzando de esta suerte los remordimientos; y ya que no sea posible extirpar el vicio, al menos no dejarle que prescriba. Esta es la línea de conducta de que no se apartó jamás la Iglesia católica en los diez y ocho siglos que cuenta de duracion; esta es la regla de que no se desviará nunca hasta la consumacion de los tiempos: porque así se lo tiene ordenado su Divino Fundador, porque tiene prometidos además el valor y aliento necesarios para hacer frente á todas las dificultades y peligros que acarrearle pueda el cumplimiento de su instituto. En vano, ni aun en las épocas mas calamitosas, ni en las circunstancias mas críticas se le ha pedido que aflojase algun tanto en la severidad de su moral, procurando acomodarla á las pasiones é intereses del mundo: este ó aquel individuo han podido hacerlo, la Iglesia nó. Y no es que olvidándose de aquella misericordiosa indulgencia de que le dió sublime ejemplo Jesuérsto en la manera dulce y apacible con que trataba á los pecadores, haya caído en aquel rigorismo destemplado que no atendiendo á la humana miseria pretende abrumar á los fieles con exigencias desmesuradas, y que haciéndoles poco menos que imposible el perdón de los pecados é inaccesible el camino de una penitencia purificadora, los lanza en un abismo de desesperacion; muy al contrario, la Iglesia desecha, reprueba este rigor farisaico, porque recuerda aquellas consoladoras palabras del Divino maestro: « Venid á mí los que estais afligidos y agobiados, y yo os aliviaré; tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis el reposo para vuestras almas; pues que mi yugo es suave y mi carga ligera. », Sosteniendo con la firmeza acostumbrada el dogma de la facultad que en ella reside de perdonar todos los pecados, por graves, por horribles que sean, ha puesto constantemente en práctica la enseñanza y ejemplo del Divino Fundador, manteniéndose con

los brazos abiertos para recibir en nombre del Padre celestial, al hijo pródigo que causado al fin de sus extravíos y dilapidaciones, entra en sí, y se resuelve á implorar misericordia buscando de nuevo con humildad y confianza el techo de la casa paterna.

Los que tanto declaman contra la relajacion de la disciplina, contra la indulgencia dispensada por la Iglesia á la flaqueza humana, deberian distinguir entre las doctrinas de este ó aquel escritor católico, y las doctrinas de la Iglesia. Sabida es la muchedumbre de proposiciones que por su laxitud han sido condenadas por los Sumos Pontífices; y que si bien se ha procedido en esta materia con el debido pulso para no envolver en la censura opiniones que mas ó menos fundadas, no estaban sin embargo en contradiccion con la moral cristiana, no por esto puede decirse que se haya permitido la circulacion de ninguna que tuviese este carácter; aun cuando ó por la forma en que venia expresada, ó por la naturaleza del objeto, ó por otra causa, no fuera posible anatematizarla como herética.

Los mismos que estan suspirando sin cesar por el restablecimiento de todo lo antiguo, y que al parecer hasta echan menos la penitencia pública, y la estricta aplicacion de la severidad canónica de los primeros siglos, serian á no dudarlo, los que acusarian altamente de inconsiderada y temeraria la conducta de la Iglesia, si se arrojase á seguir los insidiosos consejos que le estan dando; fueran los primeros que le echarian en cara el olvido del *espíritu de la época*, su falta de tino, su ciega tenacidad en luchar demasiado de frente con las ideas y las costumbres. Esa táctica en la actualidad ya puede engañar á muy pocos hombres de buena fe; nadie desconoce que estas declamaciones eran como si dijéramos un arma de oposicion; y así no es extraño que en mostrándose la Iglesia justa se la llame opresora, y que en propendiendo á la indulgencia se la apellide relajada y conivente. La Iglesia no confundió jamas la indulgencia dispensada al culpable con la indulgencia por la

culpa: teniendo en cuenta que no nos es posible llevar vida de ángeles, mientras andamos por esta tierra de peregrinacion, y vestidos de una carne que está en contradiccion y lucha perenne contra el espíritu, no deja por esto de amonestarnos de continuo, que por el mismo hecho de ser cristianos, renunciamos al diablo, y á sus pompas y obras, y que trasladados por la gracia de Jesucristo á una nueva vida, quedamos obligados á conservar el *hombre nuevo*, que cometemos una negra ingratitud revistiéndonos otra vez del *hombre viejo*; y que por fin habiéndonos hecho participantes de la naturaleza divina, debemos recordar nuestra dignidad, no volviendo á la primitiva vileza con una conducta indigna del nombre cristiano.

De esta suerte estau sin cesar los fieles pendientes de los labios del sacerdote, y este se muestra digno representante del Señor que le ha enviado, ensalzando las bellezas de la virtud, pintando el vicio con los negros colores que le son propios, y amenazando al impenitente con la justicia de un Dios vengador. A este elevado fin se consagra principalmente la *predicacion* de la divina palabra, hecha sin cesar en todos los puntos del orbe católico. Institucion hermosa, altamente saludable, necesaria para perpetuar entre los hombres la práctica de la virtud, con el vivo recuerdo de una sana moral, institucion propia del cristianismo, desconocida de toda la antigüedad, y que si se ha puesto en planta fuera de la Iglesia, ha sido imitando el ejemplo que ella antes que nadie habia ofrecido.

Estamos tan acostumbrados á ver en torno de nosotros los prodigios del cristianismo, y nos hemos conaturalizado de tal suerte á las prácticas por él establecidas, que apenas si reparamos en el alto mérito que encierran, y en los inmensos efectos que producen. Si Sócrates, si Platon, si Ciceron, si Séneca, si Epicteto y demas filósofos de la antigüedad, aficionados á la moral, se levantarán de sus sepulcros y recorriesen un pais cristiano, no volverian de su sorpresa y asombro á la vista del espectáculo que se presentaria á su vista. Si se los introdujera

en alguna de nuestras magníficas catedrales, donde oradores elocuentes desenvuelven con maestría las máximas evangélicas haciendo de ellas innumerables aplicaciones á todos los actos de la vida humana, donde un numeroso auditorio escucha atento y conmovido las palabras del ministro de Dios que desciende de la cátedra del Espíritu Santo, ora como raudales de benéfica lluvia sobre una tierra agostada, ora como rayos del Eterno que se complace en amedrentar el mundo para apartarle del camino de la maldad, llenáranse de admiracion al ver cuál se derraman sobre todo un pueblo, sin distincion de edades, sexos, condiciones, ni clases, principios que ellos tuvieran allá reservados cual recónditos secretos, cual inefables arcanos, accesibles únicamente á un reducido número de sabios. Avergonzáransen de su filosofía al ver que lo que ellos se imaginaran tocar á los últimos confines de la sabiduría humana, se hallaba excedido, eclipsado por el raudal de máximas sublimes que salen de la boca de aquel hombre y de quien conocieran desde luego que no las ha bebido en ninguna de sus escuelas. ¿Y cuál no fuera su pasmo, si se les añadiese que la escena que acabau de presenciar nada tiene de desusado ni extraordinario, que se la repite á un mismo tiempo, en muchos puntos de una misma ciudad, y en todas las regiones del globo; si se les dijese que, desde la poblacion mas opulenta, hasta la aldea mas miserable, estan distribuidos hombres encargados de llenar el mismo objeto, obligados estrictamente por su instituto á repetir á los pueblos aquellas altas lecciones, si se les advirtiese que á mas de esto, circulan, asi entre las clases ricas como entre las pobres, entre los sabios como entre los ignorantes, una muchedumbre de libros, donde en variados estilos, en distintas formas, en todas las lenguas, encontrarán explicadas y desenvueltas de mil maneras aquellas mismas máximas que acabau de oir de la boca del orador sagrado? Llorarian, llorarian sin duda de enternecimiento, si se los condujera á una de esas aldeas retiradas, pobres, donde se albergan un escaso nú-

mero de infelices que alcanzan apenas á ganar con el sudor de su rostro el alimento de sus familias y los groseros trages con que se cubren; y se los introdujese un domingo en la pequeña iglesia, donde un hombre revestido con los hábitos sacerdotales, en pie, junto al ara del sacrificio, está explicando á los sencillos feligreses, un punto del Evangelio, algun pasaje de la vida de Jesucristo, ó algun trozo de sus sermones, y deduciendo en seguida mil y mil reglas de conducta á que debe acomodarse la vida del cristiano, y reprendiendo los vicios que contra ellas se han tal vez introducido, y señalando los remedios de que pueden echar mano para curarse los que adolecen de aquellas enfermedades del alma. Confesarían á no dudarlo, que su ciencia era vana, que en sus escuelas se malgastaba inútilmente el tiempo; que ven realizado lo que ellos ni siquiera habían concebido como posible; exclamarían que sin duda ha bajado del cielo algun Dios para enseñar esas cosas á los hombres; que sin duda él les ha dado la pauta que debían seguir para perpetuar por los siglos de los siglos tan sublime doctrina; dirían que á tanto no podía llegar el pensamiento del mortal, y que una organizacion semejante donde se hallan establecidas por todo el universo, abiertas para todas las clases de la sociedad, cátedras de tan elevada filosofía, solo puede haber dimanado de un Dios, que compadecido de las tinieblas en que yacia el mundo, habrá querido ilustrarle renovando de esta manera la faz de la tierra.

Apelamos al juicio de todos los hombres pensadores, de cuantos saben apreciar el verdadero mérito de las cosas sin que sea menester el verlas acompañadas de novedad; á ellos apelamos para que nos digan si careciera de motivo la admiracion de esos filósofos. La influencia de esas instituciones es mas difícil de ser apreciada debidamente, por razon de que se ejerce en derechura sobre el entendimiento y la voluntad; y así afectando lo que hay de mas íntimo en el hombre, y no produciendo sus resultados en lo exterior sino á medida que va

ofreciéndose la ocasion oportuna, no mete en el mundo gran ruido, aun cuando sea causa de las mudanzas mas trascendentales y profundas. Su accion es lenta pero segura; sus efectos por ser ú ocultos ó poco ruidosos, no dejan de tener inmensa importancia. Comparad el mundo moderno con el antiguo, ved la incalculable distancia que los separa, y decid si el cristianismo obrando lenta y continuamente sobre la sociedad, no ha destruido mayor suma de males y producido mas bienes, que no otras causas tanto mas ineficaces quanto mas estrepitosas. El hombre que oyendo un sermón concibe un buen pensamiento, quizás no le comunica á nadie, quizás le encierra en el fondo de su alma, sin que ni sus personas mas allegadas puedan conjeturar, que las palabras del sacerdote han penetrado hasta lo íntimo de ella; como un rayo de luz celestial, como una inspiracion milagrosa. Pero de esa luz, de esa inspiracion, brotan tal vez firmes propósitos para enmendar una conducta desarreglada, para restituir la felicidad y el sosiego á una esposa, á una familia; tal vez aquella luz disipa en un instante un proyecto criminal que iba á producir desastrosas consecuencias; tal vez aquella inspiracion, hace nacer en el espíritu saludables resoluciones que formarán un hombre recto, útil para sí y para los demas, del mismo que sin esto habria sido ó un zángano en la sociedad, ó un corruptor de las costumbres públicas. ¿Y cuánto y cuánto, no se podria decir de semejante, si atendiésemos á la diferencia de sexos, edades y condiciones? Cuánto no nos enseñaria sobre esto la historia, y nos mostraria la experiencia, y nos haria conjeturar el mismo curso regular de las cosas?

El esplendor y magnificencia del culto católico, es otra de las causas que poderosamente contribuyen al aumento de la autoridad del clero y de su ascendiente sobre el ánimo de los fieles, haciendo sensible la religion de tal suerte, que sus mas altos misterios se ofrezcan como de bulto aun á los espíritus mas limitados. Mucho se ha declamado contra la pompa desple-

gada en los templos católicos, achacándole que encerraba gran parte de lujosa ostentación, y diciendo que no eran estas exterioridades lo que de los hombres reclama un Dios, cuya vista penetra los corazones y lee los mas recónditos secretos de nuestra alma. Vanas puerilidades en que pudo entretenerse la filosofía del pasado siglo, que prevenida contra todo lo concerniente á la religion católica, condenaba sin apelacion todas las creencias, todas las ceremonias, todas las prácticas seguidas por espacio de 18 siglos; puerilidades que deben estar ya juzgadas por todos los hombres que hayan meditado algun tanto sobre nuestra naturaleza y sobre el objeto que la religion se propone. Es innato en el hombre el manifestar en lo exterior sus pensamientos y afectos; esta sencilla consideracion basta para legitimar el culto externo; y si á esto añadimos que dicha manifestacion es naturalmente proporcionada á la intensidad y viveza con que pensamos y sentimos, resulta bien claro que siendo las ideas y sentimientos religiosos los que mas fuertemente impresionan nuestro espíritu, y embargan y absorben todas sus facultades, los actos que revelan en lo exterior lo que pasa en nuestra alma con respecto á los altos objetos de la Religion, deben distinguirse de los demas y elevarse sobre ellos, cuanto se eleva sobre lo pegado á la tierra lo que se encamina con derechura al cielo.

Todos los pueblos de la tierra han estado acordes en este punto, y ninguno veréis donde los monumentos religiosos no se hagan notar por el grandor y la magnificencia, proporcionalmente empero á los recursos y cultura de las naciones que los levantarán. Por manera que desplegando la Iglesia Católica ese esplendor que su culto distingue, no ha hecho mas que realizar de una manera mas grandiosa, una idea, un instinto que mas ó menos desenvueltos, abrigó siempre el humano linage: á saber, que lo que se consagra á Dios, debe ser digno de servir de ofrenda al Señor del universo.

El culto de las imágenes y de los santos que tan bellamente

eslabona el espíritu con la materia, y que condescendiendo con nuestra flaqueza, levanta nuestra alma hasta el cielo en las alas de la imaginacion, es tambien uno de los caracteres distintivos del culto católico, y que hace sensible por decirlo así la providencia de Dios en todas partes, ofreciéndonos á cada paso un intercesor que libre ya de las miserias de la tierra, rogará por nosotros con oracion tanto mas fervorosa, quanto hubo tambien un tiempo en que vestido de carne mortal padeció en este valle de lágrimas los mismos males, los mismos trabajos, las mismas aflicciones, para cuyo remedio estamos implorando su poderoso valimiento.

¿A cuántas reflexiones, á cuántas pláticas, á cuántos libros no equivale la vista de un Crucifijo? ¿quién es capaz de calcular las dulces emociones que produce una Virgen con el Niño en los brazos, ó la religiosa melancolía que causa en el ánimo, María al pie de la cruz? Tantos pasages de la sagrada Escritura, de la tradicion, de las vidas de los santos que cubren las paredes y los altares de nuestros templos, no son por cierto estériles para el bien de las almas; y así como la inspiracion del genio inflamó el ánimo de los artistas cristianos para producir esas maravillas que honran el espíritu humano y son la mas elocuente apología de la belleza y sublimidad del cristianismo, así el Señor valiéndose de las criaturas para sus altos designios, se sirve de aquellas estatuas, de aquellos cuadros, para hacer bajar sobre el alma pensamientos que la reconcentren en sí misma, que la abstraigan de las cosas criadas, levantándola hácia el cielo donde está su origen y su fin.

Háblase tal vez de lo que es el pueblo católico, de sus extravíos, de sus flaquezas, de su olvido de la religion, á pesar de tantos signos, de tantos objetos exteriores como se la estan presentando sin cesar á todos los sentidos; pero ahora se ve lo que es el pueblo con esto, pero nó lo que fuera sin esto; ahora se ve que no obstante los continuos recuerdos que le estan amonestando de su destino y de los medios que debe emplear para

alcanzarle, vive distraído, quizás vicioso y relajado; pero no se ve que faltando estos recuerdos se borraría enteramente de su memoria la religión, ó no le quedaria mas que una idea vaga, confusa, que no estendiera su influencia sobre el corazón, y mucho menos sobre los actos de la vida. Dejadle pues al fiel que asista á las augustas ceremonias de la Iglesia, y que contemple allí representados al vivo los arcanos y los hechos que forman el objeto de sus creencias; dejadle que se postre ante una imágen implorando el socorro del cielo, ó rindiéndole gracias por algun beneficio: dejadle que busque al sacerdote, y que lleno de fe y de confianza le entregue el *Exvoto* que recuerda el auxilio recibido en algun grande infortunio, ó el cirio misterioso que ha de arder sobre un altar durante alguna crisis terrible; dejadle que ofrezca á una imágen de la Virgen ó de algun santo tutelar el precioso vestido, ofrenda de fe, de amor y de agradecimiento; dejad que así derrame con tierna expansion los sentimientos del alma en actos tan sencillos como inocentes; si no comprendéis lo que en semejantes casos experimentan los corazones religiosos, si no sabeis los grados que añaden á una santa alegría, y el bálsamo que vierten sobre un pecho desconsolado, confesad al menos que hay aqui algo de bello y de sublime, y que la religión católica abunda en inefables armonías con los mas delicados afectos de nuestro corazón.

Los sacramentos, y particularmente el de la penitencia. Descariamos que los límites de un artículo nos permitieran espaciar nos en desenvolver este punto cual su importancia merece, señalando los innumerables conductos de íntima comunicacion que se abren entre el sacerdote católico y el fiel, por medio de estos augustos símbolos en que Dios ha querido vincular los tesoros de su gracia. El bautismo purificando de la mancha original al niño recién nacido, nos presenta al sacerdote como un ángel tutelar que rescata del poder del infierno aquella débil criatura, y la devuelve á una familia alborozada por la in-

decible felicidad que acaba de experimentar; la confirmacion nos ofrece al Obispo imprimiendo al bautizado el sello de los soldados de Jesucristo, para que le sirva de signo confortador en los combates que se verá precisado á sostener contra el mundo, el demonio y la carne; en la sagrada comunión hallaríamos la impresion indeleble que deja en el alma el acto de acercarse á la augusta mesa, sobre todo si es por la primera vez; y así en todos los demas sacramentos descubriríamos poderosos motivos para obrar sobre el alma de una manera eficaz, aun dejando aparte los superiores efectos que en ella producen por solo el misterioso enlace con que Dios se ha complacido en vincular con su inefable gracia aquellas augustas ceremonias; veríamos que el sacerdote toma en brazos al hombre desde que abre los ojos á la luz, y no le deja de su mano hasta que exhala el último suspiro, hasta que reposa en la tumba. Recordando los santos usos, las venerables prácticas que á semejantes actos acompañan, notaríamos por do quiera suaves y poderosos resortes obrando sobre el corazón del fiel, y ligándole íntimamente con el ministro del santuario, á quien confiara Dios la distribución de sus gracias; y cada uno de los siete sacramentos que conserva la Iglesia como sellos misteriosos de que la hiciera el Señor depositaria, podría darnos ocasion á estensas y gravísimas consideraciones. Pero toda vez que nos vemos obligados á circunscribirnos á estrechos límites, pasaremos por alto lo mucho que sobre esto se podría decir contentándonos con pararnos algunos momentos en el sacramento de la penitencia.

Mal comprende, así el corazón del hombre como la religion, quien señala poca importancia á los efectos de dicho sacramento; hasta humanamente hablando, y dejando aparte lo que sobre el mismo nos enseña nuestra augusta creencia.

Es el sacerdote en la administración del sacramento de la penitencia, médico y doctor, á mas de juez; hermosa distincion que hacen los teólogos, y muy fundada en la naturaleza mis-

ma de los objetos á que se la aplica. Las dolencias del alma, no son menos tenaces y de difícil curacion que las del cuerpo, y así como estas han menester un médico conocedor de las causas de que dimanau y de los remedios que deben aplicárseles, así aquellas lo necesitan tambien. Si el arte que se ocupa del cuerpo está sujeto á innumerables dificultades que el doliente entregado á sí mismo no es capaz de superar, se verifica lo propio con respecto al alma. Es complicada la composicion de nuestro cuerpo, y difícil analizar y clasificar cual conviene las partes que le forman; pero no presenta un conjunto menos inexplicable el espíritu humano, habiéndose tenido siempre por un timbre de alta sabiduría el profundo conocimiento de los resortes que hacen obrar nuestro corazon. Este arte admirable es el que se practica de continuo en la administracion del indicado sacramento: y por cierto que los filósofos que tanto peso atribuyen á las ciencias que tienen por objeto el hombre, debieran señalar alguna mayor importancia á una institucion, en que millares de individuos se ocupan muchas horas al día, no solo en la parte teórica sino tambien en la práctica de dicho conocimiento.

En los autores que tratan de moral, y á veces bajo un estilo muy sencillo, y lenguaje no muy correcto, se hallan no obstante un caudal de observaciones sobre los actos humanos, sobre los principios de que dimanau, las circunstancias que los rodean, los fines á que se encaminan y los efectos que producen, que su estudio bien dirigido y aprovechado puede servir sobre manera para adelantar en la interesante ciencia del hombre. No se hallan, es verdad, en ellos, ni pretensiones filosóficas, ni estilo florido, ni salidas agudas, ni reflexiones picantes; nada en una palabra, de lo que apellidarse suele ingenio, y que ordinariamente envuelve tanto vacío como oropel; pero en cambio encierran sus libros, máximas sólidas, reglas fijas á las que uno puede atenerse, no solo para ordear la propia conducta, sino tambien la de los otros; indican señales

infalibles que revelan la disposición de los ánimos, y de las que puede un hombre entendido valerse mucho, aun en los negocios del mundo, medios eficaces para vencer las pasiones mas obstinadas, desarraigar hábitos inveterados, precaverse contra los amaños mas encubiertos: en breve, contienen un código de moral y de política, de que puede servirse con gran provecho así el particular como el hombre público.

Pero donde se deja sentir el influjo saludable del Sacramento de la Penitencia, es en lo concerniente á aquellas situaciones apuradas en que angustiado el espíritu necesita un consuelo con tanta urgencia como el cuerpo su alimento, como el viviente la respiración. Casos hay, en que ó por desgracias imprevistas ó esperanzas fallidas, ó agudos remordimientos, se encuentra sumida el alma en la mas profunda desesperacion. Para ella el sol está despojado de sus rayos, el firmamento cubierto de luto, la faz de la tierra mustia y agostada; todo es negro en torno de ella, triste lo presente, triste el porvenir, sin una gota de consuelo, sin un rayo de esperanza; la vida se hace pesada, un tedio indecible se esparce sobre todos sus actos, y no pudiendo el hombre sobrellevar la existencia da cabida en su mente á un pensamiento terrible. Suponed que quien de tal suerte se halla angustiado, tiene fe, y que no ha olvidado enteramente las prácticas de la Religión: en el tribunal de la Penitencia encontrará con la absolucion de sus culpas, un lenitivo, ya que nó un remedio á sus males. Pero suponed que la lectura de libros impíos haya comunicado al infeliz la incredulidad ó el escepticismo, ¿quién detiene su mano? ¿quién le persuade que no atente contra su propia existencia? ¿qué es lo que le liga á la tierra? ¿qué es lo que puede temer para mas allá del sepulcro? Hubo un tiempo en que el jóven disipado, el padre de familia distraido, la doncella frágil, guardaban en sus corazones la fe, aun en medio de sus extravíos; semejantes al dilapidador que malgasta toda su hacienda, pero teniendo la precaucion de conservar escondido un precioso diamante, cuyo inestima-

ble valor le sacará en último apuro de todos sus agobios. Perdía el jóven su salud, su reputacion, el aprecio de sus padres, la esperanza de adelantar en su carrera; el hombre de costumbres desordenadas, habia reducido á la miseria y al último abatimiento á su esposa é hijos, y se habia convertido en objeto de odio ó desprecio de sus amigos y conocidos; la doncella se encontraba en la última amargura, víctima de la seducción y cubierta de ignominia; pero existia aun un templo y allí habia un sacerdote, y este sacerdote tenia mil consuelos que prodigar; y el desgraciado que conservaba la fe se dirigia á él, y le contaba sus penas y desahogaba su pecho afligido, y cuando se creia solo en el mundo, encontraba todavía unos brazos abiertos que pronuunciaban sobre él la palabra *perdon*, que le sugerian recursos para atenuar sus penas, que finalmente compartian sus angustias con la ternura de un padre. Entonces el pensamiento terrible se habia desvanecido del espíritu, se conservaba apenas un recuerdo de él como de un sueño infernal en una noche aciaga; y el desgraciado suspiraba con mas desahogo y sus lágrimas corrian con suavidad; y con la confianza de estar perdonado en el cielo, se resignaba á pasar sobre la tierra los dias malos que él propio se habia preparado. Ahora comienza á faltar para algunas almas este poderoso remedio; y ¡horror causa el decirlo! vienen á cada instante afligiéndonos noticias de suicidios. Unos perecen con el veneno, otros con el dogal, estos se precipitan de una eminencia, aquellos se sumergen en las olas, quien se abrasa las sienes con arma de fuego, quien se ahoga con el humo del carbon; siendo de notar que muchos de los que en este número figuran, son jóvenes de pocos años, hasta niños y niñas de muy tierna edad, en la primavera de la vida, al asomar las pasiones, cuando al parecer tienen apenas tiempo para haber perdido la inocencia. Oh! esto es horrible, es la mas elocuente protesta contra las doctrinas incrédulas que no pocos se empeñan todavía en difundir; es la mas cumplida vindicacion de la moral y de las prácticas reli-

giosas; es la contestacion mas cabal que darse pueda á los que se obstinan en burlarse de todo lo que ellos apellidan antiguo, en tratar á nuestros antepasados cual si hubieran vivido en la clase de ilotas.

Pero concluyamos, reasumiendo lo dicho. Hallamos la influencia religiosa en todos los tiempos, en todos los paises, bajo todas las formas sociales, en todas las faces del desarrollo de los pueblos; pero notamos que la religion católica se distingue de una manera muy particular aventajando á todas las otras, no solo en alcanzar mayor grado de esta influencia, sino tambien en adquirirla mas sólida y duradera; analizadas las causas de dicho fenómeno, las hemos encontrado en la esencia misma de esta religion. Es falso por consiguiente el que se deba á intrigas ni á desiguos particulares, el ascendiente que el catolicismo disfruta sobre el ánimo de los pueblos; pues que son tantos los manantiales de donde dimana dicho ascendiente, que no es menester buscarlos en causas heterogéneas, las que ademas son de un órden circunscrito en demasía, para que puedan producir efectos tan generales y permanentes.

Tan lejos está el clero católico de deber su ascendiente á intrigas mezquinas como le achacan sus enemigos, que antes bien puede asegurarse que le tendrá tanto mayor cuanto menos eche mano de ellas. Lo que necesita este clero para ejercerle grande, poderoso, irresistible, es la rigurosa práctica de las máximas evangélicas, aplicacion para sí y para los demas de las reglas que le han dado los santos Padres, los cánones de los concilios, las instrucciones y decisiones de los sumos pontífices; esto necesita y nada mas; y puede vivir seguro de que no desviándose de dicha línea, su influencia crecerá cada día, y se extenderá mas ó menos directamente, hasta á los negocios temporales.

La ciencia, no solo en lo tocante á religion, sino tambien en lo perteneciente á los demas ramos del humano saber, figura como uno de los poderosos medios que han de realzar el pres-

tigio y la influencia del clero. No cabe pensamiento mas astuto, mas maligno, que el privarle de la instruccion, que el procurar alejarle de aquellos lugares donde podria adquirir nuevos conocimientos y manifestar los adquiridos. Esto fuera peor para la Iglesia que las persecuciones de los tiranos; porque estas si vierten sangre inocente, ciñen al menos á la víctima una aureola radiante; matan el cuerpo, pero ennoblecen el espíritu, dándole en el cielo la bienaventuranza y grangeándole en la tierra el honor y la admiracion de los hombres. Cuando Juliano Apóstata se habia empeñado en cerrar á los cristianos las escuelas, les hacia guerra mas cruel que los Nerones y los Decios; y en los últimos siglos, coartando los protestantes ingleses la instruccion de los católicos, poniéndolos en la impía alternativa, de abjurar la fe, ó de marcharse á estudiar en pais estrangero, causaban no menor daño á la causa del catolicismo que las crueldades de Enrique VIII é Isabel.

Estas son verdades que no pierden de vista los enemigos de la Iglesia, y que por lo mismo no deben olvidarlas los católicos; recordemos que para los padres de los primeros siglos no habia una materia, en que no pudieran entrar en palestra, para dar *razon de su fe*; que en los siglos siguientes se concentró en el clero secular y regular todo el saber que pudo librarse de la irrupcion de los bárbaros; y que por fin en tiempos mas cercanos vemos que figuran en primera línea los eclesiásticos, no solo en el renacimiento de las ciencias y de las letras, sino tambien en épocas muy posteriores, cuando el espíritu humano habia tomado ya toda la altura de su vuelo. El oro, las riquezas, y cuanto se apellida material y positivo, tiene es verdad un fuerte ascendiente en los corrompidos tiempos que alcanzamos; pero menester es confesar que la inteligencia no ha abdicado su imperio, que no ha descendido del elevado puesto que le corresponde, cediendo villanamente su lugar á los goces sensuales; conserva todavia sus honores, lucha generosamente contra la materia que pretende arrebatarlos; recuerda

sus títulos antiguos y sus títulos presentes, para merecer la gratitud, el aprecio, el respeto del género humano; y sobre todo demanda también su parte en la resolución de los grandes problemas que se columbran en el porvenir.

La Iglesia no ha olvidado nunca estas verdades, ni se ha mostrado descuidada en ponerlas en planta: y así al propio tiempo que en épocas difíciles se esforzara en restablecer la disciplina, corrigiendo y purificando las costumbres del clero, procuraba que se ocupase con ahinco en el estudio de las ciencias para que los hijos de Dios no fueran menos prudentes que los hijos de este siglo. Esforcémonos por nuestra parte en llenar sus altas miras, y no dudemos que tarde ó temprano el mundo hace justicia á la bella y sublime reunión del sacerdocio, de la virtud y de la ciencia.

La religión católica encierra como hemos visto tantos medios de influir eficazmente sobre el ánimo de los que la siguen, que es bien extraño que se haya buscado en todas partes menos en ella, el origen del poderoso influjo que han ejercido sus ministros. Se habla con énfasis de la ignorancia de los pueblos, y no se advierte que esta religión ha sido muy influyente, no solo en las épocas de ignorancia, sino también en las de ciencia; se recuerda la confusión introducida por los bárbaros y la facilidad con que entonces podía el más diestro ó astuto apoderarse de la preponderancia; y no se repara en que no eran épocas de confusión las de los emperadores cristianos, ni lo fueron los reinados de los monarcas europeos; se ponderan las ricas propiedades de que ha disfrutado ese clero, y se las señala como una de las causas que más acrecentaron su valimiento, sin advertir que con la pérdida de estas propiedades no ha estado ciertamente en proporción el decaecimiento de esta influencia; y sobre todo no se ha querido tener presente una observación que salta á la vista, cual es, que el clero católico no nació rico, que para adquirir riquezas era necesaria que fuera influyente, y que por tanto la influencia pre cedió á la riqueza.

No negamos el concurso de algunas de estas causas, pero decimos que no fueron las únicas, y mucho menos las principales; sostenemos que sin ellas hubiera ejercido también poderosa influencia el clero católico. Esta dimana de la misma naturaleza de la religión; está radicada en sus entrañas; y cuanto se considere fuera del círculo religioso, debe ser mirado para dicho efecto, como cosa no del todo necesaria. Después de la virtud ponemos en primera línea el saber; y si algo hay que estimemos muy importante, además de lo puramente religioso, es sin duda el que el clero pueda alternar con las demás clases, en todo linaje de conocimientos, si nó con ventaja, al menos sin desaire. No rechazamos pues el apoyo de la ciencia; antes bien lo deseamos ardientemente; cuando decimos que la religión no ha menester el auxilio del mundo, no intentamos que deba vivir separada de la luz, ella que descendió del seno de la misma luz.

Pero esto en nada se opone á lo que llevamos establecido, sobre su fuerza intrínseca, sobre su vida propia; esto no destruye lo que hemos asentado de que ella de suyo entraña todo lo necesario para grauear á sus ministros la debida autoridad, y levantarlos al alto rango que les pertenece como enviados del Señor. El Divino Fundador de la Iglesia no escogió lo que era fuerte en el mundo para la propagación de su divina enseñanza; plúgole escoger lo débil para confundir lo fuerte, valiéndose de la ignorancia para humillar la ciencia, de la pobreza para abatir el orgullo del rico; y proponiéndose cambiar la faz del mundo, encomendó la gigantesca empresa á doce hombres, sencillos, rudos, sacados de las ínfimas clases del pueblo. A pesar de las cavilaciones de los filósofos, de la resistencia de las pasiones, de los esfuerzos de los poderosos, de la obstinación de los sacerdotes idólatras, del tenaz empeño de los príncipes y de los aunados recursos de infierno, la Religión se extendió, se arraigó, echó por tierra los altares de los ídolos, derribó sus templos, se apoderó de las

escuelas, cautivó el ánimo de los sabios, triunfó de las pasiones, corrigió las costumbres, y no paró hasta sentarse en el Trono de los Césares, haciendo que la enseña de salud flotase en el Lábaro de los Emperadores que por espacio de tres siglos habian entregado á los tormentos y á la muerte innumerables cristianos. Lo que era entouces, lo es hoy, y lo será mañana, y continuará así hasta la consumcacion de los siglos. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras nó, dijo el Divino Maestro; y sus profecías se han cumplido, y cuantos proyectos, cuantos planes se han trazado para sacarlas fallidas, todos han servido á manifestar con cuánta verdad dijo el sagrado Texto: que los pensamientos del mortal son vacilantes y que sus providencias son inciertas.

Jaime Balmes.

BIBLIOGRAFIA.

Cuando estamos presenciando con harto dolor, el prurito que á no pocos señorea, de introducir en España las producciones extranjeras, particularmente francesas, sin que se tenga la debida consideracion á lo que reclaman los buenos principios y la sana moral, agrádanos sobre manera el notar que de vez en cuando no falta quien se esfuerce en neutralizar de algun modo el daño, trasladando á nuestra lengua alguna de aquellas obras que reúnen el doble mérito de ilustrar el entendimiento y elevar el alma. A esta clase pertenece el importante trabajo dado recientemente á luz por nuestro colaborador en esta *Revista*, D. José Ferrer y Subirana, titulado, *Observaciones religiosas, morales, sociales, políticas, históricas y literarias entresacadas de las obras del Vizconde de Bonald*. (1.) El Sr. Ferrer ha sabido escoger el momento oportuno para su publicacion; porque oportuno es sin duda, cuando la sociedad está fatigada de revoluciones, y anhela colocarse bajo los principios tutelares, el ofrecerle un libro donde en breves páginas encuentre reunido lo que está derramado por las voluminosas obras de uno de los escritores mas religiosos y mas profundos con que se honra el presente siglo.

No son en reducido número ni de poca monta, las dificultades que se ofrecen en una traducción de esta clase: porque nada mas espinoso, que el hacer hablar en otra lengua á un grande escritor, y nada mas arriesgado sobre todo, si lo que de él se escoge es lo mas selecto, así en el pensamiento como en la expresion. Entonces es necesario colocarse, por decirlo así, á la altura del mismo, penetrar en su espíritu, identificarse con el entendimiento privilegiado donde se formó el concepto, y tener el arte suficiente para manejar el lenguaje con la destreza, con el tino, con la discrecion que ha menester tan delicada tarea. El Sr. Ferrer ha comprendido la dificultad, y ha sabido superarla. No es esto decir, que una crí-

(1) Se hallará en la librería de Tauló calle de la Tapinería.

ítica minuciosa dejase de encontrar acá y acullá algunas incorrecciones y descuidos, poco menos que inevitables en semejantes casos; pero no podrá negarse que el lenguaje es en lo general castizo y puro, y que la expresion es clara, exacta, concisa, cual conviene al género de la obra.

En la publicacion del Sr. Ferrer, no hay el mérito de la originalidad; pero, es una relevante señal del mérito propio el apreciar en su justo valor el ageno. No todos estiman como es debido el de Bonald; porque un pensador profundo solo puede ser comprendido por pensadores profundos: y así no dudamos en asegurar, que el distinguido traductor proponiéndose hacer un servicio al público, se ha grangeado en la opinion de los inteligentes un título que le honra.

Precede á la obrita un breve discurso original, donde intenta el señor Ferrer, presentarnos „una muy ligera reseña, así del curso de la vida de Bonald, no menos que del carácter y tendencia de su filosofía.„ Pocas son las páginas consagradas á este trabajo; y cuanto mas nos agradan algunos de sus pasages, mas sentimos que no se le haya dado mayor extension; ya que lo consentia muy bien la importancia del asunto. Duélenos que tan pronto termine su discurso quien sabe ofrecernos tan preciosas muestras como las siguientes. „En esta obra, (habla de la Teoría del Poder), se eleva M. Bonald al nivel de los hombres mas pensadores. Noble y esforzado adalid salta á la arena en defensa de los principios tutelares y conservadores; entonces cuando removidas y alzadas por la zapa revolucionaria las bases sobre que el edificio social habia descausado, era la Francia, en vez de un antiguo y soberbio monumento, un vastísimo campo de destrozos y de ruinas: él enciende la fe en los espíritus cuando los hielos del desengaño y la fría duda habian apagado su luz y sus ardores; él proclama en alta voz el inevitable triunfo de la verdad y de la justicia, cuando en aquel terrible y universal cataclismo parece que la verdad y la justicia habian sucumbido y para siempre naufragado: él, alzando el velo del porvenir descubre lo que mas adelante ha de suceder, prediciendo el levantamiento del trono en Francia y el restablecimiento de los Borbones.„

Hablando despues de la elevacion y firmeza del carácter de Bonald dice así: „El movimiento de julio le sorprendió lleno de consideraciones y de dignidad; bien hubiera podido continuar sentándose en la cámara de los Pares, creyó que un deber imperioso le retraia de allí, á todo prefirió el olvido y el silencio: el vizconde se retiró.„

„Hay hombres que tienen una conducta muy acomodaticia, cuya conciencia transige siempre entre el honor y la utilidad, entre el deber y el

interés, á quienes nunca faltan pretextos para seguir á este así como sobran siempre elogios para defender á aquel, hombres que la Inglaterra del siglo décimoséptimo los llamaba libertinos, que los tenemos aquí en España, que raras veces se hunden en los sacudimientos públicos, que casi siempre salen gananciosos de los trastornos del estado, hombres que cuando se perciben que la revolución viene, dejan la monarquía para salir al encuentro de la revolución, que cuando ven que la revolución declina y necesita de su apoyo, abandonan la revolución para presentarse antes que nadie y ser los primeros en echarse en brazos de la monarquía, sirvientes humildes de un partido cuando está arriba, encarnizados enemigos cuando el partido se halla abajo, que tiemblan ante el león, siempre que el león ruga, que le humillan y pisotean siempre que abatido está; hombres que en Francia abandonaron á Luis XVI para saludar á la República; que abandonaron á la República para saludar á Napoleon; que abandonaron á Napoleon para saludar á los monarcas restaurados, que abandonaron á los Borbones para saludar á los Orleans, y que abandonarían á Luis Felipe y á todas las potestades del mundo el día en que viniesen al suelo y la desgracia los persiguiese.,,

Pasa en seguida á ocuparse de la filosofía de Bonald y en sucintas y jugosas reflexiones, procura dar de ella una idea, señalando su origen, y analizando su espíritu. Halc ocurrido al Sr. Ferrer una idea que conceptuamos feliz, bien que no podamos convenir con él en la manera de desenvolverla. Propónese descubrir el carácter y tendencias de las escuelas filosóficas por la definición que nos dan del hombre; y á la verdad que consideramos esto muy acertado, porque es poco menos que imposible que no se trasluzca algo en ella que revele el pensamiento de las mismas. Así estamos de acuerdo que cuando Saint-Lambert nos dice que el *hombre es una masa organizada y sensible que recibe la inteligencia de todo lo que le rodea y de sus necesidades*, expresa el materialismo de la filosofía del siglo XVIII, así como Bonald definiendo al hombre *una inteligencia servida por órganos*, pinta de una plumada el espiritualismo de Descartes, de Malebranche y de Leibnitz. Pero cuando el Sr. Ferrer continuando el paralelo de las escuelas filosóficas, inculpa la que ha definido al hombre *animal racional*, opinando que no hay aquí ni el espiritualismo decidido, ni el materialismo pronunciado, que se deja entrever la duda, que se abre la puerta á los dos, parecenos que no tiene la razón de su parte, y hasta nos creemos obligados á desvanecer este cargo.

Ante todo observaremos, que el intento del Sr. Ferrer condenando esta

definición, es increpar á la antigüedad pagana, por no haber deslindado cual corresponde el espíritu de la materia; y estamos seguros que habrá emitido su opinión sobre el particular, no advirtiendo que resultaban envueltas en la acusación aquellas escuelas cristianas que adoptaron la definición indicada. Pero salvando la intención del Sr. Ferrer, no podemos dejar sin contestación sus palabras; que así se echará de ver la sinceridad de nuestros elogios, cuando tengan al lado la inflexibilidad de la crítica.

Sabido es lo mucho que los escolásticos cuidaban de dar á sus definiciones toda la exactitud posible; y que una de las leyes invariablemente observadas era, que constasen del *género próximo*, y de la *última diferencia*. Es decir, que tratando de definir al hombre, debieron buscar aquello en que convenia con los demás seres más *aproximados*, y esto lo encontraron en el *viviente sensible*, ó *animal*; luego investigaron en qué se diferenciaba el hombre del resto de los animales, vieron que en la *razón*, y por esto concluyeron que la definición más exacta era: *animal racional*. No tratamos aquí de indicar las objeciones que pudieran hacerse á la dada por Bonald, ateniéndonos al rigor dialéctico, solo nos proponemos explicar la escolástica, vindicándola de la inculpación de favorecer el materialismo.

Por lo que acabamos de indicar, resulta bien claro que cuando se llama al hombre *animal racional*, no se pone «el uno al lado del otro sin dar ninguna preeminencia al primero sobre el último, ni al último sobre el primero», sino que por lo mismo que se señala como diferencia la *racionalidad*, se da á la *razón* una preponderancia decidida, y se la muestra como la propiedad característica y constitutiva. Fácil nos fuera extendernos más en la aclaración de este punto; pero creemos que lo dicho es bastante para deshacer la equivocación, que gustosos hubiéramos dejado pasar por alto, si por la naturaleza del objeto no pudiese prestar margen á una mala inteligencia que no nos era lícito consentir.

Bonald escribía en aquellos momentos en que el espíritu se siente poseído de un vivo fastidio, cuando nó horror, de todo lo presente, y echa menos todo lo pasado; ó cuando una revolución espantosa estaba trastornando la Francia y hacia estremecer la Europa entera, ó cuando acababa de ser ahogada la revolución y se veía por todas partes su formidable huella, como en suelo volcanizado después de erupciones terribles. El Sr. Ferrer se hace cargo de esta observación para poner en el debido punto de vista la filosofía de Bonald, excusando de esta manera la exageración en que puede haber caído.

Creemos nosotros que todavía puede señalarse otro origen á la exageracion de Bonald. Este insigne escritor participa tambien algun tanto de su nacion y de su siglo; y en ambos prevalece de una manera particular el prurito de *producir efecto*, hiriendo la fantasia con imágenes brillantes, y sorprendiendo el espíritu con golpes de ingenio. Esto acarrea por necesidad la poca exactitud porque cuando se trata de ser exacto, es necesario detenerse en aclarar y restringir, trabas que se avienen muy mal con el propósito de *producir efecto* vivo é instantáneo. Pocos son los principios generales que no admiten limitacion, pocas las reglas sin excepcion; y así es que quien no trata de pararse en limitar y exceptuar, cae precisamente en la inexactitud, si nó en el error. En la actualidad dura todavía este prurito; así se encuentra á menudo el ingenio al lado del genio; y fortuna, si una degenerada raza de escritores no se empeña en hacernos aplaudir como sublimes arrobos de la fantasia los arrebatos de la demencia, y como prodigiosos esfuerzos del pensamiento los despropósitos de un insensato.

No recelen nuestros lectores encontrar en Bonald un escritor de tal ralea: una que otra vez podrán no estar de acuerdo con él, pero siempre admirarán su ojeada vasta y penetrante, su prevision admirable, la fecundidad de su ingenio en revestir de adecuadas imágenes todo género de pensamientos, y sobre todo quedarán hechizados descubriendo en el hombre que habla un sincero amor de la verdad, una pasion por la justicia, un ardiente anhelo de hacerlas reinar sobre la tierra.

Pocos libros conocemos que puedan ser de mas provecho, á quien desee estudiar con fruto la historia, y observar acertadamente la sociedad; no se encuentra un pasage que no alumbre, y que no convide al ánimo á concentrarse y meditar. Despues de esas lecturas livianas que nada dejan en el espíritu sino distraccion y frivolidad, no cabe mejor medio para confortarle y elevarle, que tomar en manos las *observaciones* de Bonald, abrir las al acaso, y fijar los ojos en una página cualquiera: á buen seguro que se hallará el alma trasladada de golpe á una region superior, que hará olvidar en breve los pueriles juguetes en que se habia entretenido.

Jaime Balmes.

ESTUDIOS POLITICOS.

ARTICULO 4.º

Exámen de las varias teorías sobre el origen del poder en las sociedades humanas.

Para fijar la reflexion con algun fruto sobre las leyes generales y conservadoras de la sociedad, y hasta para determinar con precision cuáles sean estas, es menester remontarse hasta el origen del poder que mantiene el órden social; poder, que reconocido en otros siglos como emanado del legislador supremo de las sociedades, se ha hecho descender despues en el terreno de la polémica filosófica, y hasta se ha entregado como un juguete al veleidoso capricho de la multitud. Decíamos dos meses atrás que cuando el poder está sacado de su verdadero quicio, va fluctuando de mano en mano, se hace siempre mas opresor y desastroso; que no hay estado tan cruel para la sociedad, como aquel en que, salido de su centro el poder, y vacilante por falta del apoyo que le es natural, gravita sobre la sociedad con todo su peso; que entonces para sostenerse se convierte en tiranía, y su único apoyo es la fuerza material; asi como cuando se halla en su verdadero centro se apoya en la fuerza moral de los pueblos que es la íntima conviccion de su necesidad, de su justicia y de su conveniencia; y por fin, que todo gobierno fundado en la conquista ó en la usurpacion, bajo cualquier pretexto que sea ó cualquiera denominacion que to-

me, es una verdadera calamidad para la nación que le sufre. ¿No es verdad que estas palabras detenidamente consideradas, encerraban un no sé qué de profético? Pero no es difícil este modo de profetizar. Basta para ello fijar la vista en cualquiera sociedad en donde esté dislocado el poder. Cada momento de esa tormenta social, es una nueva crisis, á cada día, á cada hora se puede vaticinar un infortunio. Los que no ven en las catástrofes de que somos víctimas sino la causa en este ó aquel suceso, en esta ó en la otra persona, no harán mas que caminar entre tinieblas. El principio de nuestros males es algo mas lejano. Las causas inmediatas obran á veces como instrumentos ciegos; preciso es remontarse hasta el primer motor: Cuando el labrador contempla llorando la desolacion de su campo, no atiende á otra causa que al granizo, que ha truchado la inocente vid, mas el hombre pensador va á buscarla en la region electrizada de las tempestades.

Tal vez venga tiempo en que desarrollemos todas las ideas que se hallan encerradas en estas palabras, mas ahora no podemos distraernos de nuestro objeto. La ciencia política, que no es sino una rama de la ciencia social, se ha manoseado por manos inhábiles. En ella se han ingerido elementos heterogéneos, y el árbol de la ciencia, y de la vida social, no ha producido para la sociedad sino la muerte. Con todo hemos de confesar que aun estas mismas aberraciones que ha sufrido la ciencia político-social han producido y producirán aun mas con el tiempo ventajas inmensas á la verdad. Esta verdad, tan inseparable de las ciencias sociales como de las religiosas, permanece fija como el sol al traves de los nublados pasajeros del error, que es la verdadera tormenta del mando en el orden moral. Los errores van pasando al soplo de las pasiones mismas de los hombres que los empujan uno tras otro, y la verdad se descubre al fin porque queda inmutable en el fondo del corazon. Los errores son á su manera útiles como el escándalo, para mostrar al hombre lo que puede su razon cuando busca en sí misma su

fuerza y su luz; por manera que ninguna de las grandes aberraciones del filosofismo quedará perdida para la especie humana. No vanamente ha admitido las hipótesis mas contradictorias é insensatas: su frio materialismo, sus desastrosas teorías, el delirio de sus conjeturas y de sus esplicaciones son la mas práctica y cabal apología de la sencillez de las verdades que se empeñaban en ofuscar.

Aqui es de notar una dolencia intelectual de nuestra época. Las ciencias sociales, las mas complicadas de todas las ciencias, las que suponen conocimientos mas profundos del hombre bajo todos sus aspectos, que considerado ya en individuo, ya como miembro del gran cuerpo á que pertenece, son precisamente aquellas en que una multitud de hombres quieren improvisar como doctores con una escasísima provision de conocimientos y algunos lugares comunes de retumbancia. Los Copérmicos y los Newtones, por desgracia tan raros en las ciencias naturales, pululan, á lo que parece, en política. Si un discípulo provisto de conocimientos físicos tan ligeros como la instrucción social de la mayor parte de nuestros habladores de constitución y de progreso pasase á hacer experimento de su teoría de electricidad ó de calórico; y tuviese al mismo tiempo el suficiente poder para operar en grande sobre la naturaleza, su loca tentativa incendiaría el universo. Si con sus estudios fisiológicos, proporcionalmente tan poco adelantados, tuviese la manía de hacer experiencias sobre el organismo humano, y gran número de embaucados se prestase á servirle de materia experimental, vendría á ser en poco tiempo una calamidad mas destructora que la peste. ¿Y cómo, pues, lo que seria un delirio en las otras ciencias no pasará en política de un sensato atrevimiento? Antes de constituir la sociedad, aprended á constituir vuestra inteligencia: antes de soñar en lo que llamais emancipación, empezad á emancipar vuestra razon de esta doctoral ignorancia la peor de todas porque se ignora á sí misma. El primer paso del buen sentido en la ciencia social es el reconocer que es su-

mamente complicada. Cualquiera que aventura en ella una sentencia sin haber pasado por una iniciación de serios y profundos estudios, ó es muy presuntuoso en creer que se le escuchará, ó muy desdichado si se le escucha. Si sus palabras son algo mas que viento, son el ruido de una tempestad.

Arredrados muy justamente por la verdad de estas máximas que deseamos aplicar ante todo á nosotros mismos, nos abstendremos de dar un solo paso aventurado en una senda, sembrada de escollos y precipicios. Séanos lícito, no obstante, presentar por ahora las principales cuestiones que conducen indispensablemente para resolver el gran problema sobre el origen del poder en las sociedades humanas, aunque no sea sino para demostrar lo difícil y delicado de su resolución. Esta resolución es la que dejamos á cada uno que la dé por sí mismo. Nosotros hablaremos el lenguaje de todas las opiniones y de todos los partidos para mejor dilucidar la cuestión.

La mayor parte de los autores que han tratado de derecho público y de legislación, han prescindido de entrar en materia sobre el origen del poder en la sociedad, temerosos sin duda de entrar en materia tan delicada. Suponiendo ya existentes los poderes públicos en las sociedades, se han estendido en calificar y analizar las diversas formas de gobierno, las garantías que cada una de ellas ofrecia á la seguridad y á la protección del individuo, los males de que podia adolecer y las ventajas que prometia. La escuela revolucionaria empero, la que trataba de subvertir el orden existente para sentar sobre nuevas bases la sociedad, debió entrar desde luego en la cuestión vital del origen del poder supremo, ó inventar algunas teorías plausibles mas ó menos verosímiles, para llamar al terreno de la disputa el origen del poder entre los hombres. Para esto era preciso remontarse al origen de los gobiernos y al de las sociedades, investigación penosa que exigia lanzarse á tientas por los tenebrosos desiertos de lo pasado.

Esta cuestión remontaba naturalmente á otra, cual era el

origen del género humano. Algunos autores, prescindiendo de la tradición universal y de las páginas sagradas en que se nos muestra el origen del hombre y se nos pintan las primeras edades de la tierra, forjaron la hipótesis del hombre producido al acaso por la fecundidad de la tierra, y de un estado selvático y brutal anterior á todas las sociedades. Un tal estado malamente llamado de naturaleza, tomado por base, debía producir por necesidad, teorías absurdas é inconcebibles, y arrancar de raíz todo principio fijo de autoridad y de deber, toda idea razonable de orden y de armonía social. Porque reducido el hombre con toda su inteligencia al instinto y á las necesidades de un bruto, no figuraba en la sociedad sino como una fiera domesticada.

Esta opinion extrema, mas ó menos espuesta y desarrollada en algunos publicistas, produjo otra escuela no tan descabellada por cierto, pero que partiendo de una base tolerable pretendia conducirnos á consecuencias exageradas é inadmisibles. La soberanía, decian los antagonistas de aquellos, vino de los fundadores de los pueblos, y nó los pueblos formaron la soberanía. El origen del poder supremo es la paternidad, pasada por transmision desde Adán á sus descendientes, no sujeta á forma determinada de gobierno, y modificada en cada pueblo por la conveniencia ó las circunstancias. La autoridad de Adán sobre sus hijos vino de Dios, como autor suyo, y fue transmitiéndose á sus hijos, como cabezas cada uno de una gran familia. Esto es innegable segun la historia. Tambien es cierto que existió la autoridad paternal antes de toda convencion humana; pues la primera dependencia de hombre á hombre por derecho de paternidad es anterior á todo gobierno constituido y la primera soberanía real que existió en la tierra.

Mas aun cuando se admita históricamente este hecho, no es fácil aplicar al poder supremo de las sociedades existentes, el origen de la autoridad paternal, que podemos llamar la soberanía de la naturaleza. Aun cuando el Criador transmitiese al

padre común del género humano, la autoridad sobre todos sus descendientes; podrían conservar la idea de este origen de autoridad natural ó divina en las primeras generaciones, ó grandes familias, cuyos gefes heredaban en cierto modo la autoridad del común tronco; mas si aun siguiendo el sagrado texto descendemos á la particion que se hicieron del mundo los hijos de Noé, raya á lo ridículo hacer dimanar por ejemplo de Tubal, venido accidentalmente á estas regiones, el origen del poder que ejercen hoy dia los gobiernos en las naciones. En este caso seria menester justificar, como en la sucesion de un mayorazgo, que en la inmensa cadena de las usurpaciones, conquistas y guerras, que han desolado y cambiado mil veces la faz política y hasta la paz social de esta gran parte del globo, pudo conservarse sin interrupcion el poder que suponemos transmitido hasta nosotros, del primero que vino á estender en estas regiones la rama de la especie humana. ¿Qué mano osará levantar el velo impenetrable de tantos siglos, sepultado ya en el abismo de lo pasado? ¿Quién probará llegar con el hilo de la historia hasta el primer fundador, debiendo pasar por el caos de la fábula, y de épocas absolutamente desconocidas? ¿Quién tendrá la visible temeridad de buscar en los Geriones, Híspalos Hércules y Otoues aquel poder hereditario que pudo ó debió darse al primer rey de esta inmensa colonia? ¿Quién llegará á tocar sin interrupcion al primer anillo de esta larga cadena?

Aun partiendo del tiempo histórico, no es posible ni en España, ni en nacion alguna del globo, reconocer en familia ni aun en raza alguna determinada, sombra de aquel primer derecho que pudo ser transmitido por el primer hombre á los gefes de las familias patriarcales. Ni se diga que los diversos soberanos ó señores podian ceder recíprocamente sus derechos. La mayor parte de ellos fueron usurpadores en aquellos siglos bárbaros de la infancia del mundo en que la sola guerra era la que daba ó quitaba las coronas. Vendida mil veces nuestra península ora á la solapada ambicion de los fenicios, ora á la pre-

potencia romana, ¿quién enlaza la serie de tantas violencias, injusticias y crímenes con ese vínculo de soberanía dimanado de la voluntad del primer fundador?

Ni era necesario apelar á esa enmarañada teoría para impugnar el principio de la soberanía del pueblo. Una autoridad transmitida sin interrupcion desde el primer hombre á todos los que de hecho ó de derecho han regido rigen y regirán los destinos del mundo, era una hipótesis aventurada y hasta cierto punto extravagante; era una arma terrible de que podían valérse los contrarios para impugnar en el órden de la soberanía hasta los derechos existentes. Los defensores de la legitimidad de los tronos echaban á perder el éxito de su causa; y haciendo dimanar la soberanía en el órden político de la soberanía paternal, hasta llegaban á debilitar aquella sancion divina que reclamaban para la inviolabilidad del poder real.

Otros impugnadores mas reflexivos de la soberanía del pueblo, pensaron pelear mas ventajosamente combatiendo algunos principios sobre los cuales cimentaban su teoría los defensores de la soberanía popular. Entraron ante todo en el exámen de la naturaleza social del hombre. Propusieronse investigar si la sociedad habia sido inventada por el hombre, ó si este habia sido ya social desde su origen, deduciendo de sus investigaciones, que la sociedad habia sido obra de Dios, como el don de la palabra. Y que no pudiendo subsistir sociedad alguna sin un poder, este poder, cualquiera que fuese, con tal que fuese justo, reconocia en Dios su sancion y su principio. Bajo este punto de vista desaparece la transmision del poder de unos á otros hasta un punto indefinido, y á semejanza de la autoridad paternal, descansa toda autoridad justa sobre la tierra en la voluntad divina manifestada en el órden providencial para la armonía del mundo.

Esta hipótesis que, prescindiendo de las formas políticas robustece y da un carácter sagrado á la autoridad, vale la pena de ser examinada con alguna detencion y se concilia armónica-

mente con aquella parte del texto sagrado tan mal comprendido como maliciosamente interpretado: cuestion que nos reservamos para mas adelante.

Asimismo creyóse necesario entrar en el exámen de los derechos del hombre constituido en sociedad. Aqui entran cuestiones de la mas alta importancia, cuya discusion agitó con violencia los espíritus, y cuyas consecuencias, á que hombres turbulentos dieron una aplicacion falsa y funesta, sacudieron con espantosa violencia los cimientos de la sociedad y la hubieran desplomado si la sociedad hubiese sido obra de los hombres.

La igualdad de derechos proclamada como dogma social, fue tambien objeto de largas controversias y de aplicaciones desastrosas. Algunos creyeron haber hecho un gran descubrimiento tomando por lema aquel celebrado dicho del patriarca de la escuela filosófica del siglo pasado; *todos los hombres nacen iguales*: verdad de bulto si se quiere significar que todos nacen, viven y mueren sujetos á las miserias de la condicion humana, pero error craso y asercion vaga que puede convertirse en sofisma, segun el sentido en que se aplique al hombre nacido en la sociedad. La dignidad humana y de consiguiente la igualdad de los hombres delante de Dios fue proclamada muchos siglos antes que lo fuese por la filosofia por la ley altamente social del cristianismo. El repetirla con tono enfático y querer inducir de ella, igualdad absoluta de derechos en el orden social, que abraza el civil y el político, era insostenible en el estado actual de las sociedades. La historia, la tradicion, las leyes civiles, decian los impugnadores de este sistema, estan clamando contra la igualdad absoluta de los hombres. Las dotes naturales, las prendas morales, las facultades del espíritu y del cuerpo, varian en ellos como su forma y su figura, y no hay en el orden físico dos hombres absolutamente iguales. En las sociedades primitivas en que regia la autoridad paternal, los derechos del padre eran otros que los del hijo, y los del libre

eran diversos de los del esclavo, pues observamos la esclavitud como un hecho tan antiguo como la sociedad. Las legislaciones mas célebres jamas han reconocido esta igualdad de derechos en el órden social, y nuestras mismas leyes, que son un reflejo de las legislaciones antiguas, marcan las diferencias de las personas aun en su mismo nacimiento. Desterrada la diversidad de razas y la odiosa dependencia de hombre á hombre por la ley divina que regeneró el mundo moral, todo hombre nace libre en el sentido natural de esta palabra, pero la sociedad no le considera con derechos iguales en el órden civil. Establecidas las leyes que han de regir en la propágacion de nuestra especie, fijado el derecho de propiedad, base de la economía social, la legislación marca diferencias notables no solo entre los sexos, sino aun entre los hijos que nacen segun la ley, y los que nacen contra lo que ella dispone. Además, el órden social exige cierta gradacion gerárquica mas ó menos estensa segun las diversas posiciones, costumbres y leyes de cada pueblo, y esta gradacion importa en sí misma desigualdad de derechos. Verdad es que el progreso lento de las sociedades va dulcificando la aspereza de estas desigualdades sociales, fundadas unas en la opinion, otras en la conveniencia, y algunas en la justicia. El derecho de gentes y el derecho público sancionó en otras edades la esclavitud, especie de violencia que se hacia á la naturaleza y á la especie humana, cuya mitad ó mas, se condenaba á la degradacion y al oprobio, envileciéndose al espíritu hasta tal punto que casi se aniquilaba su dignidad perdiendo el hombre la calidad de persona, y pasando al estado de cosa. Ficcion atroz de un derecho transformado en tirania universal! Pero aun prescindiendo de esta desigualdad inhumana que á pesar de esto constituyó una parte del órden social por millares de años, y pasando á los tiempos históricos, fue desapareciendo esta desigualdad enorme, pero le fue sustituyendo el feudalismo, dominio tambien del hombre sobre el hombre, y que con respecto al señor hacia una especie de masa

del hombre y de la propiedad. La monarquía, hiriendo de muerte estos dominios privados, constituyó una especie de igualdad entre todos los súbditos de un gran pueblo, menguando la preponderancia de los magnates particulares, y quedando la nobleza como un cuerpo intermedio entre el trono y el pueblo. En el orden político es muy peligroso el pasar de un extremo á otro, repentinamente; casi nunca se verifica sin exponerse la existencia de la sociedad. Destinada la nobleza á ser el sosten del trono, hubiera brillado en los pueblos modernos si en lo general hubiese unido á la ventaja eventual del nacimiento la ventaja adquirida del saber y de las virtudes. La corrupcion é indolencia de las clases elevadas, hablando en general, preparó su degradante nivelacion y su caída.

Destruida empero la desigualdad producida por el nacimiento, no por esto los individuos de la sociedad quedaron anivelados, aun cuando se proclamase por dogma social la igualdad ante la ley, y se desterrasen privilegios que no consentia ya la nueva forma de las sociedades. Quedaron grandes desigualdades naturales dependientes ya de la constitucion nativa de cada hombre, ya del uso que hubiese hecho de su libertad: quedaron grados muy diversos de superioridad y de inferioridad, á las que influyeron causas naturales y permanentes. El derecho de propiedad y el uso mas ó menos bien ordenado de la voluntad y de la inteligencia, haciendo obrar de muy diverso modo la actividad del individuo, constituyen las diferencias de fortuna; aristocracia inestinguible, que despues de la de la inteligencia influirá siempre mas ó menos en los destinos de la sociedad y creará marcadas dependencias entre sus individuos. Estas desigualdades del individuo producen por lo comun las de familia, creando por necesidad clases distintas en educacion, en rango, en consideracion y en poder. En vano una razon delirante ha intentado regenerar la sociedad destruyendo estas desigualdades y anivelando en fortuna á los individuos como los árboles de una selva artificial. Estos visionarios sociales han

partido de un principio falso y á la vez injusto, suponiendo á la fortuna ó al azar, única causa entre las desigualdades sociales. Nó: el hombre es un ser indefinidamente progresivo con sus medios de engrandecerse. Dotado de mayor ó menor inteligencia y actividad puede desarrollar con una desigualdad inmensa las facultades productivas de su espíritu y de su cuerpo, y ninguna ley puede privarle del goce de estas ventajas personalmente adquiridas. La ley social que le protege en su persona, le protege también en su descendencia; y permite ó manda que goce su posteridad de lo que él mismo adquirió con su discurso, con su trabajo, con su constancia y sacrificios. Hé aquí un obstáculo insuperable hasta á la hipótesis razonable de nivelacion de fortunas, de esos sistemas de farsa, que por una anomalía inconcebible en este siglo de egoismo, pretende ensayar todavía un alucinamiento incapaz de desengañarse.

En el paganismo, dice un ilustre escritor, la ley de la desigualdad fue el pensamiento predominante de los publicistas; los cuales, olvidando la igualdad de la naturaleza, llegaron al odioso extremo de sancionar como parte esencial del orden necesario é inmutable la esclavitud, que hacia del hombre una cosa. No siendo empero posible, generalmente hablando, tan extraña preteusion bajo el imperio del cristianismo, le ha sucedido otra. Tal es el sentimiento de la dignidad humana, que se ha llevado hasta la exageracion. El principal escollo de las teorías políticas, el escollo que les impulsa rápidamente hácia el uno ó el otro de los extremos que acabamos de indicar, se halla en un hecho universal que domina toda la historia de la sociedad humana. Este hecho es que el género humano se compone de una minoría civilizada, y de una mayoría relativamente ignorante. Segun se aprecia bien ó mal este hecho, ya sea en sí mismo, ya en sus consecuencias necesarias, todo cambia de aspecto, todas las cuestiones de organizacion política estan embebidas en esta reparticion desigual de la civilizacion.

De estas reflexiones pueden inducirse serias consecuencias,

que dejaremos para cuando se nos ofrezca el exámen de la soberanía en las sociedades modernas. A los que sostienen la imposibilidad de que el poder supremo tenga el origen de la voluntad general, por la igualdad absoluta de derechos entre los hombres, les basta conseguir el hecho histórico de la desigualdad primitiva, hecho reconocido por todos los autores y por el mismo Pufendorf, cuando copiando casi literalmente á Aristóteles, que en el estado primitivo los padres en calidad de gefes ejercían un imperio semejante al imperio real, no solo sobre una familia, sino sobre las familias que de ellos descendían, *quatenus capita familiarum suarum*, imperio en verdad muy anterior á la existencia de los grandes pueblos; imperio que segun añade el mismo Pufendorf, no se formó de las desigualdades civiles sino que estas se formaron de él porque los padres las llevaron consigo á las ciudades (1).

Materia es esta que vale la pena de ser examinada á la luz de la filosofía y en la calma de la meditacion, y nó entre los alaridos y ciega intolerancia de los partidos políticos. Ocurre naturalmente el pensamiento de cómo el autor de la naturaleza pudo dejar al arbitrio absoluto del hombre el depósito sagrado del poder soberano, indispensable en el estado del hombre naturalmente social, y necesario para que este goce de las ventajas de la sociedad. Échase de ver que en un principio Dios no arregló á los hombres sobre una línea paralela, sino sobre una línea de ascenso y descenso, produciéndose sucesivamente unos á otros, y determinando por este órden de produccion las diversas gerarquías de la autoridad. Fácil es el concebir la

(1) Circa potestatem quam quis exercet in alium, sciendum est, partem istius inæqualitatis provenire à statu *Patrumfamilias* civitatem ante-greso in quo isti potestatem in uxores, liberos ac servos quæsitarum simul in civitates intulerunt, sic ut isthæc inæqualitas haud quidquam à civitatibus originem duxerit sed istis sit antiquior adeoque illa patribusfamilias non data à civitatibus sed relicta. *Pufendorf* de jur. nat. lib. 2. cap. 2. et lib. 6 cap. 2.

soberanía en el derecho de paternidad, soberanía que aun existe entre nosotros en estas pequeñas sociedades que llamamos familias, y que constituyen la sociedad pública, parte de la gran sociedad universal. Mas diseminado el género humano por la vasta estension del globo, y desconocidos y olvidados ya aquellos gefes y soberanos constituidos por el orden de la generacion, ¿en dónde hallarémos el hilo que en el estado actual de las sociedades nos remonte hasta el origen del poder?

La cuestion del origen del poder considerada en su generalidad se enlaza con otra muy análoga, cual es la del origen de la esclavitud. Esta se nos presenta en los tiempos primitivos de todas las naciones como un hecho espontáneo que nace con los pueblos, independiente de su voluntad, y como un mal absoluto que, si bien inconciliable con la lógica de la civilizacion, parece sin embargo destinado por la omnipotencia para satisfacer los instintos primordiales de las sociedades naciescentes, y constituir en cierto modo un principio de dependencia social, duro á la verdad, pero que para la naturaleza degradada del hombre debia servir de primer eslabon de la cadena de las sociedades, hasta que vuelta la condicion humana á su dignidad por la rehabilitacion obrada por Dios mismo, desapareciese lentamente esta dura necesidad y el orden social se sentase sobre bases mas benéficas y razonables.

A la vaga y desmayada luz de los tiempos históricos, parece descubrirse que en el origen de las sociedades confundíanse enteramente la idea de señor y la de padre, y que por lo general al formarse los pueblos, el que era padre era señor y dueño absoluto, y esta paternidad se entendia como poder en una serie de familias que por su antigüedad se creian de origen divino, como los héroes y semidioses de la fábula. El derecho de primogenitura se pierde tambien en la noche de los antiguos tiempos, y este poder de autoridad y de preferencia que se daba al derecho del nacimiento, se apoyaba en las tradiciones místicas y en los dogmas religiosos. El poder paternal

no tenía límites, y por esto Júpiter se llamaba el padre de los dioses, y los cristianos y judíos llaman á Dios el Padre Omnipotente. Tan extenso era primitivamente el poder paterno, dice un insigne escritor, que no sufría ningun otro, absorbiendo en sí la existencia moral de la muger y de los hijos. La civilizacion moderna ha pugnado para equilibrar al padre con los otros miembros de la familia; verdad que se deduce de todas las legislaciones estudiadas bajo este punto de vista. En los tiempos de los patriarcas el poder paterno era absoluto entre los judíos, como lo prueba el sacrificio de Abraham; pues nunca Dios hubiera exigido de él un acto contrario á la ley positiva. El sacrificio de Ifigenia demuestra la misma autoridad entre los griegos durante el sitio de Troya, y estas dos épocas son análogas y correspondientes en la historia de las legislaciones comparadas. No hablemos ahora de la legislacion romana en que los padres estaban autorizados para matar ó vender á sus hijos (2) y nada mas fácil que recoger hechos análogos á los de Roma en la historia de los otros pueblos.

Siendo pues, segun lo demuestra la historia, los padres los primeros señores, se deduce que el origen del poder estuvo en la familia; y aun mas, que la autoridad de señor nació de la de padre, y que los primeros esclavos fueron los hijos. Y así la autoridad paterna fue estendiéndose de tal modo con la multiplicacion de las familias, que llegó á ser el señor de sus numerosos hijos.

Por una de aquellas circunstancias con que la Providencia preparó algun grande acontecimiento social, la época histórica de la autoridad absoluta de los padres coincide con la época en que reinaba la poligamia, y fácil es conocer que la una es consecuencia de la otra. El gran número de hijos que tenían los antiguos padres es contestado por todas las tradiciones. Las cincuenta hijas de Danao, los cincuenta hijos de Priamo y los

(2) Dion. Alicar. Antiq. lib. II. cap. 27 *Patribus vitæ in liberis necisque potestas olim erat permissa* (Cod. lib. VIII tit. 17. par. 16. *Licet eos exheredare quod et occidere licebat.* (D. lib. XXVIII tit. 2. par. 11.)

trescientos varones de la familia Flaviana que cuenta Plutarco murieron en un combate contra los toscanos en los primeros años de la república de Roma, son otros tantos testimonios históricos de esta verdad tradicional. La Biblia nos habla á cada paso de la multitud de hijos que nacia á los antiguos patriarcas. Las muchas mugeres é hijos que poseian los primeros padres, constituian familias mas numerosas sin comparacion que las nuestras, pequeñas tribus en que servian los hijos y los nietos y mandaba el padre.

De estas pruebas y testimonios deducen los mas estudiosos observadores que la esclavitud nació en la familia, despues de la dependencia filial, ó mas bien, que aquella no es sino la extension de esta; y aqui tenemos el origen del poder soberano, nó precisamente cual le tenemos en el dia, sino cual pudo y debió ser en las primeras edades del mundo. Este poder pues y esta dependencia nacieron espontánea y naturalmente, sin ley, sin cláusula escrita, sin convencion alguna. Mas segun la observacion del autor ya citado, cuando se multiplicaron las familias, y formaron entre sí un cuerpo de sociedad ó nacion, el hecho primitivo de la esclavitud creado hasta entonces esclusivamente en la familia, por autoridad absoluta del padre, se estendió como los otros hechos á la familia pública, y fue tambien formulado, regularizado y generalizado por las primeras leyes, manantiales de nueva esclavitud. Constituyóse esta en derecho de gentes para todos aquellos casos en que la suerte ó el infortunio ponian á un hombre bajo la dependencia de otro, por manera que el mas débil é infeliz diese al mas dichoso ó al mas fuerte, por garantía, la servidumbre de su propia persona.

La guerra, ese torrente de calamidad que va corriendo de continuo por el globo daba entonces al vencedor el derecho de vida y muerte sobre el vencido, y las leyes pensaron suavizar ese derecho feroz haciendo al vencido esclavo del vencedor. Convertíanse tambien los asilos en fuentes de esclavitud. En

aquellas épocas de confusión en que no existían aun garantías sociales, la masa de esclavos maltratados, deudores insolventes y de hombres inquietos y turbulentos, preferían ir en busca de una esclavitud voluntaria y se asilaban en aquellos puntos en donde algún fundador ó caudillo echaba los cimientos de un imperio, ó se preparaba á una empresa aventurada. Los que buscaban el asilo se convertían en objeto ó en cosa del protector á cuyo amparo habían acudido. Es muy digno de observarse que en aquella época de la edad media en que habían cesado las garantías generales, y cuando el feudalismo sustituyó en cierto modo al derecho de esclavitud, aparecieron de nuevo los asilos, bien que cambiando de índole, pues en los tiempos posteriores llegaron á ser lugares de salvaguardia y de franquicia social.

La insolvencia fue también otra fuente de esclavitud. El acreedor adquiría para con su deudor un derecho semejante al del vencedor sobre el vencido, y en cuanto á la historia romana y á la griega, no admite duda esta verdad de hecho. Esta dura superioridad que pesaba muchas veces sobre la desgracia ó la miseria, llegaba hasta la ferocidad que autorizaban las leyes, de que si había muchos acreedores, podían á su voluntad ó vender el deudor á los estrangeros ó despedazar su cuerpo y repartírselo. Y dice muy bien un sensato observador que tales hechos necesitan de autoridades como las de Aulo Gelio, Quintiliano y Tertuliano.

Por último, la mas tierna y la mas bella mitad del género humano, como que era la mas débil, debía suportar sobre sí el peso de la servidumbre, no solo en la casa paterna sino hasta en el hecho solemne de enlazar su suerte con la del hombre y de entrar al estado respetable de maternidad. La Biblia y Homero, Virgilio mismo, escritor de profundos conocimientos en orígenes itálicos, abundan en testimonios de la esclavitud á que se reducían por medio del matrimonio las jóvenes y las mugeres, pues por medio de una moneda que el novio entregaba durante la ceremonia, símbolo que se había substituído á la venta real,

quedaba la muger sometida al poder del marido, ó al de aquel á quien el marido pertenecía.

Así pues, por medio de estas grandes fuentes de esclavitud, se fue extendiendo el poder paterno, y el poder señorial, única soberanía de los pueblos primitivos anterior á todo pacto, ley escrita y convencion. Así la autoridad absoluta salió del círculo de la familia en que se hallaba circunscrita, y se fue apoderando de objetos que la sangre no le habia dado. Solo pasado mucho tiempo despues de la existencia de la esclavitud en las familias se formaron las instituciones que la erigieron en derecho. Los defensores de esta teoría que acabamos de esponer sin hacer empero por ahora de ella aplicacion alguna, la fundan en que sin ella la antigüedad histórica pareceria enigmática y absurda, la legislacion relativa á las familias, no seria inteligible; que el hecho de consentir y permanecer en la servidumbre los esclavos, veinte veces mas numerosos que sus señores seria inexplicable, y mucho mas aun el no haber protestado altamente contra esta usurpacion de los derechos del hombre los muchos y elevados ingenios de la antigüedad que fueron tambien esclavos. Este silencio dicen supone un convencimiento moral: preciso es que la esclavitud haya sido un hecho antes de ser un derecho, que su formacion haya sido espontánea y contemporánea de la libertad, que no tenga principio propio, y que date del nacimiento mismo de los hombres.

Nos hemos de propósito estendido sobre el origen de la esclavitud entre los hombres, porque esta cuestion nos ha parecido muy análoga con la del origen del poder, supuesto que este empezó por la paternidad, y fue pasando de la familia privada á la familia pública. Repetimos que no pretendemos hacer aplicacion alguna de esta teoría á nuestras actuales sociedades: pero el hecho que acabamos de considerar es á mas de curioso altamente importante á la historia de la humanidad, y hemos creído que, aun considerado como oportuna digresion, no dejaria de interesar á nuestros lectores. *Joaquin Roca y Cornet.*

BARCELONA Y EL SACERDOCIO.

Uno de los fenómenos mas dignos de observarse en nuestra revolucion social y política es el giro que van tomando las ideas y el lento pero sensible ascendiente de la opinion hácia los principios conservadores, y los elementos inmutables de la moral y de la religion. Este fenómeno, fruto á veces tardío del vacío inmenso que dejan en el corazon del individuo y en el de la sociedad, las doctrinas disolventes de la revolucion, se ha dejado observar sensiblemente en la capital de Cataluña, punto que parece ha destinado el cielo para grandes y asombrosos acontecimientos. La terrible catástrofe que acaba de sufrir y cuyos resultados llorará tal vez por largo tiempo, ofrece materia para reflexiones profundas en todos sentidos. Nosotros prescindirémos de las causas que precipitaron sobre ella en pocos dias las calamidades de un siglo. Estas causas deben analizarse á la sombra del árbol de la paz y no al fulgor de la espada. Nuestra ojeada de momento solo se fijará en la parte religiosa, en aquel vislumbre de consuelo que queda al corazon despues de un grande infortunio.

Lo que á primera vista se ofrece al observador es la diversa índole de los sucesos que por distintas veces hemos lamentado en nuestra patria durante el espacio de ocho años. Al principio de la revolucion, cuando esta creia hallar un obstáculo mas poderoso en la influencia del clero, en sus doctrinas siempre de sumision y de paz como las de Jesucristo, y en la fuerza

moral de las corporaciones religiosas, la revolucion, sedienta á un tiempo de oro y de sangre, porque la codicia es inseparable de la crueldad, señaló al pueblo con el dedo las casas de religion y hasta los templos mismos del Señor como el asilo de las doctrinas de la tiranía, y como el foco de la lucha que se empezaba á encender en la península. A esta señal de muerte una muchedumbre insensata se arrojó sobre las primeras víctimas que se le designaban y que creían ser los mayores enemigos de su felicidad. Un gobierno vacilante y desquiciado miró temblando pero insensible los primeros desahogos de una turba embriagada de esperanzas y que se complacia en derribar con un vandalismo inaudito los monumentos mas bellos, los recuerdos de nuestras glorias, haciendo desaparecer tesoros inmensos sin otro placer ni provecho que el de devastar. Pasaron ya aquellos dias aciagos, que solo es lícito recordar para comparar épocas con épocas. No ha cesado desde aquel entonces el progreso de la devastacion en todos sentidos; pero con la diferencia de que el poder destructor ha ido quedando mas aislado, y las tendencias generales han tomado diverso rumbo: los hombres que toleraron si no promovieron aquellas escenas de muerte, no calculaban quizás que á ellos les llegaria su turno, y que las llamas de los templos pudiesen ser un presagio de una devastacion mas general.

Absteniéndonos hasta de calificar el movimiento de que dos meses hace fue teatro esta capital, nótese el contraste que ofrecia con las escenas que presentó en la noche del 25 de julio de 1835. Todavía nos parece escuchar los ayes de las víctimas que huian de sus incendiados asilos y caian por las calles al cuchillo de los asesinos, y hasta á manos de las mugeres. Entonces la furia revolucionaria exigia sangre inocente como el Erminsul de los antiguos Druidas, y quedó saciada, y la sangre de los ministros del altar de Dios bañó en abundancia sus aras sacrilegas. Noche cruel! tu cubriste tantas bárbaries, tantos crímenes, con el velo de tus sombras interrump-

pidas por las pálidas llamas del santuario! Y cada vez que se desplomaba con estruendo alguna bóveda sagrada alzábase hasta el cielo un clamor de triunfo! El incendio se manifestó en varios puntos casi á un mismo tiempo: los pueblos atónitos contemplaban las llamas sacrílegas sobre un fondo de tinieblas cien veces menos horrorosas aun que las tinieblas del corazón..... Transportémonos á la noche del 3 de diciembre. Levántase junto á la ciudad bañada por las ondas, el monte sobre cuya cima descansa el alcázar protector.....mas convertido en un volcan, vomita llamas y arroja como lavas ardientes sus fuegos destructores, amenazando sepultar sobre sus mismas ruinas á esta desventurada Pompeya. Cayendo van los globos de hierro sobre los inocentes edificios, preñados de muerte y de destruccion: unos revientan en el aire, otros llevando su funesto poder hasta los techos indefensos se lanzan sobre las mansiones pacíficas; rómpense con estruendo en medio de las calles y en lo mas íntimo de las casas, penetran en los gabinetes, hunden los lechos y aposentos, y llenando en un momento de desolacion toda una casa, convierten en sepulcro las mansiones del hombre, muchas de ellas desiertas. Cada estruendo puede señalar una ó muchas víctimas, el espanto y el horror hiela la sangre de las venas: córrese á sufocar un incendio, y nuevas llamas se levantan por todos lados y no saben á dónde acudir la compasion y la caridad. Cada cual teme que no sea destinado para su cabeza alguno de aquellos inflamados globos que caen como una lluvia de fuego, rayos implacables y certeros arrojados por la mano del hombre. A cada instante se muere por los latidos del corazón, y la vasta capital desierta, aterrada, sombría, no sabe si aquella noche dejará de existir. En tan prolongada agonía, en aquellas horas de horror en que á cada instante se mira abierto el abismo de la eternidad, los aterrados moradores corren á refugiarse en los asilos de paz, debajo las bóvedas del santuario!.....La Providencia que hasta en medio de las grandes calamidades con que castiga los grandes pecados de los pueblos

se deja aplacar por la plegaria, detuvo su brazo vengador: por un encanto, mejor dirémos por un prodigio, los pacíficos ciudadanos, rompiendo por entre obstáculos al parecer insuperables, allanaron el camino de la paz, las armas mas temidas se rindieron á su voz: de los templos parroquiales salió el consejo y la resolución, y los ministros del altar alternaron con los sensatos moradores para restablecer el orden y detener la mas horrenda de las desgracias. En aquellas horas de heroísmo se vieron escenas interesantes que casi escaparán al pincel minucioso del mas fiel historiador. Entonces se vió al sacerdote del Señor, al ministro de paz apoderarse de una gran fortaleza, y entregarla como jefe de ella á la fuerza armada que entró despues. Raro contraste entre la mision pacífica del sacerdote y del cura con el aparato de la guerra! Sin embargo en aquellas horas de peligro los ministros del altar cobraron un ascendiente poderoso, aun sobre los hombres mas desalmados, y una influencia consoladora para los que les miraban como ministros de un poder superior al de la tierra. Solo en períodos de angustia y de terror, de desgracia y de amargura es cuando mas resplandece el poder celeste de la Religion sobre la humanidad sin anparo: entonces, en los apuros mas extremos, con solo señalar al cielo, abre al desesperado mortal una senda de esperanzas infinitas. Si es tan dulce en las tormentas de la vida, se siente aun mas su celestial poder en estas grandes tormentas en que parece va á hundirse todo un pueblo. Entonces es cuando sin temer las burlas de un siglo impío, puede el sacerdote levantar en medio del espanto y de la consternacion la señal augusta de la cruz, la imágen de un Dios crucificado, el emblema santo de la redencion del mundo. Entonces es cuando el temerario negador de Dios empieza á dudar de su impiedad, y el incrédulo vacilante no quiere renunciar del todo á la esperanza de la fe. Entonces aparece el mundo con todos sus engaños é imposturas, y con todas sus miserias, y la eternidad se deja sentir en el corazon como un término

justo, imprescindible de nuestra frágil y apenada existencia.

Barcelona, esa ciudad en la cual cabe el honor de que sus antiguos Césares hicieran mas aprecio de ser sus Condes, que Emperadores de Romanos, dando á sus hijos el renombre de los mas leales del mundo, grande en todas las épocas, matriz de un pueblo cuyo valor nunca se ha disputado, escollo de hábiles generales, sepulcro de sus enemigos, antemural de España, cuyos hijos llevaron sus conquistas a Mallorca, Gerdeña, Sicilia, y fueron el espanto de Constantinopla, tremolando sus estandartes victoriosos en el Asia, Grecia, Gallipoli, en el mar negro, en el Helesponto, frontera del Asia, en Athenas, en la Atica y la Beocia, ha visto pasar sobre sí una catástrofe que llevará una página sangrienta de su historia: ha recibido una leccion terrible (1) y prescindiendo de los resultados políticos y materiales que

(1) Esta ciudad ha sufrido varios sitios y segun Carnot, siempre se ha defendido con lucimiento. En 802 opuso una resistencia obstinada y las seis semanas del sitio sostuvo asaltos casi continuos: sus edificios quedaron destruidos, sus murallas derribadas, y la mitad de sus habitantes muertos del hierro ó de la hambre. En 985 fué otra vez sitiada, y entregada á las llamas. En 1462 sufrió otro sitio y le hizo levantar. En 1472 fué nuevamente sitiada y resistió seis meses. En 1640 de resultas de la insubordinacion de un regimiento, de la falta de justicia, de la dureza y falsa política de los ministros, que tan fatales consecuencias acarreó á la nacion en general, y sufrió una guerra de doce años, sufrió un bloqueo y un sitio de 12 meses. En 1689 fue otra vez sitiada. En 1697 sufrió otro sitio, y sesenta y siete dias de trinchera abierta: capituló en fin, pero su capitulacion, dice el duque de San Simon, en sus memorias de estado y de política, tom. III § 9. pag. 35., fue tal como se merecian unas gentes tan valerosas, las cuales con su bella defensa se portaron como verdaderos españoles, y acreditaron que eran dignos de ser reputados como tales. Se les concedieron treinta cañones, cuatro morteros, tantos carros cubiertos como quisieron, á la guarnicion la composicion mas honorífica, y á la ciudad todos sus privilegios. » En 1706 fue sitiada por el Sr. D. Felipe V: sostuvo 38 dias de trinchera abierta contra un ejército poderoso y una escuadra nával de 27 navíos de línea, 8 fragatas, 4 bombarderas, 184 barcas de transporte. Hizo levantar el sitio el 11 de mayo, quitando al sitiador 100 piezas de artillería, 150,000 cartuchos, 30,000 sacos de harina, 15,000 de granos, y un crecido número de bombas, balas y granadas. En los años 1713 y 1714 sufrió un bloqueo de once meses y un sitio

puede tener, y que se pierden en el campo indefinido de las conjeturas, mirado bajo el aspecto puramente social, no quedará perdida en su provecho. A fuerza de sufrimientos y de desengaños las ideas desquiciadas quizás volverán á su centro: tal vez estaba ya destinado que el sentimiento social pasase por esta prueba terrible. De todos modos el corazón sensible siente un consuelo en contemplar la religiosidad del pueblo barcelonés, de este pueblo laborioso y pacífico que cuando sale

de 61 días de trincheira abierta contra los ejércitos combinados de España y Francia, compuestos de 107 batallones y 90 escuadrones entre caballería y dragones, mandados por el generalísimo Jaime Fitz James, duque de Berwick, hijo natural del duque de York que despues fue Jaime II, 14 tenientes generales, 18 mariscales de campo, 22 generales, generales de mayor nota en el siglo pasado, y entre ellos el sabio y filántropo Dupuy Vauhan, y á mas de estas fuerzas, la plaza tenia contra sí cinco escuadras. La ciudad tenia para su defensa solamente 2000 hombres de tropas arregladas entre infantería y caballería, pero como todos los habitantes eran soldados sin distincion de sexo ni de gerarquía, su generalísimo el sabio é impóvido marques de Villaruel puso en práctica todos los medios de defender las plazas fuertes que nos esplica Carnot.

“Este sitio, dice Alejandro Laborde, (el precursor de Napoleon en España) será memorable para siempre: allí se vieron unos esfuerzos de valor y rasgos de heroísmo dignos de los mejores siglos de Roma.». Al ver resistencia tan inaudita, Berwick redobló sus esfuerzos, ganó el baluarte de Santa Clara (en cuyo sitio está hoy la Ciudadela) que fue regado con la sangre de la nobleza francesa, y en el que dice Desormeaux, que murieron seis mil franceses: los sitiados volvieron á la carga, y aun se apoderaron de él. Rechazados de nuevo, vieron caer sus murallas á los redoblados tiros de la artillería; pero incapaces de terror, el mismo valor manifestaron sobre las brechas que detras de las murallas. Forzados y sucumbiendo al número, se retiraron con buen orden dentro de la ciudad; mas encontraron allí un nuevo teatro para su valor. Las calles se convirtieron en campos de batalla y en ellas se multiplicaron los combates. Batidos retrocedian, pero era para hacer frente luego, y entregarse á nuevos combates. Berwick les ofrecia la vida, pero ellos no se rendian. La noche con su velo cubrió rasgos de heroísmo, que la antigüedad habria celebrado, y con su sombra cubrió unos hechos que hubieran llenado de gloria la ciudad. Amaneció el dia, y descubrió los horrores que la noche habia envuelto entre tinieblas. Por todas partes corrian arroyos de sangre; las calles estaban tapiadas de muertos, y los barceloneses aun se batian; émulos de la gloria de los defensores de Candia,

de su cauce parece inundarlo todo, en verle acudir á tropel á los templos del Señor, hacer resonar sus bóvedas sagradas con el himno sublime de la piedad agradecida, ornar sus aras con iluminaciones brillantes, acompañar sus coros con numerosas orquestas, y mezclar con el incienso sus votos y suspiros. La elocuencia de los oradores basta apenas para dar gracias al tres veces santo en nombre de un pueblo piadoso y reconocido. Los sacerdotes postrados al pie de los altares elevan al trono del Omnipotente con tierna magestad el solemne *Te Deum*, nó por desgracias causadas, sino por los males no sufridos, y el alma que sabe llorar de amor divino, se siente dulcemente oprimida

habiendo perdido once veces el baluarte de San Pedro, otras tantas le recobraron á la bayoneta, segun el marques de Quincy. Las mugeres desde lo alto de sus casas arrojaban sobre los sitiadores una lluvia de piedras, troncos, bigas y tizonas encendidos. Berwick ofrecia de nuevo la vida, mas no era escuchado: aun se queria combatir. Cuarenta y cuatro compañías de granaderos, y cuarenta y nueve batallones, sin contar los crecidos destacamentos de dragones, se disputaron la victoria con los barceloneses dentro las mismas calles de la ciudad en el último asalto, que segun Desormeaux, duró cuarenta y ocho horas, y costó á los sitiadores seis mil hombres despues de haber perdido mas de veinte mil en el discurso del sitio. El mismo autor compara á Jerusalem en tiempo de Tito y á Paris en el de la Liga los horrores de Barcelona en este funesto sitio.

Segun el viagero de Laporte, los sitiadores batieron la plaza con veinte y cuatro morteros y ciento sesenta cañones que fueron dotados á doce tiros por pieza cada hora; los cuales dispararon mas de cien mil tiros de cañon y cuarenta mil bombas.

Berwick mandó pegar fuego á las casas: las llamas se levantaron al aire y este fue el momento en que cedieron los barceloneses, y se rindieron bajo cierta capitulacion. El marques de Quincy en el tom. 7.º pág. 374 de su historia militar de Luis XIV, dice: *que pocos ejemplares hay de una defensa tan obstinada, y que las tropas arregladas que hubiesen hecho una de igual, se habrian adquirido inmortal gloria.*

En cuanto á las causas que motivaron tan tenaz resistencia, nos parece muy curioso y oportuno transcribir literalmente lo que dice el mismo Berwick, testigo ocular é irrecusable en la materia, en el tomo 2.º de sus memorias.

“Partí el 22 de junio, y al pasar por Narbona, recibí un correo de S. M. C. „ con la patente de Generalísimo y una instruccion sobre el modo con que

por esa piedad ardiente que casi no sabe cómo esplayarse, adorando en secreto los inescrutables designios de la Providencia.

Tal es el cuadro que ofrece Barcelona de dos meses á esta parte, cuadro que nos ha suministrado estas sencillas reflexiones, cuadro que tal vez nada dirá al hombre insensible ó indiferente, pero que da mucho que meditar no solo al católico fiel sino al verdadero filósofo. La inexorable historia juzgará á los que hayan sido la causa de esta catástrofe y de todas las desgracias que arrastra consigo. No podemos anticiparnos á sus fallos. ¡Ojalá que la tempestad que hemos pasado sea como una de aquellas tormentas que amenazan mas aun de lo que desolan, pero que tornan despues la atmósfera mas pura y mas serena!

Joaquin Roca y Cornet.

„debía portarme con respecto á los barceloneses. En ella me especificaba que
„en caso que pidiesen capitulacion antes de la abertura de la trinchera, no
„me obligase por mi parte sino á mediar favorablemente con su Príncipe,
„á fin de salvarles sus vidas; pero que una vez empezadas las operaciones y
„las baterías me era imposible recibirles de otro modo que á discrecion. Esta
„órden me pareció tan contraria á los intereses de S. M. C. que sobre la
„marcha lo participé al rey su abuelo, para saber sus intenciones; el cual
„en contestacion me dió libertad para hacer lo que yo juzgase por conveniente.
„Escribí tambien á Madrid representando mis razones, pero todo lo que pude
„obtener fue el prometer mis buenos oficios despues de la abertura de la
„trinchera y que los cañones estuviesen en batería. Nada me sorprendió de
„estos sentimientos de la corte de Madrid, porque desde el advenimiento de
„Felipe V al trono, aquella habia seguido siempre unas máximas de alta-
„nería, y esto la llevó muchas veces al borde del precipicio por el descu-
„tento que producía. Los ministros no hablaban sino de la grandeza de este
„monarca, de la justicia de su causa, y de la indignidad de los que se atre-
„vian á atacarle: todos los que se habian sublevado debian ser pasados á
„cuchillo: los que no tomaban partido contra su competidor debian ser tra-
„tados como enemigos, y los que le seguian no eran reputados sino como
„hombres que habian hecho su deber, sin que por esto S. M. C. debiese te-
„nerles la menor consideracion. Si los ministros y generales de España hu-
„biesen tenido un lenguaje mas moderado, como parece que la prudencia
„lo exigia, Barcelona, luego despues de la marcha de los imperiales, habria
„capitulado; pero como Madrid y el duque de Popoli no hablaban públicamente
„sino de saqueo y de degol, los pueblos se pusieron furiosos y deses-
„perados. ¡Que lección nos ofrece aqui la historia!

LA ESTERILIDAD

DE LA

REVOLUCION ESPAÑOLA.

Una y mil veces hemos reflexionado sobre las anomalías que en tanto número nos ofrece la historia de España de 30 años á esta parte, con la mira de explicarnos á nosotros mismos, cuales son las causas que las han producido: porque así en la naturaleza, como en la sociedad, nada se verifica sin razón suficiente. Decir que en España tres y dos no hacen cinco, pudo ser una ocurrencia feliz para expresar lo extraño de los acontecimientos que en ella se verifican, y lo raro é imprevisto de las maneras con que se desenlazan; pero en la realidad con semejante fórmula nada se explica, solo se confiesa una falta de conocimiento, pues que en sobreviniendo algun suceso extravagante que no parecian prometer las cosas en su curso ordinario, decir anomalía, es lo mismo que decir ignorancia de causa.

Esta consideracion excita y convida á desentrañar y analizar los elementos constitutivos de nuestra revolucion, y á indagar si encierra algo que esencialmente la distinga de las otras, supuesto que, ni en su origen, ni en su progreso, ni en su decadencia, nada presenta de comun con ellas; si no es el funesto cortejo de disturbios y calamidades. Y es notable que las demas se ilustraron siquiera con el brillo de sus grandes hombres; así en el bien como en el mal mostraron dimensiones

colosales; en su extenso horizonte se descubria sin cesar ó el iris ciñiendo con hermosísima zona de variados colores el firmamento, y estribando sobre los dos ejes del mundo, ó la negra tempestad batiendo sus estrepitosas alas sobre la tierra estremecida, y arrojando en todas direcciones granizo y fuego. Entre nosotros nada se ha visto de semejante, ni un grande hombre, ni un hecho grande, todo reducido, circunscrito á breve espacio, mezquino: el mal sin compensacion, el bien sin resultado.

Dificil seria indicar un pensamiento de gobierno, un beneficio administrativo, una mejora social, un adelanto en las ciencias y artes, acontecimientos grandes, hechos gloriosos, brotando del seno de la revolucion: ¡qué pequeñez en sus principios! ¡qué incertidumbre, qué aberraciones en su marcha! Menguada revolucion que nacida en lugar retirado, á guisa de bastardo, muere por el simple decreto de un monarca, que resucita por medio de una insurreccion militar en la isla, y que huye pavorosa, y perece de nuevo, por solo asomar en la cumbre de los Pirineos, el pabellon frances, rodeado de cien mil soldados bisoños; ese pabellon que poco antes habia tenido que humillarse en la misma España; no embargante el andar escoltado de medio millon de veteranos, vencedores de Europa. Las verdaderas revoluciones no se paran, no tienen intervalos sepulcrales de seis y luego de diez años; marchan siempre, arrollan, vuelcan, pulverizan cuanto encuentran en su carrera; porque tienen un impetu irresistible; y á manera de rio desbordado, no cabe en fuerzas humanas hacerlas entrar en su cauce hasta que llega el momento en que la Providencia dice: basta.

¿Hallarse podrá la razon de semejante anomalía en algun vicio de carácter del pueblo español? ¿Carecemos por ventura de energía? ¿Se perdieron quizas las grandes calidades con que se immortalizaron nuestros mayores? ¿Será que la patria de los Gonzalos de Córdoba, de los Cisneros, de los Corteses, no conserve su antigua fecundidad, que haya sido tocada de esterilidad ignominiosa? ¿será que el sol no brille sobre nosotros

con la misma luz con que resplandeciera allá en felices tiempos cuando no se ponía sobre el imperio español? ¿Será que indigna prole de aquellos ínclitos varones que asombraron el mundo con la fama de sus heroicas hazañas, no corra por nuestras venas la hidalga sangre que derramada en Europa, en Africa y en América, engastaba en la diadema de los monarcas españoles, perlas de inestimable valor, y franqueaba á la civilizacion europea los anchos derroteros donde habian de flotar un dia con tanta gloria los pabellones de la Gran Bretaña, de la Francia, de los compatriotas de Washington? no podemos creerlo. No está muy lejano de nosotros el año de 1808. Vive todavía la generacion que presenci6 el inmortal alzamiento, en que un pueblo sin rey, sin gobierno, sin caudillos, sin preceder combinacion alguna, se levant6 como un solo hombre, y se arroj6 denodado á la arriesgada palestra, en cuyos formidables trances palidieceran los potentados de Europa. Aquello fue grande, inmenso, único en la historia de este siglo, porque fue nacional, porque no fue la obra de estos 6 aquellos hombres, no fue la realizacion de premeditados proyectos, sino el resultado natural, espontáneo de las ideas y costumbres de la generalidad de los españoles; por esto al resonar el primer grito, al oirse los primeros vítores á la independencia de la Patria, respondieron con eco instantáneo los cuatro ángulos de la Península, y brillaron en todos sus puntos las armas, como á la voz de un jefe relampaguean en un grande ejército, bayonetas, espadas y lanzas.

Tenemos poca fe en la degeneracion de las razas; opinamos que cuando existe, dimana en buena parte del sistema religioso, social y político á que se hallan sometidas; y así no podemos creer que la raza española no sea la misma que en los dias de su pujanza y gloria. Además, que no bastan treinta años para que un pueblo decaiga; y no data de mas antiguo la época en que el español se mostró el mas tenaz, el mas osado y brioso del mundo. No es pues el carácter español la causa de la mez-

quindad de nuestra revolucion; no dimana de ahí, el que inmediatamente despues de un movimiento colosal, todo se disminuyera y achicara; la verdadera causa está en la impopularidad de todo lo intentado por la revolucion, en que la inmensa mayoría no ha figurado en esas miserables escenas, donde se ha querido parodiar lo acontecido en otros paises.

La revolucion para ser tal, debe arrancar del mismo pueblo; de él, y solo de él puede sacar su fuerza; porque la revolucion se hace para destruir lo existente, para desposeer lo que está en posesion, para arrebatat las riendas de la sociedad de mano de ciertas clases, para apoderarse de ciertas ventajas que ellas disfrutan, ó principalmente, ó con entera exclusion de las demas, y por lo mismo se halla precisada á luchar con instituciones arraigadas, con intereses robustos que sintiendo el peligro se coligan para defenderse; y asi no puede prometerse el triunfo, ni comenzar siquiera con imponente embestida, á no tener de su parte el pueblo, á no disponer de ese irresistible ariete, cuyo tremendo golpe derriba en un instante los mas firmes baluartes. En no siendo asi, hay una serie de conspiraciones, pero nó una verdadera revolucion; hay motines, insurrecciones, guerra civil; pero nó la revolucion verdadera, nó aquella revolucion que arroja la oleada popular sobre cuanto existe y lo hace desaparecer.

Aplicad estas reflexiones á nuestra historia, y ved si no comprendéis las indicadas anomalías. Recordad la gloriosa época de que hemos hablado, y conoceréis que desde entonces no ha existido un movimiento verdaderamente nacional: mil veces se ha empleado este nombre, pero otras tantas al traves de un velo mas ó menos opaco, se han traslucido las intrigas de los partidos, de las pandillas ó de las personas. Asi no se han visto entre nosotros grandes hombres acaudillando lo que se ha llamado revolucion; porque no surgen grandes caudillos donde no hay grandes ejércitos que capitanear; á los motines les bastan algunos gefes turbulentos, al bullicio remedador del

clamoreo popular, le bastan adocenados tribunos á proposito para vulgares peroratas; hombres como Mirabeau necesitan una asamblea constituyente; hombres como Wasington han menester á sus espaldas una nacion entera sobre las armas.

Notadlo bien, en ciertos puntos de la Península, en las varias épocas de nuestros disturbios, se han hecho insurrecciones verdaderamente populares; pues bien, allí no han faltado caudillos: el movimiento de Navarra y provincias vascongadas, se personificó en Zumalacarreghi. ¿Creeis que si la revolucion hubiese sido popular en España, habria atravesado tantos años, sin darse un gefe digno de ella? ¿Creeis que ciertos hombres que han descollado mas ó menos, no se habrian presentado con mayores dimensiones, no se habrian agrandado, inspirados por el aliento nacional? Pero ¿qué ha de ser de quien invoca al pueblo sabiendo de antemano que el pueblo le aborrece, de quien apellida libertad, brindando con este nombre á un pueblo que la mira con desconfianza sino con ojeriza, por temor que no sea una bandera en cuyo alrededor se agrupen los enemigos de las ideas é instituciones que le son mas caras? Esta era la situacion de los hombres que se empeñaron en inocularnos las ideas revolucionarias; se sentian flacos, minado el terreno que pisaban, veian por do quiera muchos y poderosos adversarios; sabian muy bien que la popularidad era en sus labios una palabra vana; ellos mismos confesaban que eran necesarias nuevas generaciones para que pudiesen popularizarse en España las ideas por ellos preparadas; y así ora caian en el desaliento, ora en la exaltacion de un ánimo exasperado; ora se limitaban á pasos disimulados encubriendo sus designios con paliativos: ora se abandonaban á la exageracion, nacida de la dificultad en vencer la resistencia; echando en cara al mismo pueblo la ignorancia de sus propios intereses, porque no queria aquella imaginaria felicidad que ellos se obstinaban en proporcionarle.

La revolucion propiamente dicha nunca ha tenido en España el pueblo de su parte: á no ser que por pueblo se entiendan

algunas docenas de gritadores que aplaudian ó desaproban en las tribunas de Cadiz en tiempo de las Cortes extraordinarias, ó los que acompañaban el retrato de Riego por las calles de Madrid, ó los que insultaban las Reinas en su palacio, cuando los sucesos de la Grauja. Esta impopularidad de la revolucion española, ha sido la causa de su esterilidad inconceivable; de ahí dimanó que se desaprovechase el alzamiento de 1808 y la victoria que fue su resultado; de ahí provino que desde 1814 entrásemos en la carrera de las reacciones; y que en lo sucesivo no se haya podido plantear un gobierno verdaderamente nacional, que sintiendo su propia fuerza se dedicase con desembarazo y con ahinco á labrar la prosperidad pública.

De ahí ha dimanado tambien el que las reacciones hayan sido muy violentas, mas eficaces que en otros paises, alcanzando á destruir de un golpe larga série de hechos consumados, y á restablecer las cosas en el estado que tenian antes de los vaivenes de la revolucion. Cúlpase á veces este sistema observado en España; y no se advierte que mas bien que sistema era un resultado natural de la disposicion de los ánimos, y de la fuerza con que se sentian los vencedores. En España como en todas las naciones del mundo, el partido que ha derrocado y sojuzgado á su adversario con la fuerza de las armas, tiende á borrar el rastro de la dominacion aborrecida, á extirpar todo cuanto pudiera favorecerla en adelante, y á rodearse de los intereses antiguos ó nuevos que aseguren la duracion del triunfo. Lo que otras veces ha sucedido en las varias reacciones, no sería dable repetirlo ahora; y porqué? porque la revolucion se ha extendido mas, porque ha tenido mas tiempo para asegurar su obra. Los hechos consumados no se respetan si ellos no son bastante fuertes parahacerse respetar; que si lo son, la necesidad se apellida generosidad, y el miedo, prudente indulgencia.

Para que una revolucion pueda apellidarse nacional, no pretendemos que tenga en su favor el voto de la totalidad de los individuos, ni aun de las clases; sabemos que esto es poco

menos que imposible, á no ser que se trate de independencia; y aun entonces debe suponerse que no ha precedido nada con que pueda bastardear el acontecimiento. Pero cuando menos es indispensable que una parte considerable de la nacion esté preparada en el sentido revolucionario, y que en pos de las cabezas ardientes é innovadoras, vaya una respetable masa popular que les pueda servir como de brazo. Si las ideas estan limitadas á reducido espacio, si no han tenido medios ó tiempo para propagarse entre el pueblo, no formarían mas que una escuela filosófica, la cual entregada á sus solos recursos podrá urdir intrigas, promover conspiraciones, excitar disturbios, pero no levantará esas grandes tempestades que apellidamos revoluciones.

Tampoco pretendemos que tamaños acontecimientos hayan de andar siempre guiados por una idea fija, marchando á un término único y determinado; al contrario, de esta suerte se les quitaría tal vez una gran parte de su fuerza, se abatiera su vuelo, se quebrantara su energía. Se necesitan sí en una sociedad vieja poderosos elementos de discordia, de agitacion; principios disolventes que rompan los lazos y debiliten todas las instituciones existentes; se necesitan ideas nuevas, seductoras, que hagan fermentar las cabezas, que inflamen los corazones, que deslumbren con la perspectiva de un brillante porvenir. Porvenir, si se quiere, incierto, vago, fluctuante, como un hermoso grupo en la extremidad del horizonte; pero que por lo mismo es mas hechicero, ejerce un influjo mas decidido, atrayendo con tanta mas fuerza, cuanto no puede sujetarse al exámen de la severa razon.

En la revolucion inglesa no habia ciertamente unidad de pensamiento, y en la variedad de facces que presentó en su curso, y en la resistencia que le salió al paso, bien se deja conocer la muchedumbre de causas que se combinaban para producir aquella serie de catástrofes que afligieron la Gran Bretaña. Pero menester es confesar, que en aquella infinidad de tendencias que

difícilmente pueden clasificarse, y mucho menos reducirse á un solo punto, ni en su origen ni en su fin, descuella el fanatismo religioso, arrollándolo todo, dominándolo todo, inflamándolo todo. La interpretación de la sagrada Escritura, encomendada al espíritu privado, la difusión de la Biblia entre las clases ignorantes y de pasiones enérgicas, produjo una muchedumbre de fanáticos que descarriados por doctrinas extravagantes y embriagados de un orgullo feroz, cayeron en el mas inaudito frenesí. La revolución tendía á derrocar la dignidad real, y se apoyaba en aquella inmensa turba de insensatos que llamaban á los reyes delegados de la prostituta de Babilonia. La revolución tendía á derribar los restos de la gerarquía eclesiástica respetados por el cisma antiguo; y sosteníase con exaltación que era conveniente abolir el sacerdocio, porque los sacerdotes eran los servidores de Satanás. La revolución tendía á nivelar, y no consentía ni siquiera la desigualdad de la ciencia; y con un sacrilego abuso de la sagrada Escritura, se condenaba la ciencia como invención pagana, y las universidades como planteles de impiedad. La revolución no señalaba á punto fijo dónde se hallaba el bien, pero designaba todo lo existente como un mal; no tenía, porque le era imposible, un pensamiento reparador, pero sí un terrible instinto destructor. Este instinto había trastornado las cabezas de muchísimos sectarios; y si bien no estaba con ellos la totalidad del pueblo inglés, eran no obstante en tan crecido número, que ayudados de su ardor y vehemencia, podían representar por un tiempo bastante largo el voto de la mayoría de los ingleses; sobre todo estribando en principios generalmente adoptados en el país desde el cisma de Enrique VIII, y no haciendo mas que sacar las consecuencias de lo que un siglo antes se estableciera como inconcuso. Así Cromwel exaltando este fanatismo y enderezándole hábilmente al blanco de sus miras, marchaba á la dictadura por el camino de la popularidad.

La revolución francesa alcanzó dimensiones tan colosales y

produjo tan inmensas consecuencias, porque se apoyó tambien en el pueblo, porque las doctrinas filosóficas habian hecho grandes estragos durante un siglo, porque las instituciones antiguas estaban ya minadas por su base, porque antes de consumarse la revolucion en los hechos se habia consumado en las ideas. Los combustibles estaban amontonados, solo faltaba una chispa para que prendiese en ellos el fuego. Contemplad la asamblea popular en los primeros momentos de su existencia, y desde luego veréis la asamblea que ha de constituirse independiente de los nobles, del clero y del trono; que ha de absorber todos los poderes, concentrarlos en su seno, erigirse en soberana, dando por el momento la ley á la Francia y abriendo la puerta á la Convencion. Allí, sin reflexionar, instintivamente, descubriréis la línea divisoria de lo pasado y de lo futuro, el principio de una era enteramente nueva, el fruto de la filosofía del siglo décimooctavo, el gérmen de los elementos que se combinarán en la sociedad del siglo décimonoavo. Cuando Luis décimo sexto despues de la convocacion de los estados generales, se halló frente á frente con la revolucion, terriblemente personificada en Mirabeau, no era por cierto la totalidad del pueblo frances la que inspiraba y sostenia la fulminante elocuencia del vehemente orador; clases enteras estaban muy lejos de simpatizar con las tendencias de la asamblea popular, y de aplaudir la escena del Trinquete; una muchedumbre de hombres pertenecientes á todos los rangos sociales, deseaban sinceramente la conservacion de la monarquía con todo su aparato y esplendor, con toda la fuerza é independencia necesarias para ejercer sus elevadas funciones en provecho de los pueblos; pero no puedenegarse que las doctrinas filosóficas, enemigas de todo lo que á la sazón existia, habiau ganado mucho terreno, que se habiau asegurado la dominacion con numerosas conquistas, que se habiau deslizado aun en medio de aquellas clases que mas debian aborrecerlas, siquiera por interes propio; no puede negarse que la masa del pueblo estaba removida y enardecida,

que fermentaban en ella de un modo visible las formidables pasiones que tan horriblemente se desarrollaron y manifestaron en los años inmediatos; y tampoco puede ponerse en duda, que aun aquellos mismos que odiaban sinceramente la revolucion, en lo que tenia de irreligioso y antimonárquico, estaban exasperados contra los abusos, deseaban ardientemente su enmienda y extirpacion, y se inclinaban con demasiada facilidad á mirar las cuerdas amonestaciones del buen sentido, cual pérfida suggestion de las intrigas cortesanas. No conocian la revolucion, no habian visto sus excesos, no los imaginaban posibles siquiera; no pensaban que el lodo y la sangre viniesen tan pronto á manchar las tablas donde se consignaran los derechos del pueblo, y que el puñal de los jacobinos desgarrara á un tiempo mil y mil pechos inocentes, é hiciera trizas la bandera de la libertad. Los ánimos estaban embriagados de entusiasmo, y el entusiasmo llevaba en sus brazos su mas hermosa hija, la esperanza. No querian muchos la revolucion sanguinaria y cruel; pero sí una reforma firme y radical; y en épocas tan tormentosas, la revolucion viene en pos de la reforma; no hay de la una á la otra mas que un paso: quien proclame con voz muy alta la reforma, estad seguros que ó no conoce el terreno que pisa, ó habla de mala fe, no osando apellidar la revolucion con su verdadero nombre. Por estas razones vemos que una vez dado el primer impulso, la nacion francesa lo sigue; los bramidos de la tempestad recuerdan á cada paso el naufragio inminente, pero la nave se ha hecho á la vela, la tripulacion palideciendo quizás á la vista del peligro, se arroja sin embargo á él; se esfuerza en mostrar serena la frente, y se somete dócil al imperio de los que mas ardientes y osados dirigen la maniobra, desafiando intrépidos el furor de la borrasca.

¿Qué puntos de semejanza tiene nuestra revolucion con la francesa? ¿Cómo ha sido posible compararlas siquiera? Hubo es verdad, hubo entre nosotros un sacudimiento nacional; lo hemos dicho, y lo repetimos; pero cabalmente fue por motivos y

lines diametralmente opuestos al de Francia. Allí el pueblo se levantó contra lo antiguo, aquí el pueblo se alzó en su favor; allí el pueblo peleó contra la Religión y el trono, aquí por la Religión y por el Rey; allí la nobleza y el clero cayeron al primer empuje, y sus miembros dispersos se vieron confundidos con la clase popular, y arrastrados por el torrente revolucionario, ó forzados á contemplar los infortunios de su patria desde un pais extranjero; aquí el clero y la nobleza figuraban en las juntas, en las bandas de los insurgentes, en los ejércitos, y formando con el pueblo un todo compacto, no dejaban de conservar las prerogativas y consideraciones que disfrutaban en la antigua organizacion de la monarquía. El levantamiento contra los franceses fue nacional, la revolucion nó: por esto la revolucion fue tan mezquina, como el levantamiento fue grande. El alzamiento de la nacion francesa no tuvo por motivo la invasion de un ejército usurpador, ni por objeto la conservacion de la independencia; mas ó menos explicitamente, mas ó menos decididamente, se encaminaba á reformar abusos verdaderos ó imaginarios, y á cercenar al trono sus facultades, desterrando de las regiones del poder la influencia cortesana, y reemplazándola con la intervencion popular. El blanco fue uno, el camino que se emprendió fue el mismo, pero estuvo la diferencia en que unos querian ir mas allá, y otros quedarse mas acá; pero la unidad de la direccion, la coalicion de todas las fuerzas en el primer instante del movimiento, le dió á este una velocidad que no fue posible contener: todo cuanto halló en el camino lo destrozó, lo anonadó, siguiendo su estrepitosa carrera, hasta que fue á sepultarse en el abismo, señalado por el dedo de la Providencia.

Comparad la revolucion francesa con la española, atended al origen de ambas, fijad la vista en sus respectivos objetos, y desde luego comprenderéis por qué los hechos que fueron colosales mas allá del Pirineo, horriblemente sublimes en medio de su espantosa criminalidad, se han convertido entre nosotros en

miserables parodias, en acontecimientos que fueran ridículos á no ser tan desastrosas sus consecuencias. Tambien hubo en España un alzamiento, tambien un entusiasmo nacional; tambien recorrió de un extremo á otro de nuestra patria la chispa eléctrica que encendió en todos los corazones un fuego santo; tambien hubo el desprendimiento, la fraternidad, el heroísmo con su desprecio de la vida, con su infatigable perseverancia, con su sufrimiento de todas las privaciones y fatigas, con su esperauza que no pudieran disipar los mayores reveses, con su presencia de ánimo que no pudiera arredrar el aparato de las fuerzas mas imponentes; tambien hubo por lo tanto ese ímpetu arrollador que supera todos los obstáculos, que quebranta todas las resistencias, que se burla de todos los azares, que por necesidad, por indeclinable necesidad, vence y triunfa. La llamarada del entusiasmo español hizo eclipsar la estrella de Napoleon; la sangre de los patriotas muertos en las calles de Madrid, ó inhumanamente arcabuceados en el Prado, fue vengada desde luego en los campos de Bailen; asi como la aleve invasion del ejército frances, con la invasion de los ejércitos españoles campando victoriosos en el mediodía de la Francia.

Mientras esto se verifica con el auxilio de gigantescas hazañas, aparece entre nosotros ese raquítico ser que se ha querido llamar revolucion. Deseais conocerla? atended lo que hace ella y lo que hace el pueblo español. El pueblo español combate por la monarquía, y ella establece la mas lata democracia; el pueblo español combate por la Religion, y ella introduce entre nosotros la escuela de Voltaire; el pueblo español está ciego de vengauza contra todo lo frances, y ella proclama y establece una constitucion, copia literal de otra francesa. ¿Qué extraño pues si la generalidad de los españoles miró con indiferencia, si nó con alegría, que el monarca restaurado reasumiese toda la autoridad de sus mayores, y que mientras las bayonetas dispersaban la asamblea popular, el pueblo desunciese los caballos, y tirase del coche de su Rey?

Si la revolucion hubiera sido verdaderamente nacional, si hubiera participado en algo de la briosa valentía del primer alzamiento, ¿creeis que la defeccion de un ejército hubiera bastado á trastornar tan radicalmente las instituciones, pasando de la mas lata democracia á la monarquía mas absoluta? A la sazón acababan de ser arrojados de nuestro suelo ejércitos no menos numerosos y aguerridos; y el pueblo español que á vencerlos contribuyó mucho mas que los ejércitos nacionales, hubiera arrollado tambien á estos, si hubiesen tenido la osadía de declararse contra su voluntad.

Y cuenta, que al emitir estas observaciones no intentamos defender los desaciertos del gobierno de aquella época, ni excusar la infructuosa persecucion á que se arrojó con tanta ceguera. Estamos convencidos de que se desaprovechó entonces una ocasion oportunísima de fundar un gobierno nacional, cerrar el cráter de las revoluciones, quitar pretextos á insurrecciones y disturbios, y prevenir los calamitosos vaivenes que nos han afligido, nos afligen todavía, y que solo Dios sabe cuándo acabarán. Pero reconociendo la ceguera de los unos, no se nos oculta la de los otros; bien que es menester observar, que la provocacion dimanó de las ideas revolucionarias, de las tentativas de plantear entre nosotros los principios cuyas consecuencias habian sido rechazadas y vencidas en el campo de batalla: y si los hombres de estado pudiesen alegar por excusa el ardor de las pasiones y legitimar sus yerros atribuyéndolos á deseo de venganza, bien pudiera decirse que toda la culpa estuvo de parte de la revolucion, y que á ella deben imputarse todos nuestros infortunios.

Los partidarios de las doctrinas del año 12 sostienen que la causa de nuestras interminables calamidades, ha sido el que las ideas por ellos importadas no siguiesen su curso, afianzándose el nuevo orden de cosas creado por las Cortes extraordinarias, y propagándose entre el pueblo las ideas de la filosofía del siglo 18. De suerte, que aquella escuela de suyo tan impotente

para crear nada, hasta en aquéllos países donde hallaba mas favorables elementos, debía ser fecunda entre nosotros, que con ligeras modificaciones nos ateníamos aun á la organizacion social y política del tiempo de Felipe II. Muy apasionados por un sistema han debido de estar los que de tal modo llegaron al punto de no ver lo que estaba pasando delante de sus ojos, lo que se mostraba tan claro y evidente. «¡Oh! decís, este pueblo ha sido fanático, no ha comprendido sus intereses; brindado con la libertad, ha preferido la esclavitud, y tan pronto como ha podido recobrarla, ha danzado al son de sus cadenas, y las ha contemplado con alborozo, cual si acabase de obtener el mas rico presente.» Pero, ¿no advertís que con estas palabras pronunciais vuestra condenacion mas terminante? ¿No conocéis que aun cuando la libertad y dicha de que hablabais al pueblo español hubieran sido una realidad, no podian serlo para un pueblo que no las queria? ¿Qué mayor despropósito que empeñaros en dar la libertad á un pueblo que segun vosotros mismos no la comprendia, y forzarle á aceptar una dicha que él rechazaba, mirándola como terrible desventura?

Nó, no dimanaron nuestros males de que las instituciones democráticas, y la filosofía enciclopédica no se arraigaran en nuestro suelo; no provinieron de la caída de un sistema que á no perecer de mano airada, debía por necesidad morir de consuncion; no tuvieron su origen en que desapareciera lo que en todas partes ha desaparecido, luego de fundado, lo que en ningun país de Europa ha podido prosperar; la causa fue, que en las ocasiones oportunas carecimos de hombres que conocieran la nacion española y el siglo en que vivíamos, que el monarca educado en la corte de Carlos IV, y llevado en seguida cautivo á tierra extranjera, no comprendió jamas su posicion, no alcanzó á convencerse de toda su fuerza, se colocó al frente de los partidos en vez de colocarse al frente de la nacion; y sin un pensamiento vigoroso de gobierno, parti-

cipando de aquella flojedad que se ha hecho entre nosotros hereditaria, entregóse á la corriente de los sucesos, contentándose con abatir la revolucion, sin precaverse contra ella en lo venidero.

¿Qué pensaremos de un gobierno que despues de un triunfo tan completo como el del año 14, se duerme de tal manera, que trascurridos seis años, basta una insurreccion militar para derrocarlo, y para restablecer lo que antes cayera con universal aplauso de los pueblos? Hubo una conspiracion, pero ¿por qué no se la desconcertó? Hubo una insurreccion militar, ¿pero cómo no fue posible sufocarla antes que llegase á señorearse del centro del gobierno? Los pueblos estaban indiferentes y frios; pero ¿quién habia sembrado esa frialdad é indiferencia? Se violentó la voluntad del monarca, hallóse forzado á jurar, y su juramento impuso silencio á la nacion, y produjo aquella aquiescencia que no cesó hasta que la hicieron imposible los desaciertos de los vencedores; pero el monarca que habia firmado el decreto de Valencia, mientras le apoyaban las bayonetas, debia tener bastante valor para hacer frente á las mismas bayonetas; porque los juramentos no son una palabra vana, ni para los particulares, ni para los reyes; todo funcionario debe, si necesario fuere, sacrificar su propia vida en cumplimiento de sus obligaciones, y con mucha mas razon un rey debe saber morir.

Asi como no adulamos á las revoluciones, tampoco lisonjamos á los reyes; que la lisonja es un perfume emponzoñado que mata con tanta mas seguridad quanto la víctima se imagina respirar un purísimo ambiente. Por desgracia se va introduciendo en nuestro suelo la pésima costumbre, de pasar alternativamente de las mas rastreras adulaciones, á los insultos mas groseros; y el poder se encuentra á menudo incierto, indeciso, entre la verdad y la mentira; sin que le sea dado distinguir la verdadera opinion pública desfigurada por las mas lamentables exageraciones.

Es necesario decirlo en alta voz, para que no se olvide en las vicisitudes que segun todas las apariencias estamos condenados á sufrir; el día en que los reyes sepan cumplir con su deber, aquel día terminarán las revoluciones; el día en que un motin despues de sobornadas ó arrolladas las guardias se encuentre cara á cara con la persona del monarca, que sepa decir «no firmo, no juro, ahí está mi cabeza, tomadla si quereis,» aquel día los motines quedarán vencidos para siempre.

Cuando las revoluciones se sienten poderosas, porque son verdaderamente populares, llegan á veces hasta el extremo de atreverse contra la persona del monarca; pero ni aun entonces lo verifican sino despues de una serie de concesiones, en que el trono ha perdido de su prestigio, en que se ha humillado, en que se ha convertido en instrumento de la misma revolucion: la cabeza del infortunado Luis XVI cayó en la guillotina, pero fue despues de haber sustituido á la diadema de Luis XIV el gorro de la libertad. Cuando la revolucion es impotente, cuando sabe que es indigna de este nombre, y que no es mas que una miserable asonada, ó una insurrección militar, en tal caso no lo dudeis, no aceptará nunca la cabeza del monarca; sabe que á las puertas del palacio está el verdadero pueblo, y que le habia de ser funesta la perpetracion del horrendo crimen.

Esta verdad adquiere una fuerza inmensa tratándose del pueblo español, donde el sentimiento monárquico prevalece todavía tan vigoroso á pesar de todas las revueltas. El despotismo ministerial es odiado, detestado en España; pero el monarca es querido é idolatrado: las arbitrariedades de los mandarines encuentran resistencia por do quiera; cuando no sean rechazados por la fuerza, son desobedecidos con desprecio; pero la voluntad del monarca es acatada; y el día que el pueblo la conociese, la viese consignada en algun acto heroico, aquel día se levantaria como un solo hombre para escudarla contra la violencia de los opresores.

La firmeza de carácter es una de las primeras calidades del soberano: la falta de talentos pueden suplirla las luces de los consejeros para cuya eleccion bastan la discrecion y el tino; pero un carácter débil es un defecto que en circunstancias críticas, es manantial seguro de consecuencias desastrosas y un vacío que con nada se puede llenar. En la deplorable facilidad que se ha adquirido en España de cambiar de gobiernos y sistemas, como si se tratase de las decoraciones de un teatro, es mucho mas necesaria esa inestimable prenda, que seria á no dudarlo, uno de los principales favores que podria dispensar la Providencia á esta nacion desventurada. Y téngase presente que la firmeza de carácter no es sinónima de arbitrariedad ni de despotismo; al contrario, un carácter débil es inclinado á estos vicios, por la misma razon que la crueldad suele ser la inseparable compañera de la cobardía.

Hemos buscado la principal causa de la esterilidad de la revolucion española, y la hemos encontrado en la impopularidad que la acompañó en su origen y que no la ha dejado en su carrera; ahora adolece de otro mal que aumenta si cabe su esterilidad: *el descrédito*. ¿Quién conserva ilusiones? ¿A quién engañan vanas palabras? ¿en la sociedad, en la tribuna, en la prensa, no vemos crecer cada dia este desengaño que llega ya á un punto, que años atras no hubiera parecido posible?

Nebuloso como está el porvenir de la nacion, incierta y azarosa la suerte que le está destinada, confiamos sin embargo en que la combatida nave saldrá á puerto despues de la recia tormenta; y si no nos engañamos, este desengaño que tan visiblemente va cundiendo y que cundirá cada dia mas, es una de las mas evidentes señales que anuncian tiempos mas felices. Ni los miramos tan próximos como algunos esperan, ni tan imposibles como otros presagian; el hombre sabe algo mientras se hable del dia de ayer, pero nada sabe del dia de mañana: los acontecimientos del porvenir estan en los arcaos de la Providencia.

Como quiera, no serán perdidas para la generacion venidera las severas lecciones que ha recibido la actual; si se nos dice que al menos en esto no habrá sido estéril la revolucion, lo confesarémos; pero añadiendo que la mas tremenda prueba de su esterilidad, es el no haber alcanzado á producir otra cosa que el resultado necesario de los grandes males: el *escarmiento*.

Jaime Balmes.

A LA SENSIBLE MUERTE

DEL SABIO

Y VIRTUOSO JOVEN PRESBITERO

D. JOSÉ CAUSA Y PIQUER,

POESIA

¡ Alma feliz que en los celestes climas
Del Santo de Israel estás gozando ,
Mientras yo de este mundo en hondas simas ,
Mi existencia y dolor voy arrastrando !....
¿ Por qué te he de llorar ? ¿ Por qué con llanto
Enlutar tu triunfo y tu victoria ?
¿ Y recordar con sùnebre quebranto
Tu partida feliz para la gloria ?
¿ Y cuando tú vestida del ropage
De tu inocencia angelical y pura ,
Al Ser que nos crió das homenaje ,
Me cubriré de luto y de tristura ?
¿ Qué hay en el polvo frágil de la vida
Ni de satisfaccion , ni de consuelo ,
Para llorar tu rápida partida ,
Y querer detenerte en este suelo ?....
Nó... : tu has dejado ya tan triste entierro
Por la patria de soles y de estrellas....
¡ Alma feliz ! volaste del destierro
A la eterna region de luces bellas.
Y se cumplió tu afan : tu suspirabas
Jóven aun , por alcanzar tal suerte ,
Pues principio de vida contemplabas
El instante que el hombre llama muerte ;
Y el trance que tememos , no temias ,

Y al golpe que mas hiere, no temblaste,
Moribundo á la parca sourceias,
Y á la la vida del cielo despertaste.

Sí: se cumplió tu afán: edad lozana,
La gloria del saber y del talento,
Del general aprecio el aura ufana,
Maternales caricias y contento,

Todo á tí te reía y halagaba,
Pero por otra gloria duradera
Tu corazón sublime suspiraba,
Por otra verde edad y primavera,

Por otros bellos climas eternos
Que sus ámbitos alcanzan sobre nubes,
Y por otras caricias celestiales
Entre beatos coros de querubes.

Llenó Jehová tu anhelo: fue propicio:
Que eso tal vez pedías en sus aras,
Al celebrar el santo sacrificio
Entre delicias místicas y caras.

Allí del lodo triste de este mundo
Levantabas el noble pensamiento
Y dentro de tu pecho altar profundo
Disponías al pan del Sacramento.

Fénix del casto amor que persevera,
Entre aromas sabeos de incensario
Ardeas en las llamas de su hoguera,
Vivo adorno del místico Sagrario.

Al elevarte al ministerio santo
Ya conocí el valor de tu persona,
Y de tu virtud pura el dulce encanto,
El Pontífice fiel de Barcelona. (1)

Te amó, y su corazón en aquel día
De tu consagración, y de tu gloria,
Se llenó de placer y de alegría,
Y gravado lo tiene en su memoria.

Profundo en la humildad, fuiste abrasado
Del zelo y del fervor; siempre dispuesto
Para aliviar al pobre y desdichado,
Para disminuir su afán molesto:

Puro en la castidad, cuál blanco armiño
Que viendo el lodazal, su curso enfrena,

(1) Le elevó al grado del Sacerdocio el Excmo. é Yllmo. Sr. D. Pedro Martínez de San Martín dignísimo Prelado de la Iglesia de Barcelona, el cual desde el momento en que conoció su virtud, le dispensó una predilección y cariño singular.

Con la inocencia bautismal de un niño,
Del pudor conservaste la azucena.

Tu labio consagrado á la alabanza
Del Supremo Hacedor de noche y día,
Exhalaba suspiros de esperanza,
Que la fe más segura protegía.

La virginal sonrisa de tus labios
Daba indicios de un ánimo sereno,
Que jamás conoció ni tuvo agravios,
Ni de la enemistad probó el veneno.

Jamás se retrataron los enojos
En tu semblante plácido y risueño,
La modestia señora de tus ojos
Los abrió á la virtud, los cerró al sueño.

Dócil, sensible, afable, no sentías
Mayor dolor que agena desventura:
Todas eran de Dios tus alegrías,
Fuente eterna de un bien que siempre dura.

Que nadie como yo supo preciarle,
Nadie como yo mismo conocerte,
Con silencio y respeto venerarte,
Y sentir tu temprana y triste muerte.

En la dorada edad de la inocencia
Cultivé tu talento prodigioso,
Con la primer semilla de la ciencia,
Que dió temprano fruto delicioso.

Uno entre mil te amé..... ¿quién me diría
Que robado á mi amor y á mi ternura
Tu ausencia para siempre lloraría
Al pie de silenciosa sepultura?.....

¿Que aquella piedra rara, aquel diamante
De escondido valor que yo labraba
Perdería su brillo rutilante
Que la noche del mundo iluminaba.....?

Lo presintió mi afecto..... ¡Cuántas veces
Temí que te eclipsaras; astro hermoso,
Que ya para este mundo no amaneces,
Y derramé mi llanto cariñoso.....!

¿Mas para qué llorar en tu trofeo?
Cuando ciñes tu frente con decoro,
Vestido del ropaje de himeneo
En solio de esmeralda, marfil y oro?

¿Cuando en eternos días de venturas
Entonas los cantares del Hosanna,
Y reinas para siempre en las alturas,
Y gozas de delicia soberana?

Ruega, ruega por mí: desde tu asiento

Contempla de tu madre los dolores;
Ruega por su salud y su contento,
Que ese premio merecen sus amores.

Ruega por tres hermanos que has dejado
Privados de tu sombra y compañía,
Cuyo pecho intranquilo no ha gustado
Después de tu partir, dulce alegría.

Tú formabas sus dichas inocentes,
Tú templabas sus penas y amarguras,
Y seguían con pasos reverentes
De tu virtud las huellas más seguras.

Ora gimen tu ausencia dolorosa,
Te llaman con suspiro y con lamento,
Que á tu voz avezados cariñosa,
No la escuchan, y viven sin contento.

Almas tiernas que amaban el rocío,
De tu conversacion, y grata sombra,
Solo encuentran un horrible vacío,
Cuando su labio cándido te nombra.

Miran tristes su hogar que tú alegrabas,
Y triste la mansion en que vivías,
Donde con breve sueño sosegabas,
Dedicando al estudio largos días.

Comen el pan sin tí, y es pan de lloro,
Que no lo partes tú, ni lo bendices,
Tu amor era su amparo y su tesoro,
Del mundo entre los riesgos y deslices.

Ellos ¡ah! tal vez sueñan tus caricias,
Y piensan que te estrechan en sus brazos,
Cuando gozas de Dios tiernas delicias,
Sin poder renovar mortales lazos.

¡Cuánto costó tu pérdida! mi labio
Rehusa pronunciarlo y se estremece!
Mas al paterno amor hiciera agravio
Mi silencio cruel que no merece.

Si..... sucumbió tu padre al golpe crudo,
Que no pudo la muerte separaros;
Y al alzar sin piedad puñal desnudo
A los dos debió herir, ó perdonaros.

Y á los dos ofendió; sacó dos almas
De este pantano fétido del mundo
A gozar en el cielo eternas palmas
Y descanso sin fin, premio fecundo.

Los dos un corazón con una vida
Teniais nada más; uno el contento
Y una la voluntad, siempre seguida,
Y una fue la piedad y el pensamiento.

Y así cuando la parca funeraria
Te preparó la tumba lastimera,
Yo ví otra tumba triste y solitaria
Que fue en un todo igual á la primera.

Y estaba ya la huesa destinada
Para el virtuoso padre, que gemia
Tu partida cruel tan impensada,
Mientras su propia muerte no sentia.

Y aun estaba tu tierra removida
Cuando tomó la suya sus despojos,
Dejando á la familia dolorida
Lágrimas abundantes en los ojos.

Mas yo no he de cantar al eco triste
De destemplada lira, coronado
De fúnebre cipres que al luto asiste,
Cuanto dolor tu pérdida ha causado.

Yo al Empíreo me elevo, y á las alas
De la imaginacion el vuelo frio,
Y te veo reinar entre las salas,
Do tiene Dios su asiento y poderío.

Los ángeles tegieron tu corona,
Prepararon tu veste rutilante,
Y el cingulo precioso que eslabona
Piedras mas estimadas que el diamante.

En la region feliz en donde habitas
Reina la eterna luz de hermoso rayo,
No se conoce el nombre de las cuitas,
Y el placer no declina con desmayo.

No hay sombras de la noche tenebrosa,
Que es perene la aurora sonrosada;
Nada turba la paz que allí reposa,
Y de placer sin fin es la morada.

Dichoso veces mil! ay del que llora
Detenido en la tierra en que moramos,
Tierra esclava, falaz y engañadora,
Do como flor del heno desmayamos.

Yo fuí á llorar tu muerte y tu partida,
Pero exclamé calmando el mal profundo,
*No era digna la tierra corrompida
De que habitase un ángel este mundo.*

Por D. Juan Avolas, presbítero

AÑO 1841.

LA INSTRUCCION DEL CLERO.

Entre los muchos y gravísimos males que estan affligiendo la Iglesia española, merced á la miseria y abandono en que se la deja sumida, figura uno, quizás poco atendido, pero que no es por ello de menor mouta, y que se dará á conocer con el tiempo por sus desastrosas consecuencias. Hablamos de la falta de medios en que se halla el clero para proporcionarse la instruccion que necesita, y de la pobreza y descuido en que yacen aquellos establecimientos donde se forman los jóvenes destinados á la carrera eclesiástica.

Con los vaivenes de la revolucion ha caido al suelo el antiguo sistema de enseñanza observado en las universidades; ¿cómo se ha suplido esta falta? Bueno ó malo dicho sistema, ¿qué otro se ha excogitado para reemplazarle? De los profesores antiguos, parte han fallecido, parte se han dispersado durante las agitaciones políticas, parte han sido destituidos en alguna de las varias reacciones cuya interminable cadena vamos recorriendo. ¿Qué garantías tiene la nacion para pensar que se van formando otros capaces de llenar el vacío? El ministerio de la enseñanza es negocio sobrado importante, para que pueda encomendarse al acaso; y mal conoce el buen desempeño de una cátedra, quien se imagina que un cuerpo de profesores se improvisa con un decreto. Cuiéndonos al objeto que principalmente nos ocupa, no es solo la incapacidad lo que temeríamos en un profesor, sino las malas ideas; pues son innume-

rables los medios de que puede echar mano para extraviar el entendimiento de sus cándidos alumnos. ¿Se han tomado todas las precauciones necesarias para que nos sea dado estar tranquilos sobre un asunto de tanta trascendencia? Mientras el mundo se agita y revuelve, el joven acude diariamente á su cátedra; los libros de asignatura y las explicaciones del profesor, ocupan toda su atencion y absorven su espíritu: allí recibe las ideas que con el tiempo se propone aplicar, se familiariza con ellas, las cobra cierto cariño, y le será muy difícil desprenderse de las mismas en todo el curso de su vida. ¿Hay la debida vigilancia para que no se deslicen peligrosas novedades, cosa tan fácil entre la confusion y desórden de los tiempos que atravesamos?

En los seminarios, si bien por lo comun meuos sujetos á las oscilaciones y variaciones de las universidades, deben de haber acontecido no pocos males; pues que aun suponiendo que la vigilancia episcopal que á tantos de ellos falta, haya sido suplidá cual conviene, ¿cómo es posible que muchos de ellos no se resentiesen de las innovaciones y trastornos que se han visto en algunas diócesis? Además, ¿dónde estan los fondos para los honorarios de los profesores? En la antigua organizacion eran escasísimas algunas de estas dotaciones, y estaban muy lejos de sufragar ni para la decente manutencion de los encargados de la enseñanza; pero habia en cambio, que estos podian unir las tareas de una cátedra con las funciones de su ministerio ejercidas en el cumplimiento de las obligaciones impuestas por un beneficio ó prebenda; y los que no se hallaban en este caso, tenían la segura esperanza de que sus trabajos científicos les servian de mérito para alcanzar un puesto mas distinguido donde vivieran con mas desahogo. En una y otra suposicion, ó considerando la cátedra como tarea accesoria, ó bien como camino para llegar á mayor grado, existían motivos para que el profesor se contentase con la escasez de su dotacion y se dedicase con esmero á las ocupaciones de la cátedra. En la ac-

tualidad todo ha faltado: con la supresion del diezmo, con la incorporacion al erario de los bienes eclesiásticos, y con la suma dificultad de establecer una contribucion bastante á cubrir las atenciones del culto y clero, se hallan estos importantes objetos del modo que nadie ignora, y de que se lamentan los hombres de buena fe de todos los partidos. Asi es, que no queda ninguno de los motivos que podrian sostener la paciencia del profesor en el penoso ejercicio de su cátedra; y es por lo tanto mucho exigir á la flaqueza humana el pretender que los asiduos trabajos que demanda el cumplido desempeño de estas tareas, no se resientan del descontento del profesor, que quizás se ve obligado á recurrir á la caridad agena, para sostenerse siquiera en el ínfimo grado de decencia que demanda el estado eclesiástico.

Resultará de esto, que aun cuando algunos profesores, ó muy celosos, ó colocados en circunstancias mas favorables, se dediquen al desempeño de su cargo con el cuidado y ahinco que cumple al adelanto de los alumnos y al bien de la Iglesia, en general será muy posible, que se encuentren en un pequeño número los que procedan de otra manera; y si suponemos que la Iglesia española sea tan feliz, que esto último no se verifique, no dejarán por ello de ser culpables los que pudiendo y debiendo han dejado de tal suerte espuesto á la ventura uno de los ramos que mas de cerca interesan á la Iglesia y al estado.

Y á la verdad, si despues de la revolucion, al entrar las cosas en su cauce, nos encontrásemos con el nuevo clero que se formara, ignorante, incapaz de comprender la extension y altura de sus obligaciones, y de alternar con las demas clases en los diferentes ramos de ciencias que con mas ó menos analogía convienen al estado eclesiástico, ¿á quién deberíamos dar la culpa? ¿no recayera con todo su peso sobre los que ansiosos de destruir lo existente, no pensaron siquiera en lo que se habia de edificar sobre las ruinas de lo antiguo? ¿Y no fuera este un mal de gravísima consideracion, una profunda llaga no solo

para la Iglesia sino tambien para el estado? ¿no se privaria lastimosamente á la naciou de uno de los mas eficaces medios que habrán de emplearse en lo venidero para reponerla de sus pérdidas y labrar su prosperidad y ventura?

La instruccion del clero es una de las mas seguras prendas que darse pueden, no solo para hacerle figurar en el mundo con el debido lucimiento, no solo para grangearle la estimacion y el respeto de los fieles y el aprecio de los mismos incrédulos, sino tambien para asegurarle una sólida moralidad y aquella acendrada virtud que necesita para ejercer dignamente las elevadas funciones de su santo ministerio. Se ha disputado si la ilustracion del entendimiento era favorable ó contraria á la virtud. Por de pronto se echa de ver que esta no puede considerarse como reñida con la luz, pues que en Dios se reunen de una manera inefable la inteligencia infinita con la santidad infinita. La virtud humana consiste en la conformidad con la ley divina, y su perfeccion en aproximarse en cuanto le es dado á la perfeccion de Dios: *sed santos porque yo soy santo, sed perfectos como es perfecto nuestro padre celestial*. Por donde se conoce que la extension de la luz del entendimiento no puede perjudicar sino que debe favorecer á la virtud; y que si algunas excepciones se producen en contrario, será por tratarse de entendimientos que mas bien que ilustrados, deben apellidarse pervertidos. Es evidente que si se comunican al entendimiento errores en lugar de verdades, si las doctrinas en que se le imbuye estan en lucha con la sana moral, si se destierra del espíritu del hombre la idea de Dios, ó se le representa el Ser supremo como olvidado de los destinos del humano linage, y sin curarse del bien ni del mal que sucede en la tierra; si se hace consistir la ciencia del hombre en una serie de observaciones sobre la naturaleza, sin recordar jamas el nombre de su autor, é inspirándole la creencia de que todo cuanto estamos presenciando es el inevitable resultado de una ciega fatalidad; es evidente, repetimos, que esta falsa luz será

de suyo funestísima á la buena moral, que será su enemigo nato, y que por tanto no podrá encontrarse junto con ella en un mismo espíritu.

Este es un punto en que convienen todos los hombres observadores que se han ocupado en estudiar á fondo la sociedad, recogiendo abundancia de datos de donde resultase la relacion que en los paises civilizados guardan la instruccion y el crimen: todos estan conformes en que la luz comunicada al entendimiento sin la religion y la moral, es un fuego que abrasa y no ilumina, un calor que corrompe y no fecunda. Por manera que despues de tantas discusiones sobre el efecto causado por las ciencias con respecto á la moralidad de los pueblos, hemos venido á parar á lo mismo que habian conocido ya nuestros padres, y que debiéramos conocer nosotros si el prurito de resolverlo todo por la ciencia, no nos hubiese hecho desviar de las inspiraciones del buen sentido. ¿Qué padre de familias medianamente cuerdo, deja de hacerse cargo de tan importante como sencilla verdad, y de ponerla en planta en la educacion é instruccion de sus hijos? Los libros obscenos, los impíos, los que de un modo cualquiera pueden dañar su inocencia, los aparta cuidadosamente de sus manos; y de ellos los preserva con igual cuidado que si se tratase del veneno mas mortífero. ¿Hay alguno mas despejado que los demas, que muestre mayores disposiciones, que se adelante con mas rapidez en las diferentes asignaturas de la enseñanza? á este le vigila con mas cuidado, á este le fortalece con mas ahinco, con las creencias religiosas, con las máximas morales. Preguntadle ¿por qué? y sin necesidad de muchos cálculos, sin haber recorrido los guarismos de nuestras estadísticas, solo consultando las inspiraciones de su corazon y el dictámen de su razon juiciosa, os responderá que cuanto mayor es el talento de su hijo, mas zozobra le causa por si llegase á descarriarse, que la esperiencia de toda su vida le ha enseñado que los niños de mucha capacidad é instruccion, si llegan á ser malos, son peores que los otros

Queda pues en claro que la instruccion es dañosa separada de las creencias religiosas y de las máximas morales; pero que unida á ellas es altamente favorable á la virtud. La instruccion del clero no carece nunca de esta circunstancia, pues que su principal objeto son la religion y la moral; luego será siempre muy provechoso para la moralidad del mismo, el que se fomente la instruccion tanto como sea posible.

La historia viene en este punto en auxilio de la filosofía, pues que nos demuestra que la virtud del clero ha seguido de una manera bastante notable, en proporcion con sus luces. No cabe encontrar prelados mas santos que los que brillaron en los primeros siglos de la Iglesia, y tampoco es dable hallarlos mas sabios. La relajacion de la disciplina y la decadencia de las costumbres, coincidieron en los siglos medios con la extincion de las luces y el progreso de la ignorancia; y en tiempos posteriores vimos andar parejas el renacimiento de las ciencias y de las letras, con la reforma de los abusos, la correccion de las costumbres y el restablecimiento de la disciplina. Echando una ojeada sobre lo que era el clero de Europa antes del concilio de Trento, y lo que ha sido despues, salta á los ojos la benéfica influencia ejercida sobre la moralidad por el mayor grado de instruccion con que desde aquella época estuvo adornado. No ignoramos que á esto contribuyeron otras causas, siendo una de las principales, las saludables disposiciones que en su profunda sabiduría guiada por el Espíritu Santo, dictó aquella santa asamblea; pero tampoco podemos desconocer que entre estas causas ha figurado de una manera notable la instruccion promovida y fomentada con particular cuidado por dicho concilio. Ademas, con la imprenta se han hecho mas fáciles los medios de instruirse; se ha dado un mayor impulso á la propagacion de las ideas, y el clero como todas las demas clases, ha podido aprovecharse de este señalado beneficio.

Mucha verdad y sabiduría encierran aquellas palabras del sagrado texto: *quien obra mal aborrece la luz*: porque en

efecto en todo pecado hay mas ó menos error, y quien intenta cousumarle se goza y complace en las tinieblas. En general puede asegurarse que cuanto mas claro y vivo sea el conocimiento de los propios deberes, mas imperiosa se ofrecerá al espíritu la obligacion de cumplirlos; el hombre quiere siempre el bien real ó aparente; hasta en sus mayores extravíos le busca, porque como dicen los filósofos y los teólogos, la voluntad no puede querer el mal en cuanto es mal.

Síguese de aqui lo que ya mas arriba llevamos indicado, que una ilustracion sólida ha de ser favorable á la moralidad. Las razones que en contra pueden aducirse, militan tan solo contra aquella falsa ilustracion que enemiga de los principios religiosos y de las máximas morales, en vez de esclarecer ofusca, en vez de ilustrar deslumbra. Entendemos por verdadera ilustracion la que atesora verdades, no la que amontona errores: porque en nuestro concepto vale mas no saber que errar; lo primero es la simple falta del bien; lo segundo es la existencia del mal; en el primer caso hay la disposicion para aprender la verdad; en el segundo la hay tambien, mas con estorbos que le obstruyen el paso, con obstáculos que no pueden removerse sin mucha dificultad.

Todo cristiano ha de estar pronto á dar razon de su fe; pero á la generalidad de los fieles no le son necesarios aquellos conocimientos que penetrando en las mayores profundidades de la ciencia de la Religion, se estienden á los demas ramos del humano saber, en cuanto tienen con aquella algun punto de contacto. Esto queda reservado al sacerdote que depositario de los tesoros del arca santa, debe estar presto á defenderla, sea cual fuere el modo con que se la atacare. Por cuyo motivo la ciencia eclesiástica debe estar siempre al nivel de las demas: porque la esperiencia de todos los siglos ha enseñado que el orgullo procura divorciar de la fe, la ciencia, haciéndolas mirar como enemigas incompatibles.

Así vemos que desde los primeros siglos han procurado los

doctores cristianos instruirse á fondo en las ciencias profanas, de tal suerte, que cuando la heregía ha venido á combatir este ó aquel dogma, ó la impiedad ha zapado la base misma de la Religion, los han encontrado constantemente en su puesto, capaces de blandir en defensa de la verdad aquellas mismas armas de que se valia el sofisma para destruirla ó hacerla dudosa. No es necesario ni tampoco posible, hacer una reseña histórica que confirme la verdad de lo que acabamos de asentar; sin embargo permítasenos pronunciar dos nombres, que señalan dos grandes épocas, y que abarcan nada menos que la mayor parte de la historia de los siglos que ha durado la Iglesia: San Agustín y Santo Tomas de Aquino.

Leed las obras del primero, y veréis cuán cumplidamente se verifica en ellas lo que acabamos de indicar. ¿Necesítase echar mano de la filosofía para apoyar las verdades de la Religion ó disipar los argumentos de sus enemigos? Creeréis que el genio de Platon acaba de aparecer en la Iglesia católica, y que el grande Obispo de Ipona ha pasado su vida en las escuelas de los filósofos griegos. Levantad el vuelo tan alto como os pluguiere, divagad por las regiones del mas elevado idealismo, analizad las funciones del alma, profundizad las cuestiones sobre el espacio y el tiempo, indagad los mas recónditos secretos de la naturaleza, fijad la vista en Dios y abismaos en la mas sublime contemplacion, preguntad lo que han dicho los mas grandes sabios, lo que han creído los pueblos, y á todo os responderá el santo obispo; siempre le tendréis á vuestro lado mostrándoos con una mano la verdad religiosa, con otra la filosófica; enseñándoos cual se hermanan amigablemente, y cual las distancias que en apariencia las separan, desaparecen todas confundándose en el seno del mismo Dios, como los rayos de luz que alumbran los dos polos no tienen mas centro que el astro del dia.

No menos admirable Santo Tomas de Aquino, encuentra una masa indigesta de filosofía aristotélica y arábica, señoreando todas las escuelas, y prestando armas al error con el excesivo

pábulo dado á las cavilaciones y sutilezas. Una turba de maf llamados filósofos hormiguean en los grandes centros de la enseñanza pública, y amenaza hacer progresar de una manera lastimosa el extravío de las ideas por desgracia ya comenzado en los siglos anteriores, cuando el insigne abad de Clarval con su fulminante elocuencia arredrara á Abelardo y á sus secuaces. El sofisma ha vuelto á aparecer no menos peligroso que antes; si no se echa mano de un remedio radical, en breve podrán quedar contaminadas las escuelas de la peste de la heregía. Apoderarse de la filosofía dominante en todas sus partes y ramificaciones, refundirla y quitarle su heterogeneidad, como se amalgaman metales de diferente clase derretidos en un mismo crisol, formar un sistema vasto, compacto, uno, que ofreciese todos los rayos de la verdad filosófica convergentes hácia el centro de la verdad religiosa, era seguramente una empresa difícil, superior en apariencia á la capacidad de un solo hombre, y que solo podian llevar á cabo los esfuerzos reunidos de muchos sabios en diferentes tiempos: y esta empresa no obstante la realizó un hombre solo. Nada encontraréis de semejante antes de él; nada que lo iguale despues de él; los teólogos le han llamado con mucha propiedad el ángel de las escuelas, y en la historia del espíritu humano debe señalársele un puesto distinguido entre los hombres eminentes, que en la tranquila region de las ciencias concibieron y ejecutaron una de aquellas grandes revoluciones que aseguran por largos siglos el triunfo de la verdad.

No se ha desviado nunca la Iglesia católica de la regla que hemos indicado, y que consiste en procurar que sus doctores no se hallen en desventaja con respecto á los sabios del siglo; sea que hayan de luchar con ellos en defensa de la Religion, sea que amigablemente hermanados hayan de trabajar juntos en el adelanto de las ciencias y en el fomento de los grandes intereses de la humanidad. Échese una ojeada sobre la historia científica y literaria de los últimos siglos, y se notará que si

bien á causa de la profunda mudanza que se ha verificado en la sociedad, no es la ciencia un patrimonio esclusivo del clero como era antes, este conserva todavía una parte muy piugüe en la herencia, trasmitiéndose de siglo en siglo con lustre y gloria el renombre inmortal adquirido en otros tiempos.

En la actualidad el empeño de mantenerse al nivel de los adelantos de la época exige tanto mas abinco y asiduidad de esfuerzos, cuanto que los humanos conocimientos se han estendido en una region dilatadísima; y ademas del punto de vista elevado y trascendental en que se acostumbra considerarlos, como fijándolos en un centro, son innumerables las nuevas clasificaciones de las ciencias á que han dado lugar los sucesivos adelantos. No queremos significar con esto que los estudios eclesiásticos deban estenderse de tal manera, que abarcando extremos demasiado distantes, y ocupándose con sobrada detencion en materias heterogéneas, se desvien de su objeto principal no llenando las miras del propio iustituto. Sabemos que lo primero que un eclesiástico debe conocer, es la religion; y nó de un modo vago tal como se la encuentra explicada en los libros de los filósofos, sino cual la enseña la sagrada Escritura, la tradicion, la autoridad de los santos padres, las creencias de la Iglesia, los decretos de los concilios y las decisiones pontificias. No ignoramos que un buen matemático, un excelente naturalista, un profundo filósofo, por solas estas calidades no podrán llamarse dignos ministros de Dios, si no les agregaren la ciencia sacerdotal que consiste en el conocimiento de los dogmas de la moral, y de la disciplina eclesiástica, tales como se hallan en la columna y firmamento de la verdad, en aquella piedra sobre la cual edificó Jesucristo su Iglesia.

Bastan estas observaciones para que se entienda, que cuando reclamamos la extension de conocimientos en el clero, cuando pedimos que no se le escaseen los medios de proporcionárselos y con la miseria no se le fuerce á la ignorancia, no deseamos que se generalice una instruccion superficial y ligera, nada á

propósito para llenar el alto fin arriba indicado; no queremos que por el prurito de alcanzar en breve tiempo una ciencia enciclopédica se olviden los estudios graves y profundos sobre la religión, que han de ser la base de la ciencia de todo eclesiástico; juzgamos que esto sería una verdadera calamidad para la Iglesia y el Estado, y así lejos de fomentar ni aplaudir esta conducta, si en alguna parte se emprendiese la consideraríamos como altamente funesta.

Nuestra idea es muy sencilla; bien evidente resulta de lo que acabamos de esponer; sin embargo para mayor claridad la formularémos del mejor modo que en nuestras fuerzas cupiere. No pretendemos ninguna novedad, no intentamos que se introduzcan en la Iglesia costumbres y sistemas desconocidos; pero sí que se imite ó mejor dirémos que se continúe lo mismo que se ha ejecutado en todos los siglos; á saber: que los ministros de la religión no se hallen en desventaja en materia de conocimientos con respecto á ninguno de los enemigos de la verdad, sea cual fuere la clase á que pertenecieren, las armas que emplearen, y la arena que les pluguiere escoger. Deseamos sí, que el clero posea todas las luces necesarias para que en ofreciéndose la oportunidad pueda demostrar la armonía de la religión y de la razón, pueda evidenciar que no es verdad que los últimos descubrimientos sobre las ciencias naturales hayan echado por tierra la autenticidad de las narraciones bíblicas, que no es verdad que la ideología, ni la fisiología ni otra de las ciencias cuyo objeto es el hombre, se hallen en pugna con la religión, ni sean capaces de indicar un fenómeno que no pueda explicarse por principios que en nada la contradicen; que no es verdad que en la historia del humano linaje se descubran indicios de que la narración de Moises es falsa ó dudosa; que no es verdad que la religión cristiana se haya opuesto al desarrollo de la civilización en ningun sentido, en ningun pueblo, en ningun tiempo; que antes al contrario, desde el advenimiento de Jesucristo data una nueva época de prosperidad y ventura

para aquella parte de la humanidad que tuvo la dicha de abrazar la religion establecida por el Divino Fundador, y que con ella se mejoró la condicion de los pueblos verificándose con justicia y caridad la mas profunda mudanza de que nos hablaran los fastos de la historia; que no es verdad que esa religion hubiese degenerado en tiempos posteriores, que se hubiese hecho indigna de marchar á la cabeza de la civilizacion europea, que fuera un perenne obstáculo á su legítimo desarrollo, y que de esta suerte se hiciese necesaria la malhadada reforma de los perturbadores del siglo 16; que no es verdad lo que dicen los enemigos de la Santa Sede, que los Papas hayan sido los opresores natos del humano linage, y que se hayan aliado con los tiranos de la tierra para someter los pueblos á dura servidumbre; que no es verdad que el clero considerado como clase social haya contribuido á la pobreza y envilecimiento de las naciones, que alcanzara en otros tiempos su riqueza y prepotencia por una serie de injusticias y de intrigas; que no es verdad en fin que el catolicismo sea impotente para satisfacer las necesidades de la época actual y de la venidera, y que yaciendo como un cadáver que solo sirve de embarazo á la marcha de la civilizacion, sea menester sepultarle con honor siquiera por sus antiguos servicios, pero haciendo de manera que jamas llegue á resucitar, ejerciendo de nuevo su influencia sobre los destinos de los pueblos.

Hé aqui una rápida reseña de los principales puntos en que deseamos para el clero una instruccion amplia pero sólida; hé aqui las principales cuestiones sobre las que le deseamos pertrechado contra los sofismas y cavilaciones de los enemigos de la Iglesia; hé aqui las materias sobre las que ansiamos que abunde de datos y de reflexiones para disipar como el humo las dificultades que á menudo se reproducen, y cuya nulidad se descubre tan luego como se encuentra quien pueda contestarlas con mediano conocimiento del asunto sobre que versan.

En esta parte, es necesario hacer justicia al clero español,

confesando que á pesar de haberse encontrado en circunstancias poco favorables para adquirir la indicada instruccion, á pesar de que el sistema de su enseñanza, basado sobre el supuesto de un órden de cosas del todo diferente, no se proponia por objeto inmediato el prepararle para la lucha descomunal á que se ha visto precisado, ha hecho no obstante plausibles esfuerzos para elevarse á la altura reclamada por su crítica posicion, mostrando que no era indigno atalaya de los intereses de la casa del Señor. Hay que hacer una diferencia entre las circunstancias en que se ha encontrado el clero español, y las que rodearon el frances cuando la revolucion de 1789. En Francia las discusiones religiosas habian tenido mucha mas latitud que en España, aun durante la época del reinado de Luis XIV, y ciñéndonos á aquellos momentos en que este monarca se mostró mas intolerante y severo contra los disidentes. La introduccion del protestantismo en aquel pais, si bien no correspondió á las esperanzas y esfuerzos de los caudillos de la reforma, produjo sin embargo cierta latitud que se hizo sentir en los tiempos siguientes, hasta en los mas fatales y desastrosos para la causa de la heregia. La situacion topográfica de aquel reino en inmediato contacto con la Alemania, con las Provincias unidas, y separado de la Inglaterra solo por un estrecho brazo de mar, hacia imposible que se cerrase la comunicacion con los protestantes, y facilitaba la importacion de las nuevas ideas que se filtraban lentamente, ya que no habian podido alcanzar el codiciado arraigo ni aun conservar los primitivos establecimientos. Estos motivos acarrearán por necesidad mayor libertad y ensanche en las materias religiosas, y cuestiones que con ellas se rozaban; resultando de ahí que el clero de aquel pais, aun suponiéndole de no mayor ilustracion que el del nuestro, se hallaba mas acostumbrado á combatir contra el error; puesto que en España no habian concurrido dichas circunstancias; y que ademas, la mayor vigilancia de la autoridad y sobre todo el tribunal de la Inquisicion, no habian permitido que

se atacasen directa ni indirectamente las verdades católicas.

Esta observacion es bastante á explicar por qué no han visto entre nosotros la luz pública tantas obras como se distinguieron en la literatura religiosa de Francia, antes y despues de la revolucion. Pero hay todavía otro hecho mas adaptado para dar cumplidamente razon de esta diferencia, y consiste en que los ataques científicos contra la religion han sido en España muy pocos: la calumnia, el insulto, la burla, han llenado el vacío del saber y de la elocuencia, vacío que nuncase hace sentir con tanta fuerza como al tratarse de la defensa de una mala causa, pasados los momentos de calor, sosegadas un tanto las pasiones, despues del desahogo de su primer arranque se ha notado que la prensa generalmente hablando, respetaba la religion, y que los hombres mas señalados que figuraban en primera línea en los diferentes partidos políticos que se disputaban la arena, no formaban empeño de convertirse en propagandistas de la filosofía irreligiosa por medio de sus escritos. Asi no se ha hecho tan necesaria la discusion profunda de las cuestiones religiosas como lo era cuando la religion tenia á su frente la formidable falange organizada y amaestrada en la escuela de Voltaire.

Asuntos graves de disciplina han suscitado reñidas disputas y acarreado dolorosos conflictos; momentos críticos se han presentado en que ha sido indispensable dilucidar cuestiones las mas trascendentales, y hacer en seguida continuas aplicaciones á las circunstancias espinosísimas en que se ha encontrado el pais: en estas ocasiones solemnes, en que al par de una santa entereza debian resplandecer la erudicion y la sabiduría, han visto la luz pública producciones importantes, que llenando cumplidamente su objeto, han dado una alta idea de las luces del clero español, evidenciando á los ojos de todo el mundo, que no estaban dormidos los centinelas de Israel. No se señalará una cuestion grave que se haya suscitado, no se indicará un peligro que haya amenazado á la Iglesia, sin que puedan

aducirse numerosos documentos que justifican plenamente lo que estamos diciendo, y manifiestan que en tratándose del cumplimiento de sus deberes, tiene el clero español bastante ciencia para conocerlos, hasta en medio de las mas azarosas complicaciones, y suficiente valentia para llenarlos, aun á la vista de los mas arriesgados compromisos.

Estas consideraciones que dejan ciertamente el ánimo muy satisfecho y le tranquilizan sobre el porvenir de la Iglesia española, no nos impiden sin embargo el que alzemos nuestra débil voz para inculcar mas y mas la necesidad de que se fomente la instruccion del clero, y se la procure por todos los medios posibles. Es preciso no perder de vista, que esta respetable clase no se compone únicamente de los sabios prelados que ilustran la Iglesia española, ni de una porcion de hombres eucanecidos en el estudio de las ciencias, sino tambien de todos aquellos que habiendo entrado en el sagrado ministerio al principio de nuestras disensiones, ó en tiempos á ellas inmediatos, no han disfrutado el necesario sosiego para formarse cumplidamente en largos y profundos estudios. Preciso es no olvidar que á la misma clase pertenecen en cierto modo los jóvenes dedicados en la actualidad á la carrera eclesiástica, y cuya vocacion es tanto mas recomendable y menos sospechosa, cuanto no pueden prometerse ni riquezas, ni privilegios, ni comodidades.

Sobre esta última porcion que no deja de ser muy numerosa, llamamos la atencion de todos los hombres que directa ó indirectamente puedan contribuir á que se llene este importante objeto, para inclinarlos á que no descuiden un negocio que es á no dudarlo uno de los mas trascendentales que ofrecerse puedan á los ojos de los sinceros amantes de la religion y de la patria. Descenderán al sepulcro los insignes prelados honor de la Iglesia de España, se irán debilitando con los años los rangos de los hombres distinguidos que amaestrados por el estudio y la esperiencia, han sido capaces de hacer frente á las multiplicadas dificultades de la época que estamos atravesando, entonces

llegará su turno á los eclesiásticos ahora jóvenes, á los aplicados alumnos que se estan instruyendo en las universidades y seminarios, de ocupar los puestos que la muerte habrá dejado vacantes y de manifestar colocados sobre el candelabro los conocimientos que actualmente atesoran en modesta oscuridad; la Providencia que vela sobre los destinos de esta nacion eminentemente católica nos dispensará sin duda el beneficio de que llegada la oportunidad pueda aplicarse á la Iglesia de España aquella espresion del Sagrado Texto «*pro patribus tuis nati sunt tibi filii*», y el nuevo clero sabrá corresponder dignamente á la alta mision á que está destinado.

El escaso atractivo con que brinda la carrera eclesiástica cuyo término es un estado destituido de todos los privilegios y consideraciones de que antes disfrutaba, y hasta falto de los medios necesarios para proveer á su subsistencia, hará que no se dediquen á ella muchos jóvenes que en otras circunstancias la hubieran sin duda emprendido. Los que acostumbrados en sus familias á vivir con desahogo y con algunas comodidades, no se resignarán fácilmente á un sacrificio que no les ofrece mas recompensa que la puramente espiritual, y que sobre la tierra no les deja esperar mas que el sustentarse estrechamente con una módica asignacion; si es que casos fortuitos, por desgracia demasiado repetidos, no les impidan el percibirla. Los que ó por sentirse con muchas fuerzas intelectuales, ó por pertenecer á familias muy distinguidas y poderosas, tengan fundadas en su porvenir halagüeñas esperanzas, tampoco se inclinarán á un estado que se las presente reducidas, á no ser la vocacion con que sean llamados muy explícita y muy fuerte. De esto resulta la precision de cuidar con mas asiduidad del fomento de la instruccion eclesiástica, por ser necesario llenar el vacío que naturalmente dejarán los jóvenes pertenecientes á las clases que acabamos de indicar. Es indispensable que la virtud y el saber suplan lo que pueda echarse menos de riqueza y alcurnia; y que la falta de los talentos que se dirijan á otras carreras, se

compense con la mayor perfeccion de la enseñanza. No cabe ninguna duda en la exactitud de las observaciones que acabamos de emitir sobre el desvío que se irá introduciendo con respecto al estado eclesiástico: lo que está sucediendo en la actualidad es por desgracia un indicio demasiado seguro de lo que sucederá en adelante.

El espíritu de la época llevará consigo otro mal que á primera vista pudiera parecer un bien, y que sin embargo es un daño de mucha trascendencia; hablamos del aislamiento en que se procurará dejar los estudios eclesiásticos, concentrándolos en los seminarios episcopales, y apartándolos de las universidades. No ignoramos que los seminarios de los obispos son los planteles donde formarse debe la generalidad del clero, no solo en lo tocante á las ciencias de su instituto, sino tambien en lo que pertenece á la santidad y perfeccion de la vida sacerdotal; y las escuelas donde ha de amaestrarse en los medios mas á propósito para ejercer dignamente las funciones del sagrado ministerio en provecho de las almas; sabemos la continua vigilancia con que la Iglesia tiene fijos sus ojos sobre dichos establecimientos, y procura que no se introduzca en los mismos ni la corrupcion, ni el error, ni la flojedad de la disciplina. Por estos motivos, tan justificades por la experiencia de cada día, respetamos como el que mas la iustitucion de los seminarios conciliares, deseando que sean unode los objetos predilectos asi en lo relativo á proporcionarlés los medios de subsistencia que ha menester, como en lo que toca á que sus cátedras sean desempeñadas con lustre y utilidad de los discípulos; pero no opinamos por ello que sea ni necesario ni conveniente desviarlos del ejemplo de nuestros antepasados, quienes si bien fomentaron con laudable celo los seminarios de los obispos, no olvidaron sin embargo la enseñanza de las ciencias eclesiásticas en las universidades, esmerándose en que no fuesen aventajadas por las demas, ni en la dotacion de las cátedras ni en el mérito de los profesores. Claro es que no será posible atendido el indiferen-

tismo de nuestra época, restituir á los estudios eclesiásticos la preeminencia que en otros tiempos disfrutaban; pero al menos no lo será devolverles alguna parte de su antiguo esplendor, y levantarlos del abatimiento en que yacen, merced á nuestras interminables discordias y á la injusta ojeriza con que por algun tiempo se los ha mirado.

Cuando sobre esto insistimos, entendemos tratar algo mas que una cuestion de vanidad, ó como si dijéramos un punto de etiqueta literaria: las razones que en esta materia nos impulsan son de un interés mas trascendental y mas grave. Son uada menos que la conveniencia y necesidad de elevar á la competente altura los estudios del clero, de mantenerlos constantemente al nivel de los adelantos que en los distintos ramos vaya ofreciendo el curso de los tiempos; de no dejarle ignorante de ninguna de las dificultades que en este ó aquel punto excogiten la incredulidad ó la heregía para atacar en todo ó en parte las verdades católicas.

Es innegable que cuanto mas vasto es el centro de enseñanza, cuantas mas son las ciencias que en ella se abarcan, cuanto mas eminentes los hombres que en las cátedras se distinguen, y mayor el número de discípulos que á ellas acuden, tanto mas alto es el vuelo que toman los conocimientos, haciéndose mas fácil adquirirlos extensos, profundos y variados. Esto se verifica en las universidades si estan montadas con un sistema ilustrado y con miras elevadas y grandiosas; no siendo posible que en los seminarios puedan existir la muchedumbre de recursos que en ellas se acumulan. En estos solo pueden cultivarse las ciencias puramente eclesiásticas con aquellas asignaturas preparatorias que son indispensables en toda carrera científica. Algunas nociones de literatura y filosofía se proporcionarán á los alumnos aprovechados: ¿pero donde están los medios necesarios para adquirir conocimientos algo estensos sobre los innumerables ramos en que está distribuido actualmente el humano saber? Aun ciñéndonos á los objetos puramente religiosos, ¿cómo se

pueden hallar en poblaciones de segundo orden, los libros y las publicaciones periódicas, que en los diferentes puntos del mundo católico, están viendo continuamente la luz, y en la que interrogando á la naturaleza y á la historia, se demuestra la maravillosa armonía que la religion tiene con las verdades de todos órdenes, y se reducen á polvo las objeciones de sus adversarios?

En hora buena que la generalidad del clero se forme en los seminarios; pero acudan por lo menos á las universidades un número considerable de jóvenes, que volviendo despues á sus respectivas diócesis adornados de los conocimientos atesorados en las grandes academias, puedan difundir entre sus hermanos las luces adquiridas. De esta suerte, la ciencia de la religion conservará siempre al par de la solidez toda la amplitud y esplendor que le corresponden, y no se ofrecerá á los incrédulos el pretexto de calumniar nuestras creencias, apellidándolas euemigas.de la ilustracion y contrarias al desarrollo de la civilization de los pueblos; de esta suerte los hombres emiuentes con que Dios vaya favoreciendo su Iglesia, encontrarán oportunidad de desplegar á los ojos del mundo sus talentos y saber, evidenciando que no se ha interrumpido todavía la gloriosa serie que cuenta en su número á un San Agustin á un San Bernardo á un Bosuet. De esta suerte la Iglesia contará siempre en su seno una porcion de ministros á quienes el roze con hombres de todas clases les habrá dado un mayor conocimiento del mundo; y cuando se hayan de escojer algunos, distinguidos por su sabiduria, por su prudencia, por su práctica en los negocios, no solo espirituales sino tambien temporales, tendrá la Iglesia una reserva escogida de que echar mano para el atinado desempeño de las importantes atribuciones que les incumban; de esta suerte cuando se haya de hacer palpable que el catolicismo no ha muerto, que vive aun con toda la plenitud de la vida que le comunicó el espíritu del Señor, cuando sea preciso demostrarlo con hechos, con aplicaciones de la enseñanza y de la caridad

religiosa á las necesidades de la época, ora se trate del planteo de nuevas instituciones de beneficencia ó de enseñanza, ú otro género, ora del arreglo y fomento de las existentes, se hallarán hombres instruidos de lo que se está practicando en otras naciones hombres conocedores de las mudanzas y revoluciones que se hayan verificado y se verifiquen en el estado social de los pueblos, capaces de dirigir la aplicacion que al propio pais se hiciera y de adoptar las modificaciones reclamadas por la diferencia de circunstancias.

Estas utilidades resultarán de concurrir á los grandes centros de enseñanza pública los jóvenes destinados á la carrera eclesiástico; pues no cabe duda que las ideas adquieren mas amplitud, las miras mayor elevacion, y el ánimo mas prudente flexibilidad, á medida que el trato del mundo, la vista de las cosas evidencian una muchedumbre de verdades de que no es posible formar concepto con el mero auxilio de los libros en el retiro de un gabinete. No significamos con esto que el estudio en una universidad situada en ciudad populosa, sea un medio seguro para adquirir dichas calidades; pero es cierto al menos que el espíritu se encuentra en circunstancias á propósito para prepararse á poseerlas. Cuando tratamos de la prudente flexibilidad que se alcanza con la vista de las cosas y de los hombres, no hablamos de aquella culpable condescendencia que se doblega con las exigencias del mundo acomodando la religion á los extravíos de la razón, y torciendo la moral del evangelio segun lo demandan las insaciables pasiones; solo aludimos á la atinada práctica de aquella regla del apóstol, «*Todo para todos para ganarlos á todos*», Con ella se expresan sin duda la conveniencia y necesidad de tener ciertas consideraciones á las circunstancias en que se encuentran las personas, suministrándoles los alimentos y remedios con la debida discrecion. A unos les conviene el pan de los adultos, á otros la leche de los niños; á unos les son necesarios medicamentos fuertes, otros los han menester muy suaves. Si bien se mira, no es mas lo que

estamos diciendo que una aplicación á la época actual, de lo que en todos-tiempos se ha practicado en la Iglesia. La unidad é inmutabilidad de sus dogmas, y la invariabilidad de su moral no la impiden acomodarse á la diversidad de tiempos y países; y este es el origen de las incesantes modificaciones que en su disciplina ha tenido por conveniente adoptar en todas épocas, y está adoptando todavía en la nuestra.

Tanta verdad es lo que estamos observando, que es bien notable que los enemigos de la religion católica en los principales argumentos que la dirigen para combatirla, estriban sobre un supuesto falso que no es mas que el olvido del principio que acabamos de sentar. Los que estan empeñados en no declararse abiertamente contra ella, adoptando el extraño expediente de mostrar un ardiente celo para la conservacion de su pureza, mientras le hacen guerra á muerte echando mano de todos los recursos imaginables, pretenden que la Iglesia se ha hecho mundana, que ha degenerado de su primitiva santidad, que se ha desviado de las reglas señaladas por su Divino Fundador, acomodándose á cuanto han exigido el mundo y la carne. Pedidles las pruebas en que se fundan, y os indicarán el desuso de la antigua disciplina, las modificaciones y mudanzas que en ella se han introducido, las que califican ellos de peligrosas novedades, á pesar de estar ya sancionadas por el trascurso de dilatado tiempo. Dejando á parte la mala fe que en tales argumentos se estraña ¿cuál es su vicio radical? si bien se mira no es otro sino el insinuado mas arriba, á saber; el no tener presente que la Iglesia por lo mismo que ha de durar hasta la consumacion de los siglos, debió recibir del Divino Maestro las facultades necesarias para hacer con la debida oportunidad los cambios reclamados por la diversidad de circunstancias, sin tocar empero á los cimientos sobre que se dignó establecerla: esto es, la unidad de los dogmas, la invariabilidad de la moral, y las demas reglas dictadas, ora relativamente á la organizacion interior, ora pertenecientes á la calidad y orden de las relaciones

que habia de tener con los fieles para procurarles la salvacion eterna. Los que estan clamando que el catolicismo es una institucion vieja, que ha caducado, que de nada sirve en el estado actual de la sociedad, que con mucha mas razon de nada servira en el venidero, señalan como causa de esto, la inmovilidad de sus instituciones, la incapacidad de plegarse á lo que demandan las nuevas necesidades de los pueblos ¿ Donde está el defecto de este argumento? ¿ De qué lado flaquea? del mismo que se acaba de indicar: no recuerdan que la Iglesia conservando intacto el sagrado depósito que se le ha confiado, y en el que reconoce ella misma que nada puede alterar, tiene no obstante sobrados medios para acomodarse á las circunstancias traídas por la diversidad del estado social y político de las naciones, cumpliendo el doble objeto de procurar la salud de las almas y derramar sobre la vida terrena los beneficios que en todos tiempos le han grangeado la gratitud de los pueblos.

Jaime Balmes.

CARACTERES

DEL

SACERDOTE CATOLICO.

I.

Hay una clase en la sociedad, la primera en el orden gerárquico, cuyas funciones augustas estaban reservadas en la cuna del mundo á la paternidad, despues pasaron á los pastores de los pueblos, ó sea á los reyes, y se confundieron con la sabiduria, y aun cuando el hombre perdió la idea de su Criador, esta clase le hablaba del cielo. Tal es el sacerdocio. Desde que Adan desterrado del Paraiso, y Noé sobre la tierra desolada por el diluvio, y Abrahan sobre el monte del sacrificio y Jacob sobre la piedra del desierto ofrecieron á Dios una oblacion ó una víctima, hasta nuestros dias, siempre el sacerdote ha reconciliado la tierra con el cielo. Cuando se prostituyó en la corrompida tierra la idea de la divinidad, se prostituyó tambien el sacerdocio: cuando los númenes eran las pasiones divinizadas los sacerdotes debian ser ó impostores ó engañados. Mas esta misma degradacion de los falsos ministros de dioses infames, remedo de los sacerdotes del Señor, es una prueba de que los hombres no han podido vivir sin la idea de divinidad, ni las sociedades sin el sentimiento religioso. Cuando la pitonisa sentada en su trípode, convulsa, delirante, gritaba á los despavoridos circunstantes, «*Deus! Ecce Deus!*», y el pueblo aterrado se postraba creyéndose en presencia de una

deidad; el corazón de aquellos infelices hombres satisfacía una necesidad inherente á su naturaleza, la necesidad de creer: y el escuchar con avidez el oráculo de la mentira, demostraba que su alma había sido criada para oír al Dios de los mundos y saciarse de la verdad.

En medio de los siglos, el Hijo del Eterno revestido de la naturaleza humana, completando el antiguo ministerio sacerdotal, vino á ofrecer por sí mismo el grande sacrificio de su vida y de su sangre infinitamente preciosa, ejerció el sumo sacerdocio de la ley de amor, ofreciéndose, inmolándose á sí mismo sobre el altar de la cruz para la redención del mundo delincuente. Desde aquel momento, el sacerdocio se elevó á una altura que casi llega á participar de la infinidad de Dios. Transmitido desde Jesucristo á los apóstoles, y de estos á los demas ministros hasta el postrer dia del mundo, forma el sacerdocio católico la inmensa cadena sacerdotal, que empezando por el padre del linage humano, y divinamente perfeccionado por Jesucristo, acabará en el último ministro católico que ofrezca sobre la tierra próxima á perecer el sacrificio incruento de los altares. Ved lo que es el sacerdocio católico!

Las sociedades cristianas, las que tienen la dicha de reconocer la ley suprema de Jesucristo; las sociedades hijas de la Iglesia, porque la Iglesia las engendró en cierto modo cuando una parte del mundo inundada por la barbarie estaba á punto de perecer la sociedad de los hombres, estas sociedades, repito, educadas, fortalecidas y conservadas por el sacerdocio cristiano le tuvieron en la mayor veneracion. La fuerza y el poder que residia en la augusta gerarquía desde el padre de los fieles que empuña el báculo de Pedro, hasta el anacoreta sepultado en el fondo del desierto y deteniendo la mano airada del Excelso; esta fuerza, este poder, derramaban sobre la humanidad medrosa ú oprimida torrentes de consuelo y de esperanza. La voz de un sacerdote renueva la faz de la tierra, arranca de la esclavitud á la esposa del cordero, y elevándola como una roca

indestructible en medio de las naciones, señala con el dedo hasta donde debe llegar el poder de los hombres. (a) Un sacerdote devorado de celo para rescatar aquella tierra regada con la sangre del que rescató al mundo, enarbolando el estandarte de la cruz hace alzar el occidente y precipitarle sobre el oriente para humillar el orgullo de los hijos de Agar. El sacerdocio cristiano conserva los restos de la antigua sabiduría, salvándolos del naufragio de la barbarie, puebla los desiertos, cura las dolencias de la humanidad, rompe los grillos de los esclavos, los redime al precio de su sangre, corre á los extremos de la tierra para dar la luz de la vida y de la inmortalidad al pobre salvaje: apaga la tea desoladora de las discordias civiles, rompe el hierro de la opresion, amedrenta á los poderosos de la tierra despues de haber domesticado, suavizado á los duros hijos del Septentrion que como enjambres de fieras, invadieran las bellas regiones del mediodia.

Mas dejemos la clase: no pretendamos abarcar lo inmenso. Pasemos al individuo. ¿Qué es un sacerdote católico? este hombre que pasa humilde y desapercibido en medio de la multitud? ¿Cuál es la mision de este ser sublime que solo espera un remordimiento para absolver un crimen, que corre hasta el borde del abismo para salvar el pecador, y de todos los bienes de la tierra no le queda otro que el bien que hace? El débil tiene la mayor confianza en su brazo desarmado: el fuego de su palabra acrisola y dá vida: el delito le sorprende pero no le desalienta; la desgracia le entenece; es un ángel descendido á la tierra que habitamos: es el hombre semi-dios que consuela á los demas hombres: es el sacerdote de Jesucristo.

Su caridad espia el mal que no ha hecho: á su voz calman las tempestades del corazon. Bendecido por el pobre, insultado por el impío que no le conoce, se consagra juntamente á la desgracia de entrambos; su brazo, nos aligera con amor la carga pesada de la vida. Es humilde de corazon, y en todas

(a) Gregorio VII.

partes proteje al desvalido, porque reside en sus flacas manos la fuerza de lo alto. Cuando nos promete el cielo, nos señala desde luego la senda que á él conduce, y el infierno asombrado cuya presa él detiene, le halla siempre como un obstáculo saludable en todos sus caminos. Prosigue ó atleta de Cristo, prosigue tus celestiales conquistas; prodiga tus socorros á todos los dolores. Mas no te alejes mucho de nuestros brillantes festines..... Aguarda;..... La alegría del hombre dura momentos tan cortos! La que se cubria con manto nupcial yace tendida sobre un lecho de muerte. Su voz espirante te nombra; á tí buscan sus ojos oscurecidos, sus lánguidas miradas imploran tu misericordia. Lleno de aquel Dios á quien invocas, llevas la esperanza á su corazón angustiado, y retiras de la parte que el sepulcro reclama la parte preciosa que reclaman los cielos.

Mas no bastaria que tus labios enseñasen las virtudes, si tu ejemplo no mostrase como debemos emplearlas. En vano nos hablaras de caridad si fuesen duras tus entrañas; en vano intentaras despegar nuestro corazón del brillo y de los metales de la tierra, si el ídolo de tu corazón fuese el tesoro. La doctrina que fluya de tus labios y de tu pluma, ha de ser la voz del corazón; de lo contrario serias un impostor, un sepulcro blanqueado..... No, no es así el sacerdote católico. Es un hombre, pero es un hombre que desea ser ángel y se tiene por el último de los hombres.

Yo te contemplo en tu juventud, cuando haces el sacrificio de tí mismo, del cual te asombras á pesar tuyo. Imploras suspirando el poder de aquella gracia que da á la debil criatura la fuerza del justo, y el caudor del ángel. Al momento te ves precisado á arrojarte en medio de nuestras pasiones ardientes, tal vez sin conocerlas: tal vez tienes que combatir las en el fondo de tu alma: tal vez, á pesar de tu resolución y de una voz que te llama de lo alto, temes mas nuestros placeres que nuestros dolores. No te presentas tu en el ara santa á rogar por nuestras miserias con la carga de una esposa que atraeria tu corazón

y tus miradas hácia el lodo de la tierra: tu corazón libre puede volar al cielo en alas de la caridad y ofrecerse allí en sacrificio por los pecados del pueblo. Este es el verdadero sacerdote cristiano. A este reconoce por ministro la esposa del cordero sin mancha.

Ah! desafía los peligros: sé fuerte en tus sacrificios. El que pelea con valor será coronado. El mundo no es fatal sino para el que le teme. Cierra tu casto pecho á sus viles sacrificios. Arroja, como lo hizo el Dios á quien representas, á los traficantes del lugar santo. O sacerdotes! nuestras pasiones mal reprimidas son estos negociantes infames, cuyo impuro tráfico deshonra nuestras almas: arrojadlas para siempre de este sagrado templo: amarradlas con el escudo impenetrable de la oracion. Ah! ¿no sabeis que el mismo Dios las tiene como su santuario cuando descende á ellas todos los dias?

Nada teneis que pedir á los potentados de la tierra: ¿que podeis esperar de los reyes sino su arrepentimiento? Dejadles todo el peso de las terrestres coronas, que la mas bella para vosotros y para todos los fieles á Jesucristo es la del martirio; ora sea en el sacrificio continuo de nosotros mismos, ora sea en las garras de la persecucion. Si se persigue en nombre de la ley ó de ideas tanto más fementidas cuanto mas bellas, si se os degrada, si se os deprime en nombre de esa misma civilizacion que os debe el mundo moderno, sufrid, con tal que no se ataque vuestra independencia y la de la Iglesia. Entonces prestad si es necesario el cuello al acha del verdugo, como deberiamos hacer nosotros si se nos hiciera renegar de Jesucristo. No, no imitareis el ejemplo de algunos pocos perjuros entre vosotros que para quemar incienso impuro á los idolos de la tierra, embriagados con el humo de la ambicion que les halaga bajo mil aspectos, ó prostituyen su caracter, ó su gerarquia. No, una cosa es el martirio, otra la prostitucion. Por mas que alguno de entre vosotros levante la voz para rasgar la túnica incómoda de Jesucristo, para romper la grande unidad, aquella

unidad de amor que abarca el cielo, la tierra y el lugar de purgacion..... nó, vosotros no seguireis su ejemplo. Vigilaréis sobre la casa de Israel, clamareis con voz fuerte contra el lobo disfrazado con piel de oveja.

Lejos de vosotros estas pompas sacrílegas en que el vicio es adorado como un Dios. Vuestros mas preciosos privilegios son el consuelo y la plegaria. Vosotros habeis dado al mundo un adios eterno, y el fantasma del mundo no debe profanar las sombras del santuario. Cuan dulce es guardar en el fondo del alma el precepto y el ejemplo del primer sacerdote, del Pontífice eterno que es Dios! Ese Dios nace en un establo, es proscrito ya en su infancia, crece desconocido, pobre, perseguido. El Sanedrin le acusa y el pueblo le ofende: su nombre es insultado hasta en sus beneficios. Abandonado de los suyos y de una multitud poco agradecida, va arrastrado casi espirante de Caifás á Pilatos. Despues de haber sufrido la insolencia de viles cortesanos, pontífice de escarnio, rey coronado de espinas, sella sobre la Cruz sus divinas promesas, siempre manando sangre y siempre perdonando.

Ah! este es el Dios inmenso que se deja tocar por vuestras manos, que descende de su trono inmortal á vuestra palabra. Cuan grandes sois cuando al pie del ara presentais esa gran víctima á los ojos del pueblo atónito y prosternado! ¡Qué son entonces á vuestro lado todos los poderes, todos los orgullosos de la tierra! Por este solo acto tan augusto, por este poder cuya grandeza se pierde en lo infinito, cuando el gobierno no es ateo y la sociedad no ha apagado la antorcha de su fe al árido soplo del escepticismo, por este solo poder ¡qué ascendiente tan inmenso debéis ejercer sobre las almas que creen! Los que solo os consideran como unos meros instrumentos políticos, como unos resortes necesarios para mover con armonía la máquina social, os degradan cuando hablan de vosotros aunque sea con elogio. Cualquiera cosa que quieran que seais, por grande, por elevada que sea, insulta vuestro ministerio santo.

Y profana la religion y reniega del Evangelio el que os reconozca por otra cosa que por lo que os reconocia el Salvador. Vosotros sois la sal de la tierra y la luz del mundo.

Ved ahí lo que de vosotros pensar debe el hombre que tiene fe en Dios, y es fiel observador de sus doctrinas. Tales eran los cristianos primitivos animados por la voz del ungido del Señor cuando en los muros de Roma echaban los cimientos de la Santa Sion. Propagadores magnánimos del gran Dios á quien atestiguaban, ovejas alentadas por la voz del pastor, buscaban como un premio el horror de los suplicios. Impávidos á los recelos de sus fieros tiranos, mutilados aun, sonreían á sus infames verdugos: el cielo comunicaba fuerza á sus cuerpos ensangrentados, rogaban por sus juícuos jueces, y fieles discípulos de Jesus, todos eran ministros suyos para continuar en el mundo sus virtudes.

Tales se han mostrado algunos santos levitas de la edad moderna á la vista de los sofistas y verdugos que insultaban sus virtudes. Un siglo mofador y desconfiado ha renovado en vosotros y en vuestra cabeza las infamias del Pretorio: olvidando la transformacion de la tierra, acallando los gritos del corazon, ha desenterrado los delitos del viejo mundo, llegando á endiosar la misma nada. Cuando ha pasado ante vosotros ha osado preguntaros ¿paraqué servís en el mundo? ¿qué es lo que producen vuestras manos? Estériles sois en todos sentidos: vuestra mision no es ya necesaria en la tierra: el cristianismo no es de moda: sois una carga para la sociedad. Aun dijo mas en su delirio: Vuestra existencia es un crimen, es un insulto á las luces del siglo que ni aun tiene fe en el error. Y levantó por tercera vez en la cristiana Europa la tea del incendiario y el puñal del asesino. Y corriendo como un rayo de la ira de Dios sobre los santos asilos, le vimos reducir á pavezas los templos y sus ministros, y al rey mismo de la gloria en su trono sobre la tierra.

En vano señalabais con el dedo aquellas bóvedas de siglos

que tanta ciecicia, y tanta virtud y tanto consuelo cobijaron: en vano recibiais de rodillas á vuestros verdugos como una oveja pronta á ser sacrificada. Los tigres no se ablandaron á este espectáculo de resignacion heroica, y ciegos de furor saciaron su sed de sangre.....

Los verdaderos sacerdotes de Jesucristo en él solo han fundado su esperanza y solo ha podido abatirles el golpe fatal de la cuchilla. Consoladores incansables de la doliente humanidad, aún cuando fueron inmolados, volaron á los cielos á buscar el perdon de nuestros crímenes. Heroes bajo el filo homicida, que no les inmutaba, esos recientes mártires dignos de los tiempos antiguos ¡cuán admirables eran cuando su voz solemne entonaba los cánticos que acababan los querubines!

Vosotros, atletas de la Cruz, cuyos brazos envejecidos y cargados de cicatrices se levantan al cielo, sacerdotes del Omnipotente, no refuseis el mismo honor: su senda es hermosa, es la senda de la inmortalidad. Renacientes milicias de Jesucristo! para combatir estais destinados no con el hierro y el fuego, sino con la constancia y el amor! El mundo de hoy os persigue como el mundo de los primeros siglos de la Iglesia. Entonces como ahora os perseguia la pluma de los sofistas y la espada de los procónsules! Entonces como ahora os hacian guerra el orgullo y las pasiones. Pero en vuestra fidelidad y firmeza consistia vuestro triunfo. A lo menos entonces se perseguia al crucificado y á sus ministros, se condenaba al insulto la Cruz y sus adoradores. Ahora la táctica ha mudado; se alaba tal vez, se ensalza la religion, y se persiguen con la muerte ó con el hambre sus ministros. Se invoca la religion, y se empobrece la Iglesia: se habla con pasmo del Evangelio, y viendo á Jesucristo sobre un trono de oro, se esclama como el discípulo fementido: ¿Paraqué este desperdicio? No seria mejor darlo á los pobres? Y se arrauca de los pobres y se pone en manos de los usureros.

Y quedan demolidos unos templos, incendiados otros, des-

pojados estos, aquellos reducidos á escombros: y quedan desiertas las sendas que guian al santuario, porque no hay en millares de pueblos quien asista á las solemnidades. Y las vírgenes lloran arrancadas de sus retiros, y los ancianos trémulos, cargados de años y de virtudes, van á morir en los asilos de caridad, últimos restos que ha perdonado quizas la impiedad triunfadora.

Jóvenes que formais la nueva y reducida generacion sacerdotal! quien sabe las pruebas á que el Señor os tiene preparados? Aunque el siglo ó por necesidad ó por hipocresia vuelva á invocar el nombre de Dios, harto de haberle abrevado de oprobios, no por esto os alucine. Impostor como es, tal vez aparenta transigir con vosotros para que secuundeis sus miras siniestras. No os mezcléis en sus discordias sino para proclamar la paz que dejó Jesus sobre la tierra. Quizás no os alcanzará el martirio, pues Dios no á todos señala para tan distinguido favor. Pero vuestras virtudes, no menos sublimes, estan destinadas para edificarlos, y teneis los mismos derechos á nuestros respetos. Bastante es que vuestros días se consagren á nuestros dolores; pues el sacerdote, cargado con el peso de las miserias humanas, que alivia y suaviza, es una víctima preciosa que camina encorvada bajo la cruz.

¿En donde está ese solitario recinto del lugar santo, que el rico y el indigente riegan con lágrimas de dolor? Allí se halla el humilde depositario de nuestros yerros, inflexible á sí mismo é indulgente para todos los demas: allí abandonándose á la celestial esperanza que le anima, el sacerdote en el nombre de Dios verifica el sublime cambio del perdon del cielo con el arrepentimiento de la tierra, y cuando su voz absuelve crímenes que detesta, derrama en el alma del criminal aquella paz celeste de que reboza su corazon. ¡Cuán dulces son las lágrimas que se derraman al pie del ministro del Señor! El delito abrasa el corazon y devora las entrañas: no hay desierto bastante profundo para sepultarle: sigue siempre al hombre como su

verdugo. El sacerdote en nombre de Jesucristo abre el abismo de su misericordia al corazón palpitante de dolor, y arroja allá el peso inmenso de sus culpas, y el alma conmovida, transportada otra vez á la región del amor y de la justicia, bañada con el rocío del cielo, pide alas para volar al seno del Dios que la espera con los brazos abiertos.

¿Se necesita tal vez contener la insolente impiedad del siglo? ¿Se han de llevar hasta el pie del trono los clamores de un suplicante? El sacerdote no hace mas que atravesar los palacios para subir á la sagrada cátedra en donde su entusiasmo sublime fulmina é ilustra al mismo tiempo. En este lugar es en donde su voz, fluyendo palabras de dulzura, explica á los párbulos las verdades mas encumbradas bajo las parábolas mas sencillas. Tan presto desde la altura de los cielos hace resplandecer de repente los mas altos misterios, tan presto se deja caer como un torrente irresistible sobre los vicios del mundo, ó como un fecundo y abundante rocío ablanda los pechos endurecidos. A sus ojos, fijos ya sobre el sepulcro, ya sobre la eternidad, nada son las diademas de los reyes ni las amenazas de los poderosos para dejar de decir la verdad. Allí pide cuenta á los siglos de sus errores, y á las naciones de sus crímenes; allí con las palabras del mismo Dios juzga á los que juzgan la tierra: arranca su flecha al sofisma y su máscara á la perfidia: compadece á la debilidad humana, es indulgente con los estravíos del corazón pero es inexorable con el orgullo del pensamiento.

Baja de la cátedra santa y corre al lecho de un morimundo. En aquel recinto de amargura y de dolor llega como un ángel destinado á acompañar un alma al cielo, y consolar á los que deja en la tierra. A la vista del hostia sin mancha la muerte parece que suspende por algunos momentos sus horrores, y el alma pronta á partir se siente inundada por las esperanzas del cielo.

Un deber le falta para cumplir al sacerdote de paz, un deber mas austero. Es arrastrado al suplicio un hombre pálido y débil

Síguenle el ministro del cielo y el de la tierra; el sacerdote y el verdugo. La justicia humana es fértil en sufrimiento, pero la justicia de Dios es fecunda en esperanza. Dios no abandona al hombre proscrito por el hombre. En medio del aparato horroroso de la muerte, no lejos del cadalso, ondea un lema de oro que dice: «La sangre del Señor clama misericordia.» El sacerdote acerca al criminal la cruz consoladora, le hace aplicar sus labios cárdenos sobre aquellos brazos ensangrentados que han de abrazarle luego; cuando caiga en el abismo de la muerte; le exhorta, le alienta, le perdona: alma rescatada y arrepen-tida, le dice, sube al cielo; y el hacha sanguinaria hiere á un miembro de Jesucristo.

Sacerdotes! lé aquí los derechos santos que teneis á los homenajes del mundo! temed de mezclaros en su vano y tumultuoso ruido. Retirados en el seno de vuestra profunda paz guardaos de envidiar nuestros destinos, en cuya posesion, casi siempre amarga, vosotros solos podeis consolarnos. Ah! ¿quiéu mejor que vosotros sabe nuestras agitaciones, nuestros sobresaltos, nuestros rápidos placeres pagados con tantas lágrimas! Remontaos en noble vuelo lejos de la vista del vulgo, mirad que nuestros suspiros os reclaman en esta mansion de pesar, y para mas fácilmente conducir nuestros votos al trono eterno, quedaos cercanos á los cielos, sin olvidar la tierra que busca vuestro consuelo. Y si algun hombre sin corazon, si alguna alma corrompida por el orgullo, acusa la esterilidad de vuestro ministerio, señalad con una mano las miserias inmensas de la humanidad y con la otra la esperanza del cielo.

II.

Tales son los caracteres que acompañan al sacerdote cristiano; tal es el lugar que ocupar debe en la sociedad el digno representante de la autoridad de Dios y de los intereses eternos. Aun cuando entre nosotros se haya ensayado el envilecer una clase casi proscrita, única que respetaron los fieros hijos del norte cuando invadieron bárbaramente nuestras regiones; con todo,

la experiencia ha demostrado que ni todas las teorías políticas ni todas las utopías sociales, son capaces de satisfacer por sí solas todas las necesidades de los hombres y de la sociedad misma. Cuando el clero conservaba, bien que ya mutilados, aquellos bienes con que mas de doce siglos le habian espontáneamente enriquecido, bienes que no pasaban al extranjero, ni se prodigaban por inútiles dispendios, entonces se atribuía la influencia del sacerdocio á causas puramente materiales, al ascendiente de la riqueza. Ahora que despojados los templos, demolidos los monasterios, destruidos muchos santuarios, arrojado el clero en medio de la sociedad como una clase mendiga, conserva todavía á mas del interes que inspira la desgracia, el influjo de su ministerio santo, ¿á qué se atribuirá? Preciso es hacer aqui una observacion importante. Muchos de los mismos que ahora pretenden y hacen esfuerzos para que el clero recobre su importancia social, contribuyeron quizás, á lo menos con sus consejos si nó con sus hechos, á su vilipendio y despojo. Avidos quizás de que les cupiese parte en esta especie de ley agraria, provocaban al repartimiento sin pararse tal vez en la declamacion ni en la calumnia. Mas viendo despues que la dilapidacion y el agiotage los han devorado en poco tiempo, y que rota una vez la valla al respeto de la propiedad, á tal punto llegar pudiera el desquiciamiento social, que devorase tambien la suya; retroceden atónitos del fondo del abismo, y por interes propio quisieran que el clero adquiriese otra vez su ascendiente moral, para salvaguardia de su propia seguridad. Ahora declaman contra los despojos del santuario, contra la miseria y abandono de los ministros. Hombres de las teorías! hombres que necesitais cada diez años una nueva leccion para desengañaros! Esta es vuestra obra. Lo hemos dicho ya y esta será por ahora la última vez que lo repitamos. La revolucion social es un plano inclinado; el que por él empieza á deslizarse va rodando á pesar suyo hasta un abismo sin fondo.

Los que acusan al clero de no haber conocido el siglo,

quedarán atónitos sin duda al escuchar lo que decía un eclesiástico español á mediados del siglo pasado, muchos años antes de explotar la revolucion francesa. «Los filósofos de hoy, decía, continúan el mismo empeño contra la autoridad de todas las leyes; pero segun los intereses varios que los hacen hablar, en diferentes casos, así las abaten unas veces y otras parece que las elevan. Cuando tienen delante á los magistrados y legisladores y á su vista se renueva en ellos la cólera y náusea con que los miran, entonces llaman una osadía y una arrogante usurpacion sobre los hombres todas las leyes hechas por los príncipes.», Ved ahí en pocas palabras establecido el principio y las causas de las revoluciones que han afligido despues y han llenado de desolacion el mundo. Un sacerdote, un cenobita, desde el fondo de su desierto monasterio anunciaba setenta años atras á los españoles la causa de los males que debian affigirlos (1):

(1) En el año 1446, (dice el ilustre autor del *Preservativo contra la irreligion*) el sabio maestro Ribera del orden de predicadores imprimió un escrito advirtiendo á la España el peligro que amenazaba á su monarquía y la cruel persecucion que iba á padecer la Iglesia. Conoció este mal en los papeles que venian á la Península desde la Francia; declamó contra ellos, no se hizo caso; el mal siguió, se propagó con rapidez. En el año 1774 el reverendo Fr. Fernando Zavallos, del orden de San Gerónimo publicó la obra maestra de la *Falsa filosofia*, convenciéndola de crimen de Estado, avisando á nuestros reyes que los apóstoles de esta falsa doctrina minaban su trono; y á los españoles, que su mision se reducía á privarles de la religion de sus padres. El partido frances y los prosélitos de su filosofia lograron del consejo suprimir el séptimo tomo, que era el mas interesante para los estados. Se desacreditó una obra de tanto mérito; su grande trabajo fue en vano; su impresion en gran parte se halla estancada en el convento de San Isidro de Sevilla, en las librerías de España, y no pocos ejemplares invertidos en envolturas de drogas. En 1793 el Sr. Villanueva diputado á Córtes en 1812 dió á luz en Madrid un *Catecismo del Estado* en el cual se inculcan y se establecen con la mayor solidez los derechos del ciudadano, la libertad é igualdad de los hombres, el origen verdadero de las leyes y las bases de los tronos y de las autoridades. Este autor del *Catecismo* varió despues de principios. Cuasi se diría que era un precursor de La Mennais en nuestra España.

de él podemos decir lo que decía de Bossuet un escritor elocuente: que hería sus oídos un sordo murmullo de impiedad.

Este sabio solitario casi desconocido de los españoles, este sacerdote de quien, como del monge Bacon en Inglaterra, podía decirse con respecto á España que iba muy adelante de su siglo, conociendo el espíritu de innovación y de reforma que amenazaba desquiciar la sociedad y la Religión á un tiempo, escribió su preciosa obra de la *Falsa filosofía* contra las nuevas sectas de innovadores religiosos, sociales y políticos. Es admirable la vasta y profunda erudición, el fino y delicado criterio que desplega este ilustrado monge en los seis tomos de que consta su obra dedicada al famoso Campomanes. El solo plan es digno de un gran genio. Atacando de frente á los deístas, á los incrédulos ó espíritus fuertes y á los siniestramente llamados filósofos, no con vagas é irritantes declamaciones, sino por la historia de sus doctrinas y de sus hechos; pasa despues á describir la verdadera filosofía con todos sus caracteres, combatiendo las sectas filosóficas de la antigüedad en lo que tenían de defectuoso y comparándolas con las escuelas modernas. «Levantando, dice, el hermoso velo de humanidad, de bien público, de patriotismo, de celo y otras voces semejantes, haré ver las asechanzas, las máximas sanguinarias y sediciosas, las rebeliones, las sorpresas, y todo el espíritu de facción, que soplan para incendiar á la patria, hasta reducirla á cenizas. Se les ve trabajar para arruinar las monarquías, pisar las coronas de los príncipes, las cervices de las potestades legítimas, y trastornar los principios de todo gobierno. En quitándoles la máscara de un exterior barnizado de filosofía, virtud y política, notaréis su verdadera moral, y los misterios secretos en que se inician contra la vida, honra é interes de cada ciudadano y de toda la sociedad. Llego en nuestros tiempos el siglo donde parecen sepultarse todas las verdades, todos los conocimientos humanos y divinos, todas las luces. En quedando una noche profunda, un silencio horrendo, un mundo resuelto en su caos, les queda á estos filó-

sofos un orbe proporcionado á sus ideas; unas tinieblas que hosten sus abominaciones, un silencio que no los turbe ni les reprenda y una materia sucia y ruda donde se suman y reuelvan para siempre. Ved ahí los filósofos que van á dar la última mano á todas las ciencias. «Demostrada sabia y extensamente la existencia del Ser supremo contra todos sus adversarios antiguos y modernos, pasa despues á defender con la misma profusion de doctrina y de raciocinio la creacion de la materia y del universo. Prueba con la mas depurada crítica la existencia de Moises y la cronología de los libros santos contra todas las imposturas de los sofistas, describiendo el *panteismo* de Espinosa que algunos insensatos han pretendido renovar en nuestros días, y que es un error predominante en las escuelas de Alemania. Analiza sus principios y sus consecuencias. ¿Quién le habia de decir que ese cáncer de muerte habia tambien de roer las entrañas del siglo XIX? Desenvuelve despues luminosamente la necesidad de que el mundo haya sido criado; demuestra sus absurdos, los compara con los demas sistemas filosóficos y con el bado estoico, é impugnando el principio funesto de la fatalidad, coloca sobre las ruinas de tantos errores el dogma racional y consolador de la Providencia.

Al entrar á la necesidad de la revelacion, desarrolla prodigiosamente los argumentos mas sólidos que se han empleado despues para aterrar á sus impugnadores. Esplaya su sabia erudicion sobre los efectos portentosos de la religion para mejorar la humanidad, y demuestra con triunfadora maestría la existencia y verdad de la religion cristiana. En aquella época presentia el sabio anacoreta la necesidad de prevenir el ataque terrible que se verificó en nuestra patria mucho despues, contra las creencias religiosas. Milagros, silencio de los oráculos, cumplimiento de las profecías, ministerio apostólico, todo se presenta armónicamente como un conjunto irresistible de caracteres que garantizan la verdad.

Pasando luego de la religion á la sociedad, muestra que una

y otra tienen los mismos enemigos: que la impiedad es tan contraria de la religión como de los gobiernos; que el ateísmo es la anarquía del universo, así como la anarquía es el ateísmo de la sociedad, y entra de lleno en el punto más esencial para la conservación de las sociedades; esto es: que negada la Providencia divina, desaparece como una quimera toda potestad humana sobre la tierra, así pública como doméstica, por faltarle el verdadero fin para que debe ser constituida. Este sacerdote tan sabio teólogo como hábil publicista, va siguiendo todas las teorías acerca el origen de los gobiernos: Glauco, Epicuro, Horacio, Hobbes, Montesquieu, Filmer, los enciclopedistas, son el objeto de sus investigaciones; y al declarar el verdadero origen de los gobiernos legítimos, le encuentra en la paternidad que del orden privado se trasladó al orden público. Sienta muy sabiamente que el fatalismo destruye toda filosofía moral y civil, rompiendo el vínculo de la religión, indispensable á todo gobierno. Abre las páginas de la historia antigua y moderna: el antiguo deísmo se le presenta acelerando la ruina del imperio romano, y los cismas y herejías del mundo moderno preparando el triunfo del filosofismo para desplomar todos los gobiernos. Siguiendo el espíritu de las doctrinas reformadoras que caracteriza tan distintamente como si escribiese en el día, descubre la tea de la revolución lanzada al medio del mundo por los hombres de la impiedad; proclama como Platon la necesidad de la religión para un estado en cualquiera forma de gobierno que sea, como si presintiese que, no bien pasado medio siglo, una política falaz había de desquiciar en nuestra patria el trono de los reyes. Sálvese á lo menos la cruz aun entre las ruinas del trono. Observador profundo arroja ya una ojeada sobre la Gran Bretaña, y dando unas pinceladas tan vivas como si acabase de oír á O'Connell, sube á las causas de la abolición en ella del catolicismo preparada por los falsos filósofos, y lamenta ya la miseria pública que empezaba ya entonces á devorar aquel orgulloso imperio. Hablando después de la li-

bertad de que gozaba Inglaterra, dice: "Si desecharon el gobierno de un solo príncipe, ahora son tiranizados por muchos: no hay yugo mas duro y violento que el que impone un populacho arrebatado y ciego en todos sus impulsos. Ya Montesquieu pronosticaba á la Inglaterra que si no conservaba aquella libertad á cuyo favor habia sacrificado las potestades intermedias que formaban su monarquía, seria uno de los pueblos mas esclavos de la tierra. No era difícil esta profecía., Cita luego el testimonio de Sydney sobre el estado deplorable de Inglaterra, concluyendo con una viva pintura de su siglo, que parece trazada para el nuestro. "Siglo deplorable! Siglo que no puede sufrir á los que hablan justicia y verdad; y para los cuales es él mismo menos sufrible que la muerte! Siglo donde los grandes son niños, donde los habladores son sabios, donde los filósofos y cortesanos son virtuosos, donde duermen atargados muchos de sus príncipes! Siglo en que por hallarse las naciones en aquel grado de desolacion y molicie en que se rompieron y hundieron los antiguos imperios sonando todo á *felicidad de los pueblos y á gloria de las naciones*, no hacen mas que incendiarse y arengarse unos á otros en frases de estampilla!., Estiende despues su ojeada por toda la Europa, y fijándose primero sobre la Francia, indaga la causa de la fermentacion tumultuosa que empezaba ya á cundir, inculpando al espíritu de sedicion que amenazaba devorar el Estado como causa y nó como efecto de la escasez pública que agitaba los ánimos. Esta pintura de la situacion política de la Francia en aquella época, ofrece el mayor interes, y demuestra que aquel sacerdote sabio y previsor no solo conocia su siglo, sino que presentia lo que habia de ser el siguiente.

No puede ser mas interesante el observar como este autor se ocupa en la opinion que ya mostraban los filósofos de su tiempo, considerando la Religion como invencion humana, como elemento necesario de política introducido por los gobiernos. De esta misma opinion se vale para probar á los príncipes la

necesidad del sentimiento religioso para conservar sus coronas y la paz y felicidad de sus súbditos. Abre otra vez los anales de los pueblos, sube hasta el origen de la reforma y le halla en el materialismo; desentraña el espíritu de la reforma y le encuentra funesto á los pueblos y á los reyes, turbulento, sedicioso, sanguinario: recorre los disturbios de Bohemia, de Alemania, de Francia, de Inglaterra en los reinados de Jacobo I y II y Cárlos I y II, la reforma en Escocia, la influencia inglesa soplando en España la sedición contra Felipe II, manifestándose profundo conocedor de la política de aquellos tiempos. Y con no menos maestría filosófica prueba que la impiedad tiende á debilitar la fuerza de las leyes, sin cuya rectitud inexorable no puede existir la sociedad. Y sin desdeñar las arduas cuestiones sobre la ley, sobre el derecho, sobre la igualdad natural y civil entre los hombres, sobre la justicia de los actos humanos; entra en la difícil y profunda investigación sobre la tendencia filosófica de desterrar de toda legislación humana el orden á la vida futura, en cuya materia despliega un vasto caudal de conocimientos, analizando á Puffendorf y á Montesquieu en la parte de legislación y de jurisprudencia. Entra despues en una delicada cuestion de derecho público, acerca la potestad que tienen los soberanos de hacer la guerra á los enemigos de la patria: toca aquí puntos de la mayor importancia y no muy ventilados en otras partes, sobre lo que entiende la doctrina católica por el derecho de la espada en el uso de las guerras públicas, prerogativa sublime y necesaria de la soberanía temporal, ó sea el derecho de hacer la guerra, contra cuyos abusos alega el espíritu pacífico y las doctrinas humanitarias del Evangelio. Remóntase despues al origen del derecho de castigar á los reos que reside en los ministros de justicia como una parte de la potestad soberana; pues se conoce que ya en aquel entonces forcejaban los filósofos reformadores, como en el dia forcejan, por la impunidad de los crimenes. Y con este motivo entra de lleno en la tan ventilada

cuestion de nuestros dias, sobre el uso de la pena de muerte probando la legitimidad de su fundamento, no solo con el raciocinio y con la historia, sino con el mismo Evangelio, y la autoridad de los Padres y Concilios, y concluyendo que la suavidad del cristianismo ha minorado y mitigado considerablemente el número y el rigor de los suplicios. Pues ya en aquella época los innovadores calificaban las ejecuciones capitales de *asesinatos públicos*, de *homicidios* y de *feroces documentos*.

En la época en que escribió el P. Zevallos estaba muy en boga la cuestion acerca el regicidio y tiranicidio. La filosofía innovadora, anhelando la destruccion de todo poder existente, declaró guerra de muerte á los reyes, y confundiendo la potestad real con la tiranía, encumbraban hasta las nubes la accion del regicidio. No tardó mucho la esperiencia en comprobar que sus doctrinas no habian sido estériles, y en nuestros desgraiciados dias vemos con horror mil dardos de muerte asestar al corazon de los reyes, sin perdonar el sexo de la debilidad ni la edad de la inocencia. El ejemplo de los Brutos se ha seguido sin interrupcion, y este es el único crimen que no conocemos en el dia en nuestra patria. El autor de la *Falsa filosofía* consagra un estenso artículo á esta grande cuestion, que por su importancia pudiéramos llamar de derecho humanitario, presentando el acto del regicidio como el mas monstruoso y abominable en el órden moral y social. Espone las doctrinas de los reformados, favorables á este crimen, citando á Lutero, Zuwinglio, Bucanan, Kuox, Pareo, Bodino, Heidan, Erasmo y sobre todos el incendiario Voltaire. Profundiza con elocuencia el verdadero espíritu de la filosofía revolucionaria personificada en el escritor de Ferney. Con este motivo se lamenta de que los teatros sirviesen ya en su tiempo para inspirar mas vivamente estas máximas y provocar á su ejecucion. Lamentacon vivísima energia y pinta con colores de fuego la licencia funesta de la escena y los horrendos males que preparaban ya los espectácu los en la

libertad del diálogo y la honda corrupcion de sus autores.

El autor pasa á considerar la Religion bajo el aspecto político, y sus tratados se hacen, si cabe, mas interesantes. Compara los principios católicos con los filosóficos relativamente á la paz y felicidad de los gobiernos, y es tal la abundancia de datos y pruebas que muy oportunamente acumula, que casi deja agotada la materia. Su objeto principal es robustecer el principio católico para robustecer el principio social y político, haciendo á la Religion compatible con todas las formas de gobierno, como lo es realmente. Es inmensa la erudicion que despliega aqui nuestro autor; publicistas, políticos, filósofos, hereges, historia, teología, nada olvida, á todo atiende, todo lo conduce sin violencia á su objeto. Español y católico, cuando se propone tratar cuál de las formas de gobierno tiene mas analogía con la Religion católica, sienta por base que el gobierno mas recomendado por el Evangelio es el que se halla establecido una vez, oponiéndose al prurito filosófico de inventar nuevas hipótesis de gobierno, prurito que tautas lágrimas habia de hacer derramar á las generaciones venideras. El espíritu del Evangelio se opone siempre á innovaciones. *Dad al César lo que es del César.* Jesucristo no estableció ni propuso nuevas formas de gobierno: tan solo declaró que toda autoridad viene de Dios, aun la del juez inicuo que le sentenciaba. El Evangelio condena igualmente el despotismo en los que mandan y la rebeldía en los que obedecen; y el gobierno templado y suave es el mas conforme al espíritu evangélico. Sin embargo el autor se adelanta á probar que la monarquía es la naturaleza de gobierno que mejor se conforma con el espíritu del catolicismo, y fuuda su mayor perfeccion en su unidad, en su organizacion política, por ser un medio entre el desmayo de la tiranía y el desasosiego de la democracia, entre el despotismo y la sedicion; concluyendo que la igualdad solo puede ser bien entendida en una monarquía, á la cual da nuevo ornamento y apoyo la potestad de la Iglesia.

Nuestro escritor pasa á concretarse á nuestra España. Aquí es donde aumenta sobre manera el interes de sus observaciones, manifestándose ardiente y sólido defensor de nuestras glorias nacionales, contra las calumnias é inculpaciones de los estrangeros envidiosos del engrandecimiento de nuestra monarquía. Defiende nuestras conquistas en la América, las adquisiciones y glorias de nuestros dos grandes monarcas Cárlos V y Felipe II. Muestra este sabio crítico las fuentes turbias donde han bebido nuestros detractores, desplegando una rica é interesante erudicion, y analizando las exageraciones del Ilustrísimo obispo de Chiapa. Atacando en pos la tendencia filosófica en desarraigar derechos antiguos para desplomar los existentes, sistema funesto á toda legislacion pública y privada, y que mantendria en guerra eterua á la sociedad; espone con solidez y claridad las causas y títulos especiales tomados de los adversarios mismos que legitimaban en los reyes católicos el imperio sobre el nuevo mundo. Para esto recorre el autor los principios del derecho público y de gentes acerca las conquistas, pinta el estado selvático y embrutecido en que se hallaban aquellas regiones entregadas á una idolatría sangrienta y á la antropofagia, y en cierto modo, fuera de sociedad, apoyándose en la autoridad de Grocio, y mirando el asunto bajo el aspecto social y religioso. Y por último presentando el modo con que han tratado los estrangeros á los indios, y los beneficios inmensos que les dispensó con las doctrinas, las leyes y la moral de una religion esencialmente civilizadora, destruye victoriosamente las groseras calumnias de nuestros eternos enemigos. ¡Qué diria este sabio escritor si viera ahora el estado lastimoso de la mayor parte de nuestras colonias, despues de haber sacudido el yugo de su antigua metrópoli! ¡Qué diria de aquella escuela anárquica é impía que despues de haber perdido aquellos países pugna tambien para herir de muerte la metrópoli misma!.....

Espero que se me perdonará el haberme detenido algun tanto en dar una ligera reseña de una obra no muy conocida en nues-

tros tiempos y tan importante por las materias que abraza y oportunidad en que se publicó, como por el honor que hace á la sabiduría, celo y prevision del clero español, cuyos clamores de alerta para el bien de la Iglesia y de la sociedad ha desatendido el gobierno, de mas de un siglo á esta parte. Ya al principio del pasado apareció un conocedor profundo de su época, un sabio é ilustrado despreocupador de errores comunes, el eruditísimo P. Feijóo, uno de los primeros ornamentos, uno de los innumerables sabios que la Religion y la sociedad deben á la órden illustre benedictina. ¿ Se dirá que el P. Feijóo no conocia á su siglo, un hombre que poniéndose al frente de la despreocupacion en todos los ramos del saber y en todas las opiniones, arrastra impávido las innumerables dificultades que de todas partes se levantan, derramando nueva y copiosa luz en sus *cartas*, que son la contestacion mas brillante á los impugnadores de su *Teatro crítico*? Feijóo es un hombre grande en quien se gloriará cualquiera otra nacion de Europa mas amante de sus hijos ilustres que la española. Pero Feijóo no tenia que impugnar en su patria sino errores comunes que no eran de gran trascendencia social ni religiosa. El teatro de la crítica en tiempo de Zevallos habia mudado de decoracion y de escena. No son ya preocupaciones vulgares las que se presentan al filósofo observador. Nuevos actores se han presentado, y lo que al vasto y despejado talento del benedictino se ofrecia bajo la risueña apariencia de teatro, ofrécese al profundo pensamiento del monje gerónimo como una lid terrible y sangrienta que se va preparando, para la cual se han presentado ya gladiadores temibles. Habian aparecido ya los maestros de la nueva escuela: notábamos en nuestra España síntomas alarmantes de efervescencia social y religiosa; no pasaba aun de la reducida esfera del estudio y de la inteligencia, y creyó necesario prevenir los resultados funestos de estas doctrinas que empezaban á pulular en el reino vecino. A este fin no desdénando de entrar como filósofo en la palestra, no se desahoga

en vanas y estériles declamaciones; sino que, escudado con datos y conocimientos que casi parecen increíbles en su época y en un hombre solo, ataca de frente la falsa filosofía, discutiendo y desentrañando con tanta moderación como solidez las cuestiones capitales en que aquella apoyaba sus nuevas pretensiones á un dominio universal sobre la opinión de los pueblos.

Cuando la revolución armada rompiendo la línea del Rosellon, intentaba ya fijar sus banderas sobre nuestra patria, un prelado inmortal desde la primera silla del Principado levantó una voz respetable. Las pastorales del Ilustrísimo Armañá de últimos del siglo pasado, y las exhortaciones que nos han quedado de aquella época dadas desde el púlpito por todo el clero, son una prueba evidente de que este conocía la situación de nuestra patria y el verdadero peligro que la amenazaba. Una paz poco duradera y sombría preparaba la invasión llevada á nuestro suelo por un hijo de la tormenta revolucionaria. Entouces, cuando en medio de nuestro heroísmo para la independencia se invocó por primera vez la *libertad*, proclamando principios casi idénticos á los de nuestros enemigos, y cuando esta libertad se inauguró con el desenfreno fatal de la imprenta contra nuestras creencias religiosas y sociales, sin preparación, sin transición, sin recato, ¿estuvo mudo el clero? ¿desconoció la época? Todavía gime confiado, lleno de años y de amargura, el sacerdote que levantó no una voz de fanático sino un clamor elocuente y persuasivo para preservar á los españoles de las venenosas doctrinas que amenazaban destruir nuestra nacionalidad. Todavía respira, lejos de su amada diócesis y llorando en su retiro los males de su patria, aquel que treinta años atrás esclamaba lleno de celo y ternura, sin aborrecer á nadie, y conociendo profundamente el mal que empezaba á devorar las entrañas de la patria: « Señor! á este estado ha llegado la España!..... por esta patria moribunda que os llamó para salvarla, por veinte y cuatro millones de almas que se han puesto en vuestras manos, por tantas lágrimas, tanta san-

gre y tantas vidas como se han sacrificado por el español en las aras de su religion y de su patria, por esta religion ultrajada, perseguida, que se ha acogido á vuestros brazos, para que la defendais de los horrores de la *filosofia* y de la Francia, por esa *Constitucion* misma que acabais de darnos, por vuestra seguridad misma, la de vuestros hijos y de vuestros nietos, por todos los españoles que hau muerto, existen y vivirán, reprimid los escritores.... que se observen las leyes de imprenta.... que no se escriba contra la religion.... O padres de la Patria! Para esto os ha dado Dios el poder: con este fin ceñis la espada. Atenas castigó á Diágoras, Melio y Sócrates por haber insultado sus deidades: no pido esto, señor; soy ministro de paz, sé de qué espíritu soy, sou mis hermanos.... todos somos españoles.... Señor! que no triunfe la *Filosofia* en España, ya que las armas de un tirano su apóstol no nos han podido subyugar. Señor! en esta esperanza vive el pueblo español.... ” No hablaré de las tan conocidas cartas del P. Alvarado, en las que con salado gracejo se describen con todos sus síntomas y su pronóstico las dolencias de la época, ni de otros escritos en que el clero manifestó entouces que se hallaba al nivel del siglo. El *Preservativo contra la irreligion ó los planes de la filosofia contra la Religion y el Estado*, prescindiendo de sus doctrinas y oportunidad, es un monumento precioso de prevision y de elocuencia, de nervio y belleza de estilo, que honra al clero español en este siglo. Es una protesta enérgica y valerosa de la ilustracion cristiana contra la luz dudosa de la escuela de la revolucion. Reune á la dulzura del Evangelio la firmeza de sus apóstoles. ¡Ojalá que estas cortas líneas puedan servir de algun consuelo al anciano venerable, triste espectador aun de las terribles catástrofes de que tan bella como esforzadamente pretendia salvar á su cara patria!

Este es el sacerdote católico. No me he desviado del objeto. Y voy á concluir. Por motivos que yo no podia prever ni esperar y en los que no tengo la menor parte va á cesar esta

publicacion: y en tal circunstancia paréceme que faltaria á mi deber si no espresase mi sincero reconocimiento á la parte del respetable clero español que me ha favorecido por mas de seis años, alentándome sobre todo, cuando á pesar de mi nulidad me atreví á hablar de religion junto á las recientes ruinas de sus augustos monumentos. Puede que siga otra vez la obra de *la Religion*, interrumpida, por la cual durante mas de cuatro años tanto tuve que agradecer á mis verdaderos amigos, y en caso de seguir no tardará en saberlo el público religioso. Entretanto, para reclamar para mis deslices no voluntarios aquella indulgencia que permite mi posicion diré con el conde de Maistre en su excelente tratado *del Papa*. « Los seglares que se proponen tratar de religion, aun cuando no alcancen á llenar los vacíos del laborioso ejército del Señor, considérese-los á lo menos como aquellas mugeres entusiastas á quienes se ha visto subir alguna vez sobre los parapetos de una plaza sitiada, no sea sino para causar algun espanto al enemigo. »

Joaquin Roca y Cornet.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO TERCERO.

Influencia de las leyes civiles sobre la civilizacion en general, artículo 4.º, por D. J. R. y C.	5
Influencia de la Francia é Inglaterra sobre España, por D. J. F. y S.	27
Poesía, por D.ª María Josefa Massanés.	43
Revista política, por D. J. F. y S.	49
De la Inglaterra, por D. J. B.	76
Instruccion pública.	94
Estudios políticos, art. 2.º, por D. J. R. y C.	97
San Gerónimo, por id.	115
Extracto de la Revista católica.	133
Chateaubriand, por D. J. F. y S.	145
Extracto de la Revista católica.	187
Marisna, por D. J. B.	193
Del espíritu de la literatura actual y del genio de Lopé de Vega, por D. Francisco Martínez de la Rosa.	212
Polonia.	222
Extracto de la Revista católica.	234
José María Pignatelli	239
Racionalismo filosófico.	240
Estudios políticos, art.º 3.º, por D. J. R. y C.	241
Polémica religiosa, por id.	254
Fray Luis de Leon, por D. Manuel Milá.	276
La influencia religiosa, por D. J. B.	289
Análisis de la obra del Illmo. Sr. Obispo de Canarias, titulada: Independencia constante de la Iglesia hispana, y necesidad de un nuevo concordato, por D. J. B.	319
La influencia religiosa, conclusion, por D. J. B.	337
Juicio de la traduccion de las Observaciones entresacadas de las obras de Bonald por D. José Ferrer y Subirana, por D. J. B.	380
Estudios políticos, art. 4.º, por D. J. R. y C.	385
Barcelona y el Sacerdocio, por id.	402
La esterilidad de la revolucion española, por D. J. B.	410
Poesía, por D. Juan Arolas.	428
Instruccion del clero, por D. J. B.	433
Caractéres del sacerdote católico, por D. J. R. y C.	455



